ORTEGA, Jose (S.I.)

Apostolicos afanes de la Compañia de Jesus / escritos por un padre de la misma sagrada religion de su provincia de Mexico. -- Barcelona : Por Pablo Nadal.... 1754

[12], 452, [10] p., S4, 2S2, A-Z4, 2A-2Z4, 3A-3L4, 3M3 ; 4"

Autor tomado de prelim.

1. Jesuitas-Historia-S. XVII-XVIII-Méjico 2. Jesuitak-Historia-XVII-XVIII. m.-Mexiko I. Titulo

R-5028 Enc. piel con hierros dorados en el lomo. -- Ex-libris: "Soy del Señorio de Vizcaya"



APOSTOLICOS AFANES

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS,

ESCRITOS

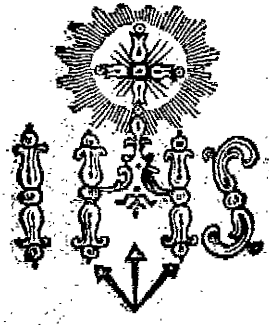
POR UN PADRE

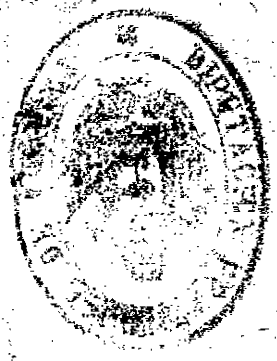
DE LA

MISMA SAGRADA RELIGION

DE SU PROVINCIA

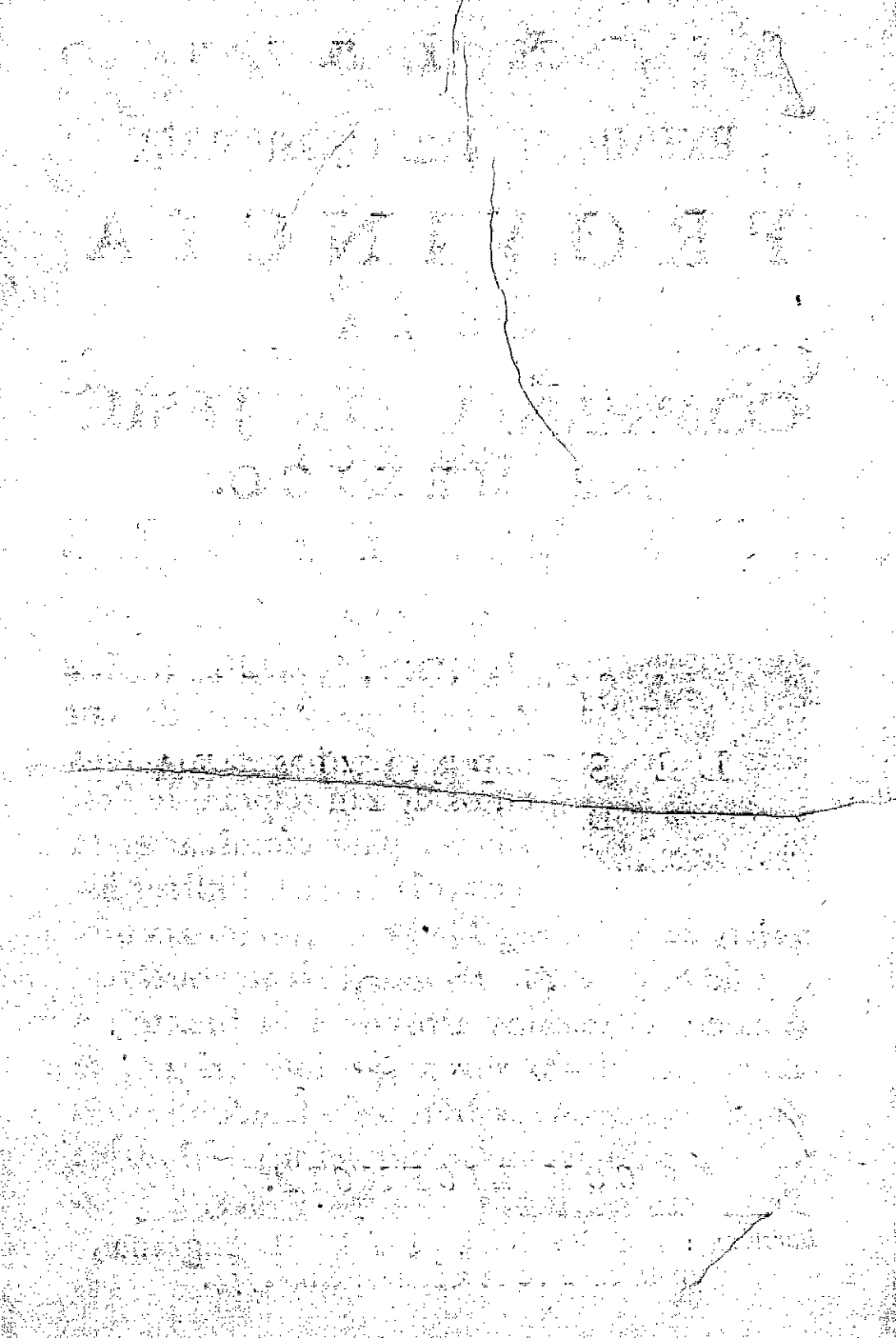
DE MEXICO.





CON LICENCIA.

Barcelona: Por PABLO NADAL Impressor,
en la calle de la Canúda. Año 1754.



A LA

EXEMPLAR RELIGIOSISSIMA

PROVINCIA

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS

DE MEXICO.



ALIENDO à la publica luz los Apoſtolicos Afanes de tan inſignes Jeſuítas eſclarecidos Hijos de tan reſpetable Provincia, para eternizar en ſu memoria las mas iluſtres hazañas de ſu infatigable zelo, con innata propenſion, y devido reconocimiento buelven, ò como criſtalinos arroyos à ſu fuente, ò como caudaloſos rios al glorioſo origen, de donde manaron ſus preſuroſas ſaludables corrientes para fecundar con el mas ſaludable riego tan dilatados incultos Paiſes. Eſſa ſa-

grada Escuela de nuevos Apostoles, mirando como corta esphera de su abrasada caridad, las vastas Regiones del dilatado Reino de Mexico, que ya gustosamente admirava florida parte de la Iglesia à costa de sus sudores, comunicó nuevos ardores à sus grandes Alumnos, infundiendoles su ardiente fogoso Espiritu, para que corriendo à las mas remotas barbaras Naciones, con los rayos de la Fé las alumbrassen, y con la actividad de sus llamas destruyessen tan ciegas numerosas Gentilidades. Y à la verdad fueron de un tan sagrado fuego las ansias de estos zelosos Jesuítas, que ni la incomodidad de los continuos dilatados viajes, ni la aspereza, y fragosidad de las mas quebradas Sierras, ni la falta del precisso sustento, ni la barbaridad de sus bozales fieros habitadores pudieron detener el curso à sus Apostolicas empressas. Hizieron à costa de immensas fatigas, que amaneciesse la luz de la verdadera Religion à tantas Naciones embueltas en las sombras de la mas ciega Idolatría; regaron con sus casi increíbles sudores las asperas esteriles Serranías del Gran Nayar; en la Pimeria trocaron en una floreciente Christiandad la Region, que antes

era

era Patria del error, y casi impenetrable guarida de la barbaridad; y derribaron de sus infames aras los mas abominables Idolos, erigiendo Altares al unico verdadero Dios, que ya finalmente conocieron, y con el mas profundo rendimiento adoraron. Todos estos Apostolicos Afanes son glorioſos Troféos de essa zeloſa obſervantiſſima Provincia, à quien se consagran en este pequeño resumen, para que con tan immortales monumentos del abrasado Espiritu de los que precedieron, se alienten en adelante los mas fervoroſos Jesuítas à seguir sus glorioſas pisadas, à continuar tan arduas importantes Conquistas, y à promover nuevos espirituales descubrimientos, hasta que no quede Nayerita, ni Pima, ni otro tan desvalido Barbaro en la numeroſa muchedumbre de las casi innumerables Naciones, que pueblan aquel angulo hasta ahora desconocido de este nuevo Mundo, à quien no alumbren los rayos de nuestra Catholica Religion, para que dexada la mentira abrazen todos la verdad del Evangelio.

AVE MARIA.

APROBACION DEL R^mo. P.M. Fr. ANTONIO Maſsò del Orden primitivo de la Santiſſima Trinidad de Redencion de Cautivos, Examinador Synodal de varios Obiſpados, Ex-Viſitador General, y Padre de la Provincia de Aragon, &c.

POR comiſſion del mui Iluſtre Señor Doctor Don Joſeph Vilár, Suſtentor Dignidad de la Santa Igleſia Cathedral de Barcelona, Canonigo, y al preſente Vicario General *Sede vacante, &c.* he viſto con atenta reflexion el Libro, cuyo titulo es: *Apoſtolicos Afanes de la Compañia de Jeſus*, compueſto por un Padre de la miſma Compañia, que deſea ſacar à luz publica el R^mo. P. Franciſco Xavier Fluviá de la miſma Sagrada Religion, y no le he reparado cláuſula alguna, que deſdiga de la verdad, y piedad Chriſtiana, antes bien mui util al que le leyere para una recreacion, en que emplear bien el tiempo, y de provecho para las almas. No teniendo pues coſa, que ſe oponga à nueſtra Santa Fé, y buenas coſtumbres, ſoi de ſentir, que ſe le deve dar la licencia, que ſolicita. De eſte Convento de la Santiſſima Trinidad de Barcelona à 20 de Junio de 1754.

Fr. Antonio Maſsò.

Die 21 Junii 1754.
IMPRIMATUR,
Vilar Vic. Gen. & Offic.

APRO-

APROBACION DEL P. JOSEPH BERTRAN de la Compañia de Jesus, Cathedratico de Prima de Theologìa, Prefecto de Estudios Mayores, y Rector, que fuè del Colegio de nuestra Señora de Belèn de la misma Compañia de esta Ciudad de Barcelona, &c.

M. P. S.

DE orden de V. A. leí el Libro intitulado: *Apostólicos Afanes de la Compañia de Jesus*, compuesto por un Padre de la misma Compañia, que desea sacar à luz publica el Padre Francisco Xavier Fluviá de la misma Sagrada Religion, y soi de parecer, que no contiene cosa alguna contra nuestra Santa Fé, ni que se oponga à las buenas costumbres, ni à las Regalías de su Magestad, y que puede V. A. dar la licencia, que se pide. Barcelona, y Junio 21 de 1754.

Joseph Bertràn
de la Compañia de Jesus.

FEE DE ERRATAS.

HAllaſe bien impreſſo el Libro, cuyo titulo es: *Apoſtolicos Afanes de la Compañia de Jeſus*, compueſto por un Padre de la miſma Compañia, que ſaca à publica luz el Padre Franciſco Xavier Fluviá de la miſma Sagrada Religion. Madrid treinta, y uno de Julio de 1754.

Lic. D. Manuèl Licardo de Rivèra

Corrector General por S. M

SU-

SUMA DE LA TASSA.

DOn Juan de Peñuelas Secretario de Camara del Rey nuestro Señor, y de Govierno del Consejo por lo tocante à los Reinos de la Corona de Aragon

Certifico, que haviendose visto por los Señores de él el Libro intitulado: *Apostolicos Afanes de la Compañia de Jesus*, compuesto por un Padre de la misma Compañia, que saca à publica luz el Padre Francisco Xavier Fluviá de la misma Religion, y que con su licencia ha sido impresso, le tassaron à seis maravedìs cada pliego, el qual parece tiene cinquenta, y seis, y medio, que à dicho respecto monta trecientos, y treinta, y nueve maravedís de vellon, à cuyo precio, y no à mas mandaron se vendiesse, y que esta certificacion se ponga al principio de cada Libro, para que se sepa el precio, à que se ha de vender. Y para que conste la doi en Madrid à primero de Agosto de mil setecientos cinquenta, y quatro.

Don Juan de Peñuelas.

LICENCIA DE LA RELIGION.

PHelipe Musóles de la Compañia de Jesus Prepoſito Provincial de la Provincia de Aragon, por particular comiſſion, que tengo de N. M. R. P. Ignacio Viſconti Prepoſito General de la Compañia de Jeſus, doi licencia al Padre Franciſco Xavier Fluviá de la miſma Compañia, para que imprima la Obra intitulada: *Apoſtolicos Afanes de la Compañia de Jeſus*, que compuſo un Padre de la miſma Compañia; la qual ha ſido viſta, y examinada por Perſonas graves, y doctas de nueſtra Religion. En teſtimonio de lo qual dí eſta firmada de mi mano, y ſellada con el Sello mayor de mi Oficio. En eſte Colegio de Barcelona à 2 de Marzo de 1754.

Phelipe Musòles.

PRO-

PROLOGO,

Y PROTESTA DEL AUTOR.

PAra que no ſe pierdan las glorioſas memorias de lo mucho, que afanaron tantos zeloſos Jeſuítas en la Provincia del Gran Nayar, y en la de Pimeria alta juntamos en eſta pequeña Obra las que para animar à ſu imitacion à los venideros nos dexaron eſcritas algunos de los Obreros Evangelicos, que trabajaron en aquellos incultos Paíſes, y fueron calificados teſtigos de lo miſmo, que refieren: la laſtima es, que anduvo mui detenida ſu pluma, contentandoſe ſolamente con inſinuar las fatigas, ſin declarar otras circunſtancias, que ahora enriquecieran eſta Hiſtoria; y para dar algun enlaze à las partes, que la componen, y ſe formaron ſin orden alguno, ni reſpeto de una à otra, las unímos con el titulo tan correſpondiente, como merecido de *Apoſtolicos Afanes*; y para que no ſe eche tanto de ver la diverſidad de eſtilo, y la de las manos, que contribuyeron à ſu formacion, ſe ha procurado, aunque no ſé, ſi conſeguido del todo, que el modo de hablar ſe

aſſe-

aſſemejaſſe de ſuerte, que ſi no era uno miſmo, à lo menos no fueſſe tan diferente, que quitaſſe por eſſa circunſtancia al Lector el guſto, que le ha de dar la gran variedad, y heroícidad de ſuceſſos, que en eſte Tomo ſe le ofrecen.

Por fin ſi en él ſe halláre, que hablo de la ſantidad, profecías, milagros, viſiones, martyrios, ò de otras coſas ſemejantes en orden à Perſonas no beatificadas, ni canonizadas aun por la Santa Igleſia, proteſto, no ſolo, que no es mi animo ſe me dé mas credito, ni fé, que puramente humana, y la que ſe ſuele à un Hiſtoriador diligente, ſino que no quiero prevenir ſu juízio, antes rindiendole con el mas profundo reſpeto el mio, como el mas humilde obediente hijo, prevengo à todos, que me ſujeto à los repetidos Decretos de los Romanos Pontifices, y mui eſpecialmente al de Urbano VIII.

APOS-

DIPUTACION BIBLIOTECA

APOSTOLICOS AFANES

DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN SU PROVINCIA DE MEXICO.

LIBRO I.

MARAVILLOSA REDUCCION, y Conquista de la Provincia de San Joseph del Gran Nayar, nuevo Reino de Toledo.

CAPITULO I.

DESCRIVE LA ASPEREZA DE su Sierra, sin olvidar la fertilidad de sus faldas.

INJURIA me pareciera usurparle à la ardua Conquista, y reduccion de esta Provincia la especial prerrogativa, con que ilustrò la frente de su Historia el Padre Antonio Arias Ibarra, uno de los primeros Apostolicos Varones, que entraron à libertar tantas almas, quantas en los Nayeritas Apostatas tenia Lucifer esclavizadas. Llamóla aquel sabio discreto Autor *Maravillosa*; y no sé, porque escrupulizó tanto su delicada

DIPUTACION

pluma en tan proporcionado titulo; no ſiendo neceſſario echar mano, para acomodarſelo, de las flores, con que el primer Capitán Governador, que conquiſtò eſta Provincia, apellidó ſu nombre; ni de las hermoſas, con que ſe viſte la florida vara del glorioſo Patriarca San Joſeph antiquiſſimo Patron de eſta Sierra. Todo lo hallarémos decifrado en el decurſo de eſte Libro, en que verémos tantos prodigios, que apenas ſe encontrará periodo, en que no adviertan los ojos una nueva maravilla.

Nombraſe eſta Sierra la Provincia del Gran Nayar; y quando yo imaginava, que tanta grandeza la deribava, ò del auguſtiſſimo ſoberano Nombre de Jeſus, con que la iluſtraron los que deſeoſos de conquiſtar todos ſus Moradores, entraron el año de 1716 à ſus orillas; ò del excelſo Patrocinio del grande Patriarca San Joſeph, que con ſu apellido la enſalzó deſde el año de 18 del ſiglo paſſado, averigué por buenos conductos, que tan mageſtuoſo renombre trahía ſu origen del Nayerit, ò Nayar (como vulgarmente llaman) por haver ſido uno de eſſe nombre el primero que logró privilegios de Rey en la Provincia, como deſpues verémos. Mientras ahora nos ocupamos en boſquejar la aſpereza de eſta Sierra, que aunque tan poco dilatada, (pues ſu recinto de Pueblos Chriſtianos, que por todos quatro vientos la ciñen, apenas ſon noventa leguas, y de eſtas ſolas las ſetenta pobladas de los Nayeritas) es tan ſañuda, y horroroſa à la viſta, que aun mas que las aljavas de ſus defenſores tan guerreros aſſuſtó à los principios los alientos de ſus Conquiſtadores; porque no ſolo parecen ſus quiebras inacceſſibles à los paſſos, pero aun à los ojos embarazan ſu dilatada eſfera los empinados cerros, y picachos, que ſe encumbran de ſuerte, que no es poſſible andar por aquel terreno, ſin que, ò lo quebrado del camino maltrate las cavallerias, ò lo precipitado de las laderas aſſuſte à los ginetes.

Bien

Bien experimentó esto à costa de una desgracia Juan Joseph Plodarte, natural de la Villa de Xeréz, y Soldado, que era entonces en el Presidio de San Francisco Xavier de Valéro, despeñandose por una vereda, que à vista de otras muchas, que se trasiegan, no parece peligrosa; y sin embargo, tropezando acaso la cavalleria, dió en un barranco profundissimo, de donde le sacaron casi muerto con gravissimas dificultades, que solo pudo vencer la charidad Christiana; y quiso despues la curiosidad medir las varas, que el precipitado mozo havia rodado, y se halló, que passavan de ciento, desde la cima, hasta el lugar en que paró, y se le halló aun vivo con admiracion de todos, que lo tuvieron por prodigio; y lo refiero solamente, para que se vean los grandes continuos riesgos, en que andan los que passan por estos tan horrorosos quebrados caminos de esta sañuda Sierra, cuyo intrincado laberinto se dexa de algun modo percebir desde un Pinal alto, de donde viniendo por la parte del Oriente, se comienza à baxar à la tan nombrada Puerta, y en donde se vé erigida una Cruz, cuyos brazos con las flores, y ramas, que ofrece el tiempo, adornan oy los Nayeritas passageros. Aqui fué, en donde los cuerdos animosos Conquistadores reconocieron los empeños, à que les obligava su tan valiente, como Christiana determinacion. Y aunque en los Padres, que venian à redimir las almas de sus habitadores, solo sirvieron estos horrores, para estimular mas su Apostolico zelo, y encender mas su ardiente charidad, al ver tantos Nayeritas miserablemente sepultados en aquel abismo de sombras hechos infames esclavos de Lucifer encarcelados en tan estrechos calabozos; con todo en los Militares entibiaron tanto sus brios, y atemorizaron de suerte su valor, que fué menester, para no bolver atrás, en unos todo el aliento de su Española Christiana animosidad, y en otros la esperanza casi cierta de lograr muchas riquezas; porque la misma aspereza, è infecundo ter-

reno de esta Serranía hazia creer à sus deseos, que à poca diligencia encontrarian la abundancia de los ricos metales, y copiosos thesoros, que prometia encerrar en sus entrañas. Pero aunque à los principios se alentaron con esta tan lisongera confianza, se les desvaneció tan en breve, que ni se sabe, de donde les pudieron sacar entonces, ni se han podido descubrir despues nuevas vetas, disponiendolo assi Dios, para que en la conservacion de esta reciente Christiandad sea todo el incentivo su mayor gloria, sin que intervengan otros intereses, de que suelen resultar los graves daños, que se lamentan en otras reducciones, y aun en esta lloramos los que à los principios en una desgracia eslabonaron muchas desdichas por el ambicioso deseo de encontrar cierta mina. Mas la relacion del caso tendrá en la Historia en adelante su proprio nicho, y vamos ya penetrando la Sierra, para ver si muestra menos desagradable semblante en sus faldas, que descubrió en las cimas de sus cerros.

Y es assi; porque como lo mas de esta Provincia es caliente, ya mas, ya menos, segun la situacion de sus parages, logra en las faldas, y basas de sus erguidos picachos, que los arboles, y plantas fructiferas no experimenten los rigores del hielo; y que assi se eximan de perder la lozanía, y verdor de sus hojas, pagando à sus Dueños, con el annual tributo de sus frutos, los cortos sudores, que les deven en su cultivo. Muchas son las frutas, de que abundan estos profundos valles, pero insipidas casi todas, ò sea por la calidad de aquel terreno, ò por el poco, ò ningun trabajo de los Naturales en cuidarlas; y assi en los duraznos, y manzanas, que se cogen en los altos, en las pitahayas, ziruelas, y otras varias, que se encuentran en las laderas, y ancones de los rios, percibe el gusto adulterado el sabor proprio, que les correspondia: en las playas junto à las aguas, y arroyos se siembran, y se sacan abundantes cosechas de melones, sandias, y diversas especies

de

de calabazas. A mas de estas, y otras diferentes plantas frutales, que producen las tierras calientes, como son piñas, papayas, y otras semejantes, se encuentran en las laderas variedad de arboles, y matas, ò tan vistosas por sus flores, que arrebatan los ojos con su hermosura, ò tan odoriferas, que apenas tiene que apetecer el olfato otros perfumes. Hallanse lilios, azuzenas, tulipanes, y muchos arboles vestidos todos de rosas, ya amarillas, ya blancas, y ya encarnadas. Entre las plantas olorosas las que se llevan la primacía son la que vulgarmente llaman *palillo*, y la que en unas frutillas redondas encierra varias cuentas, que en el olor remedan al almizcle, y aun algunos las bautizan con el nombre de ambar.

A la salud tambien le franquean estas Serranías en otras varios remedios, para atemperar, ò quitar del todo los accidentes, que, ò la debilitan, ò la postran. Dos son entre las muchas, que se hallan las mas apreciables; una la *yerva del tabardillo* llamada assi, porque con solo hervir sus raizes, y dar el agua à beber al que adolece de la peligrosa dolencia de esse nombre, le abre los poros, por donde la fiebre suda toda su venenosa malignidad, como lo tengo bien experimentado en veinte, y tres años, que he vivido entre estos Indios, y en que no la he dado à enfermo alguno, que no haya salido con la vida, siendo este Pais por lo caluroso tan expuesto à semejante enfermedad; y aun quando se nos entró aqui aquella peste, que llamaron *matlazahuael*, con que Dios se llevó tantos millares de Indios, fué esta yerva el contraveneno, que impidió en estos Pueblos los estragos, que lloraron las demás Provincias. El otro es un arbol, que remeda mucho al limon por sus espinas, y hojas, que llaman *medicina del cuchillo*, y su corteza es seguro remedio à qualquier herida, experimentandose cada dia en su virtud prodigiosas curas; pues con solo molerla, y amassarla, aun con agua fria, lavando con ella la herida,

y

y aplicando la maſſa como emplaſto, no ſolo ſe impide la inflamacion, y tumores, ſino que atrahe, y chupa la ſangre, que puede ſer nociva, ſin dar lugar à que ſe engendren materias; y ſi ſobreviene fluxo de ſangre, la eſtanca haſta cerrar, y ſanar perfectamente la herida.

No es menos medicinal la planta del *Mexcalli*, ſi bien ſon menos los provechos, que de ella ſacan, que los daños, que les acarrea: la cultivavan, y atendian con mas eſmero, que otra alguna: ſacavan de ella vino en tanta abundancia, que cada dia le ſacrificavan mucho à Baco en las aras, que le erigia ſu deſordenado ciego apetito; y aun les ſobraya tanto, que ſacavan recuas enteras, no ſolo à las coſtas del mar, para feriar por ſal, ſino tambien à los Reales de Minas, y Pueblos circumvezinos, para comprar con ſu producto lo que querian; porque, aunque no les era neceſſario ſalir fuera de ſu Provincia, para veſtirſe ellos, y ſus familias; aſſi por las coſechas, que logravan de algodon (de que las mugeres hazian naguas, y *huipiles*, y los hombres camiſas cortas, que llaman *cotenes*) como por las pieles de Venados, y Jabalies, que curtidas les ſervian de calzones: no obſtante por la innata inclinacion, que tienen de andar por otras tierras, ſalian comunmente à vender, no ſolo vino, ſal, cera, miel, y otras frutas, que les ofrecia el tiempo, ſino tambien pajaros de varias eſpecies, apreciables unos por ſus viſtoſas plumas, y otros por ſu apacible canto; pues la miſma Serrania, y boſques de eſtas quebradas producen tanta variedad de aves, que ſon igualmente continuo guſtoſo deleite del oído con la ſuavidad de ſus gorgeos, que de la viſta con el hermoſo matiz de ſus plumages; mas con ſer tantas las que pueblan el aire, como ahora vemos, à los principios ſe notó, que los primeros quatro meſes, que ſe ganó eſte terreno, ſe eſcaſearon, no ſolo al oído, ſino à la viſta de ſuerte, que ni uno ſolo ſe dexó oír, ni ver en eſtos parages, haſta que deſtruído el Adoratorio,

corio, en que Luzbel era adorado, se le erigió à la Augustissima Trinidad el primero, aunque pequeño Templo, en que fué venerada. Entonces advirtieron todos, que las aves, que antes se havian retirado, bolvieron alegres à saludar con sus gorgeos al verdadero Dios, para enseñar à los Barbaros, que no à los Idolos, que les fabricó su engaño, sino al Criador de todo deven tributar sus alabanzas, y sacrificarse enteramente.

Afianzó este piadoso discurso un caso, que por repetido se entró hasta por los oídos de los mas rudos, y aun hasta los corazones de los mas obstinados. Adquirió un Soldado en el Presidio de nuestra Señora de Guadalupe una ave, que llamamos *Chachalaca*; y aunque su canto se reduce à un continuado grito, se reparó, que siempre que se cantava el *Alabado*, que compuso el Padre Antonio Arias, disponiendole de suerte, que sin faltar à las leyes de la Poesia, ofreciesse à la devocion mil dulzuras con una clara tierna explicacion de los principales Mysterios de nuestra santa Fé, al llegar al tercer verso, donde se confiessa, que Dios tiene en una mano el premio para los que le sirven, y en la otra el castigo para los que le ofenden, alzava el grito acompañando, como podia, y aun compungiendo à los que cantavan; lo que lo hizo mas notable fué, que acabado este verso, enmudecia hasta el otro dia, que al mismo tiempo repetia su canto; esto se observó muchos dias, hasta que el descuido ocasionó, ò que se restituyesse al monte, ò que alguno nos robasse este dulce incentivo de la devocion, y suave tierno fomento de la piedad Christiana. Esta mysteriosa circunstancia de alzar solo el grito aquella ave, quando se les advertia à los Nayeritas las benignidades de Dios en la corona, y las venganzas de su enojo en la espada, es aun mas prodigiosa, si se atiende al genio de los Indios de esta Sierra, en quienes vemos por la experiencia, que no les convence tanto la fuerza de la razon, y ternura del cariño, quanto consigue, ò el temor, ò el interés: todo fué

ne-

neceſſario, para que deteſtáran ſus errores, y abrazá-ran las verdades de la ſanta Fé Catholica, como ſe notará en el decurſo de eſta Hiſtoria.

CAPITULO II.

ANTIGUEDAD DE LOS NAYERITAS, y noticia del primero, que governò, y diò nombre à eſta Provincia, ſus barbaras coſtumbres, y vana Religion.

NO es mi intento averiguar el primitivo verdadero origen de los Nayeritas; porque no hallando por la eſcaſéz de noticias, donde pueda fixar el pié el diſcurſo, quiero que padezca antes la nota de encogida, y de poco extenſa mi pluma, que el de menos verídica: prenda, que deve ſer el norte de un Hiſtoriador, y el alma de quanto eſcrive. Apuntaré ſolamente, lo que ciegamente creían, dexando por ahora la inconſequente ridicula fabula, que conſervavan mui freſca en la memoria de la creacion del hombre, y principio, que tuvo la variedad de colores, que vemos entre Eſpañoles, Indios, Negros, y Eſtrangeros.

Lo cierto es, que eſta Nacion tiene antiquiſſima poſſeſſion de eſte intrincado laberinto de barrancas; pues por noticia immemorial derivada de padres à hijos ſe ſabe, que quando vinieron los Mexicanos en buſca de las tierras, que ſus fementidas Deidades les deſtinavan, para fixar en ellas el eſcudo de ſus armas, ya eran Señores de eſtas Serranías los Nayeritas, que noticioſos de hallarſe cercano à ſus tierras el Mexicano con aquel Trozo de Combatientes, baſtantes à conquiſtar un Mundo, ignorantes del deſtino, que les havia ſacado de ſus caſas, temieron alguna traición, y que à fuerza de armas quiſieran deſpoſſeerles de ſus tier-

tierras. Trataron de prevenirse para la defensa; y sin acordarse, ò sin querer valerse de la seguridad, que les ofrecian los inaccessibles picachos, con que naturaleza les proveyó de inexpugnable muro, ni de las rasgadas peñas, que casi impossibilitan qualquier enemigo abanze, dispusieron valerosos aguardarles en unas lomas, que están entre Peyotan el viejo, y Quaimaruzi, que por menos montuosas eligieron para la batalla: y como si fueran Soldados veteranos levantaron, para resguardar sus personas, tantas trincheras de piedras, que se cansan los ojos de verlas; y aunque quisieran, con mucha dificultad pudieran contarlas; pues corren succesivamente unas trás otras por el largo dilatado espacio de mas de dos leguas: argumento, que persuade, assi la antiguedad de sus principios, como la experiencia, que tenian para la guerra. Para estas tan acertadas valientes trazas no tenian otro Capitán, que les aleccionára, que su proprio capricho, ni lograron tener caudillo para su govierno, hasta que el Naye el año de 1500 empuñó el Cetro. Reconocieronle como à Rey, extendiendo su dominio por el Sur, hasta las costas del mar, y por el Norte, hasta el Mazapil. El feudo, con que le reconocian sus Vassallos, eran flechas, y calzas, que todos le tributavan. Veneraronle tanto, que despues de muerto, aun antes de enjugar las lagrimas de su excessivo sentimiento, le fabricaron una casa en Tracaimota, mas abaxo del lugar del Templo del Sol, donde en una silla pusieron el cadaver con especiales adornos, travando, quando se deshizo, el esqueleto con varios hilos. Fué tan abultado, que como se reconocia en lo desmedido de su calavera, parecia segun proporcion simetrica de siete quartas su estatura. Los lienzos, y texidos, que le ofrecian por ser su Soberano, eran tantos, que passavan de 300, añadiendoles, aunque sobre vistosamente labrados, la curiosidad de muchos caracolillos, y piedras preciosas, que llaman *chalchiguites*. Ceñia su frente una cinta de pla-

ta: en la cintura tenia otra de tres dedos de ancho del mismo metal: en la muñeca del brazo izquierdo un brazalete, que nombran *manijera*, como el que usan los Indios, que manejan arco, y flechas, para reparar el azote, que dá la cuerda al disparar. Pendia tambien de la cintura una hoja de espada ancha antiquissima, que dizen se la dió el Capitán Caldesa en prendas de su amistad, quando entró, como referiremos en su lugar; y los Indios pensando, que aun podia defenderles contra los Guainamotecos, que al morir Nayerit les hazian mas cruda guerra, se la pusieron à la cinta.

Por milagro mayor, y empressa mas dificil, que conquistar à fuerza de armas las Ciudades mas fortificadas, canonizan los Doctores de la Iglesia el ganarle à Dios una alma, sacandola del asqueroso cieno, en que yazía sumergida, al felíz estado de la gracia. Y assi, si fué grande el triumpho, que las armas Catholicas lograron en la peligrosa Conquista de esta Provincia, quanta sería la gloria, que à Dios resultó en la reduccion de unos corazones tan rebeldes, como los de los Nayeritas? Y siendome necessario, para desempeñar el glorioso titulo de este Libro, y para que se conozca lo maravilloso de la sugecion de gente tan belicosa, describir la resistencia temeraria, y ardides casi insuperables, con que estos Serranos hizieron cara à las escopetas, y armas de nuestro Exercito, será menester tambien dar alguna noticia de la torpe ciega obstinacion, con que desesperadamente resistian à las eloquentes penetrantes espadas de la predicacion; porque topando sus puntas en unos pechos de diamantes, no solo no abrian passo, para introducirse, pero aun se embotavan tanto sus filos, que à no tener los Predicadores en la fragua de su pecho tan à mano el fuego, para suplirlo con su ardor, no pudieran conseguir la victoria, que no lograron antes tantos Varones Apostolicos, quantos

en

en las Ciudades, Villas, y Pueblos de ſu comercio intentaron reducirles.

Era coſtumbre, y aun inclinacion en los Nayeritas el correr las tierras, y comerciar en los Lugares poblados, que rodean eſta Provincia. Y aunque à cada paſſo encontravan, ya con perſonas Religioſas, que laſtimadas de ſu perdicion les ponian à la viſta los eſtragos, à que iva precipitadamente ſu ceguedad obſtinada; ya con Seculares mercaderes, que deſeoſos de ganarles à Dios les embolvian entre los generos, que cambiavan mil ſaludables conſejos; no ſolo veían unos, y otros malogradas ſus induſtrias, ſino tan ſin eſperanza de efecto alguno, que ni davan la menor mueſtra, de que pudiera en algun tiempo introducirſe en ſus pechos la luz de la verdad. Aun con mas atencion, y reflexa advertian los Nayeritas los deſordenes de muchos Chriſtianos de ſolo nombre, eſpecialmente en los Reales de Minas, en que vivian tan ſin temor de Dios, que ſu vicio mas comun, y deſcarado era el de la embriaguéz, tan congenial à ſu apetito. Y aunque eſtos exemplares no ſervian de aleccionarles, à lo menos confirmavan ſu errado dictamen, de que ſemejante deſorden por mas que le condenen los Pulpitos por ruinoſo, le canonizan, ò le aprueban por mas que tolerable los que tan ſin reparo le ſiguen contra la ſantidad de la Ley Chriſtiana, que profeſſan, quebrantandola publicamente, aun en las plazas.

Eran tan frequentes en el Nayar las embriagueezes, que no havia dia, que, ò todos, ò los mas no gaſtáran en beber, juntandoſe de las Rancherias en los parages, que para eſto eſtavan deſtinados. En eſtas juntas tomavan ſatisfaccion de ſus agravios, valiendoſe de los alfanges cortos, que continuamente trahían, ò colgados de la muñeca del brazo, ò embainados en la cinta; porque aunque ſon dieſtriſſimos en manejar el arco, flechas, y honda; pero como pi-

de eſte genero de armas mas diſpierta la advertencia, para aſſegurar el tiro, ſe valian de los alfanges, para vengarſe de las ofenſas, que havian recibido; porque aunque en ſu entero juízio, las hazia olvidar, depueſtas las iras, la familiaridad, con que ſe tratavan aun los mayores enemigos, luego que el vino comenzava à perturbar las cabezas, lo primero que ſe les ofrecia, era el agravio, remitiendo al alfange el deſpique, y pregonando los mas ſangrientos eſtragos, como hazañas dignas de aplaudirſe; y en verdad las celebravan todos, menos los Parientes del muerto, ò herido, que para continuo recuerdo de la injuria mojavan un lienzo en la ſangre, que vertian las heridas, para que ſolo la borraſſe la venganza, quitandole la vida al agreſſor, ò à qualquiera de los ſuyos, ſin que la innocencia les eſcuſára los rigores de tan injuſtas leyes. De eſto nacía no ſolo el que ſe cometieran tantos inſultos, y muertes, ſino que todos anduvieran ſeñalados, ya en los brazos, ya en la cara de ſus crueles barbaros alfanges. A mas de eſtos eſtragos ſe añadian otras obſcenidades, que naciendo de unas voluntades locas con el furor del vino, no perdonavan ni à doncellas, ni à caſadas; y lo peor era, que recobrada la razon, ni ſe avergonzavan, ni temian; ò fuera, porque en todos era igual el delicto, ò por la facilidad de tener uno las mugeres, que queria, eſpecialmente, ſi eran hermanas de ſu primera Eſpoſa, que entonces era tal el derecho, que adquiria, para caſarſe con ellas, que ſi otro pedia alguna de las cuñadas, no podia el Suegro darla ſin conſentimiento de ſu yerno.

Mas con toda eſta torpe inclinacion tenian ſus tiempos, en que ſe abſtenian aun de ſus proprias mugeres. Eſto lo obſervavan en el de ſus ayunos, cuyas inviolables leyes eran privarſe de ſemejantes exceſſos, y de comer ſal todos los dias, que duravan, que comunmente eran cinco; aunque para empeños gra-

ves

ves les prolongavan hasta dos años en obsequio de sus Dioses, que eran tantos como luego verémos. Si los Egipcios tenian un Dios para cada dia, los Nayeritas adoravan tantos Idolos, que à mi juízio, si se repartieran, dandole à cada uno el suyo, aun sobráran muchos.

Pero entre toda esta muchedumbre, tres eran propriamente los principales, à quienes clamavan continuamente, y en sus mayores congoxas ivan, aunque fuera arrastrando à las puertas de sus Templos à llorar, y pedir alivio en sus necessidades. Referiré succintamente su origen, para que se vea la facilidad, con que el Demonio les engañava. El primero, y mayor Idolo, à quien mas que à otro alguno tributaron adoraciones los Nayeritas, era una piedra blanca, que antonomasticamente llamavan *el Dios del Nayar*, dandole el renombre de *Tayaoppa*, que quiere dezir, *Padre de los vivientes*; porque en ella creían Sacramentado al Sol, por ser especial obra suya. Hizole un Indio por nombre *Tca* un Adoratorio, ò Templo mui capáz en Toacamota, que está cerca de la Mesa ázia el Poniente, y le sirvió con tal esmero, que le adoptó por hijo aquel brillante Astro; por cuyo motivo quando murió pusieron su cadaver en una silla, en que casi ya deshecho le hallaron los Padres, quando quemaron aquel Templo. El segundo Idolo, imán de los afectos de los Nayeritas, como el Sol veneracion de sus respetos, era el que adoravan en Teauta cerca de Quaxata con el dulce nombre de *Ta Te*, que quiere dezir, *Madre nuestra*. Este Idolo consistia en dos piedras blancas, en que un Indio hechizero llamado *Azquel* les hizo creer se havia convertido una India vieja, para quedarse con ellos eternamente: con esta falsa creencia, desde aquel dia veneraron aquellos dos pedernales con el impiamente usurpado nombre de *Ta Te*. El otro Idolo, que cumplia el ternario de la afectuosa especial adoracion de los Nayeritas,

tas,

tas, era el *Quanamoa*, à quien veneravan por ſu Redemptor, por haverles (ſegun dezian) ſocorrido, no ſolo en la falta de lumbre, que antes padecian, ſino en la de otras coſas, como de calzones, ſombreros, hachas, machetes, cazos, y eſlabones, de que les proveyó. Mas ingratos à tantos beneficios los miſmos favorecidos le prendieron, y puſieron en una Cruz, en que murió, y deſde donde haviendo reſucitado à viſta de ſus miſmos perſeguidores, ſubió à los Cielos con grande ruído de chirimias, y de otros muſicos inſtrumentos; por lo que le veneravan en dos flechas, una cerca de la laguna de Santiago, y otra arriba de la Meſa, en donde le fabricaron Templos.

Eſtos eran los Idolos, que generalmente mas veneravan, y los que imaginavan mas poderoſos, ſiendo por eſſo viſitadas de todos las puertas de ſus Adoratorios. A otros doze obſequiavan, y tenian nombre proprio en ſu Idioma; pero aunque en muchos lugares les fabricavan Templos, ſolamente acudian à viſitarles por aquellas particulares neceſſidades, en que podian ſocorrerles; porque en unos reconocian poder, para conceder deſtreza en cazar venados; en otros la felicidad en comerciar; en otros la virtud de fecundizar eſteriles: prerrogativa, que mui eſpecialmente veneravan en *Quanamoa*: à eſtos viſitavan mas las mugeres, que los hombres. Finalmente en cada uno de eſtos, y otros Dioſes creían ſolo poder para alguna eſpecial gracia, acudiendo à venerarles ſolamente el que deſeava conſeguirla.

Fuera de eſtas mentidas Deidades, aſſi como los Aſſirios à mas de ſu Dagon, Moloc, y Belſebu, y otros ſemejantes adoravan otra chuſma de Idolillos, que aunque anonimos les reconocian por Dioſes, de la miſma ſuerte los Nayeritas tenian otros muchos, à quienes ſin otro nombre, que el de *Tecuat*, que es lo miſmo, que *Señor*, rendian ſus adoraciones: davanlas

vanlas en muchos lugares à varios guijarros, ſin otro argumento de ſu Divinidad, que, ò haver remediado alguna faccion de los vivientes, ò haver ſido venerados de ſus antepaſſados, que ſe los dexaron como en herencia, para vincularles aſſi infelizmente ſus ruinas. Impoſſible fuera reducir à numero eſta muchedumbre de Idolillos; porque apenas havrá cerro en caſi la mitad de la Provincia, que no haya yo corrido por diferentes motivos, y en que no haya tropezado con eſtas infernales figurillas: unas eſtán como olvidadas, ſin ningun reparo, ni aſeo ſus patios: muchas mui cuidadas, y mui limpios los lugares, en que ſe veneravan. Y aunque no les fabricavan Templos, hazian un cercado de piedras clavadas en el ſuelo, fixando en medio el Idolo, y cuidando, que ſiempre eſtuviera barrido el ſitio, que quedava dentro el circulo. Lo miſmo hazian en los ancones altos de los rios; donde colocavan ſemejantes Dioſes, para tener mas à mano el recurſo, quando deſeavan abundante peſca. En uno ſolo de los muchos, que bañan eſta Sierra, en diſtancia apenas de diez, y ocho leguas havia catorze de eſtos Idolos, que yacen oy ya ſepultados, y olvidados del todo. Finalmente era tan connatural en eſtos Indios la Idolatria, que no contentos con tener tantos Dioſes, ſe ivan à los Templos de las mayores Deidades, y pedian al Guarda Idolo alguna Reliquia, para llevar à ſus caſas; y arrancando qualquiera de las flechas, que ellos miſmos antes havian ofrecido, ſe las dava, y en los cerros mas fragoſos cercanos à ſus Rancherias, le hazian ſu Oratorio; donde cada vez, que querian, le tributavan embueltas en afectuoſos ſuſpiros ſus comunes ofertas con las ceremonias, que verémos.

*** *** ***

CA-

CAPITULO III.

RITOS SUPERSTICIOSOS, QUE guardavan con ſus Tecuas, *y conſigo miſmos, deſde que nacian; y lo que creìan en orden à ſus Difuntos.*

DEſde que el gran Nayerit empuñó el Cetro de eſta Provincia, ha eſtado el mando del govierno annexo al Sacerdocio del que elegian para guarda del Idolo mayor, que veneravan en Toacamota; porque aunque los del Rio contentos con ſu Dioſa Madre intentaron varias vezes eximirſe de la Corona, levantando cabezillas de partido, ò Reyezuelos, que les governáran, nunca, ò por no unirſe todos, ò por poco afortunados pudieron vér logradas ſus pretenſiones. Lo unico, que ſe eſtableció fué, que los Sacerdotes de los Templos, aſſi el de la Dioſa Madre, como los que cuidavan de las otras principales Deidades, fueran de los mas diſtinguidos, y tuvieran voto, no ſolo conſultivo, ſino deciſivo en las coſas arduas, que ſe ofrecian; y que la eleccion de las Perſonas, que les havian de ſuceder en el oficio Sacerdotal, reſidiera en ellos, para que con conſulta, y parecer de los mas calificados de ſu diſtrito, eſcogieran al que juzgáran mas idoneo para el cargo; coſtumbre, que ſe ha guardado ſiempre, eligiendo el Sacerdote con los Viejos de ſu juriſdiccion al que le ha de ſuceder, aunque no le ſea Pariente; y el haver elegido à Cuanacrimoa, que fué una India vieja Sacerdotiſa Anteceſſora del Tonati, no fué por ſer hija del Sacerdote, que antes governava, ſino por parecerles à los Conſultores, que era de coſtumbres proporcionadas al oficio; porque ſiempre atendian à que

tu-

tuvieſſe aquel luſtroſo empleo quien por ſus ſobreſalientes calidades ſe hizieſſe reſpetar. Por eſſo le aviſavan deſde el dia, que le elegian, para que la noticia ſola le ſirviera de freno, para eſcuſar todas aquellas coſas, que pudieran diſminuírle el credito, y la veneracion entre los otros.

No obſtante el Guarda Idolo del Sol era como el ſumo Sacerdote, à quien todos veneravan, ſin que pudieſſe exercer acto alguno publico qualquier otro, haſta que aquel le principiára en ſu Templo, como lo hazia en la bendicion de ſemillas, primicias, y otras coſas ſemejantes, que primero ſe bendecian en la Meſa, y deſpues cada Sacerdote lo hazia en ſu Adoratorio, à donde concurrian todos los Feligreſes de ſu partido. Deſcriviré las ceremonias, que obſervavan en ſus bendiciones, reduciendolas à una ſola, para evitar prolixidad, y eſcuſar moleſtia à los que leyeren eſta Hiſtoria.

Quando el maíz havia ya granado por el mes de Setiembre, no le probavan, aunque les executára la neceſſidad, haſta que en los Templos de ſus Dioſes le bendixeran ſus Sacerdotes, y lo hazian con eſtas ceremonias. Juntos todos los Indios con ſus Familias ponian los fruros, que cada uno trahía, ſobre un tronco: à un lado, y otro eſtavan dos Indios graves, para impedir, que llegaſſen alli los muchachos, por eſtar perſuadidos, que ſi alguno comia de aquellos fruros antes de la bendicion (lo que rezelavan de la inadvertencia, y traveſſura de los niños) les caſtigaria ſu Dios con el moleſto achaque de herpes. A poca diſtancia del tronco ſe ſentava el que havia de tocar el arco, à cuya cuerda amarrada una batea honda dava con un palillo, de que reſultava tal harmonía, que la eſcuchára el oído ſin enfado, ſi el ſuſurro deſtemplado de los Cantores no la confundiera. Junto al Muſico ſe ſentava el Maeſtro Cantor, que havia de dar el punto; y uno, y otro tenian

ſus ayudantes, para ſubſtituirles aſſi que ſe fatigaſſen. Ponian alli cerca una batea llena de peyote, que es una raiz diabolica, que molida bebian, para no deſcaecer al quebranto de tan larga funcion. La que principiavan, formando un circulo de hombres, y mugeres, quantos podian ocupar el eſpacio de tierra, que havian barrido à eſte fin. Uno trás otro ivan bailando, ò dando zapateadas, teniendo en medio al Muſico, y al Maeſtro de Capilla, à quien imitavan, cantando en el miſmo deſcompaſſado tono, que les dava. Danzavan deſde las cinco de la tarde haſta las ſiete de la mañana, ſin parar, ni ſalir del circulo. Acabado el baile, paravan todos los que podian tenerſe en pié; porque los mas con el peyote, y vino, que bebian, eſtavan incapazes de valerſe de ſus piernas, para mantenerſe en pié, y aun para advertir la bendicion, que el ſumo Sacerdote echava ſobre los frutos, rociandoles con una cola de Venado, que ſervia de hiſopo, con agua natural, y con ciertas deprecaciones, que dezia tan entredientes, que nadie las percebia. Deſpues ſeñalava à uno de los viejos, que mejor le parecia, para el Sermon de gracias à ſu Dios, por haverles concedido vida, para llegar à vér, y probar aquellos nuevos frutos. Y me conſta de algunos, que lo hazian con tal ardor, que era neceſſario les ayudáran los ojos con ſus lagrimas à dezir lo que ya no podia con ſus vozes la lengua. Acabado el Sermon, repartia el Sacerdote parte de los frutos, reſervando lo mas para sí; y ſe ivan todos à ſus Rancherias à prevenirſe, para las particulares bendiciones de ſus Feligreſias.

Lo que cantavan, aſſi en eſte, como en otros bailes, (que ſolo diferenciava la variedad de las circunſtancias) eran unos mal concertados, y peor entendidos elogios al Sol, dignos de ſu barbara toſca fantaſia: unas vezes lo hazian en lengua *Tepehuana*, y otros en el mas antiguo idioma *Cora*; y aſſi apenas

ſe

ſe hallava quien pudieſſe penetrar lo que dezian. Bolviendo ahora à los Sacerdotes, eran tan obſervantes en guardar los ritos, que conducian al culto, y veneracion de ſus Dioſes, que à mas de tener ſus Templos limpios, y aſeados ſiempre, no permitian, que entrára otro, que el que venia à ofrecer la flecha, que acoſtumbravan colgar alli, para impetrar lo que pedian à ſus Idolos; y aun antes ſe aſſeguravan, ſi venia en ayunas, y ſi havian precedido los cinco dias, que devian ayunar ſegun ſus Leyes.

Quando la peſte les afligia, ò la eſcaſéz de agua atemorizava, ò les amenazava la hambre, enviava el ſumo Sacerdote à ſus Coadjutores, que llamavan *Topiles*, à que aviſáran à todos los otros Sacerdotes, que exhortáran à ſus Feligreſes, à que fueſſen à aplacar los enojos de ſu gran Dios, que como à Deidad mas antigua le tributavan ſiempre primero, que à otro Idolo, los lloros, y fervoroſas ſuplicas en ſus plegarias. Todos enviavan flechas con ſartillas de cuentas, y plumas pendientes, para que el ſumo Sacerdote ſe las ofreciera en ſu nombre. Pero ſi implacable ſe hazia ſordo à ſus deſconſuelos, acudian à la Dioſa Madre con las miſmas ofertas de flechas, cuentas, y plumas; y ſi querian gratularla mas, le ofrecian curioſos texidos de algodon. Para las neceſſidades mas graves acudian à eſtos dos Oraculos, como à Dioſes mas poderoſos, y de ſuperior eſphera. Para otros empeños de menos monta ſe ivan al Adoratorio mas cercano, donde ſe venerava alguno de los otros inferiores Dioſes, ofreciendole por mano de ſu Sacerdote la flecha; y ſi entravan en las chozillas, que ellos miſmos le havian fabricado, la adoravan como reliquia de aquel Dios, de cuyo Templo la havian deſcolgado; y entonces pecho por tierra ſe la tributavan, embolviendo en ſuſpiros la oferta.

Si algun Templo con las injurias del tiempo ſe arruinava, ivan llamados del Sacerdote, que le cuidava,

dava, à reedificarle. Y en eſſa ocaſion les era licito llevarſe todas las flechas, que hallavan en el Adoratorio; pero ſiempre tenian el reſpetuoſo eſtilo de no uſar de ellas, antes que paſſáran cinco dias; porque temian, ò que el *Tecuat* ſe enojára, ò que no podrian acertar tiro con ellas, quando ſalieran à caza de venados: diverſion, que acoſtumbravan, ò mandados de los Sacerdotes, para autorizar ſus funciones Eccleſiaſticas; ò voluntariamente, para adieſtrarſe à manejar el arco, y lograr la carne, y cueros de los que matavan, reſervando ſolo las cabezas de los mas abultados, para colgarlas en los Templos de los Idolos, procurandolo aſſi el Sacerdote, ò Viejo, que les acompañava, ofreciendo orar por ellos: adelantavaſe à eſſe fin aquella mañana en ayunas, y trepando por alguno de los cerros, donde havia Adoratorio del Lucero, le tributava oficioſo una flecha por ſus encomendados, que aguardavan el aviſo del Sacerdote, para comenzar ſu caza. Y ſi haviendo diſparado dos vezes à los venados, no les matavan, tenia por ſeñal cierta el Sacerdote, que algun laſcivo inconfeſſo embarazava el acierto. Y juntandoles à todos, les declarava ſu ſoſpecha, y exhortava à que examináran ſus conciencias: y ſi alguno ſe hallava culpado, confeſſava alli publicamente ſu delito, y dava una flecha, para que ſe ofreciera al Idolo, y ſe deſenojára. Acabada la caza, ſe ivan todos, llevando los venados, que havian flechado, y juntos en el lugar, que havian deſtinado, paſſavan lo reſtante del dia, y la noche entera en glotonerias, y embriaguezes: el dia ſiguiente ſe bolvia cada uno à ſu caſa. No ſon menos ſuperſticioſos los ritos, que obſervavan en las peſcas: diverſion mas ordinaria por la diverſidad, y muchedumbre de pezes, que ſe hallan en los caudaloſos rios, y arroyos, que bañan eſta Sierra.

Las leyes, y ritos, que guardavan conſigo miſmos eran tantos, que ſi quiſiera eſcrivirles la pluma ha-

havia de alargar mas de lo que deseo la Historia; y assi me contentaré con referir algunos, de que se podràn inferir los muchos, que se omiten. Luego que salia à luz la criatura, buscavan sus Padres à uno de sus Tios, ò Tias, y no à otro, que no fuesse ascendiente en la linea transversal desigual, y le dezian: *vès aqui à este nuestro hijo, queremos, que sea tu connombre*: admitia el convidado; y desde entonces llamavan al niño con el mismo nombre, que en su idioma tenia el Compadre. Passado un año quando ya el niño comenzava à buscar, que llevar à la boca, avisavan sus Padres al Padrino, y à todos sus vezinos, para que assistiessen à las ceremonias, que precedian à darle sal al parvulito. Barrían un' pedazo de tierra, donde havian de bailar; haziendo en medio una grande hoguera, assi por lograr el beneficio de sus luzes para el baile, sin peligro de caer, como para atemperarle al sereno sus rigores, ponian junto à la lumbre à la criatura, à su madre, à la que havia de cantar, y à su ayudante, y muchas botijas de vino, para beber. Bailavan solas las mugeres con las ceremonias, que ya diximos poco ha: todas las danzarinas, y los mirones bebian cinco vezes de aquel vino, que era mui ardiente, y con medida tan excessiva, que dos solas bastavan à trabucar la cabeza mas valiente. Acabado el dia siguiente el festin, quando apenas havia quien se acordasse de sí, le davan à la criatura sal casi al modo, que se acostumbra à la que se bautiza. Los mismos ritos observavan, ya para darle la primera comida, quando tenia muelas, ya à los doze años vino, para que comenzára à hombrear con los adultos.

Quando se casavan, aunque procuravan los regozijos de la boda, no bailavan, sino al són aunque discorde de la vihuela, y rabeles, como hasta oy honestamente acostumbran en sus huelgas. Perdída en el Matrimonio la flor de la virginidad, se cortava la muger el pelo; como se lo cortan hasta oy los mas inmedia-

mediatos deudos del que muere: por ser este el unico luto en sus sentimientos, y pesares. Luego que moria algun Indio le vestian, y embuelto en una manta con su arco, y carcax, si era varon; ò si era muger con su leñador, y huso, le llevavan à la cueva, que antes havia elegido para enterrarse. Assi que sacavan el cuerpo, ponian todo lo que havia dexado à la puerta de la casa, para que lo cuidára, sin serle necessario entrar en lo interior à buscarlo, por estar persuadidos, que vendria el difunto à vér lo que dexava, y para escusar tan funesto compañero en la misma casa, le ponian fuera el atractivo de sus cuidados. Passados cinco dias, pagavan à uno, ò dos hechizeros, para que con sus conjuros ahuyentáran aquella imaginada sombra, que les sobresaltava. Entravan estos con las pipas, humeando por toda la casa, y con unas ramas de un arbol, que llaman *zapot* ivan espantando por todos los rincones, hasta que (como ellos persuadian à los caseros) encontravan aquel soñado assombro, y le conjuravan, para que se fuera al lugar de su descanso. Si acaso tenia el difunto Vacas, quando vivia, le ponian de quando en quando en el campo sobre unos palos un pedazo de carne, por temer, que aunque à fuerza de los conjuros havria salido de la casa, que el amor de su ganado le havia de traher algunas vezes à buscar algun sustento; y para escusar, que le pidiesse, se lo ponian, donde no él, (que nunca pudiera venir) sino los buitres, ò los perros se lo comian.

A los niños de pecho, quando morian, untavan con leche sus Madres los labios, para que pudieran llegar al lugar de su descanso. El seno de los parvulos, y el de los adultos, que morian de alguna enfermedad en su barbara creencia era uno mismo. Los que fallecian de muerte violenta imaginavan, que se ivan à la Region del aire; y assi, quando solia caer alguno de los globos de luz, creian, que era

algun

algun *Merit* (nombre, con que llaman al que murió violentamente) que venia à eſpantarles. A la Region deſtinada à los que acaban con muerte natural llamavan *Mucchita*, que quiere dezir *lugar de muertos*: que es lo miſmo, que los Mexicanos nombravan *Miſtan*, y que ahora à fuerza de la predicacion entienden por el Infierno, lugar verdaderamente de muertos, por ſerlo en otro mui diferente ſentido del que penſavan, todos los que allá paran. Eſtá *Mucchita*, como ellos ſe figuravan, cerca del Real del Roſario en un cerro lleno de cuevas, rodeado todo de moradores reſpetables con cerquillo, que cuidan de aquellas almas, que de dia ſe dexan ver en figura de moſcas, buſcando que comer; y de noche, bailando en ſu propria figura. Y aunque allí no padecen alguna pena, ni deſean bolver à vivir, como neciamente ſe perſuadian, le fuera facil à qualquiera el ſacar de aquel lugar la alma, que quiſiera, ſi no fuera por la llorada inconſideracion de cierto Indio, à quien le ſucedió lo que contaré, para divertir la ſequedad de eſte capitulo.

Vivia eſte en el rio de Santiago caſado, y dexando cierto dia à ſu muger buena, y ſana, ſe fué à buſcar ſal à la coſta de tierra caliente, y de buelta ya, la encontró en el camino; y aunque la requirió, à donde iva? Ni le habló palabra, ni ſe detuvo; ſiguióla el marido, dexando ſobre una peña el tercio de ſal, que trahía cargado, y vió, que ſe entrava en *Mucchita*, de que adivinando lo que havia ſucedido, empezó à llorar ſu viudéz; acertaron à paſſar por allí los Cuſtodios de aquel Infierno; les contó ſus deſconſuelos. Compadecidos aquellos Perſonages de ſus lagrimas le dieron unas varillas, diziendole, que à la noche, quando ſaliera à bailar, la flechára con una de ellas, y que ſi acertava à herirla, lograria, que ella le conocieſſe, y bolverla à ſu caſa. Pero que advirtiera, que la havia de llevar con eſpecial cuidado, haſta

llegar à ſu tierra; donde havia de tratarla blandamente, ſin gritarla, ò reñirla, haſta que con el tiempo cobrára fuerza aquella alma; porque al eco ſolo de una voz alta moriria eternamente, y no podria ya ni el, ni otro ſacar de aquel lugar alma alguna. Cogió el Indio las varillas, y luego que vió à ſu muger, bailando acertó à flecharla en una pantorrilla, con que ya conoció al marido; llevóla eſte con el cuidado, que ſe le havia advertido. Llegado à ſu caſa, ſupo como havia muerto el miſmo dia, que la encontró. Para feſtejar el regozijo de ſu reſurreccion convidó à todos ſus parientes; y como el paradero de todos los convites era la embriaguéz, abrió las botijas, para que bebieran todos. Por ſer el que eſtava mas alegre, reperia mas los brindis, de que le reſultó lo que otras vezes, y el prorrumpir en aquellas furias, à que provoca el vino, dando tales gritos, que llegaron à oídos de aquella tierna alma; quien ſolo de eſte achaque murió ſegunda vez, y ſe fué à *Mucchita*, donde yace eternamente ſepultada.

Eſtos, y otros delirios, que creían los Nayeritas voluntariamente ciegos, por haver eſtado tanto tiempo ſordos, ſin querer dar oídos à la predicacion Evangelica, eſtán ya tan del todo borrados, que como verémos al fin de eſta Hiſtoria, qualquiera juizioſo dictamen ſentenciará à ſu favor, viendoſe ya claramente, que han ſeguido el conſejo del Apoſtol, deſpojandoſe de todos los errores, con que en las tinieblas de ſu antiguedad eſtavan embueltos, viſtiendoſe ahora del brillante hermoſo trage de la verdad, ſacudiendo el peſado yugo, con que Lucifer les dominava, baxando las cabezas al ſuave de nueſtra Ley, y abrazando la Cruz de Chriſto tan de veras, que alegra, y aun admira à quantos oy les comunican, ſiendo ya manſos corderos los que antes eran temidos como Lobos carniceros.

CA-

CAPITULO IV.

DILIGENCIAS, QUE PARA CONSEGUIR la reduccion del Nayar, ſe executaron deſde los principios del ſiglo paſſado.

LA importancia de la Conquiſta del Nayar era tan manifieſta, que obligó eſpecialmente en eſtos ultimos años à muchos zeloſos, ya à informar à ſu Mageſtad, ya à procurar por sí hallar algun reſquicio, para introducir en eſta Region de ſombras la luz del Evangelio, por ſer eſte el unico terreno, que en toda la nueva Eſpaña havia quedado, en que ſe ofrecian adoraciones al Demonio, conſervando en los Idolos ſus ritos ſuperſticioſos, y ſus immundos Adoratorios, donde, deſterrada la verdad, ſolo ſe venerava la mentira. Y crecía la confuſion, y la laſtima, por eſtar ſituada eſta Provincia caſi en el corazon de eſta tan florida, como fervoroſa Chriſtiandad, rodeada de Pueblos Chriſtianos, ſin que le comunicaſſen la ſalud, antes quedavan muchas vezes algunos tocados del contagio, y enfermedad de los Nayeritas, incurable al parecer de los mas experimentados; porque no ſolo no ſolicitavan Medico para ſu curacion, pero ni aun admitian el remedio, entrandoſeles haſta ſus puertas, rebalſandoſe alli los malignos humores de todo el Reino, por hallar en eſta Sierra abrigo los delinquentes, que cauſavan no pequeños eſtragos en las Ciudades, y refugiados en eſtas barrancas, no ſolo viciavan mas à ſus habitadores, ſino que creciendo haſta lo ſumo ſu inſolente orgulloſo atrevimiento, ſalia fuera de ſus limites con funeſtas laſtimoſas ruínas. Aſſi ſe experimentó año 1702 en el ſedicioſo tumulto de la Sierra de Tepique immediata

frontera del Nayar, de donde no ſolo ſalió, para acalorar el motin, mucho fuego, animando à los autores de la ſedicion, ofreciendoles ſeguridad, y amparo en caſo de ſalirles mal ſu loca temeraria pretenſion, ſino que les enviaron los Nayeritas algunas Tropas mandadas por el Capitán *Tzomon*, uno de los Indios de mas valor, y oſſadia. Y aunque entonces quedaron vencidos los rebeldes, ſiempre ſe temia, que no eſtando en el Nayar del todo apagadas las braſas con el eſcarmiento, ſe pudiera encender nueva llama, que levantaſſe algun dia algun fatal funeſto incendio, que llegaſſe haſta la cabeza de la America.

Añadianſe à eſtos males, que ſe preveian, otros que ya ſe experimentavan; porque aunque los Nayeres, ò Nayeritas antiguamente atendian en ſus comercios à ſu propria utilidad ſin la menor ofenſa de la juſticia, comenzaron con el manejo del dinero, no ſolo à ſer demaſiadamente intereſſados, ſino à querer acaudalar, y enriquezerſe aun con la hazienda agena, executando robos, ya de cavallada, y ganado mayor de los vezinos, ya de otras alhajas precioſas, quando con ocaſion del comercio ſe les venia à las manos la que de hurtar les ofrecia el deſcuido, ò confianza de los dueños, ayudando à ſu mala inclinacion la piedad de los Eſpañoles en hoſpedarles, ſin que dieſſe lugar à la mas tenue ſoſpecha el buen concepto, que les havia grangeado ſu antiguo proceder.

Llegó à tanto ſu arrojo, por no haver tenido en el caſtigo el eſcarmiento, que aſſaltaron el Pueblo de Acaponeta. La ocaſion para eſte temerario eſcandaloſo atrevimiento fué, que el Alcalde Mayor Don Balthaſar Serraton havia puesto en priſſiones à un Indio Chriſtiano del Pueblo de San Diego por graves delitos, que havia cometido: eſte deſeoſo de la libertad convocó por medio de otro Indio à los de eſta Provincia, ofreciendoles venirſe à la Sierra à vivir con ellos, ſi le libertavan de los rigores de la carcel: em-

baxada,

baxada, que recibieron tan guſtoſos, que ſin remitir el negocio à las largas conſultas, que acoſtumbran, diſpuſieron con toda brevedad la faccion; y valiendoſe de la obſcuridad de la noche, entraron en Acaponeta antes que el dia diſpertára à ſus vezinos, para cogerles deſarmados. Y para que el ſuſto no les dieſſe lugar de recurrir à las armas, al miſmo tiempo, que comenzaron à jugar las proprias, dieron un formidable alarido, con que atemorizaron de ſuerte à todos, que los mas ſe puſieron en fuga; y aunque algunos ſe armaron animoſos, para reſiſtir el abanze, quedó la victoria por los enemigos. Dexaron muertos dos Eſpañoles, al Alcalde Mayor con un Indio Philipino heridos, ſaqueada la tienda de un Mercader, y quebradas las puertas de la carcel, de que ſacaron al preſo, que les havia convocado; y tomando la buelta ázia el Nayar con celeridad, dieron à la fuga mayor impetu, que el paſſado de la interpreſa, temiendo, que convocados los Pueblos vezinos les ſiguieſſen el alcanze en parte, donde no pudieran reſiſtirles; y eſtavan ciertos, de que puеſtos en ſu Sierra hallarian en ſu aſpereza notables ventajas, para burlarſe de nueſtras fuerzas, y vivir ſeguros, como ſiempre haſta entonces, ſin rezelo alguno.

Eſtas, y otras maldades ſemejantes con el deſeo, de que no ſolo ſe puſiera freno à ſu inſolencia, ſino que llegaſſe ya el termino de ſu ceguedad obſtinada, movieron à muchos zeloſos del bien de las almas, y de la quietud del Reino à informar à la Catholica Mageſtad de nueſtro Rey, y Señor Don Phelipe V de tantos males, que ya havian paſſado del amágo à la execucion. Quien con mas empeño ſolicitó el remedio, buſcando ſu eficacia en las Reales diſpoſiciones, fué el Señor Licenciado Don Juan Picado Pacheco, Oidor entonces de la Real Audiencia de Guadalaxára, y deſpues de la de Mexico: mui por extenſo repreſentó à ſu Mageſtad la neceſſidad ineſcuſable de re-

ducir eſta Provincia por lo mui dañoſa, què podia ſer à ſus Reales Dominios la rebeldía de ſus habitadores. Hizieron tanta fuerza al piadoſo corazon de nueſtro Monarca eſtas noticias, que al punto deſpachó repetidas Cedulas, ya à ſus Virreyes, ya à ſus Reales Audiencias, eſpecialmente à la de Guadalaxára, que como mas immediata podia con mayor eficacia llenar ſus Reales deſeos, aplicando todos los medios conducentes à tan neceſſaria Conquiſta. Y aunque no ſe omitió diligencia alguna, todas las inutilizó la obſtinacion ciega de los Nayeritas.

Havia ya comenzado la batería, para ſujetarles, deſde los principios del ſiglo paſſado; mas nunca quedavan rendidos, aunque ſe diſſimulavan obedientes à la Corona; y lo mas que ſe conſeguia, era el que en las orillas de ſu Provincia, ſin permitir, que los Nueſtros penetraſſen, paſſando de la Puerta à ſus barrancos, dieſſen una obediencia fingida, conſervando en ſus pechos mui diſſimulada ſu rebeldía, viendoſe obligados muchos Capitanes, ſin ofenſa de ſu valentia à retroceder, por juzgar, que en las eſtrechezes, y continuadas cueſtas de eſtas montañas les fabricó naturaleza tal defenſa, que era al valor inacceſſible, y aun à la temeridad inſuperable. Los primeros, de quienes tenemos noticias por unos papeles eſcritos en idioma Mexicano, que tenian en ſu poder, y havian conſervado con prolija curioſidad los Nayeres, fueron el Capitán Don Miguel Caldera, y otros dos Compañeros ſuyos llamados Salazar, y Cortés. Eſtos, ſin penetrar en ſu interior, ſe mantuvieron en las entradas de la Sierra largo tiempo por los años de mil ſeiſcientos, y diez, y ſiete, y diez, y ocho en ocaſion, en que llegó allá el Capitán Don Bartholomé de Arisbaba, ſiguiendo el alcanze de los Tepehuanes, que haviendoſe ſublevado el año de diez, y ſeis en la nueva

Viz-

Vizcaya, abandonaron ſu Patria, para aſſegurar ſus vidas en eſta Sierra. Vino eſte de la Ciudad de Durango; y aunque de los tres primeros no conſta, ni de donde ſalieron, ni quien les encomendó la empreſſa, ſe diſcurre, que vinieron de la Ciudad de Compoſtela. Llegaron à viſitarles el Gran Nayerit, y otros de los ſuyos, que le acompañavan. Y para que fueſſe ſu viſita mas grata à los Capitanes, les ofrecieron un preſente de quatro niños; pero imaginando ellos, que ſe los davan, para que matandoles, ſe los comieſſen, horrorizados de tan deteſtable barbaridad, les afearon ſus crueles ſobre barbaros intentos; añadiendoles, que nueſtra Religion, no ſolo Santa, ſino mui conforme à los dictamenes de la razon natural, eſtava tan lejos de permitir monſtruoſidades tan ſangrientas, que nos manda aun amar à nueſtros proprios enemigos. Con eſta ocaſion ſe les dió noticia de la verdad, y pureza de nueſtra Ley, citandoles, para conferir eſte, y otros importantes puntos, para el Pueblo de Tepique, àzia donde diſponian ya ſu viage los Capitanes; los Nayeritas ſe bolvieron guſtoſos, y agaſajados à ſu tierra, quedando no menos conſolados los Nueſtros, por haver librado, como ellos creían, aquellos quatro innocentes de la muerte corporal; y deſeoſos de que lograſſen la mejor vida de la gracia, les dexaron en Compoſtela, para que fueſſen inſtruídos, y Chriſtianamente educados: diligencia, en que ſe conoció ſu zelo, y diſcrecion, aunque eſta, como verémos, no ſe dexó vér deſpues entre los poco conſiderados ardimientos de ſu fervor.

Acudieron con puntualidad à Tepique los Nayeritas el dia aplazado, y de aqui paſſaron en compañia de los Eſpañoles à la *Pila blanca*: ſitio, de que ya no hai memoria. Aqui hizieron los Capitanes al Nayerit, y à los ſuyos tan vehementes importunas inſtancias, para que ſe bautizáran, que huvieron

de

de baxar las cabezas los mas, para complacer à tan autorizada porfia, como conſta de los referidos papeles; pero ni ſe expreſſa alli, ſi corrió por mano de algun Sacerdote la funcion, ni que acompañaſſe alguno à aquellas Tropas. Lo cierto es, que haviendo pedido Miniſtro, que con ſus inſtrucciones ſupliera las que devieran haver precedido al Bautiſmo, que cuidaſſe de mantenerles con la hermoſura de la gracia, y les preſervaſſe de la tan connatural reincidencia à ſus antiguas Idolatrías, ſe echa luego de vér, que fué poco prudente el fervor de eſtos zeloſos Cavalleros. Mucho ha dado que hazer eſta eſpecie de Bautiſmos ſugerida de un zelo indiſcreto, con que no pocos, quizá por graduarſe de Apoſtoles (como ſi el Señor, y los Doctores todos no enſeñáran lo contrario) à repetidas importunas inſtancias bautizavan à los que hallavan caſualmente en los caminos, ſin mas inſtruccion, que la que cabe en gente de campo, y ſin examinar, ſi antes havian ſido bautizados. Ni ha faltado quien reconvenido de uno de los que ſe hallavan preſentes, que ſe informaſſe del Indio, que intentava bautizar, ſi ya lo eſtava? Reſpondió promptamente, que ſi acaſo ya otro havia ganado la Indulgencia plenaria, que ſabia ſe ganava en el Bautiſmo de los Gentiles, no por eſſo havia él de perder el Jubileo: por tales manos corrieron los Bautiſmos de muchos, que encontramos en eſta Sierra, donde no tenian otro Maeſtro, que al error, y al deſorden.

De *la Pila blanca* paſſaron todos los Eſpañoles, y Nayeres al Pueblo de Acaponeta; y de eſte, caminando ſiempre por las faldas de la Sierra, ſin piſar las lineas, que ſe encaminavan al centro, marcharon haſta llegar al ſitio, que oy llaman Guazamota, perteneciente entonces à eſta Provincia: hizieron pié aqui, por haver llegado en aquella ocaſion el Ca-

Capitán Don Bartholomé de Arisbaba, que iva en ſeguimiento de unos fugitivos Tepehuanes, que intentavan refugiarſe en la aſpereza de eſtas montañas, para impoſſibilitar el caſtigo, que merecia la crueldad, con que quitaron la vida à muchos, y entre ellos à ocho Jeſuítas en el alzamiento del año de 1616: venia aquel valeroſo Cavallero enviado del Señor Don Gaſpar de Alvear, y Salazar del Orden de Santiago, que governava por aquel tiempo el Reino nuevo de la Vizcaya, y andava ocupado en la campaña, caſtigando à quantos rebeldes no querian rendirſele, ſiguiendo el alcanze à otros, que por ultimo ſe lo impoſſibilitaron, por haverſe refugiado à una inacceſſible Sierra, que eſtá entre las dos Provincias de Cinaloa, y Taraumára, en donde ſe fundaron deſpues à peſar de ſu aſpereza dos Miſſiones, que adminiſtran con indezibles trabajos los Jeſuítas. Huvieran tambien logrado ſu pretendido aſylo en eſta Sierra los Tepehuanes, ſi el Capitán Don Bartholomé con ſu ſabia prudente conducta no huviera corrido con tanta diligencia, que les alcanzó en ſus orillas.

Luego que Nayerit entendió los fines, que havian trahído à ſus tierras al Capitán Arisbaba con ſu compañia, ò bien de grado por haverle grangeado la voluntad el otro llamado Caldera, ò por temor, viendoſe obligado à cortejar, à quien no podia reſiſtir, ofreció ſu Perſona, y las de los ſuyos, para aliſtarſe, como lo executaron, entre los Catholicos. De eſto haſta ahora tienen vanidad, por haver ſervido entonces no poco à ſu Mageſtad, no ſolo rehuſando admitir à los ſublevados, ſino dando à los Eſpañoles algunas Tropas auxiliares, para ſujetarles, y reducirles à la devida obediencia, añadiendo aun la ceſſion de ſitio, y donacion, que hizieron de las tierras neceſſarias, para que ſe fundaſſe el Pueblo de Guazamota, y el trabajo perſonal,

nal, con que concurrieron à la Fabrica de la Igleſia, y del Convento. Y à la verdad, que tan honrados ſervicios dán à los Nayeritas graviſſimo fundamento, para gloriarſe no poco; mas no ſé, ſi tuvo alguno el Capitán Arisbaba, para arrogarſe el renombre de *Conquiſtador del Nayar*, dexando gravadas en una piedra, que ſe conſerva à la entrada de la Igleſia, las ſiguientes clauſulas, que trasladadas fielmente dizen aſſi: „ Governando Don Gaſpar de „ Alvear, y Salazar Cavallero del Orden de San„ Tiago en eſte Reino de la nueva Vizcaya, por „ ſu orden el Capitán Don Bartholomé de Ariſ„ baba mandó hazer eſtos borrones, y conquiſtó „ eſta Provincia del Señor San Joſeph del Gran Na„ yar, la atraxo, y reduxo à la obediencia de ſu Ma„ geſtad año de mil ſeiſcientos, y diez, y ocho.

Pero por lo que mira à la palabra *conquiſtò*, ſi no entiende por nombre de conquiſta aquellas ceremonias de obediencia, que han dado ſiempre los Nayeres, y que no dudo reiterarian en ſu preſencia, no ſé como aſſentir à tener por verdadero lo inveroſimil; porque, ſi ſe huviera de entender como ſuena el nombre de *Conquiſta*, ya que no conſtára en los papeles, que ſe eſcrivieron al miſmo tiempo, pudieran haver omitido lo que dexaron con teſtimonio autentico à los Nayeritas en un inſtrumento Juridico, en que ſe afirma, que havian ſido conquiſtadores aquellos miſmos, que ſe pretende fueron entonces en la realidad conquiſtados. Tiene tambien contra lo que dexó gravado en aquella piedra el Capitán Arisbaba la tradicion, que paſſando de Padres à hijos ſe conſerva en la fama publica, de que haſta eſta ocaſion, no ſolo no ſe havia conquiſtado el Nayar, pero ni aun piſado pié eſtrangero las cumbres de ſu Sierra. Ni havia de ſer tan poco aviſado aquel Cavallero, ò el que vanamente quiſo liſongearle, que no colocando aquella

lla tan honroſa inſcripcion dentro del Nayar conquiſtado, ſino à ſus puertas, que por la ceſſion de los miſmos Nayeritas dexó de ſer parte de ſu Provincia, no cuidaſſe de procurar la conſervacion de un Reino, cuya poſſeſſion havia añadido à los Dominios de la Corona de nueſtro Monarca, levantando algun Preſidio de Soldados, que obligáran à los que ſe publican ſujetados, à que ſe mantuvieran obedientes; y eſtableciendo una Miſſion, para que el Miniſtro atendieſſe à que los conquiſtados à la obediencia del Rey ſe aliſtaſſen en el Chriſtianiſmo, y los Apoſtatas bolvieſſen al gremio de la Igleſia: eſto preciſa à quien cuerdamente lo conſidere à juzgar, que, ò dexó deſairada ſu prudencia, ò no devia haver excedido en la ponderacion de aquel elogio, que ſe gravó para la poſteridad en credito de ſu valor, y glorioſo immortal pregon de ſus hazañas.

Eſtas entradas ſon las unicas, que en el ſiglo paſſado hizieron à eſta Sierra nueſtros Eſpañoles. Y aunque el Reverendiſſimo, y erudito Padre Lector Frai Agustin de Betancur en la quarta parte de ſu Theatro Mexicano, en el cap. 1 del tratado 5 parece, que haze mencion de otra, juzgo, que fué error de imprenta. Habla allí de las que hizieron los Religioſos Seraphicos à la California; campo, que regaron con ſus ſudores, y en cuyo cultivo ſe huvieran mantenido, ſi no cediera à la hambre la ſed, que tenian de aquella reduccion. Eſte trabajo experimentaron tambien los Miſſioneros Jeſuítas, que oy cultivan aquella viña del Señor, deſde el año de 1697, en que abrió felizmente la puerta el Venerable, y Apoſtolico Padre Juan Maria Salvatierra. Trata aquel ſabio Autor en todo el citado capitulo ſolamente de aquella Peninſula, y caſi al medio ſe entretexen unas palabras, que no ſolo parecen trahídas de País eſtraño à la materia, de que ſe habla, ſino pueſtas alli con notable obſcuridad, pues ſe eſ-

criven de esta suerte: „ Despues el año de mil seis„cientos, y setenta, y siete fueron enviados el Re„verendo Padre Frai Juan Cavallero Carranco, Doc„tor Jubilado, y el Padre Frai Juan Bautista Rami„rez; y aunque se hizo fruto, por falta de basti„mentos en la Provincia del Nayari convirtieron, „ y hasta oy permanece por la Provincia de Gua„dalaxára. Hasta aqui aquella erudita Seraphica plu„ma; mas luego echará de vér qualquiera advertido, que por descuido del Impressor, ni las vozes están atadas, y se añade, è inserta en el cuerpo del capitulo otra materia, que la admite solo con repugnancia la proporcion. Puede ser, que hable aquel Reverendissimo de los Pueblos vezinos al Nayar, que administran los Religiosos Seraphicos pertenecientes à la Provincia Santa de Calisco; porque ni la California pertenece à Guadalaxára, ni à la Provincia del Nayar entraron, aunque en el corriente siglo lo procuraron, assi los Religiosos de aquella sagrada Apostolica Religion, como los Capitanes, sin que les detuviesse la desgracia de la primera entrada, que se hizo, y verémos luego en una lastimosa tragedia.

CAPITULO V.

DESGRACIADA ENTRADA À ESTA Sierra del valeroso Capitàn Don Francisco Bracamonte.

ALas puertas del Nayar, que por espacio de casi dos siglos despues de ganada la nueva España mantuvo cerradas la malicia de sus habitadores, añadió nuevos cerrojos en los principios de este siglo la desgracia con el tragico sucesso del Capitán Don Francisco Bracamonte. Hallavase este Cavallero el año

de

de 1701 con el titulo de Protector del Gran Nayar; honra, que le grangeó el especial amor, y respeto, con que los Nayeritas le visitavan, aunque soborna-dos del interés, por tenerles tan obligados su libe-ralidad. En ocasion, en que la Real Audiencia de Guadalaxára, que presidia entonces el Señor Don Alonso Zevallos Villagutierre Cavallero del Orden de Santiago, deseosa de enarbolar los Estandartes Rea-les en los mas erguidos picachos de esta Sierra in-tentó conquistarla, y probar fortuna, fió la empre-sa de los aciertos, y prudencia de Don Francisco, pareciendole, que con solo el sobrescrito, que lle-vava de Protector suyo, bastaria, para que los Naye-res olvidados de su ferocidad se le rindieran obedien-tes. Y aunque tenia el Capitán sobrados titulos, pa-ra escusarse, no quiso, ò por obedecer à ciegas, ò por parecerle la propuesta indigna de su valeroso pe-cho, sin advertir, que ni se opone à la obediencia la representacion de los inconvenientes, que el Su-perior no pudo prevenir, ni deslustran al valor los consejos de la prudencia.

Con animoso brio abrazó el mandato, no sola-mente gustoso, sino satisfecho con tan corta escolta, como fué la de solos diez hombres, que convocó, ò el parentesco, ò la amistad, fiandose de la que se prometia hallar en los Indios. Y creyendo, que les fuesse grata la visita, que les hazia, y que por lo mismo ofrecerian à sus hijos, para que se bautizá-ran, y atendiendo tambien à que era contingente, que, ò él, ò alguno de sus Soldados enfermára, soli-citó, y consiguió, que le acompañassen dos Eclesiás-ticos fervorosos; el uno era el Bachiller Don Juan de Bracamonte, y el otro el Bachiller Don Luís Mar-tinez. Y para que constasse, ò de los buenos efec-tos, que produxessen sus diligencias, como le prome-tia su deseo, ò de lo no executado, si la rebeldía de los contrarios resistiesse à su actividad, y aplica-

cion, traxo tambien conſigo un Eſcrivano. Todo lo dicho, y lo demás, que irá refiriendo la pluma, conſta, no ſolo de una declaracion Juridica, que ante Don Luís Tortolero, y Torres Teniente de Capitán General de las coſtas del mar del Sur, y Alcalde Mayor entonces de la Juriſdiccion de Compoſtela hizo Don Thomás de Bracamonte, uno de los que entraron, acompañando à Don Franciſco, y que eſcapó dichoſamente del comun eſtrago, ſino de noticias, que nos han ſubminiſtrado Indios fieles, que ſe hallaron en la refriega; y que para darles credito, nos baſtá el hallarles conteſtes en el informe, aun haviendoles ſeparadamente examinado: diligencia, à que obligó no menos la verdad de la Hiſtoria, que las mentiras, que ordinariamente ſuelen mezclar los Indios en ſus depoſiciones.

Con tan corto aparato de guerra, que no merecia el nombre de expedicion militar, emprendió el Capitán Bracamonte, y dió principio à la jornada por el Pueblo de Tonalixco, uno de los que eſtán ſituados en la circumferencia de eſta Sierra, de donde ſacó à cierto Indio, que con ocaſion de la cercanía, tenia baſtante conocimiento de la tierra, y con ſus moradores la aceptacion, y familiaridad, que acarrea la frequencia del trato: por eſſo ſe juzgó el mas apto, para prevenir los animos con la embaxada, valiendoſe de Perſona, que no ſolo iva menos arrieſgada, ſino que pudiera, ayudandoſe de ſu verboſidad atraherles mas facilmente, à lo que tanto ſe deſeava: diligencias todas, que le calificaron de prudente Capitán, ſi no incurriera en el arrojo de acercarſe à eſtas barrancas tan peligroſas con tan poco tren de prevenciones, ſin conocer, que las neceſſitava mayores, ni advertir, ò la falta de Reales, ò la cortedad de ſu natural en no haver ſolicitado de Guadalaxára mas competente ſocorro. Y como un yerro eslabona otros muchos, incurrió eſte Cavallero

ro en otro, aun mucho mas irreparable.

Del Pueblo de Tonalixco comenzó ſu marcha, acercandoſe mas al termino de ſu ruína: llegaron à un pueſto, que antes era la raya, y donde huvo en otro tiempo Rancherias de Nayeritas, aunque deſamparado entonces por haverles quemado ſus caſas, no ſé por que ocaſion Don Franciſco Berumen. En eſte ſitio mandó hazer alto, y deſpachó à la primera Poblacion, que diſtava cerca de dos leguas Sierra adentro, al Indio interprete con eſta embaxada: que deſeoſo, de que acabáran de conocer quan afecto les era, y que les vivia agradecido al cariño, con que le eſtimavan, venia à hazerles una viſita, por pagarles las muchas, que en tan repetidas ocaſiones le havian hecho; que aunque llevava conſigo onze Eſpañoles, que no venian à otro fin, que à acompañarle, y à hazerles tambien eſte cortejo; que no entravan como Soldados, ſegun lo dava bien à entender ſu corto numero; que ſi algo tenian de Militares, ſolo era la buena diſciplina, que experimentarian, no ſolo no padeciendo hoſtilidad, ni vexacion alguna, ſino recibiendo de ellos todos los oficioſos comedimientos, que podian juſtamente prometerſe de ſus mas cordiales amigos; que no dudava merecerian con la ſinceridad de ſu trato ſu gratitud, y aun ſu agradecimiento. Y añadió con eſpeciales encargos al Embaxador, que les dixera; que el fin principal, que les havia ſacado de ſus tierras, para viſitarles, era el que ſe lograſſe la ſalud de ſus almas, compadecidos de verles tantos ſiglos poſtrados al error, y al engaño; y que ſiendo el unico remedio, para quitar eſtas manchas, el que comunican las ſaludables aguas del Bautiſmo, les trahía dos fervoroſos Sacerdotes, que les ſervirian de verdaderos Padres para ſu total conſuelo.

Eſta embaxada, y meditado razonamiento, cuyos puntos devian proponerſe con orden, difiriendo

la ultima addicion para tiempo mas oportuno; aunque la dictava el zelo, que ardia en el pecho de este valeroso Heroe, exasperó tanto à los Nayeres, que sin necessitar sus animos barbaros de otra consulta, que su mismo furor, conociendo claramente, que con el especioso pretexto de visitarles, venia à ponerles al cuello el yugo de la Ley Evangelica, que el Demonio les pintó siempre, no solo pesado, sino intolerable, respondieron en breves razones al Embaxador, que le dixera à su Capitán, que ellos no querian ser Christianos, ni recibir otra Ley, que la que sus mayores les dexaron. Y que si tanto encarecia el amor, que les tenia, que la mejor muestra, que podia dar de su fineza, era bolverse por el camino, por donde havia venido: que de otra suerte antes tendrian por aborrecimiento, y no por amistad sus expressiones, privandoles con aquella especie de afecto de una alhaja tan estimable, como la libertad. Y que por fin, para que conociera, que tambien ellos le estimavan, le enviavan este desengaño, assegurandole, que si insistia en passar à lo interior de la Sierra, se verian obligados à recibirles con las armas en las manos.

Luego que el Capitán oyó tan desahogada respuesta, y las noticias, que el Embaxador le dió de las observaciones, que havia hecho, conoció el mal animo de aquellos Barbaros; y resuelto à no passar adelante, publicó la retirada, para bolver con Tropa, y fuerzas competentes à tan ardua empressa, conociendo ya su debilidad à vista del peligro. Mas quiso la desgracia, que huviera entre los de su compañia, quien juzgasse desdoro dexar de proseguir sus idéas, creyendo, que lo que no podian recabar las armas, podria alcanzarse con industriosas mañas, añadiendo, que era accion indigna de Españoles dar la espalda al enemigo, sin haverle visto la cara, ni tentado su valor. No fué menester mas, para que el Capitán se dexára cegar, determinando continuar el

via-

viage, (que ſegun ſus circunſtancias havia de ſer no menos arrieſgado, que infructuoſo) y no bolver à ſu caſa, haſta aviſtarſe con los rebeldes; aſſi con mas ardor, que cordura no ſiguió el dictamen de la retirada por la indiſcrecion del Conſejero.

Mas con gran prudencia, y mucha chriſtiandad ordenó, y encargó ſeriamente à ſus pocos Soldados, que hizieſſen con ſus obras buenas, y exemplar modo de vivir amable à nueſtra Santa Religion, ò à lo menos, que eviraſſen todo deſorden, para que no ſe la figuraſſen aborrecible los Nayeritas, acordandoſe, que aunque à los Indios les ciegan los primeros impetus del corage, ſaben como racionales, dar lugar à los diſcurſos, para llegar à la execucion. Y era aſſi; porque aunque eſtavan fixos en no admitirles, y hazerles ſalir de la Sierra, havian reſuelto obſervar, ſi inſiſtian, ò en internarſe en ſus tierras, ò en mantenerſe en aquel pueſto, oídas ſus amenazas, no acometerles, ſino en caſo, que les provocára algun agravio. Guardaron mui atentos eſta determinacion, nada conforme à ſu barbaridad; porque haviendoſe ya congregado con el aviſo, que dieron à las interiores Rancherias, haſta 200 Indios junto al agua, que corre por el eſtrecho cauce de un barranco, ni ſe valieron de la emboſcada, que les ofrecia aquel ventajoſo ſitio, ni lo huvieran hecho deſpues, como haſta ahora lo publican los miſmos Nayeritas, y ſe aſſeguró ya deſde entonces entre los Eſpañoles, ſi no les irritára la inconſiderada incontinencia de alguno de aquellos, que juzgan, que no ſon Soldados los que no dán por primera prueba de animoſidad las inſolencias, para que ſe conozcan ſus brios por la diviſa de ſus maldades.

Apenas llegó à noticia de los Indios el deſacato, que rehuſa trasladar al papel la pluma, irritados de la injuria, que havian padecido, para vengarſe con mayor ſatisfaccion de ſu enojo, procuraron eſconder

en

en el diſſimulo ſu colera, reprimiendo los primeros impetus, para aſſegurar mejor el tiro, y lavar con la ſangre de todos aquellos Eſpañoles ſu afrenta. Diſpuſieron, para executar ſu venganza ſin rieſgo de los ſuyos, ni peligro de malograr ſus intentos, deſpachar una Eſquadra de los Indios mas valeroſos, y oſſados, ordenandoles, que hurtandoſe à la viſta, y aun à la ſoſpecha de ſus enemigos, ſe emboſcáran en un ſitio montuoſo, y eſtrecho, que llaman el *Limon*, y era paſſo ineſcuſable en caſo, que los Nueſtros ſe retiráran. Quedaronſe los demás à la viſta, diſſimulando ſu irritacion, ſin haver dado ſeñal alguna de inquietud ni aquella noche, ni à la madrugada: todo à fin de dar lugar, à que los que havian enviado, para emboſcarſe, tuvieſſen tiempo con el beneficio de aquella larga dilacion, para deſcanſar, y eſtar mejor apercebidos. Serian ya las nueve de la mañana, quando comenzaron los que eſtavan à viſta à jugar las armas contra los Nueſtros, aunque deſde el dia antecedente ſe havian advertidamente atrincherado, no porque intentaſſen aſſaltarles, ò temieſſen ſer acometidos, ſino porque procuravan entretenerles, fingiendo, que pretendian diſputarles la retirada, para que aſſi quando la intentaſſen, y ellos ſe la permitieſſen, caminaſſen con mas ſeguridad al lugar de la emboſcada, donde havia de decidirſe la queſtion: ardides todos, que nos han dado deſpues à conocer, que aun mas que las puntas de ſus flechas, y los filos de ſus alfanjes, deve temerſe la agudeza de ſus diſcurſos.

Mientras durava eſta apariencia de combate, ſe apoderaron algunos de la mayor parte de los cavallos, y quando les pareció, que ya havia paſſado baſtante tiempo, para que los de la emboſcada eſtuvieran prevenidos, rezelando, que la celeridad no fruſtraſſe la induſtria, con que havian diſcurrido la celada, ſe alejaron de la trinchera, encaminan-

mandoſe al Real de nueſtra gente, que à corta diſtancia ſe havia alojado; y aunque ya ſe les havia entrado por los ojos el deſengaño, que no quiſo creer el oído, quando ſe lo gritó la reſpueſta del Embaxador, no pudiendo reprimir los impetus de ſu fogoſo zelo, al miſmo tiempo, que ſe retiravan de ſu trinchera los enemigos, ſe fué para ellos mui fervoroſo el Bachillér D. Juan de Bracamonte, llevando en ſus manos un devoto Crucifixo, para que dieſſe mas eficacia à ſus vozes la precioſa ſangre, que por cinco bocas perſuadia benignidades. Pero ciegos aquellos Barbaros no menos, que ſordos, y cruelmente atrevidos, reſpondieron à la eloquencia del Predicador con una lluvia de piedras, armas proprias de ſu dureza; y una de ellas nunca con mas propriedad arrojada, le quitó de las manos, y derribó en tierra aquel Divino Simulacro, y acometiendo, cogieron al Orador con tan rara preſteza, que apenas ſe pudo conocer la diſtancia, que regularmente ſuele haver entre la execucion, y amágo.

Y aunque tropezó en los primeros paſſos ſu predicacion con eſte improviſo accidente, ni deſmayó ſu eſperanza, ni ſe acobardó la valentia de ſu ardiente Eſpiritu; y para que ſe duplicaſſe en cada uno con la preſencia de ſu Apoſtolico Compañero, ſolicitó el ya priſionero Sacerdote con inſtancias, y ſuplicas, que paſſaſſe, como lo conſiguió, el Bachillér Don Luís Martinez de la trinchera al quartel de los enemigos, aſſegurando eſtos el buen paſſaje, por influír aun en los Barbaros la alta dignidad del Sacerdocio la veneracion, y reſpeto, que alguna vez ſe echa menos en los que ſe precian de Chriſtianos. Con eſta diligencia era ya cada uno un Eliſeo Evangelico, no dexando piedra por mover, para enternecer aquellos obſtinados corazones; ò para que abrieran los ojos, para vér la luz Divina, que ſe les havia venido à entrar por ſus puertas; ò para

que ya que rebeldes querian perecer en ſus engaños, les permitieſſen à los Eſpañoles, que ſe bolvieran à ſus caſas ſin daño de ſus Perſonas: ſolo ſe pudo conſeguir, el que prometieſſen à los Sacerdotes con ingenuidad, mas con alevoſa ficcion à los Eſpañoles libre el paſſo, para que pudieran retirarſe, diſſimulando la traicion, que tenia prevenida ſu induſtria, y que para caſtigar el eſcandalo, que recibieron, y horrorizó à eſtos Gentiles, permitió la Divina Juſticia.

Diſpuſo el Capitán la marcha, para alejarſe con toda la brevedad poſſible de los quarteles enemigos, en donde vivia tan de aſſiento la aſtucia, al miſmo tiempo, que de nueſtro Real ſe havia retirado la prudencia, ocupando ſu lugar el olvido, ò ignorancia del imminente peligro, en que ſe hallava. El primer orden, que ſe dió con advertencia deliberada, fué el peor yerro, que pudo cometerſe, y que devió ſer conocido; mas como dava gritos al Cielo aquel primer delito, que cometió la laſcivia, les negó ſus luzes. Dividió en dos Trozos ſu gente, como ſi no le baſtára à aquella Eſquadra para temer ſu ruína el corto numero de Soldados. Al primero ſe dió nombre de Banguardia con el orden de obſervar en el camino los paſſos peligroſos, y reconocer la tierra, aviſando promptamente de qualquiera novedad, è incorporandoſe con los que formavan la que quiſieron llamar Retaguardia. Eſta, que al Capitán pareció diligencia preciſa, y baſtante à precaver qualquier traidor intento de los enemigos, les dividió la dificultad, facilitandoles ſu tan premeditada, como prevenida faccion. No reparó aquel valeroſo Cavallero en ſu intento, que devia cautelar, que los Nayeres en caſo, que les aſſaltaſſen, ſobre turbados, no les hallaſſen deſunidos, por no ſer tan facil, como ſe penſó el juntarſe, ſiendo unica la ſenda, y eſſa eſtrechiſſima, ocupando la eſpeſura del monte los enemigos tan dieſtros en caminar por

la

la maleza. Mas ſin otra diligencia, y con la perſuaſion de quedar todos los Indios en ſu alojamiento, mui ſatisfechos ya con ſu retirada caminavan los Nueſtros tan tranquilos, que paſſó la ſeguridad à ſer deſcuido, de que ſe ſiguió, el que ſe durmieſſe, ò anduvieſſe tan mal deſpierta la vigilancia de los que ivan delante, para obſervar los movimientos de los enemigos. Paſſaron, ſin reparar alguno en el ſitio, en que tenian armada la celada los contrarios, que ſe mantuvieron quietos, por haver reconocido, que no iva en la Banguardia el Capitán, à quien pretendian matar primero, no dudando, que con poca, ò ninguna dificultad deſtrozarian aquel pequeño cuerpo, en faltando la cabeza: diſcurſo, à que devieron los que ivan en la Banguardia ſu eſcape.

No eſtavan eſtos mui lejos, quando llegó el Capitán con los cinco Soldados, que componian la Retaguardia, à la emboſcada; y preſentandoſeles improviſamente los Indios desfiguradamente horroroſos con el tizne, que uſan para aumentar el eſpanto à ſu ferocidad, levantando un eſpantoſo alarido, para introducir à un miſmo tiempo el ſuſto por los ojos con la deformidad, y por los oídos con el grito, acometieron à los Nueſtros con tan grande impetu, y con tanta celeridad, que al Capitán le deſmontaron del cavallo antes, que tuviera tiempo de meter mano à la eſpada, ni de tomar las armas; y robandoles à los demás el repentino aſſalto el color, no ſolo les entorpeció los movimientos, ſino que embargandoles los diſcurſos, deſcargaron caſi à un tiempo las eſcopetas: efecto de la turbacion, que les cauſó la falta de experiencia; porque los veteranos en eſta eſpecie de Milicia, que ſe exercitan contra los Barbaros de eſta America, cuidan ſiempre de alternarſe, para que al tiempo, que unos emplean en algunos de los contrarios el tiro, ò les eſpantan con el eſtruendo, detengan los otros el orgullo de los Indios con el

amágo, sin dar la carga, hasta que los primeros buelven à disponer las armas. Por esta tan notable falta embistieron los Nayeritas tanto mas atrevidos, quanto tenian menos ya de temerosos, y con tal agilidad, que lo mismo fué verse assaltados, que heridos los Españoles.

Al ruído, que hizieron las bocas de fuego, acudieron con presteza à socorrer à sus Compañeros los de la Banguardia, menos dos, que no conociendo à vista de los otros la disonancia de la fuga; ò juzgando, que la honestava el temor de incurrir la nota de temerarios, quisieron antes escapar discretos, que arrojarse à un peligro tan cierto, y evidente. Pero ni estos lograron el escape; ni los otros pudieron dar el socorro, que llegó tarde; pues anduvieron tan diligentes los Nayeritas, que sin tener ya otros contrarios, que los que venian à favorecer, facilmente hizieron, que estos aunque pocos acrecentáran el numero de los que quedavan ya en el campo sin aliento; porque acometidos por todas partes, cedió su animosidad al superior numero de los Barbaros, sin escapar otro, que los dos Sacerdotes, à quienes dieron puerta franca, y Don Thomás de Bracamonte, que mal herido, segun depone en su declaracion, se ocultó en la espesura del monte; sobreviniendo despues la noche, caminó sin senda, y sin eleccion à la mas larga distancia de la Sierra enemiga; y aunque fatigado de las heridas, de la hambre, y mas del temor de ser descubierto llegó por ultimo dichosamente à las vezinas Poblaciones, en donde refirió el tragico successo, de que acabava de ser testigo con sus ojos.

Assi acabó con toda su Esquadra el valeroso Capitán Don Francisco Bracamonte, à quien conduxo à fin tan lastimoso, ò el demasiado ardor de su zelo, ò su nimia docilidad, ò los excessos de su brio, ò la escandalosa culpa de uno, que ocasionó à todos

la ruína. Y aunque con el grito de esta lastimosa tragedia se dió por entendido, y quedó advertido el valor, para no executar nuevas entradas sin toda aquella fuerza, que si no fuere bastante à abanzar, à lo menos sea suficiente à resistir, no por esso quedó escarmentado el zelo Apostolico, cuyo fuego no se apagó con aquella sangre; antes sirviendole de pabulo, le acrecentó mas sus llamas, y sus ardores.

CAPITULO VI.

INSISTEN LOS MINISTROS REALES, y Evangelicos à tentar la entrada à esta Sierra, y la rebeldìa de sus habitadores les cierra obstinadamente las puertas.

QUedaron los Nayeres mui orgullosos con esta victoria, que mas que sus armas, y ardides, les dió nuestra desgracia, castigando la Divina Justicia la insolencia de quien atendió antes à dar gusto à su apetito, que à guardar las ordenes tan christianamente prudentes, que para lograr el lauro de vencedores, ò à lo menos la dicha de bolverse airosos à sus casas, les havia dado su tan Christiano animoso Capitán. Y se mostraron aquellos Barbaros tan insolentes, que à mas de quitarles las vidas à muchos de los que incautamente se refugiavan en sus barrancas, resolvieron dar nuevo buelo à las plumas de sus flechas, para hazerlas no menos famosas, que temibles, dilatando los estragos hasta los Pueblos vezinos. Ya insinuamos en otra parte de esta Historia, lo que pocos años despues executó en Acaponeta su alevosía; llegó el informe de este, y otros insultos, que cada dia cometian atrevidos, à la Real Audiencia de Guadalaxára, à quien como mas immediata herian

rian primero, que à otra, eſtas noticias; y deſpues de conferido el punto, reſolvió la cordura de aquellos Señores, que ſe aplicaſſe tal medicina à los males, que con tan ſenſible comun dolor ſe experimentavan, que no ſe puſieſſen de peor condicion con lo infructuoſo de las diligencias.

Para eſto dieron la providencia, que conſta de una declaracion, que juridicamente dió Franciſco Perez, Soldado entonces en el Real Preſidio de Santo Domingo de Schcatan, y uno de los que acompañaron al Capitán Don Franciſco Mazorra, à cuyo valor, y prudencia encomendó la Real Audiencia eſta tan importante expedicion, ordenandole, que aunque ſe aſſegura la victoria, mas con lo valeroſo, y diſciplinado, que con lo numeroſo de las Tropas, atendieſſe con deſvelo à la eleccion de los Soldados, que havian de ir à tan grande dificil empreſſa, ſin deſatender al numero, que juzgaſſe competente, ò para dexar eſcarmentada con el caſtigo la oſſadía de los Barbaros, ò para conſeguir, que quedaſſe reducida la obſtinacion de ſu rebeldía; pues ſolo de eſta ſuerte ſe lograva poner freno à ſus hoſtilidades, viendo dentro de ſus tierras tales fuerzas, que ſe conciliaſſen aquel reſpecto, que no ſolo enfrena à los mas atrevidos, ſino que llena de temor à los mas oſſados. Y es bien cierto, que para reducir toda la Provincia, conducia no poco la preſencia de las armas, à fin de contener à los Apoſtatas, cerrandoles el temor las bocas, para que no pervirtieſſen, ni obſtinaſſen con ſus malicioſos conſejos à los Gentiles, que ſiempre ſe reconocieron de tal docilidad, que à no tener colaterales tan perniciosos, ni fueran tan atrevidos, ni ſe moſtráran tan rebeldes.

Luego que recibió el orden de la Real Audiencia aquel tan Chriſtiano, como animoſo Cavallero, ſe aplicó con grande empeño à ſu execucion; y arreglandoſe à los puntos de la inſtruccion, trató de buſ-

buſcar gente eſcogida, y valeroſa, atendiendo mui eſpecialmente, que tuvieſſe la circunſtancia de ſaber manejar con agilidad, y deſtreza los cavallos; mas no le pareció neceſſario aumentar los Soldados con exceſſo, contentandoſe con ſolos cien hombres de armas, que à ſu juízio baſtavan, no ſolo para apartarſe del camino, que tomó el Capitán Bracamonte, y los que con él ſe ſacrificaron à la deſeſperacion, ſino para reſiſtir, y aun para vencer à los enemigos, ſi eligieſſen la guerra, ò para ſujetarles, ſi tomaſſen el acertado conſejo de la paz, dando la obediencia ſin aquellos engaños, y ſolapados rendimientos, que haſta entonces havia practicado ſu malicia. Comenzó aquel prudente experimentado Capitán ſu marcha con grande orden, ſaliendo con chriſtiano valor, y no menor confianza à la Campaña, ya por militar en ſu campo la juſticia de la cauſa, ya por tener toda la valentía Eſpañola en ſu Exercito, aunque de ſolos cien hombres, ſin advertir, que ivan à combatir con tantas fieras, quantos eran, los que poblavan eſtas caſi inacceſſibles montañas, y que les havia de ſalir al encuentro toda la ferocidad de ſus habitadores mancomunada para ſu ruína con la aſpereza de ſu Sierra, ſiendole preciſo pelear à un tiempo, no ſolo contra las armas de los Nayeritas, ſino contra lo empinado de las cueſtas, lo eſtrecho de los caminos, y lo continuado de los precipicios, cuyos imminentes inevitables rieſgos le havian de obligar à dexar alguna gente en los tramos peligroſos, para aſſegurar, ſi fueſſe neceſſario, la retirada.

Todo lo reconoció deſpues, pero ya tarde; porque aunque penetraron intrepidos los Soldados las aſperezas de las primeras cueſtas, las angoſturas de las cañadas, y los arroyos profundos, que guarnecen las entradas, y ſirven de foſſo, y muralla à eſta Provincia, luego que ſe puſieron à la viſta de eſte Gigante, huvieron de hazer alto, por verle tan armado

mado de puntas en sus crestones, de cuchillas en sus laderas, y de arneses en lo doblado de sus quebradas, que les pareció desesperacion, y buscar voluntariamente su ruína, si passavan adelante. Tuvo el Capitán su Consejo de Guerra, y con el parecer de los mas experimentados determinó, no empeñarse en proseguir intentos, que pedian mayores fuerzas, y Exercito mas numeroso. Y aunque los Nayeritas no se atrevieron, ò no quisieron acometerles, vieronles entrar, y retirarse, quedandose de esta suerte aquellos Barbaros no escarmentados, ni reducidos, antes bien mas orgullosos. Bolvióse el Capitán Mazorra sin mas fruto, que el desengaño, y el de sacar de estas madrigueras al Indio Bautista, que havian librado antes estos Gentiles de la carcel de Acaponeta; y luego que llegaron al Pueblo de San Diego, de donde era natural, le entregaron à su Governador, que à la sazon lo era un hermano suyo; y aunque sin atender à tan estrecho vinculo estuvo ya para executar la sentencia, que le dió, se le obligó à moderarla con otra menos rigurosa.

Este fin tuvo la entrada del Capitàn Mazorra, sin conseguir la reduccion tan deseada de estos Indios. Mas ni la cuerda retirada de este Capitán, ni el eco de la sangre del primero, que aun dava gritos para el escarmiento, bastaron para acobardar el zelo de muchos Ministros Reales, y Missioneros Apostolicos, que despues de frustradas tan repetidas diligencias, dieron nuevos golpes à las puertas del Nayar, unos con la execucion, y otros con el deseo, para abrirlas al Evangelio. El R. P. Fr. Nicolás de Anda del Orden Seraphico, que se hallava en compañia del M. R. P. Fr. Pedro Aparicio, antiguo Missionero de Coaguila, intentó animosamente la entrada, que le estorvó el conocimiento del engaño, y falsas promesas de los Nayeritas.

Procuró lo mismo con igual ardor el Excelentis-

simo

simo Señor Duque de Alburquerque, que governava esta nueva España. Enterado con su grande comprehension de los Sugetos, que sobresalian en el dilatado ambito de su Jurisdiccion, y de las prendas, que les hazian recomendables, resolvió con maduro acuerdo, que entrasse al Nayar el Capitán Don Diego Ramon, bien conocido por sus heroicas hazañas en el Reino de Coaguila. Mas aunque las glorioſas proezas de su valor, y las cuerdas industrias, que le sugeria su tan acreditada experiencia, pudieran haver conseguido lo que tan ansiosamente se pretendia, para sujetar la porfiada obstinacion de los Nayeres, ocurrieron tales embarazos, que le imposibilitaron la entrada. Ni pudo tampoco lograrla el Capitán Don Antonio de Escobedo, Sugeto, en quien se unian con noble gustoso enlaze la afabilidad, el valor, y el ser no solo conocido, sino amado de los Nayeritas. Despues de varias representaciones, y consultas se desvaneció la ideada expedicion baxo de su tan sabia, como experimentada conducta, quedandose por falta de medios sin eficacia sus animosos christianos intentos. Poco despues el Señor Licenciado Don Antonio del Real, y Quesada Oidor de la Real Audiencia de Guadalaxára manifestó la magnanimidad de su corazon, haziendo una bizarra representacion, en que ofrecia sin dispendio de los Reales Erarios cargar sobre sus hombros todos los gastos necessarios para empressa tan importante, y glorioſa, como dificil; mas no pudo conseguirlo. Y dudo, que aun despues con mui crecidas expensas se lográra poner la victoriosa planta en el Nayar, enseñandonos ya la experiencia, que quando finalmente se sujetó aquella Provincia, fué mas à esfuerzos de las invisibles Tropas, con que socorrió à nuestros Soldados el Cielo, que por lo que obró la valentía, ni industria humana.

Esperanzados en los Divinos favores algunos Religio-

ligioſos de la Santa Provincia de Xaliſco, en quienes ſobreſalia, aun entre tantos abraſados Seraphines, quantos eran ſus fervoroſos hijos, la activa llama de ſu ardiente zelo, quiſieron repetir las inſtancias, para introducir en eſte profundo Chaos de ſombras la luz del Evangelio. Aſſi lo procuraron los RR. PP. Fr. Pedro de Ribera, Fr. Nicolás Barreto, Fr. Antonio Lopez Guadalupe, y Fr. Joſeph de Oliván, à quienes ſe agregó el Reverendiſſimo Padre Frai Phelipe Athanaſio de Guevára, que por ſer tan expedito en hablar la lengua Mexicana, podia ſervir mucho para la conſecucion de tan ſantos animoſos intentos. Reſueltos à que no quedáran ſolo en amágo, determinaron el viage à eſta Sierra, deſatendiendo los peligros, y dificultades, que engrandecia la fama, y à que havia dado tanto cuerpo el ningun efecto, que havian producido las diligencias tan repetidas.

Emprendieron con grande aliento la jornada, ſaliendo de la Ciudad de Guadalaxára con edificacion de todos à pié deſcalzo. Y huvieran ſin duda conſeguido eſta eſpiritual Conquiſta, ſi halláran alguna docilidad en los pechos de los Gentiles rebeldes, y algun raſtro de humanidad en los tercos obſtinados Apoſtatas: con la noticia, de que ſe acercavan eſtos Evangelicos Maeſtros, rezeloſos de ſalir vencidos, reſolvieron con barbara terquedad oponerles una tan obſtinada reſiſtencia, que baſtaſſe, no ſolo para embarazarles la entrada, ſino aun para apagarles todo el ardor de ſus brios para nuevos empeños. En el camino ya deſazonó à aquellos Apoſtolicos Varones el guſto, con que havian emprendido, y proſeguido ſu viage, un peligroſo accidente, que aſſaltó al Reverendiſſimo Padre Frai Joſeph de Oliván, y le obligó à quedarſe, proſiguiendo ſolos los otros quatro Miſſioneros ſu derrota: llegaron à la Rancheria de un Indio Apoſtata llamado el *Tattzani*, que era la primera, que ſe encontrava por la parte del Sur, y la tenia en el miſ-

miſmo ſitio, en que oy eſtá fundada la Miſſion de N. P. S. Ignacio de Guainamora. Eſtuvo aquel ſolapado aſtuto Barbaro tan lejos de deſpedirles con deſvio, que antes les recibió con agaſajo: artificio de ſu malicioſa maña, para atender à ſu ſeguridad; porque eſtando à la entrada, no tenia tanta defenſa, y guarnicion, para reſiſtir, como los que moravan en lo interior de aquella inacceſſible quebrada Sierra.

Deſpues de eſta primera viſta, que prometia favorables ſocorros, haviendo llegado aquellos zelosos Religioſos al rio de Atenco, que diſta de Guainamota poco mas de una legua, no pudieron por la contradiccion de los Nayeritas atraveſſar ſus aguas, ni paſſar à la opueſta orilla. Y aunque el ardiente zelo del Reverendiſſimo Padre Ribera, viendo, que embarazandole los paſſos, no le impedian la predicacion, la empezó deſeoſo de la converſion de aquellos Barbaros con Apoſtolica energía; mas levantando el grito uno de los Indios, para que no entrára à lo interior del alma por el oído la Fé, que ſe les predicava, comenzó à clamar con vozes, con ademanes, y con eloquencia tan diabolica à favor de ſu libertad, y del culto de ſus falſos Dioſes, que ſiguiendo la inquietud de los demás, apagaron de tal ſuerte los ardores de nueſtro eloquente Orador, y ahogaron de modo el penetrante ſonído de aquel ſagrado Clarin del Evangelio, que ni aun pudieron percebirſe ſus ecos; porque commovió de manera aquel Idolatra los animos de los ſuyos, que temieron los Religioſos no tomaſſen irritados alguna cruel barbara reſolucion; y reconociendo prudentes, que proſeguir la predicacion, era gritar à los ſordos, y querer, que abrieſſen los ojos à los rayos de la luz Evangelica, los que les tenian tan cerrados aun à la natural, con el mas vivo dolor, y ſentimiento, bien que templandole con la conformidad con la voluntad Divina, y con el rendimiento à los ineſcrutables

bles juízios del Señor, reſolvieron con ſabia acertada prudencia reſtituírſe como otras cuerdas blancas Palomas al Arca, de que ſalieron, de ſus Santos Conventos, ya que en diluvio de tanta contradiccion no hallaron donde fixar el pié.

Quedaron los Nayeritas gozoſiſſimos con la retirada de eſtos Seraphicos Apoſtoles, creyendo, que eſcarmentados los animos Catholicos no bolverian ya en adelante à piſar los umbrales de ſus puertas. Pero como ſu miſma obſtinacion atizava el fuego, en que ardia el zelo de algunos Miniſtros Reales, y de tantos Varones Apoſtolicos, para encender, y alumbrar ſus ciegos corazones, ſe repitió nuevamente eſta tan glorioſa empreſſa año de mil ſetecientos, y onze, ſiendo Preſidente de la nueva Galicia el Señor Don Toribio Rodriguez de Solís, y governando eſta America el Excelentiſſimo Señor Duque de Linares. Y para que no la eſtorvára otra vez la rebeldia, ſe encargó obra de tanto empeño al Reverendiſſimo Venerable Padre Frai Antonio Margil de Jeſus, Aſtro verdaderamente grande, que Valencia ſu Patria envió à eſta America, para alumbrarla, y Varon tan Apoſtolico, que ardia en llamas de un fogoſo zelo, como hijo del Seraphin Franciſco. Pero ſu entrada, y ſus circunſtancias piden particular relacion, que dará la pluma en el ſiguiente capitulo.

CAPITULO VII.

PROCURA LA ENTRADA A ESTA Provincia el R^mo, y V. P. Fr. Antonio Margil de Jeſus, y aunque halla embarazo à los primeros paſſos, reconoce los males, y repreſenta para ſu curacion los remedios.

EL informe, y repreſentacion, que hizo el Señor Oidor Don Juan Picado Pacheco, pareció tan bien

bien en el Real Consejo de Indias, que en vista de la respuesta de los Señores, que le componian, y del Señor Fiscal, expidió su Magestad el dia treinta, y uno de Julio de mil setecientos, y nueve Real Cedula al Señor Presidente, y Real Audiencia de Guadalaxára, en que manda, conformandose con el informe, que aplicassen todos los medios, que juzgassen conducentes à la Conquista del Nayar, arrancando de raíz la Idolatría, y quitando este lunar, que tanto afeava à la Christiandad de estos tan dilatados Reinos. Y con despacho del mismo dia previno su Magestad sus Reales providencias al Señor Virrey, para que con su influxo acaloràsse, y promoviesse empressa tan de su Real agrado.

Uno de los puntos, que contenia el informe, era el que corriesse la Evangelica expedicion por mano del Reverendissimo Padre Predicador Frai Antonio Margil de Jesus, tan diestro, y experimentado en Apostolicas correrias: ordenólo assi su Magestad, mandando al mismo tiempo, que con despacho de su Real Audiencia, se le pidiesse à su Paternidad, que informasse, à lo que obedeció gustoso, hiziendo la representacion, que traslado aqui à la letra, para que se conozca, tanto lo animoso de su Espiritu, como lo experimentado de su prudencia, y dize assi: „Mui poderoso Señor, con el motivo de haverse „expedido Cedula de treinta, y uno de Julio de mil „setecientos, y nueve, en que su Magestad, Dios le „guarde, se sirvió de ordenar, que se ponga en prac„tica la reduccion del Nayerit, se me ordenó, y „mandó por V. A. que informasse sobre la forma, y „medios, que se pueden tomar para el fin. Y los que „se me ofrecen, son à mi ver los mas proprios pa„ra la suave introduccion Evangelica, y los que su „Magestad en sus leyes tiene establecidos, para con„vertir, y reducir, disponiendo, que siempre prece„da la paz Evangelica, y los mas suaves de la per-

„sua-

„ ſuaſion, por ſer eſtos Nayeritas, no Naciones nu-
„ meroſas, ni intratables, ſino deſarmados, y ſin
„ hoſtilidad, y tener à ſus vezindades las fronteras
„ de Huaxuquilla, y Tentzompa, y mas immediato
„ el Pueblo de Guazamota, doctrina de los Religio-
„ ſos de mi Orden Seraphica de la Provincia de Za-
„ catécas. Siendo del agrado de eſſa Real Audien-
„ cia, entraré por aquel rumbo, como tengo inten-
„ cion, con ſolo un Compañero Predicador Miſſio-
„ nero de nueſtro Colegio, à lo interior de la Sier-
„ ra, ſin eſcolta, ni cuidado de armas; donde con
„ la divina gracia uſaré de las diligencias, que me
„ parezcan mas conducentes, y eficazes para dicho
„ fin. Pero para que à eſtas ſe coopere por la Juriſ-
„ diccion Real con los que pueden moverles mas,
„ ſegun en las Provincias de Guatemála experimen-
„ té en ſemejantes caſos, y executó aquella Real Au-
„ diencia, me parece conveniente, y lo ſuplico aſſi
„ à V. A., que ſe ſirva mandarme dar deſpacho de
„ general perdon de delictos, y muertes, que huvie-
„ ren hecho en qualquier tiempo los Indios Coras,
„ y Nayeritas, y los que à ellos ſe huvieren refugia-
„ do, ſean hombres, ò mugeres, y de qualquier ca-
„ lidad, que ſean, ofreciendoles el que pacificados
„ los Indios, perſeverarán entre ellos, ſin que ſe exe-
„ cute pena alguna; ò que ſe puedan ſalir libremen-
„ te à las tierras de ſu nacimiento, ò de ſu antigua
„ vezindad; que ſi fueren eſclavos, teniendo, co-
„ mo tienen tantos años de abſtraídos del ſervicio
„ de ſus Amos, ò ſe dén por libres, ò ſe procure
„ con ſus Amos, que ſe declaren tales, por haverſe
„ portado como libres por tanto tiempo. Tambien
„ convendrá, ofrecerles à los Indios, que ſe redu-
„ xeren, y eſtuvieren como buenos Chriſtianos ſu-
„ jetos à la doctrina, y buenas coſtumbres, que no
„ ſe les pondrá Alcalde Mayor, ni otra Juſticia Eſ-
„ pañola, ſino que el Pueblo, que ſe formáre con-

„ ſu

„ su Iglesia tendrá su Alcalde Indio de ellos mismos,
„ dirigiendoles los PP. Missioneros en lo que con-
„ venga para su govierno politico, puesto que en
„ California se ha executado con solo un Capitán,
„ que nombraron los Padres Conversores, y ha te-
„ nido hasta oy buen efecto; que si quisieren se les
„ nombrará un Protector, el que ellos quisieren, y
„ les pareciere mas favorable à sus causas, ò inclina-
„ ciones, que no se permitirá entren à sus Pueblos
„ Negros, Mulatos, Mestizos, sino los que à los Mis-
„ sioneros les pareciere ser conveniente; que à los
„ Indios Christianos circumvezinos de la Comarca,
„ que nos acompañáren, ò assistieren, ayudandonos
„ à la empressa, y pacificacion, se les ofrezca, te-
„ nerles esta Real Audiencia presentes, para favore-
„ cerles en quanto se pueda; que con estos despa-
„ chos podrémos brevemente executar la dicha en-
„ trada, siendo V. A. servido. Guadalaxára, y Ene-
„ ro treze de mil setecientos, y onze años. Frai An-
„ tonio Margil de Jesus.

En esta consulta no solo pintó este V. P. la suavidad de su Espiritu, sino tambien su grande juízio, y larga experiencia. Y no se puede negar, que los medios, que proponia, parecia, que eran los mas congruentes, y eficazes, para conseguir la reduccion. Pero despues, que pulsó de cerca el estado de esta miserable rebelde Provincia, reconociò la ineficacia de intentarla por los medios de la suavidad, y de la razon, y que solo conseguiria el estruendo de las armas, que abrieran los ojos, que tan obstinadamente tenian cerrados, no menos à su dicha, que à la luz del Evangelio. La Real Audiencia en vista de esta representacion, no solo concedió quanto su Paternidad pedia, como tan conforme à la razon, y à las Leyes de estos Reinos, sino que añadió su prudencia al Reverendissimo Padre el encargo, de que atendiesse à la seguridad de su Persona, y de los

que

que le acompañaſſen en la entrada, y à los Juezes vezinos, y demás ſubditos ſuyos con ponderoſas expreſſiones un ſerio riguroſo mandato, para que le aſſiſtieſſen promptamente con todo el favor, y ſocorros, que ſu Paternidad juzgaſſe neceſſarios, comminandoles con la mayor ſeveridad la pena correſpondiente en caſo de eſcuſarſe. Y no contento aquel nobiliſſimo Senado con eſtas providencias, le dió toda la facultad, y autoridad, que fueſſe neceſſaria para el mas exacto cumplimiento de lo que mandava la Mageſtad Catholica del Rey nueſtro Señor, y feliz exito de la empreſſa, encargandole por ultimo, que en caſo de que las contradicciones le hizieſſen retroceder, ſe informaſſe del numero de los Gentiles, y Apoſtatas, que poblavan eſta Provincia, de la comodidad, que ofrecia, para poder formar Pueblos, de los aguages, diſtancias, y de todo lo demás, que juzgaſſe digno de repreſentarſe à la Real Audiencia, para que iluſtrada con eſtas noticias, emprendieſſe, ò la reduccion por medio de la paz, ò la Conquiſta con fuerzas competentes.

No perdió tiempo el Reverendiſſimo Padre Margil, y acompañado del mui Reverendo Padre Predicador Frai Luís Delgado Cervantes inteligente en el idioma Mexicano, dió principio à ſu jornada por los Pueblos de la Sierra de Tepique, haziendo alli Miſſion; y de eſtos, eſpecialmente de los de Guaxuquilla, y de San Nicolás ſacó tres Indios; uno de ellos fué Don Pablo Phelipe, que à mas de ſaber eſcrivir, entendia con perfeccion la lengua Cora, que es la del Nayar. Con ellos, y otros dos uno de Colotlan, y otro Taraſco de Nacion, ſalió de Guaxuquilla, y atraveſſando la Sierra Madre, llegaron todos felizmente à Guazamota, donde hizo tambien Miſſion, y deſde alli deſpachó à Don Pablo Phelipe, acompañado de otro Indio llamado Juan Marcos con carta à los Nayeritas, que eſcriviò ſu Pa-

ter-

ternidad, y que le dictò ſu charidad, y zelo ardiente del bien de aquellas almas, incluyendoles un tanto del deſpacho, para que leyendoſelo D. Pablo Phelipe, ſe enteraſſen de ſu contenido, y reconocieſſen la Real benignidad en el perdon, privilegios, y exempciones, que ſe les ofrecia en ſu Real nombre, aſſegurandoles ſu proteccion el miſmo Interprete.

Envióles tambien un Roſario, y una Imagen de Chriſto Crucificado; pero no ſolo dió la reſpueſta la obſtinacion, ſino tambien el deſpecho, como lo manifeſtó una carta, que traxo à los RR. PP., y eſcrivió de ſu miſma mano el Embaxador: para imitar al Reverendo Padre Margil, que la preſentó à la Real Audiencia con los miſmos terminos, con que la eſcrivió el Indio, la trasladaré, aunque la diſonancia de los barbariſmos atormente los oidos, ſin omitir letra alguna, y es como ſe ſigue: „ Don Pablo Phe„ lipe. A doze de Mayo yo mi hermano Don Juan „ Marcos, y yo Don Pablo Phelipe, como manda„ Dios nueſtro Señor, y nueſtro Señor Rey, ya hi„ zimos, como devemos de Chriſtianos: llegamos à „ los Nayeres, y les dimos parte, como nos envia„ van los Padres ſantos Miſſioneros; y aſſimiſmo el „ Domingo llegamos de mañana à el Rancho llama„ do Coaxata: alli nos atajaron, mientras que avi„ ſarian, y ſe juntarian todos los Viejos, y los hijos: „ les empezé à hablar yo Juan Marcos, y acabando „ yo de hablar, yo Don Pablo Phelipe les empezé „ à hablar; les entregamos ſu carta para ſu Huei Ta„ cat, y los titulos: no obedecieron; ſiempre eſtán „ en ſu ſér: lo que reſpondieron fué, que no que„ rian ſer Chriſtianos. Tres vezes les rogamos; y ellos „ dixeron, que no quieren; que aſſi lo dixo ſu Rey, „ que es el Primer Nayerit. No ſe canſen los Padres „ Miſſioneros. Sin los Padres, y los Alcaldes mayo„ res eſtamos en quietud; y ſi quieren matarnos, que „ nos maten, que no nos hemos de dar, para que nos „ hagan Chriſtianos.

Esta fué la respuesta de los Nayeres; pero no bastó aun con el desaire de haverles buelto el Rosario, y Crucifixo, para que se apagasse el zelo, que ardia en los corazones de aquellos Apostolicos Varones, antes pareció, que esta desatencion avivó mas el fuego de su grande charidad; porque sin mas espera resolvieron acercarse à la Puerta, aun no ignorando, que havian de salirles al encuentro aquellas formidables irritadas fieras: assi lo experimentaron luego, que passaron la raya, y se avistaron à la primera Rancheria: aparecieron muchos Indios, que valiendose del alarido, y de las amenazas, procuraron espantarles, para que finalmente se bolviessen; llamaronles repetidamente los Interpretes, sin moverse, hasta que llegaron otros: ya casi al ponerse el Sol baxó una Esquadra de mas de treinta Indios, todos armados, unos con alfanges, y otros con flechas puestas ya en las cuerdas, como aprontadas para el tiro; aunque se conoció despues, que todo era amágo, para obligar con el miedo à desistir de aquella sagrada empressa.

Estavan los dos Missioneros arrimados à un arbol, que por haver servido como de resguardo à tan Venerables Religiosos, muchos de los Nayeres, y yo el primero con el sombrero en las manos, quando ahora passamos por alli, damos à conocer el afecto de nuestra veneracion al Reverendissimo, y Venerabilissimo Padre Margil, que entonces estendia con su Compañero los brazos, aguardando aquellos Barbaros, ò ya para meterselos en el corazon, ò ya para desembarazar mas el pecho, para recibir sus flechas: demonstracion, que les suspendió à los Idolatras el passo, y los movimientos; y adelantandose àzia ellos el Reverendissimo Padre Frai Antonio, abrazó al que parecia, que capitaneava aquellas Tropas; con esta cariñosa expression consiguió, que escuchassen el fin de su venida; propusoles con la eficacia,

que

que le dictava su ardiente zelo, los grandes ventajosissimos bienes, que se les seguirian, si admitian rendidos la Ley Evangelica, y los daños, que les acarrearia su obstinacion, si porfiavan rebeldes en no sujetar sus cuellos al suave yugo de nuestra sagrada Religion. Mas como contrapesava, y aun preponderava à la brutalidad de sus desenfrenadas passiones la barbara libertad, de que gozavan, respondieron tercos à Don Pablo Phelipe, que era el Interprete: „ Dezid à essos Padres, que no se cansen; que de „ aqui no han de passar; que somos mandados, y „ enviados de los Viejos, y Principales, para assegu„ raros lo mismo, que ya oisteis de su boca, que „ no quieren ser Christianos; y nos mandan venir con „ orden, de que no os dexemos passar adelante so la „ pena, de que quitarán la vida, à nosotros como „ à traidores, y à vosotros como à rebeldes, añadien„ do, que si entráren Españoles armados, ellos pro„ curarán defenderse, ayudandoles tambien los Pue„ blos Christianos de la frontera.

Dada esta tan barbara, como obstinada respuesta, se retiraron los Gentiles à un cerro immediato, sin hazer otra demonstracion, que tirarles à los Religiosos un zorro empaxado, diziendoles: *Tomad esso para cenar.* De este irreverente atrevimiento, y de la respuesta, que repitió el Capitán de aquellas Tropas à Don Pablo Phelipe, que despues entrada la noche se passó al cerro, en que estavan alojados los Nayeres, para observar los movimientos de los Padres, reconoció el Apostolico, y experimentado Padre Margil, que la rebeldía de aquellos miserables estava en tal estado, que solo à fuerza de armas se podia, y aun devia contrastar. Y hallando del mismo dictamen à los que le acompañavan, determinó tomar la buelta para el Pueblo de Guazamota, como lo executaron todos el dia siguiente. Retiraronse estos Apostoles, ya que con el sentimiento de no haver logrado

el fin de aquella ſagrada empreſſa, à lo menos con el conſuelo de haver echado la red, y de haver conocido el origen, y cauſas de la barbara obſtinacion, que del todo cegava à eſta tan terca pertináz Gentilidad.

Y ſabiendo ſu grande experimentada prudencia, que el buen exito de los negocios conſiſte en la brevedad de aplicar los medios, paſſó con la mayor, que pudo, à hazer informe à la Real Audiencia de Guadalaxára, y à Mexico al Excelentiſſimo Señor Virrey Linares, repreſentando, que la rebeldía de los Apoſtatas refugiados en el Nayar, y la maligna ſimulacion de muchos Indios, y aun Pueblos Chriſtianos fronterizos influían en la incurable ceguedad de aquellos obſtinados Idolatras, y que nunca ſe conſeguiria ſu reduccion, ſi à las bocas de los Predicadores no acompañaſſen los Soldados con las de fuego de ſus moſquetes, para que fueſſen freno à los malos Chriſtianos de los Pueblos vezinos, y mordaza, que cerraſſe las ſuyas à los Apoſtatas, para que no les pervirtieran; porque con ſus errados conſejos impedian el logro de eſta converſion, y el fruto, que ſe deſeava, y prometia la docilidad de los Nayeres. Y que en caſo, que eſtos ſe coligaſſen con los Fronterizos, y Apoſtatas, y reſiſtieſſen la entrada, eran neceſſarios, para conquiſtar eſta inacceſſible Serranía, ducientos Soldados Eſpañoles, y cien Indios amigos; aunque conquiſtada la Provincia, y aſſegurada ya con el conocimiento de la tierra baſtarian deſpues, para mantenerla, cien hombres bien diſciplinados, reducidos à ſolo uno, ò repartidos en diverſos Preſidios. Y diſcurriendo entonces, que los gaſtos neceſſarios para eſta tan glorioſa, como importante expedicion tendrian de coſto haſta treinta mil peſos, les ofreció de ſu proprio caudal el Excelentiſſimo Señor Duque de Linares, cuya generoſa liberalidad les huviera ſin duda deſembolſado, ſi no lo huviera eſtorvado la noti-

cia,

cia, que tuvo por este tiempo, de que los Soldados del Castillo de San Juan de Ulua, por no haver recibido con la promptitud, que pedia, ò su necessidad, ò su poca discrecion, los pagamentos, se havian propassado à una declarada inquietud.

Arrebató tan del todo el cuidado al Señor Duque el mas eficáz pronto remedio, que aplicó su providencia, que no halló lugar, para acalorar la empressa del Nayar, desvaneciendose entonces por este impensado accidente, ò porque queria Dios, para mostrar mas su poder, que no solo se consiguiesse la Conquista con menos costos, y menor numero de Soldados, sino que corriesse tan glorioſa reduccion por cuenta de los de su Compañia; y aunque fué poco felíz su primera jornada, consiguieron por ultimo, con el favor Divino, lo que no se pudiera esperar de tan debiles instrumentos, viendose assi claramente, que se havia de atribuír à su poder soberano toda la gloria, y felicidad de aquel triumpho.

CAPITULO VIII.

ENTRA EL PADRE THOMAS DE Solchaga de la Compañia de Jesus, acompañando al General Don Gregorio Mathias de Mendiola.

AUnque en la Real Audiencia de Mexico con la ocasion, que acabamos de vér, no se acaloró el negocio del Nayar, en la de Guadalaxára observaron con desvelo los Señores Oidores las oportunidades, que ocurrian, para repetir las diligencias en orden à concluírle con felicidad, y acabar de lograr tan santo glorioso intento: bien instruídos de los Sugetos mas autorizados en valor, y experiencia, que pu-

pudieran aſſegurar la eſperanza de ſucceſſos mas felizes, que los paſſados en tan arrieſgada empreſſa, puſieron la mira en el General Don Gregorio Mathias de Mendiola, Sugeto tan acaudalado, no ſolo de todas las prendas, que le hazian recomendable para el deſempeño, ſino tambien de hazienda, con que ſabria, quando fueſſe neceſſario, diſpararles à aquellos corazones rebeldes balas de plata, que ſin hazer eſtragos ſaben rendir los pechos mas obſtinados, y de eſta ſuerte conſeguiria con ſu bizarria, y con el oro, lo que el valor no havia podido lograr con el azero, y con el plomo. Vivia eſte Cavallero en el Reino de la nueva Vizcaya en el Valle de Xuchil, donde tenia ſus haziendas, y no diſtando mucho de eſta Provincia, eſtavan frequentemente aſſiſtidas de eſtos Naturales, que ivan alli à trabajar: con eſta ocaſion, haviendo ſiempre experimentado, no ſolo ſu puntualidad en la paga, ſino tambien ſu afabilidad en el trato, y los agaſajos, con que les acariciava, dieron ſiempre mueſtras de no pequeño amor à ſu Perſona.

Luego que por los años de mil ſetecientos, y quinze recibió el orden con los deſpachos de la Real Audiencia, en que ſe le encargava la entrada al Nayar, aviſó diligente al Señor Obiſpo de Durango, que era el Iluſtriſſimo Señor Doctor Don Pedro Tapiz, à quien ya havia tiempo, que trahían laſtimado las noticias del miſerable eſtado de eſta Provincia, cauſandole un penoſo martyrio vér tantas almas ſepultadas en un abiſmo de ſombras, ſin querer abrir los ojos à la luz, que tan repetidas vezes quiſo alumbrarles. Mas no pudiendo ſu Iluſtriſſima, como lo deſeava, baxar en Perſona à eſtos barrancos, por tener ya diſpueſto el viaje, y la Viſita à terminos no ſolo opueſtos, ſino tambien diſtantes, aunque ſuponia, que acompañaria al General Don Gregorio ſu Capellán el Bachiller Don Franciſco Xavier

Par-

Pardo, quiso aquel Ilustrissimo Prelado, que viniesse en su lugar, y en su nombre un Jesuíta, y eligió al Padre Thomás de Solchaga, que leìa entonces la Cathedra de Theologia Moral en nuestro Colegio de Durango, Sugeto mui Religioso, de zelo, prudencia, y que entendia, y hablava con expedicion la lengua Mexicana. Y porque no acertára mi pluma à describir esta entrada con el primor, que la de aquel sabio Maestro, trasladaré aquí la carta, que escrivió à su Ilustrissima, aunque abreviando algunas clausulas, è insertando otras de la que esse mismo zeloso Jesuíta envió al Padre Francisco de Echeverria, y disponiendolo de suerte, que sin fastidio del que leyere esta Historia, se halle solo en una quanto contenian aquellas dos. Y es como se sigue.

„ Ilustrissimo Señor, en cumplimiento del man-
„ dato, que V. S. Ilustrissima me dexó intimado an-
„ tes de salir à su Visita, de que entrasse à la Provin-
„ cia del Gran Nayar en compañia del Señor Don
„ Gregorio Mathias de Mendiola, quien venia à re-
„ cibir la obediencia, que los Naturales Nayeritas
„ ofrecian dar al Rey nuestro Señor Don Phelipe V,
„ que Dios guarde, y solicitasse yo la reduccion à
„ nuestra Santa Fé de estas barbaras Gentes; precep-
„ to ciertamente mui proprio del ardiente zelo, que
„ V. S. Ilma tiene de reducir toda la Gentilidad, que hai
„ en este su dilatado Obispado de Durango, y mui
„ gustoso para mi, por ser Ministerio tan proprio
„ de nuestra Compañia de Jesus; en cumplimiento,
„ buelvo à dezir, de este mandato, salí de Durango
„ à veinte, y nueve de Octubre del año passado de
„ mil setecientos, y quinze; y haviendo llegado à
„ la hazienda del General, despues que se acabó de
„ juntar la gente, y de prevenir el carruage, y vive-
„ res para el camino, salimos en su compañia su Ca-
„ pellán D. Francisco Xavier Pardo, y yo con trein-
„ ta Soldados Españoles, y cien Indios amigos de

„ los

„ los Pueblos vezinos al Real de Sombrerete, comen-
„ zando luego à ſubir la Sierra Madre, por la qual
„ anduvímos con grandes frios, ya por la mucha al-
„ tura, que tiene, ya por ſer tiempo de nieves, y de
„ hielos; y con gran trabajo por ſer el camino po-
„ co trillado, muchas, y pendientes las laderas,
„ frequentes los deſpeñaderos, y precipicios, y las
„ profundidades, que ſe miran tales, que cauſan hor-
„ ror, aun caminando à pié, como yo anduve mucha
„ parte de eſte camino, en que ſe rodaron, y perecie-
„ ron algunas cavallerias cargadas. Finalmente à los
„ ocho dias, haviendo baxado una cueſta, que tiene
„ de baxada como doze leguas, llegamos al ultimo
„ Pueblo de la Chriſtiandad llamado Guazamota,
„ que adminiſtran los RR. PP. de San Franciſco de la
„ Provincia de Zacatécas, tierra tan caliente, que por
„ Deziembre ſudavamos dia, y noche. Deſde eſte
„ Pueblo deſpachamos al Nayar dos Indios amigos,
„ que eran nueſtros Interpretes, y por cuyo medio
„ ſe havia ajuſtado eſta entrada, y que nos abrieſſen
„ la Puerta tan cerrada à los Chriſtianos, que hai
„ pena de la vida, ſi paſſan de alli adentro, tenien-
„ dola ſiempre abierta à los Apoſtatas, y delinquen-
„ tes. Al tercero dia bolvieron los enviados, pidien-
„ do en nombre de los Nayeritas, que les concedieſ-
„ ſemos diez dias de eſpera, para que ſe juntaſſe to-
„ da la Nacion, que eſtava dilatada por ſeſenta le-
„ guas, y deſpues ſoliciraron mas largo termino, ſien-
„ do los motivos de eſtas dilaciones (ſegun ellos nos
„ dixeron deſpues) ſu natural timidéz, y deſconfian-
„ za, ſobre lo que les havian dicho ya los Apoſta-
„ tas, y los miſmos Chriſtianos de los Pueblos vezi-
„ nos, que ſon ſus confederados, aunque ocultos; y
„ creemos, que ellos repugnan la converſion de los
„ Nayeres, y les inducen, à que no ſe conviertan; por
„ ſer aquella tan quebrada Serranía el refugio de los
„ malos Chriſtianos, Indios, Eſpañoles, y hombres

„ de

„ de todos colores, que viven entre ellos gentilica-
„ mente. Por ultimo deſpues de veinte dias, aunque
„ en lo interior conſervavan ſus ſoſpechas, ò ya por
„ el punto de havernos dado ſu palabra, ò ya por las
„ perſuaſiones, que les hizimos por medio de los In-
„ terpretes, nos enviaron à dezir, que entraſſemos,
„ que ya nos aguardavan, y deſeavan en ſu tierra.

„ Salimos de Guazamota para el Nayar, à cuya
„ Puerta llegamos el dia catorze de Enero del año
„ de mil ſetecientos, y diez, y ſeis conſagrado al dul-
„ ciſſimo Nombre de Jeſus: por eſta circunſtan-
„ cia, y por la de venir en el Eſtandarte Santa The-
„ reſa de Jeſus, y el Apoſtol San Franciſco Xa-
„ vier, le puſimos à la Provincia eſte nombre, lla-
„ mandola *la Provincia del Santo Nombre de JESUS.*
„ Deſde eſte dia todos los demás, que eſtuvímos en
„ ella, celebré el Santo Sacrificio de la Miſſa, le-
„ vantando Capilla ramada, y erigiendo la Santa
„ Cruz. El dia ſiguiente à nueſtra llegada, al ama-
„ nacer nos enviaron ſeis Embaxadores con un Capi-
„ tán, que nos ſaludó en nombre de los Caziques, y
„ dixo, que venia, para guiarnos; y haviendo paſſado
„ de la primera Puerta, ò boca guarnecida por am-
„ bos lados de peñaſcos altos, è inacceſſibles, cami-
„ nando por el rio grande del Nayar, y haviendole
„ paſſado varias vezes, llegamos à un ſitio, que es
„ como la ſegunda mas interior, donde nos dixeron,
„ que hizieſſemos alto. Y como à las tres de la tar-
„ de vinieron otros doze Embaxadores con un Ca-
„ pitán, que deſpues de ſaludarnos dixo, que proſi-
„ guieſſemos la marcha. Aſſi ſe hizo haſta llegar à
„ una ſubida eſtrecha de peñaſcos, que apenas ſe po-
„ dia ſubir à cavallo. Y haviendola vencido ſalimos
„ à un llano en forma de una gran plaza, à donde
„ nos ſalieron à recibir, y cogieron en medio haſta
„ quatrocientos Indios mozetones, que ninguno paſ-
„ ſaria de treinta años, todos desfigurados con el tin-

„ te, que llaman *embije*, que trahían no ſolo en el roſ-
„ tro, ſino en el cuerpo, que parecian Demonios;
„ ivan todos armados de arcos, y flechas, y con plu-
„ mages de varios colores en las cabezas en forma
„ de coronas; y haviendoſe puesto en dos filas, nos
„ dió ſu Capitán eſta Embaxada: *Los Señores, y Gran-*
„ *des de eſte Gran Nayar os ſaludan, y dàn la bienvenida*
„ *à ſus tierras, adonde nunca han entrado los Eſpañoles;*
„ *y envian eſtos muchachos, para que os feſtejen, y os con-*
„ *duzgan al parage, que os han prevenido, y adonde ven-*
„ *drán mañana los Señores Viejos, y Grandes à veros; y*
„ *voſotros ſaldreis à recibirles à ſu uſanza.*

„ Acabado el razonamiento, hizo el Capitán
„ una ſeña con la mano, y al punto levantaron los
„ Indios tal gritería, y alaridos tan terribles, que
„ nos aturdieron, y llevandonos en medio nos con-
„ duxeron à una caſilla de paja con varias piezas, y
„ diviſiones, que eſtava aorillada al barranco del rio.
„ Llevó uno de los Porteros al General al quarto, que
„ le tenian prevenido, y à mi à otro apoſentillo pa-
„ jizo, diziendome: *Deſcanſa, Padre, y no tengas re-*
„ *zelo, que ſeguro eſtàs.* Deſpidióſe el Capitán, y de-
„ ſaparecieron, entrandoſe por los barrancos los In-
„ dios de armas; y aunque eſtos, como dixe, llega-
„ rian à quatrocientos, al miſmo tiempo veíamos
„ los cerros, que coronavan aquel ſitio, llenos de
„ gente, que havia concurrido, para vér nueſtra en-
„ trada. Quedamos ſolos en aquellas chozas, por lo
„ deſunido de la paja tan tranſparentes, que por to-
„ das partes ſe entrava el Sol, añadiendoſe al ſumo
„ calor la moleſtia de los moſquitos, y los temores
„ de los alacranes venenoſos, de que hai gran abun-
„ dancia. El dia ſiguiente vino el miſmo Capitán, y
„ nos pidió, que ſiendo ya hora de ſalir à recibir à
„ los Señores, Grandes, y Viejos del Nayar, le permi-
„ tieſſemos, que él diſpuſieſſe, y ordenaſſe el recibi-
„ miento. Convenimos; porque queriamos darles guſ-

„ to

„ to en todo lo licito, para desvanecer sus sospechas:
„ con este permisso puso en medio al General con
„ su Capellán, y à mi à sus lados, disponiendo en dos
„ filas el resto de nuestra gente, y haviendo camina-
„ do como dos quadras, hizo seña, y resonó por tres
„ vezes un extraordinario alarido; segun nos dixeron
„ despues en secreto los Interpretes, lo executaron
„ assi, porque quisieron retirarse, arrepentidos de ha-
„ vernos dado entrada, sin mas motivo, que su natu-
„ ral inconstancia. Pero persuadidos, è instados de
„ nuestros Interpretes, se acercaron hasta avistarse à
„ nosotros dos filas de hombres armados, que llega-
„ rian à quinientos, sobrandoles gente para rodear-
„ nos en circulo, lo que nos tuvo rezelosos, por no
„ passar de ciento, y treinta los Nuestros. Al rema-
„ te de estas dos filas venia la Nobleza, y Magna-
„ tes del Nayerit: trahían en medio dos Viejos, que
„ eran como sus Sacerdotes; estos venian sin armas,
„ y en medio de ellos iva su Reyesuelo, ò Governa-
„ dor mozo, que trahía en la cabeza una corona de
„ variedad de plumas bien matizadas, y en la mano
„ un baston con la empuñadura de plata: era alto de
„ cuerpo, y bien apersonado, pero de tanta severidad,
„ que declinava à ceño. Rodeavanle doze Capitanes,
„ y todos trahían coronas en las cabezas de vistosas
„ plumas, algunas de ellas armadas sobre cintillos de
„ plata. Otros sobre las coronas tenian unas medias
„ Lunas, y otras figuras tambien de plata. Acom-
„ pañavales assimismo una musica tan acorde, y har-
„ moniosa, que todos creìamos, que era un Orga-
„ no portatil, aunque no nos atrevimos à pregun-
„ tarlo entonces, assi por la mesura, y seriedad, con
„ que ellos venian, como por nuestra propria con-
„ fusion; pues todos rezelavamos, si aquel grande a-
„ parato remataria finalmente en que nos matassen
„ à todos. En fin haviendose careado con el General,
„ y con nosotros hizieron tres genuflexiones, à que

„ correſpondimos con la inclinacion de la cabeza, y
„ con los brazos, eſtrechando en ellos à ſu Governa-
„ dor, y à los Principales; y llevandoles à nueſtro
„ Real, ſe les dió aſſiento, y chocolate, que be-
„ bieron guſtoſos, haziendo antes ſus ceremonias
„ Gentilicas de ofrecer al Sol el primer bocado. Deſ-
„ pues les dimos à entender con ſuavidad el fin de
„ nueſtra venida, exhortandoles à recibir el ſanto
„ Bautiſmo, y prometiendoles, que me quedaria yo
„ con ellos en ſus tierras, para adminiſtrarles los Sa-
„ cramentos, y enſeñarles el camino del Cielo. A
„ que reſpondieron los dos Viejos, y todos los doze
„ Capitanes cada uno de por sì, que aunque eſtavan
„ prontos, para dar, como executarian el dia ſiguiente
„ con toda ſolemnidad, la obediencia al Rey nueſtro
„ Señor, pero que en el punto de admitir la Religion
„ Chriſtiana, no ſe determinavan por entonces, por
„ no deſagradar al Sol, à quien ellos, y ſus ante-
„ paſſados havian adorado ſiempre, y temian incur-
„ rir ſus enojos, y experimentar ſus caſtigos, añadien-
„ do, que ſe les hazia mui duro el dexar los ritos, y
„ coſtumbres de ſus mayores. Y aunque yo procuré
„ deſvanecer eſte, y otros errores, y razones frivo-
„ las, que alegavan, bien conocí, que el principal
„ motivo de ſu reſiſtencia era el no querer perder la
„ libertad de conciencia, en que vivian; y aunque
„ apretados de la razon, y agaſajo nos aſſeguravan,
„ que no obſtante ſu determinacion davan licencia,
„ para que pudieſſen bautizarſe los que quiſieran, pe-
„ ro eſto, ni los particulares lo pedirian, viendo à ſus
„ Principales inclinados à lo contrario, ni yo aunque
„ lo ſuplicaſſen les bautizára, ſino es *in caſu mortis*,
„ menos que ſe tuvieſſe ſeguridad primero de la per-
„ manencia de Sacerdote, que les aſſiſtieſſe, y ade-
„ lantaſſe en la vida Chriſtiana. Convidóles à comer
„ el General, y eſte, y los demás dias, que comieron
„ con noſotros, no perdí ocaſion de introducirles la

„ luz

„ luz de la verdad; mas ſiempre tropezava con ſu „ obſtinacion. Eſte dia quiſieron celebrar nueſtra ve- „ nida con un baile à ſu uſanza, cantando en ſu len- „ gua; y aunque todo iva en conſonancia, pero la „ hazian disforme, y formidable la gritería, los movi- „ mientos violentos, y los viſajes. Eſta, y otras no- „ ches, en que temiendo poco nueſtras armas, ſe „ embriagaron caſi à nueſtra viſta, no nos permitie- „ ron tomar el ſueño, aſſi por ſus deſcompaſſados „ gritos, como por el rezelo, que teniamos de al- „ guna traicion, y aſſalto repentino.

„ Una de eſtas, paſſeando el Señor Gene- „ ral, y yo por la plazuela, que eſtava proxima al „ Real, y confiriendo los medios, para facilitar la „ empreſſa, como à las diez de la noche, havien- „ donos primero aſſuſtado el ruido de la carrera, ví- „ mos con la eſcaſa luz de las eſtrellas, quando le „ teniamos ya immediato à noſotros, à un Indio Na- „ yar, que venia embriagado, y amenazando con el „ alfange, que trahia; y ſin deliberacion por lo repen- „ tino del caſo, dí un ſalto, y le cogí el brazo, en „ que empuñava el alfange, haſta ſaber quien era, y „ que queria: à que reſpondió, que buſcava à otro „ Nayar, para matarle. Y aunque el General, vien- „ do que ſe iva por los Xacalillos de los Nueſtros, man- „ dó à los de poſta, que le apartaſſen de alli, no ſe „ executó; porque nueſtro Interprete, haviendo oí- „ do eſte orden, ſe levantó con gran priſſa, y ſuſto, „ y ſuplicó con mucho encarecimiento, que no le „ hablaſſen palabra à aquel Gentil, ni à otro alguno; „ ni intentaſſen aun apaciguar à los que de ellos ſe he- „ rian, y peleavan en aquella hora, aunque ſe mataſ- „ ſen, como de hecho quitaron la vida à uno aquella „ noche.

„ Por ultimo deſpues de haver quedado en aquel „ pueſto algunos dias, viendo, que no havia eſperan- „ za, de que ſe reduxeſſen, aunque ſe havian hecho

„ tan-

„ tantas diligencias, predicandoles, no ſolo yo con las „ frequentes exhortaciones, que les hize en lengua „ Mexicana, ſino tambien el Señor General con el „ agaſajo, y con las dadivas, y los Soldados con la „ afabilidad, y buen trato; y añadiendoſe el que nos „ aviſaron, de que eſtavamos en gran peligro, y que „ todas aquellas demonſtraciones las hazian los Na- „ yeres, para provocar à nueſtra gente à algun eno- „ jo, ò enfado, y tener motivo, para romper la guer- „ ra, y acometernos de improviſo, reſolvímos bol- „ vernos al Pueblo de Guazamota, como lo execu- „ tamos, deſpues de haver dado los Nayeres la obe- „ diencia al Rey nueſtro Señor ſolemnemente. De „ Guazamota paſſamos à eſte Valle de Xuchil, don- „ de eſcrivo eſta, para dar noticia à V. S. Iluſtriſſima „ de nueſtro viaje.

„ Pero hablando ahora del juízio, que hago de „ los Nayeres, y de ſu reduccion à nueſtra Santa Fé, „ me perſuado à que nunca lo harán eſpontaneamen- „ te; porque entre ellos viven muchos Chriſtianos „ Apoſtatas de todos colores, y jaezes, y algunos „ Eſclavos fugitivos: eſtos por conſervar la libertad „ de conciencia inducen, y aconſejan à los Naye- „ res, à que no ſe conviertan, ponderandoles las vexa- „ ciones, que han de padecer de las Juſticias Secula- „ res, y de la ſujecion à los Miniſtros Evangelicos. „ Y añadiendo à eſta razon lo bien hallados, que eſ- „ tán los Gentiles en ſus embriaguezes, idolatrías, y „ laſcivias, no parece creíble, que de ſu voluntad „ ſe reduzgan, ni que la obediencia, que dieron al „ Rey nueſtro Señor, y han dado en otras ocaſio- „ nes, paſſe de pura ceremonia futil, y vana; pues „ ellos jamás obedecen à mandato alguno, que ſe les „ haga en nombre de ſu Mageſtad, ni dexan de ad- „ mitir à los Apoſtatas rebeldes à la Real Corona, „ ni quieren entregarles, ni admitir Sacerdotes, que „ adminiſtren por lo menos à los Chriſtianos refu-

„ gia-

„ giados. Todo eſto, y el haver no ſolo hecho al-
„ gunos daños en las Poblaciones vezinas, ſino el eſ-
„ tar ſiempre prontos à admitir à los Indios Apoſta-
„ tas, y à otros delinquentes, parece, que baſta, pa-
„ ra hazerles guerra mui juſta, obligandoles à fuerza
„ de armas à que entreguen à los Apoſtatas, ò que
„ admitan Sacerdotes, para que adminiſtren à los
„ Chriſtianos, dexandoles à ellos libres en el punto
„ de Religion, pero no en que admitan en lo de ade-
„ lante à los Deſertores, y fugitivos por las graves, y
„ perniciosas conſequencias, que en lo eſpiritual, y
„ temporal ſe ſiguen en los Pueblos Chriſtianos, que
„ rodean eſta Sierra, y que paſſan de treinta: los
„ Indios de eſtos Pueblos apenas conocen ſujecion,
„ ni temor por la cercanía del refugio à eſtos barran-
„ cos, de donde ſaben, que nadie les ha de ſacar, dan-
„ do tambien eſto, atrevimiento à cometer enormes
„ delitos, no ſolo à los Indios, ſino à los Eſpañoles,
„ Mulatos, y otros; y no ſolo vímos entre los Na-
„ yeres, que vinieron à vernos, tres hermanos Eſpa-
„ ñoles, dos varones, y una muger, ſino que nos
„ aſſeguraron, que fuera de los muchos, que viven
„ deſparramados en las Rancherias, y Poblaciones de
„ los Nayeres, hai una por el lado del Sur, que ſa-
„ le al Pueblo de Tepique, donde viven mas de tre-
„ cientos Apoſtatas de todos colores, los quales vi-
„ ven como Gentiles, y mueren como Barbaros. A
„ que ſe añade, que eſta facilidad de refugiarſe al Na-
„ yar, ha dado ocaſion à las ſublevaciones de eſtos
„ años paſſados; aſſi à las de los Pueblos de San An-
„ drés, el del Meſquital, y el de Santa Maria, como
„ à la de la Sierra de Tepique, donde ſe levantaron
„ muchos Pueblos, cuya pacificacion coſtó à ſu Ma-
„ geſtad muchos millares.

„ Por todo lo qual, y para evitar daños tan gra-
„ ves, como ſe ſiguen à la Chriſtiandad de los Pue-
„ blos vezinos, y pueden ſeguirſe aun à los diſtantes,

„ ten-

„ tengo por conveniente, y aun neceſſario, que ſean
„ obligados los Nayeritas à los tres puntos, que ten-
„ go ya inſinuados, tan juſtos, tan devidos, y tan
„ neceſſarios. Primero, que no admitan à Chriſtiano
„ alguno fugitivo en ſus tierras. Segundo, que entre-
„ guen à todos los Apoſtatas, que en ella viven. Ter-
„ cero, que en caſo de no querer entregarles, por eſ-
„ tar emparentados ya con ellos, ò por haver naci-
„ do ſus hijos en dicha Provincia, y haver recibido
„ muchos el ſanto Bautiſmo, quando ſalian afuera,
„ aunque deſpues bolvian à vivir gentilicamente, co-
„ mo antes, que admitan Sacerdotes, para que ad-
„ miniſtren los Sacramentos, y enſeñen los Catholi-
„ cos dogmas à los Chriſtianos. Y me perſuado, que
„ eſto ſolo ſe conſeguirá à fuerza de armas; porque
„ por convenio, y por via de paz nunca vendrán en
„ ello; pues noſotros ya les propuſimos eſtos medios,
„ y no les quiſieron admitir. Y aunque ſe les amena-
„ zó mandaria ſu Mageſtad hazerles guerra, aun eſto
„ no les hizo la menor mella. Pero ſoi de parecer,
„ que en ſabiendo ellos, que con eficacia ſe apreſta
„ gente; y mucho mas en viendo ſobre sí las armas,
„ admitirán qualquier partido, ò capitulacion, que
„ ſe les proponga. Y por quanto eſte medio tan ne-
„ ceſſario no ſe puede executar ſin Real mandato,
„ tengo por neceſſario, el que V. S. Iluſtriſſima ſe
„ ſirva de informar à ſu Mageſtad, ò à ſu Real Con-
„ ſejo de Indias, ò al Señor Virrey de eſta Nueva
„ Eſpaña, para que ſe ponga à tantos males eſpiritua-
„ les, y temporales conveniente remedio. Eſte es, Iluſ-
„ triſſimo Señor, el juízio, que he hecho de eſta
„ Nacion del Nayerit, y de ſu reduccion, y del eſta-
„ do, que oy tiene. Y haviendo V. S. Iluſtriſſima por
„ favorecerme fiado de mi eſta diligencia de vér, tan-
„ tear, y exhortar à eſta Nacion à la converſion à
„ nueſtra Fé Catholica, no cumpliera yo, ſi no avi-
„ ſára à V. S. Iluſtriſſima todo eſto, que he juz-
„ gado

„ gado conveniente poner en noticia de V. S. Iluſ-
„ triſſima, para que con ſu madura diſcrecion, y ar-
„ diente zelo de las providencias neceſſarias, para
„ la reduccion de eſta tan ciega Nacion, y bien, y
„ remedio de los Pueblos Chriſtianos vezinos. Quiera
„ nueſtro Señor, que ſe conſiga para ſu mayor gloria.
„ Su Mageſtad guarde à V. S. Iluſtriſſima para bien
„ de eſte Obiſpado, &c. Valle de Xuchil, y Febre-
„ ro 25 de 1716 años.

ILUSTRISSIMO SEÑOR,

B. L. M. de V. S. Iluſtriſſima

Su mas afecto Siervo, y Capellán

Thomàs de Solchaga de la Compañia de Jeſus.

Haſta aqui la carta del Padre Thomás de Solchaga, que fué el primer Sacerdote Miſſionero, que entró al Nayar de las puertas adentro. Y aunque ſolo paſſaron de la raya como cinco leguas, y no ſe conſiguió el fruto, que ſe deſeava, enarboló dentro de eſtas tan temidas murallas el Eſtandarte de nueſtra Redempcion, y celebró el Santo Sacrificio de la Miſſa, para tomar poſſeſſion de eſta tierra tan neceſſitada de cultivo, cuya entrada diſpuſo el Señor, ſe abrieſſe à uno de la Compañia de Jeſus, porque havia deſtinado ſu Mageſtad à ſu tiempo, como verémos en eſta Hiſtoria, à los de eſſa ſagrada Apoſtolica Religion para Obreros Evangelicos de eſta Sierra, para que podaſſen, y cultivaſſen eſta inculta viña, que ſolo havia ſabido fructificar agráz, y producir eſpinas. Eſto no lo vió cumplido el zeloſo P. Thomás, que ſin duda huviera ſido ſeñalado, para perficionar la obra, que comenzó: mas haviendoſelo llevado antes el Señor, para premiarle ſus Apoſtolicos trabajos, facilitó lo que parecia ya impoſſible, y lo guió por caminos tan extraordinarios à la providencia humana, que pareciera increíble, ſi no

ſupieramos, que ſu poderoſo brazo ſabe hazer aun de las piedras hijos de Abrahan.

CAPITULO IX.

FACILITA LA DIVINA PROVIDENCIA la entrada al Nayar, abriendola los miſmos, que tantos años la tuvieron tan cerrada.

LLegó por ultimo el tiempo, que Dios tenia predeſtinado, para que los Nayeres abrieſſen la entrada à ſu Provincia, que tan obſtinadamente rebeldes havian cerrado, embarazando caſi inſuperablemente ſu reduccion la valentía, y aſtucia, con que en tan repetidas expediciones havian hecho bolver la eſpalda, no ſolo al esforzado brio de muchos Capitanes, ſino al fervoroſo Eſpiritu de muchos Apoſtolicos Miſſioneros, que intentaron romper los cerrojos de ſus puertas, para introducirles el remedio à ſus engaños: ahora para que mas claramente ſe reconocieſſe la amoroſa paternal Providencia del Señor, ellos miſmos fueron el inſtrumento de ſu reduccion; porque apiadandoſe finalmente la Divina Miſericordia de vér à eſtos miſerables tanto tiempo cautivos, y eſclavos de Lucifer, diſpuſo de tal ſuerte las coſas con ſu inapeable ordenacion, à que no ſabe reſiſtir la mas obſtinada rebeldía, que ſaliendo ellos en buſca de ſus intereſſes, ſe dexaron abierta la puerta, ſin advertir, que le quitavan los candados, con que ſu terquedad la tenia ſiempre cerrada.

El comercio, que mantuvieron innocente los Nayeritas por tantos años, havia en eſtos tiempos declinado en inſolentes atrevimientos; eran ya los robos, è inſultos mui frequentes; padecianlos con mas continuos aſſaltos los Pueblos vezinos de las fronteras,

ras, que eſtán por la parte del Poniente ázia la coſta del mar del Sur, cuyos habitadores, por no eſtar aliados con eſſa barbara Nacion, vivian mas abochornados por los efectos de ſus violencias; y vieronſe ultimamente acometidos con tal oſſadia, que haſta ſus puertas llegaron à aſſaltarles. Determinaron, para evitar mayores deſcalabros, con esforzada reſolucion repeler fuerza con fuerza; y previniendoſe de armas, ſalieron en ſu ſeguimiento con tal celeridad, que llegaron à alcanzarles, logrando aprehender algunos muchachos con dos adultos. A eſtos remitieron preſos à Guadalaxára, y à aquellos dexaron en ſus Pueblos, para inſtruírles en nueſtra Santa Fé, y bautizarles. Mucho ſintieron los Nayeres eſte golpe; pero mas vivamente hirió ſu corazon otro dolor, que hizo tiro à ſus intereſſes; porque ſiendo ineſcuſable paſſo el de eſtos Pueblos, ya enemigos ſuyos, para conducir la ſal de las coſtas de Olita, y ſabiendo por la experiencia, que eran tan hombres, que ſabian valerſe de las armas contra ſus aſtucias, no hallavan camino, que les deſembarazára el que tanto les importava: para ſalir de tan ſenſible ahogo, hizieron varias Juntas, mas nadie propuſo medio, que no le reprobára ſu temor.

Caſi al miſmo tiempo, que andavan eſtos Indios bazilantes, ſin hallar ſus diſcurſos ſalida à ſus congoxas, recibió en Mexico el Señor Marqués de Valéro, Virrey entonces, y Capitán General de eſta nueva Eſpaña, Cedula de ſu Mageſtad, en que expreſſava de nuevo ſus catholicos deſeos, de que ſe abrieſſe de una vez la entrada al Nayar à nueſtra ſagrada Religion, para que ſe cerraſſe del todo al engaño de los Apoſtatas, y delinquentes, que ſacudiendo el yugo de la obediencia à ſu Corona, y apartandoſe del gremio de la Igleſia, mantenian en ſu ceguedad à eſtos Gentiles. Luego, que ſu Excelencia leyó los Reales encargos tan conformes à ſu zelo, para dar los primeros paſſos con acierto, y hallar alguna

llave maeſtra, para abrir la Puerta tan cerrada del Nayar, remitió carta, en que declarava ſus deſeos, y las Reales ordenes de ſu Mageſtad al General Don Martin Verdugo de Haro, Oficial Real, que fué muchos años, y Corregidor en la Ciudad de Zacatécas: eſte tan Chriſtiano, como zeloſo Cavallero, para dar cumplimiento al ſuperior mandato de ſu Excelencia, y ſeguir el camino, que le proponia, para darle muí exacto à los de ſu Mageſtad, eſcrivió luego à D. Juan de la Torre Valdés, y Gamboa vezino de la Villa de Xeréz diſtante diez leguas, noticiandole aquella Real orden, y ſuplicandole tomaſſe el trabajo de venir à Zacatécas, para conferir los medios, que ſe diſcurrieſſen mas à propoſito, para facilitar la conſecucion de tan importante empreſſa.

Era Don Juan de la Torre el mas idoneo, para dar luz en la conferencia, y aun para encargarſe de executar, lo que ſe reſolvieſſe en la Junta; porque por ſu buen corazon, y amabilidad, à que añadia la liberalidad, que le permitia ſu caudal, y el hablar con expedicion, y entender la lengua Mexicana, arraſtrava los afectos, no ſolo de los Indios fronterizos, que havian de ayudar à la Conquiſta, ſino de los miſmos Nayeritas, que ſiempre dieron eſpeciales mueſtras de amor à los de eſta Familia, y mas que à otros à eſſe tan amable Cavallero, con quien ſiempre comunicavan, quando ſalian à comerciar, y le eſcrivian varias vezes, quando tenian algun embarazo: deſeava anſioſamente la converſion de eſtos Barbaros; haviales ya hablado, y eſcrito varias vezes ſobre eſte tan importante punto; y viendo ahora, que ſe tratava de aplicar los medios mas conducentes à tan alto fin, ſe puſo luego en camino. Confirieron aquella empreſſa, y las dificultades, que ſe ofrecian: repreſentó el rumbo, que juzgava mas conveniente, y era acceptar ahora el ofrecimiento, que le havian hecho en varias ocaſiones eſtos Indios, pidiendole, que ſe vi-

vinieſſe à vivir entre ellos con toda ſu Familia, obligandoſe aun à mantenerle en qualquiera neceſſidad.

Nunca ſe havia inclinado à determinacion tan arrieſgada, pero ahora, que le eſtimulava el ſervicio de Dios, y el de nueſtro Catholico Monarca, pareciale ya, que podia, y aun devia abrazar eſta reſolucion, dexandoſe guiar del zelo, y de la lealtad, eſperanzado ſolo en lo mucho, que Dios le havia de favorecer, arrieſgandoſe por cauſa tan juſta, y de tanta gloria ſuya. Pero añadió, que aunque ſu caudal era ſuficiente, para mantener con decencia ſu Perſona, y ſu Familia, no lo era, para comenzar à conquiſtar unos corazones tan intereſſados, como los de los Nayeritas, ſiendo las armas mas neceſſarias, y poderoſas las del cariño, y las dadivas, para inclinarles deſpues à entrar por el camino, que ſe diſcurrieſſe mas llano, para lograr el intento, que ſe pretendia. Y aunque eſte medio era impracticable, hecha repreſentacion de todo à ſu Excelencia, conociendo bien lo arrieſgado de la propueſta, reconoció, que con eſtas luzes, comenzava à rayar la eſperanza: aceptó tan valiente, y chriſtiana reſolucion; y para empezarle à premiar ſus heroicidades, ſe le remitió el Titulo de Capitán Protector, aſſignandole por entonces el ſueldo de quatrocientos, y cinquenta peſos, y encargandole, que con la ſuavidad, que le dictaſſe ſu diſcrecion, procuraſſe mover à algunos de los Indios Nayeritas, à que paſſaſſen à Mexico, donde entre los otros medios, que ſe diſcurrian, no ſeria el menos congruente, el que perſuadidos eſtos à lo mejor con la fuerza de las dadivas, y agaſajos, inclinaſſen à los otros con el exemplo, y con la voz à que finalmente ſe rindieſſen à lo que tanto ſe deſeava.

Entretanto Dios, que iva diſponiendo todas las coſas conforme à ſu Divina ordenacion, movió à eſtos Barbaros à conſultar ſus dudas con Don Pablo Phelipe, ſaliendo à eſte fin al Pueblo de San Nicolás,

lás, donde vivia con el cargo de Capitán de aquellas fronteras, y havia ya recibido carta del Capitán Protector, en que le encargava, que procuraſſe hallar camino, que allanaſſe el paſſo para la tan deſeada reduccion de los Nayeritas. Eſtos eſpoleados del amor à los muchachos, que les tenian en los Pueblos, y de los atraſſos, que ya ſentian por la falta de la ſal, partieron de ſus tierras en buſca de aquel ſu grande amigo, para que con ſu prudencia les ſugirieſſe el rumbo, que devian tomar, para remediar tan ſenſibles males. Valiendoſe de la ocaſion tan oportuna, que ſe le vino à tan buen tiempo, moſtróſe ſagazmente compadecido de ſus afliccione; comenzó à diſcurrir con ellos varios medios, que ya conocia no havian de ſer admitidos por arrieſgados; disfrazó aſſi el que finalmente les propuſo mui al deſcuido, y era todo el blanco de ſus diſcurſos.

Dixoles, que ſolas las providencias de un Virrey podian remediar tan graves daños, y que ſu parecer era, que paſſaſſen à Mexico à repreſentarle à ſu Excelencia ſus cuidados; ponderóles ſagáz las dificultades de tan largo camino; ſe ofreció guſtoſo à acompañarles, y ſervirles de Interprete; aſſeguróles, que todo ſe conſeguiria con ventajas, ſi les conduxeſſe à la preſencia del Señor Virrey Don Juan de la Torre, de quien ya ſabian, quan afecto les havia ſido ſiempre; facilitóles la jornada, preteſtando, que ivan principalmente à dar la obediencia al Rey nueſtro Señor, y que con eſta ocaſion lograrian la repreſentacion, y el remedio de tantos perjuízios, con que los fronterízos de la Coſta les tenian tan mortificados: hablóles por fin con tal arte, y energía, que no ſolo aprobaron por mejor el conſejo, que ſe les dava, ſino que reſolvieron deſpachar algunos à llamar al *Tonati*, para que viniendo Perſona de tanta autoridad à eſta Corte, fueſſe mas calificada ſu propueſta, y mejor deſpachadas ſus demandas, por mas que ſe huvieſſe

viesse de dispensar, que en el tiempo, que durava aquel viaje, quedasse al cuidado de otro el del culto de sus Deidades, y el asseo de sus Templos, como se executó con aprobacion de Don Pablo Phelipe, Indio verdaderamente fidelissimo, en quien especialmente desde este passo sobresalieron el zelo, y el valor, haviendo influído no poco à esta tan deseada reduccion, y conquista, no solo con los dictamenes de su discurso, sino con los esfuerzos, con que persuadió à los Nayeritas, que abrazassen nuestra Santa Religion.

Llegó el *Tonati*, que acompañado de Don Pablo, y de cinquenta Nayeritas se encaminó à la Villa de Xeréz en busca de Don Juan de la Torre, à quien ya havia prevenido aquel fiel honrado Indio, y aunque este discreto Cavallero les recibió mui cariñoso, les vendió con mucha sagacidad el favor de irles acompañando, aceptando como por fuerza lo mismo, que él tanto deseava. Mas temiendo, que los Nayeres por su natural inconstancia, quisieran bolver atrás, preocupó con la brevedad estos rezelos. Dispuso el viaje para Zacatécas, de donde avisado antes de su venida, salió à recibirles en su forlon el Señor Corregidor Don Martin Verdugo, y los Señores Coroneles Don Fernando de la Campa, y Cos, Conde, que fué despues de San Matheo del Valle de Valparaíso, y Don Joseph de Urquiola, Conde de Santiago de la Laguna: salió tambien el Comercio, y Mineros, marchando à cavallo, queriendo todos aquellos Cavalleros con estas demonstraciones de cariño facilitar la reduccion tan pretendida, y hazerle esta primera salva à nuestra sagrada Religion por la esperanza, que ya se concebia de su entrada al Nayar. El Señor Corregidor hizo, que subiesse en su forlon el *Tonati*, le detuvo, y agasajó aquella noche; mas el siguiente dia le pidió licencia, para retirarse al Cerro, donde se havia alojado su barbara

Tro-

Tropa, ò llevado del amor à los ſuyos, ò de la coſtumbre de vivir en los barrancos.

Iva todo felizmente; y rezeloſo el enemigo de las almas, al vér, que con tan buenos principios, tenia ya la verdad andado la mitad del camino, para triunfar del error, procuró impedirle los vuelos, eſparciendo al publico, que los Indios, que llevava el Capitán Protector, y Don Pablo Phelipe, no eran Nayeres, ſino Indios fronterizos. El rumor paſſó de la Plebe à los oídos de los diſcretos, y luego le deſpreciaron, no ſiendo imaginable, que Don Juan de la Torre, que les conocia, llevaſſe à ſu Excelencia en negocio de tanto peſo, en vez de la verdad un engaño, que ſeria un cargo de mala calidad, luego que ſe deſcubriera ſimulacion tan perniciosa. Y aſſi proſiguieron en cortejar, y acariciar à los Nayeritas aquellos Señores, en que ſobreſalieron principalmente la benignidad del Señor Corregidor, y la bizarría del Señor Conde de la Laguna, ofreciendo eſte, como lo cumplió, al Capitán Protector los caudales, que juzgaſſe neceſſarios para los gaſtos de la jornada, y viſtiendo de calamaco à los cinquenta Indios, que acompañavan al *Tonati*, à quien ya havia dado un veſtido el Señor Corregidor. Mas viendo el Demonio, que no pudo lograr ſus trazas por mano de los Nueſtros, para embarazar el viaje, tiró à retraher à aquellos timidos Barbaros, infundiendoles mil deſconfianzas, y pintandoles tan grandes dificultades, y peligros en alejarſe tanto de ſu Tierra, que los veinte, y cinco pidieron licencia, para reſtituírſe à ſu Provincia, alegando tales pretextos, que ſe les huvo de conceder; todos los otros les huvieran ſeguido, à no poner freno à ſus intentos el exemplo del *Tonati*, que manteniendoſe firme en proſeguir el viaje, llevó trás sí à los otros veinte, y cinco, que quedavan, pudiendo mas, que ſu timidéz, el reſpeto, con que veneravan à tan autorizada Perſona.

Y aunque no faltó quien le negaſſe al *Tonati* la ſuperioridad à todos los Nayeres, pretendiendo, que no paſſava ſu juriſdiccion los territorios de ſu Rancheria, que era la de la Meſa, no tuvo otro fundamento, que la tenacidad, y arrojo del que havia formado eſte dictamen, porque deſde el tiempo de Nayerit eſtuvo ſiempre anexo el govierno Politico de toda la Provincia al ſumo Sacerdote, que reſidia en la Meſa; y ſiendolo entonces el *Tonati*, fué capricho negarle la ſuperioridad, y mas quando la miſma obediencia de los que le ſiguieron, y aun la reverente propueſta de los que le deſampararon, manifieſta, que reconocian en él algun caracter, que les obligava à obedecerle, y acompañarle en el viaje à Mexico. Salió por fin ázia eſta Imperial Ciudad de Zacatécas en compañia, no ſolo del Capitán Protector, y de Don Pablo Phelipe, ſino tambien del Capitán Don Santiago de Rioja, y Carrion, que influyó, y trabajó no poco, para que ſe lograſſe eſta empreſſa, dexando ſu caſa, por hazer eſte ſervicio à Dios nueſtro Señor, y à nueſtro Catholico Monarca, y à toda eſta Septentrional America, abandonando ſu ſoſſiego por atender à la quietud de eſte tan dilatado Reino.

CAPITULO X.

RUIDOSA ENTRADA DEL TONATI *EN la Corte de Mexico, donde el Señor Marquès de Valèro conſigue los primeros triumphos de ſu obſtinacion.*

LLegó con felicidad el *Tonati* con toda ſu Tropa Nayerita, cortejado del Capitán Protector Don Juan de la Torre, y del Capitán Don Santiago de la Rioja à la Corte de Mexico por el Mes de Febrero,

de mil setecientos veinte, y uno. Y siendo cabeza esta gran Ciudad del vastissimo cuerpo de esta Septentrional America, con el conjunto de maravillas, de que se compone, no solo por lo primoroso de su arquitectura, sino por la universalidad de novedades, que hazen, y dán recomendacion à su grandeza, dexó pasmados ya con su primera vista à estos sus nuevos huespedes, à quienes aun mas que toda esta sumptuosidad admiró, y suspendió el tropel, y numeroso concurso de Españoles, que veian, y de que podian formarse Exercitos, no solo para conquistar su rebeldía, sino para acabar con todos sus Paisanos. Aunque bien alicionados con su astuta sagacidad lo dissimulavan, guardando las reflexas de sus discursos mui reservadas con el silencio, sin que se les assomassen en su semblante.

Fué mui ruidosa la novedad, que causó la venida de los Nayeritas en los animos Mexicanos; porque no solo picó la curiosidad en la gente plebeya, que corria à tropas à verles, sino que movió aun à los Señores, y Señoras de primera classe, para dever al examen de sus proprios ojos el informe, que facilmente abulta la exageracion, quando se escucha en agenas lenguas. Y passando la fama de las casas à los claustros, sacó el ardiente zelo à muchos Venerables Religiosos, y Sacerdotes de su sagrado retiro con el deseo de ir à vér, si eran capazes de domesticarse los que la comun voz publicava indomitas fieras. No se hallava entonces en la Corte el Señor Virrey, por haver baxado à Xalapa, para acudir prontamente, como lo acostumbrava, à donde le llamava su obligacion; pero luego, que tuvo aviso de haver llegado el *Tonati* à Mexico, escrivió, ordenando à los Oficiales Reales, que buscassen Casa capáz al numero de los huespedes, donde estuviessen con decencia, y con alivio, assi ellos, como los Capitanes Don Juan de la Torre, y Don Santiago de Rioja sus Conductores;

y

y que no ſolo les viſitaſſen en ſu nombre, ſino que tambien les aſſiſtieſſen con todo lo neceſſario. Todo lo executaron con puntualidad aquellos Cavalleros, aſſi por hazer eſte ſervicio à Dios, como por liſongear el zelo, y piedad de ſu Excelencia, que no tardó muchos dias en cumplir los impacientes deſeos, con que le eſperavan los Nayeres, por eſtar ya inclinados à la gratitud los que tan de antemano ſe veían favorecidos.

Acertó à eſtar la Caſa, en que ſe havian hoſpedado los Indios, en la calle, que ſale al celebre Santuario de Guadalupe, por donde havia de entrar ſu Excelencia, y quando ya ſe afrontava à la Caſa, ſalieron à la puerta los Nayeritas, pueſtos mui en orden, y el *Tonati* à un balcon, donde ſe mantuvo con ſeriedad Mageſtuoſa. Luego que conoció por el aviſo de los que le aſſiſtian al Señor Virrey, le hizo con deſpejo, y gravedad, que en él era como natural, tres ſucceſſivas reverencias, deviendoſe en gran parte à la inſtruccion, à que ſu Excelencia correſpondió con la afabilidad, que le enſeñó ſiempre la generoſidad de ſu Eſpiritu. Al punto ſe retiró el *Tonati*, levantando al miſmo tiempo los demás Indios un grande alarido, de que uſan indiferentemente quando pelean, y quando cortejan. El dia ſiguiente envió ſu Excelencia un Saſtre, para que le hizieſſe un veſtido à la moda, y trage, que le agradaſſe, y ſe lo cortó mui coſtoſo à la Eſpañola, à lo que ſin duda ſe inclinó por el afecto, que tenia à los Eſpañoles, à quienes por lo menos jamás ſe le reconoció averſion. Se le hizo tambien una capa de grana, frangeandola igualmente, que à la caſaca un belliſſimo galon. Mandó tambien ſu Excelencia, que ſe le dieſſe una ſilla bordada, para quando montaſſe à cavallo.

Y quando le concedió la primera Audiencia, le entregó en retorno del que él ofreció reconocido à ſu Rey un baſton de maque con caſquillos de oro de Chi-

na curioſamente labrado: demonſtraciones todas de tanta benignidad, y agrado, que baſtaron, para que los Nayeritas quedáran no ſolo voluntarios, ſino agradecidos priſſioneros; y quando lograron el ponerſe la primera vez à los pies de ſu Excelencia, aunque con la novedad les embargó las atenciones el ſuſto, y el reſpeto, la experiencia de tan agradable afabilidad les dió tan grande aliento, que no ſolo depuſieron la turbacion, ſino que con notable deſpejo deſpues de las primeras corteſanas ſalutaciones del *Tonati*, que exponian en nueſtro idioma los Interpretes, ſe arrodillaron los Nayeres todos con ſu Principe, ofreciendo à ſu Excelencia con humildes ſumiſſiones cada uno una flecha en ſeñal de ſu rendimiento, y obediencia, ſiendo eſte el primer triumpho, que el Señor Marqués conſiguió, dexando caſi à la barbaridad deſarmada. El *Tonati*, para ſignificar ſu reconocimiento à nueſtro Monarca, puſo à los pies de ſu Excelencia, y ofreció el baſton, que llevava, y la corona de plumas, que le diſtinguia de los otros. El Señor Virrey ſe entendió entonces con tal primor con ſu natural agrado, que no pudo tener quexa lo ſoberano, aceptando aquellas ſeñales, con que proteſtavan la ſujecion, como Vaſſallos à nueſtro Rey: dióles à entender, que en ſu Real nombre les perdonava qualquiera delito, que huvieſſen cometido, ò ſu malicia, ò ſu inadvertencia, y que eſtava pronto à hazerles las mercedes, que ſin quexa de lo licito quiſieſſen demandar: aſſi les abrió la puerta, para que con mayor confianza le preſentaſſe el *Tonati* un papel, ò memorial, en que le expreſſava ſus quexas, y ſus peticiones; y havia ſido el motivo principal, que les havia ſacado de ſu tierra, aunque diſſimulado con la maſcara de la obediencia, que proteſtavan venir à dar à ſu Mageſtad.

Recibió ſu Excelencia el memorial; y ſeñalandoles dia, para que bolvieſſen por la reſpueſta, les deſpidió

pidió no menos agradecidos, que admirados de la benignidad, con que les havia favorecido. En la segunda Audiencia, à que acudieron puntuales el dia aplazado, no solo quedaron admirados, sino aun confusos; porque quiso el Señor Marqués de Valéro, à imitacion del de Lombai San Francisco de Borja, que dió lecciones à los Virreyes, para saber hermanar con la soberanía lo humano, arrastrando de esta suerte los afectos de sus Vassallos; quiso, digo, añadir à las caricias, que ablandan la voluntad, aquellas eficazes razones, que saben rendir el entendimiento, hablandoles discretamente tan al vivo, que ya les empezava à parecer bien la verdad, y à darles en rostro sus errores. Y porque la fragilidad de la memoria podia hazerles olvidar lo que les dezia, juntamente con el despacho, en que les concedia todo lo que deseavan, y en que dexava abierta la puerta, para concederles nuevos privilegios en caso, que abandonassen sus engaños, les dió un papel, que havia dispuesto su zelosa erudita discrecion, dandoles tanta luz, que no pudieron resistir las tinieblas de su ceguedad. En él, despues de hazerles demonstracion, de que adoravan en el Sol al Demonio, y de que el Sol era obra del verdadero Dios Criador, y Artifice Supremo de Cielos, y Tierra, les requiere, y exhorta, à que, haviendo dado la obediencia à nuestro Rey, y Señor Don Phelipe V, se la dén, para mas gratificar à su Magestad, al verdadero Rey de los Reyes, sujetando el cuello al suavissimo yugo de su Santa Ley. Siento no haver encontrado esta piadosa discreta sabia obra, para trasladarla à esta Historia, en que se vieran tan hermanada la discrecion, y el zelo con una eloquencia christiana, y con tanta alma, que en qualquiera juizioso Tribunal, se diera à conocer en el cuerpo de sus clausulas, que le animava el Espiritu de un Borja, y que este Virrey de la nueva España, sabía à imitacion del de Cataluña, manejar el

baston

baſton tan bien, como la pluma, quando lo pedia la gloria de Dios, y el bien de la Monarquia.

Los Indios, aunque al oír eſte papel, que les leyó, y explicó Don Pablo Phelipe, eſtuvieron confuſos, y perplexos, convencidos con la fuerza de la razon comenzaron à ſoſpechar del engaño, y à pocos lanzes ſe moſtraron tan deſeoſos de ſu remedio, que ſuplicaron à ſu Excelencia, que los Miniſtros, que ſe deſtinaſſen para ſu inſtruccion, y enſeñanza fueſſen Padres Prictos; nombre, con que aun en la Vizcaya diciernen los Indios à los Miſſioneros de la Compañia de Jeſus. Repitieron ahora los Nayeritas la ſuplica, que en años paſſados preſentaron à la Real Audiencia de Guadalaxára algunos de ſu miſma Nacion, pidiendo Miſſioneros Jeſuitas, quando llegaſſe el tiempo de reducirſe, de que davan entonces algunas eſperanzas. Aſſi conſta de papeles juridicos, que ſe guardan en los Reales Archivos, y lo ſupimos de boca del Señor Licenciado Don Fernando de Urrutia, Oidor, que era mas antiguo en aquel Sabio Senado, y del Señor Licenciado Don Juan de Olivan Revolledo Oidor, que fué tambien de la miſma Real Audiencia.

Luego que el Señor Virrey oyó de boca de eſtos Barbaros por medio de ſus Interpretes la reſolucion, que deſpues de haverla conferido repetidas vezes havian tomado, aprobando ſu acertado dictamen, les añadió tales razones, que quedando nuevamente iluſtrados, encontró ſu voluntad nuevas amarras, para no dexarſe arraſtrar de la veleidad de ſu natural inconſtancia, y para mantenerſe firmes, rebatiendo el temor, que les fingia caſtigos de ſus falſos Dioſes. Aſſeguróles la Real proteccion, y les prometió en ſu nombre nuevas mercedes: favor, que acabó de aficionarles à nueſtra Santa Religion. Y viendo ſu Excelencia, que eſtando ya transformados eſtos lobos en manſos corderos, y reſueltos à entrar en el rebaño

ño de la Igleſia, era ya tiempo, que ſe preſentaſſen al Paſtor. A eſſe fin ordenó à Don Juan de la Torre, y al Capitán Don Santiago, que les conduxeſſen à los pies de ſu Iluſtriſſima el Reverendiſſimo Señor Maeſtro Don Frai Joſeph Lanciego, y Eguilaz gloria de la ſiempre iluſtre, y eſclarecida Religion del gran Padre San Benito, y digniſſimo Arzobiſpo de Mexico.

Luego que vió aquel zeloſiſſimo Prelado tan rendidas aquellas fieras, y ſupo por los Conductores la docilidad, con que ſe havian ofrecido à abrir las puertas à la luz Evangelica, dandoles repetidas bendiciones, ſe le aſſomó al ſemblante todo el gozo, que ya no cogia en ſu grande corazon, y con ſantas eloquentes palabras aplaudió ſu acertada determinacion, les exhortó à llevarla adelante, y à perſeverar conſtantes haſta lograr, que la ſiguieſſe toda ſu numeroſa Nacion. Deſpidióles con tales mueſtras de amabilidad, que ſalieron de aquel Palacio no menos guſtoſos, por lo que les favoreció ſu Paternal benevolencia, que reverentes, por lo que comunica de reſpeto aun à los Barbaros tan alta Dignidad. El Señor Marqués, viendo à los Nayeres tan reducidos, no quiſo, que con la dilacion ſe entorpecieſſe aquel tan importante, como deſeado negocio. Trató de reducir con brevedad à la practica, lo que ſe havia diſcurrido mas conducente para el logro felíz de aquella empreſſa.

CA-

CAPITULO XI.

APLICA EL SEÑOR VIRREY LOS medios, que asseguravan el fin deseado de la reduccion, y procura frustrarles el Demonio.

EL Excelentissimo Señor Marqués de Valéro hecho siempre un Argos jamás permitia à su vigilancia algunas treguas, hasta assegurar del todo en los mas arduos negocios la conveniente acertada resolucion, que le sugeria igualmente su discrecion, que su prudencia. Y como la havian tomado tan à su gusto los Nayeres, sabia, que si se retardava su execucion, se arriesgava su acierto. De la veleidad de los Indios, cuyas determinaciones no saben alejarse del arrepentimiento, rezelava prudentemente, que demorando las providencias, bolviera à cegarles su obstinacion; por cuyo motivo quiso con la mayor brevedad ocurrir à estos temores. Y deseoso de comenzar estas tan serias importantes diligencias por la principal, hizo venir à su Palacio al Padre Alexandro Romano Prepósito Provincial entonces de esta Provincia de la Compañia de Jesus de nueva España. Comunicóle la peticion de los Nayeritas; le significó lo mucho, que le havian lisongeado el gusto con su eleccion; y le suplicó, que para dar cumplimiento à sus deseos, señalasse con la mayor brevedad possible dos Missioneros, para que llevandoles en su compañia, lograsse su discrecion comunicarles tanta luz, que ellos mismos ayudassen con el exemplo, à alumbrar à los que en su Sierra dexaron en las sombras de su ceguedad.

El Padre Provincial agradeció el aprecio, con que su Excelencia honrava nuestra minima Compañia; ofre-

ofreció dar prontamente cumplimiento à los deſeos, y preceptos de ſu Excelencia; y añadió, que ſiendo tan conformes al ſervicio de Dios, y al de nueſtro Catholico Monarca, cuya dignacion ha favorecido tanto ſiempre à nueſtra Religion, ſe veía eſta executada à obedecer ciegamente ſus mandatos; mas que no podia dexar de repreſentar à ſu Excelencia, no como dificultad para la obediencia, ſino como prevencion para el mas oportuno reparo, que eſtando eſta Provincia rodeada de Pueblos Chriſtianos, en que adminiſtran con inceſſante Apoſtolico fervor los Religioſos Seraphicos, podian temerſe, y devian preocuparſe algunos inconvenientes, que ſuele ofrecer la cercanía, quando aunque eſté vigoroſa la union, falta la uniformidad. Prometió aquel prudente vigilante Virrey ocurrir à todo con tales providencias, que dexaſſen del todo cerrada la puerta à los inconvenientes, que tan cuerdamente ſe rezelavan. Se deſpidió el Padre Provincial con el conſuelo, de que ſin quexa de la atencion ſe dieſſe à conocer nueſtra obediencia, haviendo precedido tan à tiempo eſtas prevenciones de la prudencia, de la charidad, y del reſpeto. Y pidiendo à Dios luz para el acierto de la eleccion de los Miſſioneros, reſolvió el dia del Señor San Joſeph diez, y nueve de Marzo del miſmo año de mil ſetecientos, y veinte, y uno ſeñalar, como ſe lo notició el ſiguiente, al Padre Juan Tellez Giron, que ſe hallava en Mexico, cuyas eſcogidas prendas de virtud, zelo, prudencia, y literatura aſſeguravan el acierto en eſta Apoſtolica Conquiſta.

El miſmo dia eſcrivió, llamando para el miſmo empleo al Padre Antonio Arias de Ibarra, que havia eſtado catorze años, exercitando con grande luſtre de nueſtra Compañia eſte ſagrado Miniſterio en las Miſſiones de la nueva Vizcaya, y entonces tenia à ſu cuidado la nueva reduccion de los Chinarras: Sugeto tan al tamaño de lo que ſe deſeava para la re-

duccion de eſtas fieras, por el conjunto de letras, virtud, y experiencia en eſte genero de milicia, que dudo, que otro, que ſu ardiente zelo huviera en tan poco tiempo conſeguido arrancar la Idolatría del corazon de eſtos Barbaros, y que huviera del todo arraigado en ſus pechos la verdad de nueſtra ſagrada Religion, ſi quando mas lo neceſſitavamos, no nos le huviera quitado el amor à ſus Chinarras. Quiſiera hallar menos embarazada mi pluma, para emplearla en elogios de Sugeto tan cabal, y digno de que nueſtra Madre la Compañia le dé ſu tan merecido lugar entre ſus Varones iluſtres, y eternize la memoria de ſus Religioſas virtudes, dandolas à la prenſa, para dexar perpetua ſu memoria à la poſteridad.

El Padre Provincial, aunque havia ya enteramente ſatisfecho à ſus deſeos, y à los del Señor Virrey con la aſſignacion de eſtos Sugetos, para que no quedaſſe quexoſo ſu zelo, quiſo ſer el primer Miſſionero de los Nayeritas, que ſe hallavan en Mexico, no dexando piedra por mover, para conquiſtar del todo aquellos corazones, que ya havian comenzado à reducirſe. Dió principio por las obras, previniendoles un eſplendido convite en nueſtro Colegio Seminario de Indios de San Gregorio; porque bien ſabía, que para eſta gente deven preceder à las razones de la verdad las prevenciones del cariño, y de la bizarría: maxima, que havia aprendido del continuo trato con los Indios, en cuya enſeñanza, y provecho eſpiritual ſe empleó ſu zelo por eſpacio de caſi treinta años, deſde el de mil ſeiſcientos, y noventa, y dos, en que Italia fecunda Madre de Conquiſtadores Evangelicos envió à eſta America entre los muchos, que entonces arribaron à nueſtras coſtas, à eſte grande Alexandro.

Deſpues de haver prevenido à los Nayeritas con eſtas cariñoſas demonſtraciones, ſe ſiguió ſiempre con la ſal de ſu prudencia, y ſin que paſſaſſe à ſer moleſta

ſeſta por importuna, la enſeñanza, haziendoles un valiente manifieſto careo de los daños, que eslabonava la obſtinacion con los bienes, que acompañan à la verdad: inſtruyóles à todos, y mui eſpecialmente al *Tonati*, en los principales Myſterios de nueſtra Santa Religion, por deſear ardientemente el Señor Virrey, que eſte recibieſſe acá el ſanto Bautiſmo, conociendo quanto importava para la reduccion, y converſion de ſus Vaſſallos aſſegurarla con el exemplo de ſu Principe. Y aunque trabajó no poco el Padre Provincial, para que ſe lograſſen las trazas, y cumplieſſen los tan chriſtianos deſeos de ſu Excelencia, no pudo conſeguir de aquel Barbaro, que ſe bautizaſſe en la Corte. Lo mas que prometió fué, que lo haria de buelta en ſu viaje en la Ciudad de Zacatécas; no porque rehuſaſſe ſu docilidad, ſino por que no ſupo como componerlo con ſu temor. Perſuadiaſe, que ſi recibia el Bautiſmo, le quitarian la vida ſus miſmos compatriotas, lo que deſpues ſe reconoció, que tenia ſobrado fundamento; pues ſin haverſe reducido al gremio de la Igleſia, que entre los de ſu barbara Nacion es delicto irremiſſible, unicamente por haver hecho el viaje à Mexico, y por lo que reſultó de eſta jornada, le juzgaron reo de muerte, y ſe la huviera dado ſu inhumana barbaridad, ſi Dios con la eſpecial providencia, que diremos en ſu lugar, no lo huviera embarazado.

Aun eſta promeſſa, con que quiſo deſarmar las eficazes perſuaſiones del Padre Provincial, le puſo deſpues en grande aprieto; porque el Señor Virrey, como que le huvieran convencido las razones, que dava para la eſcuſa, le aviſó, que ya havia eſcrito al Conde de Santiago de la Laguna à Zacatécas, para que le apadrinaſſe en el Bautiſmo: nuevo favor de la dignacion de ſu Excelencia, y nuevo torcedor para el corazon del *Tonati*, que no diſcurria camino, para atender à ſus temores, ſin deſatender à ſu

palabra. Mas despues en el camino halló modo, con que, à su juízio, compuso cumplir con su pundonor, sin que tuviesse efecto su promessa; y fué, pretextando à Don Juan de la Torre con tanta viveza, y energía las ansiosas súplicas de sus Compañeros, para escusar el estravío, por instar ya el tiempo de sus siembras, que aunque era de pocas leguas el rodéo, y la detencion no havia de ser de muchos dias, consiguió hazer el viaje por la Villa de Xeréz, sin entrar à Zacatécas, dexando por este camino satisfecho el deseo natural de conservar la vida, sin dexar desairado su honor, faltando à la palabra.

Este amor, y vehemente inclinacion à la propria conservacion le sugiriò, y le obligó à proponerle al Sr. Virrey el medio, que podia desearse, para assegurar la empressa; aunque lo representó, por atender à su propria utilidad, y à su Persona. Sabía el *Tonati*, que muchos, y aun los mas de los Nayeritas no havian aprobado esta jornada, ò instigados del Demonio, ò por llevar adelante su rebeldía. Y no dudava, que todos, aunque inclinados por redimir la vejacion, y adelantar sus intereses, à dar la obediencia al Rey, no solo se opondrian rebeldes, sino furiosos à abrirle sus puertas al Evangelio. Y rebolviendo varios discursos, que le proponia la experiencia, que tenia de sus Paisanos, expressó à su Excelencia el que le pareció mas acertado, para prevenir sus rezelos, suplicandole, que para que pudiessen entrar à la Sierra los Padres con seguridad, y él sin los funestos daños, que temia, deliberasse, si convendria, que les acompañassen algunas Tropas de Soldados Españoles, para que à la sombra de sus armas, se desvaneciessen las que veía la prudencia fundada en el conocimiento de los Nayeres Gentiles, y de los Christianos Apostatas, en quienes conocia aversion grande à la Religion Catholica, que sabian havia de quitarles la dañosa libertad, en que vivian. Añadió, que para que esta determinacion

no

no engendraſſe en los Nayeres, que ſe hallavan en Mexico alguna ſoſpecha, ò turbacion, que les inſtigaſſe à reſiſtir la entrada de los Miniſtros Evangelicos, ò alguna conſpiracion contra ſu Perſona, no ſe les dieſſe à conocer, que él era el Autor de eſta propueſta, y ſe pretextaſſe, que los Soldados ivan ſolo enviados à ſer teſtigos de la obediencia, que havian de reiterar en el Nayar los Caziques, y Principales, que no havian paſſado à la Ciudad de Mexico, ofreciendoles, que reiterada la obediencia, los Soldados, que ſolo ivan à autorizarla, ſe bolverian à ſus caſas, dexandoles ſolos con los Padres Miſſioneros, y Don Juan de la Torre, à quien à pedimento del miſmo *Tozati*, y de los ſuyos confirió el Señor Virrey el Titulo de Governador de eſta Sierra.

Agradó mucho à ſu Excelencia eſta repreſentacion, que tan derechamente tirava ázia el acierto; y confiriendo con el nuevo Governador el punto, dexò à ſu arbitrio el numero de Soldados, que juzgaſſe neceſſarios para la ſeguridad de la empreſſa. Y deſpues de haver echado ſus lineas el diſcurſo, pidió ſolos cien hombres de armas, lo que le concedió guſtoſo el Señor Marqués, mandando ſe le dieſſe deſpacho, y libramiento para la Caſa Real de Zacatécas; y aprobando, como lo pedia el Governador, el que ſe reclutaſſen las Compañias en aquella Ciudad, y en la Villa de Xeréz, por ſer los Xerezanos dieſtriſſimos en manejar cavallos; prenda, que deven tener los que han de haverſelas con los Indios barbaros de eſta America.

Pero al paſſo, que iva tomando tanto cuerpo el acierto, para la reduccion del Nayar, el Demonio, viendo, que todas eſtas providencias tiravan derechamente à quitarle las adoraciones, que infamemente ſe havia arrogado, y à la deſtruccion de ſus immundos Templos, procuró embarazarlas: apareciòſele al *Tozati*, y à ſus Compañeros, tomando la figura del Idò-

lo,

lo, que con nombre del *Gran Dios del Nayar* era adorado de eſtos Indios, y les dixo lo que deſpues aſſombrados, y como atonitos refirieron al Governador Don Juan de la Torre, y al Capitán Don Santiago, ſirviendoles de Interprete Don Pablo Phelipe: eſtos ſoſpecharon ya la cauſa al vér lo eſtraño, y horroroſo de ſus efectos, en uno de aquellos dias immediatos à la partida; porque repararon, que ſe levantaron tan enagenados, y tan fuera de sí, que parecian eſtatuas ſin ſentido: eſto les obligó à preguntarles la cauſa de aquella tan repentina mutacion? Dieronla con ademán de furioſos, diziendo: que ſe les havia aparecido ſu Dios aquella noche indignado, por haver provocado ſu enojo con haver pedido Miſſioneros, y Compañias de Soldados, cuya amiſtad, y liberalidad devian juzgar ſoſpechoſa; porque ſolo pretendian por medio de las dadivas, y de los cariños aſſegurar la entrada en el Nayar, para deſpoſſeerles de ſus bienes, privar à muchos de la vida, y à todos de la libertad, que gozavan, no permitiendoles, ni que tuvieſſen muchas mugeres, ni que tomaſſen venganza de ſus agravios, y poniendo haſta à ſu apetito freno, para impedir ſus embriaguezes; y que no pararian haſta reducir à cenizas ſus Templos, y ſus Dioſes, ſiendo eſte el unico recurſo, que tenian bien experimentado, para que no les faltaſſen las lluvias, que fecundaſſen ſus ſementéras. Y que ſabiendo los Padres, que para ſujetarſe toda aquella Sierra al yugo de ſu Ley, era neceſſario, que baxaſſen los Nayeritas ſus cabezas, para recibir el Bautiſmo, ninguna otra coſa les perſuadirian con mas eficacia, como ya lo havian experimentado en las inſtancias del *Hucitacat* de los Eſpañoles, y del de los Padres (hablava del Señor Virrey, y del Padre Provincial) conminandoles por fin rigoroſos caſtigos, ſi no mudavan de parecer, bolviendoſe ſolos, como havian ſalido de ſus caſas. Mandóles tambien, que en ninguna manera admitieran Padres, ni

Sol-

Soldados, y concluyendo con estas palabras: *Mirad à los Soldados como à Tyranos, y à los Padres como à mis mayores enemigos.* Luego que escucharon esta novedad los Conductores, passó el Capitán Don Santiago à ponerla en noticia de su Excelencia, y por su orden en la del Padre Provincial, que fué prontamente à visitar los Nayeritas. Y con aquella eloquencia mas natural, que adquirida en el idioma Mexicano, en que era eminente, consiguió serenar sus animos, y ahuyentar al Demonio, que viendose descubierto, no se atrevió à inquietarles de nuevo, mientras se mantuvieron en Mexico.

Pocos dias despues salieron de esta Corte, despidiendoles el Señor Marqués mui agradecidos, por los crecidos favores, con que les havia honrado. Dióle al *Tonati* una Cruz de oro, para introducir el aprecio de la devocion con lo estimable de la materia. Y al Governador le encargó, que no permitiesse, que aquel Principe entrára al Nayar con solos los suyos, sino que le mantuviesse en su compañia, hasta que se reclutassen las de Soldados, assi por atender à la seguridad, y resguardo de su Persona, como porque conocia bien, que aun mas que al respecto de las armas se rendirian los Nayeres, viendo en nuestro poder una prenda tan grande, como era su Soberano. Mas permitió Dios, que se malograsse este tan cuerdo acertado dictamen, por una impensada novedad, que no pudo prevenir la mas delicada prudencia: salieron los Nayeritas con su *Tonati* de la Corte, como se procuró con la mayor brevedad possible, acompañandoles sus Conductores, y el Padre Juan Tellez Giron (quien comenzó luego à exercitar su santo Ministerio, hablandoles, por entender el idioma Mexicano, siempre que lo sufria la oportunidad, en orden al bien de sus almas); pero uno de los Viejos, que ivan con el *Tonati*, no solo le improbó con sobrado atrevimiento el haver admiti-

do

do Miſſioneros, y Soldados, ſino que le intimidó con terribles amenazas, prediciendole como cierta la muerte, que le havia de dar *Guamocat*, que era un Indio principal, à quien ſu valor, y reſolucion havia hecho reſpectable, grangeandole la oſſadia en executar quanto le dictava ſu capricho grande autoridad entre los Nayeres. Y aunque diſpuſo Dios con ſu alta providencia, que quando entró el *Tonati* en el Nayar, huvieſſe ya muerto eſte Idolatra, con todo por haverle aconſejado el Viejo, para que no paſſáran à la execucion ſus amenazas, que no ſolo no ſe bautizaſſe, ſino que ſe apartára del Padre Miſſionero, del Governador, y de todos ſus aliados, para reſtituírſe ſolos al Nayar, ſe mantuvo terco en quererlo executar.

Todo eſto entendió Don Pablo Phelipe, por lo miſmo que ſe le recatava; porque eſcuchando atento, oyó, y percibió lo que parlavan: comunicólo al Governador, que con eſte aviſo reprehendió publicamente al Viejo, para preocupar la repreſentacion, que temia le hizieſſe el *Tonati*. Eſtava ya eſte tan perſuadido de las razones del Anciano, que no ceſſó en repetir inſtancias, y proponer razones, para exagerar ſu peligro: conſiguió por fin no entrar en Zacatécas, donde ſe encaminó el Padre Juan Tellez à aguardar en el Colegio, que tiene en aquella Ciudad la Compañia, que ſe reclutaſſen, y marchaſſen los Soldados. El Señor Governador, el *Tonati*, y los que le acompañavan tomaron el camino ázia la Villa de Xeréz, en que creyó aquel prudente Cavallero conſeguir ſin dificultad, que ſe detuvieſſe el perturbado Principe. Mas luego que llegó, conoció, que ſe havian engañado ſus deſeos; porque aunque ſe valió de todos los medios, que diſcurrió ſu ſagacidad, no pudo embarazar ſu marcha, aunque al emprenderla, le prometió en ſecreto, que en llegando à la Puerta de la Sierra, ſe paſſaria furtivamente à nueſtro Campo con ſu Familia, y los que qui-

quisiessen seguirle. Con este consuelo salió el Señor Governador para Zacatécas à disponer la recluta, y marcha de los Militares al mismo tiempo, que la apressuravan los Indios ázia el Nayar.

CAPITULO XII.

RECLUTANSE EN DOS COMPAÑIAS cien Soldados, y marchan à las Fronteras, tropezando desde luego con inconvenientes, contradicciones, y temores.

ANtes que llegassen à Zacatécas el Padre Juan Tellez, y el Governador Don Juan de la Torre, havia perturbado aquella Ciudad el Demonio, continuando sus maliciosas porfiadas instancias en embarazar la entrada del Evangelio en el Nayar. Y como tan diestro en sus astucias conoció, que el mas seguro atajo era, poner en el principio del camino los embarazos; valióse de algunos Cavalleros, y de otros, que siendolo en realidad, no lo parecian; introduxo en los pechos de todos estos una maligna envidia, haziendoles notable impression vér à Don Juan de la Torre con transformacion tan repentina empuñar el Baston de General, y el oírle saludar como à Governador de un nuevo Reino; otros con visos de mas juízio alegavan otros motivos, para improbar la jornada, y entrada en el Nayar, calificando de temeridad el emprenderla con solos cien Soldados, que irian sin duda como victimas, para caer mas que à los filos de los alfanges de los Barbaros, à los de la inconsideracion; otros aun llegaron à juzgar por desperdicio el desembolso de la Real Hazienda, dificultando, que se sacasse el dinero de las Reales Caxas.

Mas el Señor Virrey informado por el Capitán Don Santiago, que con mas que ordinaria diligencia repitió el viaje à Mexico, allanó esta dificultad, que era el mayor embarazo, con nuevo despacho; y cooperando el Señor Corregidor, y los Oficiales Reales, se dieron luego los primeros passos, levantando la Vandera el dia veinte, y nueve de Junio del año de mil setecientos, y veinte, y uno con tanta felicidad, que dentro de mui pocos se alistaron en aquella Ciudad cinquenta Soldados. Enarbolóse el Estandarte, en que estava la devota Imagen del Santo Christo de Zacatécas, que entonces con grandes cultos se veneraba en su Templo por los muchos milagros, que obrava, y ahora por nuestras culpas reducida à cenizas en aquel voráz incendio, que assustó à sus devotos Ciudadanos, lloramos su tan sensible falta. Bendixose con toda solemnidad el Estandarte en la Iglesia de nuestro Colegio, y el dia veinte, y tres de Julio salieron nuestros Soldados con su Capitán Don Santiago de Rioja, y Carrion de esta Ciudad para Xeréz, donde se alistaron otros cinquenta, llenando este numero su Capitán Don Alonso de Reina, y Narvaez.

El dia siguiente partieron à aquella Villa el Padre Juan Tellez, y el Governador Don Juan de la Torre, para atender el uno al aliento, y el otro al espiritu de los Soldados; y pocos dias despues llegó à Zacatécas el Apostolico Padre Antonio Arias de Ibarra, à quien aunque al principio assustaron los discursos melancolicos, que aun se hazian, y parecia, que convencian de desesperada la Conquista, con la confianza en Dios se le desvanecieron aquellas sombras, y quedó tan consolado, y tan animoso en seguir esta glorioſa empressa, que luego dexó aquella Ciudad, encaminandose à Xeréz. Y aunque del todo olvidado de aquellos pronosticos infaustos, como confessó el mismo Padre en el camino, no sintió el desaliento, mas luego que visitó al Governador, se halló tan apretado de nuevas con-

congojas, que fué meneſter todo el valor de ſu varonil eſpiritu, para no dar lugar à la melancolia de nuevos funeſtos diſcurſos; porque pocos dias antes havia acometido à aquel Cavallero un accidente de aquellos, que no ſaben ſujetarſe à la cura, y havia nacido de haver cavado demaſiado la aprehenſion en aſſegurar la firmeza de los cimientos para tan grande obra. Aviſóſe con toda diligencia al Señor Virrey eſte no previſto embarazo. Mas antes que llegaſſen las providencias, que ſe eſperavan de ſu Excelencia, ſe reconoció en el Governador tan extraordinaria mejoría, que à juízio de todos, y aun al ſuyo eſtava capáz de ponerſe en camino en ſeguimiento de las Compañias, que havian ya marchado para la frontera de Guajuquillá, como lo executó, acompañandole el miſmo Padre Antonio Arias; pero aſſi en el camino, como deſpues de llegados al Pueblo, bolvió el traidor accidente à preſentarle repetidas vezes la batalla.

Añadióſe à eſtos deſconſuelos el de la mala diſpoſicion de los Nayeres, que ya ſe dexava percebir; porque no ſolo ſe hizo reparable, que no huvieſſe venido algun Embaxador à viſitar à ſu Governador en nombre del *Tonati*, y de los Principales, que componian ſu Barbara Republica, ſino que ſe notó, que deſde que entrò aquel Principe en la Sierra, no havia ſalido à comerciar Nayerita alguno. Confirmò eſtos rezelos, paſſando à ſer certidumbre la ſoſpecha, el que un Indio del Pueblo de San Andrés Quameata de los mas Principales de aquella frontera, que es la mas immediata al Nayar, deſpachó à un hijo ſuyo, aviſando à Don Pablo Phelipe, que los Nayeritas eſtavan tan lejos de admitir à los Padres, y Soldados, que antes hazian gran prevencion de armas, para diſputarles la entrada, añadiendo aun, que haviendo paſſado algunos de los Embaxadores del Nayar à aquel Pueblo à convocarles en ſu ayuda, les havian repreſentado, que ſus hijos les ſuplicavan encarecidamente, que quan-

do entraſſe Don Pablo Phelipe à ſacar Tropas auxiliares, le aprehendieſſen, y à buen recaudo le conduxeſſen preſo à la Meſa; concluyendo por fin, que algunos Viejos de Quameata havian prometido executar lo que rogavan. Por cuyo motivo les prevenia, que Don Pablo eſcuſaſſe aquella entrada, ò que en caſo de ſerle forzoſo paſſar alli la liſta de los Soldados, que havian de ſalir de aquel Pueblo, llevaſſe competente eſcolta para ſu reſguardo.

Todo eſto ſe aviſó prontamente al Señor Governador; pero como fué en ocaſion de alguno de aquellos cortos intervalos, que le permitia ſu accidente, no dió credito, engañado de otro Indio del miſmo Pueblo, que le alentava con tan diferentes alegres noticias, que deſmentian las otras. Serenóſe finalmente eſta tormenta de cuidados, y temores con haver llegado immediatamente un expreſſo, que de la Ciudad de Zacatécas deſpachó el Señor Conde de Santiago de la Laguna Don Joſeph de Urquiola, con que aviſava la nueva determinacion de ſu Excelencia, que le ordenava tomar à ſu cargo la empreſſa del Nayar en caſo de hallarſe Don Juan de la Torre en eſtado de no poderle deſempeñar por ſu enfermedad. Mandava tambien ſu Señoria à los Capitanes, que ſuſpendieſſen haſta nuevo orden ſuyo la marcha, y que le informaſſen del eſtado del Governador, y de ſu accidente. Quiſo tambien, que le enteraſſen los Padres Miſſioneros, obligandoles con una carta tan llena de atenciones, que no pudieron eſcuſar la reſpueſta, deſpues de haver ſerenado el eſcrupulo, que ſe les proponia; porque ſiendo preciſo, que corrieſſe la expedicion por mano de uno de los dos Generales, y ſiendo tambien forzoſa conſequencia, que reſultaſſen muchas, y de grave peſo de la mudanza de Gefe, hallando por parte de Don Juan de la Torre unas razones, que le aſſeguravan la empreſſa, y otras, que impoſſibilitavan el acierto; y por parte del Señor Conde muchas de

con-

congruencia, para no arriesgar la Conquista, si su Señoría mandava las Tropas, y dava las providencias para el desempeño de tan importante expedicion, temian aquellos sabios prudentes Jesuítas tomar la pluma, para responder à la consulta. Por ultimo deseosos de que se consiguiesse la reduccion, resolvieron responderle à su Señoría con tal ambiguedad, que ni diesse motivo, à que les recargasse la incertidumbre del sucesso, ni que pudiesse influír à la determinacion, que tomasse el Señor Conde, su dictamen, y se viesse obligado à venir à la frontera, para que deviendo el informe mejor à sus ojos, y pulsando por sí mismo al enfermo, aplicasse el remedio mas conveniente à tan critico peligroso accidente.

No se descuidava en este tiempo el Señor Governador en adelantar la Conquista, executando todos los medios, que le parecian mas concernientes, quando passados los efectos de la enfermedad, se verificava, que discurria; y no se puede negar, que los que executó asseguravan el acierto. Despachó varios Correos, llamando para el Pueblo de San Nicolás à otros muchos de amigos, y al Nayar envió à un Indio, que aunque vivia en aquel Lugar, era de Nacion *Cora*, en quien concurrian la fidelidad, el amor al Governador, y el que à él tenian los Nayeritas, muchos Parientes suyos, y todos los de su misma lengua. Instruyóle con tales advertencias, que se discurrió produxesse esta negociacion los buenos efectos, que se deseavan. El Indio, que era mui habil, y capáz, añadió à las del Governador otras precauciones suyas, en que le imponia su propria sagacidad, y el deseo de la reduccion de sus Paisanos.

Llegò finalmente tan bien apercebido al termino de su embaxada, que despues de saludar à aquellos Barbaros en nombre del Governador, les dixo, que este venia à recibir la obediencia, que devian dar al Rey nuestro Señor, y que el traher Soldados era, para

que

que el mayor, y mas calificado numero de teſtigos ſolemnizaſſe mas la funcion, y para acompañar à los Padres Miſſioneros, obligandoles à eſſa demonſtracion el reſpeto devido, con que los Chriſtianos veneran à los Miniſtros de Dios. Propueſtos eſtos puntos, à que ſe reducia la inſtruccion del Governador, haviendo ya cumplido ſu comiſſion, les ponderó como compadecido de ſu rieſgo, ſi llevaſſe por reſpueſta ſu reſiſtencia, el valor de los Soldados, encareciendoles lo mucho, que creceria ſu numero, ſi con la tardanza en admitir à Don Juan de la Torre davan lugar, à que entraſſe el Conde de Santiago de la Laguna, à quien ya aguardavan en Guajuquilla. Mas aunque les dió tan recia batería la ponderacion de ſu peligro, dilataron la reſpueſta, haſta oír la que davan todos los Principales, à quienes era ineſcuſable conſultar.

Llamavaſe eſte Indio Don Chriſtoval Geronimo, cuyo nombre merece lugar en eſta Hiſtoria por el que ſe ganó con ſus chriſtianas acciones: fué ſiempre fideliſſimo, deſmintiendo à ſu nativo color ſus operaciones, con que ayudó mas, que otro alguno à la Conquiſta, no ſolo con ſus conſejos, tan fundados en el conocimiento del genio de los Coras, que eran no pocas vezes aplaudidos como Oraculos, ſino con grandes arrieſgadas obras, atropellando peligros, y metiendoſe entre los Contrarios, ya para amedrentarles con las armas en la mano, ya divirtiendoles con las varias eſpecies, que les ſugeria. Yo tuve el conſuelo de contarle muchos años entre mis Feligreſes en eſte Pueblo de Santa Rita, y el dolor de verle morir en mis manos, recibidos los Santos Sacramentos, y el de darle ſepultura; mas ſi ſu perdida fué tan doloroſa por la que aquel dia hazia eſta nueva Chriſtiandad, ſiempre he quedado lleno de confianza de ſu Gloria por ſus tan exemplares chriſtianas coſtumbres.

Al

Al tiempo, en que ſe havian ya juntado de reſulta de los Correos, que envió el Governador à las Fronteras, y à otros ſiete Pueblos mas, para conferir los puntos, que dificultavan el progreſſo de la empreſſa, llegaron à Zacatecas las cartas en reſpueſta à la del Señor Conde. Y aunque las de los Padres dexaron ſin reſolver la queſtion, los Capitanes en las ſuyas le aviſavan abiertamente, que el eſtado de la enfermedad del Governador hazia ya neceſſario el mando de ſu Señoría, y obligava à que ſe aguardaſſe ya con impaciencia ſu Perſona. Reconocia el Señor Conde, aſſi por la irreſolucion de los Miſſioneros, como por la claridad, con que hablavan los Capitanes, que ya le era preciſo accelerar el viaje, y ſin mas tardanzas ſe puſo en camino à la frontera de Guajuquilla, acompañandole algunos Perſonages de Zacatecas. Recibieronles con aquella ſolemnidad, que acrecienta la multitud, y el eſtruendo, aumentandoſe el ruído de los tiros, con el alarido, y gritos de los Indios fronterizos, que en numero mui conſiderable havian concurrido à la conſulta.

Luego que llegó el Señor Conde, deſeoſo de atraher, aſſi las voluntades de los Indios, como las de algunos Soldados, que no ſe le eſcondia à ſu viveza ſer contrarios à ſu mando, comenzó con la generoſidad de ſu magnanimo corazon, y con la de ſu mano à jugar las armas de las dadivas, y de los cariños; y aunque del Governador no havian experimentado tan crecidas bizarrías, perſeveró tan declarada à ſu favor la fineza, que los Indios fronterizos ſin temor de que pudiera parecer ſoſpechoſa ſu lealrad, dixeron ſin ningun recato, que eſtavan prontos à ſervir à ſu Mageſtad ſin coſto alguno de ſus Reales Haziendas haſta verter, ſi fuera neceſſario, toda ſu ſangre por nueſtra Santiſſima Ley, pero que no les agradava la mudanza de Gefe, que ſe intentava. Ni anduvieron menos francos en explicarſe no pocos Soldados Eſpañoles,

les, que llevados de sus fines particulares, y governados de sola su voluntad por ser Parientes unos, y otros Paisanos del Governador, no acertaron, ò no quisieron dar oidos à la razon.

Esta discordia dividió en parcialidades el Campo; y assi se vieron obligados à buscar otro rumbo, y tomar otro temperamento, para no tropezar con tantos embarazos. Se discurrió, despues de varias consultas, y controversias, que el Señor Conde, valiendose del Titulo de Coronél, entrasse tambien en el Nayar en compañia del Governador, à que à ley de Cavallero se allanó, sin hazerle disonancia los zelos, que pudieran dar à su autoridad, el ageno mando. Consideravase, que por este medio se ocurria al mayor inconveniente; porque en caso de que en el camino assaltasse al Governador el accidente, que por entonces se havia retirado, iva en la assistencia del Señor Conde prevenido el remedio. Ni havia rezelo, de que pudieran en aquel caso turbarse los Parciales del Gefe, pues entrandoseles el desengaño por los ojos, se verian necessitados por no bolver atrás à pedir ellos mismos, que passasse à otra mano el Baston.

Este medio, que fué aplaudido por el mas acertado, se quedó en la ineficacia sola de la especulacion, sin que llegára el caso de experimentar con la practica su eficacia; porque el Señor Conde, havendo observado lo bien concertado, y harmonioso de los discursos de Don Juan de la Torre, no solo en las conversaciones familiares, sino aun en la solemnidad, y formalidad de lo Juridico, por lo juizioso de sus respuestas, claramente echó de vér desde luego, que se le podia fiar enteramente la empressa, no haviendo indicante, de que bolviesse à repetirle la enfermedad. Contentóse por entonces, avisando con los autos, que havia formado, al Señor Virrey: dió permisso, para que marchasse à la Puerta del Nayar el Exercito, y prometió no salir de Guajuquilla, pro-

tes-

reſtando, que el no retirarſe era, para que le hallaſſe mas immediato qualquier novedad, y encargando à eſſe fin à los Capitanes la prontitud de las noticias. Mas deſpues de haver ſalido el Exercito, devieron de ſobrevenir motivos tan urgentes, que le executaron à reſtituírſe à ſu Palacio, ſiguiendole aquellos Cavalleros, que le vinieron acompañando: eſperava ſiempre caſi con impaciencia las novedades del Nayar, y de Mexico en la Ciudad de Zacatécas, donde aunque le havian de encontrar mas de lejos las noticias de eſta Provincia, le hallarian mas cerca los ordenes de ſu Excelencia.

CAPITULO XIII.

SALE DE LAS FRONTERAS NUESTRO Exercito, y alojaſe en el ſitio, que ſeñalaron los Nayeres, donde ſe deſcubren las primeras aſſechanzas de ſu alevoſia.

EL dia veinte, y ſeis de Setiembre del año de mil ſetecientos, y veinte, y uno ſalió de Guajuquilla la alta nueſtro Campo, para entrar en otro de tantas malezas por lo poco traginado, por lo mui lleno de peligros, por ſus aſperas cueſtas, y precipitadas laderas, que apenas ſe dava paſſo, en que no ſe tropezaſſe con un ſuſto. Aumentava los rezelos, el que con graves fundamentos ſe tenia de ſer alevoſamente aſſaltados de los Indios; porque las treinta leguas de travesía haſta llegar à la Puerta, eſtavan deſpobladas, y todas por lo montuoſo, y quebrado de la tierra mui ocaſionadas à frequentes emboſcadas. Y ſi no ſe valieron de eſtas los Nayeres en tan largo peligroſo camino, fué, porque por mas que reconocian las ventajas, que les ofrecian eſtos pueſtos, ſabian

bien, que las lograrian aun mayores en ſu miſma tierra, aſſi para jugar las armas, como para las cautelas, que havia prevenido ſu alevoſía. No quiſieron impedir à los Nueſtros que ſe internaſſen, no ſolo para que la diſtancia impoſſibilitaſſe el recurſo à los ſocorros, ſino para hazer las emboſcadas en parage, en que quedaſſen todos ſin vida, perdiendola mas que à los filos de ſus alfanges, à los de ſus traiciones.

Proſiguieron nueſtras Tropas (ſi eſte nombre merece tan corto numero de Soldados) ſu camino; vencieron la primera dificultad, vadeando el caudaloſo rio de Chapalagama, que con las copioſas lluvias, que havian precedido, creció ſu precipitada corriente, haſta caſi llenar todo ſu cauce; y ſubieron una altiſſima, y arrieſgada cueſta, que immediatamente ſe ofrece, para entrar al Pinal, donde el dia primero de Octubre encontraron al Indio Don Geronimo con la reſpueſta de los Nayeres, que permitian llegar haſta ſu Puerta al Señor Governador con todo ſu Campo, previniendo, que antes ſe alojaſſen en un ſitio eſtrecho, que tenian ya deſtinado, y moſtraron al Embaxador. Hizieron alto aquel dia; y el ſiguiente, haviendo celebrado los Padres el Santo Sacrificio de la Miſſa, ſalieron de aquel parage, à quien llamaron *el Angel de la Guarda*; y oy à un hermoſo ojo de agua, que eſtá de alli algo diſtante, le llaman *del Angel*.

Con el cuidado, que cauſó aquella no eſperada, y aun intempeſtiva reſpueſta, que dieron eſtos Barbaros, caminavan, quando al llegar à la cima, deſde donde ſe comienza à baxar à la tan celebrada Puerta, deſcubrieron los muchos laberintos, que formavan eſtas quebradas montañas de Sierras altiſſimas, de barrancos profundos, de cuchillas, y laderas pendientes, y finalmente de tan continuados deſpeñaderos, que horrorizado de tanta aſpereza un Cavallero juizioſo, y diſcreto, que paſſó poco deſpues por eſtas Serranías, proponiendo ſalir, para no bolver, como lo cumpli-

plió,

plió, ſolia dezir por donaire, jugando de las vozes: *que eſta tierra ſolo era à propoſito, ò para Apoſtoles, ò para Apoſtatas.* Y es aſſi; porque ſolo puede entrar, para vivir en aquella horrible eſpantoſa ſoledad, un hombre à ciegas, ò como Miſſionero, à quien dichoſamente venda los ojos la obediencia; ò como Apoſtata, à quien ſu miſma ceguedad le haze apetecibles los precipicios. A los Padres, luego que deſcubrieron la Meſa del *Tonati* en el centro de eſta Serranía, les cauſó tanto dolor el vér, que en ſu corazon ſe huvieſſe fabricado el Demonio el mas erguido Templo para ſus adoraciones, que no pudiendo contenerle en ſu pecho el Padre Antonio Arias, exclamó con eſtas vozes, que le miniſtraron ſu confianza, y ſus deſeos: „ Eſpero, que en eſſa Meſa thea„ tro haſta oy de la Idolatría hemos de vér levan„ tado un Templo à la Santiſſima Trinidad, para que „ ſea nueſtro verdadero Dios adorado, donde ha ſi„ do tantos años tan barbaramente ofendido. Viólo aſſi cumplido, y por la miſericordia de Dios haſta ahora ſe mantiene de eſſa ſuerte.

Llegaron aquel miſmo dia nueſtros animoſos Conquiſtadores al peligroſo ſitio, que los Nayeres les havian concedido, para alojarſe, ſin encontrar alli Perſona alguna, ni caſilla, ò ramada, para albergarſe; en lo que empezaron à reconocer la mala diſpoſicion, que ſe temia en eſtos Barbaros. Añadieronſe à eſte cuidado otros ſinſabores, tanto mas ſenſibles, quanto mas ineſcuſables; porque eſtava aquel ſitio en tal diſpoſicion, que no hallaron ni un arbol, para defenderſe con ſu ſombra de los ardores del Sol, y que la eſtrechura del pueſto no les permitia entrada al aire, para templar ſus ardientes rayos, antes la immediacion de los cerros ſolo ſervia, para aumentarles con la reverberacion, dandoles nueva fuerza. Y aunque quiſieron lograr el corto beneficio, que les ofrecian los arboles de un boſque cercano co-

menzaron à deſcubrir tantos venenoſos alacranes, que viendo ya à muchos morralmente picados, eſcogieron antes padecer los rigores del Sol, que los eſtragos, que amenazavan eſtas ponzoñoſas ſabandijas.

A tantos trabajos ſe añadió el dia ſiguiente otro aun mas ſenſible, y mas dificil de remediar; porque haviendo llegado los Capitanes, y demás Soldados, que havian caminado con muchas pauſas de orden del Governador, por haverle parecido no ſer conveniente darles de golpe en los ojos à los Indios con toda nueſtra gente, ſe multiplicó de ſuerte, y fué tanta, que comenzó à experimentarſe grande eſcaſéz de alimentos, logrando por mucho favor los Padres dos tortillas de maiz à medio dia, y otras dos para la noche. Mas la Divina providencia diſpuſo, que ceſſaſſe en breve eſſe penoſo martyrio; porque haviendo llegado à noticia del Señor Conde de Santiago, que aun ſe hallava en Guajuquilla, eſte aprieto, remitió tan competente porcion de vizcocho, que pudieron mantenerſe, y remediar ſu caſi extrema neceſſidad. Andando tan eſcaſo el ſuſtento del cuerpo, ſe cuidó, que fueſſe mui abundante el del Eſpiritu; à eſſe fin con ayuda de los Indios amigos compuſieron los Padres en una ramada mui capáz un Altar, en que colocaron una belliſſima Imagen de nueſtra Señora, y el dia ſiguiente dia del Seraphico Padre San Franciſco ſe celebró la primera Miſſa con la mayor ſolemnidad poſſible, cantando algunos Indios amigos, inteligentes, y verſados ya en aquel Angelical Miniſterio. Predicó el Padre Antonio Arias, como Superior, y todos los dias feſtivos inſtruían los Padres con la palabra Divina à los Soldados contra los vicios, y aquellos abuſos, que ſe ſuelen diſſimular, ò disfrazar con nombre de licencias militares, y con que ſalen verdaderamente muchos licencioſos.

Eſte dia, y el ſiguiente, en que ſe celebrava la Fieſta de nueſtra Señora del Roſario, las ſolemniza-

ron

ron con la mayor pompa los del Campo, eſpecialmente los Chriſtianos, por traher en ſu Eſtandarte por diviſa à tan Soberana Señora. Llegaron por eſte tiempo à los Quarteles algunos Indios Nayeritas, que deſde ſus Rancherias havian advertido, cauſandoles grande harmonía, eſtas funciones Eccleſiaſticas. Y eſtavan tan ſeguros, que ya haviamos caído en el lazo, que aunque en ſus palabras, y riſueños ademanes afectavan agrado, facilmente ſe penetró el artificio, y ſe conoció, que aquella riſa fingida era un verdadero deſprecio; porque à peſar de ſu aſtucia ſe les ſalian haſta por los ojos los impetus de ſu colera. Los Padres procuraron quebrantarles con las dadivas; para empezarles à predicar con eſtas demonſtraciones de cariño. Dieronles cuentas de vidrio, y otros donecillos, que ellos aprecian, y les puſieron à todos Roſarios al cuello, para vér ſi podian cautivarles la voluntad. Eſtas diligencias fueron el mejor reclamo, para que el dia ſiguiente vinieſſen otros muchos, por ſer caſi todos intereſſados; aunque no faltó entre ellos uno, que con ademanes ſobervios deſpreció el regalo. Notavan con cuidado, aſſi eſto, como el no haver venido entre ellos ningun Indio Cazique à cortejar al Governador, aun eſtando tan vezino el Portero, que era uno de los Principales.

Llamavaſe eſte Nicolás Melchor, que deſpues de quatro dias envió à dezir al Governador, que ſin eſcolta de Soldados paſſaſſe à ſu caſa, en donde, aunque no havia llegado el *Tonati*, le aguardavan algunos Indios de los mas autorizados, y cabezas de las Rancherias interiores. A lo que luego convino ſin mas conſulta, que la que hizo con ſu buena intencion; y llevando algunos de ſus confidentes, ſin comunicar la propoſicion, que ſe le hizo, ni à los Capitanes, ni à los Padres, que tuvieron la primera noticia, viendole montar à cavallo, ſe encaminó à la Rancheria, ſiguiendole algunos de ſus Parientes,

y

y una Esquadra de Indios amigos. Los Capitanes dispusieron su gente, para estar apercebidos à qualquiera novedad, que sobrevinieſſe.

Estavan ya juntos en aquella Poblacion del Cazique Portero como ducientos Indios Nayeres, que conduxo como Gefe un Indio ciego Apostata, llamado en idioma Cora *Cucut*, que en el nuestro Castellano quiere dezir *Culebra*, valiendose de su ceguedad, para comunicarla à los que le seguian, y de su nombre, para esparcir la mortal ponzoña, que escondia en su corazon; porque haviendoles saludado el Señor Governador con la afabilidad, que acostumbrava, y dadoles razon de su venida, le interrumpió el arrogante venenoso ciego, y sin dar lugar à que prosiguieſſe, respondió resuelta, y atrevidamente por todos: que tratasse su Señoria de tomar la buelta para su casa, y de dar orden, de que marchassen en su seguimiento sus Tropas; porque los Nayeres finos amantes veneradores de su Gran Dios, y observadores fideliſſimos de sus Ritos, y Religion, que havian recibido de sus mayores, sin hazer caso de lo que el *Tonati*, y algunos otros, que le siguieron, mal aconsejados executaron en Mexico, ni querian sujetarse à otro yugo forastero, ni admitir otra Religion, ni adorar à otro Dios, que al suyo, que les favorecia siempre con tales providencias, que les escusava la necessidad de haver de recurrir para sustentarse à Paises estraños. Y que si perſistian los Espaſioles en llevar adelante la Conquista, ellos con sus armas, y su Dios con los ardores de sus rayos, ò les harian bolver atrás, ò lograria su valor poblar aquel Campo de cadaveres Espaſioles.

A tanto llega el atrevimiento, quando la modestia del que escucha dá motivo, à que se juzgue cobardia, la que es discrecion, y prudencia; mucha era la del Señor Governador, pero se irritó al oír la ossadía de quien, haviendo nacido en la Region

de

de la luz, y criadoſe à los pechos de la verdad, perorava voluntariamente ciego à favor del engaño; y ſantamente enardecido, ſin atender à que eran tan pocos los que le eſcoltavan, llevado del zelo de nueſtra ſagrada Religion, buelto al inſolente atrevido Apoſtata, le dixo, que no queria hablar por entonces con los Gentiles, aunque todos devian ſujetarſe à ſu legitimo Dueño nueſtro Rey, y Señor, pero que le advertia, y que eſtuvieſſe cierto, que no daria paſſo atrás, ni ſe apartaria de eſta Provincia, haſta obligar, à que ſalieſſen de ella todos los Apoſtatas infieles à Dios, y à nueſtro Catholico Monarca. Eſtas ſolas palabras, que dictó el juſto enojo, mudaron tan de golpe en puſilanimidad la oſſadía del ciego, que ocupado de la repreſentacion de ſus delitos ſe puſo palido, y ſe le eſtremeció todo el cuerpo con el ſuſto. Eſte efecto extraordinario, que advirtieron en ſu Capitán los Gentiles, les empezó à inquietar; pero Nicolás Melchor, à quien tambien ſe dirigia el tiro de la ſevera airada increpacion del Governador, por ſer hijo de Apoſtata, les ſoſſegó con prontitud, aſſi por el punto de haver llamado al Señor Governador à ſu caſa, como por no malograr, ſi ſe executaſſen antes de tiempo, ſus traidores deſignios, y ſi ſe rompieſſe la guerra con ſolos ducientos de los ſuyos, eſtando, aunque interpueſto un barranco, tan immediatas nueſtras Tropas.

Apaciguados los Gentiles ſuplicó al Señor Governador, que dieſſe la buelta al lugar de ſu alojamiento; y para templarle el enojo, le dió eſperanzas, de que ſe reducirian los que eſtavan à ſu diſpoſicion, y los de otra Rancheria immediata, que governava un Indio viejo de mas de cien años, que ſe llamava Tecolote. No baſtó eſta noticia, para templar el juſto ſentimiento de los Padres, no ſolo por la atrevida reſpueſta del ciego Apoſtata, ſino por el ſilencio, con que el Governador les recató ſu viaje,

juz-

juzgando, que en eſtos caſos, en que ſe ha de ſacar la cara, para defender nueſtra ſagrada Religion, aun antes que el Secular, deviera manejar la eſpada el brazo Eccleſiaſtico. Y por deſpicar ſu ſanto enojo, y declarar contra la Idolatría la guerra, diſpuſieron, que en un elevado picacho tan eminente, que domina toda la Serranía, y que diſtava de la Puerta poco menos de una legua, ſe erigieſſe, y colocaſſe una Cruz de madera, que à eſſe fin havian labrado. Conocióſe luego el acierto; porque los Indios amigos, que fueron los de Guajuquilla, al colocarla, hallaron porcion de flechas, que por acercarſe mas à ſu Dios, ſubian à aquella cumbre à ofrecerſelas los Gentiles: traxeron algunas de ellas, para que los deſpojos les acreditaſſen de vencedores. Eſte exemplo dió motivo à los del Pueblo de Meſquitique, à que labráran otra ſemejante, y la fixáran en un cerro cercano à las Rancherias, aunque no tan eminente, baſtantemente deſpejado, y deſcubierto; pero la mayor cercanía, y menor dificultad de la ſubida dió ocaſion, à que eſtos Barbaros à viſta de algunos Soldados, à quienes la diſtancia eſtorvó impedir la ſacrilega irreverencia, y atrevimiento, apedreaſſen aquel ſagrado madero, le derribaſſen en tierra, y le hizieſſen aſtillas con ſus alfanges. La noticia de tan deteſtable inſulto, la recataron à los Padres, haſta que ſe retiraron de la Puerta, temiendo ſin duda, que ſu Apoſtolico zelo no les empeñaſſe à deſahogar con algun exceſſo ſu tan juſto dolor, y ſentimiento.

En todo eſte tiempo ſe obſervaron continuamente humaredas, que de los barrancos interiores ſubian à lo alto: ſeña, con que ſe aviſan, y convocan aquellos Barbaros, llamando unos, y reſpondiendo otros. Sirveles eſto ſolo de dia; porque de noche eſtilan quemar las cumbres de los cerros. Todos conocieron claramente, que eſtos aviſos tan repetidos denotavan ſu mu-

mucha inquietud, no deſcuidandoſe al miſmo tiempo de buſcar modos, con que deſvanecer nueſtros rezelos, y aſſegurar ſu alevoſía. A eſte fin le envió el Portero Nicolás Melchor al Señor Governador el preſente de una lanza, para darle à conocer ſu rendimiento; y aquel buen Cavallero la admitió, mui ſatisfecho de ſu lealtad, ſin advertir, que aun le quedava al Barbaro el arco, y carcáx de flechas en ſu caſa. Poco deſpues vino à nueſtro Real un Indio llamado Don Alonſo, que era de los Principales de eſta Sierra, y nos dió mucho, que hazer aun deſpues de la Conquiſta: era mui capáz, y aſtuto; pretextó, que venia à viſitar, y ſaludar al Señor Governador, de quien era mui amigo, y de ſu mayor confianza; mas el fin era divertirle, para que eſtuvieſſe deſapercebido, y obſervar la diſpoſicion de los Quarteles, y la vigilancia, ò deſcuido de los Soldados, para que llegando el caſo, que tenian bien premeditado, los ſuyos bien inſtruídos con eſtas noticias executaſſen con mayor ſeguridad ſu infame traicion: ſe portó en todo con tal deſtreza, admitiendo tan agradecido los regalos, que los Padres le hizieron, y el buen trato del Señor Governador, que habló mui à medida de los deſeos de aquel ingenuo Cavallero, dexandole enteramente ſatisfecho, y lleno de eſperanzas mui alegres.

Mas los Indios amigos, deſconfiando ſiempre de los Nayeres, y teniendo noticia, de que todas las noches ſe juntavan à deshora en la Rancheria del Portero algunos Caziques, deſpacharon en la que les pareció mas à propoſito quatro de los ſuyos mas valeroſos, fieles, y ſagazes, que entendian el idioma *Cora*, para que ſe puſieran en ſitio, dónde ſin deſcubrirles el enemigo, pudieſſen eſcuchar lo que trataſſen en ſu conferencia: induſtria, que les valió no menos, que averiguar con toda claridad los deſignios de los Nayeres; porque haviendo venido algunos Principales, que no havian concurrido en las Juntas antecedentes, les re-

firió el Portero, y los otros Viejos lo que ſe havia determinado; y ſe reducia à que ſeñalaſſe Nicolás Melchor dia, y aviſaſſe al Governador, que eſtavan todos prontos à dar la obediencia al Rey nueſtro Señor, y que la darian en el ſitio, donde eſtava alojado nueſtro Campo; que entonces acudieſſen todos los de eſta Sierra bien armados; que haviendoſe de poner en filas los Eſpañoles, como acoſtumbran, mientras entravan los Viejos, ſe eſtendieſſen tambien en otras dos las Tropas Nayeritas à las eſpaldas de nueſtros Militares; que en haziendo la ſeña el Capitán deſtinado para darla, al lograr la ocaſion, que ofrecieſſe el deſcuido de los Nueſtros, ſe abrazaſſen tres, ò quatro mozos robuſtos con cada uno de los Eſpañoles; que les ſujetaſſen el movimiento de los brazos, hiriendoles al miſmo tiempo dos, ò tres Eſquadras de los mas agiles, que ſeñalarian, para executar eſte ſangriento alevoſo ſacrificio; que al miſmo tiempo embiſtieſſen al Governador, y à los Capitanes los Viejos, que ivan à fingir la obediencia, y les quitaſſen la vida; que vencidos los Eſpañoles, les ſería facil reſiſtir à los Fronterizos, ſi acaſo ſe puſieſſen en arma, para oponerſeles; y que no haziendo movimiento, ſe les perdonaſſe la vida, y à los Miſſioneros, mas obligandoles à ſalir de aquella Sierra.

Determinaron tambien, que la noche antecedente à ſu ideada alevoſía marchaſſen algunas Eſquadras à ocupar la vereda, por donde neceſſariamente havian de ſalir los que acaſo eſcapaſſen vivos, para que en aquellas eſtrechuras perecieran todos, unos atraveſados de ſus flechas, y otros oprimidos de los peñaſcos, que havian de rodar de la eminencia. No havian mal diſpueſto la faccion; pero ſe les fruſtró del todo con la noticia tan puntual, que ſe dió aquella noche à los Capitanes, y por ſu medio el dia ſiguiente al Governador al tiempo, que le havia llegado un Correo del Pueblo de Noxtic con carta de ſu Capitán de Guerra llama-

llamado Don Miguel de Rivera, en que le aviſava, que no ſe fiaſſe de los Nayeres, ni creyeſſe ſus engañoſos obſequios, que tenia aviſo cierto, que intentavan acabar con todos los Eſpañoles, valiendoſe de la fuerza, y de ſus ardides, en que ſon Soldados veteranos. Eſtando aſſi tan inſtruído, ſe vió obligado finalmente aquel honrado Cavallero à tener Conſejo de Guerra, en que fueron todos de parecer, que convenia ſalir de aquellos barrancos à campo abierto, retirandoſe à Peyotan, donde ſe conſultarian deſpues, y ſe tomarian las medidas mas convenientes. No pudo el Señor Governador reſiſtir à tantos; y aunque contra ſus deſignios ſe conformó con ſu parecer, dando orden à los Capitanes luego, que doblàran las Guardias, y tuvieſſen prontos para el dia ſiguiente los cavallos con todo lo neceſſario para la retirada, que ſe acabava de reſolver con tanta uniformidad de votos.

CAPITULO XIV.

RETIRASE À PEYOTAN EL CAMPO, continuanſe las diligencias, para reducir por via de paz à los Nayeres, ſin conſeguir otro fruto, que darles mas tiempo, para diſponer nuevas traìciones.

NO fué poco lo que trabajó con ſus idéas el Governador Don Juan de la Torre, que aun valanzeava entre la eſperanza, que le ſugirieron las fementidas promeſſas del Portero, y el temor, que le cauſó el informe de las eſpias, para conformarſe con lo que en el Conſejo de Guerra ſe havia reſuelto. A los motivos, que ſe alegavan para la retirada, ſe añadie-

dieron los que los Indios de Guazamota, y de San Lucas, que havian llegado à viſitarle, de nuevo le manifeſtaron: deſpues de ofrecerſe à ſervir à ſu Mageſtad, teniendo por mas immediatos à los Nayeres mayor conocimiento de ſus aſtucias, y mas ciertas noticias del mal animo, en que ſe hallavan, le dixeron, que aquel ſitio, à que de induſtria nos havian trahido los Gentiles, no ſolo carecia de paſtos, y de aguages, para mantener los cavallos, ſino que por ſu eſtrechéz impoſſibilitava el manejarles, y que por lo cerrado, no permitiria ſegura la retirada, quando ſe juzgaſſe conveniente, por no haver alli otra ſalida, que una eſtrechiſſima vereda, tan immediata à la profundidad del barranco, que baſtavan ſolos diez, ò doze hombres ſeñoreados de la cumbre del cerro, para ſepultar en aquel tan profundo ſitio à todo el Exercito ſin mas diligencia, que rodar los peñaſcos de la eminencia: inſtaronle, que mudaſſe ſu alojamiento à Peyotan, diſtante de alli ſolas cinco leguas ázia la parte del Norte, y ſolas ſiete de ſu Pueblo de Guazamota: lugar no ſolo abierto, y deſpejado, ſino abundante de agua, y buenos paſtos.

Todas eſtas razones à mas de las que en la Junta ſe propuſieron, aunque el Governador ſe hallava tan prendado de los artificios de eſtos Barbaros, calificandoles por finceridad, y por mas que no ſe inclinava aun todavia à la mudanza de alojamiento, huvieron por ultimo de convencerle. Y porque en las conferencias ſe acordó, que al Portero Nicolás Melchor ſe le pretextaſſe ſolamente el motivo de la incomodidad del ſitio, ſin darle aviſo de la retirada haſta la mañana ſiguiente, quando eſtuvieſſen ya con el pié en el eſtribo nueſtros Soldados, ſe ofrecieron los Padres à ſer los Menſageros, ſintiendo alejarſe de aquellas dos Rancherias, que havian dado eſperanza de reducirſe, ſin hazer primero de ſu parte algunas diligencias, para deſcubrir por ſi miſmos la buena, ò

mala

mala diſpoſicion, en que ſe hallavan: dexaron al Governador la eleccion del que huvieſſe de ir à eſta tan importante arrieſgada empreſſa; dixeronle, que en caſo de hallar fundada la eſperanza de ſu reduccion, ſe quedaria en ſu Rancheria el que fuera, con ſola la compañia de algunos Indios amigos, como vivia con ellos un Indio viejo Eſcrivano del Pueblo de San Antonio llamado Juan Rodriguez, que havian prevenido luego, que llegó ſu Señoría, para comunicarſe por cartas; y que aſſi como él eſtava ſeguro con los Nayeres, lo eſtaria tambien qualquiera de los dos Miſſioneros.

Mas el Governador, que en vez de la antigua confianza, que tuvo tan arraigada, eſtava ya tan ocupado del temor, y del rezelo, que cada paſſo ázia las Rancherias le parecia un peligro, no quiſo condecender à la ſuplica de los Padres, que por entonces ſe contentaron con enviar por el miſmo Indio, de quien ſe fiava mucho el Governador, y de quien ſe valia, para dar la noticia de aquella novedad, un cariñoſo recado, ſignificandole al Portero eſpecialmente los deſeos de quedar en ſu Rancheria. El Embaxador no bolvió reſpueſta, ò por no haver cumplido ſu comiſſion, como deſpues confirmó eſta fundada ſoſpecha ſu infidelidad, ò porque enterados los Nayeres de la intempeſtiva retirada, que les llenó de turbacion, no puſieron en otra coſa ſu atencion, que en vér como podrian obligar à que no dexaſſen aquel ſitio los Eſpañoles. Para embarazar la marcha, vinieron luego algunos, y entre ellos un Viejo Cazique, que havia ido con el *Tonati* à Mexico, cuyo nombre era Don Pedro: Indio ſagáz, y que hablava la lengua Caſtellana.

Eſte diſſimulando, que la noticia de la retirada les huvieſſe herido en el corazon, y que deſhazia ſus traiciones, propuſo, para impedirla, razones tan aparentes, que la energía, y ſolapado artificio, con que las eſforzava, movieron de ſuerte al Señor Governador, que aunque ya marchava el Campo,

pò, mandó hazer alto, y que ſe ſuſpendieſſe la marcha. Reconoció el Viejo ſagáz, que havia dado con felicidad los primeros paſſos ſu ponzoñoſa malicia: apretó la batería, añadiendo otras razones al parecer mas convincentes, ponderando la ingratitud en alejarſe de ſus Rancherias, donde ſe hallavan tantos inclinados à reducirſe, y que para executarlo, y dar ſolemnemente la obediencia al Rey, ſolo aguardavan la venida del *Tonati*, que ya ſe eſperava por inſtantes: ponderó, que ſi el motivo de ſu retirada era la incomodidad del ſitio, ellos darian otro acomodado, aunque algo diſtante de los Quarteles, para mantener la Cavallada. Eſtas, y otras razones perſuadieron tanto à la buena indole del Governador, que quiſo reſueltamente ſuſpender la retirada; mas los Indios amigos, abochornados de los malicioſos enredos de Don Pedro, repitieron ſus inſtancias al Governador, diziendole claramente, que aquellas propueſtas del ſitio, que ofrecian, tiravan à dividir las fuerzas, con retirar los cavallos; que ſi ſu Señoría ſe apartava de eſtas Rancherias de los Nayeres, ſe iva à encontrar en Peyotan con otras del Indio Juan Lobatos, conocido por el apellido de *Cacaloxuchit*. Y ſin añadir mas razones, ni aguardar à que replicára Don Pedro, ſe paſſaron con grande preſteza à la Banguardia, y comenzaron à marchar ázia Peyotan, obligando à que les ſiguieran los demás, quedando ſuſpenſos los Nayeres, y el miſmo Governador: marchó no obſtante tambien con los Nayeritas, que les quiſieron ſeguir: llegaron à Peyotan, haviendo caminado con grande rezelo, y temor; porque la mayor parte del camino era una cuchilla pendiente, y mui eſtrecha, que aun no haviendo encontrado, como ſe temia, reſiſtencia, ſe baxó con dificultad, cayendo uno de los Soldados con ſu cavallo, aunque eſcaparon con la vida, ſin haver recibido daño notable.

Deſde eſte dia onze de Octubre haſta el diez, y nue-

mueve ſe mantuvieron en eſte ſitio, à donde concurrian muchos Nayeres, que con la ſolapa de venir à vender ſus frutos, obſervavan los movimientos de los Nueſtros, para ſondear, ſi pudieſſen, la intencion del Governador: en todos experimentaron eſpeciales mueſtras de cariño, y mayores en los Padres, que viendo à dos ſin ropa, y que les pedian alguna, con que cubrir ſu deſnudéz, ſin dar oídos à la propria neceſſidad, ſe deſnudaron de ſu veſtido interior, dandoſelo contentos con reſervar lo preciſo à ſu Religioſa decencia. Vinieron muchos Caziques à viſitar al Señor Governador; y aunque à eſtos de palabra, y à los otros por eſcrito requeria repetidas vezes, à que vinieſſen à dar la obediencia, que havian prometido al Rey nueſtro Señor, reſpondian, que no podian determinar coſa alguna, ſin que preſidieſſe à ſu Junta el *Tonati*, que era ſu Cabeza, à quien ya aguardavan en la Rancheria del Portero. De hecho llegó en breve, y no ſe huviera dilatado tanto ſu venida, ſi los Caziques de induſtria, no huvieran diferido, darle el aviſo haſta tener ya juntas, y apreſtadas todas ſus Tropas para ſu premeditada alevoſía.

Luego que llegó à Peyotan la noticia, de que el *Tonati*, y los Caziques todos ſe hallavan en la Puerta, ſe encendieron en los dos Padres Miſſioneros nuevos deſeos de paſſar allá, para vér, ſi hablando à aquel Senado, podian eſcuſar el rompimiento, que ya ſe rezelava con mas graves fundamentos, y para evitar la incertidumbre de la guerra, en que peligrarian no ſolo las vidas, ſino tambien las almas de muchos Gentiles, y Apoſtatas. No pudo el Padre Antonio Arias contenerſe en los limites de la eſpera; hizo al Governador tales inſtancias, para que le concedieſſe licencia, para paſſar à la Rancheria del Portero, donde ſe havia hoſpedado el Nayar, que huvo de concederſela, advirtiendole, que llevaſſe competente numero de eſcoltas para ſeguridad de ſu Perſona;

ſona; y aunque no halló ſino ſolos dos Indios amigos, que ſe atrevieſſen à acompañarle, diſpuſo ſu viaje, quedando el Padre Juan Tellez à deſpecho de ſus fervoroſas anſias, para que en caſo de matar, ò de apriſſionar à ſu Compañero los Nayeres, les quedaſſe à los Nueſtros Sacerdote para ſu eſpiritual aſſiſtencia. Deſpues haviendo el Governador conſultado el punto con los Capitanes, y con los Indios amigos, caſi al tiempo de la partida vinierón los Naturales à rogarle, y el Governador, y Capitanes à requerirle, que eſcuſaſſe tan aventurado, y arrieſgado viaje, haſta tener noticias, que llegarian mui en breve, de lo determinado en la Junta de aquellos Barbaros.

Lo que paſſó en aquella grande Aſſamblea, ſolo ſe ſupo deſpues de la primera batalla por el Eſcrivano, que quedó en la Rancheria del Portero, y eſcapó felizmente de las garras de aquellas ſangrientas fieras, que contra todo derecho le quiſieron quitar la vida: eſte refirió, que viendo los Principales, que el *Tonati* eſtava inclinado, à que ſe franqueaſſe la Puerta à los Padres, y à que no declaráran la guerra contra los Eſpañoles, por haverles hecho patentes los grandes privilegios, y exempciones, que el Señor Virrey les concedia en caſo, que ſe reduxeſſen, y los graves daños, que les acarrearia ſu rebeldía, ſi ſe reſolvian à romper con los Nueſtros, ſe empeñaron todos en demonſtrarle con quanta facilidad ſe deſembarazarian de los daños, que les pronoſticava, acabando, como lo executarian, con todas nueſtras Tropas. Y viendo, que el *Tonati* no reſpondia palabra, ſe le puſieron al lado el ciego Apoſtata, y otro ſagáz aſſuto Viejo, inſtandole con tal porfia toda aquella noche, que à la madrugada fatigado de no haver dormido, y enfadado de tan porfiados diſcurſos, les dixo, que ſi tan facil les parecia el vencer à los Eſpañoles, que lo determinaſſen los Viejos, à cuyo ar-

bitrio

bitrio remitia la resolucion. Con esta permission, luego que se retiró el *Tonati*, hizieron nueva Junta aquellos barbaros Senadores, para disponer à su gusto la faccion: alli se determinó, que se llamasse al Governador, para dar la obediencia, al sitio abandonado de la Puerta; que en caso de no agradarle, se le propusiesse el parage de Coaxara, donde se havia antes hecho semejante funcion, quando entró el General Don Gregorio; que le recibiessen con muestras de cariño, deteniendole con cierto pretexto hasta el dia siguiente, en que à la madrugada, antes que los Soldados se huviessen levantado, y trahido los cavallos, les assaltassen, apoderandose los que serian destinados à este fin de los arcabuzes, mientras otros les herian, y acabavan con todos.

Se opuso à este discurso el Indio Don Alonso, proponiendo los motivos, que le obligavan à no assentir à su determinacion tan arriesgada, y dificil de executar por las muchas razones, que les ponderó con viveza: añadió por fin, que él era de parecer, si querian assegurar su intento, que se le escrivisse al Governador, citandole para la Puerta, y si no admitia, ofreció à la Junta, que él mismo iria à proponerle el sitio de Coaxara; mas que antes de llegar à este parage, se emboscassen en las estrechuras de Teauriste, que era passo inescusable, donde embistiendo con valor los Nayeres à los Nuestros, que respeto de ellos eran pocos, à breve rato les quitarian la vida; que no temiessen las escopetas, que muchas vezes son como el cohete, que no causan otro estrago, que el estruendo; que à no pocas faltavan los rastrillos, para darles fuego; que no apuntando los Soldados al pié, sino en medio del blanco, con arrojarse al suelo al disparar, se burlarian de sus tiros; y que cogiendoles desarmados, por haver descargado ya sus escopetas, y turbados con lo repentino del assalto, facilmente acabarian con todos.

Aplaudióſe generalmente el dictamen de Don Alonſo; y para ponerle en execucion, eſcrivió Nicolás Melchor al Señor Governador, aviſandole, que ya eſtavan todos prontos, para dar la obediencia; y que por eſtar todos con ſu Principe congregados en las Rancherias de la Puerta, ſuplicavan rendidamente à ſu Señoría, que paſſaſſe con ſu Tropa al pueſto, que con no poco ſentimiento de aquellos Naturales havia deſamparado, rogando por ultimo, que los Soldados no llevaſſen clarin, ni otras inſignias militares; pues donde les eſperavan de paz, no venian bien los inſtrumentos de guerra. Reſpondióles el Governador, alabandoles ſu cuerda reſolucion, y ponderandoles, que el camino, para ir al ſitio, que ſeñalavan, era mui aſpero, y peligroſo; mas ya que no vinieſſen à Peyotan, ſe podia hazer el Congreſſo en la medianía, ſeñalandoles una loma, que ſe deſcubre deſde aquel Pueblo, que por deſembarazada, y eſpacioſa no ofrecia comodidad, para emboſcarſe, y la dava para manejar los cavallos ſin eſtorvo: añadiales por ultimo, que era coſtumbre inviolable en la Milicia Eſpañola llevar inſignias militares. Eſta fué en ſubſtancia la reſpueſta de aquel Gefe de nueſtro Campo; y haviendola recibido, ſalió para nueſtro Real el Indio Don Alonſo tenido del Governador, y de muchos por ingenuo, y de buenas intenciones, haſta que el dia ſiguiente ſe dió à conocer ſu traicion, y luego ſu obſtinacion, y rebeldía.

Vino en diez, y nueve de Octubre al amanecer, y deſpues de afectar rendimientos, y ponderar finezas, pidió à los Nueſtros, que ya que ellos cedian por complacerles, en que no marchaſſen à la Puerta, como en que fueſſen armados con ſus militares inſignias, tambien les havia de favorecer ſu dignacion, en que no ſe dieſſe la obediencia, que havian prometido en aquella loma yerma, y diſtante de ſus Rancherias, ſino en Coaxata, donde por vivir allí mu-

muchos de los ſuyos, havia mayor comodidad, para aſſiſtirles, y regalarles, añadiendo, que antes deſeavan, que ſe internaſſen, para que conocieſſen ſu buen afecto, y ſu confianza en franquearles libre la entrada, ofreciendoles por ultimo, que aquella miſma tarde les enviaria dos hijos ſuyos, para que les conduxeſſen por el camino menos penoſo, y menos aſpero. Cumplió eſto mui puntual, para deſcaminarles, llevandoles por muchos precipicios, cueſtas, y deſpeñaderos, como deſpues experimentaron.

Deſpidióſe luego aquel aſtuto ſolapado Barbaro, dexando mui conſolado al Señor Governador, que le creía, y à los Padres, que deſeavan lo que fingia ſu malicioſo artificio. Y aunque no pocos de los Nueſtros, eſpecialmente los Capitanes ſoſpechavan algun engaño, aquel buen Gefe, y los Soldados andavan mui alegres, por eſtar tan cerca el plazo, que havia de declarar, ò la fidelidad, ò la traicion, aumentandoles la alegria, y el aliento una caſualidad; porque deſpues de haverſe ido aquel tan maligno ſagáz Indio, como à las ocho de la mañana, ſe formó à viſta del Real un Arco iris de extremada hermoſura, que dió ocaſion, à que diſcurrieſſen, que ſiendo ſeñal de paz, parecia, que les aviſava el Cielo, que ſería pacifica la Conquiſta, anticipandoles los arcos, para celebrar ſus triumphos. Mas aquella miſma tarde ſe levantó al ponerſe el Sol una formidable tempeſtad de relampagos, truenos, y rayos, ſin cauſarles deſmayo alguno, antes dandoles mas aliento, por juzgar, ò que ya el Cielo hazia la ſalva à la entrada de nueſtra Religion, ò que el Demonio comenzava ya à dar mueſtra de ſu ſentimiento por ſu expulſion, que veía tan immediata.

A los Indios, como ſe ſupo deſpues, ocaſionó tan grande eſpanto, que una vieja hermana del Portero, que deſpues murió reducida, y bautizada, le dixo con grande aſſeveracion, y à los de aquella Ran-

cheria, que no entraſſen en la batalla, que havian de dar el dia ſiguiente; porque havian de vencer los Nueſtros, y que lo mas acertado era, que admitieſſen à los Padres, y ſe hizieſſen Chriſtianos, añadiendoles, que ya veían, y oían como el Cielo les ayudava con ſus moſquetes, y pedreros. Algunos dieron credito à la Adivinadora: nombre, que le dieron los Nueſtros, quando ſupieron eſta hiſtoria; y ſe eſcuſaron de ir à pelear, por el temor, que les cauſaron tan fatales pronoſticos. Solo el Governador ſe hallava lejos de la deſconfianza; pero movido de los requirimientos, que le hizieron los Capitanes, deſpachó aquella noche eſpias, eſcogiendo tres, ò quatro Indios de los mas fieles, para que ſe acercaſſen, ſin deſcuidar de ſu ſeguridad, à Coaxata, y procuraſſen raſtrear el animo, en que ſe hallavan los Nayeres. Diſpuſo tambien, que llevaſſen los Indios amigos por diviſa coronas de palma por las muchas, que hai en Peyotan, para que en caſo de rompimiento, ſi ſe mezclaſſen con los Infieles, como ſucedió, no les ofendieran los Nueſtros, previniendo aſſimiſmo, que ſe acercaſſen los cavallos, para que eſtuvieſſe todo pronto el dia ſiguiente para la marcha.

CAPITULO XV.

ACOMETEN LOS BARBAROS alevoſamente à nueſtro Exercito, y queda por el Campo Catholico la Victoria.

AManeció ſereno el dia veinte de Octubre del año mil ſetecientos, y veinte, y uno. Deſpues de haver celebrado los Padres el Santo Sacrificio de la Miſſa, à que aſſiſtieron todos los Soldados, y comulgaron no pocos, ſe ordenó la Tropa; dividióſe en dos

dos Trozos la Cavalleria; se dió la Banguardia à los Soldados reclutados en Zacatécas con su Capitán Don Santiago de Rioja, y Carrion; la Retaguardia se encargó à los que se alistaron en la Villa de Xeréz con su Capitán Don Alonso Reina, y Narvaez, autorizandola con su presencia el Señor Governador, y los dos Padres Missioneros. Las Tropas de los Indios amigos, que era nuestra Infantería, se distribuyeron de manera, que guarneciessen los costados de la Banguardia, y Retaguardia. Este orden se observó solo en el camino; porque quando acometieron los Barbaros, le perdieron todos, y no huvo otras reglas de Milicia, que atender cada uno à defenderse, ò à poner en salvo su Persona. Luego que comenzó la marcha con los primeros clamores del clarin, se rezaron en voz alta las Letanías de nuestra Señora, y otras devotas oraciones, concluyendo con el *Alabado*, que compuso, y entonó el Padre Antonio Arias, repitiendo todo el Exercito lo mismo, que cantava aquel zeloso Missionero.

Apenas havian pagado este devoto tributo tan devido à la piedad Catholica, reconocieron desde luego las primicias de la grande cosecha, que con el favor de Dios esperavan en aquella Sierra, y las primeras esperanzas de esta nueva Iglesia; porque llegandose al P. Antonio Arias un Nayar de los Principales, que havian venido al Real al amanecer, le preguntó, si los Soldados eran valientes, y à que numero llegarian con los Indios amigos? Y haviendole respondido con su mucha discrecion aquel sabio fervoroso Jesuíta con el artificio, que pedian las circunstancias de tan intempestiva pregunta, luego se allegó al Señor Governador, y le dixo: que él no podia assegurar el buen animo de sus Paisanos, pero que por sí, y en nombre de todos los de su Rancheria se ofrecia, no solo como leal vassallo de su Magestad à servirle, sino à formar Pueblo con los suyos, añadiendo, que

to-

todos con *Cacaloxuchit* deudo ſuyo, y vezino nueſtro, y los que le reconocian por Superior deſeavan reducirſe al gremio de la Igleſia; que en nombre de aquel tan autorizado Indio venia el que le acompañava, ſeñalando à otro Nayar, que eſtava à ſu lado; y que deſde luego ſe agregarian, como lo hizieron, à nueſtro Campo; mas que ſuplicava à ſu Señoría, tuvieſſe à bien, que él, y ſu compañero no baxaſſen al pueſto, donde los Infieles aguardavan para el Congreſſo. Llamavaſe eſte buen Indio D. Domingo de Luna; y aunque era natural de quella Sierra, era ya Chriſtiano, y havia ſido bautizado con un hermano ſuyo nombrado Eſtevan, ſiendo aun niños entrambos en Guazamota; pero tuvo la deſgracia, que otros muchos, que ſe bautizaron, de bolver à vivir entre Idolatras en la eſcuela del error. Deſde eſte punto dió eſte honrado Indio ſiempre continuadas pruebas de ſu fidelidad, haſta que por ſu conſtancia en el ſervicio de Dios, y del Rey perdió la vida, como en ſu lugar verémos.

Con eſte informe empezaron los Nueſtros à ſoſpechar, y deſpues ſobreviniendo nuevos rezelos, crecieron, y ſe aumentaron de ſuerte, que ſe vió claramente la traicion alevoſa de los Nayeritas; porque bolviendo las eſpias, que ſe havian enviado la noche antecedente, dixeron, que por lo que havian obſervado, eſtavan ſin duda de mal animo aquellos Barbaros. Con eſta noticia, y con ſu obſervacion, de que el conducirles por el camino mas doblado, havia ſido, para que llegaſſen, como lo lograron, los cavallos deſtroncados, mandó el Señor Governador hazer alto, y llamar à los hijos de Don Alonſo, que les guiavan, para examinarles, y colegir de ſus reſpueſtas, ſi ſe devia dar oídos al rezelo: diligencia, que devia haver precedido en el Real, antes de moverſe el Exercito. Y otro, que fuera mas advertido, huviera dexado en Peyotan à uno de los dos en Reenes de

la

la propria ſeguridad: vino luego à la preſencia del Governador, el que ſe llamava Eſtevan hijo de Padre, à quien era muí parecido en la deſtreza de fingir, y en el arte de diſſimular.

Todos conocieron en la palidéz de ſu roſtro el grave mal, que eſcondia en ſu fementido pecho, pero el Governador, y los Capitanes, que ſolo atendian à lo que dezia, parece, que no quiſieron obſervar los malos indicantes, que ſe les entravan por los ojos. Habló con grande energía ſobre la fidelidad de ſus Paiſanos prontos ſiempre à correſponder al eſpecial amor, que ſu Señoría les tenia: eſtas palabras, que ſupo colorear, y veſtir la liſonja, baſtaron, para que ſe dieſſe luego orden de proſeguir la marcha. Mas haviendo llegado à poca diſtancia à un eſtrecho puerto entre dos cerros, mandó el Señor Governador, que quedaſſe una Eſquadra de Soldados Eſpañoles con algunos Indios amigos, para aſſegurar eſte paſſo en caſo, que fueſſe neceſſario el retirarſe. Y ſabiendo à eſte tiempo, que ſe havian deſaparecido los Indios de Tentzompa, y de San Chriſtoval, que venian en la Retaguardia, ordenó, que ſe fueſſe con eſpecial cuidado. Paſſado el puerto, deſcubrieron à algunos Nayeres, que ſe dexavan vér en un collado immediato à Teaurite, cuyo corto numero apenas aumentó el rezelo; pero à poco andar ſe reconoció, que eſtavan coronadas de Indios las cumbres todas de los cerros; y no era aun el mayor numero; porque los mas ſe havian emboſcado en un barranco de un riochuelo, que corre beſando los pies à los montecillos de Teaurite, y en uno immediato, que ya ocupava nueſtro Campo, para baxar à la eſtrechura, de que ya ſe havian apoderado, para cerrar el circulo, y ſitiar el Exercito por todas partes. Entre los que ſe deſcubrian en la eminencia, conocieron algunos al *Tonati* acompañado de algunos ſuyos, y de muchos de los Pueblos Chriſtianos.

Eſtan-

Estando ya, para baxar, ordenó el Señor Governador, que en aquel alto quedassen algunas de nuestras Esquadras con otras de Indios flecheros, que fué el remedio, para que no les cerráran el passo, como havian dispuesto los enemigos: mandó luego el Capitán, que comandava la Banguardia al clarinero, que tocasse; y parece lo dispuso Dios assi con su amorosa providencia; porque fué causa de descubrir la primera emboscada; pues apenas resonó el clarin, hizo el eco un descompassado, y pavoroso alarido, à que correspondió una ruidosa continuada griteria de los que estavan en el barranco, y en las cumbres de los cerros. Este no previsto accidente con el aviso, de que los hijos de Don Alonso no parecian en nuestro Campo, por haverse passado à los suyos, introduxo en los pechos de nuestros Soldados no poco susto; marchavan con mas cuidado, aunque despechados por la orden, que se les dió al parecer poco cuerda, mandandoles pena de la vida, que ni metiessen mano à las armas, ni aun sacassen de las fundas las escopetas, hasta que los Indios rompiessen la guerra.

Ya les fué forzoso à los Nuestros, para salir de aquellos estrechos, baxar à Teaurite, à vér de una vez la cara al enemigo, ya que tantas la havian visto al desengaño; porque todos conocian, que ya era inescusable la batalla, estando tan armados los Indios. El plan, donde les aguardavan los Nayeres, era tambien mui montuoso, y ofrecia limpio, y despejado tan poco espacio, que si no se huvieran dexado algunas Esquadras, para guardar los puestos arriesgados, no cupieran alli nuestros Soldados; y aun faltando tantos, fué necessario para pelear, que desmontassen muchos de sus cavallos, quando llegó el caso de defenderse. En aquel Campo de batalla esperava el Viejo Don Alonso con el brazo ya desnudo con una adarga en la mano izquierda, y con el alfange en la cinta, procurando ocultar el arco, en que ya tenia puesta su flecha,

y

y el carcáx al hombro, en que guardava la abundante proviſion de otras muchas. Acompañavanle pocos Indios; porque aunque havia una mui numeroſa muchedumbre, eſtavan emboſcados en parte, de donde pudieran vér lo que los Nueſtros aſſimiſmo reparavan; y era, que un Indio mozo haſta de treinta años, haviendo ya enarcado, dava continuos ſaltos, apuntando, y amenazando con la flecha, que tenia pronta, y fixa en la cuerda del arco, ya à unos, ya à otros de los Soldados.

Todos ſe mantuvieron en ſus cavallos, menos los Padres, que deſmontando ligeros, ſe fueron à pié à abrazar à Don Alonſo, como lo hizieron, aſſegurandole, que todos venian de paz, y procurando con las caricias, con la razon, y haſta con los ruegos bolverle à camino; pero él, ſin darles reſpueſta, ſolo les fixó los ojos con ademanes de admirado, eſtrañando à caſo el arrojo, y poco rezelo, con que ſe puſieron en ſus manos: viendo ſu obſtinacion, otra vez montaron à cavallo, y repararon aſſimiſmo los ademanes del Indio, que aun perſeverava, ſin parar en ſus movimientos, en ſus amenazas, y amágos: ya ſe levantava en el aire, ya ſe tirava haſta la tierra, ſin ceſſar de hablar, y alentar à los ſuyos, aſſegurandoles el vencimiento con dezirles, que ya los Venados eſtavan cogidos en el cerco, y que antes de declinar el Sol, no havia de quedar Eſpañol vivo. Lo davan todos por tan hecho, que no havian retirado ſus caudales, los que vivian en Teaurite, ni à ſus mugeres, è hijos permitieron, que ſe alejaſſen mucho.

Todos tenian pueſtos los ojos en eſte Indio: los Nueſtros, porque cada uno temia ſer el blanco de ſu tiro; y los ſuyos, porque era el que havia de darles la ſeñal, para que à un miſmo tiempo acometieſſen à nueſtra Tropa; y era, como ſe vió, y ſupo deſpues, diſparar à lo alto la flecha. Pauſó repentinamente el Indio, y al punto ſalieron del boſque algunos Barba-

ros, que atrevidamente pedian à gritos al Governador, que les entregaſſe al fideliſſimo Indio Don Pablo Phelipe. Y temeroſos todos, haſta los Padres Miſſioneros, que el repentino ſuſto obligaſſe à la bondad de aquel tan ingenuo Gefe à executar algun acto indeliberado, que deſpues no ſe pudieſſe enmendar con el arrepentimiento, acudieron prontamente, diſſuadiendole à gritos tan injuſta atrevida peticion, que devia deſpreciar aun con enojo, ya por ſu piedad de Chriſtiano, ya por la fidelidad, y obligacion de Cavallero. Reconociendo el Indio, que aun ſin moverſe, les tenia à todos aſſuſtados, malogrado eſte primer intento, diſcurrió, que ya ſe havia conſeguido el principal de ocupar los paſſos, para impedir la retirada à nueſtro Campo: con eſta tan ſegura perſuaſion impelió la fatal flecha à lo alto; y al punto, levantando un formidable alarido, ſalieron con impetu deſeſperado de las breñas innumerables Barbaros, acometiendo, unos con alfanges, y otros dando la primera deſcarga de flechas tan tupida, que parecia un aguazero.

Luego que el Padre Antonio Arias vió venir ſobre sí, y ſobre los demás tan horrible tempeſtad, procuró prudentemente alejarſe del peligro, aunque no lo conſiguió; porque à quatro, ò ſeis paſſos ſe hallava ya un barranco profundo. Y viendo que los enemigos ivan à cerrar el paſſo, por donde havian entrado, deſmontó del cavallo, y acertó à encontrarſe con ſu Compañero el Padre Juan Tellez, que poco antes ſe le havia deſaparecido; y hallandole à pié, y mal defendido de un peñaſquillo, que apenas ſobreſalia de la tierra, ſe le juntó para lograr aquella tan pequeña corta defenſa, que les era forzoſo tirarſe ſobre la peña, para no quedar heridos, quando venia ſobre los dos aquella inundacion de flechas. Aqui confeſſaron à un Soldado Eſpañol, y à un Indio amigo, que atraveſado el pecho con una mui penetran-

netrante en el primer abanze, vertia no poca ſangre; ſe reconciliaron aſſimiſmo entrambos, diſponiendoſe para la muerte, que tenian tan cerca: ſolo dudavan por qué lado les vendria; porque por todas partes llovian, ſucediendoſe unas à otras, innumerables ſaetas. Tenian tan immediatos los Barbaros, que mientras ſe reconciliavan atentos ſolo à eſte ſanto Miniſterio, ſe les acercaron dos, para cogerles à mano, y llevarſelos vivos: lo huvieran logrado, à no haverles viſto dos Soldados, que eſtavan cerca, y diſparando caſi à un tiempo, les obligaron à retirarſe.

Peleavan ya mas animoſos los Infieles; porque con la primera deſcarga de ſus flechas, y al primer impetu de ſu acometimiento, rompieron, y deſordenaron à nueſtros Soldados, llenandoles de tan grande turbacion, que por acudir con preſteza al eſpanto del enemigo con el ruído de los arcabuzes, no atendieron à valerſe de la punteria, para acertar el tiro; pero advirtiendo las maravillas, con que el Cielo favorecia la juſticia de ſu cauſa, ſe recobraron con tanto aliento, para pelear, que no ſolo ſe moſtraron mas valeroſos, ſino mas certeros los que mantenian el Campo; porque notaron con gran conſuelo, y no menor admiracion, que fueron mui pocos los heridos en la primera embeſtida, y todos ligeramente, y que no teniendo nueſtros Soldados otra arma defenſiva, para reſiſtir, que la caſaca de paño ſobre ſus camiſas, caían à ſus pies las flechas rechazadas de la debil reſiſtencia de la ropa; que otras quedavan pendientes del veſtido, ò penetrando tan poco, que apenas herian la ſuperficie de la carne. Con eſtos tan manifieſtos portentos ya caſi no admiraron el de haver ſalido heridos ſolos nueve entre Indios amigos, y Eſpañoles, y el de ſer ſolo en uno la herida penetrante. Admiraron todos en eſta batalla, que las mas de las flechas, ò caían al ſuelo, ſin llegar al blanco, ò ſe ivan por alto ſin ofender; y crecía no poco el

prodigio, por ser estos Indios tan certeros en su puntería, que aun à mayor distancia hemos visto derribar al primer tiro un real sencillo, que se les ha puesto por blanco, y dar de modo el impulso con su diestra mano, que despiden la flecha con tan violenta fuerza, que passan de vanda à vanda à un venado.

Todo esto reconocido, y reparado desde luego, infundió à los Nuestros tal brio, que les quitó el susto, y comenzaron à manejar con tanta destreza las armas de fuego, que hizieron titubear à los Barbaros, minorando sus Tropas por huír, unos atemorizados con el estruendo de los arcabuzes, escaparse otros, viendo en los que caían heridos, ò de las balas, ò de las flechas de nuestros amigos, el estrago, y ocuparse otros en retirar de la vista à los imposibilitados ya para la pelea por las heridas: entre estos cayó, atravesándole la garganta una saeta, un Español de dos, que peleavan entre los Nayeres, y murió dentro de pocos dias.

Los Nuestros todos pelearon animosos; pero los que mas se señalaron en el valor, fueron el Capitán Don Alonso Reina de Narvaez, el Alferez Don Pedro Ximenez de Cañas, el Alferez reformado Don Joseph Gonzalez, el Cabo de Esquadra Antonio de la Torre, Joseph de Aro Soldado, y otro Vizcaíno llamado Don Santiago de Arbizu: los cinco primeros, haviendo desmontado de sus cavallos, mantuvieron siempre su puesto, haziendo cara al enemigo, hasta que con su fuga les dexaron el Campo: à Arbizu le vieron todos correr à cavallo con el espadin en la mano en seguimiento de los barbaros enemigos, que atemorizados de su colera, propriamente Vizcaína, davan à correr, bolviendole las espaldas, pero no dexó de acometerles, hasta que se precipitaron en el barranco. Entre los Indios amigos se distinguieron con su grande valentía los de los Pueblos de Guajuquilla, Mesquitique, y Guazamota; y entre todos sobresalie-

ron

ron por ſu valor tres Indios hermanos, llamados los Calderas, y otros cinco, de quienes uno ſalió mal herido: eſtos hizieron mas cruda guerra à los Infieles, como haſta oy los miſmos contrarios lo pregonan con immortal elogio de tan valientes Campeones.

Los Nayeres al principio peleavan deſeſperadamente, mas diſminuíaſeles el valor al paſſo, que crecia el de los Nueſtros: ſolo el Indio Don Alonſo no deſamparó el Campo, ni el lugar, que ocupó al comenzar la batalla, ſin que le derribára ninguna bala de las muchas, que le diſparavan, con ſola la diligencia de tirarſe ſobre la tierra, y levantarſe con tal celeridad, que nunca pudo encontrar ſeguridad en el blanco la punteria: por fin à deſpecho de ſu valor ſe vió obligado à retirarſe, y à deſamparar el pueſto; ò porque la ſangre de ſus Compañeros, que veía correr, le ahogó los brios; ò porque diſpuſo Dios, que aun nos quedaſſe eſſe torcedor mas, para caſtigar nueſtros pecados. Luego que vieron los Nayeres, que aun quedavan, que Don Alonſo ſe iva, dieron à huír precipitadamente, ceſſando ya el barbaro alarído, y trepando à ſaltos por los peñaſcos ocuparon las eminencias de los cerros; y aunque ſe mantuvieron à la viſta, ſe puſieron fuera de tiro. Nueſtros Soldados, hallandoſe ya ſin enemigos, ſe apoderaron de los deſpojos, que pudieron encontrar en aquella deſamparada Rancheria; puſieron fuego à algunos Xacalillos, y comenzaron à celebrar con eſtas feſtivas luminarias el primer triumpho de nueſtra Religion victorioſa.

Todo lo veían los Barbaros, y aunque ſe les añadió à eſte ſu tan funeſto eſpectaculo el eco de los gritos, con que les provocavan los vencedores, ni reſpondian, ni ſe movian de ſus lugares, ſiendo efecto eſta turbacion de lo que ya refiero por lo que deſpues ellos miſmos confeſſaron, aſſegurando, que eſtando en el mayor calor de la batalla, al formar la Cruz con la mano uno de los Padres (ſería à caſo la que ſe hazè

para

para dar la bendicion acoſtumbrada en la abſolucion) ſe les havia obſcurecido el Sol; y que los que eſtavan deſtinados à obſervar en las eminencias nueſtras Tropas, dieron aviſo à los ſuyos, de que nos venia un grande ſocorro de gente, mas en numero de la que ſe veía peleando. Eſto, ò fueſſe maravilloſa providencia del Cielo, para ſujetarles à que abrazáran nueſtra Santa Religion, ò engaño de ſu perturbada fantaſia, baſtó para apagar repentinamente ſu furor, para que abandonaſſen el Campo, y dexaſſen en manos de los Catholicos la Victoria, que todos atribuyeron à mas poderoſo brazo, que el de nueſtros Soldados; porque en obra tan ſobre las fuerzas humanas, claramente reconocieron la cauſa ſuperior, y los ſoberanos influxos del Cielo, de que maravilloſamente procedia.

No pudieron, para perficionar el triumpho, ſeguir los Nueſtros al enemigo; y no haviendo prevenido los accidentes, no eſtuvieron prontas las providencias. Eran eſcaſos los alimentos; faltavan cavallos, para mudar; y los que havian venido, eſtavan ya deſtroncados. A ninguno ſe le ofreció arrieſgarſe à nuevos peligros, ſino ſalir con la mayor brevedad poſſible de aquellas eſtrechuras, en que les tuvieron tan manifieſtos de perder la vida. Mandó el Señor Governador tocar la retirada, y buelta à Peyotan, para dar las mas prontas convenientes providencias, para impedir al enemigo, que ideaſſe nuevos ardides. Y aunque, ni en el camino tropezaron con algun nuevo cuidado, ni en el Real, donde havian quedado diez Soldados, con algunos Indios amigos, para defenſa de los Quarteles, con todo orden ó aquel vigilante Gefe à los Capitanes, que mandaſſen à los Sargentos doblar las Guardias, y que eſtuvieſſen mui alerta, aviſando prontamente qualquiera novedad, que ſobrevinieſſe.

****

CA-

CAPITULO XVI.

EFECTOS, QUE SE SIGUIERON Á ESTE primer triumpho, que lograron las Armas Catholicas.

QUedaron tan assombrados los Nayeres à vista de la Victoria, que tan contra la superioridad de sus fuerzas consiguieron alentadas de brazo superior nuestras armas, que llegando el eco desde Teaurite à lo interior de la Sierra, comenzaron à titubear sus astucias, y à estremecerseles los corazones. Mas no faltaron algunos, aunque pocos, que trataron ya de reducirse à vista del estrago, pero casi todos permanecieron, aunque temerosos, tan obstinados, que en vez de rendirse, solo trataron de retirarse, apartando sus bienes, para assegurarles en el sitio de la Mesa del *Tonati*, donde tenia su rebeldía puesta toda su confianza, assi por lo agrio, y casi inaccessible de la subida, como por tener en aquel lugar los Templos de sus mas afamadas Deidades, esperando por esso alli mui especiales los socorros, que de ellas se prometian. El Señor Governador no se dormia en buscar los medios mas oportunos, para que todos se reduxeran al gremio de la Iglesia, y à la obediencia de nuestro Catholico Monarca. Tuvose el dia siguiente à la batalla Consejo de Guerra, y lo primero, que se determinó, fué despachar dos Soldados, que à la posta llevassen la noticia, assi de la resistencia, como de la Victoria al Señor Marqués de Valero, y esperar sus ordenes: resolvióse tambien, que aunque no se intentasse assaltar à los enemigos arrochelados en la Mesa, se hiziessen algunas entradas à las Rancherias immediatas.

Para

Para las mas vezinas à nueſtros Quarteles, que eran las de la Puerta, y fueron las primeras, que encontraron en ſu viaje, ſe apreſtaron algunas Eſquadras de Soldados Eſpañoles, y de Indios amigos, baxo el mando de uno de los Oficiales Superiores, à quien dava recomendacion el haver militado en el Reino de Leon, y en el nuevo de Vizcaya: ordenóſele, que marchaſſe aquella noche, para que pudieſſen dar el aſſalto antes de rayar la Aurora, para que hallando à los Infieles dormidos deſpertaſſen al ruído de nueſtras armas tan ſorprendidos del eſpanto, que ni tuvieſſen pies para la fuga, ni manos para la defenſa: aſſi ſe huviera conſeguido, ſi los Indios amigos no huvieſſen dado antes de tiempo el alarido, ò fueſſe por malicia, para darles con eſte aviſo lugar para el eſcape, ò fueſſe, que les movieſſe la codicia, y el interés, para emplearſe ſolo en el pillage, ſin que huvieſſe quien les reſiſtieſſe: mancha, que deſde eſta faccion comenzó à deſluſtrar à nueſtros Soldados, ſin ſer facil el borrarla con frivolos pretextos, quando las manos, que devieran manejar las armas, ſolo ſe ocupan en recoger deſpojos.

Los Nayeres luego que oyeron el primer grito, y percibieron, aunque de lejos, el tropel de los cavallos, abandonando ſus caſas, y los bienes, que no havian podido retirar al barranco, precipitadamente huyeron. Y aunque algunos de los Nueſtros intentaron embarazarles el eſcape, no lo permitió la aſpereza, y quebradas de las cueſtas, y de los cerros; mas el Indio Don Geronimo Chriſtoval, que iva tambien de Soldado, les llamó, aſſegurandoles el buen paſſage, y fingiendoles, que les havian de ſalir al encuentro otras Tropas, que ſe havian adelantado à cerrar los paſſos: aun con eſte engañoſo indigno ardid ſolo ſe conſiguió, que ſe cogieſſen diez, y ſiete Perſonas hombres, mugeres, y niños: entre los hombres, que eran ſolos quatro, ſe dieron, rindiendo las armas, ſin ha-

zer

ser resistencia, el Portero Nicolás Melchor, y el Tecolote: no obstante el Cabo por asségurarles, como si no bastára su rendimiento, y quedar desarmados, mandó, que les aprissionassen con desabrimiento de los Indios amigos, que ofrecian entregarles, sin valerse de aquel rigor.

Pusieron fuego al Templo, que hallaron alli; se apoderaron de las mulas, y cavallos, que encontraron en aquellas cercanías; cargaron con los otros bienes, que pudieron, sin estorvar el uso de sus armas, quando lo pidiesse la ocasion. Quitóle el Cabo al Portero una cinta de plata, con que de la frente al cuello sujetava el pelo: pareció mui mal à muchos, por mas que quiso colorearlo, con assegurar, que solo pretendia quitar de su cabeza la Corona, que desdezia en las sienes de un rebelde; pero vióse claramente su intencion en lo que executó despues su interés, y su imprudencia; porque sospechando, que por haver sido aquel Indio uno de los principales comerciantes, tendria competente porcion de reales, le instó repetidas vezes, que descubriesse, donde les tenia ocultos; y viendole negativo, le amenazó, ya con el dogal, ya con los trabucos, ya con el espadin desenvainado con indiscrecion tan importuna, que los mismos Indios amigos lo sintieron tanto, que prorrumpieron en vozes, de que pudo resultar algun alboroto, que costasse no poca sangre. Quando lo supieron los Padres afearon mucho accion tan indigna, y el Governador por aplacar su tan justo sentimiento, reprehendió publicamente al delinquente, y afectando grande enojo, le mandó llevar preso, dando à entender, que intentava proceder à mas riguroso castigo; mas no passó de amenaza; porque tuvo à su favor la valentía de sus brios, que se dieron à conocer despues en las ocasiones, que se ofrecieron.

Ordenó el Señor Governador aprissionar à los quatro Varones adultos; y los Missioneros tomaron

à ſu cargo el aſſiſtirles, ſin omitir en las expreſſiones del cariño quanto conducia à que ſe les hizieſſe amable nueſtra ſagrada Religion: llevavales el Padre Antonio Arias la comida, y conſolavales, procurando ſiempre quantos alivios fueſſen compatibles con la atencion à ſu ſeguridad. Aſſi à eſtos, como à los demás, que ſe cogieron, y à los que voluntariamente ſe havian ya reducido, procuravan agaſajarles aquellos zeloſos Jeſuítas, haſta quitarſe no pocas vezes de la boca la comida, para darſela, deſeando por eſte medio ganarles las voluntades, para iluſtrarles deſpues los entendimientos: acciones todas, que juntas con el deſinterés, y liberalidad, que experimentavan en aquellos fieles Miniſtros del Señor, y continuan oy ſus Succeſſores, han ſido las armas mas poderoſas, para reducirles à la grande fervoroſa Chriſtiandad, que ahora obſervan los Nayeritas, viviendo tan confiados los Miſſioneros de la ſinceridad, con que les aman los Indios, y eſtos, de que ſon tan tiernamente amados de los Padres, que muchos apetecen de manera ſu compañia, que ſolo con vivo dolor de ſu corazon ſe arrancan de ſus Pueblos.

Eſte amor à aquellos pobres deſvalidos Indios movió al Padre Antonio à diſſuadir al Governador la determinacion de remitir afuera los quatro priſſioneros, que podian, aunque aſſegurados en el Cuerpo de Guardia, facilitar por medio de algunos de los Nayeres, que ſe havian dado, que ſe rindieſſen los rebeldes; pero ni la natural piedad del Governador, ni eſtas continuadas inſtancias baſtaron, para que no les enviaſſe à la carcel de Zacatécas, juzgando, que aquellos Barbaros, que por el amor à ſu Patria temen mas, que la muerte, el deſtierro, diſpertarian, y abririan los ojos al grito de eſte exemplar ruídoſo caſtigo executado en uno de ſus Magnates, y de los que mas ſuponian en ſu Provincia.

Con todo no ſirvió; porque eſtavan entonces mas, para

para atender à los impetus de la venganza, que à la voz, que reſonó del eſcarmiento. Y haviendoſe coligado con quatro Pueblos fronterizos, no ſolo determinaron reſiſtir qualquier avanze, ſino que havian conſultado, y reſuelto algunos animados ya con eſte numero de fuerzas, que aſſaltaſſen nueſtros Quarteles. Con eſta noticia, que paſſó de los Nayeres, que ſe hallavan en el Real, à los Indios amigos, y de eſtos al Governador, ſe acaloró la Fabrica de dos Torreones de piedra, y lodo, atronerados por todos los coſtados; y ſe formó una trinchera de palmas, que ſervia, para cerrar la Plaza de Armas: reparo baſtante, para reſiſtir à los enemigos, ſin que pudieran ofender ſus flechas, y para contener aun con las bocas de fuego ſu oſſadía. Con todo muchos eran de parecer, que antes ſe embiſtieſſe al enemigo, ſin aguardar, que tomaſſe mas cuerpo ſu atrevida reſolucion de acometernos. Tuvoſe Conſejo de Guerra, para deliberar, ſi convendria, mientras venian de Mexico los ordenes de ſu Excelencia, ſeguir la Victoria, ſin dar tiempo à los Barbaros, à que, fortificandoſe, dificultaſſen, y aun impoſſibilitaſſen la Conquiſta. Anduvieron tan encontrados los pareceres, que eran caſi tantos los dictamenes, quantos fueron los Conſultores: eſto obligó à fortificar ſolo los Quarteles, y atender à la ſeguridad de la defenſa.

Por eſte tiempo, en que los Soldados Eſpañoles, y los Indios amigos ſe aplicavan à fabricar los Torreones, ſe empleavan los zeloſos Miſſioneros en desbaſtar, y pulir otras piedras, que reconocian havia Dios deſtinado, para echar los cimientos de eſta nueva floreciente Igleſia; porque aunque algunos de las Rancherias de Don Domingo de Luna, y de *Cacaloxuchit* ſe huyeron à la Meſa con los rebeldes, havia otros, que ſe reduxeron, y tenian à mano los priſſioneros, que quedaron, y à algunos, que acompañaron à otro Cazique, que ſe diò deſpues de la batalla, llamado

mado entonces *Taltzani*, y despues *Francisco Xavier* nombre, que le mereció su zelo, como mas adelante se verá.

Passavan ya de cien Personas las reducidas: bastantes, para formar, como se hizo, el primer Pueblo en Peyotan, dandole por Titular à *Santa Rita de Cassia* la devocion, que el Governador Don Juan de la Torre tenia à esta Santa; y aunque huvo algunas contradicciones, todo lo allanaron las providencias prevencionales del Señor Virrey. Acudian todos los dias aquellos fervorosos Jesuitas al sitio, donde se havian rancheado, vestido el semblante de benignidad, y las manos llenas de quanto alcanzavan, y permitia la penuria, en que se hallavan, conociendo quanto importava, que aquellos primeros quedassen por medio de su liberalidad, y cariño aficionados à los Ministros, y à nuestra Santa Ley, no solo para su reduccion, sino para lograr poco à poco la de todos los demás. No faltó para mayor exercicio de la tolerancia de estos zelosos Missioneros, quien olvidado de la benigna agradable mansedumbre, con que Jesus Salvador del Mundo tratava con los pecadores, improbasse la que los de su Compañia usavan con aquellos pobres miserables reducidos. Lo que mas sentian era, que los Padres huviessen procurado, que se les evitasse à aquellos recien convertidos Barbaros, que huviessen de acudir al Pueblo, atendiendo à librar à sus hijos de las vejaciones, que suele executar la ossadía soldadesca, y à impedir los excessos de la militar insolencia. Sufrianlo todo con invencible paciencia, no dexando de ponderar en el Pulpito la falsedad de semejante sentimiento, que ya empezava à traslucirse entre aquellos pobres Neofitos, que no obstante enseñados con amor, y paciencia aprendieron mui en breve la Doctrina Christiana.

Los rebeldes, que se mantenian en la montaña de la Mesa, siendo ya, como publicava la fama, hasta

ta

ta tres mil, eſtavan reſueltos, à que no quedaſſe Eſpañol con vida, aunque les coſtaſſe à algunos de ellos el perder la ſuya, acometiendoles en ſu Quartel. Y ſe creía eſta deſpechada reſolucion de ſu numeroſa muchedumbre, à viſta de la que tuvo uno ſolo una de aquellas noches; entróſe por medio de las Centinelas, que no ſolo ſe doblavan, ſino que ſe multiplicavan haſta la tienda, en que dormia el Governador: iva à lo que parece, para quitarle la vida, y lo huviera executado, ſi al llegarſe ázia el lecho, no huvieſſe diſpertado aquel buen Cavallero tan à tiempo, que ocupando al Indio la turbacion, le embargó los movimientos; mas acudiendo à ſus aſtucias, ſe valió de un ardid, para paliar ſu alevoſía: fingió, que venia à aquellas horas con todo aquel recato, porque le enviava el *Tonati* à aviſar, que quanto antes tratava de paſſarſe con ſu Familia à nueſtro Real: eſte tan paliado embuſte, ſe conoció deſpues con la experiencia de no verſe efecto alguno; mas à Don Juan de la Torre ſe lo hizo tan creíble ſu buen deſeo, que ſin dar aviſo al que eſtava de guardia immediato à la tienda, deſpachó con la reſpueſta al Nayar, bolviendo à ſalir, ſin que lo ſintieran las Centinelas: tanto como eſto velavan.

Dava no poco cuidado tambien el haverſe diſminuído las fuerzas con la ſalida de algunos Soldados à conducir ganado por la falta, que havia de alimentos, la que obligò aſſimiſmo à que uno de los Padres fueſſe à ſolicitar alguna limoſna, para ſu mantenimiento, y para el de los Indios reducidos. Aguardavaſe el Capitán D. Luís de Aumada, cuyo valor ſirvió mucho à ſu Mageſtad en la Conquiſta, y venia con un buen numero de Soldados, mantenidos à ſus gaſtos: en ſu lugar llegaron al Real dos Indios, que deſpachó por la poſta con la noticia de haverſe impoſſibilitado ſu viaje; porque llegado à Tlaqualoyan, quando ivan à recoger los cavallos, para proſeguir la jornada, les hallaron caſi todos muertos, ſin haver ave-

averiguado hasta ahora la causa de aquella tan impensada, como maliciosa novedad.

En tanto cuidado puso este accidente al Governador, que le obligó à pedir socorro à Zacatécas, y à Xeréz: hallavase en aquella Ciudad entonces con el cargo de Teniente de Corregidor, y con el del govierno Don Domingo Calera, que tuvo luego su Junta; y aquellos Cavalleros, que componen la Republica, ofrecieron prontos parte de sus caudales, para que con la mayor celeridad, se reclutasse una Compañia, y el Capitán Don Nicolás de Escovedo prometió conducirla, y entrar con treinta Soldados mas, mantenidos à su costa à dar socorro, como lo executó, con tal presteza, que llegó al Nayar un dia antes, que los Xerezanos, que eran veinte, y cinco, que mandava el Capitán Don Nicolás Caldera, cooperando à este refuerzo el Alcalde Mayor de aquella Villa Don Antonio de Beitia.

Luego que los enemigos tuvieron noticia de haver llegado nueva Tropa, ò por haverlo divisado desde la Mesa las Centinelas, que perpetuamente tenian puestas, ò por el aviso, que valiendose de las humaredas, les dió luego uno de los Nayeres, que estavan en Peyotan fingidamente reducido, y cierramente enviado, à que como otro Sinon, registrasse si pudiesse, hasta los pensamientos de los Nuestros, entraron en grande cuidado especialmente los Fronterizos coligados, à quienes el temor obligó à restituirse à sus Pueblos. Con esto reconocieron los Barbaros tan debilitadas sus fuerzas, que ya no trataron de assaltar à la Tropa, sino de atender solamente à su defensa: dividieron sus Esquadras, marchando algunas à ocupar un picacho, que compite con la Mesa en su altura, y en su tan agria subida: se creyó, que el motivo sería acercarse à nuestro Real, para espantar à los Españoles, y obligarles à retirarse, ò para impedir, que se internasse mas al centro nues-

tro

tro Campo: despues se supo, que no tuvieron otro, que el haver resuelto matar al *Tonati*, y haver eligido ya, para que le sucediesse en su cargo, à un Indio Viejo, que vivia en aquel picacho, de donde ivan à conducirle, para darle possession en la Mesa; pero Dios, que conocia el buen corazon del *Tonati*, le guardó la vida con una, que pudo parecer contingencia, y fué especialissima providencia suya, como verémos presto.

Hallandose el Governador con tan considerable Tropa, juntò Consejo de Guerra, que se vino à reducir à una reñida controversia; porque los Capitanes antiguos juzgavan, que era conveniente aguardar los ordenes del Señor Virrey, antes de tratar de embestir al enemigo, no obligandonos à la defensa: los que de nuevo llegaron con sus Soldados, sintiendo el bolverse, sin haver sacado la espada de la vaina, eran de parecer contrario, alegando, que haviendose executado por parte de los Indios, y tan alevosamente el rompimiento, no era guerra ofensiva propriamente el assaltarlos, sino continuar la Victoria; que no era bien darles tiempo à fortificarse, y convocar à los Pueblos, que tenian confederados: por fin se resolviò, que marchasse nuestro Campo, que sacados los que quedaron, para defensa del Quartel, constava de ducientos, y cinquenta Soldados entre Españoles, è Indios amigos; y que se acercasse al picacho, no para abanzar, sino para requerir à los Nayeres; porque aunque aquellos Barbaros no havian dado oídos à los requirimientos del Governador por medio del *Tastzani* se creía, que repitiendoles ahora con las armas en las manos se rendirian facilmente.

Salieron los Nuestros de Peyotan ya casi al ponerse el Sol, para lograr el beneficio de la noche, para acercarse sin ser sentidos de los enemigos. Y haviendo hecho alto en uno de los sitios mas immediatos al picacho, aunque se guardó el silencio, para no ser

des-

descubiertos, no se pudo evitar, que al moverse nuestro Exercito à la madrugada, no les reparassen las Centinelas enemigas, que dieron luego aviso à los suyos, y levantando un grande alarido, avisaron las nuestras, que de las Esquadras unas se havian assegurado en la cumbre, y otras marchavan ázia la Mesa por barrancos tan llenos de precipicios, que no era possible seguirles, aunque los que lo intentaron, consiguieron apressar dos; y quiso la Divina amorosa paternal providencia, que acertára à ser el uno el Indio Viejo, que estava destinado para summo Sacerdote, y havia de suceder al *Tonati* sentenciado ya à muerte. Acercaronse los Nuestros quanto permitia la aspereza de la falda, y vieron, que al rayar el Sol, sin dexar de continuar el alarido, movian à una parte, y à otra sus alfanges, para que heridos de la luz, les espantassen sus reflexos, ya que por la distancia no podian acabarles sus filos. Y aunque estavan en sitio, adonde ni podian ofender, ni ser ofendidos, pudieron alcanzar los gritos del Interprete, persuadiendoles, que baxassen à puesto proporcionado, en que podrian sin susto conferir lo conveniente: hizieronlo tres, ò quatro de los mas atrevidos; y con otros tantos de los Nuestros subió el Capitán Don Nicolás de Escovedo; pero aunque les requirió, valiendose de todos los medios, que le dictó su gran talento, para que se reduxessen pacificamente, no pudo sacarles otra respuesta, que sus acostumbradas entretenidas, remitiendolo todo à nueva Junta de los Caziques, para tomar la resolucion mas conveniente.

Mientras durava la conferencia, no faltó quien propusiesse al Governador, que era buena ocasion, para marchar, dexando algunos Soldados à la vista, con el grueso del Exercito à la Mesa, que estava ya poco distante, y menos resguardada por la falta de Indios, que la defendiessen; añadiendo, que ya que no se lograsse el ganarla, lo que podia conseguirse

ahora con menos peligro, ſervia de aterrar al enemigo la empreſſa valeroſa de los Eſpañoles. Viendo, que el comun aprobava eſte intento, quiſo remitirlo ſu Señoría à la conſulta; y aunque los mas fueron de parecer, que ſe executaſſe luego la marcha para el abanze, los que eran de contrario dictamen, le pidieron teſtimonio de ſu opoſicion à idea tan arrieſgada: eſto fué lo miſmo, que introducirle temor, para dexar luego aquel empeño; porque conſiderando lo dudoſo del ſuceſſo, no quiſo cargar ſobre sí ſu incertidumbre, ni tomar reſolucion alguna, haſta que, aunque ſalieſſe mal, tuvieſſe la diſculpa de haver obedecido.

Mandó por ultimo, que ſe retiraſſe el Campo, como ſe executó con deſazon de muchos, ſin haver logrado otro fruto, que aprehender al Viejo; porque el otro ſu compañero tuvo modo de romper las priſſiones, y de arrojarſe por uno de aquellos barrancos, ſin que nadie lo reparaſſe, haſta que le buſcaron los Eſpañoles. Con todo fué mui apreciable eſta preſſa, por haver ſido medio, de que ſe valió Dios, para impedirle al *Tonati* la muerte, que diſponian darle los Barbaros; pues viendo, que el que havian elegido, para ſucederle en el empleo, quedava priſſionero, creyeron, que eran diſpoſiciones de ſu Gran Dios, que quizá improbava la determinacion de quitar la vida al que era ſu principal Sacerdote, librandole de eſta ſuerte de tan ſangrienta barbaridad.

Reſtituyeronſe el miſmo dia tres de Deziembre à Peyotan nueſtros Militares, unos deſabridos, por no haver executado coſa digna de las armas Eſpañolas, que diera à conocer ſus brios; y otros como deſmayados; porque haviendo obſervado de mas cerca lo encumbrado de la montaña de la Meſa, lo eſtrecho de la vereda, para ſubir, no ſolo angoſta, ſino mui immediata à muchos precipicios, lo pendiente de aquel picacho, que qualquier leve impulſo de una piedra

rodada de la cumbre havia de ſer inevitable deſpeño à la profundidad del barranco, y lo impoſſible, à lo que ſe percebia, de poderſe trepar à cavallo, vinieron perſuadidos de que era inconquiſtable aquella Provincia del Gran Nayar.

Mas por otro lado les alentava la confianza, que tenian como tan piadoſos Catholicos en Dios, que les havia de franquear la puerta, aunque fueſſen neceſſarias muchas maravillas, confirmandoſe en eſto, por vér que à eſte tiempo comenzavan (à lo que piadoſamente ſe perſuadian) à abrirſeles à los Nayeres las del Cielo, entrando la primera al gremio de la Igleſia por la del ſanto Bautiſmo la Vieja, que llamavan la *Adivinadora*, que havia aconſejado à aquellos Idolatras, que abrazaſſen la Ley de Jeſu-Chriſto. Aſſaltóle una enfermedad, que ella miſma conoció, que era mortal: deſeoſa de ſalvarſe, mandó, que llamaſſen al Padre Antonio Arias, para que la inſtruyeſſe, y bautizaſſe; porque aunque era hija de Padres Chriſtianos, havian eſtos muerto en eſta Sierra, antes que à ella le huvieſſe amanecido el uſo de la razon, y no ſabía, ſi lo eſtava, ni havia quien pudiera aſſegurarſelo. Doctrinóla el Padre con gran conſuelo de la enferma, que dixo: „ O! Quan ciega eſtava yo, „ creyendo haſta ahora las mentiras, que me enſeña„ron los Nayeritas! Recibió el Bautiſmo *ſub conditione* con gran ternura; y confeſſandoſe deſpues paſſado ya algun tiempo, agravandoſele mas ſu dolencia, con muestras de grande arrepentimiento, armada con el Santo Sacramento del Viatico, y con el de la Extrema Uncion murió con gran conſuelo ſuyo, y de todos los preſentes. Y para que los Barbaros ya convertidos ſe aficionáran à las ceremonias de la Igleſia, ſe le diſpuſo entierro con la mayor ſolemnidad poſſible: aſſiſtió el Señor Governador con los Capitanes antiguos, y la mayor parte de los Militares, que cargaron el Cuerpo, al darle Eccleſiaſtica Sepultura.

Los

Los Oficiales del ſocorro ya ſe havian retirado con ſus Tropas, viendo, que ceſſava ſu obligacion, que el Quartel eſtava con baſtante defenſa, y que no ſe tratava de dar paſſo, haſta que llegaſſen los Correos de Mexico con los ordenes del Señor Virrey, que vinieron dia ocho de Deziembre con carta para Don Juan de la Torre, en que ſu Excelencia le llamava à aquella Corte con el eſpecioſo pretexto de informarſe del eſtado de eſta Provincia, y de que recobraſſe en aquella Ciudad ſu tan quebrantada ſalud, aviſàndole al miſmo tiempo, que havia ſubſtituído en ſu lugar à Don Juan Flores de San Pedro.

CAPITULO XVII.

ENTRA EL NUEVO GOVERNADOR DON Juan Flores de San Pedro en el Nayar, y aunque procura reducir por via de paz à los Indios, reconoce inflexible ſu rebeldìa.

LUego que el Excelentiſſimo Señor Virrey tuvo noticia de la traicion alevoſa de los Nayeres, y reconoció, que aun havia eſperanza de ſu reduccion por el feliz, y maravilloſo triumpho, que conſiguieron las armas Catholicas, juntó Conſejo de Guerra, y de hazienda, en que todos los Señores, que concurrieron, fueron de parecer, que ſiendo el accidente, que padecia D. Juan de la Torre, no menos traidor, que los Infieles, dexava expueſta à perderſe tan importante empreſſa; porque aquella tan alevoſa enfermedad podia acometerle, quando en la mejor ocaſion, por embarazarle las mas convenientes reſoluciones, aventuraſſe tambien los aciertos. Mas quando ſe paſſò à diſcurrir en la eleccion del Suceſſor, quedavan todos indeciſos; entonces el Señor Licen-

ciado Don Juan Picado Pacheco, Oidor de la Real Audiencia de aquella Ciudad bien inſtruído con las noticias, que adquirió de la carta, que al Padre Provincial de la Compañia de Jeſus le havian eſcrito los Padres Miſſioneros, evidenció, que no era lo miſmo ſer dificultoſa, que (como ſe dezia) moralmente impoſſible la Conquiſta, añadiendo, que ſi no la havian conſeguido luego deſpues del primer triumpho, no havia, à ſu juizio, conſiſtido tanto en las dificultades de eſtas montañas, quanto en la falta de reſolucion, para ſeguir el camino, que havia abierto la Victoria; que era neceſſaria Perſona, que executaſſe, ſin aguardar para cada operacion ordenes tan diſtantes, executando por sí la que pidieſſen las ocaſiones; y que por el conocimiento, que tenia de Don Juan Flores de San Pedro, ningun otro le parecia mas proporcionado à tan ardua empreſſa, alegando tales razones en recomendacion de ſu Perſona, que todos ſe conformaron con ſu dictamen.

Luego que el nuevo Gefe recibió el deſpacho, y ordenes de ſu Excelencia, aceleró tanto ſu jornada, que el dia quatro de Enero de mil ſetecientos, y veinte, y dos llegó al Real de Peyotan, y Pueblo de Santa Rita, trahiendo en ſu compañia ſetenta Soldados, entrando en eſte numero ſus Domeſticos, Criados, Familiares, una Caxa, y Clarin baxo el mando del Capitán D. Chriſtoval del Muro, y del Alferez Don Nicolás García. Bien veían los rebeldes la numeroſa muchedumbre de gente deſde la Meſa, aumentandola aun à ſu viſta las muchas cavallerias, que trahian, ya para mudar, ya para el bagage. Y aunque eſto baſtó, para conturbarles, les acabó de llenar de temor la noticia, que por cierto Indio deſertor tuvieron, no ſolo de la ruidoſa entrada del nuevo Governador, ſino tambien de haver ſido llamado Don Juan de la Torre à la Corte de Mexico, à donde partió luego, acompañandole haſta larga diſtancia todos los Eſpañoles, y los Indios,

dios, no acertando, ni los mismos Nayeres, à reprimir las lagrimas. No se puede negar, confessando llanamente lo que se deve de justicia, que este noble Cavallero era acreedor à estas demonstraciones de cariño, no solo por su bondad, desinterés, y amor, que todos, y singularmente los Indios le devian, sino por haver executado quanto alcanzó, para ablandar la dura, y ciega obstinacion de estos tercos alevosos Barbaros, y por haver manejado el Baston de General de nuestras Tropas, consiguiendo el primer triumpho, y fundando el primero, aunque pequeño, Pueblo de Santa Rita. Mas conspiraron contra sus buenos deseos la ingratitud de los Indios, la poca conformidad de los dictamenes en los Cabos principales, y el penoso accidente, que le sobrevino. Otros atribuyeron su desgracia, no menos que à la Providencia Divina, que quiso desengañar su persuasion, y la de algunos aficionados suyos tan pagados de sus prendas, que à gritos publicavan, que à ningun otro de todo el Mundo se abririan las puertas del Nayar, como si no bastára aun qualquier flaco debil instrumento, quando un superior soberano brazo le dá vigor, impulso, y acierto.

Luego que se apartó de esta Provincia su Anteceffor, conociendo el nuevo Governador quanto importa la presteza en las operaciones Militares, al mismo tiempo, que despachó al *Tacizani* à requerir, y ofrecer la paz à los de la Mesa, donde estava ya congregada con sus bienes la mayor parte de los Serranos, envió à Quaimaruzi, sitio distante de aquella Rancheria ázia el Norte diez, y ocho leguas, y de Peyotan como veinte entre Poniente, y Norte, dos Esquadras de Soldados Españoles, que mandava el Capitán D. Christoval del Muro, y el Teniente de Capitán Don Juan Sebastian de Orendain, y algunos Indios amigos: dispusolo assi, para que asseguráran el passo à los Correos, que havia despachado, como tambien à fin de reconocer la tierra, por haverse ya discurrido el que en ca-

so,

ſo, que los Indios perſeveraſſen rebeldes, ſe les dieſſe por los lados el aſſalto. El efecto no pretendido, ni aun penſado, que ſe ſiguió con la jornada de eſta Tropa, manifeſtó de nuevo los favores de la Divina providencia; porque haviendoſe fatigado las cavallerias à los Indios amigos de Guazamota, proſiguieron ſu derrota los Eſpañoles, y el reſto de los Naturales à tiempo, en que obſervava la marcha eſcondido en la maleza de un monte el Indio Don Pedro, que bolvia de Durango, y ſe dezia por cierto, que havia ido à convocar à los Toboſos.

Dió lugar à que ſe alejaſſen los Nueſtros; y viendo, que no les ſeguia mas gente, continuó nada rezeloſo ſu camino; mas quando menos lo penſava dió en manos de los de Guazamota, que ſe havian atraſſado, en ſitio, donde no pudo valerſe de la fuga. Aprehendieronle, y con otros dos, que cogieron caſualmente cerca de Quaimaruzi, fué llevado al Real de Peyotan. Logróſe con la declaracion de Don Pedro el deſengaño, de que los Toboſos no entravan en eſta Provincia, creciendo aſſi tanto en los Soldados el aliento, quanto le havia diſminuìdo el temor, que ſe les havia ya infundido en ſus animos, ſabiendo, que auxiliados los Nayeres de aquellos belicoſos Barbaros no ſolo dificultarian, ſino que impoſſibilitarian la Conquiſta. Declaró ſinceramente aquel priſſionero, que ſu viaje havia ſido à la Ciudad de Guadiana, enviado de los demás Caziques de aquella Sierra, quexandoſe de los Soldados al Capitán Gandarilla, à quien ofrecian darſe, ſi vinieſſe ſin tanto eſtrepito militar, procurando por eſte medio ſu aſtucia, que ſe retiraſſen las Tropas, que tenian ſobre ſí, y cuyo valor con afrenta ſuya havian experimentado en la batalla de Teaurite.

Cobraron con eſte dichoſo deſengaño nuevo vigor las eſperanzas, y ſe aumentaron con las otras noticias, que traxo al Governador el *Tactzani*, enviado

à

à requerir de paz à los rebeldes, que reſpondieron ya nada orgulloſos, ò fueſſe por haverles preocupado el temor al vér el aparato, con que entró el nuevo Gefe, ò por los conſejos del buen *Tactzani*, ò por haver tenido noticia, de que los Eſpañoles ſe les ivan acercando por el Norte, para aſſaltarles, por donde no era tan dificil ſujetarles, ò porque ſupieron la priſſion de ſu Don Pedro, en cuyos ardides tanto confiavan. Quedaron con la viſta de aquel nuevo Embaxador, titubeando, y no pudieron determinar por entonces otra coſa, que bolver à deſpacharle, pidiendo con rendimiento, que ſe les dieſſe tiempo, para conſultar de eſpacio ſu reſolucion. No ivan fuera de razon; porque punto, en que ſe havia de tratar el perder, ò no la libertad, ò la vida, era de tan grande importancia, que pedia larga conferencia. Mas el animoſo diſcreto Governador, que havia formado el miſmo dictamen, que los otros, juzgó, que eſtas dilaciones eran unas engañoſas entretenidas, y deſpachó luego ſegunda vez al *Tactzani* con nuevo requerimiento, prometiendoles mui ventajoſos partidos, ſi ſe reducian, y comminandoles con el aſſalto, y con el rigor, ſi ſe mantenian obſtinados. Obedeció el Embaxador, ſin atender à que pedia algunas treguas de deſcanſo la fatiga de haver andado en pocas horas mas de doze leguas; y haviendo llegado à la Meſa, halló à algunos tan inclinados à darſe de paz, que dentro de dos dias traxo la noticia, de que el ſiguiente vendrian al Real à dar la obediencia dos Caziques principales nombrados el Tahuitole, y el Chapulin con la gente de ſus Rancherias.

Del primero nada ſe ſabía, pero para inclinarſe à creer la determinacion del ſegundo influyó el buen concepto, que de él havian formado los Nueſtros, deſde el dia, que les acometieron en Teaurite, acreditandole ſi no de fiel, de menos obſtinado el que antes del rompimiento, hurtandoſe de los ſuyos, ſe acercó à Don Pablo Phelipe, y le dió en ſecreto noticia

ticia de la mala diſpoſicion, y traidores intentos de ſus Compañeros, y participandola aquel fiel Indio luego à algunos de los Nueſtros, que ſe hallavan immediatos, ſe previnieron recatadamente con el pretexto de la imprudente orden, que ſe les havia dado, ſacando de las fundas, para que eſtuviſſen mas prontas, las eſcopetas, deviendoſe entonces eſta, aunque tan corta prevencion, à ſu aviſo, y ahora ſe eſperava la reduccion de muchos rebeldes à ſu exemplo, y al del Tahuitole.

Pero preſto deſengañó tan eſperanzados diſcurſos la obſtinacion, en que permanecian los de la Meſa; porque viendo, que eſtos dos Caziques apreſtavan ya ſu jornada, para cumplir la palabra, que havian dado de venir à dar la obediencia, tomó la mano un Viejo de los mas autorizados, que ſe preſume fué Don Alonſo, y valiendoſe de ſu diabolica energía, les dixo entre otras coſas, que bien podian hazerſe cargo de la penoſa eſclavitud, à que ſe ſujetavan, ſi baxavan los cuellos al yugo de la Ley, que los Eſpañoles profeſſavan, y de los temeroſos caſtigos, con que ſu Gran Dios havia de caſtigarles ſu infidelidad, y apoſtaſía, concluyendo ſu artificioſa arenga con motejarles de cobardes, que por temor de las balas querian antes rendidos poner ſus flechas à los pies del enemigo, que fixarlas valientes en ſu pecho. Eſtas razones baſtaron, para que los dos Caziques, ayudados de ſu natural inconſtancia, mudáran de parecer. Pero aunque el Chapulin, ſin replicar, ſe paſſó à ſu Rancheria, que eſtava en otra Meſa immediata llamada del Cangrejo, el Tahuitole, que vivia en la del *Tonati*, y era Indio mui animoſo, prorrumpió en ſolas eſtas razones: ya eſtoi reſuelto à no deſamparar eſte ſitio, y ſaldré el primero à pelear, aun con el conocimiento, que os he dicho, del valor, con que acometen los Eſpañoles, que no ſaben nunca bolver la eſpalda, ſino es al Sol, quando caen en tierra muertos. Mas conozco,

que

que me veréis, y no me acompañaréis à pelear mano à mano con los enemigos, cuya valentia atendida de cerca os hará desamparar el puesto, y poner en vergonzosa fuga.

No dixo mas el valeroso Tahuitòle, cuya tardanza con la del Chapulin tenia al Señor Governador, y à todos mui cuidadosos; y haviendoles esperado dos dias, resolvió enviar tercer requerimiento, valiendose de la fidelidad, y diligencia del mismo *Tactzani*. Mas este, como conocia bien à sus Compañeros, y havia observado la mala disposicion de casi todos, cuya irritacion sospechava, no haviendo baxado los dos Caziques, se escusó, proponiendo como cierto su peligro. Pero no hallando, ni siendo facil escoger otro mas fiel, y diligente, à quien pudiera fiarsele la embaxada, le instó con tal eficacia, que se rindió à obedecer, mostrando con su llanto, que enterneció à todos, la repugnancia, con que repetia el viaje: dixo al Señor Governador, que obedecia, y que se iva contento, porque aunque sabía, que le havian de matar, llevava el consuelo, de que iva à morir por Dios: palabras, que escuchadas de boca de un Christiano nuevo, y poco antes Gentil, no pudieron menos, que llenar de admiracion à los circunstantes, y de alentarles à exponerse por causa tan soberana à perder la vida.

Sin duda huviera peligrado el *Tactzani* à no haverle defendido el Señor; porque aunque aquel prudente Gefe le instruyó con todas aquellas prevenciones, y cautelas, que parecian mas conducentes, à que se evitasse su ruína, encargandole, que valiendose del grito, diesse la embaxada, poniendose en tal distancia, que solo pudieran oirle, y no darle alcanze, si se viesse necessitado à retirarse; pero los Nayeres no dieron lugar, à que tuviesse efecto esta prevencion, obligandole con el dissimulo de su enojo à que subiesse à la cumbre, donde luego que llegó, le aprehen-

dieron, y le puſieron guardia ſuficiente. Juntaronſe los Principales, para conferir la reſolucion, que devian tomar; los mas llevados del primer movimiento de ſu barbara ferocidad, y del impetu de la ira, que havia introducido en ſus corazones el Demonio, ſe inclinaron à matarle, alegando, para paliar ſu injuſticia, el haver ſido deſertor de ſus Reales, y ſer parcial de los Eſpañoles. Todo lo eſcuchava el buen *Tactzani*, aguardando por inſtantes, que ſe executaſſe tan barbara ſentencia; mas Dios nueſtro Señor le libró, moviendo à uno de los Principales, que abogaſſe con no menor eficacia à favor del priſſionero, proponiendoles, quan contra razon era eſtrenar ſus alfanges en el que era de ſu propria Nacion, y que vendria violentado de los Eſpañoles, alegando eſta, y otras razones, que favorecian à ſu innocencia con tanta viveza, que reſolvieron ponerle en libertad, y remitirle al Governador con la ultima reſolucion, que era, que le aguardavan con todos ſus Soldados en la Meſa, donde moſtrarian ſu gran valor, y que los daños, con que les comminava, havian eſtado tan lejos de arredrarles, que antes havian ſervido de encender mas ſu enojo.

Llegó el *Tactzani* al Real la mañana del dia treze del miſmo Mes, y haviendo eſcuchado la arrogante, y deſeſperada reſpueſta el Governador, ſe encendió en tan impaciente, aunque generoſa colera, que luego al punto huviera montado à cavallo, y obligado à que le ſiguieſſen los demás, ſi no fuera por atender à diſponer con madura conſideracion, y conſulta de los Capitanes la jornada. Con caſi todos los votos ſe reſolvió, que incorporadas las Eſquadras, que havian de marchar, con las que tenian ya ocupado el ſitio de Quaimaruzi, ſe unieſſen las fuerzas, para acometer por la parte de Poniente, por donde à mas de que no ſe ſabía, que eſtuvieſſen fortificados, como no lo eſtavan, teniamos la ventaja de embeſtir, ba-

baxando de otra Sierra contigua, y mui eminente, donde quedarian libres de que les rodaſſen peñaſcos los enemigos: noticia, que devieron à Don Domingo de Luna, y à otros Nayeres ya reducidos. Pero por ultimo ſe determinó, y executó deſpues de breve diſputa, que ſe dividieſſen las Tropas, que era à lo que ſiempre ſe inclinaron el Señor Governador, y el Capitán Don Nicolás de Eſcobedo, quien acabava de llegar de Zacatécas deſeoſo de repetir eſte ſervicio à ſu Mageſtad.

Fundavan ſu dictamen en que, acometiendo à un miſmo tiempo por la parte de Oriente, y de Poniente, ſe conſeguia, no ſolo divertir à los enemigos à dos partes, y enflaquecer ſus fuerzas, ſino impoſſibilitarles el eſcape. Ni uno, ni otro fin pudo lograrſe; porque ni ſe pudo concurrir, como verémos, para dar el aſſalto à un miſmo tiempo, ni aunque ſe les quitó la fuga por Oriente, y Poniente, pudo impedirſe el que ſe extraviaſſen por la parte del Sur los mas, y algunos otros por la del Norte. Nunca ſe diſcurrió, que la aſpereza de aquellos dos barrancos les permitieſſe arrojarſe à tantos peligros de tan formidables deſpeñaderos, cuya ſola viſta cauſa horror: mas el hecho moſtró ſu arrojo, y la deſtreza, que tienen en paſſar cueſtas, y aun precipicios. Con todo ſe conſiguió el fin, que tanto ſe deſeava, ganandoſe la Meſa por la parte, que parecia, y era mas inacceſſible, y con pocos de nueſtros Soldados, para que los Nayeres deſengañados, y los Nueſtros reconocidos atribuyeſſen el triumpho al ſoberano brazo de Dios, que allanó, para que ſe conſiguieſſe, tantos montes de dificultades, y à juízio de no pocos humanamente inſuperables.

*** *** ***

CAPITULO XVIII.

GANASE LA CELEBRADA MESA DEL Tonati, assistiendo al Campo Catholico el Cielo con maravillosas providencias.

EL dia catorze de Enero, en que por celebrarse el dulcissimo Nombre de Jesus juzgaron, que era un felicissimo prenuncio de los triumphos, con que se havia de solemnizar la subida à la elevada cumbre de la Mesa, despues de haver celebrado el santo Sacrificio de la Missa, comulgado algunos Soldados, confessado muchos, y recibido la absolucion todos, dispuestos con fervorosos actos de Contricion, por temer, que havia de ser sangriento el choque, y que havia de costar muchas vidas el assalto, se puso en orden nuestro Campo; dividieronse todas las Esquadras; y salió el Governador por la parte del Norte, para caminar, ya al Poniente, ya al medio dia, obligando à estos rodeos la aspereza del terreno, y los intrincados laberinthos de esta Serranía. Acompañavanle los Capitanes Don Alonso de Reina, y Narvaez, y Don Christoval del Muro con cinquenta Soldados Españoles, y considerable numero de flecheros con intencion de abanzar por la entrada, que tiene ázia el Poniente la montaña de la Mesa; quedaron algunos para defensa del Real; y cinquenta Soldados con casi todos los Naturales marcharon por la parte del Sur, para subir por la cuesta, que mira al Oriente la Mesa: el mando de estas Tropas se encargó al Capitán Don Nicolás de Escobedo, acompañandole el Teniente de Capitán Don Juan Sebastian de Orendain, que havia ya llegado de Quaimaruzi con los prissioneros, que se cogieron en aquel sitio.

Sa-

Salieron del Real à un miſmo tiempo los dos Trozos; pero antes de comenzar à marchar, ordenó en lo publico el Señor Governador à los que havian de acometer por la parte del Oriente, que caminaſſen con lentitud, y que hizieſſen alto en la falda de la Meſa, ſin intentar la ſubida haſta la mañana del dia diez, y ſiete, para dar tiempo à que concurrieſſen con los de ſu Compañia, y ſe acometieſſe à una miſma hora, como ſe huviera logrado, ſi los que havian de aſſaltar por el Oriente, huvieſſen ſuſpendido la marcha haſta el ſiguiente dia, por tener que caminar ſolas treze leguas, y los otros mas de quarenta. Eſto paſſó en lo publico; pero el Capitán Don Nicolás de Eſcobedo, aconſejado de ſú valor, generoſamente ofendido, por no haverle permitido el tentar abanzar à los de la Meſa la timida reſolucion de los Gefes, quando vino la primera vez à dar ſocorro, le preguntó ahora en ſecreto al Governador, ſi ſería contravenir à ſus ordenes ſubir antes del tiempo prefixado, à que le podian obligar algunas contingencias? Reſpondióle ſu Señoría, atribuyendo la pregunta à jactancioſa temeridad, y aun à vana temeraria arrogancia, que ſubiera, ſi pudieſſe; y como haziendo irriſion de ſu propueſta, le añadió, que la ſeñal del triumpho ſería encender lumbre en un cerro, que eſtá en medio del plan de la Meſa.

Salió ázia Quaimaruzi el Governador con todas ſus Tropas, acompañandole el Padre Antonio Arias, quien alentava à la gente con tal eſpiritu, que ninguno havia, que en la alegria de ſu corazon, no manifeſtaſſe los alientos de ſu valor, cooperando mucho aquel Chriſtiano animoſo Cavallero, que con ſus exemplos, y con ſus palabras les esforzava tanto, que caſi les hizo olvidar el rieſgo; ſolo temian el que les iva ofreciendo la aſpereza del camino con ſus cueſtas, ladéras, y cuchillas, en que apenas ſe dava paſſo, ſin que ſe rezelaſſe un precipicio. Aumentóles el ſuſto

el

el manifieſto peligro, que corrió, de precipitarſe uno de los Soldados; porque al ſubir por un pendiente de tierra poco firme, perdió pié el cavallo, y dando una buelta, ſin deſpedir al Ginete, cayó en un profundo barranco, ſin poderle ſocorrer los que lo atendian, ſino con los gritos invocando los dulciſſimos Nombres de Jeſus, y de Maria. Quando el Padre Antonio, que no iva mui diſtante, acudió para darle la abſolucion, vieron, que ſe levantava, y deſpues reconociendo, que ni él, ni el bruto havian padecido leſion alguna, ocupados de la admiracion dieron repetidas gracias à Dios, que con tales maravillas favorecia ſus intentos.

Luego que llegaron al ſitio de Quaimaruzi, caminaron con menos ſobreſalto, por no ſer el camino tan eſcabroſo, haſta llegar à lugar proporcionado, para de alli ſalir à dar el aſſalto el dia ſiguiente por la mañana, y obſervar, valiendoſe de la obſcuridad, y del ſilencio de la noche, los movimientos del enemigo, à quien tan cerca ya tenian. Sirvió de principal centinela el miſmo Governador, que por no querer fiar de otro las obſervaciones, paſſó ſin dormir la noche, por no permitirle cerrar los ojos la imagen de la muerte, que veía tan de cerca, y al amanecer el dia eſperava lograr dichoſa. Los Soldados todos alentados con ſu exemplo, y mas animados con la exhortacion, que aquella noche les hizo el Padre Antonio con un devoto Crucifixo en la mano, no ſolo ſe mantuvieron vigilantes, ſino aguardando impacientes, que amaneciеſſe, deſeoſos de derramar la ſangre, y aun de perder la vida en defenſa de la Religion Catholica.

Eſtos ardientes deſeos tenian tambien las Tropas, que mandava el Capitán Don Nicolás de Eſcobedo, y fueron bien neceſſarios eſtos tan chriſtianos generoſos brios, para no deſmayar, quando, haviendo llegado el dia quinze al pié de la Meſa, vieron de cerca

no ſolo lo inacceſſible de ſus cuchillas, ſino ceñida ſu armada frente con una formidable trinchera de peñaſcos, que amenazava en cada piedra una ruína, y en todas al rodarlas una deſecha tempeſtad de eſtragos. No deſcubrieron entonces por la diſtancia, y por la eſpeſura de los robles, las fortificaciones, y eſtacadas, que ſobre ſer eſtrecha la ſenda, dexavan impenetrable la ſubida con dos, ò tres ſucceſſivos reparos, fixando en la miſma vereda troncos robuſtos mui tupidos, y trabados entre sí, y con peñas, y tan dificil de romperlo, que coſtó deſpues de ganada la Meſa muchos dias de trabajo à gran numero de gente, para deshazer aquellas trincheras. El fin, que tuvieron los Nayeres en ponerlas, era el diſcurrir, que ocupados los Nueſtros, ya que llegaſſen à eſtas encumbradas eminencias, en abrir el paſſo, no atenderian à repararſe de ſus flechas, piedras de ſus hondas, y de los peñaſcos, que havian de rodar deſde la cumbre, y que lograrian oprimirles en aquel eſtrecho paſſo con el peſo de ſus peñas, ò al impetu de ſu violencia precipitarles en el barranco.

Aun ſin haver deſcubierto eſta celada infundia horror, y eſpanto à los mas animoſos oſſados brios ſolo el eſtar tan elevada la montaña, y no ofrecer la ſubida mas, que una ſenda tan eſtrecha, que en caſi toda no permite, que caminen aun à pié, dos hombres à la par, y ſer ſu orilla de un profundo barranco, à cuyo fondo havian de llegar cadaveres deſquartizados los que ſalieſſen del camino un ſolo paſſo: ſin embargo eſpoleados de ſu valor, ò lo que es mas cierto inſpirados de un ſoberano aliento, deſpreciando los rieſgos, que por todas partes les amenazavan, ſe juntaron los Cabos principales, para conſultar el modo de vencer tantos eſtorvos, que caſi ſe proponian como impoſſibles, para hazer practicable la ſubida. Mas eſtando en eſta conferencia, ſe ofreció el *Tacizqui* à ſubir à la Meſa del Cangrejo immediata

à

à la del *Tonati* à requerir con la paz, y à perſuadirla al Chapulin, y à otro Cazique llamado Don Joſeph, y à los de ſus Rancherias, que eran los menos tercos. Obtenida la licencia del Capitán Eſcobedo, venciendo la ſubida, que no es menos aſpera, que la de la otra, llegó à la cumbre de la Meſa; y havien-do hallado alli à los que buſcava, les habló con tan feliz eficacia, que reſolvieron baxar à incorporarſe con los Nueſtros; pero dos, y tres vezes retrocedieron dominados de ſu temor, repitiendo otras tantas tan trabajoſo viaje el buen *Tattzani*, empleando caſi todo el dia en eſtas tan importantes correrias, haſta reducirles por ultimo, à que baxaſſen à media cueſta, para tratar lo mas conveniente con el Capitán, que ſubió animoſo con ſolos dos Soldados: valióſe, para perſuadirles, de la eloquencia, que le enſeñó ſu chriſtiano zelo, mas no ſe atrevieron à baxar à nueſtro Campo, viendo aun indeciſa, y pendiente la queſtion de tan arrieſgada empreſſa, pero prometieron, (y lo cumplieron aſſi) que no harian hoſtilidad, ni ofenderian à los Nueſtros, quando ſubieſſen à la Meſa del *Tonati*.

Los rebeldes, que ſe mantenian alli, enviaron un Embaxador al Capitán Eſcobedo, prometiendo baxar el dia ſiguiente à dar la obediencia, ſuplicandole al miſmo tiempo, que ſe mantuvieſſe en el pueſto, que ocupava nueſtro Campo, ſin paſſar adelante. Eſta intempeſtiva peticion hizo ſoſpechar à los Cabos, que podia ſer, no ſolo una de ſus entretenidas, con que tantas vezes havian tratado al valor Eſpañol, como juguete, ſino un barbaro eſtratagema, y un engaño cauteloſo, para aſſaltarles aquella noche en aquel ſitio, que por lo incomodo, era mui à propoſito para ſus malicioſos intentos, y para ſu nativa deſtreza, à quien la aſpereza, y lo montuoſo ofrece campo abierto, para ſus ardides. Y aſſi les reſpondió, que aunque agradecia la cuerda reſolucion, que havian to-

tomado de dar à ſu Mageſtad la obediencia, pero que para eſcuſar à los Viejos el trabajo de baxar por cueſta tan dilatada, ſubiria él con ſus Tropas à recibirla en la Meſa, por ſer la cabezera del Nayar, aguardando alli à que concurrieſſe el Governador, y añadiendoles, que no ſolo no ſe les haria hoſtilidad alguna, mas ni el menor ademán, que olieſſe à ofenſa de ſus Perſonas, y bienes. Luego que ſe apartó el Embaxador, ſe dió orden, que no ſolo ſe multiplicaſſen las centinelas, ſino que todos eſtuvieſſen con tal cuidado, que no ſe pudieſſe dezir, que eſtavan deſprevenidos: todo fué meneſter, porque no dormian los enemigos, que ſe dexaron ſentir mui cerca de los Quarteles, aunque no ſe atrevieron à acometerles.

Los Nueſtros, haviendoſe armado con ſu fervoroſa chriſtiana devocion, rezando de rodillas el Roſario à nueſtra Señora, y limpiando ſu conciencia con fervoroſos actos de Contricion, para que no les impidieſſe el peſo de ſus culpas añadido al de ſus armas, determinaron juntar otra vez Conſejo de guerra, en que ſe reſolvió, que hallandoſe tan oprimidos en aquella eſtrechura para qualquier defenſa, era mas acertado intentar el abanze, ſubiendo à la Meſa. Y ſin que huvieſſe quien replicára, por mas que algunos eran de contrario dictamen, montando al amanecer el dia viernes diez, y ſeis de Enero todos los Soldados Eſpañoles à cavallo, mezclandoſe con ellos la Infantería de flecheros, comenzaron à ſubir. Pero llegando à un pequeño llano, no ſolo el menos incomodo, ſino el unico, en que podian quedar, y caber los cavallos juntos, reſolvieron dexarles, y ſubir à pié, aſſegurando aquel ſitio con veinte, y cinco Soldados Eſpañoles à cargo del Alferez Don Joſeph Manuel Carranza, y Guzman con cincuenta Indios amigos con ſu Capitán Don Miguel de Ribera; eſcogieron otros tantos flecheros, para ſubir con igual numero de Eſpañoles baxo el mando del Capitán Eſcobedo.

Diſpueſtas ya las Tropas, paſſando à Infantería la Cavallería Eſpañola, y dados al Cabo, que quedava, los ordenes convenientes, cantaron todos en voz alta el *Alabado*, à cuyos ecos ſe enfurecieron los enemigos, comenzaron al miſmo tiempo à diſparar flechas, y à levantar un ruídoſo formidable alarido. Deſpues que paſſó el canto de los Chriſtianos, proſiguieron, provocando à los Nueſtros con palabras indecoroſas. Los de la Meſa del Cangrejo, no ſolo les acompañavan en el alarido, ſino que rodavan algunos peñaſcos, que tenian prevenidos, aunque por eſtar de la otra parte del barranco no podian ofender à nueſtra gente: demonſtraciones, que hizieron por no hazerſe ſoſpechoſos à los ſuyos, y por ignorar, à que lado havia de valanzear la Victoria. Pero à peſar del barbaro eſtruendo ſe ſiguió con formalidad la marcha, acompañando dos Indios flecheros à cada Soldado Eſpañol, aunque no pudo mantenerſe en el progreſſo eſte orden, aſſi por no permitirle las angoſturas, como porque cada uno procurava huír, como podia, el cuerpo al peligro; pues apenas havian dado los primeros paſſos, vieron venir ſobre sí tres deſechas tempeſtades de flechas, de piedras deſpedidas de las hondas, y de deſmedidos peñaſcos, que arrancados con palancas echavan à rodar deſde la cumbre: eſta ultima cauſava mas horror por los formidables efectos, que cauſava, haziendo aſtillas los arboles, que ſe le oponian, y deſtrozando en menudas piezas las otras peñas, en que tropezavan, deſpidiendolas con tal violencia, que herido Don Pablo Phelipe con uno de eſtos pedazos, al tiempo que ſubia, y peleava animoſo, derribando à algunos de los enemigos, de los que ſe le acercavan menos cobardes, quedó tan fuera de sí, que le dexaron ya por muerto.

No obſtante tan terrible opoſicion obligaron las flechas de nueſtros Indios, y el eſtruendo de los tiros, à que dexáran libre el paſſo, retirandoſe poco

à

à poco los Infieles, y cediendo el Campo los que al parecer animoſos havian baxado à la ladera. De eſta ſuerte pudieron los Nueſtros ganar terreno, ſin deſcaecer, aun lloviendo ſobre ellos tan formidables diſparos, no teniendo otro reparo, para no quedar deſpedazados de las peñas, que rodavan, que, ò guarecerſe al abrigo de otro peñaſco, aunque ſi tropezava, y ſe partia era cierta ſu ruína, ò arrojarſe ſobre la tierra, implorando el favor Divino, cuyo ſocorro ſolicitavan fervoroſos los que havian quedado en la falda, rezando repetidas vezes en voz alta, y à gritos el Roſario. No ſe hizo ſordo el Cielo à clamores tan devotos; porque los grandes precipitados peñaſcos à muchos les lamian ya la ropa, paſmandoles el ruído, pero ſin recibir leſion alguna, paſſavan ſobre los que ſe dexavan caer, como ſi les levantára en alto alguna inviſible mano. El Capitán Don Nicolás de Eſcobedo guarecido de un arbol, y movido, ſin ſaber de quien, al paſſarſe al abrigo de otro immediato, apenas ſe havia reparado vió él, y otros, que uno de los peñaſcos rodados deſmenuzó aquel primero, en que eſtava poco antes, librandole aſſi el Señor con tan paternal evidente providencia; y lo fué tambien lo que al principio parecia deſacierto en haver errado el camino; porque à media cueſta ſe apartava ázia lo mas baxo una vereda aun mas eſtrecha, que la que ivan ſiguiendo: entraron por ella los primeros, ſin reparar, que ſe alejavan de la que era mas trillada, por ir divertidos, y atentos à repararſe de las muchas flechas, y piedras enemigas: proſiguióſe por alli la marcha, evitando por eſte camino el caer en las eſtacadas prevenidas, y logrando la ſubida ſin eſte tan peligroſo embarazo. Eſta vereda era tan poco traginada aun de los Nayeres, que nunca ſe perſuadieron, que la tomaſſen los Nueſtros, ni aun que la deſcubrieſſen: con eſta ſeguridad no trataron de fortificarla, ſino en la cumbre, donde venia à encontrarſe con la que

dexaron, y devieran haver ſeguido, ſi les guiára con-ſejo humano, y no la Divina amoroſa providencia, que viſiblemente ſe deſcubria.

Luego que el calor de la pelea dió lugar à los Barbaros, à que advirtieſſen el extravio de nueſtra gente, ſe irritaron extraordinariamente, viendo el malogro de ſus celadas, en que no dudavan, y con razon, no ſolo derrotar, ſino deſtruír nueſtro pequeño Exercito. Enfurecióſe mas que todos el valiente, y temerario Tahuitole, aun mas contra los ſuyos, que le havian impedido el darſe, y aſſegurar aſſi ſu vida, la de ſu muger, y la de ſus hijos, que contra los Nueſtros; viendoles ya tan cerca de la eminencia, con rabioſa ſaña, y furor dixo à los que eſtavan en la trinchera: ya es tiempo de arrojarnos en medio del peligro, para detener el paſſo al enemigo, y de que mueſtren ſu valentia con las obras los Conſejeros, que me diſuadieron la obediencia: añadióles otras coſas, que le dictava ſu temerario colerico furor, concluyendo por fin, que ya no havia otra eſperanza, que una alentada ciega deſeſperacion. Luego executando lo miſmo, que perſuadia, ſe arrojó con rabioſa barbaridad, y rara agilidad por las breñas, y precipicios como una fiera, y baxando à la eſtrecha vereda, por donde proſeguia nueſtra marcha, empuñando un grande alfange, ſe opuſo à ſu frente: acercóſe tanto, que admiró à los Nueſtros; y aun ahora confieſſan todos, que ſi huvieran moſtrado iguales brios, otros ocho, ò diez Indios, que le ſeguian, no ſolo les diſputáran, ſino aun impoſſibilitáran el paſſo, y la victoria. Aquel Barbaro arrebató tanto à nueſtros Soldados, que eſtuvieron unos paſmados, y otros por librarſe de tan belicoſo monſtruo, embiſtieron tan à ciegas, que caſi ſe mezclaron con los Nayeres, que entonces lograron herir à algunos; mas advirtiendo eſte peligro el Capitán de guerra del Pueblo de Santa Cathalina Don Chriſtoval de Torres, que eſtava me-

nos

nos enagenado, y havia ya enarcado, deſde que vió precipitarſe al Tahuitole, le apuntó tan certero, que atraveſandole con la flecha por un vacio, que deſcubria el brazo, con que manejava el alfange, le dobló, y echó en tierra. Antes que pudiera levantarſe, apuntandole otros dos, acabaron con las balas de quitarle la vida, y ceſſando de repente la algazára, deſmayó el orgullo, y ſe puſieron todos en precipitada fuga.

Los Nueſtros comenzaron à reſpirar, aunque ſiempre tuvieron grande aliento: hecha una breve pauſa, à peſar de la hambre, y de la ſed toleradas por largo tiempo, pues comenzando à ſubir por la madrugada llegaron à la cumbre como à las quatro de la tarde, ſe esforzaron à ſeguir à los enemigos, haſta llegar à ſeñorearſe de toda aquella tan aſpera montaña, y de la tan celebrada Meſa del *Tonati*, donde luego que llegaron entonaron el *Alabado*: enviaron algunos, que hizieſſen la ſeña, que ſe havia convenido, para que ſubieſſen los Soldados, que ſe mantenian cuidando los cavallos; y acomodaron à los heridos, para atender à ſu curacion. Dexaron de ſeguir à los fugitivos Nayeres, no juzgando practicable ſu alcanze; pues aunque vieron el ganado mayor, que dexaron, y el eſtrago, que en ſu fuga cauſavan en ſus Rancherias, reduciendolas à cenizas con ſus coſas, ſolo pudieron deſcubrir, mas no coger, à dos, ò tres, que ſe arrojavan à un profundo barranco, por donde ſe havian deſcolgado ya los demás: aſſombróles no ſolo la perdida del mas valiente de ſus Capitanes, ſino lo que ellos miſmos aſſeguran aun ahora, que obſervaron antes de ſu deſeſperada reſolucion, y ſupimos la primera vez, quando nos preguntavan por el Perſonage, que echavan menos. Todos convienen, en que vieron, guiando à nueſtras Tropas, à un Eſpañol en un cavallo blanco con la eſpada deſenvainada en la mano, y que ſin neceſſitar de adarga, con ſolo tender con

la

la otra la capa, no ſolo ſe reparava de las flechas, ſino que impedia, que ofendieſſen à ſus Soldados.

Nadie eſtrañará, que el Apoſtol Santiago ſe dexaſſe vér, aterrando Barbaros, y ſocorriendo à los Catholicos, deſde que lo executó aſſi con una aparicion glorioſa en la celebre batalla de Clavijo: en eſta no ſe ſabe, ſi fué apariencia, ò realidad, ò ficcion: en todo caſo no puede negarſe haver ſido tan ſuperior à las fuerzas humanas eſta Victoria, que todos à una voz la llamaron maravilloſa. Y puede verdaderamente aſſegurarſe, que aunque ſuele regularmente abultar los ſuceſſos la pluma, à lo que paſſó en eſta Conquiſta, no es facil, que lleguen aun los mayores encarecimientos; porque quien no reconocerá la mano de Dios, y tendrá por mas que ordinario favor de ſus altas providencias, que ſolos ſetenta, y cinco hombres ſe atrevieſſen à combatir con una tan grande multitud de Barbaros, que ſobre lograr las ventajas del terreno, por eſtar atrincherados, y ſer dueños de la eminencia, peleavan con flechas diſparadas de ſus arcos, con guijarros deſpedidos de ſus hondas, y con peñaſcos de tanta corpulencia, que baſtavan à deſtrozar en menudas piezas los robles, y las otras peñas, en que chocavan? Que penetraſſen una montaña inacceſſible à la mayor oſſadia, y ſolo ſuperable con una ſingular maravilla? Que de los ſetenta, y cinco, que la ſubieron ninguno murieſſe, y ſolo ſalieſſen heridos, un Soldado Eſpañol, y ſeis, ò ſiete Indios amigos? Y finalmente, que aunque en dos ſe calificaron tan mortales las heridas, que fué preciſo diſponerles luego con los Sacramentos, ſin otra medicina, que un poco de vino, y una raiz de julimes comenzaſſen luego à mejorar, reſtituyendoſeles en breves dias la ſalud? Fuerza es, que confieſſen, eſpecialmente los que han viſto eſtas montañas; que ſe devió eſte tan maravilloſo triumpho al poderoſo brazo del Señor, y al ſoberano patrocinio de ſu Santiſſima Madre.

CA-

CAPITULO XIX.

PONESE FUEGO À LOS ADORATORIOS de los Idolos: erigese el primer Templo, aunque pequeño, à la Santissima Trinidad, y comienzan à convertirse los Nayeres.

LLegó el dia diez, y siete por la mañana el Señor Governador à la Mesa; y encontrandose en lugar de los enemigos con el Capitán Don Nicolás Escobedo, y sus Tropas, añadió tanto fuego à los bochornos, que la noche antes le causó la luminaria, que segun lo pactado havia mandado encender aquel Cavallero, y advirtieron desde la cumbre, donde havian hecho alto, para abanzar el dia siguiente, que montando en colera metió mano à las armas, para castigarle el haver contravenido à sus ordenes; y aunque pudo encontrar mas pronta respuesta en su valor, y resolucion aquel tan esforzado animoso Capitán, quiso sin embargo antes satisfacerle prudente con lo que havian acordado en secreto, y assegurandole, que lo que su Señoría le havia dicho como por irrision, y donaire, lo havia tomado mui de veras su valor, acostumbrado à cumplir siempre lo que ofrecia: todo esto apoyado con la interposicion del Padre Antonio Arias, y de los Subalternos apagó el fuego, que ya ardia, y huviera aumentado al menor soplo sus activas llamas de manera, que passára à ser incendio tan funesto, que impidiera los progressos de tan importante Conquista. Apaciguados ya los Gefes, y los que como parciales defendian sus causas, y dadas las gracias à Dios nuestro Señor por tan singulares beneficios, reconociendo, que aunque estava ya ganada la Mesa, andavan aun fugitivos los Nayeres, y que impor-

portava mucho ſoſſegarles, para embarazar, que bolviendoſe à unir, no ſe rehizieſſen para nuevo combate, diſpuſo el Señor Governador, que marchaſſen en ſeguimiento de los Barbaros cien hombres entre Soldados, y Flecheros todos à pié, por no permitir Cavallería las eſtrechas, pendientes laderas del terreno.

Salió la Tropa, y mientras ſeguia ſu rumbo, los otros ſe ocupavan en recoger los deſpojos de viveres, ganado, mulada, y Cavallada, que havia abandonado el enemigo: entre las coſas, que tomaron, ſe halló aun con ſeñas de no haverlo uſado el veſtido, y demás alhajas, que dió en Mexico el Señor Marqués de Valéro al *Tonati*. Subieron el Padre, y el Señor Governador con quatro Soldados, que les acompañavan, el miſmo dia à regiſtrar los immediatos Templos, è infames Adoratorios de los Idolos, que eſtavan en un cerro tan cercano, y caſi contiguo à la Meſa, que les ſirve eſta como de baſſa: era la ſubida mui aſpera, y tan peligroſa, que fué meneſter ſubirlo mas à pié: en el primer Templo, que hallaron, ſe guardavan los hueſſos de Nayerit con todos aquellos adornos, que ſe dixo ya en el capitulo ſegundo de eſta Hiſtoria: alli cerca havia otros Adoratorios de Idolos de inferior eſphera: mas arriba eſtava el gran Templo del Sol; y por ignorarſe entonces, que los Idolatras huvieſſen ſacado dél à ſu tan venerada Deidad, que llamavan *el Gran Dios*, para que aun en caſo de quedar Padres, y Soldados, pudieran en lugar oculto fabricarle algun Templo, creyó aquel zeloſo Jeſuíta, que adoravan à una piedra jaſpeada, que ſe halló alli, en que ſe veìa eſculpida la imagen de aquel luminoſo Aſtro: con eſta perſuaſion la ſacaron con dos picheles, uno de plata, y otro de eſtaño, en que le ofrecian ſangre de Venados, ò de los Guainamorecos, que matavan, para remitirlo à Mexico con los hueſſos de Nayerit: metieron fuego, aſſi à ſu Templo,

plo, como al del Sol, y otros, que alli havia, cauſando en los que quedavan para reſguardo del Real en la Meſa, y en los que eſtavan en Peyotan, à donde llegó aquel dia el Padre Juan Tellez, eſpecial alborozo la viſta de aquellas humaredas, como que ya adivinavan, que en eſtas ruínas ſe havian de erigir Templos, en que ſe honraſſe, y adoraſſe con los mas Chriſtianos ſinceros cultos al verdadero Dios en deſagravio de los que alli ſe havian ofrecido haſta entonces al Demonio.

Luego que vieron derribado, y reducido à cenizas aquel Throno, en que tan infamemente por tantos ſiglos havian ſido veneradas tan falſas, y mentidas Deidades, diſpuſieron Igleſia en un Xacal, ò Templo pajizo, aunque pequeño, mas engrandecido con la Mageſtad, que le llenava, dedicandole à la Auguſtiſſima Trinidad: el dia ſiguiente diez, y ocho de Enero dixo alli Miſſa el Padre Antonio Arias, celebrandola con la mayor ſolemnidad poſſible. Agradóſe tanto Dios de eſtos tan devidos obſequios, que quiſo caſi al miſmo tiempo, que ſe le ofrecia en la Meſa aquel Santo Sacrificio, que alcanzáran los Soldados, que havian marchado el dia antecedente, à ciento, y quatro Perſonas las mas de las Rancherias del Indio Alonſo, y con ellas à una Eſpañola, que era ſu muger, y oy vive en el Pueblo de Jeſus, Maria, y Joſeph, ſin la menor reſiſtencia, ni haver ſido meneſter otra diligencia, que diſparar al aire algunos tiros.

Luego que el Governador tuvo aviſo de que llegava à la Meſa aquella gente, mandó, que ſe formára en frente del Quartel la Soldadeſca, y que al paſſar por alli, ſe recibiera con carga cerrada: executóſe el orden, y al oír el eſtruendo de tan multiplicados diſparos, muchos de los Indios cayeron en tierra, otros hizieron el ademán de querer huír, y lo huvieran executado, ſi la ſoga, con que venian atados, nó lo

huviera impedido. Al bolver del ſuſto, fueron conducidos à la preſencia del Señor Governador, quien con toda ſu Compañia fué à preſentarſeles al Padre; y para que aprendieſſen à reverenciar à los Miſſioneros, el primero, que ſe hincó de rodillas, para beſarle la mano, fué ſu Señoría, à cuyo exemplo hizieron lo miſmo todos los Cabos principales, y Soldados: deſpues llegaron los Indios de uno en uno, y aquel Apoſtolico Varon les recibia en ſus brazos, eſtrechandoſelos al pecho: accion, que con las eſpeciales mueſtras de cariño, con que les habló, y con los regalos, que les dió, baſtó para ſoſſegarles, y para que les bolviera el color antiguo, que el ſuſto les havia robado.

El haverſe eſcapado el Indio Alonſo, por ſer tan malevolo, que ſolo caminava por los extravios de ſus aſtucias, y rebeldía, puſo en grande conſternacion al Señor Governador, mas templó el ſentimiento, que los de la Meſa del Cangrejo no huyeron, viendo ya ganada la del *Tonati*, y que ardian en vivas llamas los Templos de ſus Dioſes: enviaron por Embaxador à un hijo del Cazique Don Joſeph, ofreciendo en nombre de todos una flecha, prometiendo, que el dia ſiguiente paſſarian à dar la obediencia, y ſignificando, que eſtavan prontos à congregarſe en Pueblo, para ſer inſtruidos en la Ley Evangelica. Deſpachó ſu Señoría bien agaſajado al que vino con la embaxada, y el dia ſiguiente acudieron puntuales los Caziques con la mayor parte de ſu gente, y con la de Don Pedro, que ſe mantenia preſo en Peyoran: dieron la obediencia, y deſpedidos del Governador ſe reſtituyeron à ſus caſas.

Bien manifeſtaron la ſinceridad de ſus propueſtas, bolviendo à los tres dias dos de ellos à ſuplicar al Miſſionero, que paſſaſſe à bautizar à una anciana, que eſtava ya moribunda, mas previniendole, que havia de ir à pié, porque havian de paſſar por un atajo, por don-

donde no se pudiera à cavallo. Voló luego aquel zeloso Jesuíta, assi porque ya comenzava à lograr el fin de su venida à estas Serranías, como tambien para que vieran los Indios, que todos sus deseos eran el bien, y consuelo de sus almas; sin detenerse à tomar alimento alguno, como le instavan, por ser ya las diez del dia, salió acompañado de dos Soldados: encontró en el camino, que no es mas, que una baxada, y una subida, tantos precipicios, que si Dios no le favoreciera con especiales maravillas, se huviera sin duda despeñado, y perecido: fuéle necessario muchas vezes, ya baxar, ya subir arrastrando por las peñas: assi llegó por ultimo con la fatiga, que se puede facilmente discurrir, al ponerse el Sol; mas olvidó todos sus trabajos con el consuelo, que tuvo, viendo la buena disposicion de la enferma, que bien instruída recibiò el santo Bautismo: al otro dia con la alegria de haver amanecido mejor la enferma, que todos imaginavan, que moriria aquella noche, se restituyó al Real por otro camino mas largo, pero menos peligroso; y al tercero se supo, que havia ya sanado: noticia, que celebrò mucho el Padre por el temor de que cobrassen, si muriessen los primeros bautizados, todos aquellos Barbaros horror à los santos Sacramentos. Mas la brevedad, con que esta recibió la salud, con la que todos vieron, y admiraron en otra enferma, les llenó de pasmo, y de aprecio de la Religion Christiana.

Enfermó en la Mesa del *Tonati* una hija del Indio Don Alonso: mandó le llamáran al Missionero, y aunque acudió prontamente la halló tan à los ultimos, que solo se dexava reconocer, que estava viva por los lentos, y debiles latídos del pulso, y por una, ò otra palabra, que apenas con gran trabajo articulava, sin acabarla de pronunciar: administróle el santo Bautismo, que antes havia deseado, y pedido à sus Parientes; y el dia siguiente se halló tan del to-

do ſana, y tan robuſta, que ſolicitó, y obtuvo licencia, para paſſar à la Meſa del Cangrejo à viſitar à los ſuyos, como lo executó con admiracion de todos, eſpecialmente de ſu marido, que pidió luego el ſanto Bautiſmo, y ſiendo bien inſtruído, ſe le adminiſtró, caſandoſe poco deſpues *in facie Eccleſiæ.*

No tardó mucho el Señor Governador en ir con el Padre à pagar à los del Cangrejo la viſita, que les havian hecho: recibieronles con todas las mueſtras de cariño, que les permitia ſu pobreza: reiteraron la obediencia, que dieron al Rey nueſtro Señor, y beſaron todos al Padre la mano con gran reſpeto: manifeſtaron de nuevo ſus deſeos de congregarſe en Pueblo, y de fabricar Igleſia, y Caſa para el Padre, que les adminiſtraſſe. Dexó el Governador à ſu arbitrio la eleccion del ſitio, y eſcogieron el que ocupa ahora el Pueblo de Jeſus, Maria, y Joſeph; porque aunque por la penſion del calor exceſſivo era poco apetecible, con todo el eſtar en la ribera del rio, y cercano à ſus huertas le hazia para ſus intereſſes mui acomodado. Pidieron tambien, que les puſieſſen en libertad los priſſioneros, que eſtavan en Peyotan, y los que ſe havian enviado à Zacatécas: ſe condeſcendió à ſus ſuplicas, bolviendola à todos, menos al Portero Nicolás Melchor, por haver ya muerto en ſu carcel mui reconocido, bien inſtruído, y diſpueſto por el Padre Alonſo García Ramon, que havia ſido Cathedratico de lengua en la Ciudad de Durango, y ſe hallava entonces en el Colegio, que tiene en aquella Ciudad la Compañia.

Paſſó à eſſe miſmo tiempo à Quaimaruzi el Cazique Don Domingo de Luna con encargo de quedar en aquel parage con la gente de ſu Rancheria, agregandoſele los que dominados aun del temor ſe mantenian alli ocultos en los barrancos cercanos, abrigandoſe en las quiebras de los peñaſcos. El efecto moſtró con el feliz logro del intento el acierto de eſta di-

diligencia; porque muchos, depuesto el miedo, salieron de sus escondrijos; y visitando poco despues à Quaimaruzi el Governador, los que ya estavan juntos, y otros, que ivan llegando, dieron de nuevo la obediencia. Se comenzó à fundar aqui el nuevo Pueblo de Santa Theresa, concurriendo algunos de los Laguneros, à quienes dió este nombre una hermosa Laguna, que tienen cerca de sus Rancherias: está vallada de rasgadas peñas, sin permitir mas, que una escasa entrada en su orilla: recogense en ella, como en una pila las aguas de varios arroyos de la Sierra, y à largo trecho por secretos conductos sale tan caudaloso manantial de aguas, que forma el hermoso rio de Santiago, que viene à incorporarse cerca de Quaxata con el otro grande del Nayar, que es el de Jesus, Maria, y Joseph: estos Indios fueron siempre los menos fieles, y los mas belicosos.

Luego que el Señor Governador les dexó sossegados, se restituyó al Pueblo de la Santissima Trinidad, y dispuso que el Sargento Don Alvaro Sanchez Serrada, y otro Soldado passassen à Mexico à dar al Excelentissimo Señor Marqués de Valéro las alegres nuevas de la Victoria, y juntamente el alfange del valiente Tahuitole, la piedra, que hallaron en el Adoratorio del Sol, y el Cadaver de Nayerit con algunos de sus adornos, que se reservaron del incendio, para que en aquella Corte se entregáran à las llamas, y diessen assi mas luz al desengaño. El Señor Virrey, luego que llegó el Sargento, y le entregó con las cartas los despojos de la Victoria, tuvo Junta de guerra, y de hazienda, conformóse con el parecer, y voto consultivo, y haviendo resuelto conferir, como lo practicó, al Governador Don Juan Flores el Titulo de Teniente de Capitán General, determinó, que los despojos se entregassen, como se hizo, con despacho de ruego, y encargo al Ilustrissimo Señor Doctor Don Juan Ignacio de Castorena, y Ursua, que

falle-

falleció mucho deſpues Obiſpo digniſſimo de Yucatan; honra, que le merecieron ſus realzadas prendas: entonces era Dignidad de la Metropolitana de Mexico, Calificador del Santo Oficio de aquella Corte, Proviſor, y Vicario General de los Indios en eſte grande Arzobiſpado.

Aunque ſu Iluſtriſſima recibió el deſpacho, ò fueſſe por interponerſe otros negocios de mayor peſo, que pedian mas pronta expedicion; ò para que ſe executaſſe la ſentencia el miſmo dia, que la de otros reos, cuyas cauſas eſtavan pendientes, ſe dilató haſta el dia treinta, y uno de Enero del año de 1723: executóſe el ſiguiente, primero de Febrero, llevando entre los reos, que ſe havian condenado à azotes por ſus delitos, en hombros de Indios al Idolo del Sol, y los hueſſos del Nayerit con todo lo que ſe remitió de eſta Provincia, à la Plaza de San Diego, en donde eſtava el braſero; y à viſta de innumerable gente ſe quemó todo, diſponiendo Dios, que aſſi como la Cedula Real, que mas acaloró eſta Conquiſta ſe expidió, y firmó el dia treinta, y uno de Julio del año de nueve, en que celebra la Santa Igleſia à nueſtro glorioſo Padre San Ignacio, ſe reduxeſſe à cenizas el Idolo del Nayar el dia de San Ignacio Obiſpo, y Martyr tan fino Jeſuíta, ò tan Jeſuíta de corazon, que deſpues de muerto ſe le halló eſcrito en él con letras de oro el Sagrado Nombre de Jeſus, como refiere San Antonino; y parece que aun con eſtas, que pudieron diſcurrirſe caſualidades, quiſo la Divina providencia moſtrar, que deſtinava, y ſeñalava para eſta glorioſa empreſſa à unos Miſſioneros, que fueſſen, no comoquiera Jeſuítas, ſino tambien hijos del grande Patriarca San Ignacio.

*** ***
***

CA-

CAPITULO XX.

PENETRAN NUESTROS SOLDADOS LOS barrancos en ſeguimiento de los fugitivos; reducenſe muchos Nayeres, amotinanſe los de Quaimaruzi, y ſoſſiegalos con una caſualidad el Cielo.

COmo la toma de la Meſa ſe conſiguió con tanta felicidad à expenſas de las maravillas, con que el Cielo ſocorrió à los Nueſtros, llenó à los Nayeres de admiracion, y agitados de un terror panico ſe dividieron, unos por la parte del Sur, y otros por la de Poniente, para defenderſe, ò en los barrancos, ò en los Pueblos fronterizos, fiados en la amiſtad antigua, que con ellos profeſſavan. Mas el Señor Governador, que deſeava, ò congregarles antes, que ſe entibiaſſe el calor de la Victoria, y ſe resfriaſſen los brios de los Soldados, ò à lo menos haver à las manos al *Tonati*, cuya buena indole aſſegurava ſu reduccion, y con ſu exemplo la de los otros, ò coger al Viejo Don Alonſo, cuyo natural protervo, y terca obſtinacion mantenia rebeldes à los mas de aquellos Barbaros, determinó ſalir, y no reſtituírſe al Real haſta haver regiſtrado todos los barrancos de la Sierra, y ſacado de ſus grutas à los Nayeres.

Executólo aſſi el dia dos de Febrero con la mayor parte de la gente, aunque luego ſe dividieron, marchando ſu Señoría con los Capitanes Don Luís de Aumada, y Don Chriſtoval del Muro con el Alferez Don Nicolás García, y con numero conſiderable de Soldados Eſpañoles, y de Indios ázia el Poniente, y por la parte del Sur las Eſquadras, que parecieron neceſſarias baxo el mando del Capitán Don Nicolás

lás de Eſcobedo. En el camino experimentaron los favores, con que el Cielo favorecia ſus intentos; pues ſiendoles neceſſario paſſar por muchas cuchillas, y laderas mui immediatas à profundiſſimos barrancos, perdiendo pié muchos cavallos, en que ivan los Soldados, quedando eſtos en la orilla del precipicio las cavallerias llegavan hechas pedazos al profundo. Uno de los que eſtuvieron en peligro de un fatal deſpeño, fué el Señor Governador, pero como corria à cuenta del Cielo el amparo, paró ſolo en amágo la deſgracia, para que ſe viera mas claramente la maravilla.

A pocos dias de haver ſalido aquel animoſo vigilante Gefe, vinieron à la Meſa tres Caziques con ſus Rancherias: hallaron aſſi en el Padre, como en el que governava, que era Don Miguel de Cañas, muchas mueſtras de afabilidad, y cariño; depueſto ya el temor, dieron rendidos la obediencia, ofreciendoſe à congregarſe en Pueblo, y pidiendo licencia, para reſtituírſe à ſus caſas con paſſaporte, y papel, en que conſtaſſe haverſe ya preſentado, y ofrecido rendidos la obediencia al Rey nueſtro Señor, para eſcuſar de eſta ſuerte las vejaciones, que en ſus Perſonas, y bienes podian recibir, ſi les hallaſſen nueſtras Eſquadras: las del Señor Governador tropezaron con algunos de los fugitivos, à quienes por haver hecho alguna reſiſtencia, mandó cortarles las melenas: caſtigo tan ſenſible à eſtos Indios, que ſolo él baſtó, para que otros muchos noticioſos por las eſpias, ſalieſſen de ſus grutas à encontrarles, y rendirſeles.

Por eſtos ſe tuvo el aviſo de que no pocos de ſus Paiſanos ſe havian retirado al Pueblo de San Blas, y à otros de las fronteras: con eſta noticia ſin atender à lo peligroſo del camino, mandó marchar allá, no ſolo para ſacar à los refugiados, ſino para domar el grande orgullo de los San Blaſeños, ſituados caſi en la raya, y à mui poca diſtancia de las Rancherias de algunos de los Nayeres, con quienes eſtavan tan uni-

dos,

dos, que viviendo tan immediatos jamás se ofrecieron, ni aun de cumplimiento, à servir à su Magestad; y se dezia, que ellos havian acalorado los traidores intentos de estos Barbaros, quando rompieron la guerra en Teaurite tan alevosamente. Llegó al Pueblo con el rumor de la venida de nuestra Tropa el espanto; y aunque acaso se hallava alli el Religioso, que les administrava, y libravan en el empeño de su autoridad el suavizar al Governador, sin dar este lugar à que se le expusiesse el ruego, despues de cumplir con las salutaciones cortesanas de aquel Ministro, comenzó à declarar en idioma Mexicano, que hablava expeditamente, su quexa con tal acrimonia, y tales muestras de enojo, que atemorizò tanto à los Indios, que huvieran perdido el animo, à no interrumpir la increpacion el Religioso, suplicando à su Señoría el perdon, que luego les concedió, mostrandoseles aplacado, pero encareciendo, que lo hazia, solo por intercession tan calificada. Y dexando à los del Pueblo bien escarmentados, dió la buelta, trahiendose consigo à los Nayeres, y restituyendose à la Mesa; porque aunque tuvo aviso cierto, de que en Tonalisco, y Huaximique se havian refugiado otros muchos de estos Barbaros, y sabia quanto importava el recogerles, no se le escondian los graves inconvenientes, que podian resultar, si lo executára sin superior mandato: para evitarles, determinó consultar, como lo hizo, al Excelentissimo Señor Virrey.

Su Excelencia recibida la consulta, la remitió à los Señores Auditor de Guerra, y Fiscal, quienes penetrando las ponderosas razones, que hazian mas, que moralmente ciertas las consequencias, que se representavan, y discurriendo, que el haverse salido los Nayeres, y refugiadose en los Pueblos, no era tanto, para reducirse, quanto para no sujetarse; que alli havian de ser tratados como Huespedes, y havian de mantener siempre el amor à su Patria, à sus huertas,

y à ſus intereſſes; que dificultava todo eſto, (aunque huvieſſe Miniſtro de aſſiento) el inſtruírles en vida politica, y chriſtiana; que ſolo podia prometerſe ſu enſeñanza dentro de ſu miſma Provincia, donde con toda la ſuavidad, y el amor, que dicta el zelo, governandole la prudencia, y dandole vigor la cotidiana, y no interrumpida inſtruccion ſujetarian la cerviz al yugo Evangelico; y que por ultimo de lo contrario ſe ſeguirian otros inconvenientes, que de induſtria calla la pluma, reſpondieron uniformes, que importava al ſervicio de ambas Mageſtades, el que ſu Excelencia mandaſſe ſacar de los Pueblos fronterizos, y reſtituír al Nayar à todos ſus Naturales, como lo ordenò, y ſe executó, y verémos mas adelante.

Llegó à la Meſa el Governador, y fué tan bien recibido, quanto havia ſido mas deſeado; porque pocos dias deſpues, que ſalió, tumultuaron en Quaimaruzi los Indios Laguneros; miravan mui mal à ſu Geſe Don Domingo de Luna, por ſaber dieſtramente juntar con la rectitud de la juſticia las obligaciones de Chriſtiano, impidiendo valeroſamente los vicios, y procurandoles imponer en politica, y vida chriſtiana: ſin otro motivo, que eſte, conſultaron, y reſolvieron quitarle la vida, no ſolo à él, ſino à toda ſu Familia, y Parentela, para lavar con ſu ſangre eſte, que dezian, borron de ſu Nacion. Deſpacharon algunos, que convocaſſen à los del Cangrejo, que por ſer menos diſtantes, podian con mayor brevedad agregarſe à los ſedicioſos. Y ſin aguardar la reſpueſta del Embaxador, fiados en ſer muchos cercaron, quando eſtavan mas deſprevenidos ſus habitadores, las mal reſguardadas caſillas, en que vivian Don Domingo, y los ſuyos: antes de acercarſe, para manejar los alfanges, comenzaron à llover flechas: viendoſe acometidos aquellos fieles Chriſtianos Indios, metieron mano à las armas; y aunque fué tan inopinado el aſſalto,

to, no les turbó tanto el ſuſto, que malograſſen flecha alguna de las muchas, que diſparavan, ſiendo aſſi, que los rebeldes ciegos con la colera apenas acertavan tiro. Lograron con todo herir à Eſtevan hermano del Governador, à quien con otro Indio fideliſſimo, aunque Gentil, cuñado de Don Domingo, huvieran acabado, por ſer los que mantenian el combate, ſi la Divina providencia con una, que pareció caſualidad, no huviera deſarmado à los contrarios, acobardandoles tanto, que les puſo en precipitada fuga.

Fué el caſo, que de las Eſquadras de Indios amigos, que llevava el Governador, ſe huyeron dos del Pueblo de Guazamota impelidos de la hambre, que ſe padecia en el Exercito: falta, que ſe ſintió caſi en todas las entradas, que ſe hizieron para eſta Conquiſta: erales à los dos deſertores caſi camino neceſſario, para bolver à ſu Pueblo, el de Quaimaruzi. Como havian dexado quietos à los Laguneros, ſin ofrecerſeles la mas leve ſoſpecha, caminavan, acercandoſe à aquella Rancheria, pero haviendoles viſto las eſpias, que los conjurados havian dexado, para obſervar los que viniеſſen, ſin detenerſe à examinar, ſi les ſeguian otros, ni reconocer quienes fueſſen, ni ſi eran ſolos dos, bolvieron corriendo à los ſuyos con aquella agilidad, que ſuele dar el miedo, publicando à vozes, que ya ſe acercava el Governador, y el Campo de los Chriſtianos: baſtó ſola eſta noticia, para que ſin otro examen apelaſſen à la fuga, encaminandoſe al barranco, y aſperezas de la Laguna, por ſer tales, que haſta ahora dudo, que haya alguno de los Gefes, que las haya regiſtrado.

Reſpiraron los ſitiados; y viendo, que no venian mas Soldados, que los de Guazamota, aunque havian creído tambien, que venia el Governador, deſpacharon luego à la Meſa à Eſtevan de Luna, para que pidieſſe algunos Soldados: eſcogieronle, para ſolicitar

licitar el ſocorro, para que hablaſſen tambien, para facilitarle, con ſus bocas las heridas, que aun llevava mui recientes. Y aunque movieron à compaſſion, quando las vieron, ſe bolvió ſin el buen deſpacho, que deſeava, y merecia, por el corto numero de Soldados, que allí havia; lo era tanto, que huvieran perecido, ſi Dios con el temor no les huviera vendado los ojos à los Nayeres; porque las chiſpas, que havian ſaltado de Quaimaruzi al Cangrejo, las atizó un Indio hijo del rebelde Don Alonſo, que entonces havia paſſado con licencia de la una à la otra Meſa, aſſegurandoles la facilidad de acabar con los que eſtavan en la del *Tonati*, por haver quedado ſolos doze, ò catorze Eſpañoles con pocos Indios amigos, ſin tener otra trinchera, que los Xacales, ò caſas pajizas: materia tan diſpueſta, para recibir la llama, que podian luego lograrlo, diſparando flechas encendidas.

Iva creciendo tanto el fuego, que huviera llegado al Real el incendio, ſi el Señor no huviera diſpueſto, que un Indio de poca edad, mas de buen corazon, à quien havia dado cargo de Capitán el Señor Governador, retirandoſe de las conferencias, que tenian en el ſilencio de la noche, como acoſtumbran, valiendoſe de la obſcuridad, paſſaſſe à dar noticia al Padre Antonio Arias, y al Oficial, que mandava. Agradecieronle la fidelidad con las palabras, y con los dones; le induſtriaron en lo que devia executar, advirtiendole, que preſto experimentarian el deſengaño con la venida del Governador, que ſe aguardava dentro de uno, ò de dos dias, y que ſe lo dieſſe aſſi à entender à los inquietos. Bolvióſe el Indio, y el efecto moſtró, que baſtaron las razones, con que fué inſtruído, para ſoſſegar à los del Cangrejo.

Y para que ni eſtos ſe rebolvieſſen, ni los Laguneros ſe atrevieſſen à ſalir de ſus madrigueras, diſpuſo Dios, que dos dias deſpues de eſte alboroto llegaſſe el Señor Governador à la Meſa, y à pocos mas

el

el Capitán Escobedo, quien traxo solos dos prisioneros; porque muchos, que se mantenian en los barrancos immediatos, luego que reconocieron à los Nuestros, se retiraron à las Rancherias de los Tecualmes, y otras de Coras alli contiguas, perseverando aun rebeldes. Y aunque se consiguió el alcanze, llegando à avistarse con los enemigos el Capitán, y algunos Soldados, la falta de viveres, y lo maltratado de las cavallerias, que les havia obligado à caminar à pié la mayor parte del viaje, les hizo tomar la buelta, contentandose con haver reconocido aquel terreno, y los caminos, para disponer despues la entrada, y tomar con mejor prevencion aquel empeño. El Señor Governador abochornado de la altivéz de los Laguneros deseava con el castigo apagarles los brios; mas no pudo executarlo hasta passados algunos dias, quando se comenzava ya à entender en la formacion de Pueblos.

CAPITULO XXI.

FORMANSE ALGUNOS PUEBLOS, celebranse muchos Bautismos de parvulos, reduceſe el Tonati, *y ofrece à sus hijos, para que le reciban.*

SAbiendo el Señor Governador, quanto importava, para atajar las sediciones, acudir à tiempo con el reparo, deseó passar al temido barranco de la Laguna à castigar los amotinados; mas llegandole à este tiempo un Correo del Señor Don Juan de Olivan Rebolledo, Auditor General de Guerra, se le embarazó la execucion: vino por entonces aquel Cavallero à Zacatécas à celebrar su boda con una hija del Señor Coronel Don Fernando de la Campa, y Cos, y le encargó

cargó el Señor Marqués de Valéro, que logrando la cercanía, atendieſſe al adelantamiento de eſta nueva Converſion, y Conquiſta. Para dar cumplimiento à tan ſuperior mandato deſpachó luego un pliego al Governador, pidiendole informe del eſtado del nuevo Reino de Toledo (nombre, con que quiſo ennoblecer à eſta Provincia el Señor Virrey), y de las providencias, que juzgaſſe neceſſarias, para que ſe lograſſen los deſeos de ſu Excelencia. El Governador repreſentó por entonces lo que parecia mas urgente, remitiendo lo demás para la viſta; porque eſperava licencia, que por deſgracia nueſtra obtuvo, para ſalir de eſtas Serranías.

Luego que ſe deſembarazó del deſpacho, y de otros negocios, que ocurrieron, trató de poner en forma los Pueblos, ſeñalandoles Governadores, Alcaldes, y otros con los empleos, que ſe juzgaron neceſſarios, ſin olvidarſe de poner Fiſcales, que atendieſſen al aſſeo, y culto de los Templos, y que juntamente ayudaſſen à los Miſſioneros, cuidando, que los que eſtavan à ſu cargo aſſiſtieſſen à la Miſſa, y Doctrina: ſin embargo ſe experimentó, que todo el trabajo le cargavan ſobre los Padres, tomando à ſu cargo la enſeñanza de los niños, buſcando con gran fatiga por las caſas à los parvulos, que no ſe havian bautizado, y cathequizando à los adultos, que de nuevo ſe convertian. Dando principio por el Pueblo de la Santiſſima Trinidad en la Meſa del *Tonati*, donde ſe havia ya reſuelto, que quedaſſe el Preſidio de San Franciſco Xavier de Valéro, ſacó abiertamente la cara, para impedirlo el Demonio, que havia ſido adorado alli por tantos ſiglos: commovió à los Indios, para que repreſentaſſen al Governador, que aquel parage no permitia Poblacion por la eſcaſéz de agua, que ſe agotava tan del todo, que ya por el Mes de Abril le abandonavan ſus moradores, ſin bolver haſta los principios de las lluvias. Eſto era falſo, y ſin em-

embargo con tal energía lo proponian los Indios, que huvo el Governador, y los demás de inclinarſe à ſu dictamen, y à que, ni ſe fundaſſe Pueblo, ni Preſidio.

Mas el Padre Arias con el Teniente de Governador ſin haver otro, que ayudaſſe ſus razones, ſe opuſieron mui de recio, conociendo, que no era bien en eſte punto fiarſe, ni dexarſe governar del dicho de los Nayeres, cuyos dictamenes ſe devian mirar como ſoſpechoſos; que ſi la eſcaſéz de aguas era el argumento, que perſuadia ſeguir el conſejo de los Naturales, ſería bien, que noſotros devieſſemos à la experiencia el deſengaño; que ſi faltaſſe del todo, nos baxaſſemos al rio, que era el pueſto, que deſtinavan para la Poblacion el Governador, y los que le ſeguian; y por ultimo, que ſi ahora abandonavan los Nueſtros la Meſa, podian los Nayeres ganarla de nuevo, para fortificarſe alli con peligro manifieſto de perder en poco tiempo lo que tanto havia coſtado. Por fin fueron tantas, y tan eficazes las razones, que el Padre Antonio expuſo, que huvo de aſſentir el Governador à ſu dictamen, determinando, que ſe fundaſſe alli el Pueblo con tanto acierto, que nunca ha faltado agua para la gente, para los cavallos, y ganado, que mantienen los Indios, y Soldados. Y como ſuele perder la memoria la ſimulacion, viendo la reſolucion del Governador tan conforme al parecer del Padre, pidieron los mas de los que havian explicado el ſuyo tan contrario, quedarſe à vivir en aquel Pueblo, como lo hizieron con ſu Governador el Indio Don Pedro, que dava mueſtras de eſtar ya reconocido. El dia ſiguiente diez, y ſiete de Febrero bautizaron el Padre Arias, y el Padre Juan Tellez Giron, que havia ya buelto de un viaje, ſeſenta parvulos, y los dias ſiguientes otros muchos, que ofrecieron guſtoſos ſus Padres.

Pueſto ya en toda forma el Pueblo de la Santiſſima

ſima Trinidad, dexando alli al Padre Juan Tellez, ſubieron à la Sierra el Señor Governador, y el Padre Antonio, que como Superior, que era, le fué neceſſario ſiempre aſſiſtir à las funciones de mayor monta: caminaron con animo de paſſar à Quaimaruzi, y como à doze leguas llegaron à un pueſto, que ſe havia deſtinado, para fundar, como ſe hizo, el Pueblo de Santa Gertrudis: hallaron ya alli dos numeroſas Rancherias: governava una Don Nicolás, y otra Don Vicente Caziques de los Principales de eſta Provincia; eſtava con ellos el Capitán Don Chriſtoval del Muro, à quien con el Alferez Don Nicolás García, y otros Soldados havia deſpachado pocos dias antes el Governador, para que mantuvieſſen pacificos à los Indios, y les congregaſſen en aquel pueſto.

Dividióſe el Pueblo en dos barrios, por no deſſazonar à los Caziques; porque ninguno de ellos quiſo ceder el mando, y fué preciſo ſeñalar dos Governadores, que ofrecieron poner luego mano à la Fabrica de la Igleſia. Bautizó el Padre haſta ducientos parvulos, ſin que le embarazáran las continuas lluvias, que huvo los tres dias, que alli eſtuvieron. Y aunque el Governador, no ſé por qué motivo, ſi no fué por el mal temporal, que corria, determinó, que ſe bolvieſſen à la Meſa, el Padre Antonio ſintió en el alma, que ſe difirieſſe dar la ultima forma al Pueblo ya comenzado de Santa Thereſa en el ſitio de Quaimaruzi; y ya que no pudo conſeguir, que le acompañaſſe, eſpoleado del eſcrupulo de que los que ſe havian congregado en aquel parage, no murieſſen ſin Bautiſmo, le inſtó con tal eficacia, que le permitieſſe caminar ázia donde le llamava ſu obligacion, que huvo de condeſcender; y para que le eſcoltáran, le dió ſeis Soldados, entrando en eſſe numero el Alferez Don Joſeph Carranza, y Guzman, Sugeto de conocido valor.

Con eſta pequeña eſcolta caſi à un miſmo tiempo

po partió el Padre para Santa Thereſa, y el Governador para la Santiſſima Trinidad: halló aquel zeloſo Jeſuíta à los Indios con muchos Laguneros, no ſolo quietos, ſino mui hermanados, y le hizieron tales cortejos, que por no eſperados, les tuvo caſi por ſoſpechoſos: tenian prevenida comida aquel dia, que eſtimó mucho, por ſu gran falta de viveres: à los demás, que alli eſtuvieron les regaló el comun, dando cada familia dos tortillas: eſpecie, que les ſugirió algun dieſtro arbitriſta, para dar mucho, gaſtando poco; pero lo que mas agradeció aquel Evangelico Miniſtro, fué la buena voluntad, con que le ofrecian ſus hijos, para que les bautizára, logrando eſta dicha mas de cien parvulos, paſſando aſſi à guſtoſa alegria los antecedentes rezelos. Convirtióſe tambien en riſa el ſuſto, que eſtos dias, que alli eſtuvieron, les ocaſionó una Tropa de Indios: ivan todos armados al miſmo tiempo, que el Padre celebrava Miſſa en una ramada deſcubierta por los lados: vióles, y temiendo algun aſſalto, apreſuró las ceremonias, y concluyó con brevedad el Sacrificio. Los Soldados ocupados del rezelo, ſin hazer movimiento alguno, obſervavan prudentes los de los Indios, que luego que llegaron, arrodillandoſe unos, quedaron otros en pié, executando lo que veían obſervar à los Eſpañoles. Deſpues inquiriendo ſagazmente el motivo, ſe ſupo, y ſe celebró con riſa; porque dixeron, que havian venido con armas, para defender al Miſſionero de los enemigos, como lo hazian los Soldados; y ſolo podian defenderle de sí miſmos, pues no havia otros algunos, de quienes rezelarſe.

Mas para que no faltáran entre eſtos conſuelos, que tanto alentavan à eſte Apoſtolico Varon algunos ſinſabores, que le exercitáran la paciencia, permitió Dios, que aſſaltára à los de aquel Pueblo la peligroſa epidemia de unas mortales viruelas. Y como los primeros, que cayeron, fueron los parvulitos,

tos, temia eſte prudente Jeſuíta, que ſi murieſſen, ſe confirmarian aquellos Barbaros en ſu errado dictamen, de ſer, antes que ſaludables, dañoſos los ſantos Sacramentos; pero quiſo el Señor, para alentar la confianza, que en ſus piedades tenia, que aunque enfermaron los que ſe havian bautizado, todos ſanaron; y un muchacho ſolo, que murió, no le havian trahido à lograr las ſagradas aguas del Bautiſmo. Eſta fué una maravilloſa Divina providencia, porque à mas de ſer la tierra frigidiſſima, y el tiempo tan riguroſo, eſtando los mas caìdos al pié de los pinos ſin ningun reparo, y pidiendo eſta enfermedad tanto abrigo, les echavan, como acoſtumbran à ſus enfermos, agua fria en la cara, y cabeza, repitiendo eſta barbara diligencia, ſiempre que el enfermo lo pide, ò perciben por el contacto el calor de la calentura.

Beneficios ſon eſtos, que por extraordinarios no ſe pueden dexar de admirar, queriendo aſſi Dios aficionar à eſtos pobres deſvalidos Indios à nueſtra Santa Religion à deſpecho del Demonio, que no ha ſabido, como introducirles el horror à ſus ſagradas ceremonias, eſpecialmente al ſanto Bautiſmo. Aſſi lo aſſeguraron al Padre Joſeph de Meſſa, que entró deſpues, y fué Miſſionero del Pueblo de nueſtro Santo Padre de Guainamota algunos Gentiles, que aun alli havia: ſubieron à viſitar à ſu Idolo en un Adoratorio, que eſtá en una alta cumbre al Oriente de aquel Lugar, y les dixo el Infernal Enemigo, que le tenian mui enojado los Nayeres por los muchos, que ſe bautizavan; que ſi querian, que les favoreciеſſe, que le ſiguieſſen à un barranco, que les ſeñaló; que deſamparaſſen el Pueblo; que no ſe dexaſſen engañar de los Padres; y que no creyeſſen ſu Doctrina. No le baſtó todo eſto, para detenerles en ſu Idolatría, antes à viſta del deſengaño conocieron claramente ſus ardides.

Poco deſpues de haver llegado el Padre Antonio

nio à la Mesa tuvo el Governador noticia por el Indio Don Pedro del sitio, en que se hallava el *Tonati*, y valiendose del mismo, y de otro llamado Juan de Medina, que le era mui Pariente, dispuso, que se le diesse toda seguridad, y aliento, para que no le detuviesse su cobarde pusilanimidad: produxeron tan buen efecto estas diligencias, que le vino en breve el aviso de lo que tanto deseava: convino en el dia, en que havia de passar de la Mesa del Cangrejo, en donde ya estava, à la suya antigua. Aquel cuerdo Cavallero por no assustarle de golpe con la vista de muchos Soldados, salió sin otra compañia, que la del Sargento Francisco Flores: encontraronle à no mui larga distancia: despues de las salutaciones à su moda manifestó la causa de no haverse incorporado con los Españoles, como havia prometido, y fué unicamente el temor, de que los suyos le quitassen la vida, como con efecto lo intentaron.

Presentóle à los Padres, y haviendole agasajado todos con demonstraciones cariñosas, à que obligava su buen natural, y agradable presencia, pidió licencia ya animoso, para que viniesse assimismo su Familia. Por este tiempo le llegó al Governador la que havia pedido al Señor Virrey, para passar à sus haziendas, con las condiciones, que despues dirémos. Mas antes de su partida dispuso, no solo que se fabricassen dos Torreones en el Presidio, para assegurar la defensa en caso, que los Indios intentassen algun acometimiento, sino que partiesse el Alferez Carranza al Pueblo de Santa Gertrudis con una Esquadra de Soldados, para hazer otra fortificacion, y dexar alli la de San Salvador el Verde, para contener à los Nayeres, que vivian por la parte del Norte. Quiso tambien baxar con el Padre Arias al rio, para poner en forma el Pueblo de Jesus, Maria, y Joseph, y el de San Francisco de Paula, fundados cerca de sus orillas.

Fueron con ſu Señoría los dos Padres, y reconociendo la priſſa, con que deſeava deſembarazarſe, por la grande vehemente inclinacion, con que le llamava el amor à ſu Familia, bautizaron à los parvulos de los dos Pueblos; y ſiendo tantos, por ſer el de Jeſus, Maria, y Joſeph el mas numeroſo de la Provincia, y el calor exceſſivo, ſin permitir interrupcion los muchos, que havian concurrido, ſudavan aquellos Evangelicos Obreros tanto, que haſta las Sotanas quedavan como ſi las huvieran metido en agua. Acá vino en ſeguimiento del Governador el *Tonati* con ſu Familia, y deſde luego ofreció à ſus hijos, que eran quatro, para que ſe bautizáran. Hizoſe reparar la ſingularidad, que ſolicitó uno de los Caziques para eſtos Bautiſmos; porque como eran tantos, les adminiſtravan los Padres à muchos juntos, arreglandoſe al Ritual Romano, y queriendo executar con los hijos del *Tonati* lo que eſtilavan con los otros, ſe llegó al Padre un Cazique, aviſandole, que no parecia bien, que los hijos de tan autorizado Perſonage ſe bautizaſſen como los otros, aunque lo fueſſen de Indios Principales, ſino que ſe havia de hazer ſeparadamente, como lo executó aquel Miſſionero, apadrinando à dos el Governador, y à los otros dos ſu Teniente D. Miguel de Cañas, con agradecimiento de los Nayeres, que con eſtas mueſtras de gratitud, y con el reparo, que hizieron, probaron, que en el *Tonati* reconocian ſuperioridad.

Concluidos los Bautiſmos, ſe partiò luego el Gefe de aquella Sierra à ſu hazienda dia doze de Marzo, haviendo eſtado en el Nayar ſolo poco mas de dos meſes. Llevóſe toda ſu gente con algunos Soldados del Rey; y haſta ſu Teniente Don Miguel de Cañas, à quien por ſu valor, y por ſu juizio ſe le podia fiar la auſencia, ſalió con titulo de acompañarle, previendo los graviſſimos males, que podian ſeguirſe del eſtado, en que quedava la Provincia. Los

In-

Indios amigos ya antes havian marchado caſi todos. Los Padres llenos de ſentimiento, que ſolo aliviavan con la confianza, que tenian en Dios, ſe reſtituyeron à la Meſa, por ſer el centro, y para acudir deſde alli à donde les llamaſſe la neceſſidad. Lo cierto es, que pareció arrojo deſamparar un Reino tan alborotado, antes de pacificarle del todo, y abandonar tan preſto un parto todavia tan informe, que havia coſtado tantos dolores, y que à no eſtar Dios tan empeñado en favorecer eſta Conquiſta, no pudiera haverſe conſervado; mas fué ſin duda, para que vieramos, que eſta era obra toda ſuya, haziendo, que ſe lográra aun contra lo que podia prometerſe toda prudencia humana.

CAPITULO XXII.

SIGUENSE LOS MALOS EFECTOS, QUE ſe temieron de la auſencia del Governador, y acometen algunos trabajos, quedando victorioſa la tolerancia.

COncedió licencia al Governador el Señor Virrey, para que paſſaſſe à ſu hazienda con la preciſion, à que executava la empreſſa, que ſe le havia fiado, previniendole no ſolo, que ſalieſſe de ſu cuenta, y rieſgo, ſino que dexaſſe Teniente de ſu ſatisfaccion, y tal, que no ſe hizieſſe ſenſible ſu auſencia, y no obligaſſe à que ſe deſeára ſu Perſona. Hallavanſe fuera del Reino, entendiendo en negocios conducentes à la reduccion, los Capitanes Don Santiago de Rioja, y Don Alonſo de Reina. Y como el Teniente de Governador Don Miguel de Cañas huyó juizioſamente el hombro, previendo ya los males, que amenazavan à la Provincia con la caſi ſumma falta de

de municiones, y alimentos, por mas que ſe prometia la pronta remiſſion de uno, y otro, ſe vió obligado à dexarlo todo al cuidado del Sargento de la Compañia de Zacatécas, hombre honrado, de punto, y mui impueſto en la diſciplina Militar: mas ſiendo muchas las partes, de que ſe compone una cabeza, apenas havian echado menos la del Governador los Nayeres, comenzaron à retirarſe de los Pueblos, agregandoſe à los rebeldes, que aun todavia ſe mantenian en los barrancos, haziendo alli frequentes Juntas à fin de ſublevarſe, para que acabando con los pocos, que havia dexado el Governador en la Provincia, bolvieſſen à gozar la libertad, que lloravan ya perdida.

El lugar, donde con mas frequencia, y concurſo ſe tenian eſtas conferencias, era la Rancheria del rebelde Don Alonſo ſituada en el rio, y eſtrecho barranco de Santiago. El efecto fué no ſolamente quedar reſuelta la ſublevacion, ſino para aſſegurarla, ſalir luego el miſmo Don Alonſo à ſolicitar algunas Eſquadras de los Toboſos: noticia, que dieron algunos Indios de Santa Thereſa, y que renovó los antiguos temores; porque los que ſe hallavan en el Preſidio de San Salvador, no tenian aun todavia fortaleza alguna para ſu defenſa. Y aunque los de la Meſa ſe hallavan con dos Torreones en el Preſidio de San Franciſco Xavier de Valéro, que fueran ſuficiente reparo, para contener à los Nayeres, no lo era para la oſſadia de los ferozes, y veteranos Indios de la Vizcaya. A que ſe añadia, que el mayor enemigo eſtava dentro en la eſcaſéz de viveres, y de municiones, y era inevitable el perecer à los mas ſenſibles filos de la hambre; porque aunque con haver deſpachado ſu Teniente al Señor Governador tres ſucceſſivos Correos ſe conſiguió, que remitieſſe polvora, y balas, encargando ſu conduccion à los Indios del Pueblo de Mezquitique, por haver ſido ſiempre mui fieles, pero no ſe pudo remediar la falta de alimentos,

por

por no haver hallado mulas, para conducirles, assi por lo escaso de los pastos, como por el horror, que todos tenian à la aspereza de los caminos. Llegó à faltar tan del todo la carne, y el maíz, que muchos dias no tuvieron los Padres, y Soldados otra vianda, que las frutas silvestres, que buscava la necessidad, y distribuía la escaséz, aumentandose mas este tormento con haverse ido los Indios amigos, que eran los que mas se alejavan à buscar estos socorros à la urgencia casi extrema.

Mas à pesar de la hambre, y de la falta de defensores, con la provision de municiones, y mas con la noticia de hallarse ya en su Rancheria el Indio Don Alonso, por haver retrocedido luego, que llegó à los terminos de esta Provincia, que confinan con los de la nueva Vizcaya, no atreviendose à penetrar hasta la tierra de los Tobosos, por haver sabido, que andava todavia en Campaña aquel Governador, se alentaron tanto los Nuestros, que determinaron los Padres celebrar la Semana Santa, adornando uno de los Torreones, que les sirvió de Iglesia, assi por vér, si la novedad sacava à los Indios de sus barrancos, como para implorar de la Divina clemencia, que continuasse sus beneficios, y facilitasse la conduccion de viveres. Mucha fué la novedad, que causaron à los Nayeres, que acudieron, las ceremonias, con que en este Santo tiempo excita la devocion nuestra Madre la Santa Iglesia; pero lo que mas fuerza les hizo fué el lavatorio de los pies; porque escogiendo, para lavarselos à los mismos Barbaros, quedaron atonitos al mirar hincados de rodillas à sus pies, no solo à los Missioneros, sino à aquellos mismos Soldados, que en la Campaña havian visto pelear con tanta valentia. Y aunque antes se divulgó la noticia, passando de los que quedaron en el Pueblo à los que se havian retirado, bien se conoció de los pocos, que concurrieron, los muchos, que estavan escondidos en sus bar-

barrancos: despues lo confirmó la tragedia, que padecimos, y fué un borron, que echaron estos Serranos en la tabla, hasta entonces limpia, de esta Conquista.

La vispera de Ramos llegó de la Ciudad de Zacatécas à esta Provincia Don Alonso Fernandez de Monrroy, con un criado llamado Juan Joseph de Esparza: venia este Cavallero de orden del Señor Virrey, para reconocer, si eran minerales estos cerros, y para probar los metales, que se pudiessen sacar. Luego que passó la Pasqua de Resurreccion, pidió al Teniente de Governador escolta, para passar al sitio de la Puerta con alguna seguridad; pero aquel Cabo sentia tanto, que se enflaqueciesse mas su tan corta guarnicion, que no huvo remedio de concederle lo que pedia; lo mas que pudo conseguir fué, que le acompañasse Don Santiago de Arbizu, Soldado Español, y que mas que ninguno havia dado muestras de su valor con un mulato llamado Juan Antonio de Leon diestro en manejar las armas, y practico en los caminos del Nayar, por ser uno de los que vivian en esta Sierra, aunque se reduxo à nuestro Campo, desamparando mui con tiempo el de los rebeldes. Apenas havia caminado Don Alonso quatro leguas, quando reconocieron en un sitio, que descollava eminente en el barranco de Santiago, señas de ser mineral; determinó reconocerle, dexando à las orillas del rio à los dos sus compañeros: subieron Don Alonso, y Don Santiago; y à poco andar descubrieron una beta, de que arrancando con los picos algunas piedras, vieron en ellas varios granos de plata virgen, que las hermoseavan; pero al tiempo, que gozosos admiravan aquella riqueza, les assistió el funesto alarido de los Nayeres, que tenian sitiados à los que quedaron en la orilla del rio, guardando los cavallos.

El motivo de esta inquietud fué, que viendo Juan Antonio, y Esparza unas cavallerias de los Indios,

dios, que havian llegado à beber al rio, les pareció bien el remudar con ellas, para que las ſuyas deſcanſáran; y haviendolas lazado, acertaron à verlo unos Infieles, que dieron pronto aviſo à los que vivian en lo interior del barranco. Acudieron muchos armados con arco, flechas, y alfanges, ocultandoſe à obſervar, ſi proſeguian ſu intento. Entre los demás acertó eſtar el dueño de aquellas cavallerias, que era un Viejo, y viendo, que ſe las llevavan, ſalió de la maleza, y afeandoles la violencia, les reprehendió la injuſticia de uſurpar lo ageno. Irritados Eſparza, y Juan Antonio con la reprehenſion, prorrumpieron en palabras tan injurioſas, que enfureciendo à los Indios ſu arrogancia, comenzaron à deſpedir de los arcos tantas flechas, que à no valerſe del reſguardo, que les ofreció el tronco de un arbol, les huvieran luego muerto.

Mas Eſparza penſando amedrentarles con el amágo de la eſcopeta, ò con el eſtruendo, ſi fueſſe neceſſario diſpararla, ſalió animoſo, encarandoſe al Viejo eſpecialmente ofendido, que ya le eſperava con la flecha enarcada, y diſparando caſi à un tiempo los dos, al meterle al Indio en el cuerpo las balas, cayó él atraveſſado con la flecha, arrojada con tanto impulſo, que entrando por el pecho, ſalió por la eſpalda, no ſolo la punta, ſino parte de la caña. Poco deſpues bien aſſuſtados baxaron D. Alonſo, y Don Santiago, y llegando al pueſto, donde aun ſe mantenia, peleando, aunque herido, Juan Antonio, quiſieron darle ſocorro; pero advirtiendo, que à Don Santiago al primer tiro, ſe le quebró la caxa del arcabuz, diſpuſo con grande agilidad los cavallos, y les perſuadió, que montaſſen, y le ſiguieſſen, pues las heridas no ſe lo embarazavan. Y dexando à Eſparza, que ya eſtava en las ultimas agonias, comenzaron ſu buelta. Luego que los Indios reconocieron la fuga, que por cohoneſtarla, llamaremos reti-

rada, acudieron todos al ſitio, en que havia quedado Eſparza, y acabaron con los alfanges de matarle; ſiguieron deſpues à los otros con un continuo alarido; mas el gran conocimiento de la tierra, que tenia Juan Antonio, les facilitó el eſcape.

Llegaron à la media noche al Preſidio, y luego ſe confeſſó Juan Antonio, porque llevava dos heridas, que ſe juzgaron mortales; aunque quiſo Dios, que deſpues ſanára. Refirieron la tragedia, y el Teniente de Capitán Don Juan de Orendain pidió al que governava algunos Soldados, aſſi para ſeguir à los agreſſores, procurando con la miſma prontitud en caſtigarles amedrentar ſus brios, como por traher, y enterrar en ſagrado el Cadaver de Eſparza: perſiſtió firme en el dictamen de amparar el Preſidio, y no diſminuír las fuerzas con la diviſion de Eſquadras. Deſpues ſupieron, que los del Cangrejo aſſeguravan, que los Indios eſtavan inquietos por haver ſido provocados, comprobandolo con el hecho, por ſer, como eran los cavallos, en que llegaron los Nueſtros à la Meſa, de los Indios, à quienes mandó el Teniente de Governador, que traxeran, como lo executaron, el Cuerpo del difunto, para darle Eccleſiaſtica Sepultura. Dixoſe entonces tambien, que havia muerto el Barbaro; mas poco deſpues vino à la Meſa, y vivió muchos años con las balas en el vientre, ſin que le cauſaſſe eſpecial moleſtia; y haviendoſelas ſacado, quedó del todo bueno.

Paſſados algunos dias ſe aumentaron los temores, deſcubriendoſe los ſecretos deſignios de los Nayeres; porque un Indio enviado del Viejo Don Alonſo llegó à Santa Gertrudis, y convocados al anochecer à Junta los Principales del Pueblo, les dixo: que el Governador no bolvia ya al Nayar, por haverſe quemado toda ſu hazienda; y la verdad fué, que dos Soldados fugitivos, que havia aprehendido, y tenia aſſegurados, quemaron la puerta de la pieza, en que

les

les guardava; pero reconocido el fuego, se apagó con tiempo, atajando todos los daños. Esta noticia, que ninguno de los Nuestros sabía, llegó à la de los Indios casi al mismo tiempo, que sucedió, distando la hazienda del Governador casi sesenta leguas de esta Provincia. Añadió el enviado, que à mas de quedar impossibilitado el regresso, no se podian enviar alimentos, de que estavan tan escasos los pocos Soldados, que se mantenian en los Presidios, que ya los Laguneros, y todos los del Rio de Santiago, havian hecho mucha provision de flechas, deseando solamente, que todos se uniessen, para acabar con los Españoles.

No se sabe lo que respondieron los de Santa Gertrudis; porque dispuso el Señor, que passando cerca de la casa, en que se tuvo la conferencia, un Soldado inteligente del idioma Mexicano, reparò en la Junta, y se detuvo, sin que lo advirtieran los Indios, enterandose assi de quanto se tratava. Passó luego à dar noticia al Presidio, en que estava con el mando el Alferez Don Joseph Manuel Carranza, y Guzman (à quien parece le era connatural el valor, la resolucion, y el acierto): y sin detenerse, llevando consigo algunos Soldados, cercó la casa, y aprehendió al Embaxador: y aunque quiso fingir varias mentiras, por ultimo, ya con alhagos, ya con amenazas, confessó la verdad, refiriendo lo mismo, que havia dicho à los Infieles. Luego se encaminó el Alferez à la Rancheria de Don Alonso, para cortar el hilo à la sedicion: dexò algunos Soldados, para guardar el Presidio, marchó con solos doze hombres, yendo todos à pié por donde les guiava el prissionero, llevando mui pocos viveres, à que obligava la necessidad. Y aunque caminavan alegres, les dessazonó el gusto, el que dos Soldados, haviendose fatigado, y detenido, para tomar algun descanso, perdieron el camino, y nunca pudieron, aunque les aguardaron, juntarse con

ſus compañeros. Llegaron à la Rancheria poco deſpues de media noche, y al quererle poner cerco, fueron ſentidos de los Nayeres: metieron mano à los alfanges, y caſi ſin deliberacion, ſe arrojaron deſde el bordo del barranco à la profundidad del rio: uno de ellos, que movia con agilidad el alfange, tropezó al irſe precipitado al agua con el Alferez, que ſintiendoſe herido en la garganta del pié, aviſó à los ſuyos. Ciegos eſtos dos vezes con la obſcuridad, y con la colera, dieron carga cerrada apuntando al rio, y ſolo ofendieron las balas à un muchacho, que quedó herido, y à una muger, que ſe halló muerta ſepultada en las hondas.

Los Nueſtros reconociendo, que ya ſe havia errado el tiro, y que eſtava mal herido ſu Alferez, tomaron la buelta, antes que amaneciera: afligió à todos aun mas, que el canſancio, y hambre, la ſed, que apenas podian tolerar; pero à poco andar deſcubrió un Soldado en una peña agua baſtante, para beber toda la Eſquadra. Ivan mas alentados con el refrigerio, quando advirtieron, que les venian ſiguiendo innumerables Barbaros en ademán de acometerles: mandó el Alferez, que ſe ocupaſſe la cumbre de un cerro, que eſtava limpio de Arboleda, ſin tener otra planta, que un ſolo arbol: dió orden, que no ſe diſparaſſe, haſta que los Indios embiſtieſſen; pero eſtos ſe contentaron con cercar el cerro, que havian ocupado los Eſpañoles. A eſte tiempo ſe hallaron los Soldados cercados de mayores congoxas, porque ſobre eſtar faltos de ſueño, el Alferez aunque lleno de aliento, perdia las fuerzas, por lo mucho que ſe deſangrava.

Reſueltos à morir en defenſa de nueſtra ſagrada Religion, hincados de rodillas rezaron tres vezes el Credo, y luego experimentaron el favor del Cielo, con una novedad impenſada; porque aquella noche, en que dieron el aſſalto à la Rancheria de

Don

Don Alonſo, llegó à la Puerta el Señor Governador, acompañado de buen numero de Soldados: ſupieronlo los Infieles ſitiadores al tiempo miſmo, que los Nueſtros clamavan à Dios por ſocorro; enviaron uno, que ſin darſe por entendido de la novedad con el Alferez, le rogó en nombre de todos, que perdonára el atrevimiento de ſus compañeros, à quienes havia cegado el ſentimiento por la muerte de la India; y que procuráran luego ſin dilacion retirarſe, aſſegurando, que no les ofenderian mas, y que ſi querian por eſtar mas cerca, que el Preſidio de San Franciſco Xaviér de Valéro, caminar à la Meſa, él les moſtraria el camino, como lo hizo; y ſiendo preciſo baxar al rio, lograron en ſus orillas, no ſolo agua para apagar la ſed, ſino muchos pezes, para mitigar ſu hambre. A los Indios, que encontraron alli, les experimentaron mui joviales, y oficioſos, como les hallaron antes los dos Soldados, que havian quedado perdidos, y que por varios extravios guió la providencia, haſta juntarſe en el rio con ſus compañeros, con quienes llegaron al Pueblo de la Santiſſima Trinidad el dia treinta, y uno de Mayo, en que por Titular ſe havia celebrado la Fieſta ſolemne de eſte Auguſtiſſimo Myſterio.

CAPITULO XXIII.

ENTRA DE NUEVO EL GOVERNADOR, ſoſſieganſe las ſedieiones, y finalizaſe la Conquiſta.

ES mui ordinario, que quando à una grande afliccion ſucede el alivio, ſe recibe como mui eſpecialmente apreciable el conſuelo. Afligidiſſimos ſe hallavan los Nueſtros con la auſencia del Governador cau-

cauſa de tantos afanes, y tribulaciones; mas queriendo la Divina providencia conſolarles, diſpuſo, que caſi à un miſmo tiempo llegaſſe à la Meſa la noticia de hallarſe ya en la Puerta el Governador, y los dos Capitanes, no ſolo con algunos de los Soldados, que ſe hallavan fuera del Reino, ſino con otros dos Conquiſtadores Evangelicos, que fueron el Padre Joſeph Bautiſta Lopez, y Padre Joſeph de Meſſa, à quienes paſſados algunos años arrancaron de eſta Provincia ſus continuos achaques. Fueron tan bien recebidos, como deſeados; porque el Padre Viſitador Antonio de Arias ſe hallava tan ſin aliento, por haver conſpirado contra ſu ſalud la hambre, y las enfermedades, que llegó caſi à deſconfiarſe de ſu vida; ſiendole por eſſe motivo forzoſo al Padre Tellez cargar con todo el peſo. Poco deſpues vino el Governador con porcion baſtante de alimentos, que alegró à todos por lo mucho, que havian padecido con la ſumma eſcaſéz de viveres.

Aumentó mas el conſuelo la reduccion del rebelde Don Alonſo, que, ò aſſombrado de la temeraria valentía del Alferez Carranza, y de ſu corta Eſquadra, ò confuſo con la no eſperada buelta del animoſo Gefe de toda eſta Provincia, à quien ſolo temia, ò lo que es mas cierto, movido de las vozes, y aldabadas, que le dava la piedad Divina, para reducirle, la miſma tarde del dia de la Santiſſima Trinidad, baxando uno de los Padres de la Meſa, à recebir à aquel tan deſeado Cavallero, le ſalió al camino al llegar al Pueblo de Jeſus, Maria, y Joſeph. Y advirtiendo, que ivan dos Soldados en ſu compañia, aviſó por medio de otro Indio al Miſſionero, que ſe apartaſſe de la viſta de los Eſpañoles, como lo hizo; y haviendole alentado, y aſſegurado ſu confianza, quedaron en que el dia ſiguiente, le aviſaria por medio de aquel miſmo confidente ſuyo del animo del Governador, que puſo varios reparos, que

difi-

dificultavan el perdon; mas por ultimo le dió por eſcrito con todas aquellas precauciones, y ſeguridades, que le dictava al interceſſor ſu eſcrupulo. Aſſegurado ya aſſi Don Alonſo, luego paſſó con toda ſu Familia à la Meſa, conſiguiendoſe de eſta ſuerte una, aunque poco ruidoſa, mas provechoſa inſigne Victoria; porque en ſolo aquel tan autorizado valiente Indio quedaron vencidos todos los que pervertia ſu tan terca obſtinada malignidad.

Por eſte miſmo tiempo deſpachó el Governador al Capitán Don Chriſtoval del Muro al Pueblo de Huaximique, para ſacar de alli, y reſtituír al Nayar à los Naturales refugiados, llevandoſe el deſpacho, que à eſte fin expidió el Señor Virrey. Se logró todo ſin dificultad; porque ya aquellos fugitivos Barbaros ſuſpiravan por ſu Patria, y havian pedido al Señor Preſidente de Guadalaxára Don Thomás Teran de los Rios congregarſe, y formar Pueblo en Guainamota, como ſe executó deſpues; porque haviendo cometido el Señor Virrey la deciſion de eſte punto à aquella Real Audiencia con el informe, que hizieron el Señor Governador, y el Padre Viſitador Antonio de Arias, por orden de aquel Real Senado ſe allanó todo, deſvaneciendo los inconvenientes, que rezelava la cordura.

Y aunque deſpues de la larga poſſeſſion de mas de cinquenta años de aquel ſitio dentro de eſta Sierra, ſe levantó à los Nayeres nueva contradiccion, quando paſſó à fundar, y adminiſtrar al Pueblo, ſeñalado por el Padre Viſitador, el Padre Joſeph de Meſſa, y el Preſidio, que puſo el Governador à cargo del Capitán Don Santiago de Rioja, y Carrion, ſe deſvaneció muy en breve; porque el Alcalde Mayor de Oſtotipaquillo Don Aguſtin Fernandez de la Cueva dió poſſeſſion al Miſſionero Jeſuíta con eſpecial guſto de los Indios, creciendoles aun mas con el conocimiento, que luego tuvieron de ſus realzadas pren-

prendas: eſte prudente zeloſo Obrero de la viña del Señor, valiendoſe, no ſolo del idioma Mexicano, en que era perito, ſino de ſu agrado, afabilidad, y largueza, ſe hizo en breve tiempo dueño de ſus voluntades; y à pocos meſes el que era Pueblo de Catechumenos parecia de Chriſtianos mui antiguos: dióſe à la Poblacion el Nombre de nueſtro glorioſo Padre San Ignacio, y al Preſidio el del Santo Chriſto de Zacatécas.

A los primeros dias deſpues de aquella fundacion, le ſucedieron al Padre Meſſa dos caſos, con que acabó de grangearſe la grande veneracion, que en adelante aquellos Indios le tuvieron. El uno fué, que hallandoſe una India cercana ya à la muerte, aviſado el Padre fué à viſitarla; diſpueſta con una breve inſtruccion, à que obligava la celeridad, con que por inſtantes ſe acabava, la bautizó à ſu peticion; y ſin otra medicina recobró al punto la ſalud con admiracion de los Indios. Otra India ya anciana, y caſi decrepita por los muchos años, que tenia, eſtava tan conſumida de la enfermedad, que parecia un eſqueleto: aſſiſtiala una India Chriſtiana, y capáz, ſin atreverſe à aviſar al Padre por la grande repugnancia, que tenia aquella enferma, y aun tan terrible horror al Bautiſmo, à la Religion Chriſtiana, y al Miſſionero, que ya antes de enfermar, no ſe podia conſeguir, que ſe puſieſſe en ſu preſencia: tanto aborrecia, y tan grande enfado le cauſava lo que podia facilitarle ſu converſion.

Con todo reconociendo, que ya ſe le acercava la muerte, laſtimada la que aſſiſtia de enfermera de la perdicion de aquella alma deſgraciada, reſolvió aviſar al Padre, que prontamente acudió, como que ſolo iva à viſitarla: comenzóla à mover con la dulzura, y eficacia, que le dictava ſu zelo. Gaſtó ſin fruto no poco tiempo, y advirtió, que à ſus fervores ſe le oponia todo un yelo, y à ſus ternuras un

duro

duro bronze. Salióse, para echarse à los pies de la Santissima Virgen, como lo hizo, pidiendole, que alumbrasse aquella miserable alma, y ablandasse su voluntad tan obstinada: à tan ardientes zelosos ruegos aquella celestial Señora condescendió benigna; porque bolviendose repentinamente la enferma à los que la assistian, les dixo, que llamassen luego al Padre, que queria bautizarse: vino con presteza aquel Apostolico Missionero, y despues de una breve instruccion, la bautizó, y à poco rato comenzó à hablar con expedicion, à tomar alimento, y à assegurar à los presentes, que luego, que recibió el Bautismo, sintió una notable alegria en el corazon, y grande alivio en todo el cuerpo; y fué de suerte, que à pocos dias despues agradecida visitó al Padre ya perfectamente sana, y continuó tanto sus obsequios, que por repetidos pudieron parecer importunos.

Al mismo tiempo, que fueron à fundar el Pueblo, y Presidio de Guainamota el Capitán, y el Missionero, determinó el Governador passar à la Conquista de los Tecualmes situados en esta Serranía, aunque son de Nacion distincta de los Coras, con quienes solo para pervertirles se unian, tratandoles familiarmente, por tener sus Rancherias immediatas à las suyas, y manteniendoles assi rebeldes con la ayuda de sus consejos. Passados ya cinco meses despues de la toma de la Mesa, ni de ellos, ni de los Coras sus vezinos havia venido alguno à dar la obediencia; y aunque no pocos se refugiaron en el Pueblo de Tonalisco, muchos perseveravan en sus barrancos aun tercos, y tan obstinados, que se havian arrogado desde la desgracia del Capitán Bracamonte, el nombre de belicosos, siendo solo de palabra valientes presumidos, y en la realidad cobardes. Aunque era el mes de Julio, en que ya arreciavan las aguas, y crecian los rios, se emprendió obra tan gloriosa, como importante.

Salió el Señor Governador con buena escolta de Soldados; y aunque hallaron mui malos los caminos por las lluvias, siendo por esse motivo dos vezes peligrosos, vencieron tan graves dificultades, y llegaron à las Rancherias de los Tecualmes, que estavan desamparadas; porque al descubrir nuestras Esquadras, sin atreverse à medir sus armas con las nuestras, cedieron el Campo, y la Victoria con una declarada fuga: encaminaronse unos à las asperezas de la Sierra, siguiendoles los Nuestros con tal presteza, que aprehendieron à algunos: arrojaronse otros al rio, para dexarles burlados, imaginando, que su caudalosa corriente les embarazaria los passos; pero los Nuestros, capitaneandoles mas con su exemplo, que con el mando el Señor Governador, valieronse de los troncos secos, que havia en la orilla del rio, y rompieron sin peligro la muralla, que se havian formado de las ondas: assombrados los Indios de la ossadía, y felicidad de nuestros Soldados, unos se dieron à la discrecion, y piedad del General, y otros à la fuga, aunque no tardaron en reducirse casi todos: con estos, con los que sacaron de Tonalisco, y con los Coras, que cogió el Capitán Don Luís de Aumada, se formaron dos Pueblos, uno de Coras, y otro de Tecualmes, mediando solo entre los dos el caudaloso rio de San Pedro. Al primero se le dió el nombre de San Juan Bautista; al segundo el del glorioso Principe de los Apostoles, por haverse finalizado en su dia la Conquista, de cuya conclusion avisó luego el Governador al Señor Virrey, quien no solo le dió las gracias, sino el Titulo de Coronél de Infantería Española con el sueldo, que perciben de su Magestad en este Reino los que tienen esse grado.

No quedava ya Rancheria, que, ò voluntariamente, ò por fuerza no huviesse sujetado al yugo de la obediencia su rebelde cuello; mas en casi todas faltavan

tavan muchos, que ſe mantenian, ò temeroſos, ù obſtinados en los barrancos con algunos Principales, ſiendo los mas celebres el *Nopale*, el *Meſquite*, y el *Tamatini*, à quien le dió eſte nombre el concepto de Sabio, en que le tenian eſtos pobres ignorantes. Por ultimo ſe rindieron todos con la induſtria, y zelo infatigable de los Miſſioneros, à quienes ſin duda ſe deve el titulo glorioſo de verdaderos Conquiſtadores de eſte Reino, aunque ſin el eſtruendo, y aparato Militar, jugando ſolas las armas del cariño, y de ſu Apoſtolico zelo, con que, ganandoles las voluntades, les ſacavan ſin violencia de ſus eſcondrijos à vivir como racionales, ſin otra fuerza, que la que hazen à la razon, aunque de un Barbaro, la bondad de la vida, la ſuavidad de un ſincero amor, el agrado, la manſedumbre, y la liberalidad, no pocas vezes tan coſtoſas, que por ſocorrer à los neceſſitados Nayeres con el eſcaſo alimento, que para sí tenian, ſe vieron algunos à rieſgo de perecer à los lentos rigores de la neceſſidad.

Deſde los Pueblos de San Juan, y de San Pedro paſſó el Governador al de San Ignacio de Guainamota, para acabarle de formar, y para reducir algunos Indios cercanos à aquel parage. Perſeveravan aun rebeldes, y obſtinados, governados por una India Apoſtata, llamada *Juana Burro*, que havia años, que vivia en eſta Serrania, y tenia por marido à un Indio Gentil Nayerita. Eſta tuvo tal oſſadia, que aun deſpues de ganada la Meſa, envió à deſafiar à los Eſpañoles, aſſegurandoles, que ni ella, ni los ſuyos mudarian aloxamiento, para que, ſabiendo el ſitio, les hallaſſen facilmente, ſiempre que guſtaſſen medir ſus armas con las de aquella ſu valiente Tropa. Celebróſe con riſa la embaxada; y ſin duda ſe le huviera dado luego el aſſalto, ſi la inconſtancia mugeril no le huviera aconſejado mudar dictamen, huyendo el peligro, que ya rezelava, y penſava eſcuſar en el barranco,

que eligió para reſguardo de ſu Perſona, ſin cuidar de los demás, que al vér tan llena de temores à la que les alentava, ſe dividieron, buſcando cada uno donde aſſegurarſe.

No pudo adquirirſe noticia del parage, en que ſe hallava eſta India, haſta que la deſcubrió una contingencia, que ya refiero. Salió del Preſidio de Guainamota, aunque à otro intento, el Sargento Francisco Flores, y una Eſquadra de Soldados; advirtió, por haverſe extraviado à otra importante diligencia, que un Indio, recatandoſe de ſu viſta, procuró ocultarſe entre la maleza: llamó à ſu Tropa, y con el cerco, que le puſieron le ſacaron, y ſin otro apremio, que preguntarle el parage, en que vivia, lo confeſſó, guiandoles haſta la Rancheria, donde con otros muchos hallaron à la belicoſa Juana; y aunque eran ſuperiores en numero, ſe entregaron luego ſin reſiſtencia, rindiendo las armas: fué la India la primera, que movió à los demás, y haviendoles llevado al Pueblo, y bautizadoſe à ſu tiempo el marido, ſe caſaron *in facie Eccleſiæ*. Al principio ſe moſtró mui afecta al Miſſionero, y à los Militares; mas paſſados algunos años, ſe conoció lo radicado, que tenia las aſtucias de ſu terco natural, muriendo por ultimo fugitiva, donde no ſé, ſi lograria confeſſar ſus continuas grandes maldades.

Compueſto ya el Pueblo de Guainamota, y fundado el de nueſtra Señora del Roſario en Tacualoyan, repitió el viaje à ſu hazienda el Governador con el ſentimiento, de que huvieſſen quedado infructuoſas ſus diligencias, por no haver cogido con tantas al *Tamazini*, de quien ſe temia, que con ſus engaños mantendria obſtinados à los muchos, que aun repugnavan rendir el cuello al ſuave yugo de la Ley. Y aunque no huvo Indio, que quiſieſſe deſcubrir el parage, en que ſe hallava, por fin ſe llegó à ſaber, que eſtava como Barbaro en una cueva echado ſobre muchos huevos de gallina, fomentandoles con el calor natu-

natural de ſu cuerpo, para que, como perſuadia neciamente à los ſuyos, ſalieſſen Soldados valientes, que ayudaſſen à los Nayeres. Por ultimo paſſados algunos meſes, viendo todos, que ſu promeſſa havia parado en humo, deſengañados le deſampararon. Al mirarſe el ignorante Indio ya ſin credito, y ſin ſequito, determinó, como lo hizo, irſe à vivir al Pueblo de Santa Gertrudis; mas eſtuvo ſiempre tan obſtinado en ſu Idolatría, que Dios, para caſtigar ſu rebeldía, le envió una fiebre mortal, ſin ſaberlo el Padre Miſſionero, por haverle acometido aquella enfermedad en un barranco, à que ſe havia retirado, y donde murió deſgraciadamente en ſu antigua infidelidad, deſpues de haver acalorado la ſublevacion, que con mucha repugnancia trasladará al papel la pluma, dexando no poco en el ſilencio, para no mancharle con los borrones, que afearian eſta Hiſtoria.

CAPITULO XXIV.

SUBLEVANSE QUATRO PUEBLOS, Y deveſe à la conſtancia de los Miſſioneros, que ſe mantenga ſoſſegado el reſto del Nayar.

COmenzó à florecer la Chriſtiandad en los Nayeres por la incanſable aplicacion, y eficacia de los Miſſioneros, y à correſponder tan copioſo fruto à ſus ſudores, que parecian todas las Poblaciones de eſta Provincia como una de Chriſtianos ya antiguos, experimentandoſe tan grande ſoſſiego, y quietud en los Indios, que no ſolo caminavan ya por toda la Serranía ſin eſcolta de Soldados, ſino que ſus armas ya ſe conſideravan caſi ociosas, y ſe juzgava con razon, que ya ſolo ſe havia de tratar de fabricar rejas, que ayu-

ayudaſſen à ſembrar un campo, que prometia de todos modos mui abundantes coſechas, y mas con la ayuda de otros tres Obreros Evangelicos, que vinieron de nuevo, y fueron los Padres Urbano de Covarrubias, à quien envió el Padre Viſitador Arias al Pueblo de Santa Gertrudis, Chriſtoval Lauria, que como verémos deſpues, ſe deſtinó para Miſſionero Caſtrenſe, y el Padre Rector Manuel Fernandez, que fué Miſſionero del Pueblo de Santa Roſa. Eſtando el Nayar tan ſoſſegado, comenzó el Demonio enfurecido de vér tantas almas arrancadas de ſus uñas, y que por inſtantes ſe le quitava un Reino tan antiguamente poſſeído, à rebolver los animos de los que haſta entonces havian ſido ſuyos.

A fines del año de veinte, y tres bolvió de ſu caſa à eſta Provincia el Governador, y luego procuró el infernal enemigo ſacarle otra vez, para que, llevando conſigo la mayor parte de los Soldados, ſe facilitaſſe el paſſo à la oſſadía, que maquinava. El motivo, que obligó à ſalir luego al Gefe de eſta Provincia, fué un rumor falſo, de que ſe havian viſto Indios Toboſos en las fronteras de eſte Reino. Y aunque los que havian vivido en la Vizcaya, y ſabian la diſtancia, que hai de las tierras de eſtos feroces Barbaros al Nayar, nunca dieron aſſenſo, y procuraron deſvanecer los rezelos de aquel prudente vigilante Cavallero, con todo temiendo el daño, que podian cauſar, ſi ponian el pié dentro de eſta Sierra, eſtuvo firme en ſu dictamen, y reſolvió impedirles la entrada. Salió, y deſpues de haver caminado muchas leguas, bolvió à eſta Provincia deſengañado del todo. Pero los Nayeres ſe havian ya tan entregado al engaño de ſer cierto, que los Toboſos venian à ſocorrerles, que no pudo deſengañarles la buelta de nueſtras Eſquadras, para reconocer por falſa la noticia. Los inſtrumentos, de que el Demonio ſe valió, las otras cauſas, que concurrieron, y los motivos,

tivos, que influyeron à la conjuracion, es preciſo callarles; porque temo, que la pluma al referirles convierta en borrones las letras, con ſonrojo de la modeſtia. Los efectos fueron tragicos, y tan laſtimoſos, que todavia ſaca lagrimas del corazon ſu recuerdo.

El dia primero de Enero del año de veinte, y quatro acudió al Pueblo de la Santiſſima Trinidad al Santo Sacrificio de la Miſſa, tan numeroſo concurſo de Nayeres, que huviera pueſto en cuidado, ſi no ſe huvieſſe atribuido, aſſi à la ſolemnidad de aquella Fieſta, como à la natural curioſidad de los Indios en vér al Governador, que ſe hallava en el Preſidio. Y aunque todo aquel dia ſe advirtió, que hazian continuas Juntas, no ſe ofreció el menor rezelo, haſta que el ſiguiente deſpues de haver deſamparado el Pueblo, comenzó la reflexa à hazer tardas inutiles convinaciones. Aquella miſma noche, ſin ſentirlo las Centinelas, ſe retiraron todos los Indios con tan cautelo-ſo ſilencio, que ni ſe reconoció la auſencia, haſta que la luz del dia hizo conocer, que eſtavan ſolos los Soldados en el Preſidio, y en el Pueblo unicamente el Padre Juan Tellez, y el Padre Urbano de Covarrubias, que havia venido de Santa Gertrudis à tratar con el Governador algunos puntos, que pedian pronta providencia, haviendo dexado aquel Pueblo, y el de Santa Thereſa tan quietos, tan guſtoſos, y aſſiſtentes à la Doctrina, que nunca menos ſe podia ſoſpechar, que les pudiera inquietar el exemplo, ni las perſuaſiones de los Meſeños; y aunque, para mas aſſegurarlo, quiſo reſtituirſe à ſus dos Pueblos, con que à lo que parece ſe huvieran mantenido ſoſſegados, no convino el Governador, por mas que ſe lo rogó, por temer ſin duda alguna alevoſia en tan criticas circunſtancias.

Mas reſolviò ſeguir, aunque no à larga diſtancia, à los de la Meſa, y paſſó con el Capitán Don Alonſo de Reina, y competente numero de Soldados

dos al Cangrejo, donde por los frescos vestigios, se conoció, que acabavan de retirarse, y que no estava aun determinada la sublevacion para aquel dia, estimulandoles, para apresurarla, el recuerdo de vejaciones no tolerables à su corto sufrimiento, que las havia padecido. La memoria de los bienes, que havian perdido, y el especial aborrecimiento, y temor, con que miravan à algunos, que mandavan, todo les espoleava à sacudir el yugo, que experimentavan tan pesado. Hallandose nuestra Tropa sin la presa, que buscava, y conociendo inutil el procurar el alcanze, determinó bolverse al Presidio, haviendo antes aquel dia despachado al Capitán Don Alonso Reina con una Esquadra de Soldados al de San Salvador el Verde, rezelando de que no quisiessen aquellos Indios seguir el partido de los de la Mesa. Llevó orden el Capitán de reconocer los animos de aquellos Nayeres, y en caso, que se huviessen retirado, de traher à la Mesa las sagradas Imagenes, ornamentos, los viveres, que huviesse en el Presidio, y à los Presidiarios con sus Familias.

Llegó el Capitán el dia tres de Enero al Pueblo de Santa Gertrudis, y le halló desamparado, sin que huviesse mas que quatro Indios, que estavan presos en el Presidio, tres de los conjurados, que anduvieron mas lerdos en retirarse, y uno ya Christiano llamado Lorenzo, que encontraron no solo quieto, sino dormido en la casa del Padre, que tenia à su cuidado, y ahora por mal fundadas sospechas le aprissionaron. Tambien estava refugiado el cuñado de Don Domingo de Luna, que se llamava Hormiga, y despues en su Bautismo tomò el nombre de Phelipe. Haviendo escapado este fiel Indio dichosamente del furor de los de Santa Theresa, traxo la funesta noticia de haverle quitado cruelmente la vida à su cuñado Don Domingo, de cuyas buenas prendas dexo ya hecha relacion en el capitulo diez, y seis. Pocos dias

antes

antes havia venido de ſu Pueblo à verſe con el Governador, y darle noticia de la mala diſpoſicion, que hàvia advertido en los ſuyos, de los rezelos, y deſconfianza, con que vivia allì, y que eſtava perſuadido, que le havian de quitar la vida: pidió eſcolta de algunos Soldados; mas juzgando, que dava mas cuerpo, que el que devia à ſus ſoſpechas, ſe le negó lo que pretendia, ordenandole preciſamente, que deſde Santa Gertrudis enviaſſe por ſu Familia, para conducirla à la Meſa.

Bolvióſe Don Domingo, y al llegar à eſſe Pueblo, aunque para él eran ya evidencias las que poco antes fueron ſoſpechas, no haviendo encontrado Perſona à quien poder fiar la extraccion de ſu Familia, olvidado del proprio rieſgo reſolvió paſſar él miſmo; y la noche del dia dos de Enero le cercaron en ſu caſa caſi cien hombres; ſu hermano Eſtevan, aſſaltado del ſuſto, ſe rindió à los contrarios; y ſu cuñado Phelipe, no acertando à encontrar ſus armas, echó mano à un leño encendido, que ardia en el fogon, y penetró por medio de los enemigos, que ſorprendidos de aquel nuevo modo de pelear, le abrieron paſſo, ſin acordarſe de ofenderle, eſcapando aſſi felizmente de ſus ſangrientas manos. Quedó ſolo Don Domingo; y aunque ſe defendió largo eſpacio, poſtrando muerto à ſus pies al Capitán de los amotinados, que era un Indio mui valiente, y ſe llamava Cortés, ſu miſma deſeſperada reſiſtencia enfureció mas à los rebeldes: acometieronle temerarios, y ſu valor les hizo retirar varias vezes; mas como eran tantos los contrarios, murió por fin deſpedazado à ſus rabioſas crueles manos el Indio mejor, que tenia el Gran Nayar. Fué general el ſentimiento en todos los Eſpañoles, que le amavan tiernamente, y mayor en los Padres, que le havian tratado, y conocido mas de cerca ſus generoſas chriſtianas prendas.

Viòse el Capitán con esta noticia, y con el retiro de los del Pueblo de Santa Gertrudis obligado à executar el orden, que le dió el Governador de transportar à la Mesa las alhajas de la Iglesia, los viveres, y Soldados. El dia cinco de Enero salió del Presidio à la madrugada, para el de la Santissima Trinidad, tan confiado, que llegó casi à ser desprecio el temor, que devia haver tenido del peligro. Esta imaginada seguridad, y el haver de atender à treinta, y seis mulas cargadas, que llevava, y à las mugeres de los Soldados dió ocasion, à que no marchassen ordenados. Adelantaronse tres, ò quatro, y al llegar à una estrechura, que no permitia mas que una vereda, les obligó à caminar uno trás otro: estavan en este sitio emboscados mas de ducientos Indios, y ya impacientes de la lentitud, con que los otros caminavan, retardandoles el cogerles todos juntos, comenzaron à disparar flechas, sin dar contra su estilo el alarido.

Al primero, que era un Soldado llamado Nicolás Gutierrez, le derribaron muerto del cavallo, y al que le seguia immediato, le hirieron tan mortalmente, que llegó despues à las ultimas agonías, y entonces le embargaron tan del todo el movimiento, que no pudo echar mano à las armas; pero el tercero, que era un criado del Capitán al vér tanto aguazero de flechas, aunque no descubria à Indio alguno, disparó la escopeta al aire: con el tiro, y con los gritos, que dava se les entró à los otros por los oidos el peligro, que tanto havian despreciado. Y aunque era improviso el assalto, abandonando las cargas, y dexando competente guardia à las mugeres, que con sus extremos, y lagrimas aumentavan la confusion, acudieron los demás con tal presteza, que impidieron el que acabáran de matar al Soldado herido, y escogiendo el puesto menos incomodo, comenzaron à jugar las armas, y ofender á los enemigos, que ya se dexavan vér, aunque resguardados de las peñas, y de

los

los piños. Duró grande rato el combate; y aunque hirieron à otros ſiete de los Nueſtros, acertaron eſtos tantos tiros, que advirtiendolo los contrarios, y viendo, que havia ya en los ſuyos no pocos heridos, y tres, ò quatro muertos, ſe acobardaron, y ocupados del temor ſe puſieron en fuga, aunque no mui acelerada, porque repararon las dificultades, que ofrecia el pueſto, para ſeguirles el alcanze.

A los tres Indios conjurados, que ſe havian apriſſionado, y al innocente Lorenzo, que eſtava tambien, aunque injuſtamente preſo, les trahian en collera à cuidado de un Soldado llamado Vicente Serrano, hermano del que oy con tanta gloria de ambas Mageſtades govierna eſta Provincia; mas inadvertidamente atò la punta del cabeſtro, con que venian atados los priſſioneros, à la del que trahia ſu cavallo: eſtos al tiempo del combate, ſe tiraron deſeſperados al barranco, llevandoſe conſigo al innocente Lorenzo, al cavallo, y al Cavallero, ſi no ſe huviera acordado de un alfange, que acaſo encontró en uno de los Xacalés de los Indios fugitivos, y que entonces tenia en la cinta: metió mano à él, cortó el cabeſtro, y dieron à rodar los apriſſionados; mas el buen Lorenzo ſe libró de la ruina, que le amenazava, invocando ſiempre à nueſtra Señora de los Dolores, cuya Imagen devotiſſima llevava conſigo, y haviendola dexado oculta en una cueva, deſpues con ſu aviſo ſe halló ſin ſeñal, de que ſe huvieſſe atrevido à ultrajarla la barbara crueldad de los Gentiles: luego que ſe apartó de los otros, trató de retirarſe à uno de los Pueblos Chriſtianos, aunque Dios, para mas acriſolarle, permitió, que le ſucedieſſe la nueva deſgracia, que deſpues diré.

Las cargas corrieron rieſgo; porque aunque algunas mulas ſe adelantaron à las otras, les cortaron los Indios los pies, y apoderandoſe de todo, profanaron los ſagrados ornamentos, exceptuando la Ara,

que trahia el Criado del Capitán; y se notó como singular maravilla, que haviendole cubierto de flechas, al retirarse, quando dió con el tiro el aviso, quedaron todas pendientes de la ropa, sin que ninguna le hiriesse, ni superficialmente. En los otros Pueblos del Rosario, y Santa Theresa quemaron las Iglesias, despedazaron las Cruces, è hizieron menudos pedazos los ornamentos sagrados, sin reservar mas, que las vinageras de plata, la patena, y el caliz, cuyo labio dividieron con un alfanjazo.

Grande fué la confusion, en que pusieron al Governador estas noticias: luego que llegó el Capitán Don Alonso Reina à la Mesa, por suponerse, como se escrivió, que era general la sublevacion, se tuvo Consejo de guerra; y aunque huvo quien era de dictamen de seguir à los Indios, antes que tuvieran tiempo de retirarse fuera del Reino, todos los demás se le opusieron; porque la escaséz de municiones, hazia impracticable el alcanze: determinóse despachar, como se executó, Correos à las fronteras, pidiendo socorro: vino pronto del Real de Chalchihuites, de Acaponeta, y Sentiepaque, de donde llegó en breve capitaneando su gente el Alcalde Mayor Don Joseph Henriquez.

Acudieron tambien los Indios amigos. A Zacatécas se escrivió assimismo, solicitando polvora, y balas, y remitiendo cartas para su Excelencia con el aviso de aquel nuevo peligroso accidente. Al mismo tiempo se avisó à los Padres Missioneros, que abandonando los Pueblos, passassen à la Mesa, para assegurar sus vidas; pero los Padres, que tenian bien conocidas sus ovejas, y havian bien penetrado los motivos, y el origen de la sedicion, se mantuvieron constantes, respondiendo agradecidos, que sus Pueblos estavan quietos, y sossegados; que no haviendoles los Indios desamparado, pareciera monstruosidad, que los Pastores abandonáran su grey; y que estavan mui per-

perſuadidos, que haviendo tenido gran parte en el movimiento de los ſublevados el temor, ſe inquietarian aun los ſoſſegados, faltandoles el abrigo del Miſſionero. El acierto de la determinacion le moſtró el efecto; porque como notaron todos, ſolo ſe levantaron los Pueblos, de donde eſtava el Padre auſente, por haver baxado, como ya dixe, à verſe con el Governador; y ſe conſervaron quietos los que tenian à ſu Miniſtro, à excepcion del de la Meſa, donde prevaleció à la preſencia del que lo era el temor, que les cauſava, la del Governador, y de los Soldados, que alli havia.

Luego que llegaron las Tropas auxiliares à la Meſa, hizieron una breve Miſſion los Padres Urbano de Covarrubias, Joſeph Bautiſta Lopez, y Chriſtoval Lauria, que havia de ir por Miſſionero Caſtrenſe con nueſtro Exercito. Deſpues ſalió el Señor Governador el dia quinze de Enero con quinientos Soldados; los ciento, y veinte eſcopeteros; y los trecientos, y ochenta de arco, y flecha. De paſſo vieron, y lloraron el eſtrago, que en los Pueblos executaron los ſublevados; el Padre dió ſepultura al Soldado, cuya cabeza ſe havian llevado los Indios enemigos, y al Cuerpo de Don Domingo de Luna. Y haviendo obſervado por las huellas, que ivan los Nayeres camino de la nueva Vizcaya, aunque los mas ſe havian retirado à dos eſcondrijos, llamado el uno el hoyo, y el otro la carcel, ſe ſiguió aquel, hallando raſtro freſco de los fugitivos; alcanzaronles en breve; y con muerte de tres, ò quatro de ellos, cogieron à los demás, que llevavan ſus bienes, y familias con animo de vivir en uno de los Pueblos de la Vizcaya.

A eſtos, y à otros, que havian aprehendido las Eſquadras de Chalchihuites dexó en el Pueblo de San Franciſco de Ocotan con ſuficiente eſcolta, pero con Cabo, que no era para el mando, por ſer un Soldado gregario, que ſe havia dado bien à conocer, por

ſus

ſus viles, y nada ajuſtados procederes. El Governador paſſó con numero conſiderable de Soldados à Durango, en donde por varios accidentes, que ſobrevinieron, ſe detuvo tanto tiempo, que quando ſe reſtituyó à la Meſa dia ſiete de Marzo, eſtava caſi del todo apagado el fuego de la ſedicion; porque luego comenzaron à darſe los ſublevados, faltandoles el objeto de ſu ira; y viendo por la experiencia, quan favorecidos eſtavan los otros à la ſombra de los Padres Miſſioneros, envidiavan ſu ſuerte, y la conſeguian, por repetir los Padres las diligencias, para ſacarles de los barrancos, prometiendoles el perdon: para aſſegurarle del todo, precaviendo las indiſcreciones, que ſuele pretextar la autoridad enfurecida, tenian con anticipacion interpueſta ſuplica à eſte fin al Excelentiſſimo Señor Marqués de Caſa Fuerte; mas entretanto confiavan, que los Cabos, ò por los reſpectos devidos à los Interceſſores, ò por temor de ſu Governador, atenderian, y aun agaſajarian à los que ſe fueran dando con el paſſaporte del Miſſionero.

Pero quiſo la deſgracia, que los Indios, que por mano de los Padres bolvian à ſujetarſe al yugo de la obediencia, por no haver llegado aun el deſpacho del Señor Virrey, para que fueſſen trarados con toda benignidad, y no padecieſſen de los Nueſtros injuſtas vejaciones, como deſpues ſe recibió, ſe executáran en ellos hechos mui indignos, y experimentáran tales agravios, que fué neceſſaria toda la paciencia, para no prorrumpir en los exceſſos, à que ſuele obligar la ſinrazon, y la oſſadia. Ocaſionó eſtas monſtruoſidades la confuſion, que era preciſo ſeguirſe à la de no haver, ni Governador, ni Teniente ſuyo, à quien recurrir, y que preſidieſſe como cabeza à todo el cuerpo, quedando tantas en la Provincia, que en cada Preſidio havia una. Por eſta cauſa ſe vió mas de una vez executar en los que ſe entregavan tales exceſſos, que ni les reſervavan las vidas.

Bien

Bien ſe vió aſſi en nueſtro Indio Lorenzo, de quien ya hablamos poco ha; apartado de los Nayeres, con quienes injuſtamente iva atado como reo, ſiendo en realidad innocente, experimentó el patrocinio de nueſtra Señora de los Dolores en muchos caſi continuados peligros. Deſpues de haverſe determinado vivir en Pueblo de Chriſtianos, quando ya lo executava, tropezó en otro rieſgo; porque andando en campaña una Eſquadra de Soldados, que mandava aquel Cabo, que el Governador dexó en San Franciſco de Ocotán, y que ſe hizo con ſus operaciones indignas mui memorable, le cogieron; y ſin que le valieran las razones, que alegava, mandó aquel Gefe ahorcarle de un arbol: executóſe aſſi; y quando les parecia, que ya eſtava muerto, dexaron caer en tierra el cuerpo, que no ſe dudava, que era ya cadaver; mas haviendo paſſado algun tiempo, recobró repentinamente los ſentidos; y aunque el que mandava, indignado quiſo, que le bolvieran à colgar, no faltaron compaſſivos, que le perſuadieron, que ſe contentára con llevarle preſo con otros Nayeritas, que havian apriſſionado. Lo cierto es, que los Naturales de eſta Provincia, deſde que ſalió el Governador, eſtavan ya tan trocados, que caſi eran ocioſas las armas; porque los de Santa Thereſa, ſin que les movieſſe inſinuacion agena, fabricaron de nuevo Igleſia, y los de Santa Gertrudis, aunque en otro parage, donde ſe congregaron, erigieron una hermoſa Cruz de madera exquiſita, y labrada con eſmero, y prolixidad: demonſtraciones, que cauſaron grande conſuelo en todos, viendo à los Indios tan rendidos, la ſedicion tan apagada, y buelto el Reino al felíz eſtado, en que ſe hallava.

*** *** ***

CA-

CAPITULO XXV.

DESCRIVESE EL FELICISSIMO ESTADO, en que oy se halla esta reduccion, apoyado con las deposiciones, y pareceres de Personas de grave autoridad, que le han visto con sus ojos.

NO es creible la extraordinaria mudanza, y conversion de los Nayeres; porque sin las lentitudes, que suele la naturaleza, ò por la resistencia de los accidentes, ò por la indisposicion de la materia en sus mutaciones, y conversiones, obró el poder de la Divina gracia con tanta celeridad, que aunque no se havian cumplido tres años todavia, despues que entró en este Reino el Evangelio, ya los Nayeres, que antes eran una desordenada multitud de fieras divididas por los barrancos, y grutas de estas montañas, se veían congregados en onze Pueblos, que se formaron. No fué pequeño triumpho el haverles reducido à que dexassen sus madrigueras, donde por haver tenido sus cunas havia echado profundas raízes el amor; y aun mayor admiracion causava, verles no solo gustosos, pero tan sujetos en sus Pueblos, que ninguno salia de ellos sin expressa licencia de sus Missioneros, señalando hasta el dia, que havia de durar su ausencia. Acudian todos à la Iglesia à la Doctrina, Missa, y Rosario con tal puntualidad, y devocion, que solian hazer derramar no pocas lagrimas de consuelo à sus Ministros. Y si algunos se mantenian en sus Rancherias, despues que bolvió el Governador, era, porque prevalecia en su timidéz el horror, que les causava su Persona, al amor, que en los Padres experimentavan.

Por

Por eſte tiempo al principio del año de veinte, y cinco el Brigadier Don Pedro de Ribera Viſitador General de los Preſidios, que ſu Mageſtad mantiene en eſtos Reinos, entró à eſta Provincia en proſecucion de ſu empleo: hallò à los Indios mui ſoſſegados, y obedientes à ſus Miſſioneros, y Juſticias de ſus Pueblos; y reconoció con no poca ternura de ſu grande piedad, que à mas de los parvulos, ſe havian ya bautizado los mas de los adultos, y que el *Tonati* deſeoſo de lograr ya las ſaludables aguas del Bautiſmo, no ſolo le pedia con inſtancia, ſino que quiſo, que aquel miſmo noble devoto Cavallero le apadrinaſſe, como lo hizo, manifeſtando en la funcion las bizarrias de ſu tan chriſtiana generoſa liberalidad. Deſpues de una cuerda exacta averiguacion de las paſſadas inquietudes con aquella gran comprehenſion, de que el Cielo le dotó, penetró las cauſas, que producian tan ruidoſos efectos, y notó algunos deſordenes, que de induſtria ſe callan, y que tenian à los Indios retirados de ſus Pueblos. Diſcurriendo, que quitados de la viſta eſtos eſtorvos, los Miſſioneros acabarian de perficionar la reduccion, diſpuſo las coſas de tal ſuerte, que reformando cinquenta plazas, por parecerle ocioſas, con la mayor prudencia, que pudo, conſiguió, que el Governador, y los dos Capitanes antiguos recurrieſſen à Mexico por ſu reforma; y dexando ſolas dos Compañias, una de treinta hombres, que de alli à poco tiempo ſe reduxo à veinte al mando de Don Joſeph Carranza, y Guzman con titulo de Comandante de la Provincia, y otra de veinte al de ſu Capitán ſubalterno Don Alvaro Sanchez Serrada, ſalió de la Provincia mui guſtoſo de vér eſtas fieras ya tan domeſticadas à esfuerzos de ſus Miniſtros, haziendoſe lenguas en ſus alabanzas, por haver cogido en eſte Campo, que poco antes fué un herial, tan copioſo fruto ſin otro riego, que el de ſus ſudores.

Bien ſe echó de vér lo acertado de eſtas providencias; porque luego que los Indios vieron fuera de ſus Paiſes al Governador, y Capitanes, deſamparando ſus barrancos, los que vivian retirados, ſe fueron à los Pueblos, atrahidos de los ſuaves ſilvos de ſus Paſtores, que no ceſſavan de apacentar à ſus ovejas en bien eſpiritual de ſus almas, conſiguiendo de ellos à breve tiempo, que dexáran, aun los que no ſe havian bautizado, las muchas mugeres, que tenian, reſervando ſolo la que el guſto les aconſejava; y que las embriaguezes ſe corrigieran, ni ſe cometiera en ellas alguno de aquellos inſultos, que les eran ya ordinarios, y que haſta oy lloran ellos miſmos. Recabaron à impulſos de ſu zelo, y con las ſuaves induſtrias, que les ſugeria ſu prudencia, que ſe deſtruyeran quantos Adoratorios ſe havian deſcubierto. Y aunque la ceguedad de los mas antiguos Idolatras atemorizados de las amenazas de ſus Tecuas, cuyos ecos aun reſonavan en ſus oidos, fué cauſa de que no quedára deſde entonces deſtruída la Idolatria, pero eſto ſe conſiguió deſpues, que à los ſeis años, y meſes de ganada la Meſa, entró à iluſtrar eſta Provincia el Iluſtriſſimo Señor Don Nicolás Gomez de Servantes, Cathedratico Jubilado de Decreto en la Real Univerſidad de Mexico, y Obiſpo digniſſimo de Guadalaxára, à cuyo cuidado Paſtoral pertenecia eſte Reino, y cuyos Indios deven vivirle eternamente agradecidos; porque à mas de las crecidas limoſnas, con que ſocorrió ſu pobreza, emprendió por ellos el peligroſo viaje à eſta Serranía, ſin que le arredrára lo precipitado de ſus caminos.

Haviendo entrado, le conducian en ſilla de manos los miſmos Naturales por la deſtreza, con que traſiegan las laderas, y barrancos, pagandoles largamente ſu trabajo cada dia: mas con todo en los muchos precipicios, que ſe ofrecian, ya que no les havia quitado lo horroroſo la compoſicion de caminos, que

que ſe previno antes, era neceſſario aſſegurar la ſilla con ſogas largas, que tiravan deſde la cumbre otros, para que en caſo de perder pié, alguno de los dos cargadores, que ſolo ſufria la eſtrechéz del paſſo, ſe evitára la deſgracia, que ſe temia. Llegado à la primera Miſſion de Guainamota ſe le convirtieron todos los ſinſabores en dulzuras, viendo tan domeſticados à los Nayeres, y tan adelantados en todos los Ritos de nueſtra ſagrada Religion. Alli confirmó à caſi todos, por haverſe ya bautizado, y paſſando à la de Jeſus, Maria, y Joſeph, exercitando el miſmo Miniſterio, le ſucedió lo que ya refiero, para gloria de Dios, y luſtre de los que antes, que yo, enſeñaron à eſtos Indios.

Uno de eſtos dias, que ocupó ſu Iluſtriſſima en confirmar à los Indios, pidió antes de las ſagradas ceremonias à una India, que ſe llegava à recibir eſte Sacramento, que le dixera una de las oraciones, que le ſeñaló, y me rogó la India, por eſtar yo alli immediato, como la havia de rezar, ſi en idioma Cora, ò en Caſtellano? Me preguntó ſu Iluſtriſſima, que era lo que dezia la India? Informado por mi le dixo, que la rezára en Caſtellano, lo que hizo prontamente, y deſpues ſe le mandó, que la dixera en Cora; y aunque aquel zeloſo Prelado no la entendia, la devocion, con que la India la rezó, le llenó de tanto guſto, que le reboſava por el ſemblante. Deſpues de haver acabado en la Igleſia, luego que ſe reſtituyó à la ſala de ſu deſcanſo, me mandó llamar; y me dixo: „ Ha Padre mio! Dios ſabe el conſuelo, que „ ha tenido mi corazon, viendo à eſtos Indios mas „ adelantados en la Fé, aun no teniendo ſiete años „ de converſion, que muchos Pueblos Chriſtianos con „ caſi ducientos años de reducidos! Succdióme (proſiguió ſu Iluſtriſſima) preguntarle à uno de eſſos „ Chriſtianos antiguos, que havia llegado à confirmarſe, que me dixera el Credo, y no pudiendo „ atar,

„ atar, ni desatar, mandé al Fiscal, ò Maestro del „ Pueblo, que cuidava de la Doctrina, que le dixe- „ ra à aquel Indio, que rezára el Credo, y recon- „ viniendole de no haverme obedecido, le dixo: pues „ que no sabes el *Toncio Pilato*?

No quiere V. R^ma (concluyó aquel dignissimo Obispo) que me admire de vér tan trocadas las suertes? Y me encargó, que imprimiesse à expensas suyas las Oraciones, Doctrina, el Confessonario, y Vocabulario en idioma Cora, como se hizo al año de haver entrado su Señoría, que continuó visitando todas las Missiones, y despues restituído ya à su Palacio, escrivió al Padre Juan Antonio de Oviedo, que era de esta Provincia de nueva España, una carta, en que à mas de manifestar el afecto, con que venerava à su Persona, y el especial, con que apreciava à nuestra Compañia, le dize assi: „ Quando estuve en la „ visita del Nayerit, me fué de mucho gusto el vér, „ que en tan poco tiempo havian reducido à Pue- „ blos los Padres Missioneros à casi todos los Indios „ de aquella Provincia: cosa, que sabe V. R^ma, no pu- „ do conseguirse en muchissimos años en la nueva Es- „ paña; y que en todos tenian sus Iglesias en la for- „ ma, que permite la cortedad de aquellas Missiones, „ y algunas bastantemente capazes, y ahora me escri- „ ve el Padre Joseph de Ortega, que havia hecho otra „ en la Mission de Jesus, Maria, y Joseph, y que havia „ quedado mui buena: solo me havia causado des- „ consuelo, el que se les enseñára la Doctrina Chris- „ tiana en la lengua Castellana, conociendo, que sien- „ do mui raros los que la entienden, se malograva „ el trabajo; pero el Padre Joseph de Ortega me ofre- „ ció, que mui en breve se pondria en la lengua Co- „ ra, y me la enviaria, para que la hiziesse impri- „ mir, como lo executaré con gran gusto, para que „ se perpetue el fruto de su buen zelo. Dios guarde „ à V. R^ma &c.

Hasta

Haſta aqui el Iluſtriſſimo Señor Servantes, de cuyas expreſſiones bien ſe puede conocer el concepto, que formó de eſta reduccion, y del adelantamiento de ſus Neofitos. Y qué dixera, ſi entrára ahora, quando eſtá tan fervoroſa, y bien arraigada eſta Chriſtiandad, que no tiene, que envidiarle à las mas antiguas en coſtumbres, fidelidad, y Religion? Pues lo que no ſe havia conſeguido, quando entró aquel tan inſigne Prelado, ſe logró luego, que ſalió, con los ſudores, y fatigas Apoſtolicas de los Miſſioneros. Temian aquellos infatigables Obreros de la viña del Señor, que aunque ſus Indios eſtavan tan rendidos, y aſſiſtentes à todas las coſas de devocion, pudiera haver, eſpecialmente entre los Viejos, en quienes tenia echadas mas hondas ſus raizes la Idolatria, alguno, ó algunos Adoratorios, donde todavia el Demonio les engañaſſe.

Para averiguarlo todo, ſe hazian linces, para obſervar, ſi ſe deſcubria alguna luz de eſtas infernales ſombras, predicando continuamente contra la Idolatria, è inquiriendo de los que conocian mas fieles, por ſi acaſo ſupieſſen algo en eſta materia tan importante; y finalmente quiſo Dios, que uno mui exemplar devoto Chriſtiano, deſcubrió al Padre Urbano de Covarrubias el pueſto, donde luego que la ſacaron de ſu Adoratorio, que tenia en la Meſa, le havian erigido Templo à la piedra Sol. Con eſta noticia ſe dió orden, que ſe reduxeſſe à cenizas, y fueron tan vivas, y penetrantes aquellas llamas, que eſte incendio baſtó, para que luego conſecutivamente alumbrados los Nayeres manifeſtáran voluntariamente, no ſolo el Templo famoſo de la Diofa Madre, ſino todos aquellos, que havia, y tenian eſcondidos en los barrancos, ſiendo tantos, que ſolo los de uno de mis Pueblos me manifeſtaron veinte, y tres, en que ſus Mayores les havian como hipotecado ſu eterna infelicidad. Todos les reduxeron los Padres à cenizas,

ſe-

ſepultando en ellas los Nayeres tan del todo ſus antiguos errores, que por la miſericordia de Dios, les tienen ya olvidados enteramente.

Reſtava aun el mas cruel enemigo, raíz de todos los deſordenes en los Indios, que es la embriaguéz; y aunque eſtavan ya tan moderados ſus exceſſos, pero no tanto, que dexáran de ſentirſe los malos efectos de tan feo arraigado vicio; pues comenzando muchas vezes por un corteſano brindis, rematava en que generalmente todos ſe emborrachavan. Emprendió la guerra uno de los Padres contra tan abominable deſorden, y la continuó tan de recio, que llegó aun à deſterrar de ſus Pueblos el vino de tal ſuerte, que ni havia ya quien le hiziera, ni ſe veía alguno, que diera mueſtras de probarle. La reſolucion de eſte Miſſionero, y la facilidad, con que deſterró de ſus Pueblos eſte vicio, ocaſionó, que todos los Padres Compañeros ſe empeñáran en deſtruírle tambien en ſus Partidos, lo que quiſo Dios ſe conſiguieſſe con tal felicidad, que ha mas de ocho años, que no ſolo no ſe encuentra alguno, en quien ſe vea la menor ſeñal, pero ni ſe halla vino, ni ha havido quien le haga. Y para mas afianzar eſta empreſſa, lograron del Comandante de eſta Provincia un auto, en que con graves penas prohibe, el que ſe haga vino, ò ſe entre à vender en eſta Serranía de los Pueblos fronterizos; cuyos malos exemplos eſtán tan lejos de ſeguir los Nayeres, que aſſi eſtos, como los de ſu Idolatría les calumnian de manera, que ſe admiran no ſe les ponga algun freno, que les contenga.

Vencidos eſtos dos enemigos, les fué ya à los Padres mui facil el imponer à los Indios en el modo de vivir, que oy ſe vé: todos ſaben las Oraciones, y Doctrina; rezan en los mas Pueblos todos los dias el Roſario; y aun advirtiendoles los Padres, al vér ſu continua aſſiſtencia, que no hai obligacion de hazer-

lo,

lo, no por esso dexan de venir todos los que se hallan en el Pueblo à rezarle en la Iglesia à puestas del Sol, que es la hora destinada à tan util devocion. Todos los adultos confiessan, y comulgan annualmente, y algunos con mas frequencia entre año: todos los Pueblos à mas de la casa, en que vive el Padre, y algunas de Cabildo con arqueria tienen Iglesias mui capazes; y algunas de boveda con ornamentos ricos, custodias, sagrarios, lamparas, y otras alhajas de plata, sin que les aya costado à los Indios, ni un solo medio real, deviendose todo à la parsimonia, industria, y zelosa actividad de sus Missioneros, que sin cuidar de estar sus vestidos mui andrajosos, y de ser su alimento mui escaso, parece que solo tienen la mira en enriquezer lo que pertenece al culto Divino, y ornato de los Templos. Finalmente quantos entran en esta Sierra, salen llenos de admiraciones, de lo que en tan poco tiempo ha obrado el Omnipotente brazo de Dios, à quien en cada periodo, y en cada voz quisiera le rindiessemos todos mui afectuosos, y reconocidos infinitas alabanzas, y humildes ruegos, para que no permita, que à esta Provincia del Gran Nayar bañada ya con tanta luz, buelvan à ocupar las opacas funestas sombras del error en su ciega Idolatria.

LIBRO II.

DE LOS PRINCIPIOS, PROGRESSOS, y deſcaecimiento de la eſpiritual Conquiſta de la Provincia de Pimeria Alta por la muerte del P. Euſebio Franciſco Kino.

CAPITULO I.

ESTIENDEN LOS DE LA COMPAÑIA ſu ardiente zelo à la converſion de muchas Naciones.

LA Compañia de Jeſus en ſu Provincia de la nueva Eſpaña no ſolo Apoſtolicamente afana en el Nayar, ſino en todo eſte dilatadiſſimo Reino. A pocos años deſpues de haverſe eſtablecido en Mexico, Metropoli de la America Septentrional, aunque ocupava entonces pocas Ciudades, y Lugares, fué deſde luego llamada, y deſtinada à la converſion de muchas, y diverſas Gentilidades à medida del deſeo, que tuvo, impelida de ſu ardiente Apoſtolico zelo ya en ſu venida à eſte nuevo Mundo de emplearſe en tan ſagrado Miniſterio. Pidió algunos Padres el Governador de la nueva Vizcaya, y llegaron año 1590 à la Provincia, y principiada Villa de Cinaloa, en donde fixaron ſu aſſiento, y comenzaron à trabajar en la viña del Señor.

Diſ-

Diſta eſſa Poblacion de eſta gran Capital mas de 300 leguas entre Norte, y Poniente. Eſtá ſituada en la altura de 28 grados, y no mui lejos del mar, ò brazo de California, que yace à ſu Poniente, teniendo ázia ſu Oriente la dilatada, y aſperiſſima Sierra Madre. Al preſente es Cabezera de una nueva Governacion, ſujeta à la Real Audiencia de Guadalaxára, que deſde Acaponeta, que eſtá cerca del mar del Sur, ſe dilata por mas de 400 leguas de extenſion haſta perderſe en las mas remotas Gentilidades, que aun quedan por conquiſtar. En lo eſpiritual pertenece al Obiſpo de Durango en la nueva Vizcaya: ſu temple es mui caliente, baſtantemente fertil ſu terreno, ni ha carecido de varios ricos minerales, que han atrahido à mucha gente Eſpañola, que penetrando por ſu codicia lo mas impenetrable de la Sierra, ha deſcubierto muchas Naciones, abriendo aſſi el camino, no menos al comercio, que à la Fé de Jeſu-Chriſto, y moſtrando, que ſon tolerables los climas mas ardientes de ſus contornos.

Como en aquellos principios era preciſo el recurſo à la Ciudad de Durango, en que reſidia el Governador por ſu Mageſtad, y para eſte efecto era inexcuſable el tranſito, aunque dilatado, dificil, y aſpero de la Sierra Madre, en breve llegaron los primeros Padres Miſſioneros à deſcubrir, domeſticar, y convertir muchas Naciones por la parte de aquella Serranía, que ſe llama de Topia, y de San Andrés, en donde ſe formaron varias Miſſiones, que al preſente perſeveran, aunque poco numeroſas. En Cinaloa, que ahora es mui poblada con muchas eſtancias en toda ſu vezindad, no ſe contentaron los Jeſuítas con reducir à la Fé, y aſſentar en grandes Pueblos los muchos Infieles, que viven en las orillas, y corriente del rio, que baña aquella populoſa Villa, y ſe intitula de ſu nombre, ſino que penetrando por aquellos dilatados llanos, que à poco trecho declinan en playas del

mar de California, convirtieron todos los Indios, que ſe hallaron en las riberas de los otros, llamados el Fuerte, el Mayo, y el Hiaqui; y ſubiendo por ſus cercanías ázia la Sierra Madre, conquiſtaron tambien à Chriſto varios Pueblos, que anidavan en el profundo de ſus barrancos.

No ſatisfecho aun el ardiente zelo de los Miſſioneros con haver ſujetado à la Religion la fiera, y numeroſa Nacion de los Hiaquis, que no pocas vezes havia eſpantado, y tambien vencido el poder Eſpañol, de que pocos años ha ſe tuvo nueva, y funeſta experiencia, atraxeron tambien al yugo de Chriſto varias otras enteras, que paſſado el rio Hiaqui habitan ſus orillas, ò las de otros, que en él deſembocan, haſta que en poco menos de cinquenta años comenzaron la converſion de las del Valle de Sonora, ſiendo mas de tres mil almas, las que en el decurſo de eſte tiempo ſujetaron aqui glorioſamente à la Ley Evangelica.

Pocos deſpues de haverſe principiado la reduccion de Cinaloa, y de ſus adjacentes Provincias, los Padres del Colegio de la Ciudad de Durango, que es la Capital del Reino de la nueva Vizcaya, comenzaron à diſponer la Nacion Tepeguana: aunque no es mui numeroſa, ſe eſtendia mucho en tierras llanas, y fertiles ázia el Norte. Reduxoſe toda; mas deſpues en ſu rebelion quitaron la vida à ocho Miſſioneros aquellos Barbaros, bolviendo ſin embargo con la zeloſa induſtria de otros Apoſtolicos Jeſuítas à ſu fé antigua, y abriendo aſſi la puerta, para que los Indios de la Tauromara baxa la abrazaſſen. Eſtendióſe el zelo de los Nueſtros à las Gentilidades, que entre Norte, y Oriente reſpeto de Mexico ſe hallavan en el pueſto, que ahora ſe llama de Parras, y en los contornos, que forma la Laguna de eſſe miſmo nombre. Lograron aſſimiſmo tan grande felicidad con los glorioſos afanes de los Miſſioneros Jeſuítas muchos Indios, que poblavan

ſus

ſus Serranías immediatas. Todas eſtas converſiones refiere el Padre Andrés Perez de Ribas en el Tomo, que eſcrivió de las Miſſiones de la Compañia de Jeſus en la nueva Eſpaña, en donde largamente podrán reconocerſe los trabajos, y muertes iluſtres de los Apoſtolicos Varones de eſſa exemplar Provincia.

Mas la reduccion de los Parras tuvo infelizes ſuceſſos por ſu barbara infame rebelion, con que han cauſado haſta oy caſi infinitos eſtragos; con todo no por eſſo el zelo de los Nueſtros dexó de compenſar eſta perdida con otras nuevas Conquiſtas; porque por los años de 1670 perſuadieron à los Indios Tauromares, que yacen al pié de la Sierra Madre, y confinan con el Real antiguo del Parral, y con el nuevo de la Villa de San Phelipe, llamado vulgarmente Chiguagua, à que ſe agregaſſen al rebaño de Chriſto, como ſe conſiguió, formando muchas numeroſas, y lucidas Miſſiones, à que ſe añadieron varias otras, que en el centro de aquella miſma Sierra ſe eſtablecieron, y tienen comunicacion immediata con las que erigieron años antes los Padres de Cinaloa, ſin que en todo el largo, y ancho diſtrito, que ocupa aquella tan dilatada Serranía de mas de ducientas leguas de largo, y de ſetenta, ochenta, y noventa de ancho, y en ſu caſi increíble aſpereza en todas partes queden eſcondrijos, ſi ſe exceptuan mui pocos, que no haya penetrado, y alumbrado el cuidado de los Miſſioneros, y conſervado haſta oy en la Fé à coſta de inponderables trabajos.

Año 1697, deſpues de haverſe fruſtrado repetidas vezes las diligencias, y crecidiſſimos gaſtos, con que en varias ocaſiones deſde el principio de la Conquiſta de la nueva Eſpaña ſe havia intentado, ya à coſta de los Reyes Catholicos, ya à expenſas de varios Particulares la converſion de California, comenzó la Compañia la miſma empreſſa, y contra todas las dificultades, y ningunas eſperanzas humanas pudo fixar el

pié en aquella Peninſula, y en poco mas de cinquenta años ha poblado con la Fé de Chriſto las caſi trecientas leguas, que ſe cuentan deſde el cabo de San Lucas haſta mas adelante de la ultima Miſſion de San Ignacio con eſperanzas no mal fundadas de continuar, y adelantar en una, y otra coſta ſus Conquiſtas eſpirituales. Año 1721 fué tambien la miſma Compañia deſtinada para la converſion del Nayerit, como largamente vimos en el libro primero de eſta Hiſtoria.

Las reducciones comenzadas en el Valle de Sonora piden alguna mayor extenſion, y que pongamos antes una corta deſcripcion de aquella tierra, que facilite la inteligencia de lo que ſe ha de referir. La Provincia, que entre los Jeſuítas de la nueva Eſpaña ſe llama de Sonora, abarca un dilatado trecho, que corre deſde el deſemboque del rio Hiaqui en el mar de California de Poniente à Oriente, haſta la Miſſion de Tecora confinante con la Tauromara alta, y dando buelta por la Miſſion de Bezaraca, que cae ázia el Norte, buelve à reconocer la mar de California por los Preſidios de Fronteras, ò Corodeguachi, y de Ternate con las Miſſiones de Suanca, Guebavi, Tubutama, y Caborca; y deſde eſtas playas, mirando ázia el Sur, remata en el deſemboque del rio Hiaqui. Comprehende eſte tan eſtendido terreno algunas Poblaciones de Eſpañoles con varios minerales en el Valle de Sonora, la Provincia de Oſtimuri, las Naciones Eudeve, Opata, y la Pima con la de los Seres. Eſta ultima yace, y ſe eſparce por todas las playas, que caſi por noventa leguas corren deſde aquel deſemboque haſta las de Caborca. Es la unica Nacion, que aun no ſe ha podido reducir à vivir en Pueblos, y Policia; porque à mas de ſu natural barbaridad carecen en gran manera de agua baſtante, para poder formar Poblaciones, y vivir de aſſiento en ſus tierras, que ſiendo todas areniſcas, y playas eſteriles, les obligan à ſuſtentarſe de las peſcas del mar, en que ſiempre ſe ocupan.

Se

Se han bautizado ya muchos, y varias vezes se ha intentado passarles à tierras fructiferas, para poderles administrar; pero por razones poco subsistentes les otorgó quien no devia, el que viviessen en las suyas, en que no es dable, que puedan ser congregados, ni enseñados. Todas las restantes Naciones fueron successivamente en toda esta Provincia convertidas, y actualmente están encabezadas en poco menos de treinta Missiones à cargo de la Compañia; y para visitarlas su Superior, ha de hazer cerca de seiscientas leguas de camino. Dista el principio de esta Provincia de la Villa de Cinaloa casi cien leguas, y la ultima Mission de Caborca se halla en distancia de mas de ducientas de la otra Villa. La conversion de una Nacion facilitava la de la mas immediata; aunque es verdad, que no se lograron tan velozes en la Provincia de Sonora, como se admiraron las primeras de Cinaloa; porque siendo ya muchos los Colegios, que en toda la nueva España se havian erigido, y mui numerosas las Missiones ya establecidas, que devian conservarse, era dificil empressa proveerlas de nuevos Sugetos, emprendiendo al mismo tiempo internarse mas en la Tierra, y agregar nuevas Naciones à la Fé Catholica.

Con todo los Missioneros, à quienes tocava la suerte de hallarse en las postreras reducciones, que confinan con Gentilidades, aspiravan à dilatar la Religion, y à atraher aquellos pobres Infieles, que veían perecer en la ceguedad del Gentilismo. Y les causava mayor sentimiento, por ser dociles, mansos, afectos, y amigos no menos de la Nacion Española, que de la Fé de Jesu-Christo, que muchas vezes por sí mismos con ansias pedian. Siempre fué, y será arcano proprio inexcrutable de la Divina Providencia, que estas Naciones Infieles, cuyo termino, y remate aun se ignora, aunque se hallen confinantes en tierra firme, no haviendo particular estorvo, que impi-

da,

da, ò dificulte ſu reduccion, antes hallandoſe ya algunos de ſus Pueblos convertidos, y ſiendo de una miſma lengua, con todo ſean tan olvidadas ſin el ſocorro, ni la ayuda, que ſe ha experimentado en otras converſiones. Para dar noticia al publico de tan urgente neceſſidad à fin de ſolicitar el zelo de quien pueda remediarla con favorables eficaces providencias para la ſalvacion de tantas almas, ſe pondrán en eſta Hiſtoria compendiadas las diligencias, esfuerzos, y trabajos, con que ſolicitaron los Padres de aquella Provincia adelantar el conocimiento del Señor, y de ſu Ley Evangelica por aquellas remotas dilatadas Gentilidades.

Sobreſalió entre tantos Apoſtolicos Varones el Padre Euſebio Franciſco Kino, que año 1681 llegó en una Miſſion à eſta nueva Eſpaña. Haviaſe criado eſte fervoroſo Jeſuíta en la Provincia de Baviera, y haviendo llegado con crediros de buen Mathematico, hizo no cortos ſervicios al Reino, y à la Religion, trabajando en calidad de Coſmografo del Rey nueſtro Señor en la entrada, que por orden de ſu Mageſtad ſe hizo en la California baxo el mando del Almirante Don Iſidro Ortundo, y Antillon; y con ocaſion de haverſe viſto Navios Coſſarios, que tramavan apreſſar la Nave de Philipinas, fué deſpachado entre otros à prevenir el rieſgo imminente, como lo conſiguió, por haver felizmente deſcubierto aquella Nao, que con la noticia ſe libertó de las garras enemigas. Señalaron los Superiores à eſſe ſabio Apoſtolico Sugeto à las ultimas Miſſiones de la Provincia de Sonora: comenzó ayudado de otros fervoroſos Jeſuítas à poblar todo aquel dilatado terreno, que deſde la playa de Caborca ſe eſtiende haſta el Preſidio de Ternate, y comunmente ſe apellida la Pimeria Alta à diſtincion de la Baxa, ò antigua, que comprehende los Indios de la miſma Nacion Pima, y viven en varios pueſtos deſde el deſemboque del rio

Hia-

Hiaqui con poca interpolacion hasta las Missiones de Tecora, y Moris confinantes, como ya diximos, con la Tauromara Alta.

CAPITULO II.

BREVE NOTICIA DE LA PROVINCIA de Pimeria Alta, de su extension, clima, y minerales.

LA Pimeria Alta, centro de las empressas del Padre Kino, tiene desde el mismo Presidio de Ternate hasta las playas de Caborca en su rumbo de Oriente à Poniente mas de cien leguas, y en el del Sur al Norte desde la Mission de San Ignacio hasta el rio Gila otras tantas de extension: està poblada de Indios de esta Nacion en mayor numero, en donde se hallan Tierras, que dén pan, y con escaséz en donde el terreno se esteriliza, ò por falta de agua, ò por la cercanía de las playas del mar de California, que costean por la parte de su Poniente hasta el desemboque del crecido rio Colorado, en el mismo seno, ò brazo de mar de aquella Peninsula. Hallase la mayor parte de la Pimeria Alta en treinta grados de altura, subiendo à otros mayores al passo, que se vá acercando à aquellos dos caudalosos rios, que son los ultimos confines hasta ahora conocidos, por el rumbo de esta Septentrional America.

Aunque casi toda la Provincia de Sonora declina à caliente, la Pimeria Alta por su mayor altura goza de clima mas templado, y mas semejante al que comunmente se experimenta en Europa. Sus moradores, particularmente al principio de su establecimiento alli, padecen ordinariamente el achaque de frios, y calenturas, que largas temporadas les molestan.

leſtan. Su fertilidad es baſtante en todo genero de frutos, y ſemillas de la tierra, para mantener con deſcanſo à los que la habitan. No le faltan minerales de plata, y algunos, que han dado mueſtra de oro; pero los aficionados à eſte trato ſiempre ſe quexan de que ſon mui ſomeras las minas, y ſuperficiales: porque à poco, que ſe ahonde en la tierra deſvanecen todas las mueſtras de vetas, y con ellas las eſperanzas de los mineros. Es verdad, que muchos de eſtos minerales, ſi no ſon à poca coſta mui ricos, y de leyes ſubidas, no pueden coſtearſe, ni conſervarſe por ſer exceſſivos los gaſtos, que ſus Dueños han de hazer, para proveerſe de inſtrumentos, ingredientes, generos, y avios neceſſarios; porque ſi ſe acude à Mexico, es gravoſa la conduccion por la diſtancia de caſi ſeiſcientas leguas; y ſi ſe toman en otras partes, es ſiempre à precios mui ſubidos, en que mas intereſſan los mercaderes, que los mineros. No obſtante eſte tan notable contrapeſo ha florecido el Real de Arizona con conocida utilidad de ſus Dueños; y ſi no la embarazára el crecido coſto, no dudo que ſe deſcubrieran en la miſma Pimeria otros buenos minerales.

Y para que ſe vea con mas claridad, inſinuaré el deſcubrimiento, que à corta diſtancia del Real de Arizona ahora poco mas de quinze años ſe divulgó, admirò, y paſmó, no ſolamente à toda la nueva Eſpaña, mas tambien à las Naciones de Europa, haziendoſeles tan increible, que le tuvieron, como muchas otras coſas, por una patraña de Indias. Un Indio Hiaqui, que trabajava en aquel parage, deſcubrió la plata, que luego referirémos, à un Mercader, y de eſte haviendo paſſado à noticia de otros, en breve ſe hizo publico aquel ruidoſo caſo. Hallóſe eſte theſoro cerca de un monte, que en ſu loma, y eſpalda ſe eſtiende por caſi media legua de baxada, y remata en una cañada, que haze varias bueltas entre las lomas inme-

dia-

diatas, y es la cama del arroyo, quando en los montes cercanos ſuele llover, quedando lo demás del año enjuta, y toda ſu cercanía deſtituída de aguas. A éſte parage acudieron los vezinos mui eſperanzados, y hallaron riqueza baſtante, con que ſatisfacer ſus deſeos; porque en toda la loma, y en la cañada hallaron pedazos grandes, y menores, muchos à manera de bolas de plata perfecta, en otros la mitad de plata, y la otra de diferente metal. El peſo de eſtos pedazos era ſegun ſu tamaño de media, de una, y de dos arrobas. Eſte deſcubrimiento tan lucido, y tan ſonoro convocó de muchas partes à la gente Eſpañola; y à pocas diligencias de remover un poco la tierra, quien en una, quien en otra parte encontró bolas, y planchas de prodigioſo tamaño.

Un Pobre, no ſé ſi Mulato, ò Negro, que deſde la Ciudad de Guadalaxára atraveſſó mas de trecientas leguas, tuvo la fortuna de encontrar una bola, ò maſſa de plata del peſo de veinte, y una arrobas tan ſolida, que al quererla romper, no cedió ni al hierro, ni al azero, y en valde ſe quebraron en ſu deſmoronamiento algunas hachas: peſo tan grande no ſe podia cargar en la mejor mula à fuerza de brazos; mas ſuplió la induſtria; porque con ſogas amarraron la maſſa, y la elevaron por las ramas de algun arbol, y baxandola con tiento la cargaron ſobre el aparejo de la cavalleria: con todo la deſgracia del pobre inventor fué tan fatal, que nada percibió de ſu hallazgo; moviòle pleito ſobre aquel theſoro un contrario, que por juſtos reſpetos no ſe nombra; y los Miniſtros de Juſticia, que prontos acudieron, ſe la quitaron, quedandoſe deſpojado de todo, ſin que le valieſſe el ultimo recurſo de ceder à favor del Rey quanto podia pertenecerle: en nada fueron otorgadas, ni eſcuchadas ſus peticiones. Otros fueron en ſu deſcubrimiento mas felizes, encontrando planchas de mayor mole, y peſo; pero la que ſobre todas mara-

villoſa ſe deſcubrió, fué la que à poco mas de una vara de haver cabado la tierra, ſe encontró, y peſava, à dicho de quien menos ſe eſtendia, ciento, y quarenta arrobas de pura plata, que ſe reſiſtió à todo el esfuerzo de partirla; y ſiendo por otra parte tan crecida ſu mole, preciſó à los inventores à derretirla à fuerza de fuego, que le aplicaron; y aun afinandoſe deſpues de eſta operacion la ceniza, ſalieron nueve arrobas mas de plata; y deſpues en la ſegunda afinacion, ſalió todavia una buena porcion.

Perſonas curioſas, que ſe hallaron en aquella cercanía aſſeguran, que llegaron à quatrocientas arrobas de plata, las que en poco tiempo, y caſi ſin ningun coſto ſe recogieron; y lo mas notable, que en algunos pedazos ſe advirtió, fué, que recien ſacados de la tierra eran flexibles; y con ſemejanza mui propria à la maſſa de cera blanda, ſin reſiſtencia ſe dexava eſtirar, alargar, y achicar, admitiendo obediente qualquier figura, que en ella quiſieſſe imprimirſe; mas al dia ſiguiente como congelada ya con el ambiente del aire, ſe hallava endurecida, è inflexible. Ateſtiguan eſta verdad no ſolo los Eſpañoles, mas tambien algunos Miſſioneros, que todavia viven, y la tuvieron en ſus manos, y confirman como teſtigos oculares eſſe tan raro notable deſcubrimiento. A tan ruídoſo hallazgo no ſin razon el Capitán del mas immediato Preſidio de Fronteras, que à la ſazon exercia el Oficio de Juez de aquellos contornos, entró en duda, ſi tanta plata eran vetas de minas, ò theſoro oculto, y recien deſcubierto; porque en caſo de ſer vetas minerales, era de los Particulares la plata, pagados los devidos derechos al Rey; pero ſi era theſoro, tocava la mayor parte à ſu Mageſtad, y mui poca à los Particulares: haſta, que ſe reſolvieſſe con legitima autoridad el punto, embargó toda la plata deſcubierta, acudiendo al Señor Virrey de la nueva Eſpaña, à quien deſpachó prontamente un Correo con el aviſo.

En

En Mexico, aunque huvo opiniones encontradas, prevaleció la mas benigna à favor de los Particulares: ſe levantó el embargo, y à cada uno ſe le bolvió ſu hallazgo. Eſta deciſion Mexicana no logró aprobacion en el Supremo Conſejo de Indias; por eſſo el Señor Don Phelipe V de glorioſa memoria examinados maduramente los Actos, que ſe formaron ſobre tan reñido pleito, expidió ſu Real reſcripto, en que, improbando la reſolucion de eſta Capital, declara el lugar, en que ſe deſcubrió la plata por theſoro, que pertenece à ſu Real Hazienda, y en terminos mui proprios afirma, que es criadero de aquel precioſo metal, como à la verdad parece confirmarſe parte por la flexibilidad, que ya diximos, parte por la que ſe halló, que en ſu mitad ya havia quaxado, como ſazonada, quedando la otra todavia imperfeta, y ſin la total maduréz, que le correſponde. Con el rezelo de eſte Decreto ſe deſpobló, aun antes de haver llegado, todo aquel contorno, ayudando no poco à que quedaſſe en ſu antigua ſoledad la codicia de los que acudian, que haviendo à poco coſto encontrado alguna porcion de plata, ſe retiravan preſuroſos à ſu caſa, por ſer aquel parage por sí no menos eſteril, que de coſtoſos mantenimientos.

Lo que mas admirava, que acudieſſen tantos, era el manifieſto peligro, à que ſe exponian por las invaſiones de enemigos infieles, que cauſan grave deſtrozo en los que encuentra ſu barbaro furor. Manda ſu Mageſtad à mas de lo dicho en ſu Real Cedula, que ſe continue el deſcubrimiento à coſta de ſu Real Erario; pero la gente inteligente en eſta facultad, que devia conducirſe deſde el Reino de la nueva Vizcaya, no percibiendo adelantados ſus ſalarios, ſe eſcuſa de trabajar en ſu ſervicio, en que ſe mueſtra, que aquellas repetidas vozes del ſervicio del Rey, de ſus Reales haveres, de ſus quintos, y derechos ſon vanos imaginados fantaſmas, que en el trabajo de otras minas

mui à menudo porfiadamente repiten, para obligar à los pobres Indios à ſervirles, ſin hazer caſo con eſte tan calificado mageſtuoſo pretexto de los reclamos de los Padres Miſſioneros, que conocen, y lloran los daños eſpirituales, y temporales, que en ſus pobres deſvalidos hijos redundan; porque al fin no tienen fuerzas baſtantes, para reſiſtir à tan poderoſas pretenſiones; y con todo quedan notados, como ſi fueran infieles Vaſſallos de nueſtro Catholico Monarca, ò eſtorvaſſen los adelantamientos de ſu Real hazienda; mas la verdad es, que con el titulo del Rey nueſtro Señor buſca de ordinario eſſa gente ſu propria, y particular conveniencia, como lo evidencia el caſo preſente; porque ſi no ſe junta el interés Real con el de los Particulares, ſi eſtos no ſacan ſus ventajoſas ganancias, ſeguro eſtá, que por el ſolo ſervicio del Rey, nadie ſe mueva de ſu caſa, ò ſe incomode, ò ſe exponga à rieſgo alguno. En lo demás puede caſi aſſegurarſe, que ſegun todo buen diſcurſo eſtá poco menos, que intacto eſte theſoro, ò criadero de plata, por haver ſido mui poca, ò caſi nada la que haſta ahora ſe ſacó; ni es creíble, que en donde con tan pequeña diligencia ſe halló tanta cantidad, que con mayor aplicacion, no ſe huvieran de encontrar porciones mas crecidas.

Es parecer no mal fundado, que ſi el Rey nueſtro Señor gaſtaſſe en eſta empreſſa ciento, ò ducientos mil peſos, caſi ciertamente lograria el diez por ciento; y aun tal vez eſte mineral daria mano à otros, que con fama de mas ricos afirman algunos, que ſe hallan en las miſmas cercanías. Es verdad, que para obra ſemejante ſe neceſſitava de gente no menos inteligente, que fiel, y leal; y encontrarla ſerá ſin duda la mayor dificultad, por ſer raro el Sugeto, que ſe aplique à trabajar las minas por el corto ſalario, que le aſſignan. Todos anhelan à mejorar de fortuna à coſta del Dueño, que les paga, y quizá es expreſſion corta dezir, que de las tres partes de plata, abſorben

la

la una los coſtos, la ſegunda ſe aproprian los Oficiales, y la tercera llega al Proprietario. Tal vez por eſto es tan tenue, ò ninguno el lucimiento de eſte caudal, y vemos, que los mas, que devian hallarſe abaſtecidos, eſtán pereciendo deſtituídos de todo. Lo miſmo ha ſucedido à caſi todos los que han ſido particioneros de la plata de la Pimeria, pues apenas ſe vén dos, ò tres, que ſubieron à mui mediana fortuna, y todo lo demás ſe deſvaneció, como el polvo por el aire.

CAPITULO III.

DE OTRAS BUENAS, Y MALAS calidades de eſta Provincia.

Amas de lo que acabamos de referir, hazen mui recomendable à la Pimeria alta otras coſas ſingulares, y lo ſon mucho los frutos medicinales, que produce: hallaſe alli la contrayerva, y à vezes ſe vén algunas de prodigioſa corpulencia: ſu virtud es antidoto, y remedio contra todo genero de veneno, ò ponzoña, aunque eſta Provincia no es tan gravemente inficionada de la copia de animales, y ſabandijas venenoſas, como ſe experimenta en tierras mas calientes, y mas humedas. Nace tambien alli la frutilla llamada vulgarmente *Jojova*, que produce un arbolito, que aun ſe encuentra por los caminos: mientras cuelga de ſus ramas ſe aſſemeja mucho à las almendras, y tiene muchas virtudes, que ſe omiten, para evitar prolixidad. En toda la nueva Eſpaña ſon buſcadas, apreciadas, y alabadas por los buenos efectos, que ſe han ſiempre experimentado, ſiendo mui ſaludable el azeite, que de las miſmas frutillas martajadas ſe exprime, en lo que ſe parece aſſimiſmo à la almendra. No faltan en la Pimeria piedras bezares; y ſe cree, que en

las

las coſtas maritimas de ſus playas ſe crian perlas, como en muchas partes, y con mayor abundancia en la coſta de California frente à frente opueſta à eſta Provincia, ſe han ya deſcubierto.

No ſe puede negar, que eſtas buenas partidas ſe contrapeſan, y templan con dos graviſſimos defectos; y ſon: el primero ſer expueſta à las caſi continuas invaſiones de Barbaros, de que dirémos en ſus lugares coſas igualmente ſingulares, que laſtimoſas. El ſegundo, que ſus moradores, ſi no todos, no pocos ciertamente eſtán inficionados con la inclinacion, trato, y exercicio de hechizeria. Eſte vicio trahe ſu principio de ſu Gentilidad, quando mas libremente les dominava el comun enemigo, y eſta infernal raza de gente tan perdída fué ſiempre la que puſo mayores eſtorvos à la ſiembra, y miés del Evangelio: por eſſo no es de admirar, que aunque ſe hayan convertido à la Fé, prevalezca no obſtante en eſtos Indios ſu coſtumbre tan arraigada de tener comunicacion con el Demonio; y que muchos al tiempo de ſu converſion, ò fingidamente, ò ſolamente en lo exterior, y no de corazon ſe reduzgan; y que eſtos ſean ſemilla baſtante, para que de padres à hijos, y de una familia à otra ſe pegue tan abominable contagio.

Entre eſtos pobres ignorantes Pimas es mas facil, que ſe dilate eſte deſorden; porque, conociendoles el aſtuto infernal Enemigo tan torpes en el entendimiento, con qualquier premio, ò ſingularidad, con que ſobreſalgan à los demás, les gana luego las voluntades: ſu miſma materialidad, con que por ſu corta capacidad, poco aprecian, y caſi nada penetran los bienes ſobrenaturales, y eſpirituales, teniendo en grande eſtima, haſta embeleſarles, los corporales, los viſibles, y palpables, es la mas fuerte ſegura arma, con que les vence; y aun la cauſa, que facilita mas el engaño de ſus almas, es la cortedad de ſus mas altos penſamientos, y mayores deſeos, que ſolo llegan à quererſe aventajar

en

en el correr, en ſalir ligeros en la caza, en ſer temibles con la figura de fieras, en ſaberſe vengar de ſus contrarios con variedad de maleficios nocivos, y mortales, ò en aſpirar à algun feo brutal deleite. Con eſtos infames deteſtables privilegios les engaña el Demonio, que en los montes les habla, y ſe les deſcubre, como ellos miſmos confieſſan, ya como Soldado, ya como Negro con el ſemblante mui atezado, ya con la horroroſa figura de algunos animales.

Ha cundido tanto eſte infernal vicio, que ya no queda ſolo en eſta, ſino que ha paſſado à otras Provincias, y Naciones, ſin que los Padres hayan podido extirparle por mas diligencias, que han aplicado: ni ſirven para eſſo los Sermones; ni las mas fervoroſas exhortaciones en gente tan deſalmada hazen fruto. Añadeſe, que los reos ſe ocultan con gran cuidado de la preſencia de los Miſſioneros, y que temen delatarles los que les conocen, por el rezelo no mal fundado de que pagáran ſu delacion con algun cierto mortal maleficio. Los caſtigos, de que los Obreros Evangelicos pueden valerſe para ſu enmienda, ſon tan limitados por ſu profeſſion, que no alcanzan à eſpantar, y reducir à tan obſtinados empedernidos corazones. Los demás recurſos ſon mui diſtantes, y tan lentos, que mientras la charidad vá diſcurriendo los mas prudentes proporcionados medios, para no exceder con tan miſerables reos, que ſiempre merecen laſtima, y compaſſion, ſe agravan los daños, y ſe hazen irremediables las funeſtas conſequencias, que lloramos.

Como el enemigo comun ſiempre ſediento de ſangre humana les inſpira ordinariamente deſeos de dañar, perjudicar, y matar, ya à los pobres niños, ya à otros de ſu miſmo Pueblo, por el menor diſguſto, que ſu corto alcanze les figure haver recibido, ſon muchos los que mueren à violencia de ſus continuos diabolicos hechizos: ſe vén enfermedades incurables,

que

que les consumen, y reducen à esqueletos: se experimentan muertes repentinas, que claramente proceden de las maldades de estos infames desalmados hechizeros. Aun ellos mismos, ò por envidia, ò por muestra de su mayor destreza, ò por una vana loca ostentacion de mayor poder con el Demonio, se acometen, y se matan. Todo esto consta, à mas de las continuas lastimosas experiencias, de declaraciones Juridicas, que de algunos ya aprehendidos, y convencidos, à vezes por la Justicia se han sacado.

Ni han quedado exemptos del rabioso furor de tan detestables hombres los Missioneros; porque aunque con algun miedo les acometen, por saber, que el maleficio obrado en los Padres dispierta mas à la Justicia para la averiguacion, y castigo de su maldad, no obstante muchos han sido el objeto de su saña, y no rezelandose al principio, que sus achaques fuessen efecto de algun hechizo, han causado tal estrago en sus fuerzas, y salud, que sin remedio les aceleró la muerte. Es cierto, que si se quita por medio natural su causa, como no pocas vezes se ha conseguido, sana el enfermo; mas quando el mal ya se ha apoderado, y dañado las partes principales del Sugeto, no es remedio bastante el que se quite el maleficio, y muere ciertamente el paciente. Se pudieran en confirmacion de esta verdad contar acaecimientos modernos en esta materia; pero basta dezir, que actualmente vive un Padre, que siendo Missionero en la Pimeria alta, y sintiendose ya herido de la enfermedad causada del hechizo, que eran unas calenturas, y vomitos, que le ivan consumiendo, se retiró à otra Mission mas apartada, para buscar algun alivio. El malhechor distante muchas leguas del enfermo, entregó al Missionero de sus partidos un cabello, previniendole, que le quemasse, y assegurando, que al mismo tiempo el doliente, aunque mui distante, sanaria. Assi lo hizo, y notando el tiempo, en que

exe-

executó aquella diligencia, envió un Correo con carta, preguntando, si el enfermo havia mejorado, el tiempo, y dia, en que empezó à estarlo? Y halló, que todo puntualmente correspondia al tiempo, en que se quemó aquel cabello. Otro Missionero assimismo vivo aun, en la misma Pimeria alta se reconoció herido de calenturas, que lentamente le consumian: sus mismos Indios le descubrieron al malhechor, assegurandole, que de noche le oian platicar à la larga con el Demonio: no queria el Padre aun creerlo despues de esta declaracion; porque supo el malvado en lo exterior fingirse mui fervoroso Christiano; mas finalmente conducido el perverso Indio ante Persona de autoridad, y de experiencia en el descubrimiento de maldades semejantes, à pocos, y moderados castigos, aun delante del mismo injuriado paciente, confessó la suya; y obligado à dezhazer las cosas, en que tenia el pacto con el Demonio, con poco esfuerzo lanzó por la boca piedras, y plomos à manera de medallas, ò relicarios: hecho esto, y solo con passar la mano al Padre inficionado por las espaldas, le sacó una piedra, y le añadió al mostrarsela: esto es lo que te tenia enfermo: de hecho sanó el doliente, y vive aun en la Pimeria.

A uno solo de los Missioneros, que al presente se halla en esta Provincia, nunca han podido maleficiar; y preguntandole su Superior, con que medios se havia preservado? Le asseguró, que al acostarse por todas partes formava Cruzes, que le defendiessen, y que se havia confirmado en essa devocion, con lo que supo de los Indios; porque entendió, que se admiravan, de que no le dañassen, como à los otros, asseverandole, que lo havian procurado, sin poderlo conseguir, por estorvarselo las Cruzes, con que se armava contra sus assaltos; y no haviendo à nadie manifestado esta devocion, se conoció, que era verdad lo que afirmavan aquellos Barbaros, y que no les fal-

tó el deſeo de ofenderle con ſus maleficios. Omito otras coſas particulares, que allá cada dia ſe experimentan, y conprueban eſto miſmo, para paſſar à los glorioſos Apoſtolicos trabajos de los Nueſtros.

CAPITULO IV.

APOSTOLICAS FATIGAS DEL PADRE Euſebio Franciſco Kino en eſta Provincia.

A la Pimeria alta, cuyas malas, y buenas calidades quedan brevemente dibuxadas, enviaron los Superiores al Padre Euſebio Franciſco Kino; y haviendoſe encontrado un legajo de ſus papeles, en que eſtán coordenados ſus viajes, empreſſas, y deſcubrimientos, ſerá mui conveniente, que ſu memoria en ſuccinta relacion ſe conſerve en eſta Hiſtoria, y quede como en prenda à la poſteridad, para que à ſu exemplo ſigan otros ſus huellas en procurar con el mayor esfuerzo ganar à Dios, y à la Monarquia, no ſolo millares de almas, ſino aun muchas enteras Naciones. Bien veo, que para mas clara inteligencia, aſſi de lo referido, como de lo mucho, que nos falta aun que eſcrivir, deviera ſu narracion ir acompañada, è iluſtrada con Mapa coſmographico de toda la Provincia, que expuſieſſe con claridad à los ojos de los Lectores todo lo acontecido.

El miſmo Apoſtolico ſabio Jeſuíta en ſus papeles ſe refiere à varios, que de ſus deſcubrimientos ha remitido, ò à Roma à los Padres Generales de la Compañia, ò à Mexico à ſus Superiores, para que ſe enviáran à Madrid al Supremo Real Conſejo de Indias; pero ninguno ya parece, ni es tan facil acá en Indias, como en otras partes de Europa ſacarle cabal, y perfecto; porque aun quando ſe llegue à formar uno con la pluma, ſe encuentra el eſtorvo, que los

Ofi-

Oficiales de esta Facultad, ò son ningunos, ò poco practicos, lo que no es de admirar, no hallandose aun en la misma España Europea muchos peritos, que se apliquen à este Estudio, hasta estos ultimos tiempos, en que à imitacion de otros Reinos se esmeran ya en estas Artes.

En todo este vasto, y dilatado Reino son poquissimos los que entienden, y estudian esta parte de Mathematica: los Marineros, que saben lo perteneciente à la Nautica, se quedan en los Puertos, sin penetrar en lo mas interior de Tierra: Ingenieros son rarissimos, porque fuera de los Puertos de mar son inutiles las Fortificaciones; y quando alguno llega à estas Provincias, poco se aparta de la Capital, en donde solo puede tener algun exercicio, y utilidad su ciencia; y si se encontrasse un Sugeto inteligente, fueran aun excessivos los costos, que causára su conduccion en ida, y buelta por tan dilatadas distancias, su mantenimiento, y la paga de su trabajo: gastos todos subidos, que si la Corona de España, ò el Real Erario no quiere soportarles, ò les juzga por superfluos, con mas razon se eximen de ellos nuestros Missioneros, y mucho mas en las nuevas remotissimas Conquistas, en donde de todo se carece, y hai otras cosas mas importantes, que la formacion de Mapas.

Y aunque es cierto, que alguno mui exacto en esta relacion diera mucha luz, no obstante deviera rezelarse su publicacion; porque por mas digna de fé, que sea la del Padre Kino, como hombre tan entendido, Religioso, y testigo de vista, con todo se puede persuadir, que algunos criticos, siguiendo sus particulares opiniones, formáran sus inpugnaciones à su juizio bien fundadas; y para darles la satisfaccion correspondiente, se necessita de nuevas inspecciones, y que las hagan hombres peritos, è inteligentes: quando esto se consiga, se publicará Mapa tan exac-

to, y tan perfecto, que no neceſſite de correcciones, que merezca aſſenſo, y ſe concilie por sí miſmo el aplauſo en todo el Orbe Literario. Todo eſto ha ſido neceſſario prevenir, para que no ſe echára menos en la frente de eſta Hiſtoria, para facilitar ſu inteligencia, un Mapa de todo el dilatado terreno, que ha ſido el glorioſo Theatro de las grandes Apoſtolicas hazañas de tantos Miſſioneros Jeſuítas.

Fué deſtinado el Padre Kino à la Pimeria alta, por haverſe fruſtrado entonces la Conquiſta de California, en que dos años havia trabajado en calidad de Superior de los Nueſtros, que havian ido à aquella importante empreſſa; y ya que no pudo ocupar allá ſu zelo, deſeoſo de imitar al Apoſtol de las Indias San Franciſco Xavier, à quien atribuìa ſu entrada en la Compañia, ſu venida à las Indias, y ſu vida, por haver por ſu interceſſion convalecido de una mortal enfermedad en el Colegio de Ala en el Tirol, ſolicitó con los Superiores, que ſe le ſeñalára eſte tan dilatado Campo, en que explayarle. Solo ſe hallava ya el impedimento de no quedar aſſignacion alguna en las Caxas Reales para el mantenimiento, y ſuſtento de nuevos Miſſioneros; mas el animoſo ardiente Eſpiritu de aquel grande Jeſuíta facilmente allanó la dificultad con el Señor Virrey de la nueva Eſpaña; preſentóle un exacto fiel informe de la neceſſidad, y utilidad de nuevos Miniſtros Evangelicos para la Pimeria alta: corroboróle con otro del Padre Provincial; y de eſta ſuerte conſiguió el reſcripto, de que ſe coſteaſſe de las Caxas Reales la Fundacion de dos nuevas Miſſiones, deſtinando una de ellas para la reduccion de la Nacion Seri en la Provincia de Sonora con la miſma cantidad, que la piedad de los Reyes Catholicos ha ſeñalado para el ſuſtento de los Operarios, que ſe emplean en la converſion de las dilatadas Provincias de la America Septentrional. Con eſte ſocorro, prevenido lo neceſſario para el viaje,

ſe, ſalió aquel Apoſtolico Varon de la Ciudad de Mexico en veinte de Noviembre de mil ſeiſcientos ochenta, y ſeis; y llegado à la Ciudad de Guadalaxára conſiguió un deſpacho de aquella Real Audiencia, y de ſu Preſidente, para que los Indios naturales, que reduxeſſe à la Santa Fé por el eſpacio de cinco años, no pudieſſen ſer compelidos por Juez alguno à trabajar, ò en haziendas, ò minas en ſervicio de Eſpañoles.

A la verdad anduvo corto en el plazo, que pidió à favor de los hijos, que eſperava engendrar en Chriſto con ſu gracia, concediendoles las Leyes Reales de Indias diez años de exempcion de las miſmas penalidades. Luego advirtió la limitacion de ſu ſuplica alli miſmo en Guadalaxára, por la noticia de una reciente Real Cedula, que acabava de recibir aquella Audiencia del Señor Carlos Segundo, ſu fecha en el Buen Retiro à catorze de Mayo de mil ſeiſcientos ochenta, y ſeis, que ſu Mageſtad dirigia al Virrey de la nueva Eſpaña, à las Audiencias de Mexico, Guadalaxára, y Goatemala, y à los Governadores de la nueva Vizcaya, mandando à todos, y à cada uno, que por ſu parte ſolicitaſſen la converſion de los Infieles, que en ſus diſtritos ſe hallaſſen, como ſe havia ya aviſado, que ſe executaſſe à ſu Real Conſejo de Indias; que favorecieſſen à los Eccleſiaſticos ſeñalados para eſta empreſſa; y que les ayudaſſen en todo lo que fueſſe neceſſario, eximiendo à los nuevamente reducidos de todo ſervicio en haziendas, y minas por el eſpacio de los veinte años primeros conſecutivos à ſu converſion.

Es mui conveniente, que à eſte Real Indulto, que explica la piedad del animo de nueſtro Catholico Monarca, le tengan mui preſente los Operarios, que trabajan en nuevas Apoſtolicas empreſſas, patrocinando aſſi à los Neofitos, para que los Gentiles proximos no rehuſen el ſujetarſe al yugo del Evangelio,

gelio, viendo, que à ſu converſion ſe ſigue luego el tan temido, y peſado del ſervicio, que naturalmente aborrecen los Indios, y para que con ſu corto alcanze no imaginen, que ſu reduccion mas ſe ſolicita, para obligarles al trabajo, que por el zelo de ſus almas.

Animado el Padre Kino con tan buen deſpacho proſiguió deſde Guadalaxára ſu viaje en diez, y ſeis de Deziembre del miſmo año; por Febrero del ſiguiente llegó à Sonora, y haviendo preſentado en el Real de San Juan al Alcalde Mayor de la Provincia todos los papeles con la Real Cedula, que aquel Miniſtro admitió, y obedeció, como devia, en compañia del Superior de aquellas Miſſiones, que le recibió con todo afecto, en treze de Marzo paró en el ſitio, en que formó la nueva Miſſion, que intituló nueſtra Señora de los Dolores, en donde fué bien admitido de aquellos Naturales, que antes havia ya hecho prevenir de ſu llegada, para cumplirles los deſeos de agregarſe à la Fé Catholica, que meſes, y años antes havian manifeſtado, ſolicitando, que ſe les dieſſe, y concedieſſe algun Padre, para ſu inſtruccion, y enſeñanza. El Superior de las Miſſiones de Sonora encargó al Padre Kino, que à mas de los Neofitos, que juntaſſe en aquel pueſto, procuraſſe formar de los Indios mas cercanos otros Pueblos, en que ſe unieſſen à vivir en Comunidad, para poder ſer inſtruídos no menos en la Fé, que en la Policia: aſſi lo executó aquel zeloſo prudente Jeſuíta pocos dias deſpues; y ázia el Poniente de ſu nueva Miſſion, haviendo caminado por diez leguas, encontró un terreno llamado Caborca poblado de gente afable, en donde formó un Pueblo, que intituló con el nombre de San Ignacio, y ſe le agregó baſtante gente toda mui manſa, y docil.

De alli tirando ázia el Norte à poco trecho, halló otro parage à propoſito, en que erigió otro con

la

la advocacion de San Joſeph de Himeris: à diſtancia proporcionada ázia el Oriente fundó otro tercero, patrocinandole con el titulo de nueſtra Señora de los Remedios. Eſtá eſte ultimo como à ſiete leguas del de los Dolores. En todas partes, aſſegura eſte inſigne Miſſionero, que los Infieles le hizieron buena acogida, oyendo con guſto la palabra de Dios: aplicóſe deſde luego à cathequizarles; y comenzó à eſtablecer aquella nueva Chriſtiandad, dando principio con el Bautiſmo de los parvulos. El Indio Governador, que capitaneava à los que ſe agregaron à los Dolores, eſtava auſente en tierras mui remotas, quando aquel Apoſtolico Jeſuíta llegó à ſu País: bolvió à poco tiempo de ſu viaje, y aprovechandoſe el Padre de la buena coyuntura, que le ofrecian las buenas calidades de aquel autorizado Pima, le envió con menſajes cariñoſos à los mas apartados de aquella Provincia, dandoles noticia de ſu llegada, y reſolucion de permanecer entre ellos: convidavales à que por el bien de ſus almas, y para aſſegurar ſu eterna ſalvacion, abrazaſſen la Ley de Chriſto, y lograſſen la miſma dicha, de que ya gozavan ſus vezinos, y Nacionales.

No mucho deſpues del año de mil ſeiſcientos ochenta, y ſiete, de que hablamos, los Pueblos ya fundados ſe dividieron en dos Miſſiones con diſtintos Operarios: el de los Dolores con el de los Remedios formó una, que ſiempre haſta ſu muerte adminiſtró el Padre Kino: el de San Ignacio con el de San Joſeph componia la ſegunda à cargo de otro Jeſuíta. Corrieron aſſi las coſas con baſtante felicidad, ſolicitando aun de otras partes los Indios, que les enviaſſen Miſſioneros, que les inſtruyeſſen, y bautizaſſen. El Superior de las Miſſiones pidió nuevos Sugetos al Padre Provincial de Mexico; y aunque llegaron, poco tiempo pudieron permanecer à cauſa de juzgarſe, que en otros Paiſes fueſſe mas neceſſaria ſu aſſiſtencia. Fué eſte uno de los muchos deſconſuelos,

que

que tuvo el Padre Kino; porque à mas de haverſe ſinieſtramente divulgado, que poco deſpues de ſu entrada à la Miſſion de los Dolores los Indios ſe le havian huído, lo que fué totalmente falſo, y lo comprobó el efecto mui preſto, tuvo la afliccion, que viſitando el Pueblo principiado de los Remedios halló mui alterados aquellos Barbaros, que abiertamente deſiſtian de ſu primera intencion de hazerſe Chriſtianos con varios pretextos, que luego ſe conocieron ſer malicioſos influxos de algunos, que no ſe expreſſa, ſi fueron Eſpañoles, ò Indios; pero ciertamente, ò la envidia, ù otra peor paſſion, ſe los ſugirió, para eſtorvar los progreſſos de nueſtra Santa Fé.

Huvo meneſter toda la tolerancia, è induſtria nueſtro Miſſionero, para poco à poco deſvanecer la mala impreſſion, que en los Indios havian hecho eſtas ſugeſtiones, como finalmente ſe conſiguió, ſiendo teſtigo el miſmo tiempo de la falſedad de eſtos eſpantajos, con que el Demonio por bocas de mal intencionados procurava engañarles. Pudo aquel Jeſuíta vencer eſta dificultad, pero el ſentimiento, que la retirada de los Padres le ocaſionó, fué ſin duda mas vivo, y le cauſó mayores fatigas, y afanes como en lo que ſe ſigue ſe echará de vér con claridad. Gaſtó como tres años en dexar bien eſtablecida ſu Miſſion, ſolidando en la Fé à los convertidos, y erigiendo en los Pueblos Igleſias mui hermoſas. En Deziembre de mil ſeiſcientos, y noventa fué aſſignado Superior, y Viſitador de las Miſſiones de Cinaloa, y Sonora el Venerable Padre Juan Maria de Salvatierra: llegó à los Dolores, y de aqui paſſó en compañia del Padre Kino à los Pueblos de los Remedios, de San Joſeph, y de San Ignacio; deſpues entrandoſe mas en la Pimeria paſſó por el Pueblo de Santa Maria Magdalena, por un terreno llamado el Tupo à la Miſſion de San Pedro, y San Pablo de Tubutama, en que hallaron mas de quinientas almas.

Aqui

Aqui trataron, y comenzaron à diſponer la reduccion de los demás Pimas, que ſe eſtienden haſta la mar de California. Proſiguieron por otro rumbo ſu viaje à los ſitios llamados el Saric, y Tucubabia, en que recogieron mas de ſetecientas almas, que no ſolo luego ſe les rindieron, mas tambien con regalitos proporcionados à la pobreza de ſu Tierra les agaſajaron. El intento de eſtos dos zeloſos Miniſtros del Señor era cruzar para otro Pueblo ideado llamado Cocoſpera, pero antes de partir, vinieron à encontrarles unos Menſajeros de los Indios Sobaypuris, que yacen ázia el Norte en diſtancia de mas de quarenta leguas, en donde ahora eſtá fundada la Miſſion de San Xaviér del Bac, y la de San Cayetano Tumagacori. Preſentaronſe ya con Cruzes en las manos, è hincados de rodillas de parte de ſus Principales les rogaron, que les admitieſſen à la Fé, y les concedieſſen Padres, que les inſtruyeſſen. Enternecido à eſta viſta, y ſuplica el Padre Superior Salvatierra determinó acercarſe à ſus tierras, lo que executó, paſſando à diſtancia de quinze leguas à la Rancheria llamada Guevavi, en que al preſente ſe ha erigido otra Miſſion, y encaminandoſe al pueſto de San Cayetano, halló varios de los Principales Sobaypuris, que ſe adelantaron mas de veinte leguas à recibirles.

En San Cayetano con enramadas ſe havia hecho como un remedo de Caſas, y ſe dieron algunos Bautiſmos à los parvulos mas neceſſitados, animando à todos con buenas eſperanzas, de que quedarian conſolados con la venida de otros nuevos Miſſioneros, que eficazmente ſolicitarian de Mexico. Paſſaron quinze leguas mas adelante al pueſto de Santa Maria, que ahora ſe llama Suamca, y es Miſſion nuevamente eſtablecida. De aqui finalmente, ſiguiendo ſu primer intento, vinieron al Pueblo de Cocoſpera. En todas partes hallaron tierras buenas, y valles grandes aptos para todo genero de ſemillas; los dos Apoſto-

licos Varones, que nunca olvidavan el ſocorro de la California, de quien poco deſpues fué dichoſo Conquiſtador el Padre Salvatierra, ya deſde entonces comenzaron à diſcurrir, que no ſería impoſſible remediar la natural eſterilidad de aquella Peninſula con el ſocorro de viveres, que podia juntarſe en eſte terreno baſtantemente fertil de la Pimeria: diſcurſo, que al preſente con mas viveza ſe acalora; pues las tierras conquiſtadas de los Californios ya llegan à fronterizarſe con las playas de los Pimas. En Cocoſpera ſe dividieron eſtos dos inſignes Jeſuítas, proſiguiendo ſu viſita el Padre Salvatierra, dexando encargado al Padre Kino el cuidado de fomentar los buenos deſeos de los Sobaypuris, y teniendo ſiempre la mira à California, le pidió, que conſtruyeſſe un Barco, con que deſde las playas de eſta Provincia ſe pudieſſe paſſar à las de la otra tan neceſſitada: obedeciendo rendido, mandó cortar varias maderas, y pulir algunas piezas; mas por muchos inconvenientes, que ſobrevinieron, al principio ſe dilató, y deſpues del todo ſe fruſtró eſta tan deſeada importante empreſſa.

Antes de ſalir el Padre Kino de eſta tierra, hizo varios Bautiſmos, aſſi de parvulos, como de adultos, que havia ya inſtruído. Informó de todo à los Superiores de Mexico, y aunque tuvo favorables reſpueſtas, carecieron por entonces del buen efecto, que eſperava por las revoluciones, que poco deſpues ſobrevinieron. Deſazonó mucho à eſte fervoroſo Miſſionero un rumor falſo, que corrió, atribuyendo graviſſimos delitos à los Pimas, que ſe oponian à ſus ardientes deſeos de convertirſe, que el Padre pregonava, y aviſava en ſus cartas; porque la publica fama les hazia Autores de varios robos, y eſtragos, que en aquellos dias ſe experimentaron en los Pueblos, y Miſſiones de Sonora; y en verdad acontecieron por invaſion enemiga de otros Barbaros infieles. Eſte zeloſo Jeſuíta mui ſatisfecho de ſu buena intencion,

y

y ſeguro de que no eran los agreſores, ni reos de tan deteſtables maldades, en execucion de lo que le ordenó ſu Superior bolvió à principios de Setiembre de mil ſeiſcientos noventa, y dos acompañado de alguna gente à viſitar los miſmos Pimas, que el año antecedente en compañia del Padre Salvatierra havia reconocido. Llegó à San Xavier del Bac, y à Santa Maria Suamca camino de mas de ochenta leguas; confirmó à todos en ſus buenos propoſitos; hablóles mucho de los Myſterios de nueſtra Santa Religion; y les exhortó, à que ſiguieſſen el exemplo de los otros de ſu Nacion, que veìan ya mejorados en lo eſpiritual, y temporal, como podian certificarſe por los miſmos, que le acompañavan.

Deſpues de eſta diligencia buelto à los Dolores à onze de Deziembre del miſmo año, ſe puſo en camino, para viſitar los Indios, que ſe hallavan mas adelante de la Miſſion de Tubutama ázia el Poniente, eſtendiendoſe haſta las playas del mar de California. Eſtos Infieles, que ſe llamavan del Soba, por eſtar ſujetos à un Cazique mui valiente de eſſe nombre, y eran mas de quatro mil, vivian caſi enemiſtados con los otros de los Dolores, à cauſa de haver ſu Cazique muerto en un encuentro ſucedido años paſſados al que lo era, y el principal de los que moran en aquel Pueblo. Quedó compueſta eſta diferencia con la mediacion del Padre Kino, y del Padre Aguſtin de Campos, que ſe juntaron en eſte viaje: hallaron mui afables à los Indios, aunque algunos al deſcubrir gente nunca viſta, huìan por el natural miedo, que les cauſava la novedad. Al ſitio principal de eſtos Barbaros puſieron el nombre de nueſtra Señora de la Concepcion de Caborca, y al preſente es la ultima, y mas remota Miſſion de toda la Provincia de Sonora.

Subieron à un cerrito, que intitularon el Nazareno, y deſde alli deſcubrieron con mucha claridad

la coſta de California, que pudieron diviſar, haziendo computo, y juízio prudencial, que la anchura de mar entre aquella Peninſula, y la Pimeria no podia eſtenderſe mas, que à quinze, ò diez, y ocho leguas. Por Julio del año de noventa, y tres bolvió el Padre Kino à eſta miſma Nacion con ocaſion de hazer cortar varias maderas para la conſtruccion del Barco, que havia de ſervir, para conducir viveres à la Miſſion de California; y por Febrero del año de noventa, y quatro otra vez regiſtró las miſmas playas de Caborca, hallando ya mucho mas afables, y mas dociles los Indios del Soba; muchos de treinta, quarenta, y cinquenta leguas de diſtancia vinieron à verle, y le ofrecieron ſus parvulos para el ſanto Bautiſmo. Pocos meſes deſpues aun repitió eſta jornada, y deſcubrió un puerto, que llamó Santa Sabina. En Caborca comenzó la fabrica de una caſa con alguna ſiembra de trigo, y de maíz, que ſirvieſſe al Miſſionero, que havia en adelante de doctrinarles.

Eſtos deſcubrimientos de tanta gente con las buenas eſperanzas, que davan de ſu tan facil converſion, no llenavan aun, antes avivavan mas el zelo de eſte grande Jeſuíta, perſuadiendoſe ſin duda, que reconocida tanta miés, por ninguna parte le havian de faltar los ſocorros neceſſarios, para formar nuevas Chriſtiandades. Aſſi ſe havia de executar ya entonces, quando eſtavan calientes, y mui fervoroſas las anſias de los Naturales de reducirſe à la Fé; ſi ſe huvieſſe acudido con prontitud, ſe huviera à la ſazon facilmente conſeguido; mas ahora, que han viſto por tantos años deſatendidas ſus ſuplicas, y como deſpreciados ſus deſeos, les tienen ya que no reſiſtentes, languidos, y debiles de hazerſe Chriſtianos; y coſtará ſin duda no poco trabajo bolver à avivar las antiguas llamas, que eſtán como ahogadas con la ceniza del largo dilatado olvido de tantos años.

Por Noviembre del miſmo año mil ſeiſcientos no-

noventa, y quatro emprendió nuevo viaje el Padre Kino, y penetró hasta el rio Gila, que dista como quarenta, y tres leguas de San Xavier del Bac rumbo entre Poniente, y Norte. A la primera Rancheria, que encontró compuesta de gente Pima, le puso el nombre de Encarnacion, y à la de otras quatro leguas mas adelante el de San Andrés. Estos puestos estavan poblados de gente afable, y docil; aqui supieron, que por el rio Gila abaxo al Poniente, y entre Norte, y Poniente en el rio Azul, y mas adelante en el rio Colorado viven las Naciones Opas, y Cocomaricopas de lengua diferente de la de los Pimas, como mas adelante se individuará. En este sitio se halló una casa grande, y antigua, que aun ahora permanece, y se asségura, que es de quatro altos; alli cerca se veian otras, que sin duda davan indicio de Poblacion grande, que havia havido en otro tiempo. Añade en su relacion el Padre Kino, que en otras ocasiones havia oìdo dezir, y algunas vezes él mismo visto, que mas adelante por los mismos rumbos de Oriente, Poniente, y Norte havia otros vestigios, y ruínas de semejantes Poblaciones.

Es tradicion ya antigua, y recibida de todos los Historiadores de la nueva España, que por aquellas partes interiores salió la antigua Nacion Mexicana à buscar tierras, en que assentarse, y que este parage del rio Gila fué una de sus moradas, en que dexaron estas casas, cuyas ruínas todavia se reconocen. Entre el Presidio de Janos, y el Real de Chiguagua se vén tambien permanecientes otras casas grandes, que devió de ser assimismo otra de sus Poblaciones en su transmigracion, que por ultimo finalizaron con la fundacion de la Ciudad de Mexico. El Padre Kino en sus manuscritos se persuade, que este parage es el que el Venerable Padre Frai Marcos de Niza, que afirma haver peregrinado por todas estas tierras, llama el de las siete Ciudades en un Tomo, que acerca de esta

su

ſu Peregrinacion eſcrivió. Acaba nueſtro inſigne Miſſionero la relacion de eſte viaje con dezir, que todos aquellos Indios con ſu preſencia quedaron mui conſolados, y alegres.

CAPITULO V.

ALZAMIENTO DE LOS PIMAS, muerte glorioſa del V. P. Franciſco Xavier Saeta, y nueva pacificacion de aquellos Indios.

ANtes que el Padre Euſebio Franciſco hizieſſe eſte ultimo viaje al rio Gila, emprendió otro à la Miſſion de Caborca con ocaſion de deſtinarla por glorioſo Theatro, no tanto de ſu vida, que duró mui poco, quanto de ſu precioſa muerte à manos de los Barbaros, al Padre Franciſco Xavier Saeta, nacido de noble Familia en el Reino de Sicilia, y que à mediado Octubre de eſte año de mil ſeiſcientos noventa, y quatro havia llegado al Pueblo de los Dolores, deſde donde le conduxo el Padre Kino por camino de quarenta, y quatro leguas, primero al de San Diego de Pitquin, y deſpues al de Caborca. Eſte nuevo Apoſtolico Miſſionero, como que ya preſentia el poco tiempo, que le quedava de vida, y que en breve havia de acabarſele glorioſamente con un iluſtre Martyrio, ſe aplicó con gran fervor à doctrinar ſus Indios, de cuyo buen porte, y natural eſtuvo grandemente ſatisfecho.

Comenzó deſde luego la fabrica de una Capilla, y al miſmo tiempo atendió à lo temporal de las ſiembras neceſſarias, que conducian, no ſolo para ſu devido ſuſtento, mas tambien redundavan en bien de aquellos Barbaros, que de ordinario participan no pequeñas por-

porciones, y en las nuevas Conquiſtas ſon con mayor ſingularidad mui preciſas, para agaſajar à los parvulos, y à los recien convertidos; porque eſtas pequeñas dadivas entre eſta gente tan poco pulida dán mucha eficacia à la perſuaſion de la Doctrina. Mas eſtas ſiembras no pueden luego producir el fruto, que tanto ſe neceſſita; y para aſſegurar ya deſde luego el agaſajo, con que ganar la voluntad de aquellos Naturales, tomó el trabajo eſte fervoroſo Jeſuíta de recurrir à la charidad de otros de la Provincia de Sonora, que tenian Miſſiones mas proveídas, y conſiguió buena porcion de ganado mayor, y menor con alguna cantidad de trigo, y maíz: cooperaron de la miſma manera otros, para promover por ſu parte, y conſervar eſta tan reciente converſion.

No ſe puede aqui omitir, que aunque los Miniſtros Reales ſubminiſtran para las nuevas Doctrinas, ò Miſſiones los ornamentos, vaſos ſagrados, y campanas, ſi el nuevo Operario no tiene otra prevencion, bien podrá dezir Miſſas, pero no comer, ni mantenerſe; y obligar deſde ſu primera entrada à los Gentiles, à que hayan de ſuſtentarles à ſu coſta, ſería hazerles mui odioſo el Miniſterio de ſu converſion, y como mal entendidos, y de tan corto alcanze ſe perſuadirán, que con el eſpecioſo pretexto de convertirles viene à buſcar ſus alimentos, y tal vez aun creerán, que en otras partes no les havia podido conſeguir: error, que es menos de admirar ſe introduzga entre Gentiles, quando vemos, que muchos otros, ò ya convertidos de mucho tiempo, ò lo que es de eſtrañar, que no ſon Indios, dán por aſſentado, que los Jeſuítas ſe dedican à las Miſſiones, porque de otra ſuerte no tuvieran, con que vivir, ni mantenerſe.

Otros Religioſos, que en eſtos Reinos han fundado Doctrinas, y converſiones nuevas, no ſe contentan con el ajuar expreſſado arriba; piden tambien los inſtrumentos neceſſarios, para trabajar las tierras,

para

para fabricar Caſas, è Igleſias, y aquella porcion de ganado, que es neceſſario, para formar alguna eſtancia, y que multiplicando con el decurſo del tiempo, puede ſervir de pié en lo venidero para el preciſo mantenimiento. Los Oficiales Reales, como conocen la verdadera neceſſidad de eſtas peticiones, à nada ſe niegan, ſabiendo, que todo aquello es inexcuſable, para principiar ſolidamente una Miſſion. Es verdad, que algunos no pocas vezes no lo executan, quando expreſſamente no lo piden los nuevos Operarios, como haſta ahora, no ſé ſi por olvido, ò ſi por cortedad, ò ſi por confiar los ſocorros de animos piadoſos, no lo han ſolicitado los Jeſuítas. Aſſi le ſucedió al Venerable Padre Saeta, ſiendole por eſſe motivo mui forzoſo acudir à la charidad de los otros Padres de Sonora à los primeros meſes del año de mil, ſeiſcientos, noventa, y cinco, y aſſi ya ſocorrido ſe reſtituyó à Caborca, en donde fué recibido con ſingular agrado de ſus hijos, que oyendo à los de ſu Pueblo, que acompañaron à eſte fiel Siervo del Señor, lo que de nuevo havian viſto en las otras Miſſiones, y el agaſajo, con que por todas partes fueron recibidos, y viendoles bien veſtidos, y bien tratados, ſe aficionaron mucho mas à ſu nuevo amante Paſtor; todos aſſiſtian no menos à la Miſſa, que dos vezes al dia à la Doctrina; prontos acudian à las ſiembras; y los mas diſtantes ſe ofrecieron à agregarſe à eſte Pueblo, para vivir alli de aſſiento, y gozar de la ſanta inſtruccion, que hallavan en el fervor de aquel Apoſtolico Varon, que eſtava con eſtas taréas tan ocupado en adelantar lo eſpiritual, y temporal de ſu Miſſion, que no podia acudir à todo à medida de ſu deſeo. Mas de repente en la de Tubutama ſe commovió un alboroto, que no paró haſta deſtruirla.

El Padre Daniel Januuſqui Miſſionero de aquel Pueblo havia conſigo trahido un Indio Opata, à quien por mas deſpierto, y diligente havia encargado el cui-

dado

dado de su ganado, pero abusando de la corta mayoría de su mando tratava à los Naturales con mayor imperio, y rigor de lo que era razon, y permitia el estado de Neofitos, y de recien convertidos, y destetados de su barbara Gentilidad. El Indio Opata en veinte, y nueve de Marzo arremetió por no sé que descuido à uno de los Pimas; este gritó à sus Parientes, pidiendoles ayuda, y con dos flechazos traspassaron al Ofensor, y haviendo encontrado otros dos, que passavan, viniendo de Caborca para los Dolores, tambien les mataron, quemando la Casa del Padre, que poco antes por disposicion de Dios havia salido. Irritado con estos excessos el furor de los Barbaros se juntaron con otros malcontentos en la Rancheria de San Antonio de Uguitoa, y formando un numero de quarenta, passaron à San Diego del Pitquin, para executar el dia siguiente dos de Abril, Sabado Santo, su mal intento de destruír la Mission de Caborca. Entraron al salir el Sol en la sala del Padre, que amigablemente platicó con ellos, sin rezelarse de su alevosía; mas luego al dexarles reconoció su dañada intencion, y no acudiendo, aunque llamado el Capitán del Pueblo amedrentado al vér tan crecido numero de malvados, se puso de rodillas en la misma puerta, en donde recibió dos flechazos; assi penetrado entró en la sala; abrazóse con una bella Imagen de Christo Crucificado, que havia trahido de Europa, y oy se venera en la Mission de Orispe, y debilitandose por instantes con tan copiosa efusion de sangre, se echó sobre la cama, en que falto de vigor dió su Espiritu al Señor.

Quatro sirvientes Indios de este dichoso Missionero, dos naturales de Ures, uno de Chinapas, y otro de Cumpas, fueron assimismo muertos por aquellos crueles furiosos agresores, que despues desahogaron aun su rabia con embestir, desparramar, y matar el ganado de la Mission con gran sentimiento de los

Indios de aquel Partido, que eſpantados no ſe atrevieron à hazer la menor oposicion. El P. Kino con indezible brevedad tuvo la noticia de todas eſtas crueles muertes; envió con la mayor acceleracion à un Governador con gente, para que averiguaſſe lo acontecido; y como los cuerpos de los quatro ſirvientes ya ſe corrompian, les quemó, dando ſepultura à ſus cenizas, y al precioſo cadaver del V. P. Saeta; y haviendo deſpues entrado un Cabo de la Provincia de Sonora con Soldados al primer aviſo, que de lo ſucedido le deſpachó el Padre Kino, y haviendo caſtigado algunos Indios por haverſe retirado, y huído los demàs por miedo de los Soldados, deſenterró con la mayor veneracion los Venerables hueſſos de aquel dichoſo Jeſuíta, y con algunos otros traſtecillos les conduxo primero à la Miſſion de los Dolores, y de alli à la de Cucurve, llevando el miſmo piadoſo Chriſtiano Cavallero, para moſtrar ſu piedad, y el mayor reſpeto, del dieſtro à la Cavalleria, que trahia encaxonados aquellos tan Venerables deſpojos; dieronles honorifica ſepultura en la Miſſion de Cucurve con el concurſo de varios Padres Miſſioneros, que quiſieron aſſiſtir à eſta tan tierna devota funcion. El Señor Governador de las armas bien reconoció, que el caſtigo executado en los pocos, que pudo haver à las manos, era corto eſcarmiento para la rebeldia, y crueldad de aquellos Barbaros; mas por haverſe los mas Indios, aſſi de Tubutama, como de Uguitoa, y Caborca eſcondido en los montes à la primera viſta de los Soldados, retiró las armas, para que bolvieran à ſus pueſtos, y con animo de coger con una entrada improviſa à los delinquentes, y caſtigarles.

Opuſieronſe à eſte dictamen otros Cabos de la Milicia, que juzgaron ſer mas honroſo repetir otra vez la empreſſa, y dar luego ſu tan merecido caſtigo à los culpados: para eſto ſe valieron de una traza eſcandaloſa, vergonzoſa, è injuſta; llamaron por me-

medio de algunos fieles Governadores à los Indios Pimas, convidandoles con la paz: vinieron eſtos humildes, y con Cruzes en las manos: al tenerles ya preſentes, à todos ſin diſtincion les paſſaron barbaramente à cuchillo, no hallandoſe entre tantos innocentes mas que cinco de los culpados. Eſta injuſta, indiſcreta, y nada catholica carniceria enagenó mucho los animos de los Pimas del afecto à los Eſpañoles, irritando con mayor furor à todos los demás Indios de la miſma Nacion, que convocandoſe hizieron mas funeſtos eſtragos: quemaron la Igleſia de Caborca, que havia quedado intacta: hizieron lo miſmo con las de San Ignacio, de San Joſeph de los Heymeris, y del Pueblo de Santa Maria Magdalena: profanaron los ſagrados ornamentos; y deſtrozaron todos los bienes temporales. El Padre Aguſtin de Campos Miſſionero de San Ignacio tuvo la dicha de poderſe ſalvar en Cucurve con pocos Soldados, que le acompañavan. Entre eſtas turbaciones el Padre Kino hizo todo lo poſſible, para apaciguar à los Pimas alborotados, enviando recados, y Menſajeros por todas partes, para que ſe contuvieſſen, y ſoſſegaſſen: ſin duda por el amor, que le tenian no paſſó à mayores exceſſos el enojo juſtamente irritado de eſtos Barbaros. Entretanto eſte ruído, y univerſal alzamiento de la Pimeria excitó la vigilancia del Governador de las armas, à que juntaſſe mayor numero de Soldados; viendo, que los de ſu diſtrito no eran baſtantes, traxo en ſu ſocorro los del Preſidio de Janos con otros del Reino de la nueva Vizcaya, llegando todos al numero de ciento, y cinquenta: eſtos con muchos Indios fieles componian un Eſquadron competente, para contraſtar la fuerza de los alzados por mas irritados, que ſe hallaſſen.

Los Cabos, haviendo llegado à la Pimeria, no hallaron reſiſtencia, por haverſe retirado los inquietos à los montes: uno de ellos, que ſe adelantó, ha-

lló alguna gente en el Pueblo de Tubutama, y ſin la devida reflexa de diſtinguir, ſi eran reos, ò culpados, mató à quinze, ò diez, y ſeis Pimas: tranſitaron toda la Provincia, ſin que hallaſſen enemigos, que combatir, haſta que el Capitán de Janos, Juan Fernandez de la Fuente con grande acierto diſcurrió, y perſuadiò à los otros, que entre aquellos Naturales no havia alzamiento, pues no havia reſiſtencia, ni acometimiento. Procuró, que vinieſſen à conferencia amigable los Principales de la Nacion, à los quales aſſeguró las pazes con la condicion, que facilmente admitieron, de que ellos miſmos buſcarian, y entregarian los culpados, principalmente los que havian ſido la cabeza de los amotinados, que dieron cruel muerte al Venerable Padre Saeta: con eſte convenio ceſſaron las hoſtilidades; ſe retiraron los Soldados; ſe repoblaron las Miſſiones; y al preſente las de Tubutama, y Caborca ſon las mejores, y mas numeroſas: ſin duda ſe puede creer, que aquel dichoſo Jeſuíta deſde el Cielo les ha alcanzado mayor luz, y permanencia en nueſtra Santa Religion, y que ſean eficáz atractivo, y exemplo à las vezinas Gentilidades, para que no reſiſtan à ſu converſion.

El Padre Miſſionero, que al preſente ſe halla en Tubutama Jacobo Sedelmayer de la miſma Provincia de Baviera, como el Padre Kino, no ſolo en ſu Partido ha adelantado, y eſtablecido la Fé, mas tambien por todos los Pueblos, que ſon muchos, y numeroſos, la ha dilatado; y ultimamente con la reduccion de varios Gentiles ha erigido otro nuevo, y en ſu adminiſtracion ſe halla tan ocupado, que eſcrive no atreverſe à bautizar mas adultos Gentiles, por no poder deſpues con el devido cuidado atender à ſu enſeñanza. Ha formado Caſas, Igleſias, y ha aſſegurado la permanencia de la Miſſion con adelantar las ſiembras, y crias de los ganados, para el ſuſtento de tantos Neofitos: algunas vezes quando falta-

va

va Operario, que ſubrogar en el Partido de Caborca, le ha tenido tambien à ſu cuidado, fabricando alli una hermoſa capáz Igleſia, ampliando la caſa del Padre, mas dexando en pié aquella ſalita, en que ſucedió la glorioſa muerte del Venerable Padre Saeta. Hallanſe en una, y otra parte cerca de ocho mil almas entre los ya convertidos, y proximos à reducirſe: eſtas dos Miſſiones ſon la puerta, para eſtender nueſtra Santa Fé à las proximas numeroſas Gentilidades, de que adelante hablarémos largamente en eſta Hiſtoria.

Otro provecho acarreó tambien eſte alzamiento en utilidad de los miſmos Pimas, y fué el deſengaño de todos los de la Provincia de Sonora, de que no eran los Indios de eſſa Nacion los agreſores, y culpados en los robos, è invaſiones, que ſe havian padecido ya deſde el año 1688; porque haviendo ſucedido lo miſmo deſpues de aquel tan grande alboroto, ſe atribuyó à los de la Pimeria alta, y fundadas, aunque ſinieſtramente, en eſtas vozes entraron las armas Eſpañolas, y deſtruyeron la numeroſa Rancheria llamada Modoticachi, matando mas de cinquenta Perſonas, y llevando preſas otras veinte: averiguando mejor el caſo en el Tribunal del Señor Virrey de la nueva Eſpaña, fueron declarados por innocentes, y mandó ſu Excelencia fueſſen reſtituídos à ſus tierras. Y para que aun en todo ſe ſupiera, quan falſamente eran acriminados, diſpuſo el Señor, que entrando à eſta Provincia los ciento, y cinquenta Soldados, de que hablamos poco ha, encontraron por el camino en un cerro la mayor parte de los robos, que ſe les haviàn atribuído: eſto con evidencia aſſeguró la buena opinion de los Pimas, y ſe conoció palpablemente, que fueron invaſiones de otros Barbaros, de que à ſu tiempo tratarémos. Holgó mucho el Padre Kino de eſte deſengaño, porque amava tiernamente à eſtos Indios, y eſtas calumnias le laſtimavan

gra-

gravemente el corazon, por vér que podian perjudicar mucho à ſu tan deſeada converſion.

Los mas de los Padres de las Provincias de nueſtras Miſſiones, conociendo el zelo de aquel inſigne Jeſuíta, y lo mucho, que havia afanado en reducir à eſta numeroſa Nacion, le conſideraron con eſtas alteraciones mui afligido, y penetrado de un vivo doloroſo ſentimiento: eſcrivieronle cartas llenas de amor, y compadeciendoſe de ſus penas, le animaron à continuar tan glorioſa empreſſa, pronoſticandole todos, que ſus Apoſtolicos trabajos producirian ſin duda por la innocente derramada ſangre del Venerable Padre Saeta copioſos, y abundantes frutos, como ahora por la gracia del Señor experimentamos. Aun los Cabos Militares de eſta Provincia entre amantes peſames ſe congratularon con el Padre por las eſperanzas ciertas, que concebian, que con eſte contratiempo mejor ſe arraigaria, y dilataria la Fé de Chriſto en toda la Pimeria. Bien moſtraron los Pimas, aunque tan alborotados, el aprecio, que formaron de nueſtro zeloſo Miſſionero, pues apenas comenzaron à tratar de una amigable compoſicion, le llamaron al Tupo, en donde ſe hallava, para eſtablecerla, y concluírla con la mayor felicidad. Acudió mui ſolicito, y ſu preſencia atraxo gran numero de diferentes Rancherias, y con ſu intervencion ſe firmaron las pazes, abrazandoſe mutuamente los Capitanes Eſpañoles, y Caziques de la Pimeria. Eſtos, para deſempeñar la fidelidad, con que concurrian à la paz, en breve prendieron los Autores del motin, y de la muerte del V. P. Saeta, que en ſu miſmo apellido parece tuvo anticipado anuncio de quan glorioſa la havia de lograr: entregaronles à la Real Juſticia; y haviendoſe ſeguido ſu cauſa, y dadoſe ſentencia de muerte à los reos, los Padres les cathequizaron, y bautizaron: enternecidos de ſu humildad, y rendimiento, abogaron tan eficazmente, para librarles del ſuplicio, y con mayor empeño el

Pa-

Padre Oracio Police, que conſiguieron ſe les otorgaſſe la vida: aſſi lograron del todo apaciguar eſta Provincia.

CAPITULO VI.

DESVANECE EL PADRE KINO LAS malicioſas calumnias contra los Pimas, y con ſus zeloſas induſtrias les mantiene en ſus ardientes deſeos de abrazar nueſtra Santa Religion.

NO ſe hartava el zelo del Padre Kino con procurar el bien de ſus hijos los Pimas, como vimos, en ſus continuos Apoſtolicos afanes; eſtendia aun la viſta por todas partes, y procurava no omitir diligencia alguna, que conduxeſe à ſu firme permanencia. Perſuadióſe, y con mucha razon, que repreſentando al Señor Virrey, y al Padre Provincial en Mexico à boca el eſtado de la Provincia, la multitud de gente, y de Naciones deſcubiertas, lograria con mas brevedad favorables deſpachos: pidió licencia, para executar eſſe largo penoſo viaje à fin de hazer mas cabal la informacion. Las turbulencias paſſadas en la Pimeria ſe lo eſtorvaron: con mucha inſtancia tambien ſe le opuſieron los Padres, y los Cabos Militares por reconocer la neceſſidad, como el efecto lo comprobó, de ſu aſſiſtencia entre aquellas inquietudes. Pero aſſentadas deſpues las pazes, eſtando ya ſin rezelo de nuevas turbaciones, emprendió el Padre Kino en diez, y ſeis de Noviembre de mil ſeiſcientos noventa, y cinco ſu largo camino no menos, que de quinientas leguas para Mexico, y le hizo en el corto eſpacio de ſiete ſemanas, ſin haver dexado ni un dia de celebrar el Santo Sacrificio de la Miſſa.

En

En ſeis de Enero de mil ſeiſcientos noventa, y ſeis entró en eſta grande Capital, y por otra parte el Padre Juan Maria Salvatierra, para ſolicitar la Conquiſta de la California, à que procuró ayudarle el Padre Kino, pero ſin efecto por entonces; mas el año ſiguiente le tuvo mui feliz aquella glorioſa empreſſa. Traxo el Padre en ſu compañia un hijo del Cazique Principal de la Pimeria, que fué mui agaſajado de los Nueſtros, y holgó mucho de verle el Señor Virrey Conde de Galvez con ſu Eſpoſa: en lo tocante al fin de ſu viaje conſiguió del Padre Provincial cinco Miſſioneros de los Nueſtros, que fueſſen à trabajar en aquella tan dilatada viña del Señor; pero eſta conceſſion no ſe executó, porque por contrarios informes, ò por otras urgencias ſe mudaron ſus deſtinos. En ocho de Febrero de mil ſeiſcientos noventa, y ſeis emprendió ſu tornaviaje, y à medio Mayo llegó à la Miſſion de los Dolores. En eſta ocaſion recibió un ſingular favor del Cielo, pues haviendo caminado muchos dias en compañia de algunos Eſpañoles, que ivan à dexarle en ſu Pueblo, ſe deſvió un poco, para ſaludar en otra mui cercana à algunos Padres, y en eſte corto intermedio à los compañeros, que havia dexado, acometieron, y cruelmente mataron los Barbaros.

Apenas ſe eſparció por la Pimeria la buelta del Padre Kino, de todas partes vinieron à viſitarle los Indios, para darle la bien venida: hizieronlo aſſi no ſolo los cercanos, que ya le conocian, ſino los mas diſtantes, que acudieron à verle de ſetenta, ciento, y mas leguas: todos le pedian para sì, y para ſus Rancherias el ſanto Bautiſmo, y Padres, que les doctrinaſſen. Quanto ſería el conſuelo de eſte grande Jeſuíta por una parte, viendo tantos Pueblos, que deſeavan ſer Chriſtianos? Y quanto por otra ſu peſar, no pudiendo ſatisfacer à las anſias de ſus hijos igualmente, que à las ſuyas, por la falta de ſuficientes Ope-

ra-

tarios? Hizo lo que pudo; les conſoló; les animó à la perſeverancia; les eſperanzó con la venida de otros Padres; les dixo los deſeos del Señor Virrey, y los de los Superiores de Mexico, que eran de atenderles; les agaſajó con algunas dadivas, que traxo de allá; y conſolados de eſta ſuerte con el mejor modo poſſible les deſpachó à las Tierras, de que vinieron.

Al paſſo, que el Padre Kino ſe eſmerava en atraher à la Fé de Chriſto toda la Gentilidad de ſu Provincia, ſe esforzó el Demonio en deſacreditar eſtas reducciones con falſos informes, y mal fundadas hablillas, que con ſu malicioſa aſtucia cundieron mucho, y no poco denigraron el zelo, y las relaciones de eſte fervoroſo Evangelico Miniſtro. Se eſparció, que los Indios le havian muerto; ſe dixo, que los Pimas del Soba ſe havian nuevamente alzado, y que todos los Padres de aquel Partido eſtavan en imminente rieſgo; ſe añadió, que nueſtro inſigne Miſſionero ſe hallava tan poco ſeguro entre los Neofitos, que pedia Soldados, para ſu reſguardo, y havia aun ſolicitado de los Superiores de Mexico facultad, para deſamparar eſta Provincia; bolvian à aſſegurar, que los Sobaypuris ſe havian coligado con los otros Barbaros, que cauſavan tantos eſtragos; que ſe hallavan llenos de deſpojos de ſus robos; que comian carne humana, ſuſtentandoſe de los cautivos; y en fin, que eran pocos los Pimas, y no neceſſitavan para ſu enſeñanza de tantos Padres. En eſte tiempo, haviendo acontecido el alzamiento de los Taraumares altos, dezian, que à confeſſion de aquellos miſmos Barbaros, havian cooperado à ſu rebelion; mas ſe equivocaron enormemente, achacando à los Indios de la Pimeria alta, que diſta de la Taraumara mas de ciento, y cinquenta leguas, lo que era mui natural ſucedieſſe con los de la baxa, que ya dixímos en otra parte, que confinava con aquella Provincia. Las demás calumnias, falſedades, y mentiras, aunque cauſaron en

gran parte el daño de no venir los cinco Padres ya deſtinados, procuró nueſtro inſigne Jeſuíta deſvanecer mas con obras, que con palabras. No deſiſtió de ſu afán en viſitar à los Indios, que ya havia atrahido, y amanſado; ni dexó de continuar ſus deſcubrimientos, como luego ſe verá.

En diez de Deziembre del año de mil ſeiſcientos noventa, y ſeis paſſó à San Pablo de Quipuri, Pueblo numeroſo de mas de quatrocientas almas, y rodeado con tapias para defenſa de los moradores contra las invaſiones de los tan cercanos Barbaros. Fué recibido con mucho amor; y el Capitán Gentil llamado Coro le entregó ſu hijo para el ſanto Bautiſmo, como lo hizieron aſſimiſmo otros de los Indios. Comenzóſe dentro de la miſma ruſtica fortificacion una Capilla para el Padre, que les havia de inſtruír. En diez, y nueve de Enero de mil ſeiſcientos noventa, y ſiete viajó à San Xavier del Bac, y en una, y otra parte, como tambien en el pueſto de San Cayetano dexó porcion de ganado mayor, para que multiplicado ſirvieſſe al ſuſtento de los Miſſioneros, que eſperava. En diez, y ſiete de Marzo del miſmo año bolvió de nuevo à regiſtrar los pueſtos de San Luís, San Cayetano, San Geronimo, Santa Maria, y San Pablo. Eſtas viſitas ſiempre ivan acompañadas con Doctrinas, y Sermones à los Indios, para aficionarles à la Fé, con Bautiſmos de parvulos, y de enfermos cercanos ya à la muerte: en eſta ultima les animó mui eſpecialmente, à que con valor reſiſtieſſen à los Barbaros, que ſolian entrar à arruinar ſus Provincias. En eſte miſmo tiempo proveyó la Miſſion de Santa Maria Suamca, y el Pueblo de Cocoſpera con el Padre Pedro Ruíz de Contréras, à quien entregó baſtantes ſubſidios temporales para ſu mantenimiento.

Por Setiembre de eſte año bolvieron los Indios diſtantes de la Pimeria à la Miſſion de los Dolores à ſolicitar Miſſioneros, que les doctrinaſſen: algunos de

de eſtos vinieron de cien leguas de diſtancia ſolo à eſte efecto; y ſuponiendo, que el Superior de las Miſſiones de Sonora podia concederles los Padres tan deſeados, ſe animaron à continuar ſu largo dilatado viaje haſta la Miſſion de Bezaraca. El Padre Kino apoyó ſu animoſa reſolucion, acompañandoles todo el camino, que era de poco menos de cien leguas. En San Juan de Sonora, Opoſura, Guaſavas, y mucho mas en Bezaraca, à donde llegaron en ſeis de Octubre de eſte año, ſe les recibió con todo agaſajo, celebrando el Padre Oracio Police en gran manera la venida, los ruegos, y buenos deſeos de eſtos Indios; y con eſta ocaſion, haviendo hecho no pocas, y ſecretas diligencias, ſe deſvaneció del todo el ſinieſtro concepto, que de eſta Nacion ſe havia tenido, como apuntamos poco ha. A mas del cariño, que moſtró à todos, fomentó aquel Superior con el Governador de las armas de Sonora la ſinceridad de los Pimas, pidiendole, que enviaſſe un deſtacamento de Soldados, que regiſtraſſen ſus tierras, y ateſtiguaſſen ſu buena diſpoſicion, y propenſion à la paz, amor à los Eſpañoles, y deſeos de la Santa Fé. En efecto en nueve del proximo Noviembre llegó à San Pablo de Quiburi por un lado el Padre Kino acompañado del Capitán D. Matheo Mange, y por otro los Soldados con ſus Cabos enviados por el Governador de las armas de aquella Provincia. Conocieron evidentemente todos, que tan lejos eſtavan los Pimas Sobaypuris de eſtar convenidos con los Barbaros, que robavan à las Miſſiones, que antes les hallaron, regozijandoſe en alegres bailes con las Cabelleras de quinze de eſtos comunes enemigos, que pocos dias antes havian muerto: lo que à los Oficiales infundió gran conſuelo por concebirſe nuevas eſperanzas, de que el valor de eſtos Indios convertidos contendria el furor de los demás Barbaros infieles. Para mas alentarles à la fidelidad, y firmeza en ſu propoſito, no ſolo aplaudieron la victoria, mas

tambien ſe mezclaron en aquella danza, para que vieſſen el aprecio, que tenian de todos los de ſu Nacion.

El intento del Padre Kino era penetrar por eſte rumbo nuevo entre Norte, y Oriente al rio Gila; mas algunos de los Soldados temieron ſeguirle, perſuadiendoſe, que entrarian por tierras enemigas: deſengañóles aquel cuerdo Jeſuíta, que por alli yacian las numeroſas Rancherias del Cazique Humari, que por el largo eſtendido trecho de ciento, y veinte leguas havia venido à la Miſſion de los Dolores con mueſtras de mucho amor à viſitarle, entregandole para el Bautiſmo à ſus hijos, y à sì miſmo: con eſtas razones, haviendoſe deſvanecido el rezelo, emprendieron el camino; y à treinta, y cinco leguas ázia el Norte, ſiguiendo el miſmo valle, y rio de Quiburi, hallaron al miſmo Capitán Humari, que por tres jornadas ſe havia adelantado à encontrarles. Dieron viſta à mas de ſiete, ù ocho Rancherias, en que contaron mas de dos mil almas, que con gran cariño les agaſajaron, y en nada les dexaron carecer de alimentos, de que no havian hecho proviſion alguna. Siguiendo las orillas del miſmo rio Quiburi llegaron à las del Gila, y caminando por tres dias rio abaxo (lo que es mui digno de notar, por lo que al fin de eſta Hiſtoria ſe dirá), y dexando à la mano derecha à la otra vanda del rio la dilatada Apacheria, vinieron à la Caſa grande, de cuya viſta mucho ſe alegraron los Cabos, y los Soldados; admiraronſe, que diſtaſſe del rio Gila caſi una legua en parage falto de agua: ceſſó en breve ſu admiracion, quando repararon en una Zanja grande de ſeis, ò ſiete varas de anchura con los bordos en una, y otra parte de tres varas de alto, que llegava haſta el rio Gila, y provèia de agua no ſolo las Caſas, mas tambien con una gran buelta, que dava à una campiña de muchas leguas de extenſion, en tierra llana,

y

y pingue: indicava todo eſto lo mucho, que años paſſados havia ſervido en dilatadas ſiembras, y las que en lo venidero ſe podian hazer alli.

Paſſaron à las Rancherias de la Encarnacion, y de San Andrés, en donde encontraron un Cazique bautizado, y era uno de los que fueron à la Miſſion de Bezaraca, caminando en ida, y buelta mas de quatrocientas leguas. En todos eſtos parages hallaron muchas Rancherias de Pimas Sobaypuris, que les regalaron con comida, y ofrecieron ſus parvulos al Bautiſmo. En San Andrés, encontrando el Padre Kino algunos Indios Cocomaricopas, envió recados amiſtoſos à los de ſu Nacion, y aun les eſtendió à que les participaſſen à los de otra mas remota llamada Moqui, que diſcurria no eſtar mui diſtante de ſus tierras. Tomaron con eſto la buelta para la Miſſion de los Dolores, paſſando por San Xavier del Bac, en donde con el aumento de ganado, que havia depoſitado nueſtro ſolicito prudente Miſſionero, gozaron de un buen refreſco; y à tres de Deziembre deſpues de haver caminado ducientas ſetenta leguas en eſta trabajoſa jornada, la concluyeron, ſiendo todos fidedignos teſtigos de la quietud de los Sobaypuris, de ſu fidelidad, (pues aun las cavallerias, que perdian, las buſcavan, y ſe las bolvian) de ſu afecto à la Fé, y de ſu liberalidad à los eſtraños, con que practicamente ſe deſvanecieron las calumnias, que contra ſu innocencia havia tan malicioſamente formado el Infierno.

CA-

CAPITULO VII.

CON OCASION DE UNA INVASION DE Barbaros deſcubren claramente los Pimas ſu fidelidad, y el Padre Kino para facilitar los ſocorros à la California emprende Apoſtolicamente otra jornada.

ANtes de eſte ultimo viaje en tres de Febrero de mil ſeiſcientos noventa, y ſiete entró el Padre Kino à Caborca con ocaſion de conducir allá à un Padre, que devia quedar de Miſſionero, y por varios eſtorvos, poco pudo perſeverar en aquel Partido, aunque con haverle nueſtro inſigne Jeſuíta poblado de ganados con el de Tubutama, y de Tucubabia, havia ſolicitado ſu permanencia. En el decurſo de eſte año tuvo tambien nueſtro Apoſtolico Varon el conſuelo de vér vindicado el credito de ſus hijos los Pimas con un particular ſuceſſo mui digno de eſcrivirſe en eſta Hiſtoria. En veinte, y cinco de Febrero de aquel año los Barbaros embiſtieron al Pueblo de Cocoſpera deſguarnecido de la mayor parte de ſus moradores, que havian ido à proveerſe de maíz. Mataron alguna gente; quemaron la Igleſia; robaron quanto pudieron; y apenas pudo el Padre Miſſionero defenderſe de ſu furor con la ayuda de pocos Indios, que havian quedado. Inſolentes con el buen ſuceſſo dieron ſobre la Rancheria de Santa Cruz, en el rio Quiburi en treinta de Marzo del miſmo año, y por ſer caſi ſeiſcientos en numero, aunque hallaron reſiſtencia, lograron el ſaqueo de aquel Pueblo, haviendo antes muerto à ſu Capitán con otros. Llegó la noticia de eſta invaſion à la Rancheria de Coro, no mas que legua, y media diſtante, y juntando ſu gen-

gente aquel animoſo Cazique dió ſobre los enemigos, que ſolo celebraron ſu triumpho paſſado, ſin querer aguardar à Indios tan belicoſos.

El Capitán barbaro deſafió al esforzado Coro, para que diez de una parte, y diez de otra decidieſſen la victoria: convenidos en eſte ajuſte, los Pimas à pocos lances por ſu deſtreza, no ſolo en diſparar las flechas, ſino en defenderſe de las contrarias, dexaron muertos à los diez Barbaros con ſu Gefe: viſto eſte glorioſo immortal triumpho de gente tan guerrera, los demás Infieles echaron à huír, y aquellos à perſeguirles con tal brio, que mataron mas de cinquenta en el recinto de la Rancheria, y otros ducientos, y cinquenta por el camino, ſegun ſe apoderava del corazon el veneno activo, con que los de la Pimeria tiñen ſus ponzoñoſas flechas, que por ſerlo tanto, ſon mui temidas de los Barbaros. Eſta victoria acreditó mucho la fidelidad de los Indios de eſta Provincia, y fué mui celebrada en toda la de Sonora, aplaudiendola, como juſtamente merecia, los Seculares, y los Padres, y aun eſcriviendo muchos parabienes al Padre Kino, à quien conſideravan tan intereſſado en las apreciables conſequencias, que de aquel feliz ſuceſſo reſultavan. Todos ſe perſuadian, que en adelante ſe hallarian libres de los robos, è inſultos, que havian padecido haſta entonces; pues ſin duda domado el orgullo de los Barbaros, no havian de atreverſe en adelante à recibir de la valiente mano de los Pimas ſegundo ſangriento eſcarmiento de ſus oſſadias. Con todo haviendoſe arraigado en los animos de algunos incredulos, y tenazmente impreſſionados, que las paſſadas vejaciones havian ſido de eſtos Naturales, no querian perſuadirſe de la verdad de eſta victoria; mas el Padre Kino con algunos vezinos, y los Soldados por otro rumbo entraron à Santa Cruz de Quiburi, y fueron teſtigos oculares, no menos de los muchos muertos, que del valor de los Pimas, que deſpues por todas partes pregonaron.

Ha-

Haviendo por eſte tiempo ya corrido la fama de que el Padre Juan Maria Salvatierra havia penetrado la California, el Señor Virrey de la nueva Eſpaña, y los Superiores de la Compañia procuraron, que le llegaſſen ſocorros competentes, para que pudieſſe permanecer en aquella ardua glorioſa empreſſa. Entre las demás providencias encargaron al Padre Kino, que regiſtraſſe las playas de la Pimeria, para vér, ſi por aquel rumbo ſe hallava algun parage à propoſito, para ſubminiſtrar à aquella eſteril Peninſula los ſubſidios neceſſarios. Para obedecer à eſtos ordenes, en veinte, y dos de Setiembre del año mil ſeiſcientos noventa, y ocho acompañado de un Teniente de la Provincia ſe puſo en camino nueſtro grande Apoſtolico Jeſuita, y llegando à las Caſas grandes, que diſtan mas de cien leguas de la Miſſion de los Dolores, paſſó à las Rancherias de la Encarnacion, y San Andrés, en donde halló mas de mil almas, y fué recibido con las acoſtumbradas demonſtraciones, no ſolo de regozijo por ſu venida, ſino de liberalidad en abundantes alimentos, que à toda ſu comitiva repartieron. Concurrieron en eſtos parages varios Indios de las Naciones Opas, y Cocomaricopas, que aunque en el trage ſe diferencian de los Pimas, mas en la buena, y manſa indole, y en el deſeo de recibir la Santa Fé les igualavan. Les conſoló eſte diſcreto zeloſo Miſſionero con eſperanzas, de que conſeguirian lo que deſeavan, pues por ſu parte, en quanto pudieſſe, cooperaria à ſu buen logro.

De la Rancheria de San Andrés, proſiguiendo el rumbo entre Sur, y Poniente à las ochenta leguas encontró el mar de California, y en él un puerto, ò baìa con agua dulce, y leña en altura de treinta, y dos grados. Juzgó el Padre Kino, que eſte era el que los antiguos Geographos llamaron de Santa Clara, aunque en eſta relacion no expreſſa haver ſubido al bolcán, ò cerro de eſſe nombre;

pero

pero en otras partes por dos vezes afirma, que en eſte año de mil ſeiſcientos noventa, y ocho deſde el cerro de Santa Clara reconoció como la mar de California terminava, y rematava en el deſemboque del rio Colorado, ſin tener continuacion alguna, por donde pudieſſe comunicar con otros mares. Es mui natural, que en eſte viaje hizieſſe eſte reconocimiento, aunque ſe olvidaſſe, ò ſu Amanuenſe, de expreſſarlo en el papel. Deſde eſte puerto fueron reconociendo toda la playa, que corre de Norte à Sur por el eſpacio de noventa leguas haſta las cercanías de Caborca, que diſta de la mar, como veinte, y dos leguas.

Encontró eſte Apoſtolico Varon por eſte camino mas de quarenta Rancherias, parte pequeñas, parte grandes, y en todas mas de quatro mil almas, gente no ſolo manſa, mas tambien afable, dadivoſa, y liberal; pues à mas de las ſemillas, le regalaron con frutas de la tierra, particularmente con Pitahayas, que con mayor abundancia florecen en California, y con liebres, y conejos, que havian cazado. Moſtraron gran regozijo por ſu venida: al uſo de otras partes les recibieron con muchas Cruzes, y arcos erigidos por largos trechos, y aun con bailes, que de dia, y de noche celebraron, y con muchos parvulos, que le ofrecieron para el Bautiſmo: dieron mueſtras de la ſingular alegria, que les cauſava la viſta del Padre Miſſionero. A una de las Rancherias llamaron San Franciſco, à otra dos leguas mas adelante San Seraphin, à otra la de la Merced, à otra de San Raphaél, y treinta, y dos leguas mas adelante ázia el Poniente intitularon con el nombre de San Marcelo un pueſto, que los Naturales llaman Sonoydag, parage mui bueno por ſus tierras, paſtos, y aguas abundantes à diſtancia de aquel terreno como de veinte leguas de camino bueno. A quinze mas de San Marcelo dieron en la Rancheria de Bacapa, haſta donde

llegó en ſu Peregrinacion Frai Marcos de Niza, como lo expreſſa en ſu Libro de las ſiete Ciudades. Caminadas otras quarenta, llegaron à Caborca; y deſpues de veinte, y dos mas à Tubutama, y de allì à los Dolores, haviendo andado mas de trecientas leguas en eſta jornada. Deſde eſta Poblacion en veinte de Octubre dió el Padre Kino noticia de ſu viaje al Padre Superior de las Miſſiones, que le agradeció no menos, que el Señor Governador de las armas, por lo mucho, que podian conducir para el Divino ſervicio, y para el de nueſtro Catholico Monarca. Con las miſmas finas expreſſiones reſpondieron deſde California los Padres Juan Maria Salvatierra, y Franciſco Maria Piccolo, que fueron ſus primeros Conquiſtadores, por haverles el Padre Kino participado el deſcubrimiento de la coſta, y moſtraron grandes deſeos de llegar con ſus Barcos, luego que pudieſſen, al Puerto de Santa Clara.

CAPITULO VIII.

DOS NUEVOS PENOSOS DILATADOS viajes del Padre Kino, con que claramente convenciò la verdad contra las calumnioſas vozes, que havia eſparcido la malicia.

QUien creyera, que eſte nuevo deſcubrimiento de nueſtro fervoroſo Apoſtolico Miniſtro no ſe ganaſſe los aplauſos de todos? Mas no faltó quien eſparcieſſe rumores falſos, y calumnioſos; porque, viendoſe convencidas ſus mentiroſas vozes en haver achacado à los Pimas Sobaypuris, que eran Barbaros infames, y que como fieras ſe mantenian de carne humana, trasladaron eſta calumnia à los Opas, y Cocomaricopas recien deſcubiertos por el Padre Kino. Para

ra

ra desvanecerla, de orden de sus Superiores emprendió esse grande Jesuíta en siete de Febrero de mil seiscientos noventa, y nueve un nuevo largo viaje, acompañandole el Teniente Juan Matheo Mange, y el Padre Adán Gilg: llegaron à San Marcelo de Sonoydag, en donde dexaron porcion de ganado mayor para socorro de los Padres de California, si estos acaso viniessen al Puerto de Santa Clara; y dexando à este à un lado, por camino nuevo de quarenta leguas fueron à las cercanias no mui distantes del desemboque del rio Gila, ò al lugar, en que este se junta con el otro llamado Colorado: encontraron alli mas de cinquenta Indios Pimas, Yumas, Opas, y Cocomaricopas, que les recibieron con grande amor: à este puesto le intitularon San Pedro; à otra Rancheria mas abaxo San Pablo: estos les dieron noticia de otras Naciones, que les eran confinantes llamadas Iguanes, Cutganes, y Alchedomas: predicaron los Padres en lengua Pima, y por Interprete à los Cocomaricopas, y Yumas: oyeron todos con aprecio, y muestras de buen afecto la palabra de Dios, y ofrecieron al Bautismo algunos parvulos.

Estos Indios, que son de trage, y lengua diferente, aunque no se descuidan de sus sementeras, se dedican à la pesca: para assegurarla abundante, están bien proveidos de buenos instrumentos, y redes mui curiosas. Assi como el año passado à los buenos recados, y mensajes, que el Padre Kino les envió, respondieron gratamente, convidandole à que les visitasse en sus tierras, assi ahora con todo afecto se encargaron de participar à las otras Naciones confinantes sus cariñosas saludes; porque el zelo de este incansable Obrero de la gran viña del Señor no sabía descansar, y lo mismo era llegar à descubrir una, que aspirar à la Conquista, descubrimiento, y conversion de las mas immediatas. Agasajaron nuestros zelosos Missioneros à estos Indios con algunas dadivas, que

igualmente eſtendieron à los otros confinantes, correſpondiendo à eſta ingenioſa ſanta liberalidad aquellos Barbaros con generitos extraordinarios, y proprios de ſus tierras: entre la variedad de ſu regalo, unas viſtoſas conchas azules contentaron ſobremanera al Padre Kino; porque haviendo hallado en el tiempo, que eſtuvo en California, en ſu contracoſta, que mira ázia Philipinas, otras mui ſemejantes, que creía no hallarſe en ninguna otra parte, inferia ſu grande penetracion, que el parage, en que ſe hallavan en eſta entrada, devia poco diſtar de aquella Peninſula, y que por tierra havria ſin duda alguna comunicacion. Mucho cuidado, y no menor afán cauſó eſte diſcurſo à eſte ſabio prudente Miſſionero, como en adelante ſe verá.

En veinte, y tres de Febrero ſe deſpidió de eſtas Naciones, que quedaron con mucho deſeo, de que preſto bolvieſſe à verlas: les encargó ſolamente, que ſi algun Barco ſe acercaſſe à las playas immediatas, recibieſſen à ſu gente con todo amor, declarandoles, que los Padres de California eran ſus Hermanos, y vendrian deſde luego con los miſmos deſeos de ayudarles en ſu ſalvacion. Con eſto ſubieron ochenta leguas rio Gila arriba haſta San Andrés, la Encarnacion, y Caſas grandes. En todas partes ſalian Indios à encontrarles con alegria, adelantandoſe jornadas enteras para ſu recibimiento; y porque los Padres advirtieron, que los de la junta de los rios eran enemigos de los otros, que ſe hallavan mas arriba en las cercanias de la Caſa grande, con eficazes exhortaciones amiſtaronles reciprocamente, ceſſando de eſta ſuerte los odios antiguos, y las muertes mui frequentes, que ſucedian en los dos Vandos. Antes de llegar à San Andrés deſcubrieron otro rio llamado Azul poblado de muchas frondoſas alamedas: juzgaron, que recogeria ſin duda ſus primeros manantiales en las cercanias de la Provincia del Moqui, à quienes

el

el Padre Kino havia enviado de antemano ſus cariñoſos menſajes: bolvió en eſta ocaſion à repetirles, aunque à lo que parece, por entonces por diferentes eſtorvos no tuvieron el deſeado efecto; mas logró el que tanto le importava à eſte cuerdo prudente Jeſuíta, y fué, que juridicamente, y por ateſtiguacion del Teniente Mange ſe hizieſſe notorio à todos, que eſtas Naciones nada tenian de Barbaras, y mucho menos, que comieſſen carne humana. En la buelta de eſte viaje paſſaron por San Xavier del Bac, y San Cayetano, y acabaronle, haviendo ſido no menos dilatado, que de trecientas ſeſenta leguas, en la Miſſion de los Dolores, à que llegaron en catorze de Marzo. Supo el Padre Kino en eſte tiempo, que el Capitán Humari con el valor proprio de ſu Nacion havia muerto en un encuentro treinta, y ſeis Barbaros infieles, y haviendo cautivado ocho muchachos, los cinco ſe los remitió de regalo aquel autorizado Indio, que con gran conſuelo bautizó nueſtro Apoſtolico Miſſionero.

Los afectuoſos recados, que en ſu ultima jornada envió el Padre Kino à los Yumas, Opas, y Cocomaricopas, y à los de la Provincia de Moqui tuvieron ahora buen efecto, viniendole à la Miſſion de los Dolores la reſpueſta de aquellas Naciones, convidandole, y rogandole, que les cumplieſſe ſus deſeos, y les fueſſe à viſitar. Recibió eſte aviſo, deſpues de haver dado una viſta à Tubutama, y Tucubabia; mas ya que del Moqui no ſe logro ahora lo que ſe deſeava, porque los Menſajeros fueron cogidos por los Apaches immediatos à Cocomaricopas, y Pimas Sobaypuris, con todo, juzgando eſtos Barbaros, que aquellos recados ſe los enviava el Padre Kino, ſiguieron el exemplo de los otros Indios, convidandole igualmente à que paſſaſſe à ſus tierras à predicar la Ley de Dios. Aſſi lo aſſeguraron muchos Indios Governadores, que para eſte efecto vinieron al Pueblo

de

de los Dolores, y lo confirmó igualmente el Cazique Humari ſu confinante, que llegó à eſta Miſſion à comunicar à eſte zeloſo Miſſionero tan plauſible novedad. No es facil de creer el gozo, que eſta noticia cauſó, no ſolo al Apoſtolico corazon del Padre Kino, que veía como à la corta diligencia de unos recados ſe amainſavan unas Naciones en pos de otras, ſino à los otros Padres, y à toda la Provincia de Sonora; porque haviendo ſido aquellos ferozes Indios, como en adelante mas largamente ſe dirà, el azote mas riguroſo de ſus Pueblos, y Miſſiones, con razon confiavan, que ſi ſe reduxeſſen à la Fé de Chriſto, no ſe experimentarian ya mas los eſtragos, y enemigas invaſiones, que tanto havian dado que llorar.

Nunca los muì diſtantes conciben las coſas con aquella viveza, con que las penetran los preſentes: aquellos en lo que conciben, hallan dificultades inſuperables por lo que imaginan engañados, dando pleno aſſenſo à lo que falſamente ſe les refiere; eſtos ſe rien de eſtos ſoñados reparos, mirando con evidencia por la practica, y aun con la viſta experimental todo lo contrario de lo que ſe aſſienta como fixo: por eſto no es de admirar, que Sugetos, que ſe hallavan diſtantes de la Pimeria informaſſen à Mexico con dictamenes muì contrarios à lo que en ſus cartas afirmava el Padre Kino, aſſi de la muchedumbre de los Pimas, como de la docilidad, y afecto à la Fé, que en ellos havia deſcubierto, y reconocido. Eſta contrariedad de pareceres, ſi no conſiguió, que ſe dudaſſe de la verdad de todo lo que eſcrivia nueſtro Apoſtolico Miſſionero, ſuſpendió à lo menos la reſolucion de los Superiores, y les detuvo en enviar nuevos Operarios, que ſe empleaſſen en aquellas remotas Gentilidades, difiriendolo ſiempre haſta que ſe liquidaſſen las dudas, y ſe apoyaſſe con irrefragables teſtigos no menos el numero, que la inclinacion à la Fé de los recien deſcubiertos Pimas. Encargóſe de eſta diligencia el Superior

perior de las Miſſiones de Sonora Padre Antonio Leal, y en compañia de los Padres Franciſco Gonzalvo, y Euſebio Kino quiſo hazer perſonalmente la averiguacion; porque no menos zeloſo del bien de las almas, que afligido de vér, que ſe dilatava ſu converſion por eſtos contrarios informes, anhelava mucho à que ſe comenzaſſe, y tuvieſſe felíz principio por la de los Apaches, cuya ferocidad ſe havia hecho haſta entonces tan temible. Salieron los tres Padres en veinte, y quatro de Octubre del año mil ſeiſcientos noventa, y nueve de la Miſſion de los Dolores, comenzando el viaje por Cocoſpera, y continuandole por Suamca, San Luís Guevavi, San Cayetano, y San Xavier del Bac.

En todas partes fueron bien recibidos, ſaliendo à encontrarles los niños con Cruzes en las manos, y la demás gente en grandes hileras: vieron aſſimiſmo adelantadas las ſiembras, multiplicado el ganado, fabricadas Caſas, y Capillas à diligencia del Padre Kino para los Padres, que eſperavan recibir. Quatro leguas mas adelante hallaron la Rancheria de San Aguſtin, y por haver enfermado algunos de la comitiva, que juzgaron no ſer conveniente deſamparar, ſe fruſtró la principal idea del viaje de paſſar, y llegar à los confines de los Apaches; no obſtante el Padre Kino proſiguió quinze leguas mas adelante haſta otra Rancheria, que llamó de Santa Cathalina: en eſta, y en la de San Aguſtin encontraron mas de mil, y quinientas almas: la mayor laſtima fué, que en otra ocaſion no ſe emprendieſſe la pacificacion de los Apaches, que ſiempre han aumentado ſu fiereza con inſultos, y daños mas conſiderables. Enviaronſe cariñoſos menſajes à todos los Indios mas diſtantes, eſcuſandoſe de no haverſe acercado mas por el contratiempo, que les ſobrevino. Para bolver à los Dolores, cogieron el rumbo del Poniente, paſſando por las Rancherias ya otras vezes mencionadas en eſta

Hiſ-

Hiſtoria de San Seraphin, y San Marcelo. Reconocieron en todas partes el miſmo numero de gente, que ſiempre havia aſſegurado el Padre Kino: experimentaron ſu docilidad, ſu alegria en recibirles, ſu deſeo de ſer bautizados, y ſu cariño en regalarles.

Se hizieron nuevas ſolicitas diligencias, para averiguar, ſi havia paſſo por tierra à California, preguntando con ſu gran prudencia el Padre Kino, de donde havian venido aquellas conchas azules, que en otra ocaſion le havian preſentado los Indios de junto al rio Gila? De ſus reſpueſtas ſolo entendió por lo que le certificó un Indio Cocomaricopa, que à la otra vanda del rio Colorado ſe hallava otra Nacion haſta ahora incognita llamada de Cuculatos. En eſtas ultimas Rancherias al Poniente vieron como en las otras mucho numero de gente, mucho agaſajo, y total quietud, como ſiempre havia afirmado nueſtro inſigne grande Jeſuita, à quien por ſu incanſable afán en alumbrar à eſta tan numeroſa Nacion, con razon pudieramos llamar Apoſtol de los Pimas. En todas partes ſe hizieron algunos Bautiſmos, y ſe les predicava la palabra de Dios, para mantenerles en ſus ardientes anſias de abrazar la Santa Fé; y para que ſi vinieſſen nuevos Operarios, ſe pudieſſe deſde luego poner mano à la converſion de pequeños, y de adultos. En muchas de eſtas Rancherias tenia ya el Padre Kino repartido algun ganado, y les exhortava, à que ſe aplicaſſen à las ſiembras, para tener adelantado eſte paſſo tan importante para la permanencia de la Poblacion. Los tres Padres paſſaron à San Ambroſio del Buſanic, y de alli à Tubutama; y por San Ignacio ſe reſtituyeron à la Miſſion de los Dolores, en donde recibieron la guſtoſa noticia, que haviendo el Governador de las armas deſpachado algunos Soldados acompañados de Indios Sobaypuris del Capitán Coro, dieron ſobre una Rancheria de los Barbaros con muerte de algunos, y cautiverio de otros muchos:

chos: accion, que acreditó de nuevo no menos el valor, que la fidelidad tan disputada de los Pimas.

CAPITULO IX.

NUEVA TRABAJOSA JORNADA DEL P. Kino, para averiguar, si la Pimeria se unia con la California en bien, y aumento de las Missiones de entrambas Provincias.

LLegamos ya al principio del nuevo siglo mil, y setecientos à los diez, y ocho años de taréa, de ansias, y de afanes del Padre Kino en solicitar, y promover la conversion de tantos Pueblos, como de lo dicho hasta ahora se echa bien de vér; pero frustradas todas sus diligencias, sin poder obtener los Operarios necessarios para tanta miés, aunque nunca se olvidó de cultivar, y fomentar à sus hijos los Pimas, que tantas vezes havia visitado à costa de dilatados viajes, y jornadas peligrosas, se valió este nunca bastantemente alabado Jesuíta de otra industria, para conseguir à lo menos indirectamente la mayor utilidad, y adelantamiento espiritual de toda la Pimeria. Procuró mucha union, y comunicacion con la California, viendo, que los deseos de todos conspiravan al fomento, y conversion de aquella Peninsula: à su reduccion se dirigian las Cedulas de su Magestad, los despachos de las Reales Audiencias, los ordenes de los Señores Virreyes, las limosnas quantiosas de muchos piadosos Particulares, y las providencias de los Superiores de la Compañia, assi del General desde Roma, como de los Padres Provinciales de la nueva España desde Mexico. A vista de todo esto, juzgó mui acertadamente, que si tenia la California comunicacion, y aun union por tierra, y se reconociesse la ne-

ceſſidad de las abundantes coſechas, y frutos de la Pimeria, para ſer ſocorrida la eſterilidad caſi extrema de aquella tan infecunda Provincia, que las providencias, que ſe davan para la converſion de ſus pobres Indios, ſe eſtenderian tambien à eſta tan neceſſitada; y que ſiquiera por reſpeto de la otra tan favorecida, mereceria las miſmas atenciones, y participaria de ſus eſpirituales ſocorros, ſubminiſtrandole los temporales.

Puſo à eſſe fin el mayor esfuerzo en deſcubrir, ſi aquella Peninſula eſtava unida, y ſi era tierra firme con la Pimeria. Eſto pudo moverle à tan trabajoſa importante empreſſa, ſin que ſe pretenda, que ſu zelo igualmente no abarcaſſe el bien de los Californios; le deſeava ſinceramente, y lo moſtró, no ſolo en lo que perſonalmente afanó, para aſſegurarle, ſino porque en el año mil ſeiſcientos noventa, y ſiete havia ſido aſſignado à la eſpiritual Conquiſta de aquella Provincia con el Padre Juan Maria Salvatierra, aunque à repetidas inſtancias, aſſi de los Nueſtros de la de Sonora, como de varios Seculares los mas autorizados ſe alcanzó de los Superiores de la Compañia, que no ſalieſſe de la Pimeria: en eſto pretendian, que no careciеſſen los Pimas de eſte conſuelo, y mucho mas, que no faltaſſe en aquellas dilatadas tierras, y Naciones un Sugeto, que conſideravan por Operario el mas util, y del todo neceſſario, para que cada dia ſe adelantaſſen las Conquiſtas eſpirituales, y no ſe malograſſe el fruto ya conſeguido à coſta de caſi increíbles Apoſtolicas fatigas. A impulſos de ſu miſmo zelo ſacó facultad de N. M. R. Padre General Thyrſo Gonzalez de poder en adelante emplearſe ſeis meſes en bien de los Indios de la Pimeria, ocupando los otros ſeis en la converſion de los Californios; y aunque nunca llegó à paſſar à ſus tierras, ſe verá no obſtante quantos esfuerzos hizo ſu fervoroſo Eſpiritu, para abrir comunicacion eſtable por tierra entre una, y otra Provincia.

Fue-

Fueron tantas las diligencias, y tantas las penosas fatigas, que passó; tan peligrosos, y dilatados los viajes, que emprendió, que bien se le echava de vér, que la vehemencia de sus santos deseos le proponia por cierto, claro, y evidente lo que sin la fuerza de esta inclinacion pudiera parecer, que no excedia los terminos de dudoso, y probable; à lo menos los criticos con razon dixeran, que para assegurar esta verdad eran menester mayores, mas exactas, y mas circunstanciadas diligencias, examinando, pesando, y averiguando con mas solidéz lo que le facilitava su zelo, y le proponia como tan fixo, y tan seguro su ansioso deseo de la conversion de aquellas tan pobres desvalidas Naciones. Mas esto prueba, quan preocupado estava su Apostolico corazon del ardiente deseo de ganar para Dios aquella tan numerosa Gentilidad. Esto ha sido necessario advertir à los que leyeren esta Historia, para que no admiren, que este grande fervoroso Missionero nos diga en su relacion, que las tierras, que están junto al rio Colorado, y Gila se llaman California alta, y que, sin haver registrado, sino mui poco, las ensenadas, que se hallan à la otra parte del rio Colorado, assegure casi como cierto, que aquella Peninsula está unida con la Pimeria alta: veamos ahora, con que ocasion emprendió un nuevo largo viaje este Apostolico Varon, para averiguar esse punto tan importante. En veinte, y nueve de Marzo en su Mission de los Dolores recibió un nuevo regalo de conchas azules, que le enviava un Governador de la Nacion Cocomaricopa: esto avivò sus deseos de saber con mayor certidumbre, por donde aquellos Indios las havian adquirido. A esse fin salió en veinte, y uno de Abril del año mil seiscientos de su Mission: passó por Cocospera, en donde halló, que sus Moradores havian ya restablecido el Pueblo despues de la ultima invasion, en que los Barbaros le havian casi destruído: continuó su rumbo por San Luís à

Guevavi, y à San Cayetano: cinco leguas mas adelante en la Rancheria de los Reyes halló al Capitán Coro, que con todos los ſuyos en numero de quinientas almas havia aumentado aquella Poblacion; era ya Chriſtiano, por haverſe bautizado la immediata Paſqua de Reſurreccion de aquel año en nueſtra Señora de los Dolores.

A San Xavier del Bac acudió gran numero de Indios Sobaypuris: le inſtaron con tanto ardor, que ſe quedaſſe con ellos, que no pudo negarſe à ſu tan juſta fervoroſa peticion, interrumpiendo por entonces el emprendido viaje: aqui le viſitaron los Governadores de varias partes, el Humari, dos de la Encarnacion, y San Andrés, otros de la Nacion Cocomaricopa, y algunos de los miſmos Pimas, que yacen ázia el Poniente. Con todos eſtos tuvo largas continuas platicas el Padre Kino, confirmandoles en ſu buen afecto à la Santa Fé, y haziendo con la mas prudente cautela las peſquiſas poſſibles ſobre las conchas azules, ſin ſacar, à lo que parece, noticia cierta. Entretanto aprovechandoſe de la buena inclinacion de aquellos Indios, y del fervor, con que fabricavan muchas caſas, abrió en San Xavier los cimientos à una nueva grande Igleſia, y tan capáz, que baſtaſſe para la mucha gente, que alli ſolia concurrir: empleó en la fabrica mucho tuzontle, que en aquellas cercanias halló, y es eſpecie de cierta piedra ligera, y poroſa, mui commoda para los edificios, de que caſi toda la Ciudad de Mexico ſe ha ſervido para los ſuyos mas ſumptuoſos. Los Indios trabajavan guſtoſos en aquella obra, que tanto deſeavan, ſin negarſe à coſa alguna, que el Padre les mandaſſe por el grande tierno amor, que le tenian. En cinco de Mayo ſe bolvió el Padre Kino à ſu Miſſion de los Dolores, haviendo antes conſeguido el perdon de un Indio Pima ya ſentenciado à muerte por el Cabo Militar de unos Soldados: entraron eſtos haſta Tucubabia,

babia, y quedaron mui ſatisfechos, como lo expreſſaron en ſu carta eſcrita à nueſtro inſigne Miſſionero, del mucho numero de gente, que havian viſto, admirando no menos ſu chriſtiandad, que ſu buena educacion, y enſeñanza aun en lo politico.

Deſeó mucho nueſtro incanſable Operario de la viña del Señor eſtablecerſe en la Miſſion de San Xavier del Bac, para acudir mejor à los muchos Indios, que le pedian; y aunque el Padre Superior de la Sonora aprobó ſu buen deſeo, por no tener à quien dexar la de los Dolores, ſe malogró ſu intencion; mas no por eſſo ſe olvidó de nuevas glorioſas empreſſas. No le permitió mucho deſcanſo ſu zelo; y el deſeo de apurar la verdad, de ſi la California era tierra continente con la Pimeria, le eſtimuló à una nueva larga peligroſa jornada. A eſſe fin en veinte, y quatro de Setiembre de eſte miſmo año mil ſetecientos la emprendió tan dilatada, que anduvo trecientas ochenta leguas: comenzóla por el Pueblo de los Remedios à la eſtancia de San Simón, y Judas: con veinte, y ocho leguas de camino llegó à San Ambroſio del Buſanic, y de alli à Tucubabia: paſſó adelante al aguaje de Santa Eulalia, haviendoſe antes detenido en una Rancheria de trecientos Indios, à quienes exhortó à la Fé, y le prometieron agregarſe à Buſanic luego, que tuvieſſen Padre de aſſiento: à ſeis leguas de diſtancia encontraron quarenta hombres de los Principales de aquellas Poblaciones confinantes, que venian à ſaludar à nueſtro inſigne Jeſuíta, regalandole con mucha abundancia de alimentos: à otras ſeis leguas mas llegó à nueſtra Señora de la Merced: proſiguió el dia ſiguiente, y haviendo atraveſſado quatro Rancherias, à las veinte leguas halló otro lugar de mucha gente, que llamaron San Geronimo: aqui encontró ducientos, y cinquenta hombres en hilera con Cruzes, y ramadas à manera de arcos: ya de noche llegaron otros ciento, y cinquenta Indios de otra Rancheria, que ſe

admi-

admiraron mucho de vér al Padre Kino, y à ſu comitiva, por no haver ſeguido eſte rumbo haſta entonces nueſtro Miſſionero, ni los Indios haver viſto otra gente, que la ſuya.

A cinco leguas, guiandole aquellos Barbaros de San Geronimo, vino à un buen aguaje, y deſpues de otras doze encontró otro mui empinado, y dificultoſo, en que pudieſſen beber las cavallerias: à otras diez de camino llegó al rio Gila, en donde ſe le juntó mucha gente de los Pimas, de los Cocomaricopas, y algunos Indios del rio Colorado. Proſiguió cinquenta leguas por abaxo del Gila haſta que encontró, que haviendo ſiempre caminado ſus corrientes ázia el Poniente, dava una buelta de ocho leguas para el Norte, continuando deſpues ſu curſo como antes: aqui, haviendo en todo el eſpacio intermedio paſſado por varias, y numeroſas Rancherias, ſe halló entre la Nacion Yuma: la puſo en pazes con los Indios, que habitan rio arriba, olvidando el enojo, que ſe havian mutuamente concebido por varias muertes, que pocos meſes antes huvo de una, y otra parte. Los Barbaros, que en otra entrada havian tenido baſtante miedo à las cavallerias, en eſta ocaſion, haviendoſe perdido algunas, las cogian, y lo miſmo hizieron con un perro, aunque les cauſava gran novedad, por ſer animal nunca viſto por alli: celebraron mucho ſu manſedumbre, y fidelidad. En eſte parage ſubió el Padre Kino acompañado de algunos à un mui alto cerro ázia el Poniente: en ſu relacion aſſegura, que mirando por todas partes del Poniente, del Sur, y entre Sur, y Poniente por el trecho de caſi treinta leguas, no pudo diviſar la mar de California; que ſolo ſe deſcubrian tierras por quanto ſe eſtendia la viſta, aun ayudada con anteojo; que de la miſma cumbre veía aquel angulo de tierra, en que el rio Gila deſemboca en el Colorado; y que preguntando, qué gentes poblavan aquellas tierras? Le dixeron, que eran

qua-

quatro Naciones llamadas, Quiquima, Bagiopa, Hoabonoma, y Cutgana. Eſto es en breve reſumen lo que dexó en ſu relacion el Padre Kino, ſin quitarle ni añadirle coſa.

Mas à la verdad eſta narracion en el mas critico importante punto parece mui ſuccinta, ſin que baſte, para aclarar la duda, de ſi la California eſtava unida con la Pimeria. Y aunque caſi dá por concluída la averiguacion, no queda del todo ſatisfecho el entendimiento: dificultad, que tambien ſe encontrará igual en otras diligencias, que en adelante referiremos haver executado eſſe incanſable Apoſtolico Jeſuíta. En eſta ocaſion huviera ya parado el deſcubrimiento, por haver enfermado algunos de la comitiva; mas al querer ya tomar la buelta, vino un Governador de los Yumas, que viven à la orilla del rio Colorado à rogar al Padre, que paſſaſſe à verles, añadiendole, que toda la gente eſtava mui eſperanzada con grandes deſeos de recibirle: poco deſpues llegaron otros quarenta Indios con la miſma demanda; reſolvió mui cuerdamente complacerles: le fué preciſo, para executarlo, paſſar el rio Gila: eſto huviera ſido mui dificil por ſer muchas ſus aguas, ſino le huvieran enſeñado un parage, en que dividiendoſe en tres ramos, ſe facilita el vado. De alli à ocho leguas dieron con la primera Rancheria de los Yumas del rio Colorado, en que encontraron varios de aquellos Indios, que el año antecedente havian ido à vér al Padre Kino al pueſto, que intituló de San Pedro: ſalieron dos leguas à recibirle, le regalaron con ſus comidas, è inſtaron, que ſe quedaſſe algunos dias, para complacer à los muchos, que concurririan de varias Naciones, ſolo para verle, y ſaludarle. Poco mas adelante en la Rancheria grande de los Yumas del rio Colorado en terreno mui bueno, y mui immediato al lugar, en que ſe junta con el Gila, llamado San Dioniſio, por haver llegado alli dia de eſte

San-

Santo, vinieron à vér al Padre en poco tiempo como mil, y quinientas Perſonas; muchas de eſtas paſſaron à nado el rio Colorado; y notaron, que eran de eſtatura mui grande, y entre ellos ſobreſalia uno de corpulencia agigantada, à quien haſta entonces no havian encontrado alguno, que igualaſſe. A todos hizo nueſtro Apoſtolico Miſſionero muchas, y largas Platicas de ſu eterna ſalvacion, que oyeron con gran guſto.

Obſervó el Padre la altura del pueſto de San Dioniſio, y halló eſtar en treinta, y cinco grados, y medio. El rio Colorado es el mas caudaloſo, que hai en toda la nueva Eſpaña: viene cogiendo ſu corriente mas arriba del nuevo Mexico, caminando caſi ſiempre entre Poniente, y el Norte, de que inferia el Padre Kino, que hallandoſe la Provincia de Moqui en treinta, y ſeis grados, no podia, ſiguiendo el rumbo rio arriba entre Norte, y Oriente, diſtar mas de treinta, y ſeis leguas de la Rancheria de San Dioniſio, deſde donde juzgó, que coſteando el rio, ſe podria llegar al Moqui, ſin que las tierras pobladas de los Apaches pudieſſen ponerle eſtorvo à la entrada. De San Dioniſio cogió ſu buelta, y llegando al parage, en que havia deſde ſu cerro hecho la obſervacion, que poco ha referimos, ſubió à otro mas elevado, deſde donde al ponerſe el Sol diviſó diſtintamente, ſegun aſſegura en ſu relacion, muchas tierras de la California, y notó, que los dos rios, deſpues de ſu junta en San Dioniſio, corrian como diez leguas al Poniente, y tomando la buelta al Sur por otras veinte de camino, embocavan en el remate de la mar de California. En eſte tornaviaje llegó primero al aguaje, que llamò de la Trinidad, y con otras doze leguas de diſtancia à otro, que nombró la agua eſcondida: alli cerca ſubió à otro cerro, y eſcrive, que no pudo diviſar mas, que tierras, y arenales de la California. Con otras doze leguas llegó al aguaje, mui

en-

encumbrado, y dificil para las cavallerias. Haviendo andado el trecho de otras diez, y ocho mas de diſtancia, ſe halló en el arroyo, que paſſa por San Marcelo, à donde vino con otras ocho de camino. Por todas partes ſalieron los Naturales leguas enteras à encontrarle con las mayores demonſtraciones de cariño, ſaludandole afectuoſamente, y regalandole con ſus comidas. Eſte Pueblo de San Marcelo es caſi el unico terreno de aquella coſta, y playa, que ſea capáz, para formar una Miſſion, por tener agua baſtante, paſtos buenos, de que carecen los contornos, y por hallarſe en él, y en ſus cercanías mas de dos mil almas. Deſde eſta Poblacion haſta la de Caborca rumbo del Sur hai cinquenta leguas, y por el del Norte haſta el rio Gila igual diſtancia, por el de Oriente haſta San Xavier del Bac otras cinquenta; y el otro entre Poniente, y Norte haſta el deſemboque del rio Colorado en la mar de *California*, diſta aſſimiſmo igualmente.

Proſiguió el Padre Kino ſu viaje con la miſma continuacion de numeroſos encuentros, y agaſajos de Indios à las Rancherias de San Luís de Bacapa, que ſon doze leguas de camino; y con otras veinte llegó à San Eduardo, que cuenta en ſus contornos mas de mil, y ducientas almas. Deſpues de otras diez, y ſeis de viaje vino à Caborca; con otras doze à Tubutama; con diez, y ſiete mas à San Ignacio, y el dia veinte de Octubre ſe reſtituyó à ſu Miſſion de los Dolores. La noticia de eſta larga trabajoſa jornada del Padre Kino conſoló mucho à todos los Nueſtros de Sonora, que le dieron los devidos parabienes, y el Señor Governador de las armas le agradeció en nombre de ſu Mageſtad ſu zelo, eſmero, y afanes tan glorioſos, y de tanto ſervicio de Dios, y de nueſtro Catholico Monarca. El Padre Salvatierra le dió aſſimiſmo los placemes por ſu felíz jornada con muchas gracias, por haverle ayudado en ſu grande neceſſidad

con una no pequeña porcion de ganado mayor, y menor para ſocorro de la California, contribuyendo no poco deſde ſu Miſſion de los Dolores. En eſta jornada, y deſcubrimiento pudieran excitarſe algunas dudas, y dificultades de baſtante conſideracion; mas porque en las ſiguientes ſe renováran las miſmas perplexidades, ſerá mas conveniente dexar la reſpueſta à los reparos, que pueden mover los criticos, para la concluſion de los viajes del Padre Kino.

CAPITULO X.

REPITE EL PADRE KINO OTRO LARGO penoſo viaje à inſtancias del Padre Salvatierra, para averiguar mas la comunicacion de la California con la Pimeria.

LA noticia, que de eſte deſcubrimiento tuvo el Padre Juan Maria Salvatierra commovió tanto ſu animo, que juzgó ſer de ſuma importancia para la ſubſiſtencia, y permanencia de la California, el averiguar con la mayor poſſible individualidad el continente de aquella Peninſula con la Pimeria: inſtó al Padre Kino, que ſe ſirvieſſe de hazer otro viaje à eſſe fin, ofreciendoſe à acompañarle en la miſma jornada con firme reſolucion de no deſiſtir de la demanda haſta conſeguir paſſo con el favor de Dios por la Pimeria al deſemboque del rio Colorado, y coſtear por tierra toda la California, bolviendoſe al Real, ò Pueſto de Loreto, en donde ſe havia eſtablecido el principio de la converſion de los Californios. No neceſſitava de tantos eſtimulos el Padre Kino, para emprender de nuevo aquella jornada tan conforme à ſu zelo, y deſeo ardiente de dar à conocer à Dios à todo el Mundo: hizo luego prevenciones crecidas de ali-

alimentos, cavallerias, y de los neceſſarios ſirvientes.

El Padre Juan Maria entretanto por Enero de mil ſetecientos, y uno paſſó deſde la California al rio Hiaqui en Cinaloa; y por Febrero llegó à la Miſſion de los Dolores acompañado de algunos Indios Californios deſeoſos de bolver à ſu tierra, no ya por mar, ſino por tierra firme; y porque el Padre Salvatierra ſe rezelava, que pudieſſen, paſſado el rio Colorado, encontrar con Naciones totalmente barbaras, y enemigas, alcanzó del Governador de las armas de Sonora, que les acompañaſſen diez Soldados en eſta jornada. Mas eſtando ya, para principiarla, un repentino accidente la puſo en gran contingencia: fué el caſo, que por el mes de Febrero de eſte año entraron haſta la Miſſion de Cucurpe cercana à la de los Dolores una gran porcion de aquellos Barbaros, que ya otras vezes diximos, tenian por coſtumbre arruinar à la Sonora; y haviendo en el Pueblo de Larache cometido muertes, eſtragos, y robos, ſe retiraron, dexando amedrentados à los demás Pueblos, y mui temeroſos de experimentar los funeſtos efectos de alguna otra repentina invaſion: ſalieron del Preſidio de Fronteras Soldados en ſeguimiento de los Enemigos: ſobre quienes eran, ò no eran, huvo baſtantes controverſias, queriendo unos, que havian ſido los miſmos Barbaros, que tantas vezes havian laſtimoſamente talado la Provincia, y porfiando otros tercos en ſus primeras impreſſiones, de que los Agreſores eran Indios de la Pimeria; mas en breve quedaron eſtos deſengañados, porque los Soldados deſtinados de aquel Preſidio, haviendoſe acompañado con Capitán Coro, y con Indios Sobaypuris, alcanzaron el cerca del cerro de Chiguicaguys à los Barbaros: conocieron mui bien, y reconocieron no ſer Pimas, y bolvieron à cobrar todo el robo, que havian hecho, teniendo por gran felicidad los Infieles no pagar con la vida ſu inſolencia, por haverles favorecido en la

fuga el mal terreno, que no dió lugar à ſu alcanze.

Libres ya nueſtros zeloſos Apoſtolicos Miſſioneros de eſte contratiempo, ſalió el Padre Salvatierra à fines de Febrero de los Dolores, y paſſando por la Miſſion de San Ignacio à Tubutama, à Addi, à Uquitoa, y Pitquin llegó à Caborca, en donde aguardó al Padre Euſebio Franciſco, que haviendo antes dado algunas providencias para el reſguardo de ſus Pueblos contra enemigas invaſiones, que de nuevo pudieran ofrecerſe, partió à primero de Marzo de aquel año de ſu Partido, y tomando la buelta por Cocoſpera, la Eſtancia de San Simón, y el Buſanic fué à alcanzarle en Caborca. En diez del miſmo mes ſalieron los dos, y marchando por San Eduardo, y San Luís de Bacapa, llegaron à San Marcelo, recibiendoles como ſiempre con demonſtraciones de mucho regozijo en todas las Rancherias, que dexaron en el camino. Todos ivan mui contentos: por el camino en varias lenguas cantaron muchas alabanzas al Señor, en lo que eran baſtantemente dieſtros los Californios, que acompañavan al Padre Salvatierra. En San Marcelo tuvieron la reſpueſta de los Indios de la Nacion Quiquima, que yace ázia los fines del rio Colorado, à los menſajes, que el año paſſado les havia enviado el Padre Kino; y ſe reducia, à que ſe alegrarian mucho, de que fueſſe à verles, y doctrinarles. En diez, y ſeis de Marzo ſalieron para el aguaje, que diſta ocho leguas de San Marcelo; y haviendo venido muchos Indios à encontrarles, les dieron noticia, como, ſiguiendo el camino mas breve para el deſemboque del rio Colorado, havian de encontrar muchos arenales con mucha eſcaſéz de paſto, y de agua. Con eſto entraron en duda, ſi ſeguirian el miſmo rumbo, ò ſi ſubirian haſta los rios Gila, y Colorado. No ſe ſabe, por qué razones ſe determinaron à ſeguir ſu rumbo por la coſta; reſolucion, que fruſtró tan trabajoſa larga jornada. Caminaron treze

ze leguas al Poniente, y en una Rancheria de ducientas almas bautizó el Padre Kino una vieja al parecer de ciento, y veinte años. Proſiguieron los dias diez, y nueve, y veinte el camino, dexando à mano derecha, y ázia el Norte el cerro grande de Santa Clara, que en tiempos paſſados devió ſer Bolcán, ſegun los claros veſtigios, que aun ſe hallaron.

El Padre Kino ſubió con el Capitán Juan Matheo Mange à un cerrito, deſde donde deſcubrieron claramente la California. El dia veinte, y uno llegaron à la miſma playa del mar, padeciendo ya grandes careſtias de agua, y paſtos: peſado con el Aſtrolabio el Sol ſe halló, que eſtavan en treinta, y un grados de altura; y porque con el moleſto arenal, que havian ya cruzado ſe fatigaron mucho las cavallerias, y todos deſmayavan por la falta de agua, fué preciſo retroceder à San Marcelo; mas antes de llegar à eſte Pueblo, reſolvieron los Padres hazer otra entrada con menos embarazo de gente, y cavallerias ázia el Poniente por vér, ſi acaſo podian eſcuſar el arenal, que ſupieron tenia, nada menos, que ſeſenta leguas de circumferencia. Con treze de camino, en que reconocieron altura de treinta, y dos grados, y treinta, y cinco minutos llegaron, y ſubieron à un cerrito, en que à una hora antes de ponerſe el Sol diviſaron la Sierra grande del Mezcal, y la llamada Azul de la California, y vieron diſtintamente la union de aquella Peninſula con la Pimeria alta. En eſte parage, haviendo venido à ſaludar à los Padres varios Indios de aquellos, que el año paſſado concurrieron en San Dioniſio, ò junta de los rios, les certificaron, que todavia deſde el pueſto, en que ſe hallavan, les faltavan treinta leguas de arenal, que paſſar; con eſto perdieron la eſperanza de poder proſeguir mas adelante, y bolviendo à San Marcelo, comenzaron alli una Capilla dedicada à nueſtra Señora de Loreto, cuya Imagen como Conquiſtadora de la California,

ha-

havia trahido consigo el Padre Salvatierra, deseando, que esta Señora conquistasse tambien las Gentilidades de la Pimeria, y descubriesse la union, camino, y passaje de una à otra Provincia. Los mismos Padres alternativamente la llevavan, y haviendosela quedado por ahora el Padre Kino, resolvió dedicarle aquella Capilla. Aqui en San Marcelo le alcanzó el Governador de los Quiquimas, que sabiendo su jornada, se adelantó à convidarle: el Padre mui afligido del mal logrado viaje, le asseguró, que por el Otoño de aquel año por el camino ya trillado passaria à vér su gente. No hai duda, que es de estrañar, que tan prudente experimentado Missionero se engañasse en esta jornada, siendo fixo, que en este tiempo del año son escasos, ò casi ningunos los aguajes, y pastos, y excessivos los calores, sin que puedan faltar arenales propriissimos de todas playas. Mas en breve verémos, como corrigió este yerro con grande acierto.

Haviendo dado las providencias de la Capilla, y exhortado à los Indios, à que se aplicassen à las necessarias sementeras, por San Raphaél, la Merced, y San Seraphin llegó con poco mas de cinquenta leguas de camino à San Xavier del Bac, experimentando en todas partes el mismo agasajo, y amor de aquellos Indios. Prosiguió por San Cayetano, San Luis, Guevavi, y Cocospera, concluyendo felizmente el dia catorze de Abril su jornada en nuestra Señora de los Dolores. En este ultimo tramo de su buelta tuvo la gustosa noticia, de que los Pimas Sobaypuris en numero de mas de trecientos acompañaron al Cabo Juan Bautista Escalante, como arriba se apuntó, y dieron en una Rancheria de los Barbaros, en que mataron diez, y seis, y casi otros tantos cautivaron: lance, que como autenticó de nuevo el valor de estos Indios, assi asseguró à toda la Provincia de Sonora de su fidelidad; y de este buen sucesso, no menos que de la jornada, que acabava de hazer le dieron, no solo los Se-

cula-

culares, ſino los Religioſos de todos aquellos contornos, muchos placemes, y parabienes. No fué inferior el conſuelo, que tuvo eſte zeloſo Jeſuíta en eſte tiempo, por haver venido quatro Padres, que fueron repartidos à San Xavier del Bac, à Guevavi, à Tubutama, y Caborca. Entraron eſtos nuevos Operarios mui contentos de la buena ſuerte, que les cupo, y no menos ſatisfechos de lo mucho, que hallaron adelantadas por las diligencias del Padre Kino en lo eſpiritual, y temporal ſus nuevas Miſſiones: dieronle repetidas gracias en cartas de afectuoſas expreſſiones, y agradecimientos. Mas eſte conſuelo no duró por mucho tiempo; porque los Padres, ò por enfermedades, ò por otras urgencias no pudieron permanecer en ſus Pueblos, bolviendoſe las coſas al eſtado antiguo de cargar todo el peſo ſobre los robuſtos ombros del Padre Kino, que buelto à los Dolores, tuvo à un tiempo tantos negocios, y cuidados, que apenas podia dar el abaſto neceſſario, y mucho menos diſponer lo preciſo para la nueva entrada, que meditava por Octubre de eſte año.

CAPITULO XI.

OTRA PELIGROSA LARGA JORNADA del Padre Kino, para hazer la miſma averiguacion.

NO obſtante el pequeño, ò ningun fruto de la jornada paſſada, haziendo mayores esfuerzos, emprendió à tres de Noviembre el Padre Kino la que havia proyectado. Caminó por los Remedios, Cocoſpera, San Lazaro, San Luís de Babi, San Simón, y Buſanic: parages todos ya otras vezes expreſſados, y por no haverſe ofrecido coſa eſpecial, ſe apuntan como

mo en compendio. Del Buſanic, dexando à un lado Tubutama, y Caborca, cogió nuevo rumbo, para llegar à San Marcelo: paſſó por la Rancheria de Ooltan, que intituló San Eſtanislao: à quinze leguas llegò à la de Anamic, que apellidó con el nombre de Santa Ana: à tres mas de diſtancia ázia el Poniente vino à un corto aguaje mas adelante de San Martin; y à diez, y ſeis de camino, haviendo primero paſſado por San Raphaél, dió ya con San Marcelo, en donde ſe conſoló con vér acabada, techada, y blanqueada con aſſeo la Capilla de nueſtra Señora de Loreto, y que en todo ſe havian eſmerado los Indios en adelantar las ſementeras: punto, que ſiempre mucho aſſeguran los Padres en las Miſſiones; porque al vér, que los Barbaros ſe aplican al trabajo neceſſario, para recoger viveres baſtantes para ſu ſuſtento, reconocen, que tienen intencion de permanecer en aquel pueſto, aſſi como infieren mui bien de no dedicarſe à las ſiembras, que quieren por ſu voluntad verſe preciſados à andar, vagueando por otras tierras en buſca de mantenimiento, lo que eſtorva la Doctrina, y enſeñanza, que ſe les ha de adminiſtrar, ſi de veras deſean convertirſe.

Salió el Padre Kino en doze de Noviembre de San Marcelo, y por los aguajes, que ya havia notado en otras jornadas. Llegó primero al rio Gila, y Rancheria de San Pedro bien recibido de muchos Pimas, y Yumas, que ſe havian adelantado: acompañado de mas de ducientos de ellos rumbo del Poniente, haviendo rodeado el Gila, vino à la junta de los rios, y Rancheria de San Dioniſio. Y porque los Pimas, y Yumas de eſte rio tuvieron eſte año por falta de agua, mucha eſcaſéz de viveres, el Padre les ofreció, para remediarles en ſu neceſſidad, permutar con algunas dadivas los frutos, de que neceſſitavan, y de que ſabía, que entre los Quiquimas ſe hallava gran abundancia: con mas de trecientos de ellos,

llos, haviendo repaſſado el rio, fué caminando entre Sur, y Poniente para los de aquella Nacion; y à treze leguas de tierra llana, dexando à ſu parecer al Oriente el grande arenal, con que acaba el eſtrecho de la mar de California, llegó à la ultima Rancheria de los Yumas de mas de quinientas almas, à que dió el nombre de Santa Iſabel. El dia diez, y nueve entró en la primera de los Quiquimas, que ſalieron mas de dos leguas à recibirle con comida, y abundancia de alimentos. Fué tanta la gente, que vino à encontrarle, que ſiendo Nacion nueva, y nunca viſta, un ſolo ſirviente Eſpañol, que le acompañava, ſe aſſuſtó de modo, que quando menos lo obſervaron, huyó con tanta aceleracion, que aunque el Padre deſpachó algunos mozos en ſu ſeguimiento, no fué poſſible hallarle: caſo, que le dió baſtante cuidado por el rezelo, que tenia, que no fueſſe à eſparcir nuevas falſas, de que con toda ſu comitiva havia perecido entre aquellos Barbaros.

Puſo el Padre Euſebio à eſta Rancheria el nombre de San Felix de Valois; y para correſponder en alguna manera al mucho amor, que le moſtraron, ſe quedó dia, y medio con ellos, agaſajandoles con algunas dadivas, que ſon de ſu aprecio, y con muchas platicas, para atraherles à que le tuvieſſen mui grande de nueſtra Santa Fé, à que ſe moſtravan ya mui inclinados. Dixo Miſſa en eſta Rancheria, y los Quiquimas quedaron mui admirados del ornamento, que era de Primavera ſembrada de viſtoſas flores, ſin hartarſe de mirarlas, y remirarlas: deſeavan, que el Padre ſe quedaſſe todo el dia reveſtido con aquel tan nuevo agradable trage à ſus ojos, para que los demás Indios de ſu Nacion, que ivan ſucceſſivamente llegando, gozaſſen de aquella tan guſtoſa viſta. Tambien ſe admiraron mucho de las cavallerias, haſta entonces nunca viſtas en ſu tierra; ni querian perſuadirſe, que en el caminar, pudieſſen ſer mas velozes, y ligeras,

que los hombres, y fué preciſo deſengañar à ſu incredulidad: un mozo del Padre ſubió à cavallo, y aprontandoſe para la carrera diez Quiquimas los mas ligeros, vieron con mucho paſmo ſuyo, que à poco trecho el ginete les venció, y dexó por buen trecho mui atrás. El dia veinte continuaron el camino rio abaxo, rumbo entre Sur, y Oriente; y à cinco leguas llegaron acompañados de mas de quinientas almas à un parage, en donde ambas orillas del rio eſtavan llenas de muchiſſima gente, que à la novedad havian concurrido. Los que eſtavan à la del Poniente paſſaron los mas à nado à la contraria, para ſaludar al Padre, y en unas bateas, que ſon proprias de la Pimeria alta, texidas de ciertas particulares yervas viſtoſamente entreveradas, que llegan à recibir el agua, ſin que pueda penetrar dentro, traxeron ſus comidas, y ſuſtento. Mas en eſte parage las bateas llamadas coritas, que en la Pimeria ſon por lo comun mas pequeñas, eran tan crecidas, que cargavan mas de una fanega de maíz, y los Indios por el rio, rempujandolas à manera de barquitos andantes, las traſportavan à la otra vanda.

El dia veinte, y uno en uno como barquillo conſtruído de varias maderas ſecas, paſſó el Padre Kino el Rio Colorado conducido del Capitán de los Quiquimas, y de muchos otros Indios, que le acompañaron à nado. Tenia el rio en eſte pueſto, que ſe llamó de la Preſentacion, ducientas varas de ancho, ſin encontrarſele fondo ſino en ſus orillas. Por las cavallerias, que eſpantadas no quiſieron entrar en el rio, no pudo el Padre continuar, como deſeava mui mucho, el deſcubrimiento: no obſtante llegó à la Caſa del Capitán Quiquima diſtante como tres leguas por tierras mui pingues, todas ſembradas, bien labradas, y pobladas de belliſſimas arboledas: fué grande el concurſo de gente: vinieron Indios de la Nacion Cuteana, de la Coanopa, y Ojiopas. A todos anun-

anunció el Padre la Santa Fé por Interpretes; moſtraron gran deſeo de abrazarla; y ſobre eſte punto tuvieron dia, y noche ſegun la coſtumbre de eſtos Naturales largas platicas, y conferencias: en demonſtracion del contento, que les cauſó la venida de aquel zeloſo Miſſionero, la celebraron con muchos bailes, y alegres danzas.

Aqui ſupo el Padre Kino finalmente, que las conchas azules las trahian de la contracoſta de California: le aſſeguravan, que no diſtava aquel terreno mas que ocho, ò diez dias, y que con otra jornada, que caminaſſe para el Sur, llegaria al deſemboque del rio Colorado en la mar de aquella Peninſula. Envió el Padre por todos los contornos recados, y menſajes para aquellos Pueblos, y Naciones, exhortandoles no menos à la paz mutua entre sí, que à abrazar la Santa Fé; y porque eſtava en perſuaſion de hallarſe ya en la California, y de no diſtar de la Miſſion de Loreto mas de ciento, y veinte, y cinco leguas, envió una carta al Padre Juan Maria Salvatierra: el Capitán de los Quiquimas ſe encargó de hazerla penetrar ázia aquella Miſſion, aunque no ſe logró. Hizo el Padre juizio, que en los contornos de la Preſentacion ſe hallarian poco menos de diez mil almas; y haviendo conſolado à todos con el mayor afecto, que le dictava ſu ardiente zelo, repaſſó el rio; y por San Dioniſio, San Pedro del Gila, y por el miſmo rumbo ya expreſſado en la ida llegó por San Marcelo à ſiete de Deziembre à ſu Miſſion de los Dolores, haviendo caminado en ida, y buelta mas de quatrocientas leguas. En eſte largo tornaviaje no ſe ofreció coſa eſpecial, ſino que en aquel aguaje, que ya otras vezes diximos ſer dificil para las cavallerias, hizo el Padre allanar las peñas, que eſtorbavan, para que ſubiendo con facilidad gozaſſen el beneficio del agua.

En San Marcelo encontraron al ſirviente Eſpañol, que havia huído, que confeſſó el nimio miedo,

do, que tuvo al vér tanta gente nueva, y el rezelo, de que no perecieſſen à manos de los Quiquimas. Eſta jornada ſin duda fué de mucha gloria para el Padre Kino, y de no menor utilidad para las Naciones, que ſe deſcubrieron. Se llaman aſſi en eſtas partes aquellas partidas de gente, que aunque no ſean mui numeroſas, ſe diferencian de las otras en lenguas, trages, y coſtumbres. No es ya dudable, por lo que deſpues ſe referirá, que ahora fuera imprudencia quererſe perſuadir, que el mar de California continuava mas adelante, y que aquella Provincia es Isla rodeada por todas partes de otros haſta ahora no conocidos. Indicios de eſta verdad tuvo ya el Padre Kino, no ſolo por las conchas azules, que havia recibido, ſino por las noticias, que le davan algunos Indios moradores de la cercania del rio Colorado. Mas clara, y palpable ſe hizo eſta verdad por lo que con el Padre Juan Salvatierra el Capitán Juan Matheo Mange havia regiſtrado deſde la altura del cerro, y ſe dixo ya en ſu lugar. No obſtante quedó aun alguna duda; pues à aquel Cabo Militar le pareció, aunque veía la union de unas con otras tierras, que diviſava una abertura, por donde podia ſer, que aunque ſe angoſtaſſe mucho el brazo de mar, no obſtante continuaſſe, cogiendo mas arriba nuevos enſanches. Mas en eſte preſente viaje, aquel aunque tenue rezelo parece, que baſtantemente ſe deſvaneció; porque hallandoſe el Padre Kino à la otra vanda del rio Colorado, y haviendo tratado con Indios de diferentes Naciones confinantes, ya que ninguno dava noticia de eſte eſtrecho, ni ponia eſtorvo de mar intermedia, para llegar à la contracoſta de la California, parece que con juſta razon ſe infiere, que aquella abertura, que el Capitán Mange ſe perſuadió diviſar, fué mas aparente, que verdadera; y que merece mas aſſenſo el dictamen del Padre Kino, que abſolutamente afirmó, que el ſolo rio Colorado dividia la California de la tierra firme de eſta America Septentrional.

CA-

CAPITULO XII.

OTRO DILATADO VIAJE DEL P. KINO para la misma averiguacion con muchas noticias de sus descubrimientos, y varias observaciones.

EL año siguiente de mil setecientos, y dos hizo el Padre Kino el ultimo esfuerzo, para afianzar, y eximir de toda duda esta union de las dos Provincias, ò del passo por tierra à California, emprendiendo nueva, y mayor jornada en compañia del Padre Manuel Gonzalez Missionero de Oposura, que animoso, y lleno de zelo se convidó à acompañarle, para autenticar este camino por tierra, y cooperar en quanto pudiesse al bien de tantas almas. Hizieron los dos Padres las mejores prevenciones, que pudieron, saliendo bien apercebidos à cinco de Febrero de la Mission de los Dolores; y passando por los Remedios, San Simón, el Busanic, (en donde concurrieron los Principales Indios de aquellos contornos à encontrarles, y saludarles) San Estanislao, Santa Eulalia, Santa Sabina, San Martin, San Raphaél, llegaron à San Marcelo. De aqui por los mismos parages, y aguages, ya conocidos, y expressados en otras jornadas vinieron al rio Gila; y à veinte, y ocho de Febrero à San Dionisio, ò junta de aquel con el Colorado, siendo en todas partes bien recibidos, y agasajados, y haziendo como siempre al concurso de la gente Platicas de la Santa Fé con algunos Bautismos de parvulos.

En primero de Marzo, haviendo de espacio mirado la amenidad, y fertilidad de las tierras immediatas à la junta de los ya nombrados caudalosos rios, dieron con la Rancheria de Santa Isabel; y dexando

à

à la mano derecha San Felix, y la Preſentacion, rumbo entre Sur, y Poniente, penetraron en otra numeroſa de los Quiquimas, que intitularon de San Rudeſindo. Concurrió muchiſſima gente à eſte parage; y los dos Miſſioneros agaſajaron à todos, repartiendoles el Padre Gonzalez ſobremanera prendado de ſu afabilidad mucha parte de ſu proprio veſtuario. Aſſegura el Padre Kino, que reconoció hallarſe eſta Poblacion en treinta, y un grados, y medio de altura. El dia quatro, caminando rio abaxo derechamente al Sur, llegaron à otras Rancherias, que intitularon San Caſimiro. El dia cinco baxaron à los eſteros de la mar: concurrieron muchos Indios, de quienes ſe informaron de los cerros, parages, Naciones, y rios, que havia ázia el Poniente. El dia ſeis probaron paſſar el rio; pero por los ataſcaderos, que cauſó una de ſus grandes avenidas, no pudieron conſeguirlo. El dia ſiete vinieron al miſmo deſemboque; rumbo, como afirma el Padre Kino, del Poniente. El dia ocho reconocieron à la otra vanda del rio mucha gente: varios paſſaron à eſta vanda, y rogavan mui mucho à los Padres, que fueſſen à conſolarles. Mas hallaron no pequeñas dificultades en condecender à ſus ruegos.

Porfiaron los Naturales con mayor ternura, aſſegurandoles, para lograr lo que tanto deſeavan, que por alli encontrarian otro rio, que llamavan Amarillo, y que en ocho, ò diez dias llegarian à la contracoſta de California. Corroboravan eſta ſuplica con ofrecerles quanto tenian de ſu pobreza, y trahian tanto peſcado, que ya no ſabian los Padres, que hazer con él, ò en que emplearle. Tambien les preſentaron nuevas conchas azules, y con todo lo que alcanzava ſu cortedad les regalavan, para moſtrarles la ſinceridad de ſus afectos. Determinaron à viſta de eſto los Padres baxar de nuevo al deſemboque; y comenzando à diſponer una balſa, encontraron de nue-

vo

vo tantos ataſcaderos, que no era poſſible pudieran paſſar las cavallerias, y huvieron de deſiſtir de la empreſſa, conſolando, y eſperanzando como pudieron à los Indios, que en otra mejor ocaſion procurarian complacerles. Durmieron tan cerca del deſemboque, que la plena mar ſe les metió mui cerca de ſus camas. El dia onze refiere el Padre Kino, que el Sol les amaneció por encima del remate de la mar, ſin vér mas que tierra continuada por el Sur, Poniente, y Norte, y teniendo ſolo al Oriente la mar de California.

Comenzaron ya à emprender la buelta de ſu viaje; y el Padre Kino no eſcarmentado aun de ſer tan intranſitable el arenal, que llega al deſemboque, bolvió con ſu compañero ya mui enfermo por el camino de diez, y ocho leguas à probar, ſi acaſo por eſte atajo pudieſſen mas brevemente reſtituírſe à San Marcelo; pero fué tanta la eſcaſéz de agua, y paſtos, que les fué preciſo bolver otra vez al rio Colorado, y por Santa Iſabel, San Dioniſio, y por los demás Lugares ya nombrados en todo lo demás del camino, que ſiguieron en la entrada, llegaron à San Marcelo en veinte, y dos de Marzo. En eſte Pueblo la enfermedad ſe le agravó tanto al Padre Gonzalez, que en adelante fué meneſter, que los Indios ſe lo cargaſſen recoſtado ſobre ſarmientos entretexidos. En el aguaje de Santa Sabina el Padre Kino le dió el Santo Viatico; y aunque llegados à Tubutama hizieron para ſu curacion todo lo que permiten aquellas deſproveídas tierras, dentro de pocos dias fué Dios nueſtro Señor ſervido, que la dolencia le conſumieſſe, recibiendo como eſperamos de ſu Mageſtad la paga, y premio correſpondiente à ſu zelo, meritos, y glorioſas fatigas, que à gloria ſuya, y para llevar ſu Santo Nombre à tantas, tan barbaras remotas Naciones acabava de paſſar.

Antes que murieſſe aquel zeloſo Miſſionero, eſcri-

crivió en dos de Abril el Padre Kino al Padre Superior de las Miſſiones, dandole cierta noticia de ſu buelta, para deſvanecer la mal fundada, que havia corrido, creyendola no pocos, de que los dos Padres ſe havian ahogado en el rio Colorado. Le aviſó, que en eſte viaje de mas de quatrocientas leguas havia mui junto al deſemboque contado mas de quatro mil almas; que haviendoles hablado de nueſtra Santa Fé, le inſtaron les bautizaſſe; que difiriendolo para el tiempo, en que fueſſen mejor inſtruídos, ocho de ellos le acompañaron haſta los Dolores, para lograr tan grande beneficio; que à mas del rio Colorado, deſembocava tambien en la mar de California otro llamado el Amarillo; que le havian noticiado los Indios, que deſpues de haverſe incorporado el Gila con el Colorado ſe partia en dos brazos mui grandes, que formavan una Isla no menos eſpacioſa, que fertil, y amena. Haſta aqui el Padre Kino en ſu carta al Padre Superior de las Miſſiones. Mas es preciſo en eſte viaje echar menos la noticia mas cabal, y exacta, de ſi el rio Azul, que todos dizen, que corre por aquellas tierras, ſe incorpora con el Gila, ò ſi en derechura deſemboca en el Colorado. Tambien es de creer, que el otro rio, que le afirmaron llamarſe el Amarillo, deve juntarſe con el Colorado, antes que eſte deſemboque en el eſtrecho de California; porque es coſa mui ſabida, que por parte de tierra firme ningun rio deſpues del Hiaqui, que ſea de algun caudal, llega à deſembocar en aquella mar, ſino el rio Colorado. Por parte de la California es igualmente cierto, que deſde el cabo de San Lucas haſta el deſemboque de eſſe caudaloſo rio, no hai otro alguno; con que ſe deve concluír, que ſi por lo que aſſeguran los Naturales hai rio Amarillo, eſte deve incorporarſe antes del deſemboque en el Colorado.

No es menos dificil de entender, que eſte tenga

ſu

ſu deſemboque en los treinta, y un grados de altura; porque ſi ſegun el viaje paſſado del Padre Kino en compañia del Padre Salvatierra ſe hallaron en altura de treinta, y dos grados entre aquellos arenales, y les faltavan todavia como treinta leguas, para acabarles de paſſar, para llegar al deſemboque, que buſcavan, es difícil de percebir, que deſpues mas adelante ſe hallaſſe en menos grados. Impugna eſta miſma aſſercion con mas vigor la averiguacion, y viaje ultimamente hecho, como en adelante ſe dirá, en que halló el deſemboque del rio Colorado en treinta, y tres grados. Pero lo que haze mayor dificultad, para ſer bien entendido, es lo que el Padre Kino afirma, de que baxando al deſemboque, ſeguia el rumbo de Poniente, quando en otra parte dixo, que deſde el cerro mas alto deſcubrió, y notó, que deſpues de la junta caminava el rio Colorado como diez leguas al Poniente, y deſpues por otras veinte haſta el deſemboque ázia el Sur. Ni es menos eſcabroſo el entender, como en el miſmo deſemboque tuvieſſe el Padre como treinta leguas de mar ázia el Oriente; porque deſembocando el rio Colorado ázia el Sur, y eſto en el miſmo remate de la mar de California, no ſe puede penetrar, como por el rumbo del Oriente pudieſſe tener tanta mar, quando es conſtante, que toda la mar de California, deſde ſu mayor altura haſta el Cabo de San Lucas mas tira al Sur, que al Oriente, inclinandoſe al Sudueſte entre Norte, y Sur. Fuera de eſto el Padre Kino no halló en el deſemboque aquellas Islas, que en el ultimo viaje, que deſpues ſe referirá, ſe encontraron. Sino es que digamos, que el rio en el decurſo de caſi quarenta, y cinco años las haya formado de nuevo; lo que no fuera de maravillar, atendiendo à la variedad de las avenidas, que los rios mui caudaloſos ſuelen tener. Pero es preciſo confeſſar, que como arriba ſe dixo, eſtas dificultades à los diſtantes parecen inven-

cibles; y los que se hallan cerca las reconocen de ningun peso. Sin duda el Padre Kino, si se las huvieran propuesto, las huviera desatado con toda claridad. Con todo estos puntos, para que se entiendan mas claramente, necessitan de mas individual, y exacta inspeccion.

Lo que en estas relaciones se puede ordinariamente es, proponerles abreviados, y como compendiados. Es el caso, que quando los que hazen la jornada, llegan al remate de su viaje, están cansados, acompañados de enfermos, consumidos los viveres, y rezelosos de la buelta, cuyo dilatado camino les tiene mui inquietos; con esto ya por fuerza, ya por propria inclinacion no se detienen mucho; no hazen las averiguaciones, è inspecciones con el reposo necessario; y quedan de ordinario los puntos mas principales diminutos, y sin desatar las dificultades, que se ofrecen à los ausentes. Por esto el Padre Juan Maria Salvatierra cuerdamente aconsejava al P. Kino en la carta, que sobre esta entrada le escrivió, que procurasse bien acompañado proveerse con abundancia de lo necessario, aunque fuesse preciso, que para la plena inspeccion, y exacta averiguacion se detuviesse un mes entero en todos los contornos del rio Colorado, para hazerlo de manera, que no se hallasse forzado à la buelta, quando el reconocimiento de las tierras, rios, y mar aun no estuviesse perfetamente acabado. Esto mismo respectivamente devieran practicar los que por mar emprenden la misma demanda; porque assi quizá pudieran satisfacer al argumento, que à los mas de los antiguos, y à no pocos de los modernos ha movido à persuadirse, que la California era Isla, y que su mar continúa mas arriba del desemboque del rio Colorado, y que tiene comunicacion con otros superiores.

Este argumento consiste en las corrientes tan continuas, que se experimentan entre el Norte, y Poniente

niente ázia la parte que cae entre Sur, y Oriente; porque ſi el eſtrecho eſtuviera, dezian, cerrado, y rematado en el deſemboque del rio, no huviera razon, para que las corrientes ſean mui continuas por eſſe rumbo, mas antes parece, que en eſte caſo devia todo el eſtrecho, ò brazo quedar agitado, y commovido à manera de fluxo, y refluxo por las avenidas del mar, que corriendo primero haſta el deſemboque, y hallando reſiſtencia para paſſar adelante, devia retroceder, cauſando diferencia, y alteracion en las corrientes; y concediendoſe abertura, y continuacion de aquel brazo de mar, eſta razon facilmente ſe alcanza; pues entonces ſe dirá, que en el eſtrecho de California reſpeto à ſus mares ſuperiores, ſucede lo miſmo, que en el eſtrecho de Gibraltar acontece; porque el mar Occeano continuamente ſe deſagua en el Mediterraneo, ſin que ſe ſepa, que jamás mude ſus corrientes. No obſtante eſta opoſicion, pudiera acaſo dezirſe, que angoſtandoſe mucho el eſtrecho de California ázia ſu remate, pues aun en la playa de Caborca ſe reconoce de no grande anchura, no es mucho de eſtrañar, que entrando en el miſmo remate el caudal quantioſo del rio Colorado, que en ſu deſemboque tiene de ancho caſi una legua, eſte golpe de agua continuadamente añadido à las del mar de poco enſanche cauſe entre aquellas coſtas no mui diſtantes entre sí las continuadas corrientes, que ſe han experimentado entre las Islas de *Sal ſi puedes*, que atravieſſan el golfo de California poco mas abaxo de las playas de Caborca. De hecho quando ſe enſancha mas aquella mar entre el Hiaqui, y Real de Loreto, aunque ſe reconozcan algunas corrientes, con todo eſto no ſon tan violentas, como ſe experimentan en el miſmo golfo, quando mas ſe eſtrecha, y acerca al deſemboque del rio Colorado.

CAPITULO XIII.

UTILIDADES DEL ULTIMO VIAJE del Padre Kino con las pruebas mas ſenſibles de ſu Apoſtolico zelo.

DExando las averiguaciones en punto tan importante à las diligencias de los mas inteligentes, y las reflexiones, que ſe pudieran hazer ſobre lo ya averiguado al maduro cuerdo juízio de los criticos, bolvamos al Padre Euſebio Franciſco Kino, para vér los efectos favorables, que cauſó ſu ultimo deſcubrimiento. Las Naciones Gentiles, que eſte grande Apoſtolico Jeſuìta halló en el deſemboque, quedaron mui aficionadas à nueſtra Santa Fé, por lo que de ſu boca oyeron de ſus Myſterios: los Quiquimas principalmente, y los Yumas deſpacharon varios Menſajeros à San Marcelo, y tomaron à aquel Governador por ſu medianero, para que les alcanzaſſe los Padres neceſſarios para ſu tan deſeada inſtruccion: paſſó prontamente con eſtos enviados à nueſtra Señora de los Dolores à proponer la ſanta peticion de aquellas Naciones: nueſtro zeloſo prudente Miſſionero, aunque deſeava mas que todos lo que ſe le pedia, les remitió al Padre Superior de las Miſſiones de Sonora, à quien mas immediatamente pertenecia eſte negocio: para que à los mas de ellos, que ya havian caminado mas de cien leguas, ſe les hizieſſe mas llevadero el trabajo de eſte nuevo viaje, les acompañó él miſmo, y les conduxo à Guepaca en el valle de aquella Provincia, donde ſe hallava el Padre Antonio Leal Superior de las Miſſiones: recibióles con todo amor; les prometió apoyar ſus juſtas demandas con los Superiores de Mexico, para que les concedieſſen lo que pe-

pedian, y de que tanto neceſſitavan. En eſte ultimo tramo de ſu tan largo penoſo viaje enfermó uno de los Menſajeros: le cathequizó, y bautizó el Padre Kino, y ſu muerte, que poco deſpues ſe ſiguió, no ſolo no contriſtó à ſus compañeros, antes quedaron tan gozoſos, que le tuvieron una ſanta envidia por la ſingular dicha, que havia logrado, por haver muerto ya Chriſtiano.

A mas de eſta diligencia, que el P. Euſebio Franciſco havia hecho, para promover el bien de eſtos Indios tan diſtantes, viſitó de nuevo à los Pimas del Soba, que ſon los que caen al Poniente por el rumbo de Tubutama, y Caborca: deſpues paſſó à San Xavier del Bac; llegó à las dilatadas Rancherias de los Sobaypuris; y ya comenzando, ya proſiguiendo las Fabricas de las Igleſias de Santa Gertrudis del Sayre, de San Ambroſio del Buſanic, y de la Concepcion de Caborca procuró por todas partes mantener la buena inclinacion de los Indios à nueſtra Santa Fé: alargó eſte ſu nuevo viaje à San Marcelo, y deſde alli deſpachó baſtante trigo à los Quiquimas, y Yumas, para que en las fertiles vegas junto à los rios le ſembraſſen. En eſtas Poblaciones acaloró el deſeo de los Indios de tener Padres, que les enſeñaſſen: todo eſto con lo ſucedido en la antecedente ultima jornada movió à varios Sugetos à perſuadirſe, que era preciſo, que el Padre Kino emprendieſſe otra nueva à Mexico, para que con informes hechos à boca al Señor Virrey, y al P. Provincial conſiguieſſe los Operarios neceſſarios, para tan abundante copioſa miés. Mas la conſideracion de hallarſe en guerra Europa, ſuſpendidas las Flotas, y detenidas las Miſſiones hizo juzgar, que eſte viaje no podria producir el deſeado efecto, y que quizá la auſencia del Padre ocaſionaria mayores daños, y atraſſos. Suſpendióſe eſta jornada, y por otras razones igualmente fuertes la empreſſa, que meditava eſte incanſable Miſſionero de un nuevo viaje

je por el rio Colorado, hasta penetrar à la Mission de Loreto de California.

Muchas dificultades havia ya vencido el Padre Kino, para comenzar, establecer, y adelantar las conversiones de los Pimas, y de otros Pueblos: mas este año mil setecientos, y tres, à que llega ya la pluma, probó el Señor con los mas sensibles golpes su virtud, para mas acrisolar su fortaleza: por este tiempo ningun viaje hizo; y sin que se buscasse trabajos, y afanes, en su misma quietud les tuvo mui sensibles su fogosa actividad: vió faltar à los Pimas, assi à los del Poniente, como à los del Norte, los Operarios, que tenian, por haver muerto unos, otros enfermado, y sacado à otros. Añadióse le aun mayor afliccion; porque haviendo ya destinado à otros quatro, se los quitaron tan presto, que ni les dexaron llegar à la Pimeria por los falsos informes, y malicioso rumores, que se esparcieron, de que los Pimas havian muerto al Padre Francisco Xavier Mora, Missionero de Arispe, y de que los del Poniente tratavan de alzarse, y unirse con los Barbaros Serys, y Tepocas, para hazer invasiones en la Sonora, añadiendo aun, que en essas nuevas conversiones se perdia el tiempo, y nada se adelantava por la constitucion tan mala de esta Provincia, que solo con referirla amedrentavan à los mismos, que impelidos de su zelo havian solicitado ser destinados, para trabajar en la conversion de aquellos pobres desvalidos Indios. Al mismo tiempo se formó dentro de la misma Provincia nueva turbacion contra los Pimas, contra los Padres, que les cuidavan, y mas particularmente contra el Padre Kino; porque las muertes, y hostilidades, que nuevamente cometian los Barbaros infieles, las atribuían à los Naturales: la voz comun publicava, que estos eran los agresores, y culpados.

El motivo de tan mentirosa calumnia era, como à fondo lo reconoció el Padre Eusebio, ociosidad, y codi-

codicia; porque à los que eſparcian eſtos malicioſos rumores, les tenia mucha cuenta el afianzar eſta calumnia, para no ſer preciſados à ſalir à campaña contra los Barbaros, en donde havian de pelear, y moſtrar ſu valor con ningun fruto, ni deſpojo; havian de correr rieſgo en los combates; havian de afanar en alcanzar al enemigo; havian de deſvelarſe para vencer à contrarios tan valientes, que ſabian reſiſtir: mui de otra ſuerte les ſucedia, ſi ſalian à campaña contra los Pimas, que fingian ſus enemigos; porque encontravan tierras pobladas, y conocidas; no hallavan reſiſtencia; conſeguian deſpojos, y ſe levantavan ſin rieſgo alguno con el glorioſo renombre de Pacificadores, de nuevos Conquiſtadores, de hombres alentados, y valeroſos. A mas de eſto un poco cuerdo Teniente de aquellos Paiſes ſe encaprichó de ſeñalarſe por hombre de diſtincion: aſſi ſucede no pocas vezes en aquellas remotas Provincias: à muchos no teniendo habilidad alguna, con que mejorar de fortuna, y mantenerſe, al mirarſe reveſtidos de un Titulo, y Vara de Juſticia, ſe les entra todo el orgullo, y ſe perſuaden tener todo el poder Real, para obrar quanto les dicta ſu antojo, vanidad, y codicia. A eſſe modo aquel Cabo Militar forjó en quatro pliegos un informe de acuſaciones tan denigrativas contra los Padres, que fué preciſo acudieſſe el Alcalde Mayor de la Provincia: hizo las mas exactas averiguaciones, y deſcubrió la falſedad de tan enormes impoſturas, y del juramento, con que ivan ſelladas: le deſpojó de ſu empleo, y le caſtigó con riguroſa carcel.

Al miſmo tiempo, no ſé con qué autoridad, ni con qué juſticia, ò con qué pretexto entraron Soldados à la Pimeria, aſſi del Poniente, como del Norte: recogieron à manera de ſaqueo el ganado, que para mayor comodidad, y alivio de los Padres, y de los Indios en varias eſtancias havia depoſitado el Padre Kino: vejavan à mas de eſto à los Indios de las

Miſſio-

Miſſiones con muchas moleſtias, y ſinrazones: eſtorvavan à que acudieſſen las Naciones mas remotas à la Miſſion de los Dolores, para conſolarſe con el Padre; y llegó à tanto extremo ſu inhumanidad, que à una India Principal, la obligaron à huír, y morir en el monte ſin Bautiſmo, y à otro Indio foraſtero mui diſtinguido entre los ſuyos, por haver hablado bien de eſtas Miſſiones, le mataron alevoſamente. Eſta tropelia de contratiempos, que herian en lo mas vivo al Padre Kino, no ſolo porque deſacreditavan, y deſmentian ſus informes hechos à las Cabezas principales del Reino, ſino porque eſcandalizavan à ſus tiernos Neofitos, viendo, que cometian tan enormes injuſticias los que devian mas patrocinarles, que deſpojavan de ſus bienes à los innocentes, que eſtorvavan las diligencias de atraher à tantas Naciones à nueſtra Santa Fé, y que impedian la llegada de los Miniſtros neceſſarios para la enſeñanza de los ya convertidos, bien neceſſitava de toda la conſtancia de ſu virtud, para no deſmayar entre tantas congoxas tan ſenſibles, tan ſin remedio, y que baſtáran, para oprimirle, à no tener un eſforzado Apoſtolico corazon. Diòſe por deſentendido à tantas injurias; aſſiſtió, y perſeveró en el cuidado de ſus hijos; adelantó la Fabrica de los Templos; procuró con informes voluntarios, que Perſonas de calidad, y bien intencionadas le ſubminiſtraron, deſvanecer las calumnias, con que havian procurado deſacreditar ſus acciones, y aun ſu porte tan fervoroſo, y Religioſo, dexando lo demás à la providencia de Dios, que todo lo ordena à ſu mayor gloria, y de los fines mas torcidos ſabe ſacar aumentos ventajoſos aun à favor de los que ſon mas injuſtamente perſeguidos.

Al principio del año mil ſetecientos, y quatro acabadas las dos Igleſias de los Pueblos de los Remedios, y Cocoſpera, que en ſu pulidéz, y buen primor de arquitectura igualavan à las mejores de toda

la

la Provincia, las dedicó con ſolemnidad, y no menor regozijo de ſus hijos, que de todas partes, aſſi del Poniente, como del Norte concurrieron à la fieſta, como antes con prontitud havian cooperado, viniendo muchos de San Xavier del Bac à ſu conſtruccion. Por eſte tiempo repitieron ſus incurſiones los Barbaros: reconvenido el Padre, para que con ſus Pimas ayudaſſe à reprimir el orgullo de los Infieles, à la menor inſinuacion, que hizo à los Capitanes, fué el numero de gente, que le havian pedido al Preſidio de Fronteras; pero por diſcordias, que ſe ofrecieron entre Eſpañoles, nada ſe executó en defenſa de la Provincia: ſolo ſe evidenció la fidelidad de los Pimas, y la prontitud de ſu obediencia, no obſtante, que pudieran moſtrarſe irritados, y juſtamente ſentidos de la mala correſpondencia, que experimentaron: eſto igualmente autenticó la ſolidéz de la virtud del Padre Kino, que ſabía pagar con beneficios las malas obras, con que deſacreditavan ſu conduta. Por Febrero de eſte año, para que ſe vieſſe, que ya comenzava Dios à poner ſu poderoſa mano para lenitivo de tantas penas, conduxo el Padre Kino al Pueblo de Tubutama un nuevo Miſſionero: que no obſtante los miedos, con que quiſieron eſtorvarle ſu entrada en la Pimeria, reſolvió dedicarſe à ſu enſeñanza, è inſtruccion, obligandoſe el Padre Euſebio à fabricarle à ſu coſta la Igleſia, para que ſu falta, y la dificultad en conſtruírla, no dilataſſe ſu permanencia.

CAPITULO XIV.

OTRAS AFLICCIONES DEL APOSTOLICO zelo del P. Kino por las que paſſavan calumnioſamente los Pimas, defendiendoles como amoroſo Padre en ſus trabajos.

EN veinte, y cinco de Marzo hizo el Padre Kino otro viaje de ducientas leguas en ida, y buelta à la Nacion Guayma, que eſtá cerca del rio Hiaqui, y conſtava de caſi quatro mil almas; los mas eran todavia Gentiles, y al preſente ya mui pocos ſe encuentran, que no ſe hayan convertido. Abrió eſte grande, y nunca baſtantemente alabado Jeſuíta eſte camino por Opodepe, Nacameri, y Santa Maria del Populo haſta el miſmo Pueblo, y puerto de Guayma, deviendo antes rodearſe muchas leguas por el rio Hiaqui, para penetrar en aquel puerto: el fin fué conſeguir mayor brevedad en los ſocorros, que ſe remitian à California, pues alli havian eſtablecido eſcala los Padres de aquella tan neceſſitada Peninſula. Por las Rancherias, que viſitó, fué bien recibido de los Naturales, que no ignoran la lengua Pima, llamandoſe por eſſo ſus contornos la Pimeria baxa. Les predicó la palabra de Dios; les agaſajò con algunas dadivas; y eſto contribuyó no poco, à que deſpues, aunque por induſtria de otros Miſſioneros, ſe reduxeſſen à la Fé.

Eſte año de mil ſetecientos, y quatro, y el ſiguiente de mil ſetecientos, y cinco fueron igualmente para el Padre Kino trabajoſos. En el primero, como para apercebirſe, experimentó un corto enſayo; porque ſe eſparció la voz, que los Pimas ſe alzavan; que tramavan la muerte de un Padre Miſſionero; y

que

que el Governador de Cocoſpera ſe havia retirado à los montes, amenazando robos, è invaſiones. Para deſmentir tan malicioſos rumores vino aquel autorizado Indio al ſolo llamamiento del Padre Euſebio: ſe preſentó francamente en Cucurpe ante los Eſpañoles; y deſarmó à ſus calumniadores: aſſi ceſſó por entonces la turbacion, que ſe havia commovido. Mas el ſiguiente de mil ſetecientos, y cinco fué mayor, y mas grave la borraſca, que ocaſionó otro Teniente igualmente ſobervio, que codicioſo, y cobarde.

Sus primeras embeſtidas fueron contra la Miſſion de los Dolores, queriendo ſacar muchos Indios alli avezindados; lo miſmo hizo en otros Pueblos de Neofitos Naturales de la Pimeria: apoderóſe de ſus ganados, y de ſus frutos; llegó al exceſſo de quemar haſta ſu Capilla; valióſe, para colorear ſu conduta tan indigna, de pretextos mui frivolos, y todos ſe reducian à querer colocar los Indios en otros pueſtos, en donde mejor le ſirvieſſen para ſus particulares intereſſes, aunque aquellos pobrecitos perdieſſen todos los ſuyos, y quedaſſen deſterrados de ſus tierras. Con la miſma deſpotiquéz comenzava à proceder con los Indios Sobaypuris del Norte, ſin mirar mas, que à ſus conveniencias, ni atender al bien de las almas, ni arreglarſe à ley alguna de Juſticia. Siempre ſon peſadas eſtas demaſias en ſemejantes Oficiales, y ſe hazen caſi increíbles los exceſſos, que cometen, y las tiranias, à que ſe arrojan, como ſi no fueran Chriſtianos, ni tuvieſſen el menor tinte de Vaſſallos de nueſtro Catholico Monarca; mas no es de admirar, que paſſe à vezes entre Eſpañoles de la America lo que ſucedió à San Franciſco Xavier entre Portugueſes en Oriente, ni que permita el Señor, que por un tenue interés atraſſen, y deſtruyan en poco tiempo Chriſtiandades enteras, que coſtaron, para formarlas muchos de caſi increíbles fatigas de los Miniſtros Evan-

gelicos. Mas entre los Sobaypuris oyó el ambicioso Teniente otro cantar; porque el Capitán Coro ya otras vezes mencionado en esta Historia, le habló bien claro, previniendole, que se detuviesse en sus demasias, si no queria, que los Indios se retirassen à los montes.

Este trueno, que mas era arma defensiva, que ofensiva, le amilanó de manera, que por todas partes al retirarse divulgò, que aquel Capitán, y el Governador de Cocospera se havian ya alzado; que junta su gente, hazian ya estragos; y que disponian invasion contra toda la Provincia de Sonora. Tanta impression hizo el miedo en el cobarde pecho del Teniente, que vozeando continuamente el alzamiento, le hizo creer à los Padres, à sus Superiores, à todas las Justicias, y Cabos de aquella Provincia, que se suponia tan siniestramente amenazada: por cuyo motivo se mandó à los pocos Padres, que havia en la Pimeria con el Padre Kino, que assegurassen sus vidas, y todo lo que pudiessen perteneciente à las Iglesias, y se juntaron luego las armas, para hazer resistencia, y apagar el incendio. Todos acudieron por cartas al Padre Kino, para que sossegasse los Indios, y principalmente al Coro, cuyo valor tenian bien conocido. Prometieron remover al Teniente, y dar toda satisfaccion à los Pimas con condicion, que se apaciguassen. Nuestro insigne Jesuíta todo lo consiguió; porque no huvo commocion alguna: hizo, que viniessen los Capitanes Coro, y el de Cocospera, que con muchos otros concurrieron en la Mission de los Dolores, en donde tambien se havian juntado los Españoles: para mayor satisfaccion de todos les envió al valle de Sonora, en donde fueron bien regalados, y se acallaron las maliciosas vozes, que la poca cordura del Teniente havia esparcido, haziendose patente à todos la sinrazon, no menos, que la fidelidad, y christiandad de los tan indignamente agraviados Pimas: ojala, que

con

con esta, y con otras semejantes ya antiguas, ya modernas vejaciones escarmentassen los que administran Goviernos mayores, para que no sien empleos subordinados de Justicia à Sugetos, cuya christiandad, y virtud no sea bien probada; porque si les confieren à quien mas les pretende, y menos les merece; ò à quien ofrece mayor premio, y paga; ò à quien para su mantenimiento no tiene otro fundamento, ni otras rentas, que su Vara de Justicia; ò à quien es notado de presumido, altivo, y despotico, son ciertos mil desordenes, daños, culpas, y atrassos, que se seguirán, y en que no solo serán culpados los que les cometieren, sino tambien los que les han indignamente promovido.

No hai para qué ponderar en el caso presente los justos sentimientos, y graviſsimas aflicciones, que estos excessos causaron à los Padres Missioneros; porque ya se viene à los ojos, que haviendose desterrado de sus Patrias, passado mares, traginado tierras, para vivir entre Barbaros, obligados à aprender idioma estraño, y haviendo renunciado el lustre, y comodidades, que podian tener, y gozar en la quietud de las Casas de su Religion, se sujetan à las incomodidades, inclemencias, y escasezes, que soledades tan remotas, è incognitas consigo trahen, sin mas mira, que promover la gloria de Dios, y ganarle à costa de sus continuas fatigas tantas almas, que ciegas en su Gentilidad infelizmente se perdian; y que à vista de esso no hallen otro retorno à sus trabajos, y taréas, que vejaciones, injusticias, injurias, y falsos testimonios? Y lo que aumenta el sentimiento sin consuelo, que hayan de mirar como la impiedad, la codicia, la insolencia en pocos dias, ò atrasse, ò arruíne del todo lo que havian ganado para Dios en tantos años, con tantos sudores, y afanes casi increíbles? No es dable, que los Padres, quando vén ultrajados, y tiranizados à sus hijos no salgan à la defensa, si no quieren faltar

à

à lo mas preciſo de ſu obligacion, y à los eſtimulos del amor, que les cobran por reegendrarlos en Chriſto à coſta de tan penoſas taréas; pero ſi ſe ponen à defenderles, les ſucede lo que al Padre Kino; ſe levantan pleitos, ſinſabores, quexas: ſe averigua la vida del Miſſionero: ſe hazen proceſſos de ſus acciones: todo ſe interpreta à mal: ſe afianza con falſos teſtigos: ſe divulga por todas partes: ſe preſentan en los Eſtrados, y Tribunales: les llaman perturbadores, ambicioſos de arrogarſe toda poteſtad Secular, y Eclesiaſtica; y por fin claman, para hazerles mas odioſos, que ſon cauſa, y motivo de los alzamientos, y rebeliones.

De toda eſta tempeſtad ſe libertára el Miſſionero, ſi callára à las vejaciones, que ſemejantes Oficiales hazen à los pobres Indios: el lobo dexára ſeguro al Paſtor, ſi le permitiera la intentada carniceria entre las ovejas; pero ſi las quiere guarecer, es preciſo ſufra los aſſaltos, y heridas de la voráz irritada fiera. Lo miſmo padecen los Miſſioneros en defenſa de ſus Neofitos, que no teniendo en ſus deſdichas mas recurſo, que al Padre como Paſtor ſuyo, es forzoſo, que eſte ſe exponga à recibir animoſo los eſtragos, que ſe intentava cauſar en ſu rebaño. Vienen eſtos Oficiales, y Miniſtros con el miſmo merito de haverſe deſterrado de ſus Patrias, pero con el motivo mui diferente de ſolo adquirir caudal; y como en aquellos Paiſes tan remotos el unico medio, para juntarle es el ſervicio de los Indios, de eſtos quieren valerſe ſea como ſe fuere, ſin atender derecho, ni juſticia, ſacandoles de ſus tierras, obligandoles à exceſſivo trabajo, pagandoles de mala manera, empeñandoles, à que ſe avezinden en ſus eſtancias, arraſtrandoles à las minas, en donde perecen à montones; y para que no reconozcan eſſe engaño tan injuſto, permitenles libertad, juegos, deſahogos, liviandades, ſin hazer caſo, de que olviden la Doctrina, no cumplan con los

Pre-

Preceptos, caigan en mil abſurdos, y perezcan ſus almas ſin remedio por los continuos eſcandaloſos deſordenes de ſu vida. Claro eſtá, que à eſtas demaſias deve oponerſe el Miſſionero; pero ha de perſuadirſe, que ſi les quiere atajar, los que le eran afectos, le ſerán contrarios; los que le devian obligacion, le correſponderán con ingratitud; los que devieran agradecerle, que cuide los Indios como Vaſſallos del Rey, dirán, que ſe opone à los intereſſes de ſu Mageſtad; los que havian de apreciar ſu vigilancia, lo interpretarán à codicia, ò interés particular: los que devieran alabar la continuacion de ſus fatigas Apoſtolicas con los Indios, dirán, que ſe ſirve de ellos, como de eſclavos para ſu propria comodidad; y finalmente los que huvieran de aprobar las correcciones, que contra algunos delinquentes deve uſar, las divulgarán por barbaridad, y tiranía, acreditandoſe de mui eſcrupuloſos por el menor caſtigo, que uſe el Miſſionero como amoroſo Padre con ſus hijos, para emendarſes, ſin que les remuerda la conciencia, que en ſu injuſto, y exceſſivo ſervicio mueran los Indios à millares. Todo eſto hemos viſto repetido en nueſtros dias, como en los ſuyos lo ſufrió la Apoſtolica fortaleza del Padre Kino, para defender à ſus hijos de las malicioſas injuſtas vejaciones, y calumnias, con que tantas vezes les pretendieron oprimir; pero porque fuera nunca acabar, ſi ſe dexára correr la pluma, baſta lo ya inſinuado, para que los Miſſioneros ſe armen de paciencia, y los Miniſtros ſe hagan cargo de los males, que pueden nacer de ſus paſſiones, ſi les ſueltan la rienda, ſin atender à motivos tan ſagrados.

De todo lo que acabamos de referir ſe echa bien de vér, quan importante era la preſencia del Padre Kino en la Pimeria; pues el reſpeto, y amor, que los Pimas le tenian puſo en paz à toda la Provincia de Sonora, que con la ſola noticia de eſte, aunque imaginado, alzamiento ſe alterò, y fluctuó entre rezelos;

zelos; y los mismos, que por su inconsideracion la causaron, pretendiendo ofender à tan insigne Misionero, se hallaron obligados à recurrir à su autoridad, para libertarse de los males, que temian, y merecian por sus tan injustas, como violentas insolencias.

CAPITULO XV.

ANSIOSOS DESEOS DE LOS PIMAS DE hazerse Christianos, y ultimo penoso viaje del Padre Kino con otras cosas gloriosas hasta su dichosa muerte.

EL año mil setecientos, y seis gozando ya mayor tranquilidad la Pimeria, fué el Padre Kino à principios de Enero por Tubutama à Caborca: de alli por cien leguas de camino penetró à los ultimos Pimas, que estan entre Sur, y Poniente: llegó hasta la mar de California por este rumbo, que nadie todavia havia pisado: descubrió à distancia de la playa de seis à siete leguas una Isla, que tendria como tres de ancho, y siete, ù ocho de largo: el dia siguiente desde un puesto algo mas elevado à distancia de tres leguas de aquella Isla descubrió otro pedazo de tierra, que no pudo bien distinguir, si era otra, ò si estava contigua con la California. A la Isla intituló con el nombre de Santa Inés; y à la otra tierra la llamó *Cabo de San Vicente*, y dize que este parage se halla en treinta, y un grados de altura. Halló en estas playas como mil, y quinientas almas de gente buena, y afable, à quienes predicó la palabra de Dios, y persuadió, que se agregassen à Caborca, para gozar, y lograr entera, y perfecta instruccion en la Santa Fé. Con esto, haviendo buelto à su Mision

de

de los Dolores en veinte, y ſiete de Febrero de aquel año, viſitó de nuevo à San Ambroſio del Buſanic, y Santa Gertrudis del Saric. En eſtos dos Pueblos, como tambien en Caborca, à donde llegó de nuevo, en San Diego del Pytquin, en Tubutama, y en el Pueblo de Santa Maria Magdalena exerció ſus Miniſterios de predicar, confeſſar, bautizar, adelantando las Igleſias ya comenzadas con los Siryientes, y Carpinteros, que traxo de ſu Miſſion, para que ayudaſſen à los Padres de eſtos Partidos en la conſtruccion de eſtas tan importantes ſagradas fabricas.

Al bolver de eſte viaje, el Capitán de la Nacion Quiquima le envió la cabellera de un Indio de la de Ababonoma, que era como Sacerdote entre los ſuyos, y havia hecho la mayor reſiſtencia, que cabia en ſu enconado corazon, para que no dieſſen credito à las perſuaſiones de aquel Apoſtolico Miſſionero, quando en la ultima entrada les predicava la Ley de Dios; pero aquellos Barbaros quedaron tan prendados de nueſtros ſagrados Myſterios, que no pudiendo ſufrir los embuſtes de aquel tan pertináz Indio, le mataron; y el Capitán de los Quiquimas en prueba de haverſe ya quitado el unico eſtorvo, que havia para la converſion, envió al Padre Kino ſu cabellera, convidandole, à que entraſſe à viſitarles, pues todos eſtavan diſpueſtos à recibir el ſanto Bautiſmo. Eſta nueva conſoló mucho à nueſtro inſigne Jeſuíta, aunque la eſcaſéz de Miniſtros no le permitió, que emprendieſſe nuevo viaje.

Por Abril de eſte miſmo año entró dos vezes, aunque no mui adentro à los Indios Pimas del Norte: en San Lazaro, y en Santa Maria en parte comenzó, y parte proſiguió las Caſas, è Igleſias; por eſte tiempo le enviaron de San Marcelo conchas, y otras dadivas, que le remitian algunos Indios Quiquimas, que havian llegado alli, y le rogavan, que fueſſe à verles à ſus tierras. Le aguardaron por mucho

tiempo en San Marcelo; y viendo, que no parecia, ſe fueron deſconſolados, aunque el Padre con buenas eſperanzas procuró templarles ſu tan juſto ſentimiento. Por Mayo, y Junio de eſte año bolvió à Caborca, y Tubutama; para mayor aliento de los Indios celebró con toda la ſolemnidad poſſible la Dedicacion de eſtas dos Igleſias, aunque no ſe hallavan del todo acabadas. Por el Setiembre ſiguiente vino à la Miſſion de los Dolores por la parte del Norte el Capitán Coro, que eſpontaneamente havia regiſtrado muchas Rancherias de los Sobaypuris, que todos le inſtaron, que en ſu nombre fueſſe à pedir Padres, que les doctrinaſſen, aſſegurando, que todos eſtavan anſioſos del ſanto Bautiſmo. Lo miſmo en nombre de las Naciones del rio Colorado vino à pedir el Governador del Pueblo de San Marcelo: no hai duda, que eſtas repetidas inſtancias conſolavan mucho al Padre Kino por vér ſu perſeverancia en el afecto à la Ley de Dios; pero al miſmo tiempo deſpedazavan con inconſolable dolor à tan zeloſo corazon, por conſiderar, que no podia él ſolo acudir à tantas partes.

Sobre todo le afligia, que eſtando la miés tan madura, ò no ſe creian ſus informes, ò no ſe davan providencias para el bien de tantas almas. No obſtante eſte año cobraron algun aliento ſus eſperanzas, por haver ſabido, que havia venido Miſſion de Europa, y haverſele pedido, que informaſſe quantos Miſſioneros ſerian neceſſarios para la Pimeria. Con mucho guſto informó el Padre Euſebio, aſſentando, que el Rey Catholico havia concedido ocho à aquella tan neceſſitada Provincia. Las Miſſiones de los Dolores, San Ignacio, y Tubutama tenian actualmente Miniſtros; los otros cinco devian ponerſe en Caborca, en Santa Maria, en San Xavier del Bac, en San Ambroſio Buſanic, y en Santa Ana del Quiburi. Eſtos informes con otro mas dilatado, que por orden del ſuperior

perior Govierno envió al Señor Virrey de Mexico el Capitán Juan Matheo Mange, haziendo como teſtigo ocular relacion exacta de muchos de los viajes arriba expreſſados, y de la buena diſpoſicion, è inclinacion de todas aquellas numeroſas Naciones, para convertirſe, proponiendo los medios mas proporcionados, que à ſu diſcrecion, y experiencia ſe ofrecian, para conſeguir ſu tan dilatada reduccion, llegaron à Mexico; mas tales devieron de ſer las dificultades, y los eſtorvos, que ſe ofrecieron para la felíz, y tan importante execucion, que poco, ò ninguno fué el buen logro, que merecieron tan chriſtianas ſolicitudes.

Llegamos ya à la ultima jornada, que por ſu relacion manuſcrita nos conſte haver emprendido el Padre Kino; y porque por orden del Governador de las armas le acompañaron dos Cabos Militares con prevencion de hazer un puntual diario, como lo executaron de ſu largo viaje, ſerá ſu narracion mas circunſtanciada, y con alguna mayor individualidad ſe eſpecificarán aqui los provechos, que ſe ſacaron, y los fines, que movieron à emprenderle. Se adelantó el Padre Kino caſi cinquenta leguas haſta la Miſſion de Cuquiarachi à recibir aquellos Oficiales, y en catorze de Octubre con catorze leguas de camino llegó al Pueblo de Bacoachi. El dia quinze con diez leguas paſſó al Real de Bacanuchi: el diez, y ſeis con otras veinte vino à los Dolores, en donde los Cabos vieron la multitud de dadivas de conchas azules, bolas curioſas, Pitahayas, y Cruzes, que de lexos havian enviado las Naciones, inſtando al Padre Euſebio, que les paſſaſſe à vér, y à bautizar, ſiquiera à ſus parvulos: el diez, y ſiete diſpuſieron todo lo neceſſario para aquel tan dilatado peligroſo camino: el diez, y ocho deſpacharon aviſo à San Marcelo, para que eſtuvieſſen prevenidos de la proxima llegada, y le paſſaſſen à las Rancherias, que ſe eſtendian en ade-

lante: el diez, y nueve, veinte, y veinte, y uno se acabaron las disposiciones con los avios precisos, y salieron los Cabos para el Pueblo de los Remedios: el veinte, y dos, haviendo ya partido el Padre Kino à alcanzarles, encontró à Frai Manuel de la Ojuela Francisçano, que venia desde Guadalaxára à recoger alguna limosna para la fundacion del Noviciado de aquella Ciudad, y se resolvió de acompañar à nuestro insigne Jesuíta en su jornada: el veinte, y tres todos passáron à Cocospera, celebrando mucho la hermosura de las Iglesias, que el Padre en estos Pueblos havia construído, y aplaudiendo su actividad en haverlo poblado todo con mucho ganado mayor, y menor, y haver abierto siembras de todo genero de frutos, no solo para el alivio de su Mission, y Pueblos, mas tambien de prevencion para el sustento de otras, que en aquellos contornos se fundassen: el veinte, y quatro llegaron à la estancia de San Simón, y Judas del Syboda, gastando quinze leguas en el camino: el veinte, y cinco viajaron por la buena labor de Babasaqui: el veinte, y seis vinieron con catorze leguas mas adelante de Santa Barbara, que es Rancheria con buenas tierras: tiene Iglesia, y fueron recibidos con todo afecto: el veinte, y siete à las quatro leguas llegaron à San Ambrosio del Busanic festejados de todos aquellos Indios: à tres leguas dieron ya con Santa Gertrudis del Saric, y poco mas adelante con San Bernardo del Aquimuri: en todas partes vieron por la industria del Padre Kino beneficiadas las tierras con siembras de trigo, y maíz, pobladas con ganado mayor, y menor, erigidas Capillas, è Iglesias, domesticados, y reducidos à policia los Indios: el veinte, y ocho pararon en Tubutama, y hallaron todo cariño en el Padre Geronimo Minutuli, que deseava acompañarles en la jornada; pero ya que las indispensables ocupaciones no lo permitieron, procuró compensarlo con todo el possible socorro,

corro, y avio, que ſubminiſtró para el viaje. Alentaron acá à los Indios, y les ayudaron à finalizar ſu Igleſia. Los Cabos en todas partes les davan en nombre de ſu Governador documentos de vida politica, y ſociable, y el Padre Kino les hablava de los Myſterios de la Ley de Dios, confeſſava, y bautizava à los neceſſitados: el veinte, y nueve, paſſandó por Santa Thereſa llegaron à San Antonio del Uquitoa: el treinta por San Diego del Pytquin à las treze leguas vinieron à Caborca: en una, y otra parte vieron adelantadas las Igleſias, mejoradas las ſiembras, multiplicados los ganados, y mucha gente particularmente en eſta ultima Poblacion. El dia treinta, y uno con diez, y ſeis leguas de camino llegaron à la Rancheria de San Eduardo Baypia: los Naturales les recibieron con todo agaſajo, y atencion: en primero de Noviembre, paſſando por San Luís Beltrán del Baccapa, à las veinte leguas vinieron à otro parage, en que los Indios les havian prevenido vivienda, y hoſpedage: el dia dos con catorze leguas llegaron à San Marcelo Sonoydag: les recibieron con Arcos de ramada, con Cruzes, y con el camino bien limpio, ſaliendo à encontrarles mas de una legua: vieron, que cuidavan con aſſeo de la Igleſia, que hizo el Padre Kino, y con vigilancia del ganado, que alli havia puesto, para ſu aumento, y que executavan en las ſiembras, quanto aquel prudente Miſſionero les havia ordenado.

Aqui concurrieron mas de quarenta Indios Principales de las Rancherias de ſu contorno; vinieron tambien los Governadores de las Naciones Yumas, y Cocomaricopas; y porque faltavan los de los Quiquimas, les deſpacharon recados, y menſajes. El dia tres ſe juntó mucha mas gente, à quien, aſſi el Padre, como los Cabos hizieron ſus reſpectivas Platicas. El dia quatro con ſiete leguas llegaron al buen aguaje del carrizal. El cinco con otras catorze de camino ſe hallaron

llaron en el aguaje entre peñas al pié del cerro, ò Bolcán de Santa Clara: ſubieron ázia ſu cumbre por quatro leguas, y dividiendoſe en tres elevados picachos, ſe encaminaron al que mirava al Sur: deſde lo mas alto, ſin tener mar alguna, ni al Poniente, ni al Oriente, ni al Norte, ni entre Poniente, y Norte, vieron la continuacion de la California con la Pimeria, que toda conſiſtia en arenales, y cerritos, por quanto caſi por diſtancia de cinquenta leguas podia alcanzar la viſta, y durmieron aquella noche en la cumbre del picacho. El dia ſeis Frai Manuel, baxando de eſte ſubió à otro mas elevado, todos bolvieron à reconocer la Sierra grande de la California, que corre de Sur à Norte, rematando en el mar, y obſervaron una Baìa grande de caſi diez leguas de largo, intitulandola *de San Manuel* por el Padre Frai Manuel, que mas diſtintamente deſde ſu picacho la diviſó. Baxaron del Monte, y à catorze leguas llegaron al carrizal. El dia ſiete bolvieron à San Marcelo. El ocho à diez leguas por otro camino vinieron à San Raphaél del Actum, y durmieron en el aguaje de San Martin. El nueve à las nueve leguas pararon en Santa Bibiana. El dia diez con doze leguas llegaron à San Eſtanislao de Octam. El onze con tres leguas paſſaron à Buſanic, y à Tubutama, en donde deſcanſaron el dia doze, y treze. El catorze viajaron à Santa Maria Magdalena, y el dia diez, y ſeis à los Dolores. Eſta relacion dieron los Cabos, que acompañaron al Padre Kino, para que ſe remitieſſe à Mexico, aunque no tuvo efecto. El Padre Frai Manuel dió aſſimiſmo una certificacion dilatada, en que dize lo miſmo: no ſe pone aqui por extenſo por contener algunos puntos mui arduos de creer, y ſe preſume, que les inſertó por lo que oyó de Perſonas, que le parecieron fidedignas.

Por fines de eſte año, y principio del de mil ſetecientos, y ſiete procuró el Padre Kino, que ſe acaloraſſe

ſoraſſe con viveza la fundacion de una Villa, que fueſſe reſguardo à toda la Provincia de Sonora, de freno à las irrupciones de los Barbaros, y de defenſa à las Naciones inclinadas à convertirſe. Aunque ſemejante maquina es mui vaſta, para ſer promovida, y acabada por un Religioſo, no obſtante es mui digno de ſer alabado el acierto, y diſcurſo del Padre Euſebio, que indagava à impulſos de ſu zelo el adelantamiento, firmeza, y ſeguridad de las nuevas converſiones. En adelante ſe bolverá à tocar eſta eſpecie, que es total remedio para lo que eſtá fundado, y la mejor traza, para conſeguir el mas ſeguro eſtablecimiento de lo que eſtá por conquiſtar. En lo demás de eſte año mil ſetecientos, y ſiete, y los dos ſiguientes de ſetecientos, y ocho, y ſetecientos, y nueve, parece, que el Padre Euſebio no emprendió otras jornadas; pues dize en ſu relacion, que eſcrivio eſte ultimo, que lo principal, que tuvo, que hazer, fué, ſufrir las ordinarias contradicciones, y emulaciones, y que por mas que procuró, y ſolicitó nuevos Operarios, no pudo conſeguirles.

El año mil ſetecientos, y diez compuſo un informe para el Rey nueſtro Señor en abono de las Miſſiones de la Pimeria, procurando perſuadir la extrema neceſſidad, y utilidad grande en adelantar las converſiones de aquellas Naciones. Eſte año ſobrevino la muerte al Padre Euſebio Franciſco Kino à los treinta de haverſe pueſto en camino para las Indias. Es mui natural, que en eſtos ultimos los achaques proprios de la vejéz, y que ſon indiſpenſables à una vida tan trabajoſa, como ſiempre tuvo eſſe inſigne Apoſtolico Jeſuíta, le detuvieſſen los paſſos, y no le permitieſſen las fuerzas ya poſtradas, que ſiguieſſe el buelo de ſu fervor, que nunca ſe hartava de convertir almas à nueſtra Santa Fé. Sin duda ſu muerte ſeria mui correſpondiente à las grandes Obras, à que ſe dedicó de la mayor gloria de Dios; y ſu Divina Mageſ-

geſtad le havrá abundantemente compenſado el zelo, y caſi increíbles trabajos, que por dilatar ſu Santo Nombre entre las mas barbaras remotas Naciones padeció con tanto guſto ſu grande activa charidad.

CAPITULO XVI.

BREVE ELOGIO DEL PADRE KINO, para que ſirva ſiquiera de Epitafio en ſu ſepulchro, haſta que mejor pluma ſaque à publica luz ſu admirable Apoſtolica vida.

FUé el Padre Kino natural de la Ciudad de Trento, y Pariente cercano del Padre Martin Martini de nueſtra Compañia inſigne Operario, y Apoſtolico Miſſionero del Imperio de la gran China, cuyas piſadas glorioſamente ſiguió en eſta America Septentrional. Se aplicó tanto al eſtudio de las Mathematicas, y ſe adelantó de manera con ſu grande ingenio, que, viſitando el Colegio de Ynglostat el Sereniſſimo Duque de Baviera con ſu hijo Maximiliano glorioſo Progenitor del difunto Emperador Carlos VII, moſtró ſu Alteza Electoral deſeo de emplearle en una Cathedra de eſta utiliſſima Ciencia en aquella tan celebre Univerſidad: renunció eſte honroſo ofrecimiento, que ſolo le ſirvió, para tener eſto mas, que ſacrificar à Dios, ſolicitando paſſar à Indias movido de ſu ardiente zelo de las almas, y conſiguiendolo poco deſpues; porque eſtimava mas las penoſas fatigas, dedicandoſe à la converſion de los Infieles, que el literario lucimiento de ſu vivo ingenio en las mas elevadas Cathedras. Llegado à Mexico con ocaſion de un celebre Cometa, que en aquellos tiempos ocupó la curioſidad, y aplicacion de los Mathematicos, deſcubrió caſi ſin advertirlo, que penetrava los mas delicados puntos de aquella nobiliſſima Facultad.

Mas

Mas dirigiendo desde luego todos sus desvelos à la mayor gloria de Dios, y bien de las almas, estrenó su Apostolico ardiente zelo en la California, cuya reduccion con el caracter de Superior de los Nuestros emprendió; afanó alli glorioſamente mas de año, y medio con no pocas converſiones, y con muchos deſcubrimientos: paró esta tan importante empreſſa por faltar los medios neceſſarios, para proſeguirla; mas ſiempre conſervó este zeloſo Apoſtolico Varon el amor à esta eſpiritual Conquiſta primogenita de ſu grande fogoſa charidad: por el puerto de Guaymas, por el cercano à Caborca, por el de Santa Clara, por la Isla, que deſcubrió él primero, y llamó de Santa Inés, por el deſemboque del rio Colorado, y por la averiguacion de ſer aquella Peninſula tierra continente con la nueva Eſpaña ſiempre procuró abrir camino para entrar; y quando ya eſtuvo conquiſtada, entabló comunicacion, y comercio à coſta de continuos penoſiſſimos viajes, para facilitarle los ſocorros, y remediarla en ſu nativa eſterilidad. Es caſi increible lo que afanó en abrir paſſo por el rio Colorado, para llegar haſta el puerto de Monterrey, y Cabo Mendocino, juzgando con graviſſimos fundamentos, que no podia diſtar de alli mas que ocho, nueve, ò diez jornadas: y es cierto, que ſi huviera conſeguido este intento, cooperára mucho, y facilitára en gran manera la reduccion de un eſtendido, y dilatado terreno de la California con el logró de muchos millares de almas, que le habitan, y era à lo que dirigia ſus afanes este infatigable Miſſionero.

Los que Apoſtolicamente trabajavan en aquella Provincia confeſſavan llanamente, que el Padre Kino era ſu inſigne Bienhechor, no ſolo por lo que acabamos de inſinuar, ſino por las continuas quantioſas caſi annuales limoſnas, y ſocorros, que les remitia, conſtituyendoſe Procurador de aquellas Miſſiones, ſolicitandoles grandes aſſiſtencias, y apoyando

con ſu autoridad, informes, y cartas la ſubſiſtencia de tan glorioſa importante empreſſa. La Pimeria alta ſe deve tan del todo à ſu incanſable zelo, que con razon ſe puede llamar Apoſtol de los Pimas: quando entró, la halló enteramente inculta; y à fuerza de trabajos, y afanes caſi increíbles comenzó à deſmontar aquel infiel barbaro terreno, atrahiendo à los Indios, y perſuadiendoles con las maravilloſas induſtrias, que le ſugeria ſu ferviente encendida charidad, à que ſe juntaſſen en Pueblos, ſe acoſtumbraſſen à politica ſociable vida, oyeſſen con anſia la palabra de Dios, renunciaſſen ſu antigua infame libertad, y ſujetaſſen ſus cervizes al ſuave yugo de Chriſto. No es caſi creíble, quantos cuidados, y ſudores cueſte la fundacion de una nueva Miſſion: los infinitos deſvelos, la heroica paciencia, y el teſſon incanſable, que para principiarla, adelantarla, y eſtablecerla ſon ineſcuſables, y del todo neceſſarios, ſolo podrá dignamente ponderarles, y aun llegar à conocerles quien lo viere con ſus ojos, y lo experimentáre con ſus fatigas.

Si una ſolamente es obra tan trabajoſa, qué havrán coſtado al Padre Kino tantas? Qué los caſi innumerables Pueblos, que viſitó, que ordenó, que trazó, que adelantó, y que tan glorioſamente perficionó? Se deven à ſus continuos Apoſtolicos afanes las Miſſiones de la Pimeria; ſuyas ſon la de los Dolores con dos Pueblos de viſita; la de San Ignacio con otros dos; la de Tubutama con otros nueve; la de Caborca, que abarca muchiſſima gente; la de Santa Maria Suamca, que aunque en la cabecera tiene pocos Indios, en los Pueblos de viſita, que ſe eſtienden ázia los de los Sobaypuris, cuenta muchos; la de Guevavi, que comprehende no menos Indios en ſus Rancherias, que Eſpañoles en ſus eſtancias; y la de San Xavier del Bac, que es entre todas mui numeroſa. A mas de eſtas Miſſiones, cuyo principio ſe deve al Padre Kino, deſcubren ſu infatigable acti-

activa charidad tantas Rancherias, ya por el Sur hasta los Serys, ya entre Poniente, y Norte, siguiendo la playa de Caborca hasta el remate de la mar de California, ya entre el Norte, y Oriente hasta el rio Gila, que seguramente podian ocupar otros quatro, ò seis Missioneros, para cuidarlas con su enseñanza. Y aun otros ocho Missioneros tuvieran bastante campo, para explayar su zelo en los Pueblos, y Rancherias, que el Padre Kino visitó, domesticó, acarició, y atraxo à abrazar nuestra Santa Religion en las orillas del rio Gila, y del Colorado, y son de las Naciones Pimas, Opas, Cocomaricopas, Yumas, y Quiquimas.

Bautizó este grande Obrero de la viña del Señor mas de quarenta mil de estos Infieles, y pudiera haverse alargado à muchos mas millares, si huviera tenido esperanza de poderles en adelante assistir, señalandoles Missionero, que cuidasse de doctrinarles. Passan de treinta mil las almas, que en estas desamparadas remotas tierras descubrió. Lo singular es, que no solo formó Pueblos, y bautizó Indios, sino que en gran parte les reduxo à vida politica, y les enseñó à fabricar Casas, construir Iglesias, beneficiar tierras, formar estancias, cuidar ganados, hazer provision de frutos, exercitarse en armas, proceder con fidelidad, vivir quietos, sujetarse à las Justicias, obedecer à sus leyes, y amansar à los demás: para esso instruyó con mucha especialidad à los Principales en el govierno de los suyos, consiguiendo assi, que hiziessen sus vezes, y aun que persuadiessen à los confinantes su reduccion à la Santa Fé, sujecion al Rey, y amor à la Nacion Española. Frai Manuel de Ojuela se admiró tanto de verlo con sus ojos, que casi no creìa lo mismo que mirava; porque, hallandose en San Marcelo notó con assombro, y aun con pasmo, que despues de haver el Padre Kino predicado à los muchos, que concurrieron en aquel Pueblo, acaba-

da la Platica, tomó la mano el Indio Principal, y continuó la materia del Sermon por espacio de dos horas, siguiendose à esse otros, que alternando esse oficio toda la noche, y el dia siguiente exhortavan à los suyos à lo mismo, que havia propuesto aquel Missionero.

Siempre se deve confessar, que estas mudanzas de gente de la inculta barbara infidelidad son obras de la mano de Dios, y efecto de los benignos influxos de su gracia; mas aqui, para conseguirlas, se valió del Apostolico zelo del Padre Kino, de la agradable afabilidad, que mostrava à aquellos Barbaros, del tierno sincero cariño, con que les tratava, y del amor, que les descubria, acreditandole con saludes, mensajes, recados, dadivas, regalos, agasajos, y con el desinterés en solicitar sus bienes, y en la ansiosa aplicacion, que reconocian mui patente en procurarles sus adelantamientos aun temporales, para que estuviessen bien abastecidos, y gozassen de todas aquellas mejoras, y ventajosas assistencias, de que en su Gentilidad carecieron. Veían, aunque Barbaros, que caminó en su alivio mas de seis mil leguas, passando arenales, sufriendo calores, aires, y lluvias, vadeando rios, tolerando desvelos, escaséz en su sustento, y tantas molestissimas inclemencias, como acarrean largos viajes en tierras no conocidas, y entre Naciones totalmente nuevas. Miravan el cariño, con que les recibia, las ansias, con que les buscava, y el gusto, con que vivia con ellos, acomodandose à su cortedad, y rudeza, dissimulando sus faltas, y sus defectos. Atendian, quanto se interessava en amistar los vandos de diferentes parcialidades, y en assentar las pazes entre mui reñidas Naciones. No ignoravan, quanto se esmerava en hablar bien de su mansedumbre, en abonar su fidelidad, y en pregonar su valor. Tambien les constava lo mucho, que por ellos padecia, ya en los bienes de su Mission, ya en los mas estimables de su honra, haziendo à todos resistencia à cara descubierta, quan-

quando les moleſtavan con vejaciones. Mui bien penetravan, que ſu mayor ſentimiento era, quando ponian eſtorvos à ſu converſion, y quando dudavan de ſu buena inclinacion à nueſtra Santa Fé.

Teſtigos eran como deſpues de haver logrado ſu reduccion anhelava à la de los Apaches, à la de los Moquis, à la de los Serys, de los Tepocaos, y de toda aquella numeroſa Gentilidad, que ſe hallava à la otra vanda del rio Colorado. Todo eſte amor tan conocido, como experimentado, le grangeó en grata correſpondencia el tierno afecto de eſtos Indios: ſe lo tenian tan ſincero, que à pocas palabras, que por ſí, ò por Interpretes les dixeſſe, todos ſe allanavan ſin contradiccion à quanto deſeava para bien de ſus almas: para eſſo el Señor concedió tan eſpecial eficacia à ſus Sermones: ſiempre que podia les continuava con infatigable teſſón: en ſus continuos penoſos viajes interrumpia de buena gana la jornada, para darles noticia de los ſagrados Myſterios de nueſtra Santa Religion: proſeguia con tal ardor muchas vezes eſtas Platicas, que duravan haſta media noche, teniendo eſte ferviente deſahogo de ſu zelo por el mejor deſcanſo de ſus fatigas: agradecianlas los Indios, oyendo con anſia ſu Doctrina, abrazando mui de corazon quanto les proponia, y comunicandolo à los otros confinantes, para complacerle, y dar puntual cumplimiento à lo que tanto les encargava. Le profeſſavan todos un amor tan entrañable, que parecian exceſſos los que executavan, ſolamente para verle, y para tratarle, caminando muchos en numeroſas tropas, y aun los Principales muchas leguas entre Naciones antes no conocidas, y aun entre otras enemigas, para lograr ſu viſta, para oírle, y ſaludarle: explicavan eſte guſto al verle en ſus Rancherias con las mayores demonſtraciones, que ſu cortedad, y pobreza les permitia: le ſalian por muchas leguas al encuentro: celebravan con danzas ſu llegada; le ofre-

ofrecian para sì, y toda su comitiva quanto alcanzavan de sus bienes, y de sus frutos: mostravan grande sentimiento al ausentarse; se afligian, quando no podia permanecer siquiera por algun tiempo, para lograr algo mas de su tan deseada amable comunicacion: efecto de este tierno amor eran el rendimiento, y la obediencia, que le mostravan, acudiendo à su menor insinuacion de muchas leguas: sin detenerles la repugnancia de su natural desidia, se aplicavan al trabajo, que les aconsejava: no solo hazian lo que les ordenava en las sementeras, mas à vezes sin aguardar orden alguna, prevenian sus avisos, y se adelantavan con no pequeña admiracion de todos los que saben la aversion, que los Indios de esta America tienen à todo genero de fatiga.

Haviendo todos visto, que con la total confianza en la sinceridad de su amor, penetrò este Apostolico Varon casi 50 diferentes vezes à sus puestos, y Rancherias, ò sin arrimo de Soldados, ò quando algunos le acompañavan, conteniendoles, para que en nada se excediessen, le correspondian agradecidos, y estavan plenamente satisfechos, que quanto les dezia les era conveniente: tomavan las armas contra los Barbaros, quando se los insinuava; las dexavan contra los Españoles, quando assi lo disponia: se amistavan con las Naciones enemigas, quando se ponia por medianero: los Principales, y mas autorizados entre todos se preciavan de guiarle en los caminos, y de llevar à remolque las balsas, quando vadeava los rios: en fin cosa ninguna se ofrecia, que no hizieffen, y executassen prontamente, para complacer al que todos veneravan, y querian como à su mas tierno amoroso Padre.

No eran solos los Pimas los que estimavan con tan finas sinceras demonstraciones à nuestro insigne Apostolico Missionero: à medida de sus meritos le amavan tambien, y apreciavan los Señores Virreyes, los Ministros de la Real Audiencia de Guadalaxára,

los

los Governadores, los Capitanes, las Juſticias, y la gente mas lucida de aquellas tierras: todos le miravan como à Varon Apoſtolico, incanſable en la mas ſolicita induſtrioſa caza de almas, y en dilatar el Reino de Chriſto: muchos confeſſaron con ingenuidad, que havia ſojuzgado mas tierras, Pueblos, y gentes con ſu ardiente activo zelo, que ſus armas, Preſidios, y Soldados: le eſcrivian en terminos mui reverentes; le preſentavan, y ofrecian ſus bienes, y caudales, para contribuír de eſta ſuerte al felíz logro de ſus Apoſtolicas empreſſas.

Los Padres Generales de la Compañia de Jeſus Thyrſo Gonzalez, y Miguel Angel Tamburini reſpondian à ſus cartas, è informes con expreſſiones llenas de un paternal afecto, agradeciendole ſus glorioſas fatigas, y el que como nuevo vaſo de eleccion llevaſſe el ſanto nombre del Señor à tantas, y tan deſconocidas Naciones, alentandole à que continuaſſe obra tan Apoſtolica, y les comunicaſſe los felízes ſuceſſos de tan glorioſos ſudores: los Padres Provinciales de nueva Eſpaña, y los Superiores de aquellas Miſſiones con otros muchos de la Compañia zeloſos de la honra de Dios, y bien de las Almas le animavan con las mas finas expreſſiones, haziendo la devida correſpondiente eſtimacion no menos de ſus meritos, que de ſus grandes admirables virtudes: con todo para mas acriſolarlas, toleró graves opoſiciones, y mui ſenſibles contradicciones: ni podia ſer de otra manera; porque eſte es el caracter, que diſtingue glorioſamente las obras del Señor, y las que ſon de ſu mayor gloria. Por eſſo no hai que admirar, que algunos, ò poco cuerdos, ò malicioſos, ò ciegos à tanta luz, à caſo le cenſuraſſen de andariego, viſtiendo con eſte odioſo trage à ſus Apoſtolicas continuas peregrinaciones hechas à impulſos de ſu fogoſa charidad, que no dexandole parar, le obligava ſiempre à andar preſuroſo como en continuo movimiento, para ganar

mas,

mas, y mas Naciones para la Iglesia, y para Dios.

Y para que campeára mas su virtud, y se descubriesse con mas claridad, en sus dilatados apuntes al verse precisado à tocar algo de las oposiciones, que padecia, admira el singular recato, y modesto disfráz, que guarda en referirlas, sin expressar Sugeto, y sin tomar en boca, ò en la pluma los particulares, que con tanta sinrazon le calumniavan. Sin exageracion alguna puede afirmarse, que solo el Padre Kino hizo tanto en los 23 años, que estuvo en la Pimeria, que, haviendose por su muerte atrassado, como en breve verémos el estado de aquella Provincia, en 40 años successivos no han podido despues todos los Missioneros, que alli trabajan, poner corriente la tercera parte de aquellos Pueblos, tierras, y Naciones, que aquel Apostolico Varon havia atrahido, cultivado, y tan bien dispuesto, para sujetarse al suave yugo del Evangelio. En fin fué, y será siempre el Exemplar para los Obreros de aquella viña del Señor, y el Original, que todos se han de proponer, para imitar: abrió la puerta, allanó el camino, y fué delante como Guia, que han de seguir los que aspiran à ampliar la gloria de Dios, y la conversion de muchas almas. No es casi creible quantas diligencias practicó, para executar las grandes elevadas ideas de su zelo: envió copiosos informes hasta al Rey en su Real Consejo de Indias: presentó copiosos sabios escritos à todos los Superiores de la Compañia: dexó instrucciones llenas de luz para los venideros; solicitó con el mayor ardor, y con los mas eficazes repetidos recursos, que la Pimeria tuviesse los necessarios Operarios, para coger à manos llenas la mucha miés, que las suyas solas no podian: este era todo su anhelo, y el mayor dolor no poderlo conseguir. De lo que hasta aqui insinuó la pluma, se podrá claramente inferir, no solo su grande infatigable zelo, que dia, y noche le consumia, le ocupava todos sus cuidados, y

por

por deſnera nos dió en tan grandes llamaradas indicio claro del ardiente fuego, que eſcondia dentro de ſu abraſado corazon lleno de la mas fina abraſada charidad deſeoſa de ſacrificarſe toda à Dios à mayor gloria ſuya, y bien de tantas deſconocidas barbaras Naciones.

CAPITULO XVII.

ESTADO LASTIMOSO DE LAS Miſſiones de la Pimeria, haſta que las animò el zelo del Señor Obiſpo de Durango, y el del Señor Marquès de Villapuente.

AUnque faltan relaciones individuales de los años ſiguientes, inſinuará brevemente la pluma lo mas principal, que pertenece à la Pimeria alta, y à otras Provincias confinantes. Deſpues de la muerte del Padre Euſebio Franciſco Kino deſcaecieron mucho las Miſſiones de los Pimas: ninguna ha padecido mayor eſtrago, que la de nueſtra Señora de los Dolores: faltó aquel ardiente activo Eſpiritu, que repartia vigor, comunicava aliento, y dava vida à todo aquel vaſto dilatado cuerpo, derivandola maravilloſamente deſde ſu cabeza à todos ſus tan diſtantes apartados miembros, y luego perdió todo ſu luſtre, ſu antigua hermoſura, y gallardia: los Pueblos tan numeroſos, aſſi el de los Dolores, como el de los Remedios ſe deſminuyeron de ſuerte, que ſus moradores ſe reduxeron à ſiete, ò ocho familias en cada uno. El terreno es ciertamente fertil, y pingue, mas con el tiempo ſe ha obſervado, que es maligno, y muì contrario à la ſalud; porque los veneros de agua, que ſe empantanan, con ſus grueſſas exhalaciones in-

ficionan el aire con muerte ſegura de los que le reſpiran. Aquellas tan bellas capazes Igleſias, y viviendas, que havia conſtruído el Padre Kino, ſe han perdido de manera, que al preſente apenas queda raſtro, ni ſeñal de que en algun tiempo las haya havido; porque los Indios con ſu natural dexamiento, ſi el Padre no eſtá velando ſobre todo lo que han de hazer, à nada acuden, ni remedian coſa alguna; y ſiendo ahora tan corto ſu numero, no ſe puede eſperar, que buelvan à repararſe, ni que recobren ſu luſtre antiguo aquellas ya arruínadas fabricas. A la cortedad de Naturales ſe ha añadido la plaga de continuas invaſiones de los Barbaros, que hallando alli poca, ò ninguna reſiſtencia ſe inclinan à aquella vereda, aſſi para robar à ſu ſalvo, y caſi con ſeguridad quanto encuentran, como para penetrar mejor à otros Pueblos. Eſte es el motivo, porque oy el de los Dolores, y el de los Remedios eſtán caſi deſpoblados, por mas que no les hayan faltado Operarios, que les cuiden. El de Cocoſpera, que pertenece à la miſma Miſſion, ſe conſerva aun; mas ſiendo fronterizo à los Infieles enemigos ſus continuas invaſiones, y los eſtragos, que con ellas padecia ya en tiempo del Padre Kino, ſe le han hecho tan frequentes, y les ha ſufrido tanto en eſtos ultimos años, que ſi no fueſſe ſocorrido con las armas, ſe puede con razon temer, que experimente la miſma deſgracia, que los otros dos.

Menos mal ha librado la ſegunda Miſſion de la Pimeria, llamada de San Ignacio; porque el Padre Aguſtin de Campos, que en algunos viajes acompañó al Padre Kino, y le ſobrevivió veinte, y cinco años, en los quarenta, y mas, que la cuidó, la mejoró, y aumentó ſu antiguo luſtre, aunque en el numero de moradores ha deſcaecido en ſus tres Pueblos, por eſtar haſta ahora infeſtada de continuos acometimientos de los Barbaros, por mas que ſus Indios

les

les reſiſten con valor, y les eſcarmientan no pocas vezes, quando no con engaño, ſino à cara deſcubierta les embiſten.

Las Miſſiones de Tubutama, y Caborca deſpues de la muerte del Padre Kino por la eſcaſéz de Operarios, no les tuvieron en propriedad caſi en diez años, porque ſiendo neceſſarios muchos para tantas partes, y Provincias, y hallandoſe por las laſtimoſas guerras de Europa mui alterado, y atraſſado el comercio de Eſpaña con la America, no fué dable, que à la Pimeria le cupieſſen los que pedia ſu caſi extrema neceſſidad. Mas llegando ya por los años de mil ſetecientos, y veinte algunos, para remediar la que tenia eſta Provincia, ſeñalaron dos los Superiores para Tubutama, y Caborca: mucho hallaron, que trabajar; y afanaron glorioſamente, para mejorar el eſtado de aquéllos dos Partidos. Los Indios ya caſi no ſe acordavan de lo que antes aprendieron; las Rancherias mas immediatas de San Eduardo, de San Luis, de San Marcelo, y otras apenas tenian ya noticia, ni de los Padres: con todo conſervan aun aquel miſmo buen genio, aquella natural afabilidad, y docilidad como nativa, ſiendo aun ahora mui facil el reducirles à vivir vida civil, rindiendoſe ſin reſiſtencia à lo que ſe les ſugiere con la enſeñanza de ſus Miniſtros. No ſe ſabe, porque à eſtas Rancherias ſe les dá ahora el renombre de *Papagos*.

Lo que ſucedió à eſtos pobres deſvalidos Indios, y aun mas, aconteció à los del rio Gila, y à los que pueblan las orillas del Colorado: no huvo Padre, que les cuidaſſe, ni à quien pudieſſen hazer el menor recurſo; eſtavan poco ha tan ſin ſeñal alguna de la enſeñanza, que tuvieron, que havian ya enteramente recobrado ſu antigua barbaridad, ſiendo ya caſi tan incognitos, y nuevos, como fueron en tiempo de las primeras entradas del Padre Kino. Con todo las dos Miſſiones de Tubutama, y Caborca al preſente ſon

las mas floridas, no solo de la Pimeria, mas aun de toda la Provincia de Sonora: en numero exceden à todas: solo la de Bacercua podrá disputarles esta prerrogativa: si se conservan en tan floreciente estado, como con razon se espera, podrán servir no poco, para comunicarle à las de California, quando la poblacion de esta Peninsula suba de suerte, que llegue à fronterizarse con Caborca. A mas de las grandes ventajas, y provechos considerables, que en breve se confia ha de lograr por este medio aquella Provincia, no se duda, que estos dos Partidos serán en adelante la escala, para restablecer en su antiguo estado, y aun para mejorar los Pueblos intermedios al rio Gila, y à las Naciones vezinas à sus playas, y à las del Colorado.

Parece ya, quando esto se escrive, que llegó aquel dichoso tiempo destinado por la Divina providencia, à que tantas vezes aspirava con tanto afán en su vida el Padre Kino: sin duda, que con sus ruegos en el Cielo ha conseguido, que se abrevie la conversion de sus amados hijos los Pimas, que acá procuró tan de veras, y solicitò con tantas ansias. Mas descaecieron aun con la falta de aquel insigne Jesuíta las Missiones de Santa Maria Guevavi, y S. Xavier del Bac. En casi veinte años quedaron sin Ministros, bolviendo poco à poco à tal estado, que parecia el de su antigua rudeza, sin mantener sino mui cortos rastros, de lo que entre ellos se havia trabajado. Es verdad, que aun assi conservavan de manera el afecto à la Nacion Española, que siendo annuales los robos de los Barbaros, nunca estos Pimas Sobaypuris les apoyaron, ni huvo quien les tuviesse por culpados.

Estava el Demonio mui contento de posseer sin contradiccion las almas de estos pobres casi abandonados Indios, sin inquietarles con las calumnias, ni con las imposturas, con que tanto les persiguió en tiempo de

de aquel grande Miſſionero, quando tratavan de convertirſe, deſatando toda ſu furia, para deſviarles con aquellas vejaciones del camino de ſu eterna ſalvacion. Aun ahora los Barbaros deſde el contratiempo, que padecieron, viviendo el Capitán Coro, les tienen no poco miedo; y ſabiendo, que ſus Rancherias eſtán mui bien pobladas, ſe rezelan de irritarles, para no experimentar de ſus tan notorios brios algun nuevo golpe. Mas eſta miſma quietud en cierto modo ha como debilitado por ocioſo el valor de los Pimas Sobaypuris, que no ſon ya tan alentados, y animoſos, como ſe havian moſtrado ſus Mayores. No acometen, contentandoſe de que no les moleſten ſus enemigos. Con intervalo tan grande, en que no oyeron la palabra de Dios, no es mucho, que bolvieſſen caſi al eſtado de Gentiles: aſſi les conſideravan todos haſta los años de mil ſetecientos veinte, y ſeis, ò veinte, y ſiete, en que viſitó parte de la Provincia el Iluſtriſſimo Señor Doctor Don Benito Creſpo Obiſpo de Durango, à cuyo cuidado, y Dioceſi pertenecen caſi todas las Miſſiones de la Compañia de Jeſus de la nueva Eſpaña.

A pocas diligencias vinieron à noticia de aquel tan zeloſo vigilante Prelado eſtos Indios Sobaypuris: repreſentaronſelos algunos bien intencionados en trage de Gentiles, mas con pretenſion de agregarſe à ſu rebaño. Eſte ſolicito Paſtor tomó mui à pecho eſta demanda: eſcrivió al Catholico Monarca Phelipe V en ſu Real Conſejo de Indias con clauſulas tan eficazes, que luego ſu Mageſtad concedió la fundacion de eſtas tres tan importantes Miſſiones à coſta de ſu Real Erario: en tiempo del Padre Kino havia ya deſtinado ſocorro para ocho Miſſioneros, y con la muerte de aquel grande Jeſuíta ſe reduxeron à ſolos quatro, à que ahora ſe añadieron los otros tres con inſtancias tan autorizadas. Aſſi ſe executó año de mil ſetecientos, treinta, y uno, paſſando tres Miſſioneros

à

à la Pimeria, y antes à Durango Capital de la Diocesi: mucho se alegró aquel zeloso esclarecido Obispo con su venida: les regaló con dadivas, para ganar la voluntad de aquellos Neofitos, y les remitió à su destino con entera confianza de vér restaurada, y dilatada en aquella numerosa Gentilidad à nuestra Santa Religion. Mas uno en poco tiempo falleció; otro enfermó mui gravemente con la infernal fuerza de algun hechizo; y el Padre Ignacio Keler quedó solo para tan penosas fatigas, y perseverа todavia, trabajando glorioſamante, sin que le hayan podido jamás dañar los muchos hechizeros, que varias vezes lo han procurado. Desde este tiempo tuvieron siempre Ministros estos Pimas; mas por haver cundido mucho alli los maleficios, haver descaecido su valor, y haver padecido aquel Partido frequentes invasiones de Barbaros, no ha producido tan felizes efectos la enseñanza, y la Doctrina de nuestros Missioneros, como con razon se prometian. Contribuyó à sus adelantamientos à impulsos de su tan noble, como christiana generosidad Don Joseph de la Puente Peña Marqués de Villapuente, que haviendo fallecido en España por Febrero del año de setecientos, treinta, y nueve dexó en su testamento, que del remanente de sus bienes, entre otras obras pias, se empleasse el caudal competente para la manutencion de otros dos Missioneros Jesuitas en la Pimeria.

La fundacion no pudo executarse luego por la guerra de los Ingleses con España, hasta que concluídas las pazes llegó por Agosto de mil setecientos, y cinquenta nuevo numero de Operarios: dos fueron prontamente destinados à dar cumplimiento à la piadosa voluntad de aquel grande nobilissimo Cavallero: encargòse el uno, no solo de los Pueblos del Busanic, y Zaric con otras muchas Rancherias agregadas, sino de atraher como vigilante solicito Pastor à su rebaño à los varios Gentiles, que como ovejas

des-

desparramadas vagueavan por sus contornos. El otro tuvo su destino à San Marcelo, por voluntad expressa del Fundador; y por su notoria tierna devocion al Santo Archangel, se comenzó à llamar *San Miguel Sinoitag*: con tan acertadas utilissimas providencias se halla ya actualmente adelantada la conversion de la Pimeria por otras cinquenta leguas, desde Caborca, que era la ultima Mission hasta Sinoitag: y hai esperanzas ciertas de promover el conocimiento de la Fé entre las vezinas Naciones, facilitandolo no poco la comunicacion, que desde alli se tiene con aquellos Barbaros. Todo esto será un perpetuo immortal acuerdo à la posteridad del nobilissimo Christiano zelo del Señor Marqués de Villapuente; y no es mucho haya erigido en la Pimeria esse glorioso monumento, siendo à todos notorio, que se vén otros muchos esparcidos por las quatro partes del Mundo, à que estendió su charidad aquel magnanimo Christianissimo corazon, que aun en nuestra Provincia à expensas de sus caudales facilitó la conversion de toda la California.

LIBRO III.

DE NUEVOS PROGRESSOS, varios descubrimientos, y estado presente de la Pimeria alta.

CAPITULO I.

NUEVOS ESFUERZOS PARA REPARAR los estragos passados.

EL Padre Jacobo Sedelmayer, que desde el año mil setecientos treinta, y seis administra la Mission de Tubutama por su parte, y el Padre Ignacio Keler, que assiste en Santa Maria Suamca por la suya, hizieron diferentes entradas en el rio Gila, y à las Casas grandes: han resucitado las centellas ya casi apagadas de nuestra Santa Fé entre aquellas Naciones: procuraron acariciar à aquellos Barbaros, haziendo con su dulce suave trato, que no solo no estrañen la presencia, y vista de los Padres, sino que ganandoles assi el amor, les entre el de su eterna salvacion, y el que antes tuvieron à nuestra Santa Religion sus Progenitores. Ya se experimenta entre los vezinos à los rios Gila, y Colorado la misma afabilidad, y buena correspondencia, que se havia grangeado el Padre Kino. Mas veamos los sudores, fatigas, y largas trabajosas jornadas de nuestros Missioneros, para conseguir fin tan glorioso, y para ablandar con santas ingeniosas industrias la mas terca obstinacion.

Año

Año de mil ſetecientos, y veinte llegó à la Miſſion de San Ignacio de la Pimeria un Mulato: notó el ſingular conſuelo, que el Padre Aguſtin de Campos manifeſtava, reboſandole por el ſemblante, quando podia bautizar algunos parvulos de los Gentiles: para aumentarſelo, le aſſeguró, que haviendo eſtado en la Provincia de Moqui, oyó à aquellos Indios, que recibirian el ſanto Bautiſmo, ſi los Padres de la Compañia les doctrinaſſen. Aquella Region es confinante al nuevo Mexico: con las zeloſas continuas diligencias de los Padres de San Franciſco ſe havian bautizado ſus moradores; mas año de mil ſeiſcientos, y ochenta en un alzamiento general quedaron muertos caſi todos aquellos Apoſtolicos Religioſos, y los Indios impiamente apoſtataron: no por eſſo deſiſtieron de tan glorioſa empreſſa los de aquella Seraphica Religion, y lograron felizmente, que los del nuevo Mexico ſe reconciliaſſen con la Igleſia: con todo los de Moqui algo mas diſtante, haſta ahora han continuado en ſu rebeldia, ſin ſujetarſe al ſagrado yugo del Evangelio. Eſtà eſta Nacion ſegun el computo, que ſacó el Padre Euſebio Franciſco Kino, hallandoſe en las orillas del rio Colorado, como à treinta, y ſeis leguas de diſtancia de aquel ſitio. Eſto ſabria ſin duda el Padre Aguſtin de Campos, por haver tratado muchos años intimamente con aquel grande Apoſtolico Jeſuita, y entró en eſperanzas no mal fundadas de que podria penetrar aquella Provincia, y reducir à la Fé de Chriſto aquellos tercos rebeldes Indios. Comunicó eſte tan glorioſo deſignio con uno de los Capitanes de aquellos Preſidios, que apoyó tan ſanta empreſſa: formaron los dos conſultas con los informes neceſſarios; y echó Dios tan viſiblemente ſu bendicion, que llegaron felizmente à los oidos de nueſtro Catholico Monarca: deſpachó ſu Mageſtad Cedula año de mil ſetecientos, veinte, y tres, en

que mandava al Virrey de la nueva Eſpaña Marqués de Caſafuerte, que alentaſſe, y promovieſe la converſion de los Indios del Moqui.

Aquel grande prudentiſſimo Cavallero, que no ignorava la cercania de eſſa Provincia à las Miſſiones del nuevo Mexico, y que era mucha ſu diſtancia de la Pimeria, quedó perplexo, y mui dudoſo, ſi eſta eſpiritual Conquiſta ſe havia de encargar à los Padres de San Franciſco, que ſe hallavan ya tan cercanos, ò à los de la Compañia, que ſegun el informe ſolicitavan los miſmos Indios: pidió ſu parecer en eſta perplexidad al Señor Obiſpo de Durango Doctor Don Benito Creſpo, à quien ſuponia bien enterado de unas, y otras Miſſiones de entrambas ſagradas Religiones, y mas eſtando todas dentro de ſu Juriſdiccion en terreno perteneciente à ſu tan vaſta eſtendida Dioceſi. Eſte ſolicito vigilante Prelado, como deſpues ingenuamente confeſſó, hallandoſe al principio de ſu govierno, ſin haver tenido tiempo, ni ocaſion de regiſtrar ocularmente las dilatadas Regiones de ſu cargo Paſtoral, ſe vió preciſado à valerſe de agenas informaciones, y perſuadió al Señor Virrey, que confirieſſe à los Padres de la Compañia la reduccion del Moqui: poco deſpues emprendió la Viſita de ſu Obiſpado, y acercandoſe à las Miſſiones del nuevo Mexico, reconoció ſu immediacion à aquella Provincia, y la grande diſtancia de la de Pimeria. A todo eſſo ſe añadia, que los Padres Miſſioneros Franciſcanos del nuevo Mexico le aſſeguraron, que un Santo, y Venerable Religioſo de aquellas partes, havia pocos años antes animoſamente penetrado el Moqui; que repartió entre los Indios varios donecillos, para conciliarſe aſſi ſu benevolencia; que ſe bolvió, ſin hablarles de ſu tan deſeada reconciliacion, para mejor disfrazar ſu ſanta Apoſtolica idea; y que el año immediato, practicando otra vez la miſma ingenioſa cuerda induſtria, el Gover-

vernador de aquellos Barbaros le moſtró haver penetrado lo que tanto diſſimulava, y le exhortó, à que ſe retiraſſe, antes que ſus Indios ſe deſmandaſſen, previniendole claramente, que en ſus Juntas ocultas reconocía ya alguna commocion, y concluyendo por fin con eſtas notables ponderoſas expreſſiones: „ Ve„ te, Padre, que todavia no ha llegado el tiempo„ para que bolvamos à ſer Chriſtianos.

No obſtante eſta convincente relacion, el Señor Obiſpo no manifeſtó ſu interior dictamen, haſta oír tambien lo que huvieſſe ſucedido en la Pimeria con el Padre Agustin de Campos: conferido aqui con la mas ſeria reflexion eſſe tan grave importante punto, y viſto quan poco podia fiarſe en la noticia del Mulato, ſe ſuſpendió la empreſſa, guardando para tiempo mas oportuno la tan deſeada converſion de aquella barbara rebelde Nacion.

CAPITULO II.

VARIAS ARRIESGADAS LARGAS jornadas del Padre Ignacio Keler ſin mas fruto, que el de manifeſtar ſu ardiente zelo.

ESTuvo como dormido lo del Moqui caſi veinte años, haſta que el de mil ſetecientos, quarenta, y dos vino otra nueva Real Cedula de la Mageſtad de Phelipe V, encargando al Provincial de la Compañia de Jeſus en la nueva Eſpaña la reduccion de eſſa Provincia. No es mi animo referir en eſta Hiſtoria todo lo que precedió à la execucion de eſta Real orden, las conſultas, que ſe hizieron, las peticiones, que ſe preſentaron, y las reſpueſtas, que ſe dieron por parte de los intereſſados en tan glorioſa im-

portante empreſſa: baſta dezir, que todos à impulſos de ſu ardiente zelo avivaron ſus diligencias para el tan deſeado fin de la reduccion de aquellos Barbaros. Los Padres Franciſcanos del nuevo Mexico, ò por haver alguno penetrado al Moqui, ò por haverſe valido de amigables cariñoſos menſajes, ò aplicado oportunos medianeros, conſiguieron, que algunos centenares de aquellos Indios, dexando ſu miſma Patria, ſe agregaſſen à ſus Pueblos, y Doctrinas alli vezinas con eſperanzas no mal fundadas, que à ſu exemplo ſe reſtituirian los demás al gremio de la Igleſia. Por otra parte el Padre Ignacio Keler de nueſtra Compañia deſde la Miſſion de Santa Maria Suamca de la Pimeria aplicó ſolicito nuevas diligencias, para vér, ſi por aquel lado ſe pudieſſe penetrar al Moqui, y lograr ſu tan deſeada, como importante converſion. Año de mil ſetecientos, treinta, y ſeis eſſe zeloſo Jeſuita havia ya llegado haſta las Caſas grandes, y varias Rancherias, que eſtán cerca del rio Gila, Ler, Guevavi, y San Xavier: viſitólas, bolviendo por el miſmo rumbo, ſin notable novedad: halló las coſas en el miſmo eſtado, y con las miſmas circunſtancias, con que las havia dexado el Padre Euſebio Kino.

Por Julio, y Agoſto del de mil ſetecientos, treinta, y ſiete hizo aun eſſe Apoſtolico Varon otra nueva entrada por las tierras de los Sobaypuris, ſiguiendo la corriente del rio, que, comenzando cerca del Terrenate, ſe eſtiende caſi ducientas leguas, haſta deſembocar en el otro llamado Gila: vió las fertiles tierras de aquel valle: las mas pueden regarſe con las aguas del arroyo: encontró las reliquias de las muchas Rancherias, que en otro tiempo ſe formaron en aquel terreno, y ya en la mayor parte deſampararon los Pimas Sobaypuris, por eſtar alli mui expueſtos à los continuos barbaros aſſaltos de los enemigos Apaches, à quienes antes havian hecho frente, venciendoles no pocas vezes; mas hallandoſe ſin el abrigo de nueſtras ar-

armas, y Soldados, ſe canſaron de tan frequentes reñidos combates, y tuvieron por menos mal ceder al enemigo la tierra, que verſe preciſados à vivir con las armas en la mano, y entre continuos ſuſtos de ſu cruel barbaridad, y haver mui à menudo de medir las fuerzas con tan ferozes rabioſos contrarios. El parage es excelente, para formar buenas reducciones, y Pueblos mui competentes, dando para ſu manutencion, y ſubſiſtencia tantos viveres, que aſſeguran la abundancia. Llegado al rio Gila aquel grande Miſſionero Jeſuíta noto, que en aquel ſitio mudava notablemente el rumbo en ſu corriente de Norte à Sur, y por el encuentro de una Sierra de Sur al Norte, aunque deſpues buelve à tomar la ſuya natural, que es de Oriente à Poniente.

Haviendo en ſu jornada declinado ya el Padre Ignacio à las Caſas grandes vió un peñaſco encumbrado, que rematava en un llano competente; y porque andava mui valida la fabuloſa voz, de que alli huvo Pueblo en otro tiempo, que con todos ſus moradores, ajuares, y cavallerias ſe havian convertido en piedras, ſubió, aunque con mucho trabajo, empleando un dia entero, y averiguó claramente, que eran delirios de la fantaſía las que aquellos Barbaros publicavan por verdades tan ſeguras. Mas adelante halló los dos rios llamados el Verde, y el Salado: eſte ſe apellida aſſi, porque lo es verdaderamente: los dos ſe juntan, formando el de la Aſſumpcion, que deſpues deſagua en el Gila; y aunque viſitó à los Cocomaricopas, por hallarles en movimiento de guerra contra ciertos enemigos, cogió luego por otras Rancherias la buelta à ſu Partido de Santa Maria Suamca. Deſcanſó, trabajando con ſus Indios, haſta el año de mil ſetecientos, quarenta, y tres, y à fin de Julio, prevenidas las coſas neceſſarias para un largo viaje, y regiſtro de quatro meſes con Soldados, y otros tantos de ſus hijos emprendió otra peligroſa impor-

importante jornada: llegó al rio Gila: paſſó mas adelante, encaminando el rumbo ázia el Moqui, ò à ſus cercanias: mas, ò porque le faltaron guias, ò porque ſe dexó arrebatar nimiamente de ſu fervor, penetró à tierras incognitas, ſin ſaber, ſi ſu gente era amiga, ò enemiga. Eſtava con todo mui apercebido, y con animoſo aliento, para proſeguir ſu demanda; pero à la madrugada, no pocos de aquellos infieles Indios acometieron à ſu comitiva, mas con deſeo de robar, que de ofender, ni de matar: los ſirvientes recobrados del primer ſuſto ſe esforzaron à ahuyentar aquellos Barbaros, que ſe havian ya apoderado de todas las cavallerias: procuraron recobrarlas con valor, para no quedar en tierra enemiga impoſſibilitados à la buelta: lograron ſolamente algunas, que baſtaron, para retirarſe à la Miſſion.

En la refriega à un Soldado le alcanzò un flechazo, que por no haver penetrado mucho, no hizo caſo, y poco à poco ſe enconó de ſuerte, que finalmente murió de aquella deſpreciada herida. Sintió aquel fervoroſo Jeſuita en el alma eſta deſgracia, la de fruſtrarſele ſu glorioſo deſignio, y la de vér malogrados los ſocorros, con que la charidad de otros Miſſioneros havia cooperado à la jornada, y ſobre todo las que deſpues de reſulta ſe ſiguieron; porque cierto Sugeto, que adminiſtrava Vara de Juſticia diſpuſo por ſus particulares ſinieſtros motivos las coſas de manera, que en adelante careciеſſe aquel zeloſo Miſſionero de eſcolta de Soldados: y ſiendo las tierras, por donde havia de paſſar, conocidamente enemigas, era lo miſmo, que obligarle, à que no continuaſſe ſus Apoſtolicas entradas, por ſer temerario arrojo ſin defenſa alguna exponerſe à nuevos, y mayores rieſgos; y eſſa fué la cauſa, porque aunque el año immediato de ſetecientos, quarenta, y quatro ſe ofreció animoſo à nuevo viaje, ya por aconſejarſelo uno de ſus Superiores, ya para dar cumplimiento à

la

la obediencia del Real mandato, ya para executar prontamente las ordenes, que ultimamente havian llegado del Padre General de la Compañia P. Francisco Retz, encargando, que se procuraſſe con el mayor esfuerzo reducir al Evangelio las proximas numeroſas Gentilidades, con todo el proyecto ideado se fruſtró, logrando solamente, que vieſſen todos, y entendieſſen la gran valentia del Apoſtolico zelo del Padre Keler.

CAPITULO III.

JORNADAS, Y DESCUBRIMIENTOS DEL Padre Jacobo Sedelmayer Miſſionero de Tubutama.

EL Padre Jacobo Sedelmayer hizo en diferentes tiempos largos peligroſos viajes con varios descubrimientos: les juntarémos todos por chronologia de años, à que correſponden, en este capitulo, reſervando los dos ultimos para el siguiente. Poco deſpues de haver entrado à cuidar de la Miſſion de Tubutama, con las mejoras, y progreſſos, que en su lugar ya inſinuamos, por Setiembre de mil setecientos, treinta, y siete con un rodeo de cien leguas visitó à varias de las Rancherias de los Papagos no mui diſtantes del Lugar, en que reſidia. Hizieronle los Indios buena acogida con demonſtraciones de mucha alegria: detenia se mas, ò menos dias segun el numero de gente, que encontrava: enseñava, y doctrinava en todas partes, y en algunas dia, y noche: consiguió, no solo que le escuchaſſen, mas tambien que con gusto le ofrecieſſen muchos parvulos para el Bautiſmo: de estos poco deſpues gran numero logró con la muerte temporal la eterna, y verdadera vida, por ha-

haver prendido el contagio de las viruelas, que es mortal para los Indios en aquellos parages: muchos de los de aquellas Rancherias comunicavan con los Pimas vezinos del rio Gila: con esta ocasion se bolvió à renovar por su medio el trato, comercio, y comunicacion con los Indios mas distantes. El principal cuidado de este insigne Missionero era, que dexassen sus terrenos, y se agregassen à los Pueblos de su Mission de Tubutama, con la mira de poderles mejor doctrinar, y suavemente reducir à su tan deseada conversion: empressa, que aunque otros la procuraron, no la pudieron conseguir, y este Apostolico Varon ahora afanó de suerte, que despues año mil setecientos, quarenta, y tres, con ocasion de haver à la violencia de un rayo muerto siete personas, no solo una de aquellas Rancherias de sesenta almas, se agregó al Pueblo de Tubutama, abrazando nuestra Santa Fé, sino otra de ciento con la fuerza de su persuasion se juntó al Pueblo de Santa Theresa à dos leguas de distancia del suyo, à que añadió con el mismo buen efecto de hazerse Christianos al cabo de catorze años à todos los Indios de otra Rancheria. Fueron assimismo muchas las que aumentaron la Mission de San Ignacio: todo evidencia los grandes provechos, que en gente tan bien dispuesta à poca costa se consiguen con semejantes jornadas, hablandoles el Ministro de los Mysterios de nuestra Santa Fé; porque no solo se logra la salvacion de muchos parvulos, sino que la bondad Divina prepara los animos de aquellos pobres desvalidos Barbaros, para que muchos à su tiempo abran los ojos à la luz del Evangelio.

Con essa experiencia huviera querido aquel Apostolico Missionero repetir viajes de tanta utilidad, como fecundos de penalidades, y riesgos casi continuos; pero sus enfermedades, y calenturas se los embarazaron, mortificando no poco su ardiente zelo,

no

no obſtante año mil ſetecientos, quarenta, y tres por el mes de Setiembre con uno de ciento, treinta, y tres leguas paſſó à San Marcelo con un niño, que aprendió con perfeccion à coſta de ſus fatigas las oraciones, y doctrina en Tubutama: enſeñóla à otros hecho ya maeſtro el que poco antes fué diſcipulo, y quedaron ya bien diſpueſtos para el ſanto Bautiſmo, que les adminiſtró el Padre Joſeph Torres Miſſionero entonces de Caborca. Con eſta jornada aumentó con varias Familias de muchas Rancherias intermedias, no ſolo à eſſas dos Miſſiones, ſino à ſus Pueblos de Viſita. Animado con tan felizes efectos de ſus viajes à fines de Noviembre hizo uno tan dilatado, como lleno de peligros: guiado de los Indios de los Pueblos, que viſitó los años antecedentes, llegó à las cercanías del rio Gila à uno mui poblado, ya de Pimas, ya de Cocomaricopas: recibieronle con grandes demonſtraciones de alegria; y aunque les halló al uſo de ſu brutalidad totalmente deſnudos, à perſuaſiones ſuyas ſembraron algodon, de que hazian ſus texidos, con que en adelante ſe cubrieron: las mugeres ivan con alguna mas decencia, que à peſar de ſu barbaridad les enſeñava la razon con ſu eſcaſa luz, uſando de ciertas enaguas formadas de lo mas tierno de la corteza de los Sauzes. De aqui paſſó el Padre Jacobo al rio Gila, que, incorporandoſele en aquel parage el de la Aſſumpcion, corre baſtantemente caudaloſo, dexandoſe bien percibir las aguas del Salado por ſu inſipidéz: reconoció tierras buenas, y baſtantes ſemillas, que le ofrecian en gran abundancia al vér, que ſe las bolvia, añadiendoles algunas coſas de las que mas eſtiman, como cuchillos, y liſtones: ſobremanera apreciaron una acha, que les dió; y moſtraron eſtar exceſſivamente prendados de los cavallos de ſu comitiva. La Nacion de los Cocomaricopas ſe eſtiende por treinta, y ſeis leguas, poblando una, y otra parte de aquellas ori-

llas casi quarenta Rancherias, segun escrive este zeloso Missionero en su Diario. Despidióse de esta gente, y subiendo rio arriba à distancia de algunas leguas encontró tres grandes Poblaciones de Pimas algo distantes entre sì, y eran de aquellas primeras, que reconoció el Padre Kino. En su tornaviaje halló otras muchas ya expressadas en otras jornadas, y se restituyó à Tubutama, despues de haver corrido ciento, setenta, y dos leguas en la suya, descansando hasta que llegasse el tiempo de emprender otra mas arriesgada, y estendida à la Provincia de Moqui.

Antes dispusieron los Superiores, que desde su Mission con cariñosos mensajes procurasse la entrada en las tierras de aquellos rebeldes obstinados Barbaros; porque, hallandose en parage no tan expuesto à las incursiones de los Gentiles, necessitava de menos resguardo, pudiendo executar con pocos familiares su viaje sin conocido riesgo; mas se le ordenó, que sin bastante seguridad no se arrojasse à emprenderle: encargósele assimismo, que de antemano se previniesse de guias fieles; que se assegurasse de la distancia; que se informasse de las Naciones intermedias; que sobre todo remitiesse algunos afectuosos recados à aquellos Barbaros, para que su vista improvisa no les irritasse; que si le franqueavan la entrada, passasse en hora buena à sus tierras; que en caso de hallar, como ya pregonava la fama, que los Padres del nuevo Mexico trabajavan en su reduccion, exhortasse à los Indios, à que admitiessen su doctrina, y animandoles à que abrazassen la Ley de Dios, se retirasse à su Mission; y finalmente, que si aquellos solicitos Obreros de la viña del Señor no huviessen podido con la eficacia de su Espiritu ablandar la dureza de sus obstinados corazones, viesse, y reconociesse la disposicion de aquellos Infieles, para seguir, y abrazar las verdades Evangelicas, informandose de passo de sus Pueblos, idioma, costumbres, situacion, y buenas calidades

de

de aquella tierra, formando lo mejor que pudieſſe algun dibujo, ò uno como mapa de la Provincia, y anotando puntualmente el derrotero quotidiano, las diſtancias, los parages, y las Poblaciones.

Con eſta inſtruccion bien prevenido, diſpueſtas ya las demás coſas neceſſarias, por Octubre del año mil ſetecientos, quarenta, y quatro caminó el Padre Jacobo ochenta leguas deſde Tubutama haſta el rio Gila: en las Rancherias de eſte intermedio halló como ſeis mil almas: en las de los Papagos, en las de la miſma Nacion Pima, y en otras adiacentes à aquel rio, ſegun computo prudencial, otras ſeis mil: fué bien recibido de eſtos Indios, que ya en otras entradas havia conocido: con los donecillos, que les repartia les era mas guſtoſa ſu venida: tenian aquellos Barbaros las caſas mui angoſtas, y largas, juntandoſe en cada una todos los de la parentela, y pareciendo un hormiguero, quando ſalian los que la habitavan. Admiró aun algun raſtro de los viajes del Padre Kino: moſtraronle un pedazo mui corto de una acha, con que les havia regalado aquel grande inſigne Jeſuíta: era ya la unica herramienta, que les quedava, uſandola por turno para el corte de la madera: eſtava tan gaſtada, que apenas podia ya ſervir. Hizo nueſtro fervoroſo Miſſionero algunas Platicas, para dar à aquellos Infieles alguna luz de los Myſterios de nueſtra Santa Religion, entablando otras mui familiares, y amigables, para ganarles la voluntad: les preguntó con igual prudencia, que ſagacidad, ſi ſabian por donde caia el Moqui? Quanta era la diſtancia? Quales los caminos? Si aſperos? Si eſcaſos de aguas? Si arrieſgados? Si expueſtos à la ferocidad de los Barbaros? Y por ultimo, ſi ſe atreverian à guiarle, y conducirle à aquel País? A todo le reſpondieron liſamente; y ſe reducia, à que el Moqui diſtava tres, ò quatro jornadas; que los caminos eran buenos; que no faltavan aguas ſuficientes; que no havia rieſgos de

Infieles; y que le conducirian de buena gana: oyólo con gran gusto el Padre Jacobo, mas el dia siguiente mudaron todos de lenguage, y quanto el antecedente havian facilitado aquella tan glorioſa, como deſeada importante empreſſa, otro tanto ſe la dificultaron: ponderavan la diſtancia, la aſpereza del camino, la careſtia de agua, y el evidente peligro de los Barbaros, concluyendo con patente contradiccion, y ſin rubor alguno de ſu barbaro pundonor, con negarſe à lo que ya le havian ofrecido.

Aquel ſabio experimentado Jeſuíta luego penetró la cauſa de tan repentina novedad: atribuyóla ſin duda, ò à los donecillos, que havia repartido à aquellos Indios, y diſcurrian à ſu modo, que quantos mas llevaſſe al Moqui, tantos menos les daria; ò à ſus familiares de Tubutama, que les perſuadieron aquella noche la mudanza, ò para eſcuſar de eſte modo tan larga jornada, ò bien porque temian, que llegando à aquél País, ſe les quedaria por allá el que amavan como tierno amante Padre, perdiendole, y privandoſe aſſi de ſu enſeñanza; ò porque el Demonio temeroſo de la reduccion de aquella Provincia, que tenia tan tiranizada, con ſus ocultas inſtigaciones les amedrentó en aquella empreſſa. Eſtas razones ſon mui proporcionadas à la rudeza, y poco alcanze de los Indios; y ſi cada una es ſuficiente, todas juntas eran ſobradiſſimos motivos, para negar lo que antes tan liberalmente ofrecieron. Viendo aquel ſabio diſcreto Jeſuíta tan cerrada la puerta à ſus Apoſtolicas ideas, ſiguió el rumbo del rio Gila abaxo: llegó à la Nacion Cocomaricopa, y la halló de diferente lenguage, y con harmonioſa correſpondencia con los Pimas: reconoció aquella buelta, que dán alli ſus corrientes por ocho leguas ázia el Norte, y por la larga diſtancia de ſeſenta, y ſeis haſta acercarſe à incorporarlas con el rio Colorado: anduvo en ſus cercanías caſi quarenta leguas; y ſin darſe por entendido

de

de lo paſſado con los Pimas, hizo à los Cocomaricopas las miſmas preguntas ſobre la entrada al Moqui: reſpondieronle con toda ſencillez, y con igual facilidad lo miſmo, ofreciendoſele prontos à conducirle; pero el dia ſiguiente les halló con la miſma mudanza, y contradiccion, con que ſe deſvaneció del todo aquella importante empreſſa: ſolo ſe logró, que prometieron aquellos Indios, que aviſarian à los de aquella Region, quando vinieſſen à ſus tiempos acoſtumbrados para el comercio, de la venida del Padre, y del deſeo, que tenia de paſſar à viſitarles; y que ſi de antemano lo otorgavan, le comunicarian ſu reſpueſta: mas ni aun eſto executaron; pues nunca ha llegado alguna ſobre eſſe punto. Perdido ya eſte, ſe procuró aſſegurar el de reconocer el rio Colorado: deſcrivele el Padre Jacobo con las calidades ya referidas en otra parte de eſta Hiſtoria, añadiendo ſolamente, que es navegable, como otros grandes de Europa: obſervó tambien las orillas del Azul, advirtiendo, que mas arriba del Gila vió al otro mui caudaloſo llamado de la Aſſumpcion, que ſe compone de otros dos nombrados el Verde, y el Salado: ſeñala el ſitio, en que ſe junta el de la Aſſumpcion con el Gila, en cuyas orillas mui arriba coloca à los Apaches: ſigueſe deſpues un deſpoblado de dos dias rio abaxo, luego ſe hallan ya Rancherias de Indios Pimas, immediatamente otro deſpoblado, y deſpues los Cocomaricopas: paſſado un dilatado deſpoblado de treinta leguas aſſegura ſu relacion, que ſe llega al rio Colorado; que en una, y otra parte hai Poblaciones compueſtas de Pimas, y de Cocomaricopas; que mas abaxo, ſegun afirmavan los Naturales, vivian los Yumas tenidos por Indios de la Nacion Cocomaricopa, por hablar la miſma lengua, mas que eſtavan enemiſtados con los otros.

Vió nueſtro inſigne Miſſionero, como paſſavan à nado aquellos Barbaros la caudaloſa corriente de aquel rio: quando el varon trahe armas, las levanta

ta con una mano ſobre un palo, mientras nada con la otra: las mugeres veſtidas alli de hojas de arboles, ponen ſu barbara pobre ropa en una corita, ò batea, acoſtando ſobre el niño, quando crian; y rempujando el ruſtico barquillo con la mano izquierda, nadan con la dieſtra, haſta llegar al otro lado: lo demás de la relacion conforma con las del Padre Kino en la numeroſa muchedumbre de gente, en ſu buen recibimiento, en las calidades de aquellas tierras cercanas à los rios, en ſu fertilidad, amenidad, frequencia de Rancherias, y de arboledas. Predicó en todas partes aquel Apoſtolico Varon, dando noticia à tan numeroſas Gentilidades de nueſtros ſagrados Myſterios, para prepararlas à que algun dia les confeſſaſſen, alumbrandolas el Señor, para ſalir finalmente de ſu barbara laſtimoſa ceguedad. Eſcucharonle con guſto, mas por haver enfermado algunos de ſu comitiva, le fué preciſo bolverſe à Tubutama, à donde llegó à principios de Noviembre. Con la puntual noticia de eſta jornada los Superiores le inſtaron otra vez, que repitieſſe otra nueva; mas, ò por falta de quien le ſiguieſſe animoſo, ò por los achaques, que le debilitaron la ſalud, ò por ſus ſobradas ocupaciones en ſu numeroſa Miſſion, y Pueblos de ſu cargo, no pudo emprenderla.

Llegó el año mil ſetecientos, quarenta, y ſeis, y ſin poder ya contener mas ſu ardiente zelo, hizo otra de ciento, y dos leguas: regiſtró la playa del mar de Caborca, para vér, ſi por alli podia encontrar ſurgidero competente, para que las Canoas de la California pudieſſen conducir à ſus nuevas Miſſiones los viveres neceſſarios, que en competente porcion puede ſubminiſtrarles la Pimeria. No halló parage alguno, reconociendo baſtante eſcaſéz de agua; mas ya que no logró en ſu jornada el fruto, que principalmente pretendia, en ſu buelta cogió uno, que le ſuavizó ſus fatigas, perſuadiendo, que ſe agregaſſen como

mo ducientas, y cinquenta almas à su Mission à mas de las ciento, y cinquenta, que havia ya añadido el año de setecientos, quarenta, y quatro: todos se convirtieron, y bautizaron con inexplicable consuelo de aquel solicito fervoroso Missionero. La diligencia de reconocer la costa de Caborca, para facilitar las conversiones de California, la perficionó mucho despues el Padre Thomás Tello actual Ministro de aquel Pueblo por Mayo del año de setecientos, cinquenta, y uno. Adelanto aqui essa noticia, para que se entienda como felizmente se logró lo que tan ansiosamente se buscava. En su carta assegura aquel experimentado Jesuíta, despues de haver hecho las mas cuerdas solicitas averiguaciones, que los meses de mayor seca con alguna dificultad podrán conducirse los viveres à la costa de aquella Peninsula; que en los demás del año, haviendo ya la provision necessaria de agua, no se hallará alguna especial; y que en la misma caxa del rio de Caborca, (cuya agua se consume ordinariamente, sin dexarla llegar à desembocar en la mar) pueden tener abrigo mui bastante las Canoas de aquella tan necessitada Provincia: noticia à la verdad mui estimable, y tanto mas, quanto sin este facil recurso sería mui arduo, y casi humanamente impossible, que se adelantassen las Missiones, y conversiones en la costa de California.

CAPITULO IV.

DOS JORNADAS ULTIMAS DEL PADRE Jacobo Sedelmayer con utilissimos descubrimientos.

YA que no logró el Padre Jacobo lo que tanto deseava en su jornada del año mil setecientos, quarenta, y seis, emprendiendo otra por Octubre de mil

mil ſetecientos, quarenta, y ocho con una ſuficiente eſcolta, que le acompañó, penetró deſde Tubutama por el camino mas recto, paſſando por varias Rancherias de los Papagos, que halló como ſiempre manſos, y afables, haſta el rio Gila: de alli ſe encaminó à los Cocomaricopas, viendo con gran conſuelo la quietud, con que vivian, aſſi los de eſta, como los de la Nacion de los Pimas, ſin eſtrañar, antes alegrandoſe de ſu venida: proſiguió ſu comenzado rumbo, no ſolo haſta el rio Colorado, ſino ſiguiendo ſu corriente ázia el Poniente, entró en las tierras de los Yumas: hallóles enemiſtados, como ſucedió ya al Padre Kino en ſus primeros viajes, con los confinantes Cocomaricopas por el Oriente, y con los Quiquimas por el Poniente; eſtos Barbaros, que en mucho tiempo no havian viſto, ni Padres, ni Eſpañoles, eſtrañaron ſu llegada, por venirles como de improviſo, ſin haver precedido menſaje alguno; formaron nuevas admiraciones de quanto veìan, de los cavallos, de las ſillas, y de las armas, que embargavan toda ſu atencion, moſtrando baſtante inclinacion, y deſeo de apropriarſelo todo, aunque fueſſe con alguna violencia: eſtas alhajas para ellos tan eſtimables, como nuevas, les eſtimulan ſiempre con vehemente barbara fuerza de manera, que no la pueden diſſimular: conocieronla claramente: el Padre, y à ſu exemplo los Soldados, que por orden ſuperior ſeguian ſu direccion, ſe portó con gran prudencia, como ſi no penetrára ſu intento: continuó en vivir con ellos, moſtrando en ſu trato exterior una entera confianza: los Infieles ſe contuvieron, ſin arrojarſe à lo que les ſugeria ſu barbaridad, por vér la vigilancia de la Tropa, rezelandoſe de ſu valor: continuóſe la jornada haſta mui cerca del deſemboque del rio Colorado, para deſcubrir, y averiguar la ſituacion, y calidades de aquel País; mas caſi de repente por motivos graves, que no ſe expreſſan, ſe vió

el

el Padre Jacobo obligado à bolverſe à ſu Miſſion de Tubutama.

Quiſo ſu ardiente Eſpiritu por Febrero del año mil ſetecientos, quarenta, y nueve, con otro nuevo viaje deſcubrir el deſemboque del rio Colorado, que no pudo en el paſſado: ofrecióſe pronto à la empreſſa; mas por juſtiſſimas razones ſe huvo de ſuſpender, haſta haver informado al Cabo, que mandava en aquella Provincia, que ſe acercava ya à eſte fin, y entrava en la Pimeria, para dar mas de cerca mejores providencias, que ſin duda ſervirán de ſeguro fuerte reſguardo para los Deſcubridores Evangelicos, para formar repreſentaciones favorables al Superior Real Miniſterio, para que aquellas Gentilidades ſean aſſiſtidas con Miniſtros, y reducidas à nueſtra Santa Fé. En toda ſu larga jornada diſpuſo nueſtro Apoſtolico Miſſionero à eſſe fin à todas las Naciones, que viſitava, predicando la palabra de Dios, que era bien oìda; y de la barbara intencion de los Yumas infirió con evidencia el gran daño, que ha cauſado à eſtos pobres Infieles el no haverſe continuado las entradas, que con tan buen ſucceſſo havia entablado el Padre Kino: entonces con eſſa ſola diligencia bolvian los Barbaros con gran fidelidad à ſus Dueños aun lo perdido; y ahora declinavan ya arraſtrados de ſu nativa barbaridad al extremo de uſurpar aun con violencia lo ageno: mas ſi ſe continuan eſtas viſitas, ſe amoldarán poco à poco à las leyes de civilidad, y tomarán coſtumbres, no ſolo politicas, ſino aun con el tiempo Chriſtianas.

Para conſeguirlo à coſta de fatigas caſi increíbles, emprendió el Padre Jacobo en diez, y ſiete de Noviembre de mil ſetecientos, y cinquenta otro largo peligroſiſſimo viaje, y fué el ultimo en ſus correrias Apoſtolicas: acompañavale baſtante eſcolta: el intento era, llegar al deſemboque del rio Colorado haſta la mar de California: paſſado el Bufanic, y San

Marcelo, con la traveſſia de poco mas de cinquenta leguas llegó al rio Gila, y al parage, en que ſe junta con el Colorado: en el camino ſolo diviſó muchos carneros cimarrones eſparcidos por aquellas tierras: encaminóſe rio abaxo à la Nacion Yuma, que no ſe hartava de mirar los cavallos, las ſillas, y demás aderezos proprios de viajantes: ſiguiendo la corriente, entró en los confines de la ultima Nacion, que puebla aquel terreno en ſus orillas, haſta ſu deſemboque: eſta, que el Padre Kino llamó Quiquima, y el Padre Jacobo Guimac, acudió en buen numero, aunque poco ſe pudo entender de ſu lenguage, por diferenciarſe mucho del de los Yumas, por mas que en ſu País ſea uno miſmo el idioma. El dia ſiguiente al emprender ſu camino, dexaronſe vér de nuevo varios de eſtos Indios armados de cabeſtrillos: unos les havian texido de ſus miſmos cabellos, otros de las cortezas de los Sauzes: con barbara oſſadia ſe arrojavan ſobre los cavallos de la comitiva; ſe mandó à los Soldados, que les apartaſſen, y deſviaſſen, ſin laſtimarles, ni ofenderles: proſiguió ſu rumbo rio abaxo haſta un llano de mui linda viſta: aqui fué mayor el atrevimiento de aquellos Barbaros, que moſtraron eſtar tan prendados de los cavallos, y tan reſueltos à robarles à todo tranze, que no baſtó la diligencia de los Soldados para preſervarles: viendoles ya determinados à valerſe de ſus flechas, para apoderarſe de lo que tan barbaramente pretendian, huvo la Tropa de entrar en refriega, de que ſalieron muertos algunos de aquellos tercos obſtinados Indios, ſin que à Soldado alguno hirieſſen tantas flechas, ſino ſolo à un cavallo. Eſtavan ya cerca del deſeado, y tan buſcado deſemboque, à que ſin eſte contratiempo huvieran llegado aquel dia, y afirma el Padre Jacobo, que tenia la mar de California à ſu viſta ázia el Sur, y las Serranias, que coronan ſu remate à ſus eſpaldas, y lado ázia el Norte, y Poniente, lo que claramente ſe opone à la relacion

cion del Padre Kino, y aun à las preſentes mas fundadas averiguaciones. Tuvo mucha pena eſte inſigne Miſſionero, que teniendo ya tan cercano, y tan immediato el deſemboque, no pudieſſe regiſtrarle à ſu ſatisfaccion; porque haviendo de proſeguir ſu viaje, para lograrlo, entre la miſma Nacion Quiquima, ò Guimac, juzgó mui cuerdamente, que podian ocurrir otros lances mas peſados, y tales encuentros, que ſu eſcolta no baſtaſſe para ſu reſguardo, y ſeguridad: para evitar tan imminentes rieſgos, y mucho mas, para no deſazonar los animos de aquellos Barbaros, determinó dexar eſte ultimo deſcubrimiento, y rebolver à los Yumas: executólo aſſi, ſin hallar la menor opoſicion, ni hoſtilidad.

Con todo para eſcuſar el grande rodeo, que rio arriba havia de hazer en ſu tornaviaje, no ſe atrevia à cortar deſde el lugar de la refriega en drechura ázia San Marcelo, temiendo otro enemigo, de que menos podia defenderſe, y era la falta de agua, que dos vezes experimentó el Padre Kino en aquellos dilatados arenales, atraſſandole, y aun fruſtrandole del todo ſus intentos: mas en eſta ocaſion deparó el Señor à un Indio Yuma, que ofreció guiarle de manera, que ſe evitaſſe aquel tan temido inconveniente: creyeronle, y lo cumplió; porque à diez leguas de camino hallaron en medio de aquellos arenales un hermoſo oyo de agua dulce, que formando una laguna competente criava en ſus contornos un buen carrizal con baſtante paſto, para todas las cavallerias: con eſta tan importante noticia ſe logró no ſolo facilitar la buelta, ſino el regiſtro tan deſeado del deſemboque, por ſer aſſi el viaje mucho mas breve, y ahorrarſe en ida, y buelta no pocas jornadas, con que notablemente ſe ſuaviza el viſitar, y reconocer aquellas numeroſas Naciones, y ſus tierras. Llegaron à S. Marcelo, y paſſando por la Rancheria de San Luís Beltrán hallaron, que havia alli baſtante agua para formar un Pueblo

de visita de aquella Mission: dió el Padre Jacobo la buelta por Caborca à Tubutama, haviendo andado en quatro semanas mas de ducientas leguas en este su ultimo viaje.

En su relacion assegura la amenidad, y fertilidad de las tierras, su buena disposicion para producir con abundancia qualquiera suerte de semilla, y la muchedumbre de gente, que halló, siendo à su parecer la Nacion Yuma lo menos de quatro mil almas, la Yutcana, cuyo assiento solo vió de lexos en la otra orilla del rio Colorado, de dos mil, y la Quiquima, ò Guimac de cinco mil, añadiendo por fin, que hai tantas otras en este rincon, que igualan à las de toda la dilatada Pimeria alta, aun sin contar la de los Mescaleros, que viven en la Sierra del Poniente immediatos al desemboque, ni la Bajioopa, que está à la otra vanda del rio en los llanos, ni la de los Cocomaricopas, y Pimas bastantemente numerosos, ni la otra rio arriba, que descubrió año de mil setecientos, quarenta, y quatro, quando llegó à las cercanias del rio Azul, y de la Provincia de Moqui: si se computáran todas, seria un nuevo Reino mui considerable, extendiendose sus terminos al Oriente del nuevo Mexico, al Norte de la Luisiana de los Franceses, al Poniente casi sin limite, pues no se sabe, si son aquellas tierras cortadas por algun estrecho de mar, que facilitando el passo ha poblado à todo este nuevo Mundo despues del Diluvio.

Para instruccion de los que en adelante han de proseguir aquella gloriosa espiritual Conquista comunicó en sus ultimas cartas estas noticias, que algunos Indios, que viven en las cercanias del rio Gila, vinieron à verle hasta Tubutama; y que otros de la Nacion Yuma truxeron hasta San Marcelo tres cavallos, que en esta ultima jornada se havian desviado con unos estrivos de hierro, que havia perdido un Soldado, mostrando assi su buena inclinacion, y tanto

to mas, quanto mayor es ſu eſtima, y aprecio de alhajas ſemejantes. Reſtituído ya el Padre Jacobo à ſu Miſſion, ſe maravillava, y dava ſin ceſſar muchas gracias à Dios por vér la muchedumbre de Infieles Papagos, que ſuavemente atrahidos del exemplo de otros Indios deſamparavan ſu terreno, y ſe venian à agregar à aquellos Pueblos, ſujetando guſtoſos ſu cuello al yugo de nueſtra Santa Fé. Eſte es el eſtado de aquellas glorioſas Miſſiones, cuya buena ſazon, ſi llegára por nueſtra dicha à los oídos de nueſtro Catholico Monarca, ſin duda moviera à ſu chriſtiano corazon à diſponer las providencias mas eficazes, y conducentes, para recoger miés tan ſazonada, y tan abundante, para llenar las troxes del Señor. Y ſi eſto no ſe conſigue, à lo menos quiera Dios, que como las noticias de la Conquiſta de California animaron à muchos à concurrir con abundantes limoſnas, para promoverla, aſſi las que lean en eſta Hiſtoria de tan numeroſas deſamparadas Naciones, exciten ſu piedad, para facilitar la entrada al Evangelio para bien de tantas almas, y dilatar por aquellas vaſtas Regiones caſi ſin limite el Imperio de Jeſu-Chriſto, y los terminos de la Santa Igleſia con tanta gloria del Señor, y ſalvacion de innumerables Pueblos. Oigan ſiquiera eſto aquellos zeloſos Jeſuítas, que viviendo en Europa aſpiran anſioſos à las Apoſtolicas taréas de la America, ò de las Indias Orientales, para que ſe aviven ſus deſeos, ſe eſtimule ſu ardiente charidad, y no paren haſta exercitarla con Naciones tan numeroſas, como neceſſitadas en campo dilatadiſſimo, en que tanto la pueden explayar.

*** *** ***
*** ***
***

CA-

CAPITULO V.

NUEVAS DILIGENCIAS, PARA adelantar la Christiandad de la Pimeria, promoviendola mui especialmente una Real Cedula.

MIentras el Padre Jacobo estava procurando nuevas conversiones, avivando los deseos de abrazar nuestra Santa Religion ya casi apagados en tan numerosas Naciones, el Padre Thomás Tello hizo dos, ò tres entradas ázia San Marcelo à distancia de cinquenta leguas de Caborca, y dispuso con tanto acierto los animos de aquellos Indios, que con gran consuelo recibieron à su nuevo Ministro. No faltó por este tiempo al Padre Thomás en su assistencia à Caborca, à exemplo del Padre Kino, un poco advertido Teniente, que le exercitasse con vejaciones mui sensibles: desagradecido à los beneficios, con que los Padres de aquellas Missiones en sus mayores ahogos le havian favorecido, con graves delaciones, y con mui siniestros informes hirió à lo mas vivo de su honor, olvidado de la gratitud, de su propria conciencia, y de lo que devia à la innocencia, y Apostolico zelo de aquellos exemplares fervorosos Jesuítas: pensó tal vez aquel ciego apassionado Ministro, que con semejante conducta acreditaria su fidelidad, mejorando de fortuna; sucedióle mui al revés; y viendose justamente despojado de su empleo, cayó en tan profunda melancolia, que le acarreó la muerte, no comoquiera, sino al parecer tan infelíz, que ni quiso confessarse, aunque pudo.

En esta misma sazon mostraron glorioſamente su fidelidad, y valor año mil setecientos, y cinquenta

ta

ta los Indios de la Pimeria alta. Inquietaronſe los Indios Serys, cometiendo muchas crueldades con muertes alevoſas, con robos, y con incendios: hazian poco caſo, y aun deſpreciavan los esfuerzos de las armas Eſpañolas; porque retirandoſe, ò à la aſpereza de los montes, ò à la Isla del Tiburon algo apartada de tierra firme, ſe libravan de ſus tiros, y apagavan todos ſus brios. El Governador de Cinaloa juntó varios Soldados de los Preſidios; aliſtó no pocos vezinos de la Sonora; y ſolicitó un buen numero de Indios Pimas de nueſtras Miſſiones: aſſi logró ya algunos lances favorables, en que perecieron no pocos de los alzados, y ſe cogieron muchos; y para acabar de una vez à los de aquella tan feroz barbara Nacion, paſſó con parte de ſus Tropas à la Isla del Tiburon con Canoas, que hizo venir del rio Hiaqui: deſcubrió algun numero de Serys, que con ventaja ſe apoſtaron en los repechos de algunos montes: ordenó à ſus Tropas el avanze, exhortandolas à que con valor embiſtieſſen al enemigo, que tenian à los ojos, acabando en él con felicidad los eſtragos, robos, y alevoſas muertes, que cada dia cauſava ſu barbaridad; mas quien creyera, que ni los repetidos eſtimulos del Governador, ni ſu proprio pundonor baſtaſſe para obedecer con rendimiento à lo que tan juſtamente ſe les mandava? Antes ſe acobardaron de manera los Soldados, que ninguno quiſo, ni ſiquiera ofrecerſe al aſſalto: entonces el valeroſo Chriſtiano Gefe ſe bolvió al Eſquadron de los Indios Pimas, y à pocas palabras animoſamente arremetieron, acabando con los Serys de tal ſuerte, que ni uno ſe halló vivo deſpues de la mas exacta peſquiſa en toda aquella Isla, y en ſus cercanias: quedó con eſta glorioſa hazaña mui acreditado, no menos el valor, que la fidelidad de los Pimas, ſobreſaliendo aun mas à viſta de la indecoroſa cobardia de aquellos, que devieran haver ſido los primeros en comenzar el combate

bate para enseñar como Maestros à estos Indios las lecciones mas glorioſas de la valentia en la ſañuda honroſa Eſcuela de Marte.

Mientras paſſava esto en la Pimeria, en la Corte de Madrid ſe trabajava en expedir una nueva Real Cedula, que aunque indirectamente mirava à esta Provincia, ſe cree por lo que ſe dirá, que la mayor utilidad en ſu cumplimiento, ha de ſeguirſe à eſtas Naciones, y aun obſervandoſe como ſe deve, nos podemos prometer la total converſion de otra Provincia. Este Real Orden expedió la Mageſtad de Phelipe V de glorioſa memoria, ſu fecha en el Buen Retiro en treze de Noviembre de mil ſetecientos, quarenta, y quatro, previniendo, que haviendoſe viſto en ſu Real Conſejo de Indias lo acontecido en el alzamiento, y pacificacion de la California, con las diſpoſiciones dadas con ocaſion de las alevoſas muertes de dos Padres Miſſioneros en tiempo de aquella inquietud por el Excelentiſſimo Arzobiſpo Virrey de la nueva Eſpaña; y que haviendoſe regiſtrado los demás inſtrumentos pertenecientes à aquella Peninſula, ordena, que con calor, y actividad ſe continue la converſion de toda aquella Provincia; que para facilitarla, en los puertos ſe erijan Poblaciones de Eſpañoles ſoſtenidas de Soldados; que en el centro de la California, ſupueſta ſu fertilidad, de que algunos havian informado, ſe eſtablezca una Colonia à modo de Villa, conduciendo para ſu Poblacion vezinos de Cinaloa, y de Mexico, para que en qualquiera ſublevacion tengan recurſo los Padres, y no ſe pierda de un golpe todo lo conquiſtado.

Añade ſu Mageſtad à impulſos de ſu Catholico ardiente deſeo de amplificar mas el Imperio de Jeſu-Chriſto, que el ſuyo, que haviendoſe en ſu Real Conſejo reflexionado lo mucho, que por la ſubſiſtencia de la California podia contribuir ſu comunicacion por tierra con la Pimeria, era ſu Real voluntad, que

al

al paſſo, que en aquella Peninſula ſe adelantaſſen ázia el deſemboque del rio Colorado las converſiones, por la coſta fronteriza de la Pimeria igualmente ſe promuevan ſus Miſſiones, haſta juntarſe con las otras, cerrando el circulo, para que deſde el cabo de San Lucas haſta aquella altura del deſemboque eſtuvieſſe todo reducido à la Fé de Chriſto, y à ſu Real Dominio ſin interpolacion de Gentilidad alguna. Ordena aſſimiſmo ſu Mageſtad, que concurriendo caſi à un miſmo tiempo los Miſſioneros de entrambas Provincias à juntarſe por la coſta, (pues el Conſejo de Indias dava ya por averiguado, y concluído, que la California no era Isla, ſino Peninſula) cada parte por ſu lado, haſta llegar à unirſe, formaſſe un Pueblo, para que facilitandoſe la comunicacion de una à otra parte, fueſſen mas prontos los ſocorros, que la Pimeria le ſubminiſtraſſe en ſu gran neceſſidad. Diſpone tambien, que en las Miſſiones fronterizas à la Gentilidad de entrambos Paiſes, y tambien en el de Sonora, fueſſen duplicados los Miſſioneros, dandoſele de ſu Real Hazienda à cada uño el miſmo eſtipendio, ò limoſna, que à los ya antes aſſignados, con el fin, y motivo, que mientras el uno de los dos queda en el Pueblo, aſſi para doctrinarle, y adminiſtrar los Sacramentos, como para precaver qualquiera alteracion entre los Neofitos con ocaſion de ſu auſencia, el otro pueda, no ſolo hazer las excurſiones mas oportunas, para atraher, domeſticar, y aficionar à nueſtra Santa Fé à los Gentiles mas immediatos, ſino hazer los regiſtros, y reconocimientos mas proprios de las Tierras, Rios, Sierras, y Pueblos, en que à ſu tiempo ſe adelante el ſervicio de Dios, y ſuyo. Finalmente encarga, que para la ſeguridad, y mas firme ſubſiſtencia de eſtas nuevas converſiones ſe coloque, ò el Preſidio de Terrenate, ò el del Pitiq junto à los Serys en el rio Colorado, ſegun ſe juzgáre mas conveniente, y que ſiempre acompañe à los Padres en las entra-

das, y descubrimientos, que hizieren, una moderada escolta de Soldados, que les estén en semejantes ocasiones sobordinados, para que no se desmanden, ni excedan, ò hagan alguna vejacion, que atraße las conversiones, que se solicitan, irritando en vez de atraher los animos de los Infieles; y para que esta moderacion tan necessaria en los Soldados se assegure, quiere su Magestad, que el sueldo, que les tocáre sea expedido por mano de los mismos Padres, para que esta dependencia les precise à seguir sus consejos, y direccion; y aun previene igualmente, para precaver eficazmente qualquier desorden, que pueda embarazar la promulgacion del Evangelio, y la extension de nuestra Santa Fé, que puedan los Padres remitir, para que sean corregidos, ò despedidos aquellos Militares, que reconocieren, y vieren, que con su porte dañan, y son de perjuizio à los buenos progressos, ò al establecimiento de aquella nueva Christiandad.

Contenia tambien esta Real Cedula una consulta del Señor Presidente de la Audiencia de Guadalaxára, perteneciente à la California, aunque sus puntos no están bastantemente liquidados. Este Real despacho dirigido unicamente à facilitar la conversion de toda la California, y la de tantas Naciones, como se hallan en la Pimería, y en sus cercanías, es una de las pruebas mas evidentes del Catholico zelo de nuestros piadosissimos Monarcas, que bien informados por sus Ministros dán prontamente, estimulados de su innata piedad, las necessarias providencias, para la dilatacion de nuestra Santa Fé, y bien espiritual aun de sus vassallos mas desvalidos, y retirados en las mas remotas escondidas tierras de este nuevo Mundo, sin perdonar à gasto alguno de su Real Hazienda con no pequeña admiracion de los estrangeros. Lease la carta edificante de un Jesuita Francés, que haviendo passado por la nueva España, y por las Philipinas al Oriente, afirma, que parecen cosa increible las excessivas

ſivas cantidades, que los Reyes Catholicos gaſtan en los annuales eſtipendios de Miniſtros Evangelicos, y para la manutencion de las Igleſias; y que ſin duda por eſta admirable piedad el Señor les ha ſujetado tantas tierras, y tan ricos dilatados Reinos, que le contribuyen como en grata correſpondencia tan copioſos inagotables theſoros, con que la Eſpaña por razon de las Indias ha podido enriquecer à todas las Monarquías de Europa. Iguales, y aun mayores elogios, y agradecimientos reſonavan en la nueva Eſpaña al leer en la Real Cedula las zeloſas expreſſiones de nueſtro Catholico Monarca; y los Padres Miſſioneros de la California ſe davan muchos parabienes por vér ya allanado el camino à la entera converſion de ſu Provincia; y los de la Sonora, y mucho mas los de la Pimeria alta concibieron bien fundadas eſperanzas, de que tan catholicas eficazes providencias aſſegurarian la reduccion, no ſolo de los Pueblos de ſu tan dilatado País, ſino de tantas Naciones, como cada dia nuevamente llegan à conocer con ſus glorioſos deſcubrimientos.

CAPITULO VI.

PASSA EL PADRE JACOBO SEDELMAYER à Mexico, para madurar algunos puntos de la Real Cedula, y de reſulta ſe haze una ſincera puntual informacion al Rey.

EL Padre Jacobo Sedelmayer reconoció en la Real Cedula el buen logro de tantas eſpirituales ventajas; y haviendo conſultado con ſus Superiores en aquellas partes los medios mas convenientes, que eran preciſos para la perfecta execucion de lo que man-

mandava ſu Mageſtad, juzgó por inexcuſable, que alguno de los Nueſtros en Mexico bien inſtruído repreſentaſſe, lo que ſe devia informar, y ſuplicar à nueſtro Catholico Monarca, para que en todo ſe dieſſe el mas exacto cumplimiento à ſus piadoſas diſpoſiciones. A eſſe fin ſe determinó, que el miſmo P. Jacobo tomaſſe como tan experimentado à ſu cargo eſta tan importante diligencia: rindióſe guſtoſo ſin embargo de haver de emprender un tan moleſto viaje en ida, y buelta de mas de mil leguas de camino, imitando con ſu ardiente Apoſtolico zelo el que tenia tan preſente del Padre Kino, que por ſemejante motivo havia tambien hecho otro igual. Llegó el Padre Jacobo à eſta Corte; informó à los Superiores mui exactamente; y tuvo el conſuelo de ver, que ſus proyectos, y acertadas zeloſas ideas concordavan con las maduras reflexiones, que à viſta de la Real Cedula ſe havian formado en eſta grande Capital, para paſſarlas con el mas reſpetoſo rendimiento à la Catholica Mageſtad en ſu Real Conſejo de Indias.

En efecto, obedeciendo al Real mandato, que ſe remitió al Padre Chriſtoval de Eſcobar Provincial à la ſazon de la Compañia de Jeſus en la nueva Eſpaña, hizo eſte un exacto informe del eſtado de ambas Provincias, aſſi de la California, como de la Pimeria, poniendo en conſideracion de ſu Mageſtad los ſiguientes puntos con otros, que por brevedad, ò ſe omiten, ò ſe ciñen à compendio. Repreſentó, que la California no admitia Poblaciones nuevas, ni en ſu centro, ni en ſus puertos por ſu nativa eſterilidad, y por no producir aun lo baſtante, para mantener lo conquiſtado, ſin embargo de haver procurado algunas ſiembras, y algun aumento del ganado tranſportado; que por mas que aquellos Padres Miſſioneros con infatigable deſvelo, è increíble trabajo han ſolicitado habilitar el terreno, para que rinda lo neceſſario para el mantenimiento, quanto en el diſcurſo

ſo de caſi cinquenta años ſe ha podido adelantar, no alcanza para el ſuſtento de la tercera parte del año; que es tan corta, y aun eſcaſa la coſecha de aquel tan infecundo terreno, que toda la que los Padres en alguna de las cabezeras de ſus Miſſiones à coſta de grandes exceſſivas fatigas ſacan de la tierra, regandola con ſus ſudores, ſe reduce à poco, ò nada, ſin que los Naturales cojan ni un grano de ſemilla, para comer, ni fruto alguno, de que hazer alguna ropa, para cubrirſe en ſu deſnudéz; que es aſſi por la mala calidad de aquel País, cuya tierra es pedregoſa, y en la mayor parte areniſca de poco jugo, aun para los paſtos, y de cortiſſimos aguajes aun para beber; que por eſſos tan ponderoſos motivos los Padres ſe vén preciſados à permitir à los Indios, que buſquen por los montes, como hazian antes de ſu converſion, aquellos cortiſſimos frutos ſilveſtres, que ſon ſu unico mantenimiento, y les obligan para vivir à un continuo movimiento, ò romeria, contentandoſe, que los dias de fieſta, no todas, ſino algunas Rancherias por ſu orden, y alternandoſe unas à otras, vengan à la cabezera à oír Miſſa, Doctrina, y Sermon; que al tiempo de eſtos concurſos es preciſo, que el Padre de la Miſſion les mantenga à todos, repartiendoles la comida, como la dá à los enfermos, à los cathecumenos, y à los indiſpenſables familiares; que para tener, con que acudir à eſtos preciſos gaſtos, ſe ſocorren mutuamente los Miſſioneros; que ſiendo tan corto el ſubſidio, que ſe pueden unos à otros ſubminiſtrar, deſde el principio de la Conquiſta acuden todos à los deſemboques de los quatro rios de la fronteriza Cinaloa, que ſiendo poblados de Miſſiones de la Compañia en tierras mas fertiles, han ſocorrido, y aun ſocorren, ya con limoſnas, ya con otros modos ſugeridos de ſu grande charidad, à eſta tan pobre, y caſi extremamente neceſſitada Provincia de California; que ſiendo eſſa la mas ſincera ver-

verdad, demuestra poco menos, que con evidencia, que las Poblaciones ordenadas en la Real Cedula no pueden erigirse en aquella Peninsula; que no tiene menor dificultad la ulterior conversion de essa Provincia, subiendo ázia el Norte, por ser constante, que aunque las cercanias del Puerto de Monterrey, y del Cabo Mendosino en la contracosta de California es mas fertil el terreno, con todo en los puestos, y parages immediatos à la Mission de S. Ignacio, que es el termino de lo conquistado hasta ahora, por el tramo de muchas leguas, que se havian registrado, se halló la misma esterilidad, que dificulta, y casi impossibilita la ereccion de nuevas cabezeras, ò Missiones; que por esse tan insuperable inconveniente à la decima quinta ya establecida no se le havia hallado todavia lugar oportuno, en que assentarla; que la falta de mayor numero de Obreros Evangelicos no havia permitido el exacto registro de toda la tierra, para escoger la que se juzgasse mas oportuna; que en caso de resolver seguir la costa de mar fronteriza à la Pimeria, y en el de hallar puesto à proposito, se echavan menos todavia dos requisitos mui importantes, y necessarios; que el uno era tener en la costa de la Pimeria ázia Caborca assegurada la possibilidad del transporte de los frutos, lo que falta por ahora por no estar aun registrada aquella playa, ni saberse puerto para el resguardo, ni el fondo de la mar, ni sus corrientes, añadiendose la distancia de veinte, y dos leguas de la Mission mas cercana con total carestia de agua, lo que casi impossibilita la conduccion de los frutos para el pretendido transporte; que el otro requisito indispensable era un nuevo barco, para cargar los viveres, siendo necessario, y apenas suficiente el que se halla en el Real de Loreto, para passar desde Matanchel las cosas, que se remiten à las Missiones, gastando lo demás del año en conducir desde los rios de la Provincia

cia de Cinaloa los frutos preciſos para la manutencion de las Miſſiones ya eſtablecidas, ſin poder ſacar otros, ni baſtar para tantas leguas en adelante, para proveer eſta nueva fundacion; que à lo ya expreſſado ſe añadia, que con el Preſidio de Loreto, con los treinta Soldados aſſignados, y con igual numero en el cabo de S. Lucas apenas podian reſguardarſe caſi trecientas leguas, que ya ocupa lo conquiſtado, y paſſando por otras cinquenta à lo menos mas adelante ázia el Norte nuevas fundaciones, era indiſpenſable el aumento de Tropa con otro Preſidio, y con ſeguridad de poderle mantener.

CAPITULO VII.

CONTINUA LA REPRESENTACION DEL Padre Provincial de la nueva Eſpaña al Rey nueſtro Señor ſobre lo diſpueſto en ſu Real Cedula.

LA ſegunda parte del informe, que preſentó à ſu Mageſtad el P. Provincial de la nueva Eſpaña contenia las dificultades, que ſe ofrecian en la execucion de lo demás diſpueſto en ſu Real Cedula, y en lo tocante al Preſidio de Pitiq, le repreſentava, que aun no era ſazon de quitarle del todo de aquel parage, en que ſe hallava, para paſſarle à las nuevas Conquiſtas del rio Colorado. Eſto lo apoyava con aſſegurar, que aunque la Nacion Hiaqui, y la Maya, que pocos años antes ſe havian alzado, eſtavan ya al parecer apaciguadas con la vigilancia del Governador, que havia entrenado à los rebeldes, no obſtante ſe podia, y devia prudentemente rezelar, que ſi faltava, ſolo ſe atajaria la rebeldia con medios harto violentos del neceſſario forzoſo rigor, que pidieſſe la ſangrienta

ale-

alevosìa de los culpados; y añadia, que si estavan ahora pacificos, no era por amor à la sujecion, sino por temor al castigo, y por no ofrecerseles ocasion de resistir al valor de los Españoles; mas si se viessen, que del todo se removiosse aquel Presidio, que les sirve de fuerte terrible freno, se podia justamente temer, que libres de este respecto, que les contiene, bolviessen à sus antiguas inquietudes, trazando, ò aspirando à la venganza de los que por culpados, experimentaron el rigor de la Justicia. Confirma essa tan ponderosa razon el que estando el Presidio de Pitiq entre tres barbaras ferozes Naciones de los Hiaquis ázia el Sur, las de los Serys, y Tepocas ázia el Norte, con la remocion de las armas de aquel sitio intermedio podian todas alborotarse, dexandose arrastrar de su innata barbaridad.

Los Indios de las dos ultimas, que llegáran al numero de tres mil, se prevenia à su Magestad, que todavia eran Infieles, y que pocos años antes havian hecho tan sangrientas invasiones en la Provincia, y Pueblos de Sonora, que fué preciso acudir à las armas, y à la fuerza, para reprimir su barbaro insolente orgullo, y que mientras se conserven obstinados en su infidelidad, era mui de temer, que al faltarles tan respetable freno renovassen las mismas hostilidades. Y aunque es verdad, que el Padre Juan Maria Salvatierra en una de sus entradas, ázia aquellas playas en alguna manera les amenazó, y que otros Padres de la Provincia de Sonora à costa de repetidos continuados exercicios de su invicta paciencia, y tolerancia convirtieron algunos à nuestra Santa Fé, poblando no muchos años ha una Mission numerosa con sus Neofitos, con todo se hazia presente à la comprehension de su Magestad, que si el Demonio jurado enemigo de las almas, valiendose de su misma barbaridad, corto alcanze, y de sus nativas inclinaciones, les avivava la que tienen à su liber-

tad,

tad, à ſus playas, aunque infecundas, à ſu dexamiento caſi irreducible, à los arenales, en que ſe criaron, y à la peſca poco laborioſa, con que ſe alimentaron, no ſe hallará quien les pueda perſuadir ſin el reſpetoſo abrigo de las armas, amor à los Pueblos, ni ſujecion à vivir en policia, y comunidad. Se acordava tambien, que ſus playas, y mariſmas eſtendidas deſde Baymas haſta Caborca ſon tan infecundas, y eſteriles, particularmente de agua, que no es dable poder fundar, para acomodarſe à ſu humor, en ſu tan miſerable Patria Miſſion alguna, por no ſufrirlo aquel País tan falto de todo, que à no verle incapáz aun con el mayor trabajo en ſu cultivo, ya huvieran intentado eſtablecerles alli los Miſſioneros, condeſcendiendo à coſta de ſus mas penoſas fatigas à la irregular inclinacion de aquellos Barbaros à ſu nativo infecundo terreno.

A viſta de tan graves inſuperables inconvenientes ſuplicava el Padre Provincial al Rey nueſtro Señor, que ſe dignaſſe ordenar à ſus Miniſtros, que, ò los Serys, y Tepocas ſe agregaſſen à los Pueblos de las Miſſiones ya eſtablecidas, para aſſegurar ſu reduccion, ò con ellos ſe fundaſſe otro nuevo en tierra, y parage, en que pudieſſe permanecer, para que por falta de ſuſtento no ſe retiraſſen otra vez à las miſmas playas arraſtrados de ſu natural inclinacion, ſin que alli ſe les pudieſſe doctrinar, quedando de eſta ſuerte con manifieſto peligro, de que bolvieſſen à intentar nuevas turbaciones. Para prevenirlo todo con prudencia, ſe hazia aſſimiſmo preſente à ſu Mageſtad, que aun trasladados con la mayor ſuavidad, ſe devia rezelar, que ſu barbaridad ya connaturalizada à las mariſmas, y à la ocioſidad havia de perſuadirles, y con mucha eſpecialidad à los viejos ya endurecidos en ſus brutales coſtumbres la retirada à ſus nativos arenales, y para embarazarla, ya que las razones de los Padres no ſe conſideravan ſuficientes, ſe mirava co-

mo preciſa la aſſiſtencia de un deſtacamento de Soldados, que les contuvieſſe con un reſpetoſo temor, y aun les eſtorvaſſe, ſi fueſſe neceſſario, con la fuerza la buelta à ſus mariſmas, quando los Padres con blandura no pudieſſen obligarles, ni à quedar, ni à que ſe acoſtumbraſſen à las ſiembras preciſas para ſu neceſſario alimento. Eſta Tropa, aunque ahora al parecer forzoſa, tal vez à pocos años podria ya eſcuſarſe, olvidando eſtos Barbaros las eſpecies, que al preſente tienen tan arraigadas, y acoſtumbrandoſe al trabajo de las ſiembras, y à la vida politica tan contraria à ſu antigua barbaridad.

En orden à la translacion del Preſidio de Terrenate al rio Colorado, ſe proponian no pocas dificultades. La principal era, que ſi los Infieles, ſin embargo de haverle erigido nuevamente en el Virreynato el Señor Duque de la Conquiſta, hazian tantos daños, y repetidas invaſiones, qué ſe podia eſperar, ſi ſe quitava, ſino mayores perjuizios, y mas graves funeſtos eſtragos? Porque queda deſde el rio Colorado haſta el Preſidio de Fronteras deſguarnecido un tramo tan dilatado, que llega caſi à cien leguas, y tendrian los Barbaros entrada, y ſalida franca, para quantas maldades quiſieſſen executar, ſin que los Soldados pudieſſen acudir, para cortarles el paſſo, ò cogerles antes de poderſe retirar: para precaver inconveniente tan conſiderable, parecia mas à propoſito, que el Preſidio ſe puſieſſe de aſſiento cerca de los Indios Sobaypuris de la Miſſion de Suamca, para que aquella Nacion tan numeroſa, que ahora no puede ſer bien adminiſtrada por las incurſiones de los Infieles, no ſolo lograſſen eſte beneficio, ſino al exemplo de la Tropa el de adieſtrarſe en acometerles con el brio, que en tiempos paſſados acoſtumbraron ſus Mayores. A mas de eſta grande utilidad ſe ſeguia la otra igual de poder deſde eſte Preſidio colocado en aquel terreno deſtacar unos doze, ò quinze Soldados

dados para la numerosa Mission de San Xavier del Bac, que por la misma razon, que la de Suamca, queda expuesta à los sangrientos continuos assaltos de los Infieles, siendo ahora por esse motivo mui dificil su administracion: se añade aun, que aquel destacamento sirviera no poco, para enfrenar el atrevimiento de los malicioſos, de que abunda mucho aquel parage, y serán sin duda mas de cada dia, si no contiene à su osadia el temor de la Real Justicia; porque sabiendo, que su equidad no puede contentarse en los atrozes delitos con un ligero castigo, ò con puras exhortaciones, à que solo se estiende el zelo de los Missioneros, sino que los culpados à medida de su maldad son apremiados, sin duda no se desmandarán en tan repetidos excessos, como cada dia se les experimentan.

Para assegurar el Presidio, en donde pudiesse servir de abrigo à aquella nueva numerosa Christiandad, proponia el Padre Provincial al Rey nuestro Señor en su informe otro medio, que le havian sugerido los Padres mas inteligentes, y experimentados en aquellas vastas peligrosas fronteras; y consistia en que en las orillas del rio Gila, en donde, segun las relaciones de los Padres Kino, y Sedelmayer, comienza la Nacion Apache, se dignasse su Magestad de mandar, que se erigiesse uno de nuevo, y mayor, que los ordinarios, componiendole cien Soldados; porque estableciendose assi, no en las fronteras, sino en las tierras de aquellos ferozes Indios, havia de quedar mas expuesto à su barbaro furor, siendo por esse motivo necessario mas poder para la resistencia, y por el de hallarse tan apartado de los otros, no podia esperar mas socorro, que aquel, que le podian submministrar sus proprias fuerzas. Y deviendo à un mismo tiempo atender à las necessarias siembras para su manutencion, y velar contra el enemigo, no se podia esto assegurar, si las fuerzas no eran mayores, y duplicadas. Se es-

forzava aun lo miſmo por la neceſſidad de internarſe en las tierras de enemigos, lo que facilmente executaria eſte nuevo Preſidio, acometiendo à ſus Rancherias, deſcubriendo ſus guarídas, y aſſaltando ſus eſcondrijos, para que perſeguidos, y moleſtados aun en ſus tierras, no tuvieſſen el tan acoſtumbrado atrevimiento de hazer invaſiones, y robos en las agenas. Se repreſentava, que eſte havia de ſer el total remedio; y que no pudiendoſe executar, ſin deſamparar el puesto del Preſidio, ſi el numero de los Soldados, no excedia el ordinario de cinquenta, no podia dar abaſto à uno, y à otro deſignio; tenia à mas de eſto el nuevo Preſidio eſtablecido, como ſe propone otra utilidad grande de cerrar en circulo completo con los demás ya erigidos todas las tierras enemigas, logrando aſſi, ſi cooperavan con igual vigor los otros Capitanes, abatir, y aun aniquilar en poco tiempo el inſolente orgullo del Apache. En eſta tan importante execucion ſe evidenciava, que aunque à los principios ſerian algo crecidos los gaſtos de ſu Mageſtad, mui en breve ſe eſperava, que conſumido, humillado, y aun pacificado el enemigo, ſe ahorrarian los quantioſos conſumos, que ſe expendian annualmente en los que ya eſtán eſtablecidos.

A mas de lo brevemente ponderado, ſe lograva en ſeguir la idea ya propueſta, que quedava erigido eſte nuevo Preſidio en ſituacion tan oportuna, que franqueava el tan deſeado importante paſſo para la Provincia del Moqui; reſguardava con toda ſeguridad las converſiones de los Papagos, de los Pimas, de los Cocomaricopas en el miſmo rio Gila, y de las demás Naciones ya pacificas en una, y otra orilla del rio Colorado; y facilitava la comunicacion por tierra tan pretendida, como provechoſa con la California. Apoyó por fin, y rematò en ſu informe el Padre Provincial eſte dictamen de la neceſſidad, y utilidad del

Preſi-

Preſidio, como ſe acaba de inſinuar, con algunos pareceres de hombres mui inteligentes, y practicos, ſiendo uno el del Iluſtriſſimo Sr. Obiſpo de Durango D. D. Martin de Elizacochea promovido ahora à la Mitra de Mechoacan; y era de tanto mas peſo, quanto mayor era la autoridad del que le dava fundado en lo que obſervó en la Viſita de ſu dilatadiſſima Dioceſi, viendo claramente con ſus ojos el ſingular provecho, que havia de dimanar de la execucion de eſſa importante idea, no ſolo en reſguardo, y defenſa de ſus amadas ovejas, que tanto deſeava librar de los ſangrientos lobos como bueno ſolicito Paſtor, ſino en amplificacion prodigioſa de nueſtra Santa Fé, y Dominios de ſu Mageſtad.

Y aunque todas eſtas dificultades, ſegun confeſſava ingenuamente el P. Provincial, ſolo podia vencerlas el brazo poderoſo de nueſtro Catholico Monarca con mui conſiderables gaſtos de crecidas ſumas de dinero, eſpecialmente las que tocavan à la California, proponia à ſu alta comprehenſion como medio mas facil, y menos coſtoſo la reduccion de la Pimeria, que ſerviria mucho, para aſſegurar la de aquella Peninſula, y la de tantas numeroſiſſimas Naciones, que moran cerca de los rios Gila, y Colorado. Eſtas cultivadas, y reducidas à Pueblos ſin eſpecial dificultad, por hallarſe en tierras conocidamente pingues, y fertiles, ſin duda podrian ſocorrer à las nuevas Miſſiones, que en la California ázia el Norte ſe fundaſſen. Y aſſi como no ſe huviera podido comenzar, ni continuar la eſpiritual Conquiſta de aquella eſteriliſſima Provincia, ſin el ſeguro recurſo à Cinaloa, nunca podrán ni emprenderſe, ni fomentarſe nuevas reducciones en la California ázia el Norte, ſin tener cierto, y ſeguro en la coſta de la Pimeria, y remate de ſus caudaloſos rios el remedio para ſu neceſſaria manutencion. Para eſto proponia lo numeroſo de eſta Gentilidad, no ſolo de la ya deſcubierta à coſta de caſi increibles fatigas

tigas de los Miſſioneros Jeſuítas, ſino de las que faltan todavia, que averiguar; y añadia, que eſta Conquiſta facilitaria no poco la entrada en la Provincia de los Moquis, ſi no ſe conſeguia ablandar ſu terca obſtinacion por la parte del nuevo Mexico. Para emprender eſta numeroſa dilatada converſion repreſentava à ſu Mageſtad, que no ſe neceſſitava mas, que la venida de la Miſſion, que las guerras de Europa entonces diferian, pero que havia de ſer de mas Sugetos, que las ordinarias, ya para poder acudir à tantas ſagradas empreſſas, ya para dar el mas exacto cumplimiento al orden de ſu Mageſtad, de que en eſtas nuevas Miſſiones fueſſen duplicados los Miniſtros, ya para poder dar abaſto à otras muchas antiguas, que en eſta vaſtiſſima America tienen los Nueſtros à ſu cargo. Ni dexava de acordar el Padre Provincial à nueſtro Catholico Monarca, que el numero de Miſſioneros, de que tanto ſe neceſſitava, ſin duda à ſu menor inſinuacion le concederia el General de la Compañia por el ſingular guſto, que tendria de ſervir à tan grande Rey, y mas para emplearle en tan glorioſas Conquiſtas. Ofreció por ſu parte el Padre Provincial à ſu Mageſtad, que procuraria, que ſe averiguaſſe con mas exaccion la continuacion por tierra de la California con la Pimeria, que en Eſpaña ya entonces ſe tenia por cierta, y acá todavia ſe mirava por mui dudoſa.

CA-

CAPITULO VIII.

MANDA EL PADRE PROVINCIAL DE la nueva Eſpaña à los Padres Miſſioneros de la California, y de la Pimeria hazer varios deſcubrimientos en cumplimiento de lo ofrecido en ſu repreſentacion al Rey nueſtro Señor, y ſe dà noticia de los que ſe hizieron.

EL Padre Provincial de la nueva Eſpaña en cumplimiento de la palabra dada à nueſtro Catholico Monarca en ſu repreſentacion, ordenó deſde luego à los Padres de la California, que hizieſſen todo el eſfuerzo poſſible, para averiguar à toda ſatisfaccion, ſi es continente ſu Provincia con la Pimeria, ò ſi continúa por alguna abertura aquel mar con los ſuperiores del Norte: quiſo de una vez, no ſolo ſalir de eſta duda, que agitava todavia los animos, y dividia los pareceres, ſino mucho mas aſſegurarſe por donde, y de que manera huvieſſen de remitirſe los preciſos ſocorros à las nuevas Miſſiones, que en adelante ſe fundaſſen en aquella tan eſteril neceſſitada Provincia: para fin tan importante previno, que regiſtraſſen con cuidado una, y otra coſta, ſin olvidarſe de reconocer la correſpondiente interior tierra, para vér, ſi mejorava en paſtos, temple, y fecundidad: con eſta diligencia aſſimiſmo pretendia deſcubrir algun terreno proporcionado, en que erigir la ultima Miſſion ya fundada, comenzada entonces, mas aun no eſtablecida. Es cierto, que juſtamente ſe reparó, que eſta averiguacion, aunque tan importante, y aun neceſſaria por las grandes utilidades, que havia de producir,

cir, ſe deviera hazer à coſta de la Real Hazienda, ò à lo menos de eſpeciales limoſnas deſtinadas à eſſe fin tan glorioſo, para que no ſe ſiguiera el graviſſimo inconveniente de haver de quitar aun lo neceſſario, y preciſo à las pobres neceſſitadiſſimas Miſſiones de la California, que ſin emprender nuevos remotiſſimos deſcubrimientos padecen ya ſobradas moleſtiſſimas penurias: grande era el perjuízio, que ſe ſiguió, mas ſe tenia aun por mayor, y de peores conſequencias el de ſolicitar otros ſubſidios, que, ò no ſe huvieran conſeguido, ò entre conſultas, informes, y otros paſſos neceſſarios en partes tan ſumamente remotas ſe huviera retardado tanto eſſa empreſſa, que la miſma dilacion la impoſſibilitára.

Los Padres de la California obedecieron con guſtoſo pronto rendimiento à la inſinuacion de jornada tan glorioſa: determinaron regiſtrar primero la coſta que mira à la Pimeria: contribuyeron todos en lo que podian: unos con canoas, ò barquitos; otros con Indios inteligentes en la marineria; otros con los alimentos mas preciſos, aun quitandoſelos de los ſuyos tan eſcaſos. El Padre Fernando Conſag, que tenia el cuidado de la Miſſion de San Ignacio, y havia de tomar el de la otra, que ſe empezava, ſe encargó de eſte largo peligroſo viaje: juntó quatro canoas en el puerto de San Carlos, no mui diſtante de ſu Miſſion; y el dia nueve de Junio de mil ſetecientos, quarenta, y ſeis ſalió de aquel parage, que eſtá en veinte, y ocho grados de altura: ſubió ázia el Norte, para deſcubrir, y reconocer todas aquellas coſtas de la California; y formó tan puntual ſabia relacion de todo, que ſu derrotero ſe inſertó en un libro, que imprimió Don Joſeph Villaſeñor, para dar noticia de las Ciudades, Lugares, Pueblos, y Naciones de eſta America Septentrional ſujeta al govierno de la nueva Eſpaña. Y omitiendo lo demás, ſolo darémos aqui lugar à lo perteneciente à la Pimeria. En todo ſu viaje,

en

en caſi todas las coſtas el Padre Fernando lo regiſtró, apuntó, y examinó todo con ſus ojos con toda prolixidad, aun ſaltando en tierra, para averiguarlo deſde cerca con mayor ſeguridad. Vió continuada la miſma eſterilidad, y caſi increíble infecundidad con baſtante careſtia de aguajes buenos, que en lo ya conquiſtado ſe ha reconocido, y aun padecido con tan larga penoſa experiencia. En los treinta grados de altura en la Bahía halló un pueſto, en que ſe puede trazar una nueva Miſſion, quando haya ſeguridad de poderſe proveer, y ſocorrer: hai Indios intermedios deſde la Miſſion de San Ignacio: la Bahía, que el Padre Fernando intituló de los Angeles, eſtá en treinta grados de altura: varios de aquellos Barbaros ya eſtán bautizados, ſiendo muchos mas los Gentiles, que aqui ſe deſcubrieron: algunos ſon tratables, y otros fieros; mas aunque quiſieron moſtrar ſu valentia, à la menor reſiſtencia, ò aſſomo de nueſtras armas, ſe puſieron en cobarde precipitada fuga. Se diſcurre no ſin fundamento, que ni aun eſta fiereza ſe les experimentára, ſi no les huvieran inconſideradamente irritado con inhumanos tratamientos, los que ván à buſcar perlas; porque gente ſemejante, que por lo comun no es la mas devota, ſe ha propaſſado en tales exceſſos, que han exaſperado los animos de aquellos pobres deſvalidos Indios, apartandoles con tan impio deſorden de nueſtra Santa Religion, y de ſu converſion tan ſolicitada à coſta de tantas fatigas; y para remediar daños tan conſiderables, ſe ha ſuplicado al Superior Real Miniſterio, que enfrene la demaſia de eſtos codicioſos inhumanos hombres.

Vengamos ya à las averiguaciones mas immediatas, que ſe hizieron en las cercanías del rio Colorado. El dia nueve de Julio llegaron à la altura de treinta, y dos grados, en que ya comenzava la eſtrechéz del golfo, y claramente reconocieron la coſta

opueſta de la Pimeria, que deviera con mas razon llamarſe la de los Quiquimas, que por aquel parage ſe acercan à ſus playas. El diez reconocieron lodazal en el fondo de la mar, y proviene de las muchas tierras, que con ſus avenidas arraſtra aquel caudaloſo rio. El onze à poco andar dieron en unos pantanos colorados, que eſtorvaron llegar à tierra, aun à los marineros, que ſe echaron fuera de las canoas, impoſſibilitandoles lo que pretendian: vieron claramente, que ſe hallavan ya en el deſemboque de aquel tan famoſo rio, dando fondo enfrente de una Isla, que haze un eſtero arqueado al fin del eſtrecho. El agua en eſte pueſto es ya tan diferente de la otra de la mar, que con ſu acrimonia, y malignidad quita el pellejo de la carne, ſolo con llegarla à mojar; aun ſe experimentó otro efecto mas eſtraño, y fué, que dexó à los mas con un dolor mui ſenſible, durandoles, haſta el fin de aquella empreſſa, declinando en algunos à los primeros ſynthomas del mal de Loanda, ſin diſminuír tan moleſta repentina dolencia haſta haverſe ya reſtituído à ſus caſas. El doze con un recio temporal ſe deſparramaron las canoas: dos ſe arrimaron à tierra firme, ò à ſus playas, como antes à las de los Quiquimas. El treze procuraron juntarſe las embarcaciones tan divididas con la furia de los vientos. El catorze ſalieron algunos à regiſtrar aquellos contornos, y hallaron muchas huellas de gente, y cavallada: en el deſemboque ſe encontrò agua buena, para beber, y ſe juzgó, que era extraviada de las avenidas de aquel rio. El quinze, y diez, y ſeis hizieron aguada. El diez, y ſiete llegaron cerca de la primera Isla, que ſe forma en aquel rio. El diez, y ocho ſe arrimaron à ſus playas, y ſe notó, que era caſi triangular: ſaltó alguna gente en tierra, y ſe vieron cogidos luego en medio con las avenidas de aquel hinchado rio, y con la entrada de las aguas de la mar: eſtas dos corrientes encontradas

tradas puſo en grande manifieſto rieſgo de perder la vida à los que havian deſembarcado: aquella noche deſcubrieron varias hogueras; mas de dia no pudieron diviſar gente alguna. El diez, y nueve trataron de ſubir rio arriba, embarazandolo ſu arrebatada furioſa corriente, y dexandoles adelantar mui poco; no obſtante por encima de la primera Isla reconocieron la ſegunda dentro la miſma caxa del rio, y por los lados de las dos vieron la tercera, que ocupa el vacío, que entrambas dexan. Añade el Padre, que ſiendo el lado de la California en aquel deſemboque mas baxo, que el contrario de tierra firme, ſe repara ázia aquella Peninſula amontonada la vaſura, y palos, que con ſus corrientes arraſtra el rio Colorado en ſus grandes violentas avenidas. Advirtieron tambien una eſpecie de eras, en que los Naturales deſgranan cierta ſemilla ſemejante al trigo, mas tan menuda, como el anís. El dia veinte quedaron varadas las canoas, pero ſubiendo la marea, fué tal la violencia de las olas, que bulcó à una con gran peligro de ſu gente, que apenas pudo recogerſe en las otras: la bulcada quedó tan mal tratada, que alli miſmo la quemaron, ſin poderſe aprovechar ni de los viveres, que trahia, recogiendo ſolamente ſu corta herramienta, y clavazon. El veinte, y uno las canoas pudieron ya paſſar à la ſegunda Isla, ſin encontrar coſa particular. El veinte, y dos regiſtraron algo de la tierra, y diviſaron à diſtancia de cinco leguas arboledas proprias de las orillas de los rios. Los dias veinte, y tres, y veinte, y quatro procuraron hazer nueva entrada con las canoas. El veinte, y cinco algunos por tierra reconocieron el eſtero arqueado, y dando por concluída la jornada, bolvieron ázia el cabo de San Carlos por el miſmo rumbo, que ſe ſiguió en la venida, por no atreverſe el Padre Fernando à regiſtrar con prolixidad las playas de la Pimeria, como havia proyectado; porque ſiendo aquel País por el mes de Julio,

y el de Agoſto ſujeto à muchas tronadas, rezeló con ſu gran prudencia, que no podrian las canoas aguantarlas ſin evidente rieſgo de algun naufragio. Con eſte viaje ſe evidenció, que el mar de California no continúa mas arriba ázia el Norte, haviendo no ſolo viſto, ſino abordado una, y otra coſta, ſubido rio arriba, y regiſtrado en tierra lo baſtante, ſin que por parte alguna ſe deſcubra comunicacion del mar de California con los otros. Deſde Caborca haſta el deſemboque del celebre rio Colorado, que no haya comunicacion con otros, es evidente por las largas jornadas de tierra de los Padres Kino, y Sedelmayer, ſin encontrar en alguna de ellas mar alguno; que deſde el cabo de San Carlos haſta aquel grande eſtendido deſemboque, tampoco haya eſſa comunicacion, es del todo indubitable por la experiencia del Padre Fernando, que en eſte viaje ſiempre fué à viſta, y poco apartado de tierra, ſin deſcubrirla. A mas del derrotero, que hizo eſte ſabio Jeſuíta de ſu navegacion, formó Mapa mui exacto de todas las playas, que coſteó deſde la California haſta aquel famoſo deſemboque, que à ſu parecer tiene caſi legua de ancho, y eſtá en los treinta, y tres grados de altura: tuvo aquel diſcreto Miſſionero la curioſidad de regiſtrar exactamente con el Aſtrolabio los parages, por donde paſſava, para aſſegurarſe mas de la verdad de quanto ſu delicada pluma trasladaſſe al papel en ſu puntual exacta eſcrupuloſa relacion.

De todo ſe dió noticia à Madrid, y à Roma, enviando traſumpto del derrotero, y de los Mapas. El regiſtro de la contracoſta, y de la tierra interior de California, aun no ſe ha podido executar, aſſi por las forzoſas ocupaciones de los pocos Jeſuítas, que hai en aquella Provincia, como por la ſuma pobreza, que ſiempre les tiene anguſtiados, y ſin medios, para emprender lo que fuera de tanta gloria de Dios, y bien de la Monarquia. El Padre Fernando por lo ſucedido

cedido en eſte viaje inferia, que por el conducto del rio Colorado no podria ſer ſocorrida aquella tan pobre neceſſitada Peninſula por el contraſte tan furioſo, que las aguas del rio tienen con las del mar. No obſtante eſte ſabio prudente dictamen, ſe haze algo dificil el aſſenſo; porque parece, que con barcos conſtruídos à propoſito con los materiales, que ſubminiſtran las miſmas orillas del Colorado, ſe puede con no pequeño fundamento eſperar, que ſe podrá vencer la oposicion de aquellas aguas. A mas de eſto es mui creíble, que aquel rio no ſiempre traiga tanta fuerza en ſus corrientes, y avenidas, con que ceſſaria toda la dificultad, que ſe ſupone. A todo eſto ſe añade, que no ſe puede concebir, porque, ſi en el reciproco encuentro de las aguas ſe funda toda la impoſſibilidad, no ſe podrán conducir por tierra los viveres una legua, ò mas adelante haſta llegar à ſitio, en que ceſſe eſſe contraſte. Corrobora eſſe miſmo parecer, que ſi en el puerto de Santa Clara, que obſervó el Padre Kino, hai abrigo, y fondo para las embarcaciones, no ſerá ya punto invencible, que ſe conduzgan allà por tierra los viveres, para que embarcados en aquel pueſto ſe traſporten. Finalmente, ſi el Padre Fernando tuvo razones mui nervoſas, para no regiſtrar en el tornaviaje la coſta de la Pimeria, ſe puede inferir, que antes de emprender qualeſquiera nuevas fundaciones en la coſta de California, ſerá preciſo, que ſe reconozcan con menudencia, y exacta averiguacion todas las playas de eſta Provincia, à fin de ſaber los fondos, eſteros, enſenadas, y puertos, obſervando las corrientes, los vientos, y contratiempos mas regulares, y examinando en los lugares, de donde ſe puedan conducir los ſocorros, las diſtancias, ſi eſtàn los intermedios con paſtos, y con aguajes ſuficientes: en eſte regiſtro, aunque por lo que toca à la tierra pueden cooperar los Miſſioneros de la Pimeria, en el que correſponde al mar, ſiempre pertenecerá à los de la

Cali-

California; porque los de aquella Provincia carecen de embarcaciones, y ſus Indios no tienen practica alguna, ni en governarlas, ni en dirigir navegaciones.

Eſte ultimo deſcubrimiento executado haſta eſte tiempo dió mucha luz, para quanto en adelante ſe huviere de emprender. Convenció con evidencia, que es Peninſula la California, y nueſtra, que aquellos Varones Apoſtolicos no aſpiran, ſino à adelantar ſus converſiones. Mas faltandoles los caudales por la ſuma pobreza de aquel terreno, para promoverlas, como anſioſamente deſean, y vencer todas las dificultades, que lo eſtorvan, no dudo, que aſſi los de California, como los de la Pimeria ayudados con el poderoſo brazo, y ardiente catholico zelo de nueſtro Rey, podrán en breve dar exacto cumplimiento à los Chriſtianiſſimos deſeos de ſu Mageſtad, juntandoſe las dos Provincias en ſus Conquiſtas eſpirituales, ſin dexar à las eſpaldas Gentilidad alguna, que no eſté del todo reducida, formando el deſeado circulo de nuevas Chriſtiandades, y dilatando no menos la Fé de Chriſto, y ſu Reino, que los Dominios de nueſtra Monarquia Eſpañola.

Por fin de eſte capitulo añado al que leyere eſta Hiſtoria, que por las ultimas recientes cartas, que llegan de la California, ſe acaba de ſaber, que por Mayo, Junio, y Julio de mil ſetecientos, cinquenta, y uno el Padre Fernando Conſag en atencion al encargo, que ſe hizo el año de mil ſetecientos, quarenta, y ſeis penetró aquella Peninſula por medio de ſus tierras, y montes, declinando ázia la contracoſta, que mira al Occeano de Philipinas. Y por lo que conduce ſu puntual relacion, no ſolo al devido puntual cumplimiento de lo que ſe ſirvió mandar ſu Mageſtad en ſu Real Cedula, y à la mas exacta execucion de lo que le ofreció en ſu repreſentacion el Padre Provincial de la nueva Eſpaña, ſino à que ſe forme el concepto correſpondiente de lo mucho, que por aque-

lla

lla Provincia, y por la de Pimeria alta se puede casi sin limites estender su nueva Christiandad à casi innumerables Naciones, que moran en aquellas Regiones, la pondré en los capitulos siguientes con la mayor fidelidad, como se remitió de la California.

CAPITULO IX.

COMIENZA EL DIARIO DEL VIAJE, que hizo el Padre Fernando Consag de la Compañia de Jesus en la California desde 27 grados, y 2 tercios àzia el Norte entre la Sierra Madre, y el Occeano.

LA causa de haverse emprendido el viaje por el terreno, que hai entre el Occeano, y la Sierra Madre, que divide toda la California en Oriental, y Occidental, es por ser mas ancho, y regularmente menos esteril, que el otro, que yace entre la misma Sierra Madre, y su golfo, ò seno llamado de California. El Padre Provincial Juan Antonio Balthasar, quando de Visitador General vino à esta Peninsula, me encargó ya entonces esta jornada: nunca pude efectuarla hasta ahora, ya por las epidemias, ya por falta de viveres, ya por otras mas urgentes ocupaciones, en que me tenian los Superiores. Aunque la Mission fronrera del Norte hasta oy es la de nuestro Padre San Ignacio, y de aqui salió la comitiva, y todo el avio necessario, à que concurrieron en parte con grande charidad los dos vezinos Missioneros, sin embargo se señaló la Piedad por plaza, en que todo havia de aprontarse, especialmente los Naturales, que havian de seguir à pié, prevenidos con sus viveres correspondientes. Es la Piedad el parage ya destinado, para fundar

la

la ultima Mission ázia el Norte, y su Gentilidad está en veinte, y ocho grados, y medio: desde San Ignacio en proporcionada distancia ázia el Norte no se halló mejor arroyo en lo abierto, y accessible: por su sitio viene à ser casi el centro de los Pueblos, y Rancherias, que se han de administrar: su vertiente corre al Occeano: quando años passados ví, y registré este lugar, estava mucho mejor; porque entonces tenia un pequeño venero de agua corriente; mas buscandole ahora, me asseguraron los Naturales, que despues acá con una avenida grande se perdió con varios anconnes de tierra: queda con todo ahora agua perenne en pozos, para beber, y algun carrizo, para mantener algunas cavallerias. El agua es buena, con una singular providencia de Dios; porque las de los pocos aguajes de los contornos tienen sus resabios, ya de salobres, ya de agrias.

De este puesto de la Piedad dia veinte, y dos de Mayo de mil setecientos, cinquenta, y uno debaxo del patrocinio de nuestra Señora de Loreto, à cuyo maravilloso amparo se deve la conversion de California, con cinco Soldados, y competente numero de Naturales de à pié se emprendió la jornada passado el medio dia; porque el aguaje era tan distante, que el tren, y comitiva no podia alcanzarle en un dia; y para que la falta de agua fuesse mas tolerable, se escogió passar sin ella la noche, por ser en estos contornos por este tiempo las noches aun mui frias. Al caer el Sol llegamos à un sitio llamado San Everardo, que tiene ya Rancheria, cuyos Indios están todos bautizados, y reducidos à cercanias, en que se les puede administrar: nos faltó el agua, y aun escaseó el pasto, para las cavallerias: las lomas algunas son de peña viva, y marmol colorado; otras quaxadas de arena, que de suyo se desmoronan, llenando los arroyos, y baxíos de arenas de un color blanco. El dia veinte, y tres con niebla, y frio proseguimos el camino por arroyos,

yos, y lomas arenifcas, y de tierra floxa entreverada con fus piedras: no fe vió arbol grande, excepto el que fus moradores llaman *Milapa*, y empiezan à hallarfe defde los veinte, y ocho grados: los mas van altos, y derechos como los pinos: arbol verdaderamente inutil, eftéril, y feñal de la infecundidad del terreno: defde el fuelo hafta la cima eftá rodeado de ramas cortas, pero llenas de efpinas: es mui vidriofo; por lo que fe hallan, ò tronchados, ò totalmente derribados con la fuerza de los vientos: toda fu dureza conffte en la corteza, eftando verde: lo de dentro es una maffa fofa à modo de nabo, ò bifnaga. Aunque los mas de los palos de la California, fi fe queman, efparcen alguna fragrancia, efte en el fuego defpide un hedor tan defapacible, que cauía dolor de cabeza; y tal vez por efta razon queda indemne, quando los Gentiles queman quantos arboles grandes hallan: quanto mas fe fube al Norte, fe vén con mas abundancia folamente en el diftrito, que hai de la Sierra Madre ázia el Occeano, y entre lo que el viento norveíte, y la niebla baña. Un quarto de legua antes del aguaje paffamos por unos manchones de facate, y nos firvió para las cavallerias, fupliendo la falta de pafto.

Sabiendo, que el agua eftá en dos pozitos, fe adelantó alguna gente, para facarla, y abrir un bateque capáz: llegamos cerca del medio dia à Kalmayi: affi fe llama el arroyo, en que fe halla el agua, y pertenece à la Rancheria de nueftra Señora de la Vifitacion. La mayor parte de eftos Indios eftán ya bautizados, y reducidos: algunos Gentiles, affi de los de aquel Pueblo, como de otros cercanos, que vinieron, me faludaron, avifandome, que havia un viejo tan agravado de fu enfermedad, que eftava mui proximo à la muerte: fuí luego à pié à verle, y à tratarle de fu falvacion, y oyendole dezir, que no me entendia, tuve grande defconfuelo. Era efte anciano de otra Ran-

cheria mas remota ázia el Norte, y dexando la suya se acogió à esta: discurrí, que el no entenderme nacia parte de la inquietud, que le causava la enfermedad, y parte de miedo, por verse rodeado de gente nunca vista: le traté con quanto cariño pude, y le regalé con carne cozida, que suelen apetecer mucho estos viejos: con esta sola diligencia ya empezó à entenderme: por estar mui remoto de nuestro Real, hize, que le acercassen: proseguí, instruyendole en los Mysterios de nuestra Santa Fé, y dandole sus ratos de descanso: mis dudas, y congoxas se me mitigaron, quando me asseguró el mismo enfermo, que ya les havia oído, pero que nunca quiso creerles; mas que ahora sí les creía, y queria bautizarse; añadiendome, que havia soñado varias vezes, que yo le havia bautizado: ya mui entrada la noche por el riesgo de quedarse de repente muerto, le bautizé sin solemnidad: se le destinaron unos Christianos, que le cuidassen, y assistiessen en su muerte: en los ratos, que se dieron al viejo por su descanso, se bautizaron unos parvulos hijos de Gentiles, que ellos voluntariamente me ofrecieron.

Sin haver nube alguna se percibian estruendos como de truenos; y preguntando à los Naturales, para saber de qué nacian, respondieron todos, que eran subterraneos, y que venian de un cerro alli cercano, añadiendome, que eran mas frequentes en el Verano: de buelta le registré, mas no ví abertura, ni boca alguna. El dia veinte, y uno en quanto à su temperamento fué mui bueno, y salimos temprano: antes del medio dia llegamos al territorio de nuestra Señora de la Desposacion de Pui, en donde nos esperaron algunos Gentiles de varias Rancherias: nos contavan, que nunca creyeron, que algun Padre pudiesse venir por aquellas asperezas, y que por haverles dado noticia cierta, de que irian los Nuestros à prender à algunos Indios, ò para obligarles por fuerza

à

à hazerſe Chriſtianos, ſe havia deſparramado la gente: otros mas animoſos querian vér, ſi venia el Padre, ò ſolamente porcion de Eſpañoles con algun caudillo: mas al vér venir las cavallerias de remuda, que ivan delante, por no ſer aquella todavia tierra de riego, cayeron de animo, y ſe huyeron, unos al ſeno, otros al mar Occeano; y eſtos ſin duda ſerian la cauſa, que por algun trecho no hallavamos Rancherias, por lo que de los fugitivos ſe dexarian impreſſionar: à los que quedaron ſe les dixo lo baſtante, para corregir ſus vanas aprehenſiones. Caſi en todo el intermedio, que hai entre el parage, de que ſalimos, y el otro, à que llegamos, ſe encuentra un paſto razonable reſpeto de ſu grande eſterilidad: aqui tambien fué meneſter abrir bateque, para que bebieſſen las cavallerias. Un Gentil me pidió, que bautizaſſe à ſu hijo, y lo hize, por haver ya algunos Chriſtianos de eſſa Rancheria.

El dia veinte, y cinco el Padre del nuevo Chriſtiano, aunque Gentil, me queria acompañar; mas por no ſaber, ſi la gente, que podiamos hallar, es amiga, ò enemiga de la Rancheria, de que era eſte el Principal, no ſe lo admití, eſpecialmente teniendo ya en la comitiva quien ſabía el camino. Era preciſo atraveſſar un brazo, que de la Sierra Madre corre ázia el Occeano: por ſu aſpereza fué penoſo eſte rumbo: paſſado ya el medio dia llegamos à un baxío, principio de arroyo, en que havia ſus deſtiladeros de agua, uno de buena, y freſca, otros de ſalobre: por haverſe reconocido, que la baxada era inandable, ſe deſpacharon algunos, para componer los paſſos, en que podia peligrar la requa. A diſtancia de una legua toparon mui pocos Gentiles: oyendo, que el Padre eſtava en ſus contornos llevados de la curioſidad, ya de noche llegaron dos mozos, uno de armas, y otro todavia inhabil para ellas, à verme, y ſaludarme, dandome cuenta, de que un niño eſtava enfermo, que

ſin duda en pocos dias moriria, y que por eſſo ya le tenian apartado. Es coſtumbre entre eſtos Barbaros, que quando alguno queda ya deſauciado, le apartan à un abrigo algo remoto de los demás. Recibido el mozo con agaſajo ſe quedó aquella noche con noſotros, y por la mañana mui temprano ſe adelantó deſde luego, para dar cuenta à los ſuyos de lo que havia viſto en los eſtrangeros, que venian.

El dia veinte, y ſeis, por mas que ſe havia procurado la tarde antes facilitar el paſſo, como el trecho inandable era largo, no pudo evitarſe, que no cayeſſen cavallerias, y rodaſſen cargas: el arroyo en partes ſe abre, eſparciendoſe con hermoſa viſta: tiene ſus aguajes cortos, y en manchones ſus Meſquites grandes, que es el unico palo bueno, que hallamos por todo lo que vimos ázia el Norte; mas en muchas partes eſtavan quemados, moviendome eſto à hazer exhortar por medio de los Chriſtianos mas cercanos à los Gentiles, que ſe abſtuvieſſen de quemarles. A un lado del camino ſe vieron Indios: me aparté con el Cabo de los Soldados, y algunos otros à hablarles del niño enfermo ya deſauciado, para que me lo dexaſſen bautizar: no ſolamente admitieron mi propueſta, mas me aſſeguraron, que ſe havian quedado à eſſe fin, por ſi yo quiſieſſe bautizarle; que toda ſu Rancheria havia baxado al Occeano, y que haviendo yo cruzado, luego la ſeguirian: aquel parvulo deſpues de bautizado, ſegun ſupe, murió el dia ſiguiente. Proſiguiendo nueſtro viaje, llegamos à un arroyo, que tenia ſus palmas, y carrizo: el agua eſtava en pequeños hoyos, y donde empieza à eſtrecharſe con un ſalto, y pedregal corre ſobre el tepejate. A poco rato de nueſtra llegada vinieron los Gentiles à ſaludarme: uno ſe ofreció à guiarnos à Kañayiakamán, que deſeavamos vér. En eſtos contornos empieza la variedad de Meſcales, unos mui grandes, que à la viſta parecen como los de la otra vanda: otros

me-

medianos, que tienen las pencas, y hojas mui gruessas: estos sirven à los Naturales en lugar de agua, quando andan fuera de los arroyos: cortan la hoja, la calientan, exprimen, ò chupan el jugo: probé, y hallé, que no es de mal gusto. El tercero es pequeño, y estimado por ser su pan de cada dia.

El veinte, y siete quedamos en el mismo parage, parte para que se recobráran las cavallerias mui mal tratadas por las dos jornadas antecedentes, parte por que la comitiva de à pié à vista del mucho Mescal grande quiso lograrle para sustento: mas con perdida de su trabajo se desengañó, que por mui amargo el grande era inutil, para comer; pero su flor, que echa en el vastago, sobreassada por un poco de dulce, que tiene, es tolerable al gusto: despues la aborrecieron, porque con ella enfermavan. Los Gentiles, que passaron la noche con nosotros, se fueron, y al medio dia vinieron otros. Por su relacion supimos la falsa voz, que esparcieron dos mugeres: la primera oyendo la griteria de los Christianos, que cazavan venados, dió parte à su Rancheria, de que los Kaiavañgua, que son sus enemigos, nos havian cogido desapercebidos, matando, ò hiriendo à muchos: la otra, que bolvia del monte con Mescales, ù otras semillas silvestres, por el mismo ruído de la caza fingió, que los Christianos tal vez en venganza del agravio recibido de los de Kaiavañgua, havian muerto à los suyos, que vinieron à verme: con esta fantastica imaginacion, todos se huyeron. El Gentil, que ofreció servirnos de guia, bolviendose al caerse el Sol, para aviarse, al llegar à la Rancheria, la halló desamparada: siguió el rastro, halló algunos encaramados en un cerro aspero, y apenas pudo desengañarles, de que no huvo enemigo, que nos huviesse molestado; que ni él, ni sus compañeros havian observado la mas minima señal de hostilidad; y que su Principal con algunos passarian la noche con los Christianos. Mas

la

la voz ya se havia desparramado à Sur, y Norte. Por la tarde subí à un cerro, para vér el aspecto del Occeano, y observar la variacion de la abuja de marear: la niebla continua nos embarazó el registro, y otro mas alto montecillo, que estava al Norveste, impidió la cabal observacion; mas por lo poco, que faltava, y por lo que otras vezes observé pude conjeturar, Nordesteava la abuja quatro grados: noté tambien, que haviamos retrocedido del Norte casi una quarta de grado.

El dia veinte, y ocho por no perder mas de la latitud, y por no poner à riesgo las cavallerias con fiarse de los informes, que davan los que sabian el terreno, se resolvió, que algun inteligente buscasse el passo menos aspero: para estos moradores criados entre las breñas, y hechos à brincar de peñasco en peñasco, nada havia inaccessible. Fué Don Fernando de Ribera, y Moncada Cabo de la expedicion, y ahora dignissimo Capitán Comandante de California con otro Soldado, y algunos de à pié à reconocer el terreno de nuestro rumbo: al anochecer bolvió con la comitiva, y fué unanime el informe, de que por allí no se podia viajar, sin arruinar la requa, y sin imposibilitarnos à proseguir nuestra jornada. Un mulo, ò por sus repetidas caídas, ò por la mala calidad de la hierva, murió. Sin duda causó rezelo, y desconfianza à los Gentiles, lo que falsamente, y tan sin fundamento havia corrido; porque todos en lugar de bolver, como havian prometido, se retiraron, y aun hallamos una espia, que descubierta se huyó. Al passo, que estos Indios en su primera furia son arrojados, passado, y mitigado aquel impetu de su nativa barbaridad, son mui medrosos.

El dia veinte, y nueve amaneció con niebla, y frio mas intenso del que padecimos los dias antecedentes: se despacharon algunos en busca de los Gentiles, para tomar alguna luz, si por otro lado distinto del

que

que nos enseñaron, y que se halló inpracticable, havia alguna otra salida: en caso de no haver razon de aquellos Barbaros se enviaron otros à vér, por donde nos pudiessemos desprender de la aspereza de aquella Sierra, en que nos hallavamos encerrados, aunque fuesse necessario retroceder por parte diferente de la que haviamos venido: uno, y otro se logró: se traxo una familia de Gentiles, que dezia, que venia à buscarnos, y que los suyos se havian retirado, para trahernos algun regalo de sus semillas. Tambien se halló como facilitar la salida de aquella tan molesta pesada Sierra.

El dia treinta salimos rumbo Sudueste, baxando à los llanos del Occeano: se les dá este nombre, no porque en realidad lo sean, exceptuados unos baxíos arenisços, y de tierra floxa, sino respeto de la Serranía tan quebrada. Por ser menor la niebla del Occeano, se descubrió una legua de arena, que en tres, ò quatro de extension se adelanta al mar, pero mui angosta en corejo de su longitud. Algunos Gentiles de los que se havian visto, me salieron con otros al camino, me ofrecieron dos terciecitos de sus semillas, y nos acompañaron: otros, despues de haver parado, conducidos de sus Capitanes nos regalaron assimismo dos pequeños tercios, y otros nos presentaron dactiles, que es la fruta, que por Otoño hasta mediado Invierno abunda en los contornos del Occeano. Se les correspondió con otra suerte de comida mui de su gusto. El Principal ofreció con su gente hazernos compañia; mas sabiendo yo, que eran enemigos capitales de los de la Rancheria, à donde queria passar, no le admití el agasajo. Ya me faltava la pericia del idioma; porque à mas del accento, y tonada mudan aquellos Indios algunas palabras: me valí de algunos recien bautizados sus vezinos, para que les dixessen ser mi intencion caminar mas adelante, hasta que huviesse algun embarazo en la comitiva, en que

viesse,

viesse, que en su buelta solos, y por tierras enemigas, podrian correr riesgo de perder sus vidas: parecia, que assi quedavan mui satisfechos.

El dia treinta, y uno, con el fin de haver venido à este parage, que es el desemboque del arroyo Kañayiakamán, penetramos à su interior, ya que no se pudo por el lado, como haviamos intentado, lo executamos por el mismo desemboque; mas por los saltos de sus peñas, y bordos empinados se experimentó igualmente impenetrable. Es este arroyo mui celebre entre aquellos Naturales: por esse motivo se despachó gente de à pié à registrar su interior, para tomar con sus informes alguna luz, y averiguar, si correspondia à lo que publicava la fama: se ofrecieron por guias dos Gentiles. Está el desemboque en veinte, y ocho grados, y quarenta minutos; su angostura, que vierte al Occeano, cae al Sur: su aguaje es mui salobre entre pedregales, como su caxa algo honda con bastantes Mesquites grandes; à los lados tiene algunos llanitos emboscados de matorrales inutiles. Al caer el Sol llegaron algunos de buelta del arroyo con la noticia, de que à la mitad de la jornada se havian declarado muchos enfermos, y quedavan junto à un palmar, en donde corria alguna agua; que los demás con las guias proseguian su viaje ázia arriba; y que en todo el tramo solamente se havia visto rastro de gente. Fué mui sensible la noticia de los enfermos; porque este mismo dia muchos havian amanecido con retorcijones, y fluxo de vientre, que es enfermedad, de que mueren los mas.

CAPITULO X.

PROSIGUE EL DIARIO DEL PADRE Fernando Conſag.

EL dia primero de Junio, mitigado algo el frio, ſalieron algunos à vér el camino, que haviamos de andar, y à reconocer, ſi à proporcionada diſtancia havia algun paſto, que aqui eſcaſeava, para que luego que bolvieſſe la gente del arroyo, pudieſſemos adelantar, por haver entendido de los Gentiles, que la Rancheria, à que queriamos ir, eſtava algo remota. Bolvieron con el informe del camino tan tarde, que ya no podiamos ſalir. Al medio dia llegaron los que eſperavamos con la puntual noticia del arroyo, que ſegun declararon entre mil buéltas ſiempre ſubia al Norte en diſtancia de veinte leguas: aſſi ſe halló quando en fin con todo el tren ſe pudo penetrar. Los Naturales, que guiavan, paſſando una punta del arroyo, no querian proſeguir, dando por eſcuſa, que ninguno de los que ſe adelantavan, eſcapava con la vida por la barbaridad de ſus vezinos: ſin embargo unos mas animoſos llegaron haſta el fin, que es mui angoſto, ſeco de puro pedregal, y remata en un repecho, ò deſpeñadero, de donde vinieron ya de nôche à juntarſe con los que havian dexado, y ſupieron de ellos, que las guias ya havian buelto por camino mas breve ázia nueſtro Real; mas no les vimos. Con las demás noticias, que nos dieron del arroyo, ſe encendieron los deſeos de regiſtrarle perſonalmente à coſta de qualquier trabajo. Se reſervó ſu execucion para la buelta à fin de obſervar, ſi en eſte intermedio variarian en ſus informes. Eſte es un arroyo, que varias vezes ſe intentó penetrar con gente de à pié, y no ſe havia logrado haſta ahora.

El dia dos nos cupo otro brazo de Sierra, que paſſar: fué penoſa, y larga la jornada. Un cavallo rodó, quedando muerto. Cerca del medio dia baxamos al arroyo de Gentiles tenidos por bravos: el agua es ſalada, y algunos deſtiladeros ſe quaxan en ſal. Por no conocerſe ſenda alguna, y por la poca claridad de los informes, nos vimos perplexos en eſcoger camino: en fin nos metímos en un arroyo pequeño, que vierte agua, que parece ſal deshecha: en ſu remate tiene gran cantidad de marmol blanco, y tranſparente, como el tecale: proſeguimos en demanda de otro arroyo, pero nos vimos ya mui encumbrados en la Sierra, y tan atajado el paſſo por los deſpeñaderos, que fué meneſter retroceder. En eſto los Indios de aquel parage nos gritaron, amenazandonos, que ninguno de noſotros havia de bolver: à las amenazas añadieron otra voz mal entendida, que obligó à toda la gente à ponerſe en armas; pero deſvanecida en breve la equivocacion, y bien repartida la gente, para que no fueſſemos cogidos en alguna angoſtura, continuamos la jornada empezada deſde las ſeis de la mañana haſta las quatro de la tarde. Paramos en una loma eſtendida; y mientras la requa deſcargó, una quadrilla nueſtra, que cubria la mulada, y juntamente adelantava, para vér ſi deſcubria algun aguaje, le halló: al aviſo del hallazgo ſe fué proveyendo la gente de agua. Ya tarde llegaron tres Gentiles, cuya compañia havia rehuſado: dieron razon del camino, y aguaje; pero ya uno, y otro havian reconocido los Nueſtros: toda la noche paſſamos, ſin que nadie nos moleſtára.

El dia tres puesto el Real en cercania del agua ſalió Don Fernando Ribera con unos Indios de la comitiva en buſca de los Barbaros de aquel parage, para tomar algun informe de la tierra, que tira al Norte. A los tres, que nos havian alcanzado, tambien les faltava la noticia, y practica para adelante. Eſpan-

pantava la aſpereza à la viſta, y parecia que la Sierra ázia el Occeano, rumbo Norveſte, era mas alta de la que haviamos deſechado, por lo que era neceſſario adquirir, ò informes, ò guia alguna, para proſeguir. Cerca de las cinco de la tarde bolviò Don Fernando con ſu comitiva, y traxo un viejo, y una vieja. Aunque ſe havian aviſtado muchos de los moradores, y ſe les havia hablado, no ſe pudo lograr el intento; porque ſe eſcuſavan con dezir, que eran perſeguidos de ſus vezinos por los dos lados Norte, y Sur, por ſer mui menguados, y vivir en continua deſconfianza: eſto lo griravan, deſde un cerro; y viendo, que algunos de la comitiva ſe venian para ellos, ſe huyeron: en eſto pararon las roncas, que nos echaron el dia antecedente. Yendo los Nueſtros en ſu ſeguimiento, alcanzaron un viejo, pero todavia fuerte, y armado: él miſmo aviſó el matorral, en que eſtava eſcondida ſu muger. En el Real ſe agaſajaron, y con un regalito ſe deſpachó la vieja, para que llamaſſe à los de ſu Rancheria; pero ella no bolviò mas.

El dia quatro me acompañó en el regiſtro del arroyo el Cabo de la expedicion con un Soldado inteligente en coſas de labor: ſe halló el agua corriente en poca cantidad en dos partes, mas en ambas facil de ſacar, y guiarla en beneficio de las tierras: es algo ſalobre: eſtá rodeada de tule eſquinado: hai mas tierras, que agua. Es el mejor arroyo, que ſe vió, deſde que ſalimos de la frontera: eſtá en veinte, y nueve grados, y quinze minutos: ſe llama *Ajavaiamin*: por el lado del Sur ſe baxa al lugar, en donde eſtá el agua, por unas lomas tratables, y no mui altas: las nieblas à lo menos por eſte tiempo ſon grandes: por ſu cauſa, y del viento continuo, que ſopla del Occeano las noches, y mañanas ſon mui frias. Tambien una quadrilla de los Nueſtros de à pié hizo ſu ſalida con el viejo Gentil, para amanſar, y llamar à los alboro-

borotados, ò amedrentados; pero malogró su trabajo, y diligencia: los tres Gentiles, que vinieron en nuestro seguimiento, se fueron con los Nuestros en busca de sus comidas silvestres, y se desaparecieron.

El dia cinco al Norveste por una hora de lomas, y cerros llegamos à un arroyo de carrizal, y agua corriente mui ancho, y por los dos lados abierto, que raras vezes se vé en la California. Mas sus tierras son de mucho resabio: en ellas por la humedad nace un genero de grama, que fuera de los arroyos, y humedades salobres no se halla, pero es buen pasto para las cavallerias: en el arroyo hai variedad de aguas: en unos hoyos es totalmente salobre, y en otros buena; pero la mejor para beber, es la de los pozos escarvados, que con poco trabajo se hazen por ser el suelo de arena, y el agua nada honda: fué parecer de los inteligentes, que se podia poner alguna Mission, valiendose de los dos parages, del mencionado en el dia antecedente para la siembra, y del presente, para cabecera, y assiento, ya por ser el agua mejor, ya por haver mas pasto para las cavallerias del servicio; aunque el agua corriente se juzga inutil, sin embargo con sola la humedad puede haver alguna corta siembra: está en veinte, y nueve grados, y poco mas de medio, y se llama *Angum*. Se hallaron en distintos parages dos viejas desamparadas, que venian al aguaje. Cerca del medio dia se oyó un aviso de los cerros, que los Nuestros havian caído en alguna emboscada, ò inopinadamente quedado cercados de los Barbaros: fueron dos Soldados à socorrerles; pero à distancia de legua poco mas, ò menos, vieron haver sido aprehension falsa del que avisó solo por reparar, que dos corriendo con mucha velocidad, baxavan de un cerro.

El dia seis con la noticia de haver otro aguaje bueno subimos por el arroyo al Leste, y caminando como dos leguas, torcimos al Sueste para la Sierra, pero experimentando su aspereza, y hallando cerca de

me-

medio dia un aguaje entre peñas, se juzgó conveniente, que parasse el tren, para no maltratar todas las cavallerias: para certificarse del aguaje, y del camino, que faltava fué el Cabo de la expedicion con un Soldado, y algunos de à pié, llevando consigo la guia: al caer el Sol bolvió con la noticia, de que el agua era buena, para beber, que era poca, y sin corriente alguna, que no havia otra cosa de provecho, y que todo el camino era malissimo.

El dia siete retrocedimos por el mismo rumbo, por donde haviamos venido el dia antecedente, hasta llegar al parage, de que salimos, para que se reforzassen las cavallerias, que lo havian passado mal entre las piedras sin pasto alguno. La Sierra está desnuda de todo lo que pudiera ser alivio, y solamente poblada de matorrales inutiles. La gente de à pié pidió provision de sus comidas silvestres; à esse fin determinamos quedarnos dos dias, en que reconocimos los contornos: por la tarde el Gentil, que servia de guia, intentó la fuga, pero à tiempo fué detenido.

El dia ocho la mayor parte de la gente fué al Occeano, para proveerse de marisma, ya que el monte les negava sus ordinarias comidas, de que pensavan hallar en abundancia. Tampoco en las playas hallaron el socorro, que buscavan, ò porque no supieron, ò porque este trecho de mar de suyo es infecundo. Aqui descubrieron un cuerpecito de un niño, ò niña, que los animales havian despedazado; y à poco trecho vieron dos niñas de tres à quatro años metidas en un hoyo: traxeronlas cargadas al Real: luego se les dió alimento, de que necessitavan mucho, deliberando la providencia, que se havia de tomar, para que no pereciessen aquellas pobres almas. Deparó Dios una vieja, muger del que nos servia de guia, y la haviamos dias antes despachado: esta tal vez suponia, ò havernos ya buelto, ò poder llegar al agua, sin ser vista de alguno de los Nuestros; fué cogida, y

se

ſe le encargaron las niñas: ſu marido le ſeñaló el parage, en que havian de eſperarle; y mui alegre por la buena acogida de los ſuyos, ſe ofreció à guiarnos à la Rancheria, que ſe ſeguia, aunque antes lo havia repugnado. Eſta noche ſalió la Luna eclipſada en ſu tercera parte.

El dia nueve antes de amanecer, deſpues de un eſtruendo ſubterraneo, tembló la tierra: eſpantadas ſin duda huyeron ſiete cavallerias, que no ſe echaron menos, haſta que todo eſtava ya diſpueſto para ſalir: en buſcarlas, y traherlas paſſó la hora, ſiendonos preciſo diferir la jornada.

El diez cruzamos junto à dos aguajes cortos, entrambos ſalobres, y rodeados de grama: el primero tenia en mas abundancia, y un pequeño carrizal. Haviamos conocido, que los Gentiles havian cortado carrizo para flechas; y para que ſupieſſemos el deſtino, y ſu prevencion, nos puſieron en el camino, ò ſenda la ſeñal de hoſtilidad, que ſuele ſer un brazo de Pitajayal, ò dulce, ò agrio, ò de cardon, que à golpes de palos, y à flechazos traſpaſſan, dexando en él clavadas, pero quebradas las flechas, para indicar, que lo miſmo executarán con los que ſe atrebieſſen acercarſe à ſu Rancheria: con eſte aviſo eſperavamos, que en ſus cercanias nos havian de recibir con las griterias, y amenazas, que acoſtumbran. Pero llegamos ſin oír el hoſtil, y barbaro recibimiento, que recelavamos: à viſta de la poca agua, que en varias partes corre, paramos: mas la experimentamos tan ſalada, que ni las cavallerias podian beberla: tampoco pudimos llegar à otro aguaje, arroyo arriba, por los malos paſſos, que deſpues ſe compuſieron. Al baxar al arroyo algunos de à pié, entre peñas hallaron agua ſalobre, pero que podia beberſe: de eſta hizimos la proviſion, ſin deſcubrir ni uno de aquellos Naturales; vimos ſolamente el raſtro de mui pocos, que ivan ázia la playa ſegun el informe del que

nos

nos servia de guia: este es un parage, en que suelen juntarse hasta doze Rancherias; mas no havia mucho, que recelar; porque su licencioso genero de vida, no sufrirá esta union por mucho tiempo, ni les permitirá este familiar amigable vinculo.

El dia onze nos acercamos al aguaje, que el dia antes se descubrió, y solamente se puede alli beber en una grande casi extrema necessidad, ò siendo gente ya acostumbrada à semejante bebida. El agua del arroyo principal, que llamamos *Zienega*, por un gran trecho en varias partes corre entre tule esquinado, carrizo delgado, y grama nacida de humedades salobres: de lejos tiene mejor vista, que registrado de cerca: hai alli abundancia de Mesquites grandes: el nombre de aquel parage es *Kadazyiac*: está en veinte, y nueve grados, y quarenta, y siete minutos: se nos despidió la guia, porque ya no conocia mas tierra, y aun esta confessava haverla visto solamente una vez. Muchos de la comitiva de à pié enfermaron; otros se mostraron mui cansados con el trabajo, especialmente porque la tierra, por donde andavamos, no les subministrava el sustento, à que están acostumbrados: no obstante se entresacaron dos quadrillas; una que fuesse à registrar todo arroyo arriba, hasta donde les permitiesse llegar el tiempo: otra, que fuesse à buscar rastro de gente, hasta hallarla, ò descubrir tierra, ázia donde pudiessemos cruzar. Por la tarde la una dió su relacion de haver encontrado rastro de gente, que dividida en tres trozos havia acampado, y con su numerosa muchedumbre ocupado mucho terreno; no obstante se prosiguió, hasta que observamos, que los Indios se havian dividido, tirando unos à la Sierra del Norte, en que se havia visto humo; mas no pudieron acercarse por ser ya tarde, y el humo algo distante. La otra quadrilla afirmó no haver en el arroyo ázia arriba, ni mas pasto, ni agua de la que estava à la vista.

El

El doze, el Cabo de la expedicion con la noticia de haver mucha gente, ſegun los indicios del raſtro, en compañia de un Soldado, y de algunos de à pié, fué en derechura al lugar, en que el dia antes ſe havia viſto el humo: dió con la Rancheria; mas ſolo halló à las mugeres, niños, y viejos; y aunque al vér nueſtra gente, ſe puſieron luego en fuga, ſin embargo ſe cogieron. Se procuró ſoſſegarles, y quitarles el miedo: dexaron intactas todas ſus coſas, y las armas de los hombres, que ſin ellas ſe havian ido à la playa, para que echaſſen de vér, que no fué gente enemiga, la que llegó à ſu Rancheria: dexóſeles tambien recado; pero no le entendieron. Ya mui noche bolvió el Cabo con ſu comitiva, trahiendo un hombre robuſto, mas algo dañado en los ojos: ſe procuró agaſajar el hueſped; con todo, parte por el ſuſto de miraſe entre gente nunca viſta, parte por la diverſidad del idioma no ſe pudo ſacar ningun informe.

El dia treze para facilitar à los enfermos la jornada, ſe determinó ſalir mui tarde. Caſi todo el camino fueron continuadas lomas. El catorze llegamos al parage regiſtrado antes, y paramos en una loma, en frente de la Rancheria: tiene en ſu ladera algunos pozitos eſcarvados de agua ſalobre, y al pié el arroyo grande: al otro lado hai otros pequeños, en que ſe halla mas, y mejor agua: à eſta ſe conducian las cavallerias, proveyendoſe tambien la mayor parte de la gente. Los moradores, ya havian deſamparado ſu Rancheria, y deſviandoſe por rumbos mui quebrados, mui con tiempo trasladaron, ò eſcondieron todo ſu ajuar con los Idolos, que ſuelen tener en una caſa, ò ramada apartada de ſu Poblacion; y fué de ſuerte, que quedava como ſolitaria. Forjan ſus Idolos eſtos miſerables infelizes Barbaros de qualeſquiera hiervas, y les afianzan con palitos: en ſu cara (diré mejor) en lugar de la que havian de tener, ſe vé

una

una roquilla, ò birrete, que ellos hazen de plumas negras, entretexidas en los ñudos de una redecilla à modo de las pelucas, y es entre ſus obras la mas curioſa: las orejas en algunos ſon de palo: por hombros les ponen una tablilla à cada lado, larga cerca de un geme, delgada, y pintada; mas de manera, que admiramos vér alli la Santa Cruz: les ſirve de corona un plumage compueſto de varias plumas: del cuello ſobre el pecho les cuelgan muchas ſartas de conchitas, caracolitos, frutillas ſilveſtres, y de plumas de varios colores, en que conſiſte la mayor parte del adorno, y en ſu barbara ciega opinion toda la riqueza: algunos tienen un pedazo caſi de media vara de largo, de ancho una quarta, ò una tercia de un texido burdo de pita de Meſcales, y matizado toſcamente con colores de tierra: cuelgan como capote, ò manto Real de la fingida loca Divinidad unas madejitas de cabellos abotonados en la parte ſuperior, y enſartados. Todo eſte atavío ſuelen tenerle en unos ceſtillos de juncos no texidos, ſino de trecho en trecho amarrados de modo, que quando les abren, todo ſe tiende como una eſtera. En unas Rancherias cada caſado tiene ſu adorno de ſu Idolo; en otras no mas algunos, pero el Principal, ò Capitanejo ſiempre le tiene. Quando ſe juntan muchas Poblaciones, para celebrar algun convite, cada una viene cargada con el ceſtillo de ſu Idolo: delante de cada uno clavan ſu tabla mas ancha, ò mas eſtrecha, ò larga, ò corta ſegun fuere la madera, que tuvieren. Los vezinos al Occeano tienen las tablas mas anchas; porque ſe valen de unos pinos, que hallan en la playa. Eſtas tablas ſon à ſu barbaridad de mucho aprecio, tal vez porque les cueſtan mucho tiempo, y mas trabajo, que ſe puede inferir facilmente con ſaber, que ſin mas hierro, que unas piedras, ò pedernales afilados, han de desbaſtar el palo, labrarle, y pulirle, haſta llegar à lo delgado de una tabla. Todo eſte ajuar, quando

ſe bautizan, le entregan al Padre. Algunos de los Nueſtros regiſtraron todos los contornos, en que antes los Gentiles eſtuvieron, mas no hallaron ſino dos, ò tres, que por mas, que les ſiguieron, no pudieron alcanzarles: con eſta noticia ſe deſpachó el que ſe havia cogido de eſta Rancheria, para que les notificaſſe el trato, que le hizimos. Con nueſtra agradable comunicacion ſe le havia quitado ya el miedo; empezó à entender à los que mas havia tratado; y fué entendido en la mayor parte: dió algun informe de la tierra, y de la Nao de China, que cruzava por alli algunos años: aſſeguró, que el Principal de la Rancheria havia de venir, y que nunca ſe dexó perſuadir de los que le aconſejavan, que nos moſtrára alguna ſeñal de enemiſtad. Los enfermos ſe agravaron, y cayeron otros de nuevo: con eſta tan ſenſible novedad ſe nos quitaron las eſperanzas de continuar la jornada. Por la tarde ſe enviaron algunos al Occeano, para explorar la playa, y ſus contornos: hallaronla abundante de buenos mariſcos, aviandoſe todos con copioſa proviſion de conchas.

El dia quinze por ſer ya muchos los enfermos, y algunos tan agravados, que no ſe podian deſpachar, por ſer tierra de mucho rieſgo, y mucho menos dexarles haſta la buelta, determinamos retirarnos; y para que ſe aviaſſen todos de mariſma, ſe deſpachó la mayor parte de la gente à la playa. Entre las diez, y onze ſe acercó un Gentil, corriendo con ſu arco pintado de blanco, y prieto, con ſus flechas en una mano, y en la otra con dos Meſcales: la cara embijada: en la cabeza un plumage, y unas gotas de ſangre ſobre el pecho: ſeñal de valor, y magnanimidad. Salió uno à encontrarle, recibió los Meſcales, y le conduxo, haſta ponerle en mi preſencia: entonces entregó ſus armas, y ſus plumas, declarando, que venia de amiſtad, y que ſe havia enojado mucho con los ſuyos, porque no le havian dado el recado, que havian dexado

los

los Nueſtros, quando eſtuvieron en ſu Rancheria; y que ahora lo acabava de ſaber de ſu Suegro, que era el que tuvimos cogido, y el dia antecedente ſe havia enviado à los ſuyos: nos convidó à ſu Pueblo, para regalarnos. Se huviera recibido de buena gana el convite, porque nos huviera ſervido, para proſeguir el viaje, dandonos algun informe, y guias: ſin comunicarle la cauſa de los enfermos, que nos detenian, ſe le reſpondió, que bien podian venir ſeguros, conſtandoles ya por experiencia de que nueſtro trato no era de gente enemiga: ſe le correſpondió con otro arco, y flechas ſegun la coſtumbre del Pais, que es ſeñal de amigable paz. Deſpues de haverle recibido, para moſtrar el aprecio del regalo, le aplicó à la boca; mas en lugar de darle el beſo, que no es conocido en la California, dió una chupadita, como quien huele una flor, ò toma algun polvo; y entendiendo, que no queriamos todavia ſalir de aquel parage, preguntó, ſi le permitiamos, que vinieſſe con ſu gente embijada? A que ſe le reſpondió, que ſi venian con ſus mugeres, y con ſus hijos, que ſerian bien recibidos. La cauſa de la condicion añadida fué, para que en caſo, que con ardid, y dolo quiſieran hazernos algun daño, ſe abſtuvieſſen de executarlo, para no experimentar alguna repreſalla en ſus familias; y para que en caſo, que vinieſſen, en breve ſe deſpachaſſen dos hombres ligeros à la gente, que caſi toda havia ido à la playa, para que bolvieſſe: yo tenia determinado ir à regiſtrar el ſitio, y lo huve de omitir. Eſta tarde no ſe vió Gentil alguno, excepto un viejo, que eſtava eſcondido en un matorral eſpinoſo, que fué meneſter deſmontarle, para poderle ſacar, y nos admiró, como ſiendo ciego, pudieſſe meterſe en aquel ruſtico barbaro eſcondrijo.

A diez, y ſeis à media mañana llegó un Gentil todo tiznado, y empolvado con la margajita, trahia una boiſa à modo de una bola mui grande, y es

ſu genero de coſtales, en que guardan ſus ſemillas, y las entierran: à modo de faxa ſe ceñia con un manojo de pita torcida: de la cabeza le colgava un ovillo de cordel: y aunque llevava ſu arco, en lugar de flecha ſe ſervia de un carrizo, con que hazia mil ademanes, y con el cuerpo unas poſturas barbaramente ridiculas, haſta que llegó conducido à mi preſencia, en donde luego depuſo todo lo que trahia, diziendo, que con la noticia de nueſtra llegada eſpantada toda la gente ſe havia deſparramado; mas que aunque los ſuyos ſe lo diſſuadian, venia de ſu voluntad à entregarſe, y que ſi le ſoltavamos, viviria con ſu familia en eſtas cercanias, que eran ſu nativo terreno. Se le reſpondió, que no ſolo él, ſino todos los demás podian vivir ſin rezelo en ſus tierras, bien ſeguros de que no veniamos à quitarſelas. Segun el uſo de aquel País ſe le correſpondió con otro regalo. Apenas eſte ſe havia ido, quando en las lomas ſe vió baſtante gente, que de una en otra corrian, y à carrera llegaron de quatro, y de ſeis en varios trozos con Meſcales, tablas, plumas, y ſus armas, que ſe les cambiaron. Eran los primeros de la Rancheria, cuyas tierras haviamos tranſitado, ſin vér ſus moradores; porque todos los mas ſe havian congregado aqui, ò para embarazarnos el paſſo, ò para refugiarſe. Mas con vér, que no moſtravamos flaqueza, no ſe atrevieron à executar la hoſtilidad, que tenian tan premeditada, que ſegun ya inſinuamos nos havian pueſto à viſta cierta ſeñal de declararnos guerra: tampoco podian ya alejarſe mas de ſus tierras ſin rieſgo manifieſto: eſto aſſimiſmo les obligó à que vinieran à moſtrarſe amigos. El Principal de eſta Rancheria como conductor venia, y bolvia con ellos: al medio dia le hize detener, dandole de comer, para correſponder à los repetidos convites, que nos hizo: con eſta ocaſion ſe averiguò, que en tres jornadas no haviamos de hallar mas agua, que de pozos eſcarvados,

y

y sin pasto; que en adelante havia una Rancheria mui crecida; y que en el Norte andavan vestidos como nosotros. En realidad uno de aquellos Indios nos havia regalado un pedazo de manta de algodon de hilado, y texido grueso, que no podia haver venido de los Christianos Californios; y lo huvieran confessado, como afirmaron, y que los cuchillos llamados velduques por via de permutacion venian del Sur. Entre las plumas, que nos dieron, dos suertes havia, cuyos pajaros no se vén en lo conocido de California; unas mui coloradas, y otras blancas, casi à modo de las de los abestruzes. Las aves de las coloradas dezian, que se crian à no mucha distancia al Norte; pero que las blancas se trahian de las Islas de aquella Region: puede ser, que sean las de la Canal de Santa Barbara, que segun algunos escriven, son pobladas.

Los informes concordavan con los que dieron, assi el que se havia cogido, como otro de la misma Rancheria. Sirviónos de gran sentimiento no poder lograr tan buena ocasion, para subir al Norte por razon de los enfermos, que cada dia se aumentavan, y algunos en realidad se agravaron de modo, que se temia de sus vidas.

El dia diez, y siete bolvieron los Nuestros à hazer mas provision de la marisma, de que esta playa se experimentó mui abundante. Hai tambien por alli nutrias, que otros por la suavidad del pelo llaman castores marinos: solamente se hallan en el Occeano: empieza à haverlas desde una ensenada grande, que se vé en frente de la Isla de Cerros, ò la de la Santissima Trinidad. Se puede discurrir, que como las hai por todo el tramo hasta la presente playa, se hallan tambien mas adelante, especialmente, si hai escollos, ò Islas pequeñas, que suelen ser ordinariamente su morada. El puesto, en que assentamos nuestro Real dista dos leguas de esta playa, y se llama

Kal-

Kalvalaga: está casi en treinta grados ázia el Sudueste: se vé una Isla alta no mui grande, y parece ser la que nombran los navegantes de Philipinas de Guadalupe. Desde aqui no pude hazer la diligencia de reconocerla, y demarcarla por la precision, en que me hallava, de no ausentarme, por lo que podia ofrecerse, ò con los Gentiles, ò con los enfermos; mas à la buelta la ví desde un cerro, y noté, que quedava al Norveste, si es la que llaman Guadalupe, no está tan remota de la tierra, como la demarca un Mapa, que se siguió en la demarcacion de la contracosta, ò costa del Occeano, quando se hizo el de California. Si à mas de aquella en la misma altura, no hai otra semejante mas cercana à la tierra, es sin duda la de Guadalupe; porque los moradores de aquel parage cuentan las maniobras del Navio, que vieron en estos mares. Concuerdan los derroteros de las tres Islas, de que la Nao suele, ò deve reconocer siempre alguna, despues que cogió las señas, y cruzó el Cabo Mendozino; la una es la de Guadalupe, que está en medio entre la de Cenizas, y la de la Santissima Trinidad, ò de los Cerros. Como aqui son frequentes, y mui espessas las nieblas, puede ser, que quando se demarcó la Isla, no se havia aun visto la tierra de Californias, ò haya parecido mas distante. Con los Gentiles no huvo mas novedad, y assi por la tarde tomamos la buelta por el mismo camino, que haviamos hecho.

El dia diez, y ocho llegamos à la Zienega, y el diez, y nueve, y veinte caminamos sin ofrecerse cosa digna de referirse. El veinte, y uno se despachó buena porcion de gente, para que en el desemboque del arroyo, cuyo registro se reservó para la buelta, abrieffen, ò allanaffen los malos passos. El veinte, y dos bolvieron algunos de los que se adelantaron el antecedente con el aviso, que era impossible la pretendida composicion del camino por el desembo-

ſemboque, aſſegurando, que ſolamente con mayor numero de gente, y gran parte del año ſe podia conſeguir; mas que del lado del Norte ſe havia deſcubierto modo, como abriendo en las partes mas aſperas alguna ſenda, y facilitandola en otras, podia penetrarſe: con eſta noticia el Cabo de la expedicion fué à verlo, y à dirigir la gente en ſu trabajo. Hallamos unos Gentiles amigos de varias Rancherias, y entre ellos la novedad, que corria de noſotros, y la havia fingido uno de Kamaipa, ò Kaiavangua, que era la de una batalla de dia, y medio, que havian tenido con noſotros; que nos haviamos defendido con gran valor; mas que logrado el lance de matar al Padre, con ſu muerte facilmente derrotaron la demás gente. Y para que nada faltára à ſu fantaſtica barbara valentía, añadian, que havian tambien acabado con todas las cavallerias. El valeroſo Campeon, que fingió, y cantó la Victoria tan à ſu guſto, no devia haver viſto, ni ſabido coſa de los Soldados, ni percibido el eſtrepitoſo diſparo de la eſcopeta, que baſta para ahuyentar à eſtos timidos cobardes Barbaros. Los Gentiles, que ya nos havian viſto, facilmente ſe deſengañaron. Eſte cuento, que havian creido enteramente los Indios, que encontravamos, fué ocaſion de una perenne, y copioſa muchedumbre de converſaciones, y de preguntas, que nos hizieron.

CAPITULO XI.

CONCLUYE EL DIARIO DEL PADRE Fernando Conſag.

EL dia veinte, y tres por ſer la tierra, en que eſtavamos de Gentiles ya amanſados, y amigos, ſe deſpacharon para San Ignacio Miſſion Frontera veinte enfermos entre los que quiſieron bolverſe, y otros, que

que havian de assistirles, y cuidarles. Con el aviso, que dió el Señor Cabo, y con la guia, que envió, logramos penetrar el arroyo por el lado del Norte, y llegamos al anochecer. Entrada la noche vinieron dos Gentiles sin armas, y se quedaron con nosotros.

El veinte, y quatro se empleó en abrir alguna senda, para que pudiessen passar las cavallerias. La aspereza de este arroyo es grande por ser mui hondo: para evitar algun precipicio, es menester subir: lo que estava à nuestra vista, no correspondia à la fama, ni al trabajo, que tuvímos, para verle. Los Gentiles, que ya noche havian llegado, se quedaron con nosotros todo el dia, y nos dieron el recado, que si no quisiessemos subir por el arroyo, hasta donde está su Rancheria, que toda vendria à verme: llevavan entrambos en sus orejas una flor en cada una: la diferencia, que hai entre estos, y los australes, es, que los australes ponen su hermosura, y vanidad en tener los agujeros de las orejas mui grandes, que rebientan, y se rompen algunas vezes por quererles ensanchar demasiado. Les sirve este agujero de faltriquera, para meter, y guardar las lagartijas, que cazan, ò tambien ponen un palo hueco, ò carrizo gruesso, en que guardan los nervios, para afianzar las puntas de las flechas, que son de pedernal. Segun se vá subiendo al Norte, se disminuyen los agujeros de las orejas, y aqui solamente sirven, para colgar alguna punta de flecha, ò para meter las flores, que hazen de plumas de varios colores à modo de un hermoso, y vistoso clavel.

El dia veinte, y cinco penetramos gran parte del arroyo: à media jornada hallamos los palmares: aun en las lomas, y en los mas de los cerros los hai: el agua ya es buena, ya mala: en algunas partes corre, pero entre los arenales se sume: tiene tambien su carrizal. Vino un Trozo de la Rancheria con sus Familias à saludarme: se agasajaron todos.

El

El veinte, y ſeis llegamos à lo ultimo del arroyo, habitable: nos eſperaron aqui, ò por mejor dezir ſe juntaron los varios Trozos de la Rancheria de eſte arroyo, como tambien otros de varias alli vezinas à fin, ſegun ellos nos aſſeguravan, de ver, ſi de la derrota, que nos havian dado los bravos, ſe bolvian algunos de los Chriſtianos, ò ſanos, ò heridos, explicando el gran ſentimiento, que havian tenido con eſta triſte noticia, y afirmandonos, que no ſolo los de eſta, ſino los de otras Poblaciones havian convenido en vengar aquel agravio, y que ya eſtavan previniendo las flechas, dexando la coſecha de cardon, que havian ya empezado en los vertientes del Golfo, en donde por el calor madura mas temprano. Se les dixo lo baſtante, para que quedaſſen aſſegurados, y enterados de la verdad; les exhortamos à que ſe abſtuvieſſen de las peleas continuas, y frequentes muertes, que ſe davan mutuamente. Haviamos parado como tres tiros de eſcopeta apartados de ſu Rancheria, para evitar qualquier deſorden, que pudieſſe acontecer con la demaſiada cercania: pidieron los Gentiles, que ſe paſcieſſen las cavallerias en los contornos, para que pudieran verlas mejor, mas no ſe hartavan de mirarlas: la curioſidad les impelia à acercarſe, y el miedo como de coſa no conocida les apartava: algunos de natural menos uraño fueron mirando, y tocando todo lo demás del fato, y traſtes. Se deſpacharon dos quadrillas con algunos Gentiles de eſte ſitio por guias, para regiſtrar los llanos de uno, y otro lado del arroyo: aqui ſe halló algun paſto. Los bordos del arroyo ſon cerros altos, y empinados: eſtá à las eſpaldas de los Angeles ázia el Poniente: abriendo el camino, como eſtá ya deſde Loreto por todo el Norte, ſerá la diſtancia de medio dia. Quando ſe ponga alguna Miſſion en los Angeles, puede ſervirle para mantener alguna porcion de ganado. El agua es abundante en pozos, y por la mayor parte

del arroyo tiene carrizales: en donde ahora se halla la corriente, à mas de que es mui honda, no hai tierras. Si en un llano de palmas, que alli se vé, buelve à salir el agua, que solo ha faltado segun los informes este año, puede haver alli alguna corta siembra. Fueron llegando Gentiles de varias Rancherias con recado, de que todos los que estavan por coger la semilla del cardon, luego subirian à presentarse. El dia se concluyó con un fatal succesſo; porque algunos Christianos quedaron heridos de la hierva, que causa calenturas, hinchazones, y llagas: otro se cayó por un precipicio; y si la Virgen Santissima Patrona de nuestro viaje no le huviera socorrido, fué de suerte, que, ò se huviera quedado muerto, ò quebrado brazos, y piernas: aunque quedó gran rato sin sentido, no recibió mas daño, que salir con un muslo algo desollado, y con una leve contusion en la cabeza. Por estar los Gentiles mui impressionados de que huviessemos recibido algun descalabro de los bravos, para mostrarles la ventaja de las armas, que se les explicó, al anochecer se disparó una escopeta: lo interpretaron mal, y lo tomaron por seña, que se davan los Christianos, para que aquella noche acabassen con todos los Gentiles: estavan persuadidos, que era assi, y à la hora, que acostumbran los Barbaros dar los assaltos nocturnos, se huyeron todos, quedando solamente aquel, que dormia entre los Christianos. Los que velavan la mulada dieron el aviso de la huìda; pero se juzgó por conveniente no embarazarsela.

El dia veinte, y siete aunque al partirnos no pareció Gentil alguno, exceptuado aquel, que havia passado la noche entre nosotros, apenas haviamos parado, quando llegó una gran quadrilla de Indios todos mozetones, pero sin armas, à saludarme: algunos de estos acabavan de llegar esta misma mañana; otros ya havian venido la noche antecedente; mas por haverse huìdo toda la Rancheria, se huyeron ellos tambien.

bien: como vieron, que nosotros no seguiamos à los fugitivos, ni reconocieron señal de enemistad, entendieron haver mal interpretado el tiro: por ellos se supo, que aquella fué la causa de haverse huído toda la gente. Otro dió el recado en nombre de su Rancheria, que por haver entendido, que yo havia de cruzar por su distrito, alli mismo toda la gente me esperava. La comitiva de à pié pretendia, que parasse un par de dias, para que pudiesse aprovecharse de las frutas, y proveerse de sus ordinarias comidas, que ofrecia en abundancia aquel parage: no se pudo condescender con su pretension, porque si cayesse un aguazero algo copioso, segun ya dias havia amenazava, huviera sido necessario detenernos mucho tiempo, y tal vez muchas semanas, para poder salir de aquel arroyo: por esse motivo se determinó, que la jornada siguiente fuesse corta, quanto bastasse, para salir de unas angosturas, y passos mas peligrosos, sin embarazar à los de à pié el desfrutar la abundancia de aquel terreno. Este arroyo Kanayikamán es mui celebre entre los Naturales, mas por la copia de todo genero de sus barbaros silvestres alimentos, que por la de agua corriente, ò pastos, ò tierras buenas, para sembrar, lo que no saben los Gentiles apreciar por su innata barbaridad.

El dia veinte, y ocho se despacharon en derechura otros de los que enfermaron de nuevo, y quisieron bolverse à sus tierras. Se executó tambien la jornada corta: vimos la prolixidad, con que los Indios de las mismas palmas hazen escaleras, amarrando de trecho en trecho palos atravessados, para subir, y coger con menos riesgo su fruta, que tanto apetecen.

El veinte, y nueve se logró por el camino, por donde venimos, restituírnos à su desemboque. Luego se trató de registrar la lengua de arena, que el dia treinta de Mayo se havia visto. Segun los practicos del

País uniformemente me moſtraron ázia donde caía lo que buſcava: reſpeto del lugar, en que eſtavamos, es caſi al Sur. Por la diſtancia, que ſupe de los Indios, que havia haſta el principio de la lengua, y por lo que yo obſervé, quando la ví, ſe puede prudentemente afirmar, que eſtá en veinte, y ocho grados, y minutos. Deſeava perſonalmente regiſtrarla, pero todos los Naturales me lo impoſſibilitaron, ya por la falta de agua, y paſto, ya por empezar à poca diſtancia un arenal, en que los de à pié, como ván deſcalzos, ſe ataſcan haſta las rodillas, y aun en partes, ſe ſumen haſta la cintura. Me aſſeguraron, que me darian un informe mui fiel: deſpacharonſe con los practicos los mas habiles para aquel reconocimiento: los demás tiraron ázia unas lomas mas vezinas al Occeano, que tienen à viſta. Llegué à una de eſtas en compañia del Cabo de la expedicion à buena hora; mas no logré vér, ſino el triſte manto del Occeano, con que le cubre por eſte tiempo caſi de continuo la niebla, y à poco tiempo trahida del Norveſte nos embolvió en una obſcura fria noche.

El treinta luego que nos lo permitió el frio, fuímos con todo el tren al aguaje, que eſtá à la falda de la Sierra: quedéme con Don Fernando de Ribera, y con algunos de à pié, eſperando que ſe deshizieſſe la niebla: diſſipóſe en la Sierra, mas ſobre el Occeano ſe quedó tan eſpeſſa, que nos quitó las eſperanzas de poder en todo eſte dia vér la Isla, que en Californias ſe llama *de la Santiſſima Trinidad*, y ſegun los Padres de la Nao de Philipinas *de Cerros*, ò *de Cedros*: una ſola vez logré deſcubrirla, por ſer menos la niebla. En el idioma de eſtos Naturales, ſe llama *Yamalgua*, ò *Guamalgua*, que quiere dezir, *caſa*, ò *morada de la niebla*. Explica bien eſte nombre lo que ſucede à aquella Isla, y lo que comunica à las playas mas vezinas. Malogrado el fin de mi detencion, me encaminé à los demás al aguaje, nombrado *Medakal*:

aqui

aqui me ſaludaron dos Rancherias, la propria de aquel terreno, y otra alli vezina al otro lado de la Sierra, ò por mejor dezir de ſu brazo, que tira al Occeano; es mui numeroſa, y la deſeava vér, y hablar por ſer menos diſtante de la Frontera. Se deſpachó gente, para averiguar, ſi havia alguna ſenda: à poco trecho ſe halló un Gentil de aquella Rancheria: nos moſtró las veredas, que à ſu gente ſirven; mas no las pudimos ſeguir, por ſer todas de mal País, empinadas, y en partes acantilladas. Eſte recado traxeron algunos, que bolvieron con el Indio, quedandoſe los demás, para luego que amanecieſſe, hazer la miſma diligencia por otras partes.

El dia primero de Julio ſe envió mas gente, para que ſi ſe hallaſſe algun mal paſſo, ſe conſiguieſſe facilitarle con mas brevedad con el aumento de los gaſtadores, ò trabajadores: bolvieron à media mañana los que fueron à regiſtrar la lengua de arena: traxeron un pozuelo, una taza caldera, un plato de loſa de china, y una buena porcion de cera blanca en paſta. Informaron, que todos los contornos eſtán llenos de tieſtos de eſſa loſa de todas ſuertes, de tibores, platos grandes, y de otras coſas ſemejantes; de clavos, y pedazos de hierro; pero que al ſolo contacto ſe deshazen en polvos aun los clavos, que eſtán todavia metidos en ſus maderos quebrados: hallaſe plomo batido, varias piezitas medianas, y pequeñas de bronze; y lo que en mas abundancia, y con facilidad ſe encuentra es la cera. Por falta de agua no ſe pueden detener mucho; porque la mas cercana es mui ſalada, y ſi no enciende, no apaga la ſed. Todas eſtas coſas, que aqui ſe hallan, indican claramente, que en la miſma lengua de arena baró, ò en ſus contornos naufragó algun Navio, lo que puede ſuceder aun ſin grande tempeſtad, por ignorarſe la coſta. Suele el Occeano derramarſe, quando menos ſe pienſa, ſobre todas las playas, acercandoſe en algunas partes

caſi

casi hasta la Sierra, sin que en la cercania se perciba mas tormenta, que la inundacion: esta sin duda se origina de alguna tempestad à proporcionada distancia. La lengua à cada lado tiene sus esteros, que en aguas vivas dexan seco un lomo mui angosto, que está unido à la tierra firme. Por entrambos lados suelen con frequencia andar Ballenas. En caso, que alguna Nao viniesse à estos contornos, quando el Occeano inundava las playas, se divisarian tal vez tambien aquellos marinos monstruos, y no rezelando algun peligro, daria la Nave en el banco: por esse motivo se navegará con menos riesgo, quando se haya de passar entre la Isla de la Santissima Trinidad, ò de los Cerros, y entre la California, acercandose mas à la Isla, que à tierra firme.

El dia dos por no haver hallado passo, ni poder abrirle por el brazo de la Sierra, para llegar à la Rancheria numerosa, por uno de los suyos se le envió el recado, que explicasse mis deseos, y nosotros nos encaminamos ázia el Nordeste à coger la misma Sierra, que à la ida nos costó tanto trabajo: mas como ya eran conocidos sus passos, se despachó gente, que se adelantasse, para facilitarles. Un Christiano nuevo nos asseguró, que años passados con Gentiles de otras Rancherias, havia ido à cazar à un cerro, en donde dieron fuego al sacate, para espantar à los venados. La noticia no era despreciable: mas las que dán Indios recien convertidos, no se pueden creer tan facilmente: no porque quieran mentir, ò engañar, sino porque suelen equivocarse en sus informes: como era lo mas interior de la Sierra, lo que se havia de penetrar para el registro, se juzgó por mas conveniente, que primero lo reconociessen algunos mas inteligentes, y observassen, si hai sacate con la abundancia, que se podia presumir por el informe, que acabavamos de oir, notando, si por algun lado era accessible, para que fuessemos todos, si se hallava ser ver-

verdad. A este fin se señaló la gente, que havia de ir temprano el siguiente dia.

El tercero proseguimos en subir la Sierra, en cuya cumbre nos esperó con sus Indios armados el Principal de la Rancheria, que yo deseava vér, y no pude por la aspereza del camino. Despues de haverme saludado, unos se bolvieron para traher sus Familias, otros me acompañaron, hasta que paramos en *Laboakal*, sitio de Rancheria, cuyo Capitanejo al presentarse me dixo, que iria à recoger su gente desparramada, que cerca de la noche se juntó. Casi al mismo tiempo llegaron veinte Familias, que traxeron los que fueron à buscarlas desde la cumbre de la Sierra, avisando, que los demás preocupados del miedo no se atrevieron à venir. Otros Gentiles movidos de su natural curiosidad de verme, baxaron del centro de la Sierra; contaronme la refriega, que tuvieron con otra Rancheria, despues que yo havia cruzado aquel País; me asseguraron, que quedaron algunos lastimados, y heridos de una, y otra parte; mas que no havian llegado à pelear con las flechas. Haviendoles oído, les exhorté, como pedia el caso, à la paz, y concordia amigable con todos, y mucho mas con sus vezinos. Con la variacion, y diversidad del dialecto empieza esta Nacion à tenerla en sus armas, que son un palo en la figura de una Elipse imperfecta, no cerrada como la letra O., sino abierta de un lado casi como la letra C., ò G. con las puntas algo ázia dentro. Su circumferencia mayor será como de tres quartas, y media: el palo es duro, no es rollizo, sino chato, y quando le cogen en la mano, para arrojarle, representa una ↄ inversa. Se sirven de esta arma en la caza de liebres, y de conejos, tirandola baxa de modo, que arraștre por el suelo, y si no las matan, las derriban, y hieren. De la misma usan en sus primeras iras, y pendencias repentinas, como preambulo de la pelea, que se haze despues con flechas.

El

El quarto llegamos à un cerro cubierto de pedernales toſcos, aſſomandoſe de trecho en trecho unas piedras mazizas de color de hierro, duras para deſcantillar; alli ſe halló una, que cauſó un movimiento algo fuerte en la abuja de marear, que aplicada à otras del miſmo color ſe movia ya con mucha lentitud. A media tarde bolvieron los que ſe havian deſpachado con el Chriſtiano à vér el paſto, que havia en la Serranía, y relataron haverle ſolamente à trechos; mas que havian hallado un aguaje bien alto con tierras buenas para el riego. La agua no es mucha, y à poca diſtancia deſpues de haver corrido un corto tramo, ſe ſume; mas con las diligencias acoſtumbradas puede ſervir para una corta ſiembra. Eſtá en una loma baxa, y ſalta ſobre un llano de la Sierra: el hoyo del agua no es grande, pero es perene, ſegun informaron los moradores, que con otras quatro Rancherias ſe juntaron con intento de agotarle en una de ſus fieſtas gentilicas: gaſtaron dos dias en ſu faena ſuperſticioſa, y vieron, que con quanto mayor empeño ſacavan agua, tanto con mayor vehemencia brollava: con eſte deſengaño en ſu barbara porfia ceſſaron, perdídas las eſperanzas de lograr ſu intento. Los de la Rancheria de aquel ſitio acabavan de bolver de una lucha con los de otra, y eſtavan mui contentos por haver ſalido vitorioſos. Quando los Gentiles Californios con las frutas del Verano ſe han recobrado algo de ſu flaqueza, que ordinariamente les cauſa la falta de ſuſtento con el frio del Invierno, ſuelen unas Rancherias deſafiar à otras à luchar. Se pudiera tomar eſta coſtumbre por un divertimiento proprio de ſu eſtado, y barbaro miſerable genero de vida, ſi de ahi no ſe originàran ordinariamente ſus ſentimientos, enemiſtades, y peleas. La parte, que es vencida en ſus luchas alza las armas contra la que vence, para borrar aſſi la ignominia del vencimiento. Si los caídos ſon poco mas, ò me-

menos en igual numero de entrambas partes, todas quedan contentas, y conservan la amistad. Les cupo à los Christianos passar la noche en la Rancheria de los Gentiles; y como acostumbran al anochecer juntarse à rezar el Rosario, y Letanias de la Virgen Santissima, y al amanecer la Doctrina Christiana, desampararon aquellos Barbaros hasta sus mugeres, y niños, metiendose entre los Nuestros, para oír mejor lo que se rezava. El camino, por donde havian llegado al llano de la Serranía, y al aguaje, era mui malo: fuelo igualmente el otro de la buelta por la grande aspereza de toda la Sierra, que mira al Occeano, por ser llena de precipicios, de mal terreno, ò de piedras grandes sueltas, y amontonadas. Solamente por el lado del Seno, ò Golfo han hallado los que tomaron por aquel lado un passo mas tratable. Este fué el informe, que dieron, y se creyó, por lo que tienen de inteligentes, y experimentados los que informaron. Para subir à la Sierra, y baxar à los vertientes del Golfo, huviera sido preciso bolver à las cercanías de la Piedad, y de allá encaminarnos otra vez al Norte, lo que no se pudo executar, no solo por los enfermos, sino por los demás, que deseavan lograr la cosecha de sus frutas, y semillas, que ya havia empezado en sus tierras. Y assi queda este informe para direccion de otro viaje, que se hiziere.

El dia cinco en un sitio, en que antes apenas vimos algunos, en nuestra buelta se juntó toda la Rancheria, que es numerosa: se admitió, se agasajó, y la exhortamos, à que por mas cercana se dispusiesse à recibir la Santa Fé: fué à tan buen tiempo nuestra llegada, que por ella se libraron las vidas de dos Infieles, que de otra no mui distante en amistad se havian venido à esta: en aquella murió uno de enfermedad; el difunto al morir, ò sus Parientes cercanos achacaron la muerte al hechizero de la Rancheria, en

que eſtavamos: como los dos haviàn venido acá, aſſi uno de eſta havia ido à la otra de los dos: viendole los Parientes del difunto por ſer de la Rancheria, cuyo hechizero en ſu barbara opinion havia cauſado la enfermedad, y muerte de ſu Indio, quiſieron matarle: mas tuvo la felíz ſuerte de eſcaparſe, y poco antes que noſotros llegó, y contó el agravio recibido, y el rieſgo, que corriò. La venganza ſe devia tomar en las vidas de los dos; pero lo embarazamos, procurandoles deſvanecer ſu barbara fantaſtica creencia. Se perſuaden todos eſtos Gentiles, que las enfermedades, y muertes naturales ſon cauſadas por los hechizeros. Por mas deſcaecidos, que eſtén los viejos, y viejas, aun cayendo ya la miſma naturaleza por la complexion, y muchos años, no obſtante en los achaques de ſu vejéz ſiempre culpan à aquellos malvados. Peor es aun la otra perſuaſion, con que imaginan, que para librarſe de la enfermedad, y de la muerte, es medio neceſſario el matar al que juzgan por autor, ſegun ſu loca aprehenſion, de aquella dolencia, que padecen. Con eſſe diabolico error poco ha, que unos enfermos llamaron à titulo de curarles à un hechizero de otra Rancheria; y como juzgavan, que por ſus maleficios padecian la enfermedad, quiſieron quitarle la vida: mas por la caſual llegada de los Nueſtros, quedó libre el que ya eſtava deſtinado à una cruel ſangrienta muerte; y conociendo el rieſgo, en que le ponia ſu infame oficio, y que ſu vida la devia à los dos Chriſtianos, vino, y ſe bautizó, aſſegurando aſſi, no ſolo la del cuerpo, ſino la mas importante de ſu alma. Atribuyen aſſimiſmo à los hechizeros el poder, para dar ſalud: à eſſe fin en cada Rancheria tienen uno, que es à un tiempo Sacerdote para con los Idolos, y ſu Medico para la curacion de ſus dolencias. Aunque aplican remedios naturales de hiervas, y varias plantas, les dán con mil embuſtes de ſuperſticioſos gritos, y carreras; y fingiendoſe inveſtidos de algun Eſpiritu, tie-

tienen prevenida, ò una eſpina, ò piedra, ò algun animalito de los inſectos: aplican ſu boca al enfermo, chupan, y ſacan con diſſimulo la eſpina, piedra, ò lo que tienen prevenido, y luego aſſeguran, que la enfermedad en la eſpina, piedra, ò lo que fuere ya havia ſalido, y reciben el eſtipendio de ſu trabajo. Los hechizeros de eſta Nacion lo ſon ſolamente de nombre, pues en la realidad ſon embuſteros, ò tambien malvados, que con hiervas, y raizes venenoſas tal qual vez dañan, ò quitan alevoſamente la vida. Uno de eſtos, viendoſe totalmente deſpreciado deſpues que ſu Rancheria ſe havia ya bautizado, la amenazó, para amedrentarla, que él conocia hiervas, y raizes, con las quales vengaria aquel deſprecio. Ya noche llegó un Chriſtiano con aviſo, de que me eſperava en la Piedad la mayor parte de la gente, que ha de tocar à eſta Miſſion nueva, y que entre ella havia muchos enfermos. Con eſta noticia no eſperada, aunque havia reſuelto detenerme aqui con eſtos Indios, que ſon mui broncos, para amanſarles en algo, me fué preciſo al otro dia proſeguir la jornada.

El ſeis antes de ſalir, ſe bautizaron unos parvulos, que ſus Padres Gentiles havian ofrecido. En llegando al otro ſitio, que es de Rancheria rayana, por haver de ella ya muchos Chriſtianos, ſe exhortaron los demás à que ſiguieſſen el exemplo de los ſuyos en abrazar la Santa Fé, y en hazerſe por medio del Bautiſmo capazes de la Gloria: mas alegan el miedo, que tienen de paſſar por eſta Poblacion, quedando alli muchos todavia Infieles, à cauſa de las reciprocas, y recientes hoſtilidades. Aſſeguraronme tambien, que les detenia el temor de morirſe, porque veian, que varios, que ivan à recibir el Bautiſmo, enfermavan, y morian: à mas de eſſo les entibiava la diſtancia, que hai de ſus tierras à San Ignacio Miſſion frontera, prometiendo, que haviendo en cercanía un Padre, ſe agregarian. Vinieron otros dos de la Piedad con la no-

noticia, de que algunos de los enfermos yà empezavan à agravarse: luego se dispuso todo, para que à la madrugada yo pudiesse adelantarme, siguiendome los demás en jornadas regulares.

El siete en compañia del Señor Cabo de la expedicion, y unos quantos de à pié me restituí con forzado, pero felíz viaje à la Piedad, en donde se administraron los Sacramentos à varios enfermos. Este mismo dia siguieron los demás, y passaron la noche en San Everardo.

El ocho llegaron todos à la Piedad con el contento, y consuelo de no haver havido especial trabajo, ni haver muerto alguno, sin embargo de haver enfermado muchos. Con este viaje nos asseguramos de la mucha gente, que vive entre las breñas, y barrancos. Ya teniamos noticia, de que havia muchas Rancherias, pero viendolas, hallamos mucha mas gente de lo que pensavamos. Acercandose un Padre Missionero, y estableciendose en la Piedad, se puede prudentemente presumir, que à mas de los mil Christianos, que ya tiene bautizados, en breve tiempo se le agregáran mas de otros tantos. Esta Nacion, antes que tenga experiencia de nuestro trato, se muestra mui bronca, y brava, y quiere à sangre, y fuego acabar con todos; mas despues con la predicacion, y enseñanza de los Padres, entre todas las de la California, es la que se ha experimentado ser mas docil, para recibir las costumbres christianas, y adelantarse en no pocos de entrambos sexos à pedir la Sagrada Comunion con mucho consuelo del Padre Missionero; y mostrando alguna dificultad en admitirles à tan soberana Mesa, para probar, si su deseo sale de la curiosidad, ò de la Fé, y motivos sobrenaturales, se vé claramente en muchos quanto puede la gracia del Señor. Apreciarán devidamente este fervor en la Fé de estos nuevos Christianos los que saben, quanto cuesta en otras Provincias atraher à los Naturales à

la

la Sagrada Comunion. La laſtima es, que havrá de parar la Conquiſta de eſta pobriſſima neceſſitada Peninſula por falta de ſocorros neceſſarios, para mantener acá à los Miniſtros Evangelicos. Los fondos, que la piedad de los Cavalleros, y Señoras deſeoſas de la ſalvacion de tantas almas franquearon, todos ſe han empleado en las Miſſiones ya erigidas, y que haſta ahora ſe mantienen. Nueſtra Señora de Loreto Patrona de la California mueva los corazones de ſus devotos, para que con ſus caudales ſuplan los ſocorros, que la aſpereza, y eſterilidad de eſte País les niega.

CAPITULO XII.

CRUELDAD, Y OSSADIA DE LOS Indios Apaches, y neceſſidad de reprimirles, para aſſegurar los progreſſos de la nueva Chriſtiandad de la Pimeria.

VIſta la gran muchedumbre de Naciones de la California, bolvamos ya à la Pimeria, y digamos brevemente la grande admirable diſpoſicion de aquellos numeroſos Pueblos, para formar una floreciente Chriſtiandad, ſi ſe lograſſe poner freno à la cruel inſolente oſſadia de los Barbaros. El Apoſtolico Padre Franciſco Euſebio Kino en las repetidas ocaſiones, en que ya haze mencion de eſtos Infieles, les llama Joocomes, Xamos, Summas, y Apaches. Es cierto, que en tiempos paſſados las tres primeras Naciones fueron baſtantemente conocidas, mas ahora, ò ſe han ya acabado, ò los pocos, que han quedado ſe incorporaron, y confundieron con el nombre de Apaches. No ſe ſabe, ſi en algun tiempo ſe convirtieron, ni ſi ſu inconſtancia en la Fé, les ha acarreado el tizne de

Apoſ-

Apoſtatas, como publica el vulgo. El formidable nombre de Apaches ſe ha eſtendido tanto, y por ſus frequentes ſangrientas hoſtilidades ſe han hecho tan temibles, que comunmente à todos los Gentiles belicoſos ſe les atribuye. Pero principalmente habla eſta relacion de los comprehendidos en aquel tramo de tierra caſi circular, que comienza deſde el Real de Chiguagua, cruza ázia el Poniente por los Preſidios de Xanos, Fronteras, y Terrenate, llega al rio Gila, ſube aun ázia el Norte, haſta el Moqui, y nuevo Mexico, rebuelve ázia el Oriente al Preſidio del paſſo, y remata ázia el Sur en el Real de Chiguagua. En eſta dilatada extenſion de tierra, que es de mas de trecientas leguas, viven los tan temidos, como crueles ferozes Apaches eſparcidos, y divididos en Rancherias no mui numeroſas entre Valles, y Serranías mui dificiles de penetrar, ò por la eſcaſéz de aguas en los caminos, ò por lo aſpero, è inacceſſible de ſus montes.

De algunos cautivos, que lograron la felicidad, ò de la fuga, ò de la libertad, cangeandoles con otros, ſe ſabe, que ſon Indios de grande ruſticidad, y ſangrienta barbaridad; que es mui corta ſu ſiembra de frutos; que oprimen con un mui duro trato à ſus priſſioneros; que entre ellos ſe eſconden muchos malvados; que algunos delinquentes, que, ò han fingido abrazar la Fé, ò temen la Juſticia por ſus enormes delitos, ſe les agregan; que el ſuſtento mas al guſto de ſu brutalidad es la carne de cavallos, y de mulas; que en el cuerpo van deſnudos; que en ſolo el calzado ſe diferencian de otros Barbaros, porque de las pieles forman en una pieza zapatos, y botines, con que es mui facil conocer el raſtro de la vereda, por donde cruzan, ſi ſe apean; que en las cavallerias no uſan de ordinario ſillas, ſino una piel atraveſſada ſobre las eſpaldas del bruto; que ſin embargo corren con la mayor ligereza; que en ſus acometimientos acoſtumbran la comun algazara, y griteria

de

de los Indios de esta America; que es tan grande, que à los mas animosos infunde miedo. Con todo el valor no corresponde, antes es tal su cobardia, que por lo comun à poca resistencia, que reconozcan, se retiran, valiendose solamente para sus tan frequentes, como barbaras hostilidades de la alevosía, de la traicion, de assaltos improvisos, de celadas mui dissimuladas, mas casi nunca del acometimiento à cara descubierta. Al verse vencidos como cobardes Barbaros se humillan; mas apenas se recobran algun tanto, y se les presenta alguna ocasion, para usar de sus ordinarias mañas à su salvo, quando buelven à su antigua crueldad, y barbaro furor. Muchas vezes han jurado pazes con toda solemnidad, y con todo al lograr algun lance, las quebrantan, sin el menor sonrojo.

La piedad de nuestros Catholicos Monarcas, que tanto desea la sujecion, y enmienda de estos infelizes, ha dispuesto, que no solo al pedir las pazes, se las otorguen, sino que quando sus armas se vean precisadas à castigarles, antes de executarlo, repetidas vezes de antemano se las ofrezcan. Esta christianissima conducta, no pocas vezes ha causado en su corto alcanze, y nativa incapacidad la persuasion, que estas diligencias eran hijas del miedo, y no afectos sinceriſſimos de la charidad mas christiana, que en sus Cabañas todavia no conocen, ni aun les ha llegado à amanecer. Sus armas son arco, y flecha, que manejan con gran destreza, con ligereza casi increible, y con tal brio, y fuerza, que las primeras, que disparan, si no se evitan, no tienen resistencia bastante en adargas, ò vestidos por fuertes, è impenetrables, que se prevengan. De las armas de fuego en moderada distancia poco se rezelan, frustrando sus tiros, ò arrojandose à tierra al menor assomo del disparo, ò torciendo, y declinando lentamente el cuerpo à las balas; y mientras el Soldado buelve à cargar, despiden de sus arcos sin cessar ocho, ò diez flechas, y ha de ser gran feli-

felicidad, que ocupado en su faena, no le alcanze alguna, ò que pueda prontamente desviarlas todas.

El motivo principal de sus tan frequentes hostilidades, es el robo de las cavalladas, y mulas: con esta comida tan de su gusto están tan embelesados, que sacrifican barbaramente sus vidas à trueque de conseguir su loca atrevida pretension. Es casi fama publica, que al bolver de sus correrias, las mugeres con sus familias celebran la felicidad de su campaña, si vienen cargados de despojos, y de cavallerias, aunque muchos de sus Parientes hayan perecido en la refriega. Es grande el triumpho, que en semejantes robos presumen haver alcanzado, y à medida de su loca barbara presumpcion son los regozijos, festejos, bailes, y danzas, con que las Indias celébran el valor, y felíz suerte de sus maridos. Mas si al contrario buelven, sin haver logrado lance alguno, aunque ninguno haya perecido en los encuentros, es grande la tristeza por su malograda campaña: es tan vivo su dolor, que le muestran con sus muchas lagrimas, y sollozos por la infelicidad de su jornada. La brutal comida de los cavallos les haze tan hediondos, que el hedor les manifiesta à buena distancia; y aun los brutos, que passan entre los Indios, y Pueblos de los Christianos, no sé con que instinto, ò rezelo natural, reconocen la cercania de estos sus mortales enemigos, manifestandolo con los ademanes mas expressivos de su temor, como que piden ser defendidos, y protegidos del imminente peligro, en que se hallan.

Estos Barbaros confundidos todos con el renombre de Apaches, son los que por mas de ochenta años desde el tiempo del Padre Kino, y aun antes hasta oy, hazen annuales invasiones en la Provincia de Sonora, y sus contornos, dexando impracticables los caminos, ò sumamente arriesgados, y llenando de continuas zozobras los animos de todos sus moradores.

Estos

Estos sangrientos inhumanos Infieles son mui arrojados, y sin miedo; y aunque su principal intento es el robar, es casi increible la carniceria, que executan, ò en los que defienden sus bienes, y haziendas, ò en los que encuentran, para que no avisen, ni dén noticia de su invasion. Pocos son los cautivos, que reservan, ò para su servicio personal, ò para cangearles con algunos de sus Parientes, que los Nuestros aprissionen; à todos los demás les passan à sangre, y fuego, si se les oponen, ò causan algun estorvo. Con sus perdidas no escarmientan, y con sus victorias se engrien con un barbaro insolente orgullo. Casi todos sus ardides les discurren, y proporcionan de suerte, que les logran, aunque contribuye no poco el nimio descuido de los Nuestros, y la sobrada confianza, que de sí tienen, franqueandoles assi no pocos lances, que deviera evitar la vigilancia. Muchos son los Soldados, que pagaron su descuido con la vida, en donde no imaginavan riesgo, saliendoles de improviso los Apaches, que cruelmente les sacrificaron à su furor. La misma desgraciada suerte tuvo el Capitán Escalante, de quien se ha hecho mencion en esta Historia; y havrá como quinze años, que el ultimo, que lo fué del Presidio de Fronteras Juan Bautista de Ansa, hombre practico, y valeroso, y que se havia hecho temer de los Barbaros, quedó oprimido por no considerar su riesgo; porque al salir de la Mission del Padre Ignacio Keler, le previno aquel prudente Jesuíta, que fuesse con cuidado, y con la gente de su Compañia bien unida, por ser casi cierto, que le saldrian los enemigos en su camino, añadiendole aun para mas estimularle à una cuidadosa vigilancia, que se havian reconocido pisadas mui recientes, que sin duda eran de los Barbaros, que espiavan la coyuntura, para hazer su tiro: lo practicó, y cumplió el Capitán en su viaje mientras anduvo entre Serranías encaxonadas, en donde solian acometer los Apaches; mas al hallarse

ya en campo abierto, juzgando haver evitado todo el peligro, se adelantó un poco, y detrás de los matorrales le assaltaron, le derribaron, y en pocos instantes le despojaron el casco de su cabellera, para celebrar su triumpho, sin que los de su comitiva pudiessen llegar à sazon de ayudarle. Lo mismo experimentaron algunos Españoles bien armados, que defendian una estancia, y à su sombra descansavan con quietud sus familias: los enemigos à poca distancia de la casa conducian una porcion de cavallada, que havian robado, con el malicioso ardid de que los hombres les siguiessen, para quitarles aquel ganado: assi lo hizieron, y haviendose alejado como media legua, otra porcion, que estava escondida de retén, embistió la desguarnecida estancia, y executó en la familia la carniceria, que le dictava su barbara furiosa rabia.

Fuera materia mui dilatada, si quisieramos referir las funestas lastimosas tragedias, que casi todos los años acontecen: basta dezir, que no es possible hazer computo exacto del numero de Christianos, que han muerto à manos de los Apaches, y fuera fastidiar à los lectores solo el insinuar los Pueblos, Haziendas, Estancias, Rancherias, y Minas, que para huír de la crueldad de estos Barbaros, se han desamparado, y despoblado. Si en las Fronteras hallan poco ganado, que robar, sin rezelo las dexan à las espaldas, se internan en lo poblado, y arrebatan quanto encuentran, confiados del descuido, y luego por veredas mui distantes ponen en salvo sus vidas, y sus robos. En sus retiradas son tan velozes, que despues de haver executado ya su assalto, y conseguido el hurto, en una sola noche caminan diez, doze, y cerca de treinta leguas, sin detenerse, aunque las cavallerias se les cansen, matando la que no puede seguir la tropelía, ò se inutiliza. Por esse motivo es grande la dificultad de poderles dar alcanze; porque despavoridos los Pueblos, desprevenidos los vezinos, y turbados con

la

la obſcuridad de la noche, que es el tiempo mas ordinario, de que ſe aprovechan, quando ſe recobran del ſuſto, y ſe aperciben, para ſeguirles, ya eſtán tan diſtantes, que canſan, y rinden ſin fruto alguno al mayor valor. Aumenta eſta dificultad la ſituacion de los Pueblos: ſi es en campaña raſa, mas facilmente huyen los Barbaros, eſparciendoſe por veredas diferentes; ſi es en montes, y ſerranías, es mas arduo perſeguirles con poca, ò ninguna eſperanza de alcanzarles. Se puede verdaderamente aſſegurar, que ſi los Nueſtros logran algun buen lance, para eſcarmentar à ſu barbara oſſada crueldad, mas es caſualidad, que acierto.

De aqui ſe podrá inferir el continuo rieſgo de los Padres Miſſioneros de eſta Provincia, en que de caſi treinta Miſſiones ya eſtablecidas mas de veinte eſtán ſujetas à eſta tan formidable plaga, ſin que por parte alguna tengan, ni mediana ſeguridad de no ſer embeſtidos, combatidos, y cautivados. De eſte miſmo continuado rezelo nace la dificultad caſi inſuperable de poder exactamente adminiſtrar, y doctrinar à los hijos de los Pueblos de Viſita apartados de la cabezera, ni pueden obligar à mayor puntualidad à los Indios, que vén expueſtos à tantos rieſgos, y preciſados à eſtar caſi ſiempre con las armas en las manos. Los bienes de la Miſſion quedan ſujetos igualmente, que el corto ajuar de los Naturales, à los improviſos frequentes robos de los Barbaros; y ciertamente cauſa el mas vivo inconſolable dolor perder de repente lo que cueſta tantos años de afanar, para mejorar en utilidad, y provecho de los Indios los bienes temporales: y ſi verles hechos deſpojos de ſus mayores enemigos tanto aflige, quien podrá ponderar la congoxa, que oprime à ſus paternales corazones, al mirar executadas enormes crueldades en ſus hijos, que tanto eſtiman, y que à coſta de tantas fatigas reengendraron en Chriſto?

CAPITULO XIII.

MEDIOS APLICADOS PARA CONTENER la ferocidad de los Apaches.

LOs Presidios, que se han puesto en las Fronteras, para contener tantas hostilidades, no hai duda, que son utiles, y aun necessarios; porque sin ellos serian mucho mayores los estragos de su furor, y mas orgullosa su insolencia: es tambien constante, que varias vezes han dado terribles golpes, y bastantes escarmientos à su ossadia. No obstante no pueden executar lo que convendria, para enfrenar su barbaridad; ya por sus malicioſos ardides, que no se pueden siempre penetrar; ya por su ligereza en retirarse, sin que se les pueda alcanzar; ya por las excessivas distancias, à que prontamente los Soldados no pueden acudir. De estas razones no se hazen cargo los que experimentan los estragos, atribuyendo toda la culpa de sus daños à los Presidios, teniendo por poco valeroſos à los Soldados, y aun notando de cobardes à los Capitanes. Estas quexas no son nuevas: desde el tiempo del Padre Kino se vén en las cartas, que le escrivian, las mismas clausulas. Tampoco se puede negar, que el empleo de Capitán en aquellas Fronteras, es mui peligroso, siendo preciso, para cumplir con las obligaciones de aquel cargo ponerse en continuo movimiento, y exponerse à repetidos casi continuos riesgos. Si faltan à su dever, son imponderables las consequencias, que cargan sobre sí, por las muertes, perdidas de bienes, y atrassos de nuestra Santa Religion, que forzosamente se han de seguir. No se les puede embarazar, que atendiendo al bien comun, no olviden el particular de su familia; mas si apetecen el empleo para su proprio aprovechamiento, y para adelantar

lantar ſus intereſſes, deſcuidando de la ſeguridad, y defenſa publica, no es tolerable tan perjuizial deſorden, de que ſale como de ſu fuente una continua perenne inundacion de calamidades con la total ruina de la Republica, y de eſtas nuevas Chriſtiandades, de que ſerán reos, no ſolo en el Divino Tribunal, ſino en el de nueſtro Catholico Monarca.

Mas llegando à los caſos particulares, no ſe puede facilmente definir, quien tenga la culpa de tan funeſtos acontecimientos; ſiendo aun à los preſentes mui dificil dicernir, de quien ſea el delito, lo es mucho mas à los diſtantes, que ſolo pueden governarſe por informes, ſin penetrar, ſi ſon legitimos, ò dados por la malicia, ò emulacion. Con todo ſe puede aſſegurar, que deſde la muerte del Capitán Anſa, ha declinado de ſuerte el eſtado de la Provincia, que de cada dia deſcaece, y ſe deſcubre tan diferente del paſſado, que ſaca lagrimas del mas vivo dolor à los zeloſos del bien de la Religion, y de la Monarquia: no ſe ha oído en eſtos tiempos faccion glorioſa: ſe repiten mas à menudo las deſgracias: ſon mayores los temores: ha llegado à lo ſumo el orgullo de los Barbaros: ſi antes una, ò dos vezes hazian ſus entradas, ſon ahora mas continuos los aſſaltos: ſi acometian por una, ù otra parte, ahora penetran tan atrevidamente por la que ſe les antoja, que todos peligran igualmente, ſin que ni una eſté ſegura: ſi ſe contenian en las Fronteras, llegan ahora al centro, y corazon de la Provincia: ſi ſe aſſomavan pocos, y aun con cobardía, ahora ſe vienen à centenares, y acometen con inſolente orgulloſo atrevimiento. Para atajar daños tan conſiderables, los Padres, y Superiores de aquella Provincia, antes que llegue la ultima deſtruccion de aquella florida Chriſtiandad, y ſea deſpues preciſo reſtablecerla con exceſſivas ſumas de dinero à coſta del Real Erario, lo que ahora ſe pudiera remediar tan facilmente, han hecho ſus recurſos à los Governadores de la

Pro-

Provincia, han presentado sus pretensiones, y declarado los peligros à los Señores Virreyes, pero sin ver los efectos de sus clamores, ya por no tener unos autoridad bastante, para aplicar el remedio, ya por no querer otros creer tan urgente necessidad, atribuyendo à sobrado miedo las representaciones, y escusandose de ocasionar gastos extraordinarios à la Real Hazienda. Repitieron con mas viveza à impulsos de su zelo tan importantes representaciones los Padres año de mil setecientos, quarenta, y siete con tan evidentes pruebas de la siempre mayor ruína de la Provincia, que los Superiores de la Compañia de Jesus en Mexico juzgaron ser indispensable obligacion acudir con memorial al Señor Virrey, y suplicarle con el mayor rendimiento el pronto, y eficáz remedio.

Supieron con esta ocasion, como su Excelencia se havia aplicado con mucho desvelo à la defensa de la Provincia, expidiendo providencia por consulta, que le havia hecho el Señor Auditor de Guerra el Marquès de Altamira, que se hiziesse todo el esfuerzo, para reprimir la altivéz del barbaro Apache. La disposicion fué mui bien ordenada con confianza, y bastante seguridad, que havia de lograr un felíz exito la Campaña, que se havia proyectado. Fué la orden, sin dar lugar à interponer escusa, ni dilacion con comminacion de severa multa executada en qualquier renitente, que por los Presidios por la mayor parte vezinos à los Barbaros, esto es, por los de la nueva Vizcaya de los del passo, nuevo Mexico, Xanos, Fronteras, y Terrenate salieffen de cada uno à lo menos treinta Soldados acompañados de otros Milicianos Españoles, y porcion correspondiente de Indios, y que todos à un mismo tiempo acordado antes entre sì, entraffen por diferentes caminos al centro de la Apacheria, en donde devian unirse estas Esquadras, y que si hallaffen resistencia, batiessen al enemigo, le echaffen de sus guaridas, le despossyessen de las armas,

armas, y le obligaſſe à la paz. No hai duda, que eſta entrada por tantas partes huviera enfrenado à los Infieles, ò à lo menos impedido, que no ſe atrevieſſen à nuevas excurſiones.

Los Padres de Sonora por lo que tocava à ſus dos Preſidios de Fronteras, y Terrenate concurrieron guſtoſos à eſta empreſſa, ſubminiſtrando de ſus Miſſiones Indios, cavallos, viveres, y dinero; porque teniendo la jornada por mira principal la defenſa de ſu Provincia, devian cooperar al buen ſuceſſo en quanto ſus fuerzas alcanzaſſen, y lo huvieran continuado los demás años, ſi ſe huvieran reiterado las entradas, como queria el Señor Auditor: eſta repeticion de jornadas, lograndoſe algunos ventajoſos ſuceſſos, huvieran ciertamente debilitado al enemigo, enfrenado ſu oſſadia, y embarazado ſus progreſſos; pero un acaſo improviſo con la orden mal entendida, y ſinieſtramente executada deſvaneció todas las eſperanzas de eſta Campaña. El Governador de nuevo Mexico, que devia concurrir con mayor numero de gente, deſcubrió la traicion de ciertos Indios confinantes à ſu Provincia: como enemigos ſolapados, aunque algun tiempo ſe ocultaron con la eſpecioſa agradable capa de amigos, manifeſtaron finalmente ſu alevoſía, obligando à los vezinos de aquel ſu Govierno à bolver contra ellos todas ſus armas: aſſi lo hizieron, executando con ellos un exemplar caſtigo: por eſte motivo faltó la Tropa de eſte Cabo en la ideada jornada. Los otros cinco en vez de entrar por el País enemigo cada uno por ſu lado, ſe juntaron todos, y aunque penetraron por ſus tierras, no ſe logró el fin pretendido; porque los Apaches les franquearon el paſſo ſin reſiſtencia, viniendo à invadir las Fronteras deſguarnecidas de Sonora.

Lo mas laſtimoſo fué, que aunque à cierto Sugeto deſeoſo de la Conquiſta de la Provincia de Moqui, ſe havia permitido, que quando el Governador

de

de nuevo Mexico bolvieſſe de la Campaña contra los barbaros Apaches, pudieſſe conducir ſus armas à la pretendida ſujecion de aquella Region, para ſolicitar ſu converſion, viendo impedido el concurſo con ſu Tropa à la expedicion tan encargada, acudió à los otros Capitanes, para conſeguir ſu deſeada Conquiſta: ſe rindieron aquellos Cabos al reſpecto, olvidando el importante fin de ſu jornada; y el efecto fué, que ni pudieron llegar al Moqui por falta de viveres, ni obraron contra el Apache, que era la mira principal de la empreſſa, y perdidos los cavallos, faltos de alimentos, fatigada la Tropa, bolvieron ſin conſeguir ventaja alguna, quexandoſe juſtamente la Provincia de Sonora, de que ſus contribuciones, para reprimir aquellos ferozes Barbaros, ſe divirtieſſen, ſin ſaberſe con que juſticia, à empreſſas tan diferentes, que no ſolo no le ſervian de utilidad alguna, antes la dexavan expueſta à mayores deſgracias, y à mas fatales invaſiones de aquellas irritadas fieras.

Mucho ſe ſintió en Mexico, que eſta empreſſa tan bien trazada, y diſcurrida en vez de aprovechar, acarreaſſe mayores daños. Se ordenó para lenitivo de tan juſto ſentimiento, como conſta de las cartas ultimamente recibidas, que ſe executaſſe nueva Campaña, y de hecho ſe juntava ya la Tropa por el Otoño del año de mil ſetecientos, quarenta, y ocho à mas de los Milicianos, y ducientos Indios Oparas, y trecientos Pimas, que de nuevo aviaron los Padres de aquella Provincia con los ſocorros, que les permitia ſu pobreza. Por cartas de Sonora ſe acaba de ſaber el exito de eſta jornada. Salieron los Soldados del Preſidio de Fronteras, internandoſe en las tierras de los enemigos; mas haviendo por el Eſtio del año paſſado de mil ſetecientos, quarenta, y ocho eſcaſeado mucho las lluvias ordinarias, cayeron deſpues mui abundantes por los meſes de Noviembre, y de Deziembre, que eran el tiempo de eſta glorioſa empreſſa: no obſtante montaron

ron la Sierra de Chiguiſagui, ordinario refugio de aquellos Barbaros; hallaronlo todo deſpoblado, ſin poder deſcubrir, ni el menor raſtro de ſu retirada por la mucha nieve, que havia caído en las cumbres, y haviendoſe derretido borró las huellas de los Infieles fugitivos. Al retirarſe el Campo, ſe acometió una Rancheria de los Apaches, cautivando diez, y dexando muertos algunos otros en el abanze. Eſte fué todo el fruto de eſta Campaña, ſin producir el que con tanta razon ſe havian todos prometido: no obſtante deſpues ſe han experimentado mejores efectos; porque una porcion de aquellos Barbaros pidió la paz en el Preſidio de Janos, ofreciendo poblar en ſus cercanias, para vivir con quietud. Otra Rancheria ſuya practicó la miſma diligencia en el de Fronteras, añadiendo aun en ſu peticion la de un Padre, que les doctrine. Con todo poco ſe puede fiar de la inſtabilidad, y poca legalidad ya muchas vezes experimentada de tan aſtutos fingidos Indios: y aun quando ſe reduxeran todos eſtos, fuera mui corto el numero, que ſe quita à ſu tan numeroſa Nacion. Quiera Dios, que reconocidos finalmente abrazen la Santa Fé, y que con ſu exemplo amanſen, y atraigan à otros Parientes ſuyos; y en todo caſo quanto mayor numero ſe ſepare de tan ferozes enemigos, tanto menos tendrán, que temer las Miſſiones de la Provincia de Sonora.

CAPITULO XIV.

MEDIO MUI EFICAZ PARA ENFRENAR el orgullo de los Apaches.

ASſi el Padre Kino, como el Padre Sedelmayer tan experimentados en todo lo tocante à la Pimeria alta, y à ſus vezinas Naciones inſtaron, y ſolicita-

ron la fundacion de una nueva Villa en las orillas del rio Gila con su Presidio; porque colocado este en tierras pingues, y fertiles daria facilmente principio à una no despreciable Poblacion, admitiendose por Soldados con sueldo las cabezas de familias: de esta suerte formavan todo un Lugar, que dentro de pocos años, passando de Presidio à Villa, se halle con bastantes fuerzas, para exercitar sin nuevo gasto de la caxa Real en calidad de vezinos, y moradores las mismas funciones, que antes à titulo de Soldados, y Presidiarios. Tendria este proyecto aun mas segura subsistencia, si se agregassen con su devida division cien Indios con sus familias armados à su modo, y segun su costumbre: esto con cortas expensas de la Real Hazienda, ò con alguna excepcion devida à su exercicio pudiera facilmente conseguirse, como en caso semejante propuso con no menor solidéz, que prudencia en Informe separado à su Magestad el Governador de Cinaloa Don Agustin de Vildosola, à quien el Rey encargava en su Real Cedula del año de mil setecientos quarenta, y quatro, que diesse como practico, y perito su parecer acerca de los puntos, que aquellas Reales letras contenian. Y porque no se podrá esperar, que esta Villa assi dispuesta aun mas, que con las armas, podrá con industria, y buen exemplo amansar, y convertir la indomita Nacion de los Apaches? Lo cierto es, que este efecto casi assimismo se ha conseguido en la nueva España con los Indios Chichimecos, que tanto estorvo hizieron à la extension de los Reales Dominios; y los que con armas nunca fueron rendidos, con Poblaciones establecidas en sus tierras se sujetaron al yugo de Christo, y abrazaron la paz, que antes fiados en sus fuerzas rehusaron. No hai motivo, para que en el nuevo Presidio, ò Villa no se pueda esperar esse feliz sucesso, si los primeros Ministros del Evangelio procuran, como es devido, atraher con suavidad, y agasajo, y con

nueſtras de verdadero, y fino amor algunas familias de los Apaches: eſtas ateſtiguando deſpues à ſus Parientes el buen trato, amiſtad, y hoſpedaje, que han recibido de los Miniſtros Seculares, y Eclesiaſticos, y de todos los vezinos, les perſuadirán amor à la Fé, y à la Nacion Eſpañola: borrada aſſi la averſion, les entrará la aficion, y ceſſando las armas, reinará la paz, y triumphará la Fé de Chriſto. Y aunque los mas envejecidos entre los Barbaros nunca ſe olvidáran de ſu antigua oposicion, ſus hijos à lo menos criados ya con diferentes documentos, y enſeñanza ſeguirán diſtinto rumbo, dedicandoſe inſenſiblemente al culto del verdadero Dios, como la experiencia ha enſeñado haver ſucedido entre otras Naciones barbaras de eſta nueſtra America.

Promoverá no poco, y fomentará los buenos ſuceſſos, que ſe deſean, aquella ſubordinacion de los Soldados à los Miniſtros del Evangelio, que Su Mageſtad manda en ſu Real Cedula; y aunque parece eſtraña, y algunos juzgarán, que ſaca las coſas de ſus quicios, es cierto, que tuvo motivos mui ſuperiores iguales à la ſoberana comprehenſion del Legislador. Si eſtas tierras ſe aſſemejáran à las vaſtas Regiones del Paraguay en la caſi total ſeparacion de los Neofitos de los antiguos Chriſtianos Eſpañoles, no fuera neceſſaria eſſa orden; porque el exemplo de los que viven menos ajuſtados à las obligaciones de la Santiſſima Ley, que profeſſan, no les podria cauſar el grave eſcandalo, que ahora tienen à viſta por acá las recien eſtablecidas Chriſtiandades; y hallandoſe en eſtas tierras con la peligroſa proximidad de los crueles barbaros Apaches ricos minerales de plata, y de otros metales, no es dable carecer del auxilio, eſcudo, y defenſa de las armas Eſpañolas. Mas ſiendo ſu concurſo ineſcuſable, para ocurrir à males de tan funeſtas conſequencias, con grande acierto diſpone nueſtro Catholico Monarca, que con la moderada ſubordinacion

ya expreſſada ſe eviten los exceſſos, en que pudieran incurrir los Militares, ſi no tuvieran quien à impulſos del zelo contuviera, y moderára ſus paſſiones. Ya inſinuamos en eſta Hiſtoria las demaſias de algunos, que tienen empleo de Vara de Juſticia: otras no inferiores ſe han viſto de Soldados, que con licencia Militar penſaron ſerles licito, quanto les dictó el antojo: eſtas nimiedades ſiempre culpables, con mas razon ſe deven evitar entre nuevas Chriſtiandades, por ſer mas peligroſas en lo eſpiritual, y temporal las conſequencias à vezes irremediables, que juſtamente ſe han de temer, y en algunas partes han dado tanto, que llorar à los mas zeloſos del bien de las almas, y de la Monarquia.

En la reduccion de la California al principio eſtuvo eſſa ſubordinacion; ni los Cabos, ni los Soldados ſe atraſſaron, antes mucho ſe adelantaron; en coſa alguna no fueron vexados los Indios; ni entre aquellos Preſidiarios huvo diſenſiones, ù otros exceſſos, que corregir. Mas quando no muchos años ha, ſe aumentó el Preſidio con el numero de los Soldados, que ſe colocó en el Cabo de San Lucas, el Señor Virrey de Mexico, que entonces era, quiſo mudar el eſtilo haſta aquel tiempo practicado; eximióles de toda connexion, y dependencia de los Padres; y fueron en poco mas de un año tan graves los inconvenientes, que ſe experimentaron, tan enormes los exceſſos, de que quedó convencido, que aquel miſmo Excelentiſſimo Cavallero ſe vió preciſado à ſacar al Cabo de ſu empleo, y à ordenar la miſma dependencia, que ſe ha ya evidenciado tan neceſſaria, util, y provechoſa, como dañoſa, perjuicial, y nociva la falta de ſubordinacion. No ignoran los Padres, que eſta manera de Govierno les acarrea odios, averſiones, murmuraciones contra ſu porte, calumnias, y teſtimonios denigrativos, de que ſon codicioſos de eſtender ſu honra, y ſu mando, no ſolo en lo Eccleſiaſti-

ſiaſtico, ſino aun en lo Politico, y Militar, entremetiendoſe en lo que excede ſu eſphera, y no correſponde à ſu eſtado, y añadiendo, que ſe ván trás los bienes temporales, que quieren manejarles, diſponerles à ſu guſto, y ſegun otros uſurparles. Tambien ſaben, que eſſe tal qual manejo, aunque no ſe intereſſen en tenerle, ſolo les ocaſiona mayores moleſtias, duplicados trabajos, y faſtidioſos cuidados; mas todo lo ſufren de buena gana con el fin, de que no ſe atraſſe el ſervicio de Dios, y el bien de las almas, que vén aligado à eſte modo de conducta, aunque tan à coſta ſuya.

Si eſtas nuevas converſiones, que ſe ſolicitan, ſe eſtablecieſſen con eſta ſubordinacion, ò en todo, ò en parte, ciertos ſerán los trabajos, y cenſuras, que padecerán los Miſſioneros; mas ſiempre tendrán à ſu favor eſta expreſſa Real Catholica orden; y aunque tal vez no dexará de haver algunos, que por ſus particulares fines la murmuren, no ſé ſi ſe atreverán tan facilmente à quebrantarla, y fruſtrarla de ſu tan devido cumplimiento.

Sobre eſſe punto, y los demás de la Real Cedula llegó à la Corte de Madrid la repreſentacion del Padre Provincial de la nueva Eſpaña: preſentóſe, y ſe reflexionó con la mas ſabia prudente conſideracion en el Real Conſejo de Indias ſu contenido: ſe examinó todo, y enterado Su Mageſtad de lo reſuelto en aquel Sabio Senado ſe dignó expedir en quatro de Deziembre de mil ſetecientos, quarenta, y ſiete nueva Cedula al Señor Virrey de la nueva Eſpaña, en que inſertando la otra, le previene, que viſta la repreſentacion del Provincial de la Compañia de Jeſus (enviandole un traslado) examine todos, y cada uno de los puntos contenidos con la atencion, que pide ſu gravedad, è importancia, valiendoſe para el mayor acierto de informes de Perſonas de ſu ſatisfaccion, que le aſſeguren la conveniencia, utilidad, y neceſſidad de

los

los articulos contenidos en la copia, que le remitia, y que liquidados cumplidamente, por sí mismo, sin aguardar nuevas ordenes de la Corte, les execute, y cumpla puntualmente, encargandole por fin, que con especial cuidado, y con la mayor vigilancia se aplique à la conversion de la Nacion de los Serys, de los Papagos, de los Pimas altos, (son los que se hallan en el rio Gila), y de los Sobaypuris.

Y para mas assegurar tan santo fin, ordena, que se haga todo el esfuerzo en contener las hostilidades, robos, y crueldades de la Nacion Apache. Esta es como en compendio la ultima Real Cedula: nueva, y convincente prueba del ardiente zelo de nuestros Catholicos Monarcas: quiera Dios, que à medida de tan glorioso christianissimos deseos se proporcionen, y correspondan à los informes, que se hazen, los efectos, que se esperan, y las obras, que se han de executar, para lograr finalmente, que la luz del Evangelio alumbre à tantos Pueblos, que se hallan en la sombra de la muerte, y à tantas Naciones, como cada dia nuevamente se descubren, sin que hasta ahora se pueda saber, ni aun congeturar, passadas las orillas del rio Colorado, en donde remaren aquellas dilatadissimas tierras, ni en donde se acaben las Poblaciones, ni quanto sea el numero de Infieles de aquellas incognitas estendidissimas Regiones, que hasta ahora ninguno ha pisado, ni penetrado sus espacios casi immensos, ni registrado el terreno casi sin limites, que ofrece en tan numerosas Gentilidades copiosissimos frutos de innumerables almas: de esto quanta gloria resultaria à Dios? Quan grande ampliacion à la Iglesia? Y quanta extension à la Monarquia Española? Qué monumento mas glorioso podia erigirse al Rey Catholico, que el de franquear puerta tan espaciosa à la dilatacion del Santo Evangelio, de la Iglesia, del Imperio de Jesu-Christo, y del suyo, ganando para el Cielo tantas almas, y para sí tanta gloria, tan-

tantos Dominios, y tal vez en aquellas hasta ahora no conocidas Provincias copiosissimos thesoros? Dios nuestro Señor, en cuyas manos están los corazones de los hombres, se digne derramar sus gracias, para que finalmente aquellos desamparados Pueblos le sirvan, amen, y glorifiquen.

CAPITULO XV.

ESTADO PRESENTE DE LA Christiandad de la Pimeria alta.

EN esta Historia no pocas vezes se ha assegurado la fidelidad de los Indios Pimas desde los primeros años de su conversion: un solo alboroto, que causó la muerte del Venerable Padre Saeta nació de la inquietud de pocos Infieles, en que no tuvo parte el comun de su Nacion, y à poca diligencia se desvaneció. Muchas vezes calumniosamente se les achacó rebelion, y alzamiento en tiempo del Padre Kino, que no poco trabajó en probar su fidelidad, y en evidenciar su pacifico sincero porte; mas es preciso ya confessar, que al fin del año passado de mil setecientos, cinquenta, y uno, quando menos se temia semejante novedad, prevaricó la Nacion, y se precipitó en un abismo de traicion, trocando la gloria de su passada fidelidad en la mas fea vil infamia de declarada rebelion, y barbara crueldad.

El dia catorze de Enero del presente año mil setecientos, cinquenta, y dos llegó à esta Capital de Mexico Correo despachado del Governador de la Provincia con muchas cartas de los Padres, en que todos contextes assiguran, que un Indio Pima llamado Luis (que en varias Campañas havia dado muestras de valor, de esfuerzo, de buena conducta, de acreditada fidelidad, y satisfaccion tan entera, que se

le

le nombrò Capitán de los ſuyos) movido de alguna paſſion, ſin que haſta ahora ſe haya averiguado radicalmente la cauſa verdadera de tan deteſtable alevoſía, convocó con tan cauteloſo ſecreto la mayor parte de ſu numeroſa Nacion, que ninguna coſa tranſpiró: ni los Padres, ni los Eſpañoles de aquellos contornos tuvieron la menor ſoſpecha; y aunque el miſmo dia deſtinado para la traicion, ſe dió alguna noticia al Padre Superior de aquellas Miſſiones Jacobo Sedelmayer, no la creyó ſu experimentada prudencia, por no haver reconocido cauſa para tanto movimiento, ni indicio alguno en el traidor Luís; pero juntas finalmente el dia veinte, y uno de Noviembre del año paſſado las gentes, y Eſquadras de Indios atrahidas con la perſuaſion, y autoridad de aquel ſolapado alevoſo Barbaro, comenzó el alboroto al anochecer en el Pueblo del Saric ſituado ázia el Oriente reſpecto de Tubutama, de donde diſta de cinco à ſeis leguas, y era Miſſion nuevamente erigida, en que aſſiſtia el Padre Juan Nentuig: aqui de repente mataron los Pimas à los Eſpañoles, que encontravan, pocos pudieron eſcaparſe, ſiendo uno aquel Padre; que acabava de ſaber la traicion: ſolo ſe puſo en camino, y llegó à pié à juntarſe con el Padre Sedelmayer en Tubutama: paſſó luego acá el grueſſo de los alzados, cercando en la Caſa, è Igleſia à los dos zeloſos Jeſuítas: metieron fuego los rebeldes al Templo recien fabricado; y ocho Perſonas entre vezinos, y Soldados, que caſualmente ſe hallaron alli, para ſalvar las vidas de los Miſſioneros, y las ſuyas, ſe defendieron en el Cementerio dos dias, y una noche, en que con varios aſſaltos les combatieron los ſedicioſos, quedando el Padre Sedelmayer laſtimado gravemente en la cabeza, y herido con dos ſaetas: conſumidas ya las municiones, y muertos dos de los que peleavan, cubiertos con las tinieblas de la noche deſampararon aquel puеſto, y por varios rumbos procuró

cada

cada uno ponerse en salvo, sin que por especial amorosa providencia del Señor lo advirtiessen los rebeldes.

El Padre Sedelmayer encontró un Indio à cavallo, y con este alivio pudo acogerse à la Mission de San Ignacio, distante casi veinte leguas de Tubutama, en donde curó, y recobró de sus heridas. Aqui tambien tenian el rezelo de ser assaltados; mas en breve le perdieron, por haverse juntado alli vezinos, Soldados, y armas, con que ya no temian al enemigo. Algunos Españoles de la cercanía de Tubutama lograron tambien la dicha de salvarse: el Padre Juan Nentuig despues de casi cinco dias de extravío, en que à causa de la sed se halló en riesgo de perecer, logró la fortuna de guarecerse assimismo en la Mission de San Ignacio. La conspiracion devió sin duda estenderse à las dos de Guevavi, y de San Xavier del Bac, en donde corrió la voz, que tambien se experimentaron algunas crueldades, aunque los dos Padres Missioneros pudieron no sin mucho trabajo acogerse à Suamca, caminando el uno veinte, y cinco leguas à pié: esta Mission, aunque pertenece à la Pimeria, parece, que aun no estava contaminada: à pocos dias uno de los Cabos Militares, que acudió al remedio, prendió à un Indio, que vagueava por aquellos Pueblos: à poca diligencia confessó ser intimo, y mui allegado de Luís, que le enviava, para que solicitasse el alzamiento en los Pimas de aquella Mission, y Partido: mandó el Oficial con brevedad para escarmiento de los otros, que se ajusticiasse.

La mayor furia de los alzados se estendió desde Tubutama ázia la Mission de Caborca: aunque carecemos de noticias individuales de lo acontecido, casi todas las cartas de allá convienen en que à algunos Españoles, que havian penetrado por aquellos parages al rescate de los metales, les han muerto cruelmente los rebeldes: todos añaden la sangrienta muerte

dada al Padre Thomás Tello Miſſionero de Caborca, y porque en la de San Miguel Sonaitac, diſtante de alli como cinquenta leguas entre Norte, y Poniente ſe hallava el Padre Henrique Ruben, dan tambien por cierto, que le ha muerto el furor de aquellos Barbaros, por eſtar tan immediato al grueſſo de los ſedicioſos, y quedar cortada toda comunicacion: eſto miſmo haſta ahora nos ha privado de la puntual noticia de las circunſtancias de las fatalidades ſucedidas. Llegó ſolamente la de ſer nueve los Pueblos de los alzados: ſegun lo mui poblado de aquellos Partidos ſe diſcurre, que los rebeldes lleguen à dos, ò quatro mil hombres de armas; y tal vez por eſta cauſa, aunque llamados à paz, y convidados con el perdon, añaden, que con orgulloſa ſobervia le han rehuſado, y deſpreciado.

El Governador de Cinaloa, que ſe hallava en la Sonora, à la primera noticia de la ſublevacion deſpues de algunas providencias, para que otras Naciones de los Indios de ſu Govierno no ſe alteraſſen, ò no conſpiraſſen con los Pimas, ò no inquietaſſen por otros lados à los Pueblos, y Miſſiones, acudió luego con ſocorros competentes de gente, y armas à la de San Ignacio, haziendo alli, como terreno mas proximo à los alborotados, Plaza de armas: deſde allá remitiò à eſta Corte el Correo con la noticia de lo acontecido, para que ſe le acudieſſe con brevedad con los ſocorros, y providencias mas oportunas.

No fué pequeño el peſar, que acá cauſó eſte inopinado alzamiento, aſſi al Señor Virrey por lo que tocava à la ſeguridad de aquellas Provincias, como à los Superiores de la Compañia por el reſguardo de ſus hijos. Eſte Excelentiſſimo vigilante Cavallero convocó prontamente una Junta de algunos Miniſtros, en que diſpuſo ſe hallaſſe tambien preſente el Padre Provincial de la Compañia: alli determinó ſu Excelencia, que ſe eſtableciеſſe en la Pimeria en el lugar, que

ſe

ſe juzgaſſe más à propoſito un nuevo Preſidio de cincuenta plazas de Soldados, para que el Governador de la Provincia con las demás Tropas ſe hallaſſe con vigor, y fuerzas competentes, no ſolamente para oponerſe à los rebeldes, mas aun para poderles ſujetar, y caſtigar. Expidieronſe para eſte efecto los deſpachos neceſſarios, ſubminiſtrando el dinero correſpondiente con la proviſion de algunas armas, de que no poco ſe carece en aquellas tan remotas tierras. Segun las eſcaſſas noticias recibidas, aunque aquel Governador confiava, que à ſu menor inſinuacion el Capitán Luís ſe havia de entregar, ſujetar, y baxar de la Sierra, à donde deſpues de las crueldades executadas ſe havia acogido, guareciendoſe de ſu aſpereza contra las armas Catholicas, no havia conſeguido tan facilmente la pacificacion, como ſu buen deſeo ſe lo havia perſuadido.

Yo no me atrevo à dezir, que la larga tardanza en eſtablecer el Preſidio tan ſolicitado en el rio Gila, haya ſido cauſa, ò à lo menos ocaſion de eſte tan ruidoſo alboroto, que fué ſin duda traza del Demonio, para detener el curſo, y progreſſo à nueſtra Santa Fé, y à la converſion de aquellos numeroſos Pueblos, à que no puede llegarſe con la predicacion, ſi no ſe dexa pacificada, y aſſegurada la Pimeria alta, cuyas tierras ſon el tranſito forzoſo, para paſſar à las demás remotas Naciones. Con todo nos dá gran confianza de buen ſuceſſo la miſma muerte, que ſe aſſegura de los Padres; ſu ſangre tan glorioſamente derramada ſin duda en el Tribunal de Dios promoverá el bien de aquellas almas, por cuyo cultivo, y enſeñanza ſe ſacrificaron. Se remitieron luego otros dos Miſſioneros, que ocupen el lugar de los Difuntos, y ſin moſtrar el menor temor reſtablezcan aquella Chriſtiandad, ſin perder de viſta à los confinantes Gentiles, para emplearſe en ſu reduccion, ſiempre que Dios ſe digne abrir la puerta à ſu eſpiritual Conquiſta.

La gran distancia de aquellas tierras, que no ha dado lugar à las mas recientes noticias, estorva, que no se pueda añadir por fin de esta Historia lo que en estos ultimos meses puede haver acontecido. El Señor de aquella mui necessitada estendida viña, despues de este fiero nublado, que la ha tan maltratado, ponga su poderosa Divina mano, para reparar sus daños, darle nuevos aumentos, infundirle mas vigor, y cuidarla de suerte, que enviando muchos solicitos Obreros, se cojan aquellos copiosos abundantes frutos, que solo con el celestial riego de sus gracias podemos prometernos.

FIN.

A MAYOR GLORIA DE DIOS.



TA-

TABLA

DE LOS LIBROS, Y CAPITULOS

de los Apoſtolicos afanes de la Compañia de JESUS en ſu Provincia de Mexico.

LIBRO I.

Maravilloſa reduccion, y Conquiſta de la Provincia de San Joſeph del Gran Nayar, nuevo Reino de Toledo.

CAP. I. Deſcrive la aſpereza de ſu Sierra, ſin olvidar la fertilidad de ſus faldas. pag. 1.

CAP. II. Antiguedad de los Nayeritas, y noticia del primero, que governó, y dió nombre à eſta Provincia, ſus barbaras coſtumbres, y vana Religion. pag. 8.

CAP. III. Ritos ſupersticioſos, que guardavan con ſus *Tecuas*, y conſigo miſmos, deſde que nacian, y lo que creian en orden à ſus Difuntos. pag. 16.

CAP. IV. Diligencias, que para conſeguir la reduccion del Nayar, ſe executaron deſde los principios del ſiglo paſſado. pag. 25.

CAP. V. Deſgraciada entrada à eſta Sierra del valeroſo Capitán Don Franciſco Bracamonte. pag. 34.

CAP. VI. Inſiſten los Miniſtros Reales, y Evangelicos à tentar la entrada à eſta Sierra, y la rebeldia de ſus habitadores les cierra obſtinadamente las puertas. pag. 45.

CAP.

TABLA.

CAP. VII. Procura la entrada à esta Provincia el Reverendissimo, y Venerable Padre Frai Antonio Margil de Jesus, y aunque halla embarazo à los primeros passos, reconoce los males, y representa para su curacion los remedios. pag. 52.

CAP. VIII. Entra el Padre Thomás de Solchaga de la Compañia de Jesus, acompañando al General Don Gregorio Mathias de Mendiola. pag. 61.

CAP. IX. Facilita la Divina Providencia la entrada al Nayar, abriendola los mismos, que tantos años la tuvieron tan cerrada. pag. 74.

CAP. X. Ruidosa entrada del *Tonati* en la Corte de Mexico, donde el Señor Marqués de Valero consigue los primeros Triumphos de su obstinacion. pag. 81.

CAP. XI. Aplica el Señor Virrey los medios, que asseguravan el fin deseado de la reduccion, y procura frustrarles el Demonio. pag. 88.

CAP. XII. Reclutanse en dos Compañias cien Soldados, y marchan à las Fronteras, tropezando desde luego con inconvenientes, contradicciones, y temores. pag. 97.

CAP. XIII. Sale de las Fronteras nuestro Exercito, y alojase en el sitio, que señalaron los Nayeres, donde se descubren las primeras assechanzas de su alevosía.. pag. 105.

CAP. XIV. Retirase à Peyotan el Campo, continuanse las diligencias, para reducir por via de paz à los Nayeres, sin conseguir otro fruto, que darles mas tiempo, para disponer nuevas traiciones. pag. 115.

CAP. XV. Acometen los Barbaros alevosamente à nuestro Exercito, y queda por el Campo Catholico la Victoria. pag. 124.

CAP.

TABLA.

CAP. XVI. Efectos, que se siguieron à este primer Triumpho, que lograron las Armas Catholicas. pag.135.
CAP. XVII. Entra el nuevo Governador Don Juan Flores de S. Pedro en el Nayar, y aunque procura reducir por via de paz à los Indios, reconoce inflexible su rebeldia. pag.147.
CAP. XVIII. Ganase la celebrada Mesa del *Tonati*, assistiendo al Campo Catholico el Cielo con maravillosas providencias. pag.156.
CAP. XIX. Ponese fuego à los Adoratorios de los Idolos: erigese el primer Templo, aunque pequeño, à la Santissima Trinidad, y comienzan à convertirse los Nayeres. pag.167.
CAP. XX. Penetran nuestros Soldados los Barrancos en seguimiento de los fugitivos; reducense muchos Nayeres, amotinanse los de Quaimaruzi, y sossiegalos con una casualidad el Cielo. pag.175.
CAP. XXI. Formanse algunos Pueblos, celebranse muchos Bautismos de parvulos, reducese el *Tonati*, y ofrece à sus hijos, para que le reciban. pag.181.
CAP. XXII. Siguense los malos efectos, que se temieron de la ausencia del Governador, y acometen algunos trabajos, quedando victoriosa la tolerancia. pag.189.
CAP. XXIII. Entra de nuevo el Governador, sossieganse las sediciones, y finalizase la Conquista. pag.197.
CAP. XXIV. Sublevanse quatro Pueblos, y devese à la constancia de los Missioneros, que se mantenga sossegado el resto del Nayar. pag.205.
CAP. XXV. Descrivese el felicissimo estado, en q̃ oy se halla esta reduccion apoyado con las deposiciones, y pareceres de Personas de grave autoridad, que le han visto con sus ojos. pag.216.

LI-

TABLA.

LIBRO II.

De los principios, progreſſos, y deſcaecimiento de la eſpiritual Conquiſta de la Provincia de Pimeria alta por la muerte del Padre Euſebio Franciſco Kino.

CAP. I. Eſtienden los de la Compañia ſu ardiente zelo à la converſion de muchas Naciones. pag.224.

CAP. II. Breve noticia de la Provincia de Pimeria alta, de ſu extenſion, clima, y minerales. pag.231.

CAP. III. De otras buenas, y malas calidades de eſta Provincia. pag.237.

CAP. IV. Apoſtolicas fatigas del Padre Euſebio Franciſco Kino en eſta Provincia. pag.242.

CAP. V. Alzamiento de los Pimas, muerte glorioſa del Venerable Padre Franciſco Xavier Saeta, y nueva pacificacion de aquellos Indios. pag.254.

CAP. VI. Deſvanece el Padre Kino las malicioſas calumnias contra los Pimas, y con ſus zeloſas induſtrias les mantiene en ſus ardientes deſeos de abrazar nueſtra Santa Religion. pag.263.

CAP. VII. Con ocaſion de una invaſion de Barbaros deſcubren claramente los Pimas ſu fidelidad, y el Padre Kino, para facilitar los ſocorros à la California, emprende Apoſtolicamente otra jornada. pag.270.

CAP. VIII. Dos nuevos penoſos dilatados viajes del Padre Kino, con que claramente

se convenció la verdad contra las calumniosas vozes, que havia esparcido la malicia. pag.274.
CAP. IX. Nueva trabajosa jornada del Padre Kino, para averiguar, si la Pimeria se unia con la California, en bien, y aumento de las Missiones de entrambas Provincias. pag.281.
CAP. X. Repite el Padre Kino otro largo penoso viaje à instancias del Padre Salvatierra, para averiguar mas la comunicacion de la California con la Pimeria. pag.290.
CAP. XI. Otra peligrosa larga jornada del Padre Kino, para hazer la misma averiguacion. pag.295.
CAP. XII. Otro dilatado viaje del Padre Kino para la misma averiguacion con muchas noticias de sus descubrimientos, y varias observaciones. pag.301.
CAP. XIII. Utilidades del ultimo viaje del Padre Kino con las pruebas mas sensibles de su Apostolico zelo. pag.308.
CAP. XIV. Otras aflicciones del Apostolico zelo del Padre Kino por las que passavan calumniosamente los Pimas, defendiendoles como amoroso Padre en sus trabajos. pag.314.
CAP. XV. Ansiosos deseos de los Pimas de hazerse Christianos, y ultimo penoso viaje del Padre Kino con otras cosas glorioſas hasta su dichosa muerte. pag.320.
CAP. XVI. Breve elogio del Padre Kino, para que sirva siquiera de Epitaphio en su Sepulchro, hasta que mejor pluma saque à publica luz su admirable Apostolica vida. pag.328.
CAP. XVII. Estado lastimoso de las Missiones de la Pimeria, hasta que las animó el zelo del Señor Obispo de Durango, y el del Señor Marqués de Villapuente. pag.337.

LIBRO III.

De nuevos progreſſos, varios deſcubrimientos, y eſtado preſente de la Pimeria alta.

CAP. I. Nuevos esfuerzos, para reparar los eſtragos paſſados. pag.344.
CAP. II. Varias arrieſgadas largas jornadas del Padre Ignacio Keler ſin mas fruto, que el de manifeſtar ſu ardiente zelo. pag.347.
CAP. III. Jornadas, y deſcubrimientos del Padre Jacobo Sedelmayer Miſſionero de Tubutama. pag.351.
CAP. IV. Dos jornadas ultimas del Padre Jacobo Sedelmayer con utiliſſimos deſcubrimientos. pag.359.
CAP. V. Nuevas diligencias, para adelantar la Chriſtiandad de la Pimeria, promoviendola mui eſpecialmente una Real Cedula. pag.366.
CAP. VI. Paſſa el Padre Jacobo Sedelmayer à Mexico, para madurar algunos puntos de la Real Cedula, y de reſulta ſe haze una ſincera puntual informacion al Rey. pag.371.
CAP. VII. Continúa la repreſentacion del Padre Provincial de la nueva Eſpaña al Rey nueſtro Señor ſobre lo diſpueſto en ſu Real Cedula. pag.375.
CAP. VIII. Manda el Padre Provincial de la nueva Eſpaña à los Padres Miſſioneros de la California, y de la Pimeria hazer varios deſcubrimientos en cumplimiento de lo ofrecido al Rey nueſtro Señor, y ſe dá noticia de los que ſe hizieron. pag.383.
CAP. IX. Comienza el Diario del viaje, que hizo

hizo el Padre Fernando Conſag de la Compañia de Jeſus en la California deſde 27 grados, y 2 tercios ázia el Norte entre la Sierra Madre, y el Occeano. pag.391.
CAP. X. Proſigue el Diario del Padre Fernando Conſag. pag.401.
CAP. XI. Concluye el Diario del Padre Fernando Conſag. pag.415.
CAP. XII. Crueldad, y oſtadia de los Indios Apaches, y neceſſidad de reprimirles, para aſſegurar los progreſſos de la nueva Chriſtiandad de la Pimeria. pag.429.
CAP. XIII. Medios aplicados para contener la ferocidad de los Apaches. pag.436.
CAP. XIV. Medio mui eficáz para enfrenar el orgullo de los Apaches. pag.441.
CAP. XV. Eſtado preſente de la Chriſtiandad de la Pimeria alta. pag.447.

LAUS DEO.


A F

PAg. 34. lin. 16. *Caliſco*, lee *Xaliſco*. Pag. 226. lin. 30. Pag. 227. lin. 12. Pag. 228. lin. 18. Pag. 231. lin. 3. *Tauromara*, *Tauromares*, lee *Taraumara*, *Taraumares*.

Pag. 228. lin. 18. Pag. 231. lin. 2. *Tecora*, lee *Yecora*.

Pag. 228. lin. 22. Pag. 231. lin. 5. *Ternate*, lee *Terrenate*.

Pag. 228. lin. 28. *Seres*, lee *Seris*.

Pag. 230. lin. 23. *Ortunda*, lee *Otondo*.

Pag. 257. lin. 28. *Oriſpe*, lee *Ariſpe*, lin. 33. *Chinapas*, lee *Chinipas*.

Pag. 258. lin. 17., y lin. 21. Pag. 259. lin. 18. *Cucurve*, lee *Cucurpe*.

Pag. 284. lin. 26. *tuzontle*, lee *tezontle*.

Pag. 340. lin. 3. *Bacercua*, lee *Bezaraca*.

Pag. 348. lin. 19. *Ler*, lee *Verde*.

Pag. 358. lin. 4. *ſobre el niño*, lee *ſobre ella el niño*.

Pag. 387. lin. 20., y 22. *bulcò*, *bulcada*, lee *bolcò*, *bolcada*.

Pag. 388. lin. 1. *tronadas*, lee *turbonadas*.

Pag. 395. lin. 6. *riego*, lee *rieſgo*.

Pag. 396. lin. 32. *tepejate*, lee *tepetate*.

Pag. 406. lin. 20. *Pitajayal*, lee *Pitahayal*.

Pag. 417. lin. 27. *faso*, lee *hato*.